

Elsa Morante

La historia

Prólogo de
Juan Tallón



Lumen

Elsa Morante

La historia

Prólogo de
Juan Tallón



Lumen

La historia

Elsa Morante

Traducción de
Esther Benítez

Prólogo de
Juan Tallón

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

Un escándalo que nunca acaba

En 1974, cuando Einaudi publicó *La historia*, la editorial se sometió a una inesperada petición de Elsa Morante, empeñada en que la novela no costase más de dos mil liras (el equivalente a cinco dólares de entonces), como ejercicio literario pero también moral que era. «Quiero una edición barata», le pidió expresamente Elsa a Giulio Einaudi, quien accedió a publicarla en bolsillo.

La autora se proponía llegar a más lectores de los que se habían acercado años antes a *Mentira y sortilegio* (1948) y a *La isla de Arturo* (1957). Y lo logró. Al año de su publicación, *La historia* había vendido ochocientos mil ejemplares en Italia. Su agente literario, Erich Linder, se sorprendía al comprobar que, pasados los primeros meses de enorme impacto, las ventas seguían contándose por miles semana tras semana. «No sabemos quién compra todavía el libro, ya que en la actualidad parece haber ejemplares en todas las casas italianas», confesó el hombre en una carta a un editor estadounidense, según se lee en la biografía que Lily Tuck escribió de la autora.

El éxito editorial fue acompañado de un gran alboroto crítico. El choque entre defensores y detractores, a menudo arrebatado, ayudó a erigir la novela en una de las más famosas de la década en Italia. En la fase más delicada del

debate, la reseña en *Tempo Illustrato* de Pier Paolo Pasolini, desde siempre muy cercano a la autora, provocó que Morante y él nunca más se dirigiesen la palabra. El corresponsal romano para *The New York Times* publicó una crónica en septiembre de 1974 en la que contaba: «Por primera vez desde tiempos inmemoriales hay personas en los compartimentos de los trenes y en los bares que hablan más del libro que de la liga de fútbol o de un escándalo de faldas. Los críticos escriben páginas y más páginas preguntándose por el significado de *La historia* y las razones de la excepcional polémica que despierta».

La vocación de buscar con *La historia* un gran público alentó la ambición de Morante desde el principio. Su amigo Luca Fontana, que al comenzar la década de 1970 la acompañaba en sus largos paseos por el gueto de Roma, los distritos de Testaccio y de San Lorenzo, pues la autora quería documentarse, contaba que por esas fechas le preguntó, a sabiendas de sus recelos a la hora de hablar de un trabajo si no estaba terminado: «¿Qué clase de libro estás escribiendo?». Fontana la había visto tomar notas en libretas durante meses, algo que Elsa no tenía por costumbre hacer. La respuesta no despejó los enigmas: «Escribo un libro para analfabetos». Años después, uno de los epígrafes que encabezarían la novela ratificó aquella respuesta: «Por el analfabeto a quien escribo». Se trata de un verso de César Vallejo incluido en su himno a los voluntarios de la República, pero también simboliza la destilación total de la obra, que a lo largo de sus centenares de páginas narra la lucha constante, diaria, de los desfavorecidos, los pobres, las eternas víctimas, los que a veces no saben leer, en pos del cobijo y la supervivencia.

Morante funde en su novela la grande y universal historia, en forma de crónica de los acontecimientos más relevantes del siglo xx, con la pequeña y particular historia de sus desamparados personajes de ficción, hasta construir dos relatos: la historia del poder y la historia de las víctimas del poder.

Articulada en nueve capítulos, el primero y el último están encabezados por un enigmático «19**», y funcionan como un catálogo de los actos de violencia protagonizados por las grandes naciones desde comienzos del siglo XX hasta el período en el que se publicó la novela. Entremedias, los siete restantes se corresponden con cada uno de los años que abarca la trama, que transcurre entre 1941 y 1947, y también incluyen al comienzo un breve repaso de la situación mundial.

El resultado hace recordar la técnica empleada décadas antes por John Dos Passos en su *Trilogía USA*, en la que combinaba retales de ficción con fragmentos de periódicos y letras de canciones, biografías de figuras históricas y episodios autobiográficos del propio Dos Passos, en busca de una novela que retratase toda una nación a lo largo de una época determinada.

A la sombra de la contienda mundial y el Holocausto, la tragedia de la guerra es la verdadera protagonista en este largo relato, cuyos personajes principales —Ida Ramundo, sus hijos Useppe y Nino, y Carlo-Davide— simbolizan un grito sostenido contra la injusticia. En palabras de la propia Morante, *La historia* pretende ser un acto de denuncia contra todas las formas de fascismo del mundo, aunque el final no sea halagador. La poesía y la palabra, que en el pensamiento literario de Morante forman parte del ser y tienen la fuerza de devolver a la persona la vitalidad, la inocencia y espiritualidad que el poder de los más fuertes le arrebatan, al final nada pueden contra la violencia de la máquina de la historia, «ese escándalo que dura desde hace diez mil años», como clamaba la escritora romana.

En el prólogo a una tirada limitada que First Edition Society publicó en Estados Unidos en 1977, Morante advertía al lector que le ofrecía «un testimonio que describe mi verdadera experiencia en la Segunda Guerra Mundial», de la que ella fue una víctima más. Junto al también escritor Alberto Moravia, con el que estuvo casada y con quien compartía orígenes

judíos, se vio obligada a abandonar Roma en 1943, después de que Moravia apareciese en una lista negra de la policía fascista.

«Aprendí mucho del terror», admitía Morante, en cuya obra casi todo es dolorosamente autobiográfico. *La historia*, pues, representa un «sangriento ejemplo de la inhumanidad del hombre» relatado por una poetisa por naturaleza, a la que la experiencia había enseñado que «incluso la poesía puede utilizarse como coartada». Por eso señalaba en aquel prólogo: «Debo advertirles que este libro, antes que una obra poética, debe ser una acusación y una oración».

En un mundo que, de un modo u otro, estará siempre lacerado por las tragedias de los indefensos, *La historia* de Morante no ha perdido vigencia, sino todo lo contrario. Habrá en ella, todos los días por venir, algo que nos señale, nos interrogue y nos haga pensar que tal vez los tiempos no han cambiado tanto, y que la historia se reivindicará hasta el final como un escándalo. Por todo lo anterior, nunca será mala hora para leer esta novela pensada para los que ni siquiera saben leer.

JUAN TALLÓN,
septiembre de 2018

No hay palabras, en ningún lenguaje humano, que puedan consolar a las cobayas que no saben por qué mueren.

Un superviviente de Hiroshima

[...] has ocultado estas cosas a los doctos y los sabios y se las has revelado a los pequeños [...]. Porque así te place...

LUCAS 10:21

Por el analfabeto a quien escribo.

CÉSAR VALLEJO

... 19**

[...] proporcionadme un catálogo, un opúsculo, porque aquí, madre mía, no llegan las novedades del inmenso mundo...

De las *Cartas desde Siberia*

... 1900-1905

Los últimos descubrimientos científicos sobre la estructura de la materia marcan el comienzo del siglo atómico.

1906-1913

Sin demasiadas novedades, en el inmenso mundo. Como todos los siglos y milenios que lo precedieron sobre la tierra, también el nuevo siglo se regula conforme al conocido principio inmóvil de la dinámica histórica: «A los unos, el poder, y a los otros, la servidumbre». Y en él se basan, concordes, tanto el orden interno de las sociedades (dominadas actualmente por los «Poderes» llamados «capitalistas») como el orden externo internacional (llamado «imperialismo»), dominado por algunos Estados llamados «Potencias», que se reparten prácticamente toda la superficie terrestre en las correspondientes fincas, o imperios. Entre ellas, última en llegar, está Italia,

que aspira al rango de Gran Potencia, y para merecérselo se adueñó ya por las armas de algunos países extranjeros — menos poderosos que ella—, constituyéndose una finquita colonial, aunque no todavía un imperio.

Pese a la perpetua competencia entre sí, amenazadora y armada, las Potencias se asocian, según los casos, en «bloques», para la común defensa de sus intereses (entendidos, en el interior, como los intereses de los «Poderes»). A los demás, sujetos a servidumbre, que no participan de los beneficios aunque sin embargo son útiles, tales intereses les son presentados en términos de abstracciones ideales, variables cuando varían los usos publicitarios. En estas primeras décadas del siglo, el término preferido es «patria»).

Actualmente, el máximo poder, en Europa, se lo disputan dos bloques: la «Triple Entente» de Francia, Inglaterra y la Rusia de los zares, y la «Triple Alianza» de Alemania, Austria-Hungría e Italia. (Italia pasaría después a la Entente.)

En el meollo de todos los movimientos sociales y políticos están las grandes industrias, promovidas hace ya tiempo con su enorme y creciente desarrollo a sistemas de «industrias masivas» (que reducen al obrero a «un simple accesorio de la máquina»). Para su funcionamiento y su consumo, las industrias necesitan masas, y viceversa. Y como el trabajo de la industria está siempre al servicio de Poderes y Potencias, entre sus productos corresponde el primer lugar, necesariamente, a las armas («carrera armamentista»), las cuales, sobre la base de una economía de consumo masivo, encuentran una salida en la guerra masiva.

1914

Estallido de la Primera Guerra Mundial, entre los dos bloques contrapuestos de Potencias, a los que se añaden posteriormente otros aliados o satélites.

Entran en acción los productos nuevos (o perfeccionados) de la industria armamentística, entre ellos los tanques y los gases.

1915-1917

Contra la mayoría del país que se opone a la guerra (y recibe por ello el calificativo de «derrotista»), prevalecen el rey, los nacionalistas y los distintos poderes interesados, con la entrada en guerra de Italia — al lado de la Entente—. Entre otros, también se alinea con la Entente la superpotencia de Estados Unidos.

En Rusia cesa la guerra con las Potencias, a consecuencia de la gran revolución marxista en favor del socialcomunismo internacional, dirigida por Lenin y Trotski («Los obreros no tienen patria», «Guerra a la guerra», «Transformar la guerra imperialista en guerra civil»).

1918

La Primera Guerra Mundial concluye con el triunfo de la Entente y de sus actuales aliados (veintisiete naciones vencedoras, entre ellas el Imperio japonés). Diez millones de muertos.

1919-1920

En representación de las Potencias vencedoras y de sus aliados, a la mesa de la paz se sientan setenta personajes, los cuales deciden entre sí el nuevo reparto del mundo y trazan el nuevo mapa de Europa. Con el final de los vencidos imperios centrales y su desmembración, se produce el cambio de propiedad de sus colonias a las Potencias victoriosas, y la definición, sobre la base del principio de nacionalidad, de nuevos Estados europeos independientes (Albania, Yugoslavia, Checoslovaquia y Polonia). Alemania,

entre otras cosas, se ve obligada a ceder el Corredor de Danzig (valedero como salida de Polonia al mar) que divide en dos su territorio nacional.

Algunos de los firmantes, entre ellos Italia («paz mutilada»), discuten, como insatisfactorios y provisionales, los términos de la paz; estos resultan insostenibles para las poblaciones de los países vencidos, condenadas al hambre y a la desesperación («paz punitiva»).

En la mesa de la paz falta Rusia, actualmente cercada y reducida a un campo de batalla internacional a causa de la intervención militar de las máximas Potencias (Francia, Inglaterra, Japón y Estados Unidos) en la guerra civil contra el Ejército Rojo. En medio de esta prueba crucial, y asediada por matanzas, epidemias y miseria, se funda en Moscú la Komintern (Internacional Comunista) que llama a todos los proletarios del mundo, sin distinción de razas, lenguas o nacionalidades, a la tarea común de la unidad revolucionaria, hacia la República internacional del proletariado.

1922

Tras años de guerra civil, finalizada con el triunfo de los revolucionarios, en Rusia ha surgido el nuevo Estado de la URSS. Este representará una señal de esperanza para todos los «parias de la tierra», que de la guerra — ganada o perdida— no sacaron sino una agravación de sus males; mientras que en cambio representará el famoso «fantasma» del comunismo, que recorre ya Europa, para las Potencias y los amos de la tierra y la industria, a quienes la guerra sirvió, en líneas generales, como una grandiosa especulación.

Estos, en Italia (sede de una de sus más sórdidas filiales), se unen a sus servidores, y a los genéricos reivindicadores de la paz mutilada para un desquite a ultranza de sus propios intereses. Y no tardan en hallar un adalid y un instrumento adecuado en Benito Mussolini, arribista mediocre y «amasijo de todos los detritus» de la peor Italia, que tras intentar un lanzamiento bajo

la enseña del socialismo, ha encontrado más ventajoso pasarse a la contraria: la de los poderes fácticos (la patronal, el rey, y posteriormente también el Papa). Sobre la mera programática de un anticomunismo garantizado, conminatorio y grosero, Mussolini ha fundado sus *fascios* (de ahí «fascismo»), consorcio de vasallos y sicarios de la revolución burguesa. Y, en semejante compañía, secunda los intereses de sus mandantes con la violencia terrorista de pobres escuadras de acción mercenarias y confusas. El rey de Italia (hombre desprovisto de todo título digno de mención salvo el heredado de rey) le entrega de buen grado el Gobierno de la nación.

1924-1925

En la Unión Soviética, muerte de Lenin. Bajo su sucesor, que ha tomado el nombre de Stalin (Acero), las exigencias nacionales internas (colectivización, industrialización, autodefensa contra las Potencias coligadas en el anticomunismo, etcétera) arrinconarán fatalmente los ideales de la Komintern y de Trotski («revolución permanente») en favor de la tesis estalinista («socialismo en un solo país»). La «dictadura del proletariado», prevista por Marx, tras haberse reducido a dictadura jerárquica de un partido, se degradará en dictadura personal de Stalin.

En Italia, dictadura totalitaria del fascista Mussolini, que entretanto ha ideado una fórmula demagógica para reforzar su poder de base. Esta obra especialmente sobre las capas medias, que buscarán en falsos ideales (ante la dolorosa incapacidad de los reales) un desquite de la propia mediocridad: consiste en el recuerdo de la estirpe gloriosa de los italianos, herederos legítimos de la Máxima Potencia histórica, la Roma imperial de los Césares. Gracias a esta y a parecidas directrices nacionales, Mussolini será ensalzado a «ídolo de masas» y adoptará el título de Duce.

1927-1929

En China, se inicia la guerrilla de los revolucionarios comunistas, guiados por Mao Tsé-Tung, contra el poder central nacionalista.

En Rusia, derrota de la oposición. Trotski es expulsado del partido, y después de la Unión Soviética.

En Roma, Pactos de Letrán del papado con el fascismo.

1933

En situación análoga a la italiana, en Alemania los poderes constituidos entregan el Gobierno del país al fundador del fascismo alemán (nazismo), Adolf Hitler, un desventurado obseso, presa de la manía de la muerte («El objetivo es la eliminación de las fuerzas vivientes»), que a su vez se alza a ídolo de masas, con el título de Führer, adoptando como fórmula de avasallamiento la superioridad de la raza germánica sobre todas las razas humanas. Como consecuencia, el plan ya previsto por el gran Reich exige el sometimiento total o el exterminio de todas las razas inferiores, empezando por los judíos. Se inicia en Alemania la persecución sistemática de los judíos.

1934-1936

Larga Marcha de Mao Tsé-Tung a través de China (doce mil kilómetros) para sortear las fuerzas preponderantes del Gobierno nacionalista (Kuomintang). De ciento treinta mil hombres del Ejército Rojo, llegan vivos solo treinta mil.

En la URSS, Stalin (ascendido también a «ídolo de masas») comienza la Gran Purga, con la progresiva eliminación física de los viejos revolucionarios del partido y el Ejército.

Según la fórmula imperial del Duce, Italia se adueña de Abisinia (Estado africano independiente) por la fuerza de las armas y se eleva a imperio.

Guerra civil en España, causada por el católico-fascista Franco (llamado el

Generalísimo y el Caudillo) por cuenta de los poderes de costumbre ante la amenaza del «fantasma». Después de tres años de devastaciones y matanzas (entre otras cosas, se instaura en Europa la destrucción desde los aires de ciudades enteras habitadas) prevalecerán los fascistas (falangistas) gracias a la firme ayuda del Duce y el Führer y a la connivencia de todas las Potencias del mundo.

El Führer y el Duce se asocian en el Eje Roma-Berlín, consolidado luego en el pacto militar denominado «de acero».

1937

Tras firmar un pacto anti Komintern con los países del Eje, el Japón imperial invade China, donde la guerra civil se interrumpe temporalmente para oponer un frente común al invasor.

En la Unión Soviética (políticamente aislada en un mundo de intereses hostiles al comunismo), Stalin, mientras en el interior intensifica el sistema de terror, en las relaciones exteriores con las Potencias aplica cada vez más la estrategia objetiva de una Realpolitik.

1938

En la Unión Soviética, el sistema estalinista del terror se extiende desde la cúspide de la burocracia a las masas populares (millones y millones de detenidos y deportados a campos de trabajo, rabiosa multiplicación de condenas a muerte indiscriminadas y arbitrarias, etcétera). No obstante, las masas oprimidas de la tierra — por lo demás desinformadas y mantenidas en el engaño— siguen mirando a la Unión Soviética como única patria de sus esperanzas (es difícil renunciar a una esperanza, cuando no quedan otras).

Acuerdos de Munich entre los dirigentes del Eje y las democracias occidentales.

En Alemania, con la sangrienta noche llamada «de los Cristales Rotos», se autoriza en la práctica a los ciudadanos alemanes el libre genocidio de los judíos.

Siguiendo los dictámenes de su aliada Alemania, también Italia proclama sus leyes raciales.

1939

Pese a los compromisos conciliadores adoptados recientemente en Munich con las potencias occidentales, Hitler pretende llevar hasta el final su programa, que exige en primer lugar la reivindicación de los derechos imperiales alemanes contra la «paz punitiva» de veinte años atrás. Por ello, tras la anexión de Austria, el Führer procede a invadir Checoslovaquia (imitado de inmediato por el Duce, que se anexa Albania) e inicia después negociaciones diplomáticas con la Potencia estalinista.

El resultado de las negociaciones es un pacto de no agresión entre la Alemania nazi y la Unión Soviética, que permite a ambas firmantes la doble agresión contra Polonia y su mutuo reparto. A la acción inmediata de las tropas hitlerianas contra Polonia occidental responde, por parte de Francia e Inglaterra, la declaración de guerra a Alemania, iniciándose así la Segunda Guerra Mundial.

Los suministros para esta provendrán de la actividad infatigable y sin turnos de descanso de las industrias bélicas, las cuales, aplicando a las máquinas millones de organismos humanos, abastecen ya de nuevos productos (entre los primeros, tanques superarmados y superacorazados llamados Panzer, aviones «de caza» y bombarderos de gran autonomía, etcétera).

Mientras tanto, en cumplimiento de los propios planes estratégicos (que ya prevén un choque inevitable con la Alemania imperial), Stalin, tras la

acordada invasión oriental de Polonia, procede a la sumisión forzosa de los Estados bálticos, contra la imposible resistencia de Finlandia, doblegada al final por las armas soviéticas. También las industrias soviéticas, con un afán totalitario, trabajan en la producción bélica masiva, aplicándose en especial a la técnica de modernos lanzacohetes de enorme poder destructor, etcétera.

Primavera-verano de 1940

La primera fase de la Segunda Guerra Mundial marca el avance rapidísimo del Führer, quien, tras haber ocupado Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, arrolla a Francia hasta las puertas de París. Semineutral hasta el momento, pero ya seguro de la victoria inminente, el Duce decide entonces respetar *in extremis* el Pacto de Acero («Unos cuantos millares de muertos valdrán la pena para sentarme a la mesa de la paz») y hace su declaración de guerra a Gran Bretaña y Francia cuatro días antes de la entrada de los alemanes en París. Pero ni los triunfales éxitos de Hitler ni sus propuestas de paz consiguen la retirada de Gran Bretaña, que opone una desesperada resistencia; mientras que, por otra parte, la intervención italiana causa la apertura de un nuevo frente en el Mediterráneo y en África. La Blitzkrieg, o guerra relámpago del Eje, se alarga y prolonga más de lo previsto.

Batalla aérea de Hitler contra Inglaterra, con bombardeos ininterrumpidos y destrucción total de carreteras, puertos, instalaciones y ciudades enteras. Entra en el vocabulario el verbo «coventrizar», de la ciudad inglesa de Coventry, pulverizada por las incursiones alemanas. La batalla terrorista, prolongada sin tregua semanas y meses con la intención de dismantelar la resistencia británica (con vistas a un posible desembarco resolutivo), no obtiene, sin embargo, el efecto deseado.

La acción en curso en Occidente no aparta entretanto al Führer de otros planes secretos para una futura acción en Oriente contra la Unión Soviética

(prevista en el diseño histórico del Gran Reich, que exige a un tiempo exterminar a la raza inferior eslava y borrar de la faz de la tierra el fantasma bolchevique). Pero también aquí el Führer infravalora los recursos del adversario, así como los riesgos de la operación.

Pacto Tripartito Alemania-Italia-Japón con el designio de establecer un «nuevo orden» (imperial-fascista) en Eurasia. Al pacto se adhieren Hungría, Rumanía, Bulgaria, Eslovaquia y Yugoslavia.

Otoño-invierno de 1940

Repentina agresión de Italia a Grecia, anunciada por los responsables como «un simple paseo». La mal calculada hazaña resulta, sin embargo, desastrosa para los italianos, a quienes, rechazados por los griegos, en desordenada fuga y sin medios, sorprende el invierno entre las montañas del Epiro.

La flota italiana sufre gravísimas pérdidas en el Mediterráneo.

En el norte de África, difícil defensa de las guarniciones italianas amenazadas por el Ejército británico del desierto...

Un día de enero del año

1941

un soldado alemán caminaba

por el barrio de San Lorenzo, en Roma.

Sabía en total cuatro palabras de italiano

y del mundo sabía poco o nada.

De nombre se llamaba Gunther.

Su apellido nos es desconocido.

Un día de enero del año 1941, un soldado alemán de paso, que disfrutaba de una tarde de permiso, se encontraba solo, deambulando por el barrio de San Lorenzo, en Roma. Eran cerca de las dos de la tarde y a esas horas, como de costumbre, poca gente circulaba por las calles. Por otro lado, ninguno de los transeúntes, además, miraba al soldado, pues los alemanes, aunque camaradas de los italianos en la guerra mundial en curso, no eran populares en ciertas periferias proletarias. El soldado tampoco se distinguía del resto de su especie: alto, rubio, con el habitual porte de fanatismo disciplinario y, sobre todo en la colocación del gorro, una acorde declaración provocadora.

Naturalmente, para quien se pusiera a observarlo, no le faltaba alguna nota característica. Por ejemplo, en contraste con sus andares marciales, tenía una mirada desesperada. Su cara denunciaba una increíble inmadurez, mientras que de estatura debía de medir un metro ochenta y cinco más o menos. Y el uniforme — cosa de veras cómica en un militar del Reich, en especial en los primeros tiempos de la guerra—, aunque nuevo de hechura y bien ajustado a su delgado cuerpo, le quedaba corto de talle y de mangas, dejándole al aire las muñecas toscas, gruesas e ingenuas, de pequeño campesino o de plebeyo.

Lo ocurrido, en verdad, es que había crecido intempestivamente durante el último verano o en otoño; y entretanto, con el ansia de crecer, la cara, por falta de tiempo, había permanecido igual que antes, y parecía acusarlo de no tener siquiera la edad mínima requerida para su ínfima graduación. Era un

simple recluta de la última quinta de la guerra. Y hasta el momento de ser llamado a filas había vivido siempre con sus hermanos y su madre viuda en la casa natal de Baviera, en los alrededores de Munich.

Residía, concretamente, en el pueblo campesino de Dachau, que más adelante, acabada la guerra, se haría famoso por el limítrofe campo de «trabajo y experimentos biológicos». Pero en la época en que el muchacho crecía en el pueblo la delirante máquina de exterminio estaba aún en pruebas iniciales y clandestinas. En las cercanías, y hasta en el extranjero, se la alababa incluso como una especie de sanatorio modelo para descarriados... En aquellos tiempos, el número de sus sujetos era quizá de cinco o seis mil, pero el campo había de hacerse más populoso año tras año. Por último, en 1945, la cifra total de sus cadáveres fue de sesenta y seis mil cuatrocientos veintiocho.

Mas las exploraciones personales del soldado, al igual que no podían alcanzar (obviamente) el inaudito porvenir, también respecto al pasado, y dentro del mismo presente, habían sido hasta el momento bastante confusas, pocas, y reducidas. Para él, el pueblecito materno de Baviera significaba el único punto claro y familiar en el enredado baile de la suerte. Fuera de allí, hasta meterse a guerrero, había frecuentado solamente la próxima ciudad de Munich, adonde acudía para hacer algún trabajillo de electricista y donde, no hacía mucho, había aprendido a hacer el amor, con una vieja prostituta.

En Roma, el día de invierno era gris y ventoso. La víspera había terminado la Epifanía, «que arrastra consigo todas las fiestas»,^[1] y unos días antes había concluido el permiso navideño del soldado, pasado en casa con la familia.

De nombre se llamaba Gunther. Su apellido nos es desconocido. Lo habían descargado en Roma esa misma mañana para una brevísima etapa previa al viaje hacia un destino final, cuyo conocimiento estaba reservado al Estado Mayor, aunque las tropas lo ignoraban. Entre los compañeros de su compañía

se conjeturaba confidencialmente que la meta misteriosa era África, donde al parecer pretendían instalar guarniciones, en defensa de las posesiones coloniales de la aliada Italia. Esta noticia lo había electrizado, de entrada, con la perspectiva de una auténtica aventura exótica.

¡África! Para alguien apenas adulto, que hacía sus viajes en bicicleta o en el autobús que llevaba a Munich, ¡qué gran nombre!

¡ÁFRICA! ¡ÁFRICA!

... ¡Más de mil soles y diez mil tambores

zanz tamtam baobab ibar!

¡Mil soles y diez mil soles

sobre los árboles de pan y cacao!

Rojos naranjas verdes rojos,

los monos juegan al balón con los cocos.

¡¡¡Llega el Hechicero Jefe Mbunumnu Rubumbu

bajo un quitasol de plumas de loro!!!

¡Llega el bandido blanco a lomos de búfalo

recorriendo los montes del Dragón y el Atlas

zanz tamtam baobab ibar,

en las galerías de las selvas fluviales

donde las hormigas nos asaltan en bandadas!

Tengo una cabaña aurífera y diamantífera

y en mi tejado hizo su nido un avestruz

voy a bailar con los cazadores de cabezas.

He encantado a una serpiente de cascabel.

Rojos naranjas verdes rojos

duermo en una hamaca en el Ruwensori.

En la zona de las mil colinas

*atrapo leones y tigres como liebres.
¡Voy en canoa por el río de los hipopótamos
mil tambores y diez mil soles!
Atrapo cocodrilos como lagartijas
en el lago Ngami
y en el
Limpopo.*

... Aquella, aquí en Italia, era su primera salida al extranjero, y podía ya servirle de anticipo para la curiosidad y la excitación. Pero incluso antes de llegar, al salir de las fronteras de Alemania, lo había sorprendido una horrenda y solitaria melancolía, que denunciaba su índole poco formada, llena de contrastes. En parte, en efecto, el chico estaba ansioso de aventuras; pero por otra parte seguía siendo, sin darse cuenta, un mamoncillo. En parte se prometía realizar acciones ultraheroicas para hacer honor a su Führer; y, en parte, sospechaba que la guerra era un álgebra disparatada, concertada por los Estados Mayores, aunque a él no le concernía en absoluto. En parte, se sentía dispuesto a cualquier brutalidad sangrienta; y, en parte, durante el viaje, rumiaba de continuo una amarga compasión por su prostituta de Munich, al pensar que ahora encontraría pocos clientes, pues era vieja.

A medida que el viaje avanzaba hacia el sur, el humor triste prevaleció en él sobre los demás instintos hasta dejarlo ciego ante los paisajes, la gente y todo espectáculo o novedad. «¡Hete aquí, llevado en vilo — se dijo—, como un gato dentro de un saco, hacia el Continente Negro!» No pensó «África», esta vez, sino *Schwarzer Erdteil*, «Continente Negro»; viendo la imagen de un gran toldo negro que ya desde ahora se extendía sobre él hasta el infinito, aislándolo de sus propios camaradas presentes. Y su madre, sus hermanos, las trepadoras de la pared de casa, la estufa del vestíbulo, eran un torbellino que

se alejaba más allá de aquel toldo negro, como una galaxia en fuga por los universos.

En este estado, llegado a la ciudad de Roma, dedicó su permiso de la tarde a lanzarse solo, a la aventura, por las calles próximas al cuartel donde habían instalado a su convoy para descansar. Y cayó por el barrio de San Lorenzo sin proponérselo, como un reo rodeado por guardias que ya no sabe qué hacer con su última libertad irrisoria, cual si fuese un trapo viejo. Sabía exactamente en total cuatro palabras de italiano, y de Roma tenía solo esa escasa información que se aprende en la escuela primaria. Por lo cual le fue fácil suponer que los edificios viejos y desastrados del barrio de San Lorenzo representaban sin duda las antiguas arquitecturas monumentales de la Ciudad Eterna; y al vislumbrar, más allá del muro que cierra el enorme cementerio del Verano, las feas construcciones funerarias del interior, se figuró que tal vez fueran los sepulcros históricos de césares y papas. No por ello, sin embargo, se detuvo a contemplarlos. En aquel momento, Capitolios y Coliseos eran para él montones de basura. La historia era una maldición. E incluso la geografía.

A decir verdad, lo único que en ese momento instintivamente andaba buscando por las calles de Roma era un burdel. No tanto por un deseo urgente e irresistible como, más bien, porque se sentía demasiado solo; y le parecía que únicamente dentro de un cuerpo de mujer, hundido en aquel nido cálido y amistoso, se sentiría menos solo. Aunque para un extranjero en sus condiciones, y con el humor torvo y cerril que lo agobiaba, había pocas esperanzas de descubrir semejante refugio deambulando por allí, a esas horas y sin ningún guía. Tampoco podía contar con la suerte de un encuentro fortuito en la calle, pues, aun habiéndose desarrollado, casi sin saberlo, como un guapo mozo, el soldado Gunther era más bien inexperto, y en el fondo también tímido.

De vez en cuando se desahogaba dando patadas a las piedras que se le ponían delante, quizá distrayendo, por un instante, su fantasía con la ficción de ser el famoso Andreas Kupfer, o algún otro de sus ídolos del fútbol; pero inmediatamente se acordaba de su uniforme de combatiente del Reich. Y recuperaba la compostura, con una sacudida que le desplazaba un poco el gorro.

La única guarida que se le brindó en su mísera cacería fue un semisótano, bajando unos cuantos peldaños, que exhibía el cartel: VINOS Y COMIDAS - DA REMO; y, recordando que aquel día, por falta de apetito, había regalado el rancho a un compañero, advirtió de inmediato la necesidad de alimentarse, y se metió allá dentro, acariciado por una promesa de confortación, aunque fuera mínima. Sabía que se hallaba en un país aliado, y se esperaba, en aquella taberna acogedora, no las ceremonias debidas a un general, por supuesto, pero sin duda sí una familiaridad cordial y simpática. Y en cambio, tanto el dueño como el camarero lo acogieron con apática y desconfiada frialdad y con ciertas ojeadas de través que le quitaron el hambre enseguida. Y entonces, en vez de sentarse a comer, se quedó de pie en la barra y pidió amenazadoramente vino; lo consiguió, tras cierta resistencia de los otros dos y algunos conciliábulos privados en la trastienda.

No era bebedor, en modo alguno, y, de todas formas, al sabor del vino prefería el de la cerveza, más familiar para él desde pequeño. Pero, como exhibición desafiante ante el camarero y el dueño, se hizo servir, con actitud cada vez más amenazante, uno tras otro cinco cuartillos, y se los echó al colete a grandes tragos, como un bandido sardo. Luego arrojó violentamente sobre el mostrador casi todo el poquísimo dinero que llevaba en el bolsillo, mientras la rabia lo tentaba a poner patas arriba mostrador y mesas, y a comportarse ya no como aliado, sino como invasor y asesino. Pero una ligera

náusea, que le subía del estómago, lo retuvo de toda acción. Y con pasos aún bastante marciales volvió a salir al aire libre.

El vino se le había bajado a las piernas y subido a la cabeza. Y con el pútrido siroco de la calle, que le henchía el pecho con cada bocanada, le entraron unas ganas inviables de entrar en casa, acurrucado en su cama demasiado corta, entre el aroma frío y pantanoso de la campiña y el tibio del repollo que su madre hervía en la cocina. Aunque, gracias al vino, esta enorme nostalgia, en vez de desgarrarle, le puso alegre. Para quien vaga semiborracho, todos los milagros, al menos durante unos minutos, son posibles. Puede posarse ante él un helicóptero de regreso inmediato hacia Baviera, o llegarle por los aires un radiomensaje que les anuncia una prolongación del permiso hasta Pascua.

Dio unos pasos más por la acera, después dobló al azar, y en el primer portal que encontró se detuvo en el umbral, con la intención de ovillarse allí dentro y dormir, quizá en una escalera o en un cuchitril, como se estila en los bailes de disfraces de carnaval, cuando uno hace cuanto le peta sin que a nadie le importe. Se había olvidado del uniforme; por un cómico interregno sobrevenido en el mundo, el supremo albedrío de los niños usurpaba ahora la ley militar del Reich! Esta ley es una comedia, y a Gunther se la sudaba. En ese momento habría sido capaz de abrazar con violencia, y acaso de arrojarse a sus pies como un enamorado, llamándola: «¡meine mutter!», a la primera criatura femenina llegada a aquel portal (no digamos una chica corriente o una putilla de barrio, sino cualquier animal hembra: ¡una yegua, una vaca, una burra!) que lo hubiese mirado con ojos apenas humanos. Y cuando al cabo de un instante vio aparecer por la esquina a una inquilina del edificio, mujercita de aspecto modesto aunque civilizado, que volvía a casa en ese momento, cargada de bolsas y capachos, no dudó en gritarle: «Signorina! Signorina!» (era una de las cuatro palabras italianas que conocía). Y de un

salto se le plantó delante, resuelto, aunque ni siquiera él supiera qué pretendía.

Ella, sin embargo, al encararse con él, le clavó unos ojos absolutamente inhumanos, como ante la aparición misma y reconocible del horror.

La mujer, de profesión maestra de enseñanza primaria, se llamaba Ida Ramundo, viuda de Mancuso. En realidad, la intención de sus padres había sido ponerle Aida. Pero, por un error del empleado, fue inscrita en el registro civil como Ida, llamada Iduzza por su padre, calabrés.

De edad contaba treinta y siete años cumplidos, y en verdad no trataba de aparentar menos. Su cuerpo más bien desnutrido, y de estructura informe, con un pecho ajado y una parte inferior malamente engrosada, estaba embutido por las buenas en un abrigo marrón de vieja, con un cuello de piel bastante raída y un forro grisáceo cuyos bordes desflecados asomaban por las mangas. Llevaba también un sombrero, sujeto con un par de alfileres de mercería y provisto de un velito negro de rancia viudez; y, amén del velo, corroboraba su estado civil de casada la alianza (de acero, en vez de la de oro ya donada a la patria para la campaña abisinia) en la mano izquierda. Sus rizos crespos y negrísimos empezaban a encanecerse; pero la edad había dejado extrañamente incólume su cara redonda de labios abultados, que parecía la cara de una niña mustia.

Y, en efecto, en el fondo Ida era una niña, porque su principal relación con el mundo fue siempre, y seguía siendo (conscientemente o no), una medrosa sumisión. Los únicos en no darle miedo, en realidad, habían sido su padre, su marido y, más adelante quizá, sus pequeños alumnos. Todo el resto del mundo constituía una conminatoria inseguridad para ella, a quien sin saberlo

sus raíces clavaban en vete a saber qué prehistoria tribal. Y en sus grandes ojos oscuros y almendrados había una dulzura pasiva, de una barbarie profundísima e incurable, que semejaba una precognición.

«Precognición», en verdad, no es la palabra más apropiada, pues excluía el conocimiento. Más bien, la rareza de aquellos ojos recordaba la idiocia misteriosa de los animales, los cuales, no con la mente sino con un sentido de sus cuerpos vulnerables, «saben» el pasado y el futuro de cada destino. Llamaré a ese sentido — que en los animales es corriente, y se confunde con los demás sentidos corporales— el «sentido de lo sagrado»; entendiéndose en ellos por «sagrado» el poder universal que puede comerlos y aniquilarlos por su culpa de haber nacido.

Ida había nacido en 1903, bajo el signo de Capricornio, que inclina a la industria, a las artes y a la profecía, aunque también en ciertos casos a la locura y la estulticia. Su inteligencia era mediana, pero fue una alumna dócil y diligente en los estudios, y nunca repitió curso. No tenía hermanos, y sus padres enseñaban ambos en la misma escuela primaria de Cosenza donde se habían encontrado por primera vez. El padre, Giuseppe Ramundo, era de familia campesina, del extremo sur calabrés. Y la madre, llamada Nora Almagià, paduana, era de familia de tenderos pequeño burgueses, había arribado a Cosenza a los treinta años, soltera y sola, después de un concurso oposición. A los ojos de Giuseppe representaba, con sus modales, su inteligencia y su aspecto, algo superior y delicado.

Giuseppe, ocho años más joven que su mujer, era un hombre alto y corpulento, de manos rojas y toscas, y cara grande, coloradota y llena de simpatía. De niño, por desgracia, un golpe de azada lo hirió en un tobillo, dejándolo ligeramente lisiado para toda la vida. Y sus andares cojos aumentaban la sensación de confiada ingenuidad que rezumaba por naturaleza. Como quedó inválido para ciertos trabajos del campo, su familia,

labradores pobres, se las arregló para darle estudios, mandándolo primero a instruirse con los curas, con alguna ayuda del terrateniente; y su experiencia curil y patronal no había menguado, sino azuzado, al parecer, cierto oculto hervor. No sabría yo decir cómo ni dónde descubrió ciertos textos de Proudhon, Bakunin, Malatesta y otros anarquistas. Y en ellos había basado una fe tenaz, aunque simplona, y forzada a no pasar de una herejía personal y propia. En efecto, profesarla le estaba negado, incluso entre las paredes de su casa.

Nora Almagià de Ramundo, como da a entender su apellido de soltera, era judía (más aún, sus parientes seguían viviendo desde hacía varias generaciones en la pequeña judería de Padua), pero no quería que nadie lo supiera, y lo había confesado solo a su esposo y su hija, con garantías de muy serio secreto. En ocasiones oficiosas y prácticas solía también camuflar su apellido de soltera, convirtiéndolo de Almagià en Almagía, ¡convencida, con tal desplazamiento acentual, de forjarse una impunidad! De todas formas, en aquellos tiempos, en realidad, aún no se exploraban ni investigaban las ocultas ascendencias «raciales». Aquel pobre Almagià (o Almagía, si se quiere) había pasado entre todos, allá abajo, creo, como un apellido veneciano cualquiera, inocuo e insignificante, y ahora, por lo demás, la gente ya ni lo recordaba. Nora era para todos la señora de Ramundo, considerada evidentemente como de la misma religión católica de su marido.

Nora no poseía cualidades especiales, ni de mente ni de cuerpo. No obstante, sin ser guapa, era ciertamente graciosa. De su prolongada soltería conservaba una reserva casta y puritana (hasta en la intimidad mantenía con su marido ciertos pudores de chiquilla) grandemente apreciada en aquella región del sur. Y la gracia veneciana de sus modales le granjeaba el amor de sus alumnas. Era de costumbres sencillas y de carácter introvertido, en especial con extraños. Pero su natural introvertido incubaba algunas

llamaradas tormentosas, que se veían arder en la oscuridad de sus ojos de gitana. Eran, por ejemplo, exageraciones inconfesadas de sentimentalismo juvenil... Pero eran, sobre todo, inquietudes soterradas, capaces de asaltar día y noche con diversos pretextos, que se convertían incluso en obsesiones. Hasta que, royéndole los nervios, se le desfogaban, entre las paredes de la casa, con formas impulsivas y vejatorias.

El objeto natural de estos desahogos era uno solo, el más cercano a ella, o sea, Giuseppe, su marido. Se revolvía contra él peor que una bruja, reprochándole su cuna, su pueblo, sus parientes, calumniándolo horrendamente con mentiras palmarias, y hasta chillándole: «¡Engendro del demonio, arreniego!» por culpa de su pie cojo. Luego de repente se agotaba, quedándose como vacía, cual una muñeca de trapo. Y empezaba a balbucir: «... ¿Qué he dicho?... No quería decir eso... No era eso lo que quería decir, ¡pobre de mí!... ¡Oh, Dios, oh Dios!», con débil voz, la cara lívida, llevándose las manos a la cabeza rizada y dolorida. Entonces Giuseppe, apiadado, corría a consolarla, diciéndole: «¿Qué importa, eh?... No importa nada, ya pasó. Locuela, que eres una loca, bobita, que eres una boba», mientras ella lo miraba atontada, con ojos de infinito amor.

Al poco tiempo, recordaba estos altercados suyos como un espantoso sueño de desdoblamiento. No era ella, sino una especie de animalillo, una sanguijuela enemiga suya, que se le aferraba a las entrañas, forzándola a una representación enloquecida e incomprensible. Le entraban ganas de morir. Pero, para no dejar ver su remordimiento, era capaz de mantener el resto del día un mutismo ácido y tétrico, casi acusador.

Otra de sus características consistía en ciertos énfasis exagerados y solemnes de su lenguaje, llegados quizá hasta ella de los antiguos patriarcas. Pero con esas voces bíblicas se entreveraban las consabidas frases y

cadencias mamadas del terruño veneciano y que en aquel ambiente producían un efecto de sonsonete más bien cómico.

Con relación a su secreto judaico, había explicado a su hija, desde pequeña, que los judíos son un pueblo predestinado desde toda la eternidad al odio vengativo de los demás pueblos, y que la persecución se ensañaría siempre con ellos, a pesar de aparentes treguas, reproduciéndose siempre *ad aeternum*, conforme a su destino prefijado. Por tales motivos, fue ella misma quien quiso bautizar a Iduzza por lo católico, como su padre, que, por el bien de Iduzza, accedió, aunque reacio, plegándose incluso durante la ceremonia a los ojos del mundo a hacerse de prisa y corriendo una gran señal de la cruz. Pero en privado, a decir verdad, a cuenta de Dios, solía citar el dicho: «La hipótesis DIOS es inútil!», agregando con solemne acento la firma del autor: «¡FAURE!», como solía hacer con sus citas.

Además del secreto principal de Nora, en la familia existían otros secretos, y uno era que Giuseppe se daba a la bebida.

Fue, que yo sepa, el único pecado de aquel ateo sin malicia, que fue tan tenaz en sus afectos que toda la vida, como hacía de niño, siguió enviando gran parte de su sueldo a sus padres y a los hermanos más pobres que él. De no ser por razones políticas, su instinto, creo, era abrazar al mundo entero. Pero más que a nadie en el mundo quería a Iduzza y Noruzza, por las que era capaz incluso de componer madrigales. A Nora, de novios, le decía: «¡Mi estrella de Oriente!», y a Iduzza (deseada Aida) le cantaba a menudo (N.B.: tanto él como Nora habían sido asiduos a los espectáculos del carromato lírico de paso):

Celeste Aida forma divina...

De sus borracheras, sin embargo (cruz de Nora), no podía prescindir, aunque

por respeto a su puesto de maestro renunciaba a frecuentar las tabernas, dedicándose al vino en casa por la noche, y en especial el sábado. Y como era todavía joven, de menos de treinta años, en tales circunstancias desfogaba despreocupadamente sus ideales clandestinos.

El primer signo de su libertad de palabra era cierta inquietud de sus manazas, que empezaban a dar vueltas al vaso o a desplazarlo, mientras sus ojos de un castaño oscuro se ponían tristes y pensativos. Luego empezaba a menear la cabeza, diciendo: «¡Traición! ¡Traición!», significando que él mismo, desde que había entrado en el servicio del Estado, se comportaba como un traidor con sus compañeros y hermanos. Un profesor, si era honesto, hubiera debido predicar a los pobres chiquitines de la escuela la anarquía, el rechazo global de la sociedad constituida, que los criaba como carne de explotación o de cañón... En ese momento Nora, preocupada, corría a cerrar ventanas y puertas para sofocar a oídos de vecinos o transeúntes semejantes proposiciones subversivas. Y él, por su parte, de pie en el centro de la habitación, se entregaba a citar con voz llena y creciente, alzando el dedo:

«El Estado es la autoridad, el dominio y la fuerza organizada de las clases poseedoras y supuestamente ilustradas sobre las masas. Garantiza siempre lo que encuentra: a los unos, la libertad basada en la propiedad, a los otros, la esclavitud, consecuencia fatal de su miseria. ¡BAKUNIN!».

«Anarquía, hoy, es el ataque, es la guerra contra toda autoridad, todo poder, todo Estado. En la sociedad futura la anarquía será la defensa, el impedimento contra el restablecimiento de cualquier autoridad, de cualquier poder, de cualquier Estado, ¡CAFIERO!»

Aquí Nora empezaba a suplicar: «Chist..., chist», errando de una pared a otra, con formas de obsesa. Incluso con puertas y ventanas cerradas, estaba convencida de que ciertas palabras y ciertos nombres proferidos en casa de dos maestros de escuela suscitarían un escándalo universal, como si alrededor

de sus habitacioncitas atrancadas hubiera una ingente multitud de testigos a la escucha. En realidad, aunque no menos atea que su esposo, vivía como sometida a un dios vengativo y carcelario, que la espiaba.

«Las libertades no se otorgan. Se toman. ¡KROPOTKIN!»

—¡Ay, qué desgracia! ¡Calla, te digo! ¿Quieres precipitar esta casa en la sima de la ignominia y la deshonra? ¿Quieres arrastrar a esta familia por el fango?

—¿Cuál fango, Noruzza mía? ¡El fango está en las manos blancas del propietario y del banquero! ¡El fango es la pútrida sociedad! ¡La anarquía es honor del mundo, nombre santo, verdadero sol de la nueva historia, revolución inmensa, implacable!

—¡Ay! ¡Malditos sean el día y el momento en que gané la oposición! ¡Maldito sea el destino infame que me hizo caer entre estos meridionales, todos salteadores de caminos, ínfima ralea de la tierra, seres indignos! ¡Habría que ahorcarlos a todos!

—¿Ahorcados nos querrías, Norú? ¿Ahorcados, corazón mío?

Giuseppe, estupefacto, se derrumbaba en la silla. Pero allí, medio retorcido, sentía unas irresistibles ganas de cantar, con los ojos en el techo, como un carretero que canta a la luna:

*¡Arroja la bomba, que escupa metralla,
que mate al canalla y al cerdo opresor!...*

—¡Aaaah! ¡Calla, asesino! ¡Calla, malhechor! ¡Calla o me mato!

Para no ser oída por el vecindario, Nora trataba de hablar en voz baja, pero ese esfuerzo le hinchaba las venas, como si la estrangulasen. Por fin, sofocada y agotada, se desplomaba en el sofá, y entonces Giuseppe acudía solícito a disculparse, besándole, como a una señorona, las pequeñas manos

flacas, ya envejecidas y agrietadas por las faenas domésticas y los sabañones. Y al cabo de un rato ella le sonreía, consolada y curada por un momento de sus angustias ancestrales.

Desde su sillita de colores (comprada por su padre a su medida), Iduzza seguía esos altercados con los ojos desorbitados, sin entender nada, lógicamente. Sin duda ella, desde que nació, nunca fue de índole apropiada para la subversión; pero, de haber podido entonces dar su parecer, habría dicho que, de los dos contendientes, la más subversiva era su madre. De todos modos, lo único que entendía era que sus padres estaban en desacuerdo sobre ciertas cuestiones; y, por fortuna, se hallaba tan acostumbrada a sus alborotos que no la espantaban demasiado. Sonreía contenta, sin embargo, apenas los veía hacer las paces.

Para ella, aquellas noches de curda eran también noches de fiesta, porque con el vino, el padre, tras haber blandido sus banderas de rebeldía, daba rienda suelta a su buen humor natural y a su cultura de campesino, viejo pariente de animales y plantas. Le imitaba las voces de todos los animales, de las avcillas a los leones, y a petición suya le repetía hasta diez veces canciones y cuentos calabreses, tornándoselos cómicos, cuando eran trágicos, porque ella, como todos los niños, reía de buen grado, y sus locas carcajadas eran una música en el hogar. En cierto momento también Nora, vencida, se unía a aquel teatro, desplegando con su voz ingenua y algo desafinada su reducido repertorio, que en realidad se limitaba, que yo sepa, a dos piezas. Una era la famosa romanza «Ideal»:

*Yo te seguía cual iris de paz
por los caminos del cielo...*

etcétera, etcétera.

Y la otra era una canción en dialecto veneciano, que decía:

*Mira qué hermosa noche, cuántas estrellas,
hermosa noche para raptar doncellas,
pues quien rapta doncellas no es ladrón.
si es joven y enamorado de corazón*

Después, a eso de las diez, Nora terminaba de recoger la cocina y Giuseppe metía a Iduzza en la cama, acompañándola como una madre con ciertas nanas de sonido casi oriental que su madre y su abuela le habían cantado a él:

*Oh, ven, sueño de la montañita,
los lobos se comieron la ovejita,
oh, niña nana,
a la cama voy ya,
voy ya,
voy ya,
voy ya..., voy ya..., voy...*

Otra nana que le gustaba mucho a Iduzza, y que luego se transmitió a la nueva generación, tenía la letra en italiano, y no sé de dónde la sacó Giuseppe:

*Dormid, ojitos, dormid, ojitos,
que mañana iremos a Reggio
a comprar un espejo de oro
pintado con rosas y flores.
Dormid, manitas, dormid, manitas,*

*que mañana iremos a Reggio
a comprar un telar pequeñito
con lanzadera de plata fina.
Dormid, piececitos, dormid, piececitos,
que mañana iremos a Reggio
a comprar unos zapatitos
para bailar a santa Idita...*

Iduzza perdía todos sus miedos junto a su padre, que representaba para ella una especie de calesa cálida, luminosa y renqueante, más inexpugnable que un carro de combate, que la llevaba gozosamente de paseo, al abrigo de los terrores del mundo; acompañándola por doquier y sin permitir nunca que la mandasen sola por las calles, donde cada puerta, ventana o encuentro con ajenos la amenazaban con sus ultrajes. En invierno, quizá por ahorrar, usaba unos capotes de pastor amplios y más bien largos, y en los días de mal tiempo la resguardaba de la lluvia manteniéndola muy pegada a él bajo el capote.

Yo no conozco mucho Calabria. Y de la Cosenza de Iduzza solo puedo trazar una figura imprecisa a través de los escasos recuerdos de los muertos. Creo que ya entonces, en torno a la ciudad medieval que ciñe la colina, se iban extendiendo las construcciones modernas. En una de estas, en efecto, de tipo modesto y común y corriente, se encontraba el estrecho pisito de los maestros Ramundo. Sé que la ciudad está atravesada por un río, y el mar está al otro lado de la montaña. El advenimiento de la era atómica, que marcó el inicio del siglo, no se notaba en aquellas regiones, ni tampoco el desarrollo industrial de las Grandes Potencias, salvo en los relatos de los emigrantes. La economía de la zona se basaba en la agricultura, en progresiva decadencia a causa del suelo empobrecido. Las castas dominantes eran el clero y los propietarios rurales; y para las castas ínfimas, supongo que allí, como en

todas partes, el compango cotidiano más difundido era la cebolla... Sé con seguridad, de todos modos, que en el curso de sus estudios de magisterio el estudiante Giuseppe no probó durante años comida caliente, alimentándose principalmente de pan e higos secos.

Hacia el quinto año de edad, Iduzza estuvo sujeta todo un verano a los ataques de un mal innominado, que angustió a sus progenitores como una minusvalía. En medio de sus juegos y sus charlas infantiles, de repente enmudecía, palideciendo, con la impresión de que el mundo se disolvía en torno a ella en un torbellino. A las preguntas de sus padres emitía a duras penas en respuesta un lamento de animalillo, aunque era evidente que ya dejaba de percibir sus voces; y al poco rato se llevaba las manos a la cabeza y la garganta en actitud defensiva, mientras la boca le temblaba en un murmullo incomprensible, como si dialogase, espantada, con una sombra. Su respiración se hacía aguda y febril, y entonces, de golpe, se arrojaba al suelo, retorciéndose y sacudiéndose con descompuesta agitación, con los ojos abiertos, pero vacíos en una total ceguera. Era como si, desde un manantial subterráneo, una brutal corriente eléctrica, arremetiera contra su personita, que al mismo tiempo se volvía invulnerable, sin sufrir jamás golpes ni heridas. Esto le duraba un par de minutos como máximo, hasta que sus movimientos se atenuaban y mermaban, y el cuerpo se le reacomodaba en un reposo dulce y comedido. Sus ojos navegaban en un despertar aturdido, y los labios se relajaban con dulzura, unidos sin abrirse y con las comisuras un poco estiradas hacia arriba. Era como si la criatura sonriese agradecida por regresar a casa, entre la doble guardia de sus perennes ángeles custodios, inclinados, a su lado, sobre ella: uno por acá, con su cabezota redonda y desgreñada de perro pastor, y la otra por allá, con su cabecita crespa de cabrita.

Pero la sonrisilla, en realidad, era solo una apariencia física ilusoria, producto de la natural distensión de los músculos después de la amarga tensión. Transcurrían aún unos instantes antes de que Iduzza reconociera de veras su patria doméstica; y, en ese preciso momento, de su pavorosa expatriación y regreso ya no le restaba ninguna noticia, como acontecimientos desterrados de su memoria. Podía referir, solamente, haber sufrido un gran mareo, y después haber advertido como rumores de agua, y pasos y zumbidos confusos, que semejaban llegar de lontananza. Y en las horas siguientes aparecía fatigada, aunque más desenvuelta y despreocupada de lo habitual, como si, sin saberlo, se hubiera librado de una carga muy superior a sus fuerzas. Por su parte, e incluso mucho después, creía haber sufrido un vulgar desmayo, sin darse cuenta de los fenómenos teatrales que lo habían acompañado. Y los padres preferían dejarla en esta ignorancia, aunque sujeta a ciertos ataques, para no comprometer su futuro. Así, en la familia, había añadido otro escándalo más que ocultar al mundo.

La antigua cultura popular, todavía arraigada en tierras calabresas y en especial entre los campesinos, marcaba con un estigma religioso ciertos males indescifrables, atribuyendo sus crisis recurrentes a la invasión de espíritus sagrados, o inferiores, que en este caso solo se podían exorcizar con recitaciones rituales en las iglesias. El espíritu invasor, que elegía con más frecuencia a las mujeres, podía transmitir también poderes insólitos, como el don de curar enfermedades o el de hacer profecías. Pero la invasión se sentía en el fondo como una prueba feroz y sin culpa, la elección inconsciente de una criatura aislada que recogiese la tragedia colectiva.

Naturalmente, el maestro Ramundo, con su ascenso social, había salido del círculo mágico de la cultura campesina, y además, según sus ideas filosóficas-políticas, era positivista. Para él, ciertos fenómenos morbosos solo derivaban de disfunciones o enfermedades del cuerpo; y lo turbaba al

respecto la sospecha mal celada de haber viciado él mismo, quizá ya en el semen, la sangre de su hijita a causa del abuso de alcohol. Pero Nora, que en cuanto lo veía preocupado se afanaba enseguida por tranquilizarlo, le decía, consoladora:

«No, claro que no, no te atormentes con ideas sin pies ni cabeza. ¡Mira los Palmieri, entonces, que siempre bebieron todos, el padre, el abuelo y el bisabuelo! ¿Y los Mascaró, que les dan vino a los críos en vez de leche? ¿Y no los ves? ¡Todos rebosantes de salud!»

Los años anteriores, en los meses más cálidos, la familia solía trasladarse hacia la punta de Calabria, a la casa paterna de Giuseppe; pero ese verano no se movieron de su barrio abrasador de Cosenza, por miedo a que a Iduzza la sorprendiera su secreto mal en el campo, en presencia de los abuelos, tíos y primos. Y quizá la canícula urbana, a la que Iduzza aún no estaba acostumbrada, aceleró la frecuencia de sus ataques.

Las vacaciones en el campo, además, cesaron del todo desde entonces, pues a consecuencia del terremoto de aquel invierno, que destruyó Reggio y devastó las llanuras, los abuelos se retiraron a vivir con otro hijo, en una casucha en las montañas de Aspromonte, donde, por falta de espacio, no se podía hospedar a nadie.

De las vacaciones pasadas Ida recordaba sobre todo unas muñecas de pan que la abuela le cocía en el horno y que ella acunaba como si fueran hijos, negándose desesperadamente a comerlas. Las quería a su lado incluso en la cama, de donde se las sustraían furtivamente de noche, mientras dormía.

Perduraba también en su memoria un grito altísimo repetido por los pescadores de pez espada sobre las rocas y que en su recuerdo sonaba así: «¡FA-ALEUU!».

A finales de ese verano, tras un último ataque de Iduzza, Giuseppe se decidió y, montados él y la niña en un asnillo prestado, la llevó a un hospital

de las afueras de Cosenza, donde ejercía un compadre suyo, médico, que en ese momento residía en Montalvo, pero había estudiado en el norte la ciencia moderna. Bajo los dedos del médico que la reconocía, Ida, aunque avergonzada, se reía con las cosquillas, haciendo el sonido de quien sacude una campanita. Y cuando, terminado el reconocimiento, la exhortaron a darle las gracias al doctor, se ruborizó toda al decir: «Gracias», y enseguida se escondió detrás de su padre. El médico la declaró sana. Y habiendo ya sabido, aparte, por Giuseppe, que en sus ataques no se lastimaba, ni chillaba, ni se mordía la lengua, ni presentaba otros indicios inquietantes, aseguró que no había motivo para preocuparse por ella. Aquellos ataques, explicó, eran con casi seguridad fenómenos temporales de histeria precoz, y desaparecían espontáneamente con el desarrollo. Mientras tanto, para evitarlos, sobre todo en atención al siguiente comienzo de curso (desde sus primeros años Ida solía seguir las clases de su madre, que no tenía dónde dejarla, si no), le recetó un calmante para que lo tomara todas las mañanas, al despertarse.

Ida y Giuseppe hicieron el viaje de regreso felices y contentos, cantando las consabidas cancioncillas del repertorio paterno, que Ida acompañaba de vez en cuando con su vocecita desafinada.

Desde ese día, el curso posterior de los hechos confirmó las previsiones del médico. La simple cura calmante, seguida dócilmente por Iduzza, demostró su eficacia cotidiana, sin ningún efecto negativo, salvo una leve somnolencia y embotamiento de los sentidos, que la niña superaba con buena voluntad. Y desde entonces, tras la única invasión de aquel verano, el extraño mal nunca volvió a visitarla, al menos en su cruda forma originaria. Sucedió, a veces, que reasomaba en cierto modo, aunque reducido a lo que antes fuera apenas su señal primitiva, una especie de suspensión vertiginosa de las sensaciones, que se acusaba en el rostro de la niña con un velo de palidez semejante a una niebla. Eran episodios, en verdad, tan rápidos que se le escapaban a todos los

presentes, y a la propia conciencia de Iduzza; pero, a diferencia de los desmayos agitados de antes, estos síntomas imperceptibles le dejaban una sombra de triste inquietud, como el oscuro sentimiento de una trasgresión.

Tales secuelas de su mal fueron después escaseando y debilitándose con el tiempo. Volvieron a asaltarla, con notable frecuencia, hacia los once años; y a continuación, atravesado el punto de la pubertad, desaparecieron casi por completo, como ya había prometido el doctor. Por fin Ida pudo suspender el uso de la medicina calmante, y retornar a su humor natural de chiquilla.

Quizá fue también la interrupción del tratamiento lo que provocó una simultánea transformación en la química de su sueño. Comenzó a partir de entonces, en efecto, un exuberante crecimiento de sus sueños nocturnos, que iba a acoplarse con su vida diurna, entre interrupciones y repeticiones, hasta el final, enroscándose a sus días más como parásito y alguacil que como compañero. Todavía mezclados con los sabores de la infancia, aquellos primeros sueños atacaban ya a la raíz del dolor, aunque en sí no se mostraban demasiado dolorosos. En uno, que con diversas variaciones reaparecía a intervalos, se veía corriendo por un lugar lóbrego de bruma o de humo (fábrica, o ciudad, o periferia) estrechando contra el pecho una muñequita desnuda, y toda de un color bermejo como si la hubieran teñido de pintura roja.

La guerra mundial de 1915 no afectó a Giuseppe, con motivo de su pierna deforme; pero los peligros de su derrotismo flotaban como espantajos alrededor de Nora, de forma que también Iduzza había aprendido a temer ciertos teínas del padre (¡incluso apenas insinuados en familia, y con tono muy bajo de conspiración!). En efecto, ya desde tiempos de la guerra de Libia, se contaban en la ciudad de Cosenza detenciones y condenas de derrotistas como él. Y ahí estaba, ahora, levantándose, alzando el dedo:

«La negativa a obedecer será cada vez más frecuente; y entonces no quedará sino el recuerdo de la guerra y del ejército como actualmente se configuran. Y esos tiempos están próximos. ¡TOLSTÓI!».

«El pueblo es siempre el monstruo que necesita un bozal, que ha de ser curado con la colonización y la guerra y al que hay que expulsar a los márgenes del derecho. ¡PROUDHON!»...

Iduzza, por su parte, ni siquiera se atrevía a juzgar los decretos de los Poderes Públicos, que se le mostraban como entes arcanos, superiores a su razón, aunque no obstante tenían la facultad de llevarse a su padre lejos, entre guardias... Al primer indicio de ciertas conversaciones, que asustaban a su madre, ella se agarraba a Giuseppe, temblando. Y Giuseppe, para no inquietarla, decidió evitar tales temas vidriosos, incluso en familia. A partir de entonces se pasaba las tardes repasando las lecciones con su adorada hija, aunque un poco trompa, de ordinario.

La posguerra fue una época de hambre y epidemias. Pero, como suele suceder, la guerra, que para la mayoría había sido un desastre total, para otros fue todo un éxito financiero (y no en vano la habían favorecido). Precisamente por entonces estos comenzaron a contratar a las escuadras «negras» en defensa de sus intereses en peligro.

En los países industriales, ese peligro provenía sobre todo de los obreros; pero en Calabria (como en otros lugares del Sur), los más amenazados en sus fortunas eran los terratenientes, que, entre otras cosas, eran en gran parte usurpadores, al haberse apropiado en el pasado, por diversos sistemas, de las tierras comunales, campos y bosques que a menudo dejaban incultos y abandonados. Y ese fue el período de las «ocupaciones de tierras» por parte de campesinos y braceros. Ocupaciones ilusorias, pues, tras haberlas fertilizado y cultivado, los ocupantes eran desalojados con arreglo a la ley.

A muchos los mataban. Y en cuanto a los jornaleros, que trabajaban para

los propietarios, su paga (según los últimos convenios laborales conquistados con largas batallas sociales) era por ejemplo esta: «Por una jornada de trabajo de dieciséis horas, tres cuartos de litro de aceite (a las mujeres, la mitad)».

Los parientes de Giuseppe (allá en la provincia de Reggio) eran colonos, que trabajaban también a jornal como braceros. En agosto de 1919 una de sus hermanas, con el marido y dos sobrinitos, murieron de la fiebre española. La epidemia, en ciertos pueblos, dejó un recuerdo espantoso. Faltaban médicos, medicinas y alimentos. Era en plena canícula. Las muertes superaban a las de la guerra. Y los cadáveres quedaban varios días insepultos, pues no había bastante madera para los ataúdes.

En ese período, Giuseppe mandaba a su parentela su sueldo íntegro (que con las actuales dificultades no siempre le pagaban regularmente). Y, con la carestía de la época, los tres debían arreglarse solo con los ingresos de Nora. Pero Nora, que en ciertas contingencias familiares era valiente como una leona y previsora como una hormiguita, lograba mantener a su familia sin demasiadas estrecheces.

Menos de dos años después de finalizar la guerra, Ida sacó puntualmente el título de maestra. Y en esas mismas vacaciones de verano, aunque desprovista de dote, se encontró prometida.

El novio, Alfio Mancuso, era un mesinés que había perdido a todos sus parientes en el terremoto de 1908. Él mismo, que contaba a la sazón unos diez años, se había salvado de milagro. Y, pese a su cariño visceral a la familia, y en especial a su madre, después, aun lamentando aquella antigua catástrofe, se jactaba más bien de su suerte que en aquella ocasión le había ayudado y que habitualmente lo distinguía. El milagro (que en los relatos de Alfio se enriquecía cada vez con nuevos detalles y variantes) en pocas palabras había sido el siguiente:

En el invierno de 1908, el niño Alfio trabajaba de aprendiz en un pequeño

arsenal con un viejo que reparaba barcas. Uno y otro solían también pernoctar en el taller, donde el maestro disponía de un catre, y el mocito se acostaba, en cambio, en el suelo sobre un montón de virutas envuelto en una vieja gualdrapa de lana.

Pues bien, aquella noche, mientras el viejo, según su costumbre, se demoraba en su trabajo (en compañía de unos vasos), el aprendiz, por su parte, ya se estaba instalando para dormir dentro de la gualdrapa, cuando, con motivo de una distracción fortuita, el viejo le había chillado, como solía hacer en semejantes casos:

—¡Eeeeh! ¡Tonto el haba! — que quería decir: «¡Tonto como una haba!».

Habitualmente el aprendiz se tragaba el insulto sin rechistar; pero esa vez, furioso, le respondió:

—¡Tonto el haba será usted!

E inmediatamente, con su gualdrapa a cuestas (suprema previsión), había escapado afuera, por miedo a su jefe, que le corría a la zaga dispuesto a pegarle armado con una soga doblada en dos.

Ahora bien, en el terreno donde se desarrollaba la carrera se presentaban, plantados a igual distancia, una palmera y un poste. Tras un instante de vacilación entre los dos (¡obsérvese!), Alfio escogió la palmera, y en el instante siguiente ya ocupaba la copa, decidido a instalarse para siempre allí, como un mono, con tal de no entregarse al viejo, quien por fin, harto de esperar debajo de la palmera, regresó al taller.

En resumen, transcurrieron horas y horas, ¡hasta el alba!, y Alfio, engualdrapado, seguía todavía en la palmera, cuando llegó el terremoto que arrasó Messina y el taller, y derribó el poste; en cambio, la palmera, tras una enorme sacudida de su penacho, con Alfio Mancuso bien aferrado dentro, quedó de pie, sana y salva.

¿Fue quizá una virtud portentosa de la gualdrapa (propiedad antes de un

arriero llamado Cicciuzzo Belladonna)? De todos modos, desde entonces Alfio decidió ponerle a su primer hijo varón, de primer nombre, Antonio (como su padre) y Cicciuzzo (o sea, Francesco) de segundo; y a su hija hembra, Maria (como su madre) de primero, y de segundo, Palma. (Para él, desde chiquillo, formar una familia fue siempre la principal aspiración.)

Entre sus otras suertes se contaba también el final de la guerra coincidiendo con la llamada de su quinta. Ciertas gestiones para el licenciamiento lo llevaron a Roma, donde encontró un empleo de representante de una empresa. Y en uno de sus viajes como agente comercial pasó por Cosenza, donde halló el primer amor.

Entre Alfio y su futuro suegro nació de inmediato una gran amistad. E Ida se encariñó pronto con su pretendiente, que se asemejaba en varios rasgos a su padre, con la diferencia de que no le interesaba la política y no era un borrachuzo. Ambos, de aspecto y de modales, parecían grandes perros de aldea, dispuestos a celebrar cualquier favor de la vida, aunque solo fuera un hilo de viento en la canícula. Ambos poseían cualidades maternas, además de paternas; bastantes más que Nora, quien siempre había asustado un poco a Iduzza, con su carácter orgulloso, nervioso e introvertido. Ambos hacían de guardianes contra la violencia externa; y con su buen humor instintivo, y la ingenua afición a loquear, sustituían para ella, poco sociable por naturaleza, la compañía de sus coetáneos y de los amigos.

La boda se celebró en la iglesia, por el consabido respeto ajeno y también por respeto al novio, que, indiferente por su parte a la religión, no debía, ni siquiera él, conocer nunca el secreto de Nora Alamagía. A causa de la común pobreza, en vez de un vestido blanco, la novia llevaba un traje de lana azul oscuro, con una falda un poco fruncida en el talle y chaquetita ajustada. Calzaba sin embargo zapatitos de piel blanca, una blusa blanca de solapas bordadas debajo de la chaqueta y, en la cabeza, un velillo de gasa con una

corona de azahar. El bolso, regalo de Nora (que cada mes, a toda costa, ahorra siempre unas liras para tales acontecimientos excepcionales), era de malla de plata. Nunca en su vida, ni antes ni después, estuvo Iduzza tan elegante y de tiros largos como aquel día; y sentía una enorme responsabilidad, preocupándose en la iglesia, y también en el viaje posterior en ferrocarril, de no mancharse los zapatos o arrugarse la falda.

El viaje de novios (salvo una parada en Nápoles de un par de horas) consistió en la ida a Roma, nueva residencia del matrimonio, donde ya Alfio había preparado él solo su barato alojamiento de habitaciones en el barrio de San Lorenzo. Iduzza era virgen no solo de cuerpo, sino también de pensamiento. Nunca había visto a ningún adulto desnudo, porque sus padres nunca se desnudaban en su presencia; y hasta de su propio cuerpo sentía un pudor exagerado, incluso a solas. Nora le había avisado solo de que para engendrar hijos el hombre debe entrar con su cuerpo en el cuerpo de la mujer. Es una operación necesaria, a la cual hay que someterse dócilmente, y que no hace demasiado daño. E Ida deseaba ardientemente tener un hijo.

Por la noche, tras la llegada a Roma, mientras el novio se desnudaba en el dormitorio, Ida se desnudó en la salita contigua. Y al entrar en el cuarto, tímida y vergonzosa, con su camisón nuevo, prorrumpió de pronto en una irresistible carcajada al ver a Alfio también con un largo camisón, que envolvía hasta los pies su figura viril y corpulenta, asemejándolo (con su cara ingenua y lozana) a una criatura con el faldón de cristianar. Él se puso muy colorado y balbució, inseguro:

—¿De qué te ríes?

La gran hilaridad le impedía hablar, al mismo tiempo que también ella se cubría de rubor. Por fin logró silabear:

—Del... del... camisón... — Y estalló en risas otra vez.

El motivo de su hilaridad, verdaderamente, no era el aspecto cómico (y

también patético) de Alfio, sino justamente la idea del camisón. Su padre, en efecto, como sus parientes campesinos, solía acostarse en ropa interior (camiseta, calcetines y calzoncillos largos). Nunca se le hubiera ocurrido que los varones se ponían camisón, convencida de que esa prenda, igual que las faldas, correspondía a las mujeres, o a los sacerdotes.

Poco después apagaron la luz; y en la oscuridad, bajo las sábanas, ella contuvo el aliento, aterrada, al notar que el marido le levantaba su largo camisón hasta los muslos, y buscaba su carne desnuda con otra carne húmeda y ardiente. Aunque se lo esperaba, le parecía terrible que alguien, a quien comparaba inconscientemente con Giuseppe, su padre, le produjese un dolor tan atroz. Pero se quedó quieta y lo dejó hacer, venciendo el terror que la atenazaba, tanta era su confianza en él. Y desde entonces todas las noches se dejaba, suave y dispuesta, como un niño intratable que se deja dócilmente alimentar por su madre. Después, con el tiempo, se ayezó a aquel gran rito vespertino, nutrimento necesario de sus nupcias. Y él, por lo demás, pese a su natural ardor juvenil, respetaba tanto a su esposa que nunca se vieron desnudos, y siempre se amaron a oscuras.

Ida no entendía el goce sexual, que siempre fue un misterio para ella. A veces sentía solo una especie de emoción indulgente hacia el marido, al sentirselo encima, jadeante, trastornado y encruelecido por aquel delirante misterio. Y al oír el último grito que lanzaba, altísimo, como en una ejecución invocada, despiadada e ineluctable, le acariciaba, apiadada, el pelo rizado y espeso todavía de jovencito, empapado en sudor.

Pasaron, sin embargo, cuatro años desde la boda hasta la llegada del hijo prometido. Y fue en ese período cuando Alfio, para no dejarla demasiado sola y desocupada durante sus viajes de representante, la animó a concursar a un puesto de maestra en Roma. Él mismo, dotado de una sencilla inclinación al trapicheo, la ayudó a ganar la oposición a través de un conocido suyo del

ministerio, a quien correspondió con ciertos favores comerciales. Y este fue, quizá, el único éxito importante de Alfio; en efecto, por mucho que corretease por ciudades y provincias (partiendo siempre con el gesto aventurero y osado del célebre «sastrecillo valiente» del cuento), Alfio Mancuso fue siempre un negociante de poca monta, pobre y bohemio.

Y así inició Ida su carrera de maestra, que concluiría al cabo de casi veinticinco años. En lo que Alfio no logró favorecerla fue en la elección de un destino cómodo. Ida encontró un puesto en una escuela no de su barrio de San Lorenzo, sino bastante alejada, hacia la Garbatella (desde donde, con el transcurso de los años, y a consecuencia de demoliciones, su escuela fue trasladada al barrio de Testaccio). Durante todo el camino el corazón le latía de susto, entre el gentío ajeno de los tranvías, que la aplastaba y empujaba, en una lucha en la que ella siempre cedía y se quedaba atrás. Pero al entrar en clase, enseguida, aquel tufillo especial de niños sucios, de mocos y piojos, la consolaba con su dulzura fraternal, inerme, y protegida de las violencias adultas.

Antes del inicio de esta carrera, una tarde lluviosa de otoño, a Iduzza, casada hacía unos meses, la había sobresaltado en su último piso un fragor de cantos, gritos y tiroteos por las calles del barrio. Eran las jornadas de la «revolución» fascista, y ese día (30 de octubre de 1922) se estaba desarrollando la famosa marcha sobre Roma. Una de las columnas negras que marchaban, al entrar en la ciudad por la puerta de San Lorenzo, había encontrado una abierta hostilidad en aquella barriada roja y popular. Y prontamente se había entregado a la venganza, devastando las casas a lo largo de la calle, maltratando a los habitantes y matando a algunos rebeldes allí mismo. Los muertos de San Lorenzo fueron trece. Pero se trató, en verdad, de un episodio fortuito en el curso de aquella fácil marcha romana, con la cual el fascismo marcaba su toma oficial del poder.

A esas horas Iduzza estaba sola en casa, y como otras vecinas corrió a cerrar las ventanas, aterrada con la idea de que Alfio andaba por ahí con su muestrario de pinturas, barnices y cremas para el calzado. Suponía que había estallado la famosa revolución universal anunciada siempre por su padre... Pero Alfio regresó puntual por la noche, sano y salvo, afortunadamente, y tan alegre como de costumbre. Y en la cena, refiriéndose a los acontecimientos, dijo a Iduzza que desde luego los discursos de don Giuseppe, su padre, eran justos y santos; pero en la práctica, de momento, entre huelgas, incidentes y retrasos, trabajar en serio resultaba últimamente un problema para los hombres de negocios y comerciantes como él. Desde hoy, por fin, en Italia, se había establecido un Gobierno fuerte, que devolvería al pueblo la paz y el orden.

Más no supo decir el esposo-muchacho sobre el tema; y la esposa-niña, al verlo plácido y satisfecho, no se preocupó de averiguar más. Los fusilados esa tarde en la calle habían sido enterrados ya a toda prisa en el contiguo cementerio del Verano.

De allí a dos o tres años, con la abolición de las libertades de prensa y oposición y del derecho a la huelga, la institución de los Tribunales Especiales, el restablecimiento de la pena de muerte, etcétera, etcétera, el fascismo se había convertido en una dictadura definitiva.

En 1925 Ida se quedó encinta, y parió en mayo de 1926. El parto, laborioso y arriesgado, la atormentó ferozmente todo un día y una noche, dejándola casi exangüe. Pero le salió un lindo varoncito, morenucho y robusto, del que Alfio presumía, anunciando a todos:

—¡Me ha nacido un mozo fuera de serie, de cuatro kilos de peso, con una carita sana como una manzana!

Después de este primer hijo, de su matrimonio no le nacieron más. Como

estaba ya decidido, de primer nombre le pusieron el del abuelo paterno, Antonio; pero desde el principio lo llamaron normalmente Nino, o, aún más a menudo, Ninnuzzu y Ninnarieddu. Todos los veranos, Ida regresaba un tiempo a Cosenza con el crío, al que el abuelo cantaba las nanas que ella ya conocía, y en particular la de «mañana iremos a Reggio», con la variante:

*a comprar unos zapatucos
para bailar en san Ninnuzzo...*

Las visitas estivales de Iduzza y Ninnarieddu le devolvían a Giuseppe Ramundo su brío de perro alegre, que en él parecía eterno y que en cambio, en los últimos años, se había ido acoquinando. Su buena voluntad le hizo soportar con resignación la ausencia de Iduzza que, en el fondo, en especial al principio, le parecía un robo. Pero a esta crisis reprimida se sumó el advenimiento de la «revolución» fascista, que le envejecía más que una enfermedad. Ver triunfar aquella sombría parodia en lugar de la otra REVOLUCIÓN soñada (y que, últimamente, parecía ya casi en puertas) era para él como masticar todos los días una papilla asquerosa, que le revolvió el estómago. Las tierras ocupadas, que aún resistían en 1922, habían sido arrebatadas a los campesinos con brutalidad definitiva, y restituidas a los satisfechos propietarios. Y en las escuadras que reivindicaban los derechos de estos había (y eso era lo peor) muchos hijos de madre tan pobres y aperreados como los demás, y embrutecidos por la propaganda o la soldada para agredir a pobres como ellos. A Giuseppe le parecía representar una comedia en sueños. Los personajes más odiosos de la ciudad (que, en años recientes, con el miedo habían agachado un poco la cabeza) andaban ahora por ahí provocadores y sacando la barriga, como soberanos repuestos en sus

dominios, reverenciados por todos, entre las paredes empapeladas con sus carteles...

En la escuela, en casa, y entre sus amistades de la ciudad, el maestro Ramundo se esforzaba sin embargo por adoptar un conformismo aparente para no empeorar tampoco con demasiadas angustias la salud de Nora, que se iba deteriorando. Pero en compensación había empezado a frecuentar un pequeño círculo apartado, donde por fin podía desahogar en cierto modo sus pensamientos. Era un ventorro de ínfima categoría, provisto de tres o cuatro mesas y de un tonel de vino tinto del año. El ventero, viejo conocido de Giuseppe, era anarquista. Y compartía con Giuseppe recuerdos de juventud.

No he podido averiguar la ubicación precisa de esa venta. Pero alguien, en el pasado, me indicó que para llegar a ella había que tomar un tranvía suburbano, y quizá el funicular, que subía por la ladera de la montaña. Y siempre me imaginé que en su interior oscuro y fresco el olor del vino nuevo se mezclaba con el campestre de bergamota y leña, y quizá también con el olor del mar, al otro lado de la cadena costera. Por desgracia, hasta hoy no conozco esos lugares sino sobre el papel y tal vez la venta del abuelo Ramundo ya no exista. Sus escasos clientes, por lo que sé, eran braceros del campo, pastores errantes y de cuando en cuando algún pescador de la costa. Conversaban en sus dialectos antiguos, con mezcla de sonidos griegos y árabes. Y en la intimidad de estos amigos bebedores, a quienes él, lleno de emoción, llamaba «compañeros defraudados» o «hermanos míos», Giuseppe volvía a su alegría turbulenta y celebraba sus ideales juveniles, tanto más entusiasmantes porque, ahora, eran de veras peligrosos secretos. Finalmente podía desahogarse declamando ciertos versos que consideraba insuperables, y que nunca se le permitió enseñar a los chiquillos de la escuela:

... Y caeremos en un fulgor de gloria

*abriendo hacia el futuro nuevas vías,
¡de la sangre brotará la nueva historia
de la anarquía!...*

*... De los parias somos el tropel sin cuento,
pálidas gentes condenada a servir,
mas, alta la frente, desplegamos las banderas
¡partiendo a la conquista de un justo porvenir!*

Pero el culmen de aquellas reuniones era cuando, asegurándose de que nadie podía oírlos desde fuera, los congregados cantaban en un bajo coro:

*Revolución pronto se hará,
bandera negra se cantará,
¡¡por la a-anarquía!!*

Se trataba, en verdad, de pobres anarquistas de domingo, y su actividad subversiva no pasaba de ahí. Al final, sin embargo, la cosa paró en que llegaron denuncias a Cosenza. Al ventero lo mandaron un día al confinamiento, la venta debió cerrar, y a Giuseppe, sin explicaciones directas, y hasta con ciertos pretextos considerados, lo jubilaron a la edad de cincuenta y cuatro años.

En casa, con su mujer, fingió creer aquellos pretextos, ilusionándola con sus propias razones, como los niños se ilusionan con los cuentos. Y nunca, claro, llegó a hablarse de la venta secreta, ni de la suerte de su compañero el ventero, por la cual se angustiaba de continuo, tanto más porque, al menos en parte, se consideraba responsable de ella. En realidad, no tenía otros confidentes que Nora, y no podía hablar de estas cosas con nadie.

En su desgracia personal, su peor amargura no era el perjuicio sufrido, y ni siquiera la inactividad forzosa (para él, la enseñanza había sido un gran placer). Esos desastres, en efecto, y acaso también la amenaza del confinamiento y la cárcel, provenían de los fascistas, sus enemigos naturales. Pero que entre los amigos de su pequeña tertulia, a quienes llamaba «hermanos», pudiera esconderse un espía y un traidor, esa sospecha, más que nada, lo sumió en la melancolía. A ratos se distraía haciendo juguetes de madera para regalárselos al nietecito Ninnuzzu cuando fuera en verano. Además, sobre todo para consolar a Nora, se había comprado una radio, y así por la noche podían escuchar juntos óperas, a las que ambos eran muy aficionados desde la época en que iban a los espectáculos del carromato. La obligaba, sin embargo, e incluso de malos modos, a apagar el aparato en cuanto se oían las voces de los noticiarios, que casi lo enfurecían.

Por su parte, Nora, con los nervios totalmente destrozados, se había vuelto más irascible, angustiada y hasta persecutoria que nunca. ¡En ciertos momentos de exasperación llegó incluso a chillarle que lo habían echado de la escuela por incapacidad profesional! Pero ante semejantes insultos él se contentaba con tomárselo a broma (para verla sonreír de nuevo), sin concederles demasiado peso.

A menudo, apiadado al mirarla tan destrozada y entristecida, le proponía irse juntos a visitar a sus parientes, allá en el Aspromonte. Y anunciaba este proyecto como un viaje fantástico, en el tono de un marido rico que promete un gran crucero. Pero en realidad estaba demasiado flojo y carecía de fuerzas físicas para marcharse. Últimamente se había puesto de color violáceo, con una gordura obesa y malsana.

No frecuentaba ninguna taberna, y también en casa evitaba beber con exceso, por consideración a Nora; pero debía de saciar su sed de alcohol, ya morbosa, en algún escondrijo. Todos los días, algún ciudadano de Cosenza se

lo encontraba por la calle cojeando con su gran capote, siempre solo, con ojos de beodo, y de vez en cuando se tambaleaba y se apoyaba en la pared. Lo mató una cirrosis de hígado, en 1936.

No mucho después, en Roma, el aún joven Alfio siguió a su anciano amigo rumbo a la muerte. Había marchado a Etiopía — sometida recientemente por Italia— con ciertos planes comerciales tan grandiosos que pensaba en difundir sus mercancías por todo el imperio. Pero veinte días después se le vio regresar a Roma, irreconocible de puro flaco, por culpa de las náuseas continuas y lacerantes que le impedían comer y le daban fiebre. Se pensó al principio en una enfermedad africana, pero las pruebas revelaron un cáncer, que quizá ya se estaba incubando en su interior sin él saberlo hacía tiempo para agredirlo de repente con precipitada virulencia, como pasa a veces con los cuerpos robustos y jóvenes.

No lo informaron de su condena; le hicieron creer que le habían operado de úlcera y que estaba en vías de curación. En realidad, lo habían abierto con intención de operarlo, aunque volvieron a cerrar enseguida, pues no había nada que hacer. Al final se había quedado esquelético, y cuando se levantaba un rato de su cama de hospital parecía, tan largo y flaco, bastante más joven, casi adolescente.

Una vez Ida se lo encontró sollozando, mientras gritaba:

—¡No! ¡Nooo! ¡No quiero morir! — con enorme violencia, increíble en su estado de debilidad. Al parecer una monja, para prepararlo a una buena muerte, le había dejado entrever la verdad. Pero no fue fácil engañarlo de nuevo con mentiras tranquilizadoras, tan grande era su deseo de vivir.

Otra vez (se acercaba el final, y ya le suministraban, en efecto, oxígeno con una cánula), mientras yacía amodorrado bajo los efectos de los narcóticos, Ida oyó que estaba diciendo, como hablando solo:

—Mamita mía, demasiado estrecha esta muerte. ¿Cómo me las apaño para

pasarla? ¡Soy demasiado gordo, lo soy!

Por último, una mañana pareció recuperarse un poco y, con una vocecita musical entre de nostalgia y de capricho, hizo saber que quería ser enterrado en Messina. Y así, los poquísimos cuartos que dejó en herencia, se gastaron todos en cumplir su última voluntad.

Su agonía había durado menos de dos meses, y la morfina se la dulcificó.

De su expedición africana le había traído a Nino unas monedas de plata, y como trofeo una máscara etíope negra, que Ida ni tenía ganas de mirar, y que Nino se aplicaba a la cara para dar un susto a las pandillas enemigas del barrio, cantando en el asalto:

*Carita negra,
linda Abisinia,
¡maramba burumba bambuti mbú!*

hasta que la cambió por una pistola de agua.

Ida nunca se atrevía a pronunciar la palabra «cáncer», que para ella evocaba una forma fantástica, sacra e innominable, como para los salvajes la presencia de ciertos demonios. En su lugar empleaba la definición «enfermedad del siglo», aprendida en el barrio. A quien le preguntaba de qué había muerto su marido le respondía: «De la enfermedad del siglo» con voz adelgazada y trémula, no bastándole su pequeño exorcismo para desalojar los espantos de su memoria.

Tras la desaparición sucesiva de Giuseppe y Alfio se hallaba expuesta definitivamente al miedo, porque el suyo era el caso de alguien que seguía siendo para siempre una niña, ya sin ningún padre. No obstante, se entregaba con concienzuda puntualidad a sus tareas de profesora y madre de familia; y la única señal de la violencia que le costaban, a ella, niña, ciertas prácticas

cotidianas de la madurez, era un temblor imperceptible aunque continuo de las manos, que eran rechonchas y cortas, y nunca estaban lavadas como es debido.

La invasión italiana de Abisinia que ascendía a Italia de reino a imperio, fue para nuestra maestría enlutada, un suceso tan remoto como las guerras cartaginesas. Abisinia, para ella, significaba un territorio donde Alfio, de haber tenido mejor suerte, hubiera podido, al parecer, hacerse rico despachando aceites especiales, pinturas y hasta cremas de calzado (aunque tenía la impresión, por sus lecturas de la escuela, de que los africanos, a causa del clima, van descalzos). En el aula donde enseñaba, justamente encima de su mesa, en el centro de la pared, colgaban, junto al crucifijo, las fotografías ampliadas y enmarcadas del fundador del imperio y del rey emperador. El primero llevaba en la cabeza un fez con una lujosa borla caída y el escudo del águila en el frente. Y bajo tal sombrero, su cara, en una exhibición ingenua, de tan procaz, pretendía calcar la expresión clásica del *Condottiero*. Pero en realidad, con la barbilla exageradamente saliente, la tensión forzada de las mandíbulas, y el mecanismo dilatador de órbitas y pupilas, imitaba más bien a un cómico de variedades en el papel de un sargento o un cabo que mete miedo a los reclutas. Y en cuanto al rey emperador, sus rasgos insignificantes no expresaban sino la estrechez mental de un burgués provinciano, nacido viejo y con rentas acumuladas. Pero a los ojos de Iduzza, las imágenes de los dos personajes (no menos, cabe decir, que el crucifijo, que para ella significaba solo el poder de la Iglesia) representaban exclusivamente el símbolo de la autoridad, o sea, de la abstracción oculta que hace la ley e infunde temor. Por aquellos días, siguiendo directrices superiores, escribía con grandes caracteres en la pizarra, como ejercicio de escritura para los alumnos de tercero:

Copiad tres veces en el cuaderno de limpio las siguientes palabras del Duce:

¡Alzad en alto, oh, legendarios, las enseñas, el sable y los corazones, para saludar, al cabo de quince siglos, la reaparición del Imperio sobre las colinas fatales de Roma!

MUSSOLINI

Por su parte, entretanto, el reciente fundador del imperio, con este gran paso de su carrera había metido en realidad cabalmente el pie en la trampa que lo conduciría al último escándalo del derrumbamiento y la muerte. En ese paso lo esperaba, en efecto, el otro fundador del Gran Reich, su cómplice presente y su amo predestinado.

Entre los dos desventurados falsarios, distintos por naturaleza, había también semejanzas inevitables. Pero la más interna y dolorosa de ellas era un punto débil fundamental: el uno y el otro, interiormente, eran unos fracasados y unos siervos, enfermos de un vengativo sentimiento de inferioridad.

Es sabido que ese sentimiento obra en el interior de sus víctimas con la ferocidad de un roedor incesante, y a menudo las recompensa con sueños. Mussolini e Hitler, a su modo, eran dos soñadores; pero en esto se manifiesta su diversidad innata. La visión onírica del «Duce» italiano (correspondiente a su anhelo material de vida) era un festival de comedia, en el que, entre lábaros y triunfos, él, ínfimo vasallo enredador, representaba el papel de ciertos antiguos vasallos beatificados (los Césares, los Augustos...) sobre una multitud viviente degradada al rango de títere. Por el contrario, el otro (inficionado de un monótono vicio de necrofilia y ruines terrores) era secuaz semiconsciente de un sueño aún informe, en el que toda criatura viviente (incluso él mismo) era objeto de desgarramiento y rebajada hasta la putrefacción. Y en el que por último en el Gran Final todas las poblaciones

terrestres (incluida la germánica) se deshacían en amasijos descompuestos de cadáveres.

Es sabido que la fábrica de los sueños hunde a menudo sus cimientos en los desechos de la vigilia o del pasado. Pero en el caso de Mussolini este material estaba bastante al aire, en su superficialidad; mientras que en el caso de Hitler era un hormigueo de infecciones, aglutinado en quién sabe qué raíces de su trastornada memoria. Hurgando en su biografía de mezquino envidioso no sería difícil desenterrar en parte esas raíces. Pero baste con esto. Quizá el fascista Mussolini no se daba cuenta de que, en el momento de la empresa de Etiopía protegida por Hitler el nazi (y pronto seguida luego por la otra empresa común de España), uncía para siempre su carro carnavalesco al carro fúnebre del otro. Uno de los primeros efectos de su servidumbre fue que, al poco tiempo, debió sustituir el rótulo nacional y de su propio cuño de la «romanidad», por el ajeno y acuñado por otro de la «raza». Y así fue como en los primeros meses de 1938 también en Italia, a través de los periódicos, en los círculos locales y en la radio, se inició una campaña preparatoria contra los judíos.

Giuseppe Ramundo, al morir, tenía cincuenta y ocho años; y Nora, que tenía sesenta y seis, estaba ya jubilada cuando se quedó viuda. Nunca visitaba la tumba del marido, se lo impedía una especie de sagrado terror por las sepulturas; aunque también es cierto que el vínculo más tenaz, que la tenía clavada en la ciudad de Cosenza era la cercanía de él que estaba allí, en aquel camposanto.

Nunca quiso abandonar la vieja casa, que se había convertido en su madriguera. Salía casi solamente por la mañana temprano para hacer la compra, o los días que debía retirar la pensión o enviar el giro de costumbre a los viejísimos padres de Giuseppe. A ellos, como también a Ida, les escribía

largas cartas, que los dos viejos, analfabetos, tenían que hacerse leer por otros. Pero en sus cartas se guardaba muy mucho de aludir, aunque fuera de modo indirecto y reticente, a sus agobiantes terrores sobre el futuro, ya que ahora recelaba censuras y espías en todas partes. Y en sus mensajes frecuentes y desmesurados no hacía sino repetir en todos los tonos el mismo concepto:

«¡Cuan extraño y antinatural es el destino! Me casé con un hombre ocho años más joven que yo, y por ley natural habría debido yo morir antes, asistida por Él. Y en cambio me ha tocado a mí asistir a Su muerte».

Al hablar de Giuseppe escribía siempre «Él», con mayúscula. Su estilo era prolijo, repetitivo, aunque de cierta nobleza magisterial; y la caligrafía era alargada, fina, incluso elegante. (Aunque hacia su último declive las cartas se hicieron cada vez más cortas. Su estilo se volvió trunco e inconexo, y los caracteres de la escritura, temblorosos y torcidos, tanteaban sobre la hoja, inseguros en cuanto a la dirección.)

Aparte de esta correspondencia, que la ocupaba como una grafomanía, sus únicos pasatiempos eran leer revistas ilustradas o novelas de amor y escuchar la radio. Hacía ya tiempo, los indicios de la persecución racial en Alemania la habían alarmado, como una señal concreta que confirmaba sus antiguos presagios. Pero cuando, hacia la primavera de 1938, Italia entonó, a su vez, el coro oficial de la propaganda antisemita, vio avanzar hacia su puerta la mole fragorosa del destino, engrosándose día tras día. Le parecía que los noticiarios radiofónicos, con sus voces campanudas y conminatorias, invadían físicamente sus habitacioncitas, sembrando el pánico; pero se sentía tanto más obligada, para que no la pillaran desprevenida, a seguir aquellos noticiarios. Y pasaba días y noches alerta, en pos de los horarios de los diarios hablados, como una pequeña raposa ensangrentada que permanece atenta en su guarida a los ladridos de una jauría.

Ciertos cabecillas fascistas llegados de Catanzaro difundieron un día la noticia oficiosa de un inminente censo de todos los judíos de Italia, con obligación de comunicarlo personalmente. Y desde ese momento Nora no volvió a encender la radio, aterrada de oír el anuncio oficial de la orden gubernativa con los plazos para la declaración.

Era al principio del verano. Ya desde el invierno anterior, Nora, que ahora tenía sesenta y ocho años, sufría un agravamiento de sus trastornos debido a la arteriosclerosis que la minaba hacía tiempo. Sus modales con la gente (que antes, aunque esquivos, estaban siempre mezclados con una dulzura interna) se habían hecho rabiosos y ásperos. No contestaba a quienes la saludaban, ni siquiera a algunas de sus pequeñas alumnas, ya crecidas, y a las que hasta entonces les había tenido cariño. Ciertas noches le entraban manías, y destrozaba el camisón con las uñas. Una noche incluso se cayó de la cama en sueños y se encontró tendida en el suelo, con la cabeza dolorida, zumbante. A menudo se revolvía ceñuda y furibunda a la menor oportunidad, percibiendo desaires misteriosos incluso en gestos o palabras inocentes.

De todas las posibles medidas con las que amenazaban a los judíos, la que más inmediatamente la espantaba era la obligación prevista de declararse para el censo. Todas las formas vislumbradas de persecuciones próximas y futuras, hasta las más infames y desastrosas, se confundían en su mente como fantasmas vacilantes, ¡entre las cuales el faro terrible de aquel único decreto la helaba con su resplandor! Ante la idea de deber declarar ella misma, públicamente, su fatal secreto, siempre ocultado como una infamia, se dijo sin más: es imposible. Y como no leía los periódicos, ni escuchaba ya la radio, sospechaba que el famoso decreto estaba ya promulgado y en vigor (siendo así que en realidad ningún decreto racial se había publicado todavía), y en su aislamiento hasta llegó a persuadirse de que los plazos para la declaración ya habían expirado. Se guardó sin embargo de informarse, y,

mucho más, de presentarse en el Ayuntamiento. A cada nuevo amanecer, se repetía: es imposible, pasando luego todo el día con este reconcomio, hasta la hora de cierre de las oficinas públicas, para encontrarse de nuevo a la mañana siguiente con el mismo problema obsesivo. En su arraigada convicción de encontrarse ya fuera de plazo, y sujeta a quién sabe qué sanciones desconocidas, empezó a tener miedo del calendario, de las fechas y de la salida cotidiana del sol. Y aunque los días transcurrían sin el menor indicio sospechoso, desde entonces vivió cada instante a la espera de un próximo y terrible acontecimiento. Se esperaba que la llamasen a las oficinas municipales para pedirle cuentas de su transgresión; y verse desmentida públicamente, con la acusación de falsificadora. O bien que un enviado del Ayuntamiento o la comisaría fuese a buscarla; o incluso ser detenida.

No volvió a salir de casa, ni siquiera para la compra diaria, encargando de ello a la portera; pero una mañana, cuando la mujer se presentó en la puerta para entregársela, la echó con aullidos bestiales, arrojándole a la cabeza una taza que tenía en la mano. Sin embargo la gente, que no sospechaba nada y la había respetado siempre, disculpaba tales humores extravagantes, atribuyéndolos a su dolor por el marido.

Empezó a padecer sensaciones falsas. La sangre, ascendiéndole fatigosamente al cerebro, latía zumbando en sus arterias endurecidas, y creía oír en la calle golpes violentos contra el portón, o pasos, o pesados resuellos escaleras arriba. Por la noche, si encendía de repente la luz eléctrica, su vista debilitada transformaba los muebles y sus sombras en figuras inmotas de delatores o alguaciles armados, llegados para sorprenderla y detenerla. Y una noche que se cayó de la cama en sueños por segunda vez, se imaginó que la había tirado al suelo uno de ellos, entrado a hurtadillas, y que todavía andaba por la casa.

Se le ocurría la idea de dejar Cosenza, de trasladarse a otra parte. Pero

¿adónde, y con quién? A Padua, con sus escasos parientes judíos, no era posible. A Roma con su hija. O con sus suegros, en los campos de Reggio; su presencia extraña se notaría aún más, se registraría, y los comprometería también a ellos. Y además, ¿cómo imponer la intrusión de una vieja, neurasténica y obsesionada, a quien ya tenía tantas preocupaciones y tormentos propios? Ella nunca había pedido nada a nadie, siempre había sido independiente, desde joven. Siempre había recordado dos versos oídos en la Judería, a un anciano rabino:

*¡Desdichado el hombre que tiene necesidad de los otros hombres!
Dichoso el hombre que solo tiene necesidad de Dios.*

¿Partir, entonces, hacia otra ciudad o algún pueblo anónimo, donde nadie la conociera? Pero en todas partes era preciso declararse, presentar documentos. Planeó huir a una nación extranjera, donde no existieran leyes raciales. Pero nunca había estado en el extranjero, no tenía pasaporte; y agenciarse un pasaporte significaba, también, averiguaciones del registro civil, de la policía, de las fronteras: lugares y estancias todos que se le negaban amenazadores, como a un proscrito.

No era pobre, como acaso la creían todos. En aquellos años (justamente para garantizarse una futura independencia, en caso de enfermedad o de otros imprevistos) había acumulado poco a poco, según su costumbre, unos ahorros que en el presente ascendían a tres mil liras. Esta suma en tres billetes de mil, cosida dentro de un pañuelo, la tenía de noche debajo de la almohada y el resto del tiempo siempre encima, sujeta con alfileres debajo de una media.

Su mente inexperta, que ya se le ofuscaba, suponía que con semejante suma podía pagarse cualquier itinerario, incluso exótico, por el extranjero. En ciertos momentos, como una chiquilla, se ponía a fantasear sobre algunas

metrópolis por las que de solterona, en sus sueños bovaristas, había suspirado como metas sublimes: ¡Londres, París! Pero de pronto recordaba que ahora estaba sola, ¿y cómo iba a orientarse una mujer vieja y sola entre aquellas multitudes cosmopolitas y tumultuosas? Si estuviera, con ella, Giuseppe, ¡entonces sí que viajar sería aún bonito! Pero Giuseppe ya no existía, era tan imposible de encontrar aquí como en cualquier otro sitio. Quizá también su cuerpo, grande como un castillo, estaba ahora disuelto en la tierra. No había ya nadie en este mundo para tranquilizarla de sus terrores como antaño hacía él, diciéndole: «¡Locuela, que eres una loca, bobita, que eres una boba!».

Por mucho que siguiera haciéndose propuestas diversas, examinando todos los continentes y países, para ella, en todo el globo, no había ningún lugar. Y sin embargo, a medida que pasaban los días, la necesidad y la urgencia de la fuga se imponían en su calenturiento cerebro.

En el curso de los últimos meses había oído hablar, quizá por la radio, de emigraciones judías de toda Europa a Palestina. Del sionismo no sabía absolutamente nada, aunque conociera la palabra. Y de Palestina no sabía sino que era la patria bíblica de los judíos y que su capital era Jerusalén. Pero, no obstante, llegó a la conclusión de que el único lugar donde la acogerían, como judía fugitiva a un pueblo de judíos, era Palestina.

Y mientras avanzaban los calores estivales, una noche decidió de repente huir en ese mismo instante incluso sin pasaporte. Cruzaría las fronteras clandestinamente o bien se escondería en la bodega de un barco, como había oído hacer en ciertos relatos de emigrantes ilegales.

No llevó consigo ningún equipaje, ni siquiera una muda de ropa. Tenía ya encima, como siempre, sus tres mil liras escondidas debajo de una media. Y en el último momento, al descubrir aún colgado del perchero del vestíbulo uno de los viejos capotes calabreses que Giuseppe usaba en invierno, se lo

llevó doblado bajo el brazo, con la idea de precaverse por si acaso iba hacia climas fríos.

Es cierto que ya deliraba. Pero entretanto debió de calcular que ir de Cosenza a Jerusalén por vía terrestre no convenía, ya que tomó la dirección del mar, eligiendo la alternativa de embarcarse como única solución. Alguien recuerda vagamente haberla visto, con su vestidito de verano de seda artificial negra con dibujitos celestes, en el último funicular de la noche, rumbo a la playa de Paola. Y, en efecto, por esos alrededores la encontraron. Quizá vagaría un buen rato a lo largo de aquella playa sin puertos, en busca de algún mercante de bandera asiática, más perdida y despistada que un crío de cinco años que escapa a la ventura para enrolarse de grumete.

De todos modos, aun cuando tal resistencia parezca increíble en sus condiciones, es de suponer que desde la estación de llegada recorrió un largo camino a pie. En efecto, el punto concreto de la playa donde la encontraron está a varios kilómetros de distancia de Paola, en dirección a Fuscaldo. A lo largo de ese tramo de la franja costera, pasado el ferrocarril, se extienden campos accidentados de maíz, que a sus ojos delirantes pudieron hacerle el efecto en la oscuridad, con su ondulada extensión, de otra apertura marina.

Era una bellísima noche sin luna, apacible y estrellada. Quizá se le pasó por la cabeza la única y sola cancioncilla de su tierra que sabía cantar:

Hermosa noche para raptar doncellas.

Pero, incluso con aquel aire sereno y tibio, en cierto punto del recorrido sintió frío. Y se tapó con el capote masculino que llevaba consigo, cuidando de abrocharlo al cuello con la hebilla. Era un viejo capotón de lana rústica marrón oscuro, que para Giuseppe había sido del largo adecuado, pero que a ella le quedaba demasiado largo, le llegaba a los pies. Uno de la zona que la

hubiera visto pasar de lejos, así arropada, quizá la habría tomado por el Monacheddu, el pequeño bandido local disfrazado de fraile, que, según dicen, va peregrinando por la noche y se mete en las casas colándose por la chimenea. Aunque nadie se la tropezó, al parecer; y el hecho no resulta extraño en aquella costa aislada y muy poco frecuentada, en especial de noche.

Los primeros en encontrarla fueron unos barqueros que regresaban al alba de la pesca nocturna y que al principio la tomaron por una suicida, traída a la orilla por las corrientes marinas. Pero en verdad la posición de la ahogada y las condiciones de su cuerpo no concordaban con aquella conclusión apresurada.

Yacía en los límites de la línea del agua, aún mojada por la marea reciente, en actitud relajada y natural, como alguien sorprendido por la muerte en un estado de inconsciencia o de sueño. La cabeza se apoyaba en la arena, que el leve reflujo había dejado lisa y nítida, sin algas ni detritus; y el resto de su persona estaba dispuesto por entero sobre el gran capote de hombre que, cerrado en el cuello por la hebilla, se extendía desplegado a los lados, empapado de agua. El vestidito de seda artificial, mojado y alisado por el agua, se adhería comedidamente a su esbelto cuerpo, que aparecía incólume, ni hinchado ni maltratado como suelen mostrarse los cuerpos devueltos por las corrientes. Y los minúsculos claveles celestes estampados en la seda resaltaban como nuevos, reavivados por el agua, contra el fondo pardo del capote.

La única violencia del mar había sido quitarle los zapatitos y soltarle el pelo que, a pesar de la edad, seguía siendo largo y abundante, solo en parte canoso; conque ahora, chorreante de agua, parecía negro, y se había colocado todo hacia un lado, casi con gracia. El movimiento de la corriente ni siquiera

le había sacado de la delgada mano el aro de oro nupcial, que destacaba con su mínimo brillo precioso con la progresiva luz del día.

Era este todo el oro que poseía. Y ella (a diferencia de su tímida hija Ida), a pesar de su conformismo patriótico, no quiso desprenderse de él cuando el Gobierno invitó a la población a «dar oro a la patria» para contribuir a la empresa abisinia.

En la muñeca le quedaba, aún no manchado por la herrumbre, el relojito de metal ordinario, parado en las cuatro.

El examen del cuerpo confirmó sin lugar a dudas su muerte por ahogamiento, pero ella no había dejado ningún indicio o mensaje de despedida que demostrase la intención de suicidarse. Encima le encontraron, oculto en el sitio de costumbre debajo de la media, su tesoro secreto en billetes de banco, aún reconocibles aunque reducidos por el agua a una papilla sin valor. Conociendo el carácter de Nora, cabe tener la seguridad de que, si pretendía darse muerte, se habría ocupado antes de poner a salvo de la destrucción, donde fuese, aquel capital para ella tan ingente, y acumulado con tanta pertinacia.

Por lo demás, si de veras, buscando un final voluntario, se hubiera entregado a la gran masa del mar, es de suponer que el peso del capote cargado de agua la hubiera arrastrado al fondo.

El caso fue archivado con el título: «Muerte accidental por ahogamiento». Y esta, a mi entender, es la explicación más cabal. Creo que la muerte la sorprendió inconsciente, quizá aquejada por uno de los desmayos que le daban hacía un tiempo.

En aquellos parajes de la costa, y en aquella estación, las mareas no son bravas, en especial con luna nueva. En su inútil viaje, alucinada y casi ciega en la oscuridad de la noche, debió de perder la orientación y también el aviso de los sentidos, e inadvertidamente debió de avanzar demasiado por la franja

batida por la marea, confundiendo quizá el océano de maíz con el agua sin viento, o acaso en alguna maniobra delirante hacia el perfil fantasmal de un barco. Allí cayó, y la marea, ya próxima al reflujo, la cubrió, lo poco que bastaba para hacerla morir, pero sin agredirla ni golpearla, y sin otro rumor que la resaca imperceptible en el aire tranquilo. El capote lleno de agua, enterrado en los bordes bajo capas de arena, frenaba el descenso húmedo de su cuerpo, reteniéndola muerta en la línea de agua hasta las primeras horas del día.

Conozco a Nora solo por una fotografía, de la época en que se prometió. Está de pie contra el fondo de un paisaje de papel, mientras despliega un abanico que le tapa la pechera de la blusa, y su pose absorta pero expresiva acusa su carácter serio, y sin embargo más bien sentimental. Es menuda y esbelta, con una falda de lana casi recta, entallada y pegada al busto, y una blusita de muselina blanca, con los puños hasta la muñeca y abotonada hasta la garganta. El brazo libre del abanico se apoya, con un abandono casi de actriz, en una consola de fotógrafo burgués de finales de siglo. El pelo, estirado sobre la frente, se afloja en el centro de la cabeza en un blando círculo, a la manera de las geishas. Los ojos tienen un enorme ardor, bajo una veladura de melancolía. Y el resto del rostro es de factura delicada pero corriente.

En el margen inferior blanco y amarillento de la foto, que está hecha de grueso cartón como se usaba entonces, además de las recargadas indicaciones impresas entonces de rigor («Formato», etcétera), es aún legible la dedicatoria, con su letrita delicada, diligente y fina:

¡Para Ti, amado Giuseppe!

Tu
Eleonora

Abajo, a la izquierda, está la fecha: 20 de mayo de 1902; y un poco más abajo, a la derecha, con la misma letra, sigue el lema:

Contigo para siempre
mientras viva y aun después.

ART. 1. QUEDA PROHIBIDO EL MATRIMONIO DE UN CIUDADANO ITALIANO DE RAZA ARIA CON PERSONAS PERTENECIENTES A OTRAS RAZAS.

[...]

ART. 8. A EFECTOS DE LA LEY:

A) ES DE RAZA JUDÍA QUIEN HAYA NACIDO DE PADRE Y MADRE JUDÍOS, AUNQUE ÉL PERTENEZCA A UNA RELIGIÓN DISTINTA DE LA JUDAICA; [...]

[...]

D)

[...]

NO ESTÁ CONSIDERADO DE RAZA JUDÍA QUIEN, NACIDO DE PADRES DE NACIONALIDAD ITALIANA DE LOS CUALES SOLO UNO FUERA DE RAZA JUDÍA, CON FECHA DE 1 DE OCTUBRE DE 1938-XVI PERTENECIERA A UNA RELIGIÓN DISTINTA DE LA JUDAICA.

[...]

ART. 9. LA PERTENENCIA A LA RAZA JUDÍA DEBE SER DECLARADA Y ANOTADA EN EL REGISTRO CIVIL Y EN EL CENSO DE POBLACIÓN.

[...]

ART. 19. EN APLICACIÓN DEL ART. 9, TODOS LOS QUE SE ENCUENTREN EN LAS CONDICIONES DEL ART. 8 DEBEN HACER UNA DECLARACIÓN EN LAS OFICINAS DEL REGISTRO CIVIL DEL MUNICIPIO DE SU RESIDENCIA...

Eso decía la ley racial italiana, emitida en el otoño de 1938. Por ella además todos los ciudadanos «de raza judía» quedaban excluidos de la administración de empresas, fincas, propiedades, de la asistencia a escuelas de todo tipo, y de todos los empleos y profesiones en general, empezando, claro está, por la enseñanza.

Estos decretos llevaban la fecha del 17 de noviembre de 1938. Pocos días antes, en todo el Reich, después de los años de discriminación y persecución, se había iniciado el plan de genocidio de los judíos. En contra de ellos, a todos los alemanes se les había dado licencia de devastación y asesinato. En el curso de varias noches mataron a muchos, otros fueron deportados a millares a los *Lager*, y sus casas, tiendas y sinagogas fueron quemadas y destruidas.

Con su muerte, Nora se adelantó unos meses a los decretos raciales italianos, que ahora la marcaban sin remisión como una judía más. Pero su previsión de treinta y cinco años atrás, al aconsejarle bautizar a Ida en el catolicismo, salvaba ahora a esta de la pérdida del puesto de maestra y de

otras medidas punitivas, según el punto D del artículo 8. Y, al respecto, el artículo 19 decretaba los trámites obligatorios para los interesados. Y así fue como Iduzza, avergonzada y desfallecida como una acusada en el Palacio de Justicia, se presentó en las oficinas del Ayuntamiento de Roma.

Se había provisto debidamente de todos los documentos exigidos, tanto los de su parte judía materna como los de su parte aria paterna, incluido su certificado de bautismo, el de Giuseppe y los de los abuelos de Calabria (también ahora enterrados). No faltaba nada de nada. Y además (avergonzándose incluso de despegar los labios), con aquel legajo presentó al empleado una hoja de cuaderno, donde para una identificación inmediata y muda había transcrito de puño y letra sus datos personales. Aunque una especie de repugnancia, que valía cual pequeño homenaje supremo, le había hecho olvidar todo signo de acentuación en el apellido de su madre.

—¿Almàgia o ALMAGIÀ? — se informó el empleado, escudriñándola con ojos inquisitorios, autorizados y amenazantes.

Se puso colorada, peor que una alumna sorprendida mientras copiaba el examen.

—Almagià — murmuró apresuradamente—, ¡mi madre era judía!

El empleado no pidió más informaciones. Y así, de momento, los trámites quedaron cumplidos.

De todos modos, la autoridad, en sus ocultos cofres, tenía desde hoy conocimiento de que Ida Ramundo, viuda de Mancuso, profesora, era una mediasangre, aunque para todos fuera aún una aria normal... Aria en Italia, porque, al cabo de cierto tiempo, a través de sus fuentes privadas, Ida se enteró de que en el Reich las leyes eran otras... Y empezó a recelar, día tras día, ¡que se produjera una posible modificación de los decretos nacionales para implicarla no solo a ella, sino quizá también a su hijo Nino! Como antes Alfio, su marido, también Ninnuzzu había ignorado siempre, y ni en sueños

se lo imaginaba, que contaba con judíos entre sus parientes. Y crecía despreocupado, ignorante de todo, y fanático de la camisa negra.

Entretanto, la alianza Mussolini-Hitler se estrechaba cada vez más, hasta que, en la siguiente primavera de 1939, los dos se ligaron militarmente con su Pacto de Acero, Y sin más, del mismo modo que Benito había colonizado a los etíopes, Adolfo partió a la colonización de los pueblos europeos, bajo el imperio de la raza alemana suprema, como prometiera. Sin embargo, al estallar poco después el conflicto mundial, el socio italiano, pese al pacto, prefirió mantenerse al margen, incierto, ganando tiempo. Y solo ante la victoria sensacional de su consocio (que en el transcurso de una luna, devorada Europa entera, ya tocaba la meta de París), entró en la guerra a su lado para garantizarse su propia ración de gloria. Era el mes de junio de 1940, y Ninnuzzu, que tenía entonces catorce años, acogió la noticia con alegría, aunque contrariado por el retraso. Estaba harto, en efecto, de esperar que su Duce se decidiese a esta nueva y grandiosa acción.

Iduzza solo seguía el curso de todas las precipitadas vicisitudes mundiales por los anuncios de las resonantes victorias hitlerianas que retumbaban en la casa a través de la voz de Nino.

En los días de la entrada en guerra de Italia, tuvo ocasión de escuchar diversas opiniones sobre el acontecimiento. Llamada al mediodía por el director del instituto, a causa de ciertas faltas sin justificar de su hijo Nino, encontró al personaje en un estado de radiante euforia por la oportuna decisión del Duce.

—¡Estamos — le declaró el personaje con gran énfasis— por la paz en la victoria, al menor costo posible! Y hoy, cuando la guerra relámpago del Eje está a punto de alcanzar la meta de la paz, aplaudimos la clarividencia del jefe, que asegura a nuestra patria las ventajas del éxito con la máxima

economía. En una sola etapa, y sin pagar siquiera el precio de los neumáticos, ¡hemos ya ahora volado hacía el final, chupando rueda del maillot amarillo!

Tal autorizado discurso se impuso a Ida, sin réplica. Por lo que sabía, también sus colegas de la escuela primaria, cuyas conversaciones escuchaba en los pasillos, pensaban, más o menos, como el director del instituto. Solo había sorprendido a una vieja celadora (llamada por los niños Barbeta, por una poca pelusilla senil que le crecía en la barbilla) mientras, como en un conjuro, iba tocando las puertas y rezongando en sordina que esta acción italiana contra los franceses era una «puñalada traperera», y que ciertas acciones «afortunadas» tarde o temprano traen mala suerte.

En cambio, esa misma mañana al entrar en la escuela el portero, marchando por el zaguán como un conquistador, la había saludado con esta frase:

—Señora Mancuso, ¿cuándo entramos en París?

Y por otra parte, más tarde, al volver a casa, había oído al mozo del panadero que, en el umbral de la taberna, muy ceñudo, confiaba al tabernero:

—Según yo, el Eje Roma-Berlín es una barbaridá. ¡Mia tú qué cosas! Esos, los berlineses, haciendo cabronadas, ¡y nosotros, aquí en Roma, echándoles una mano!

Entre tales opiniones discordantes la pobre Iduzza, por su parte, no se atrevía a formular juicios.

A los muchos misterios de la autoridad que la intimidaban se había añadido, ahora, la palabra «arios», que ella, antes, siempre había ignorado. En aquel caso, en realidad, la palabra no tenía ningún significado lógico; y las autoridades habrían podido sustituirla, a su gusto, y con los mismos efectos públicos, por «paquidermos», o «rumiantes» o cualquier otra palabra. Pero en la mente de Iduzza cobraba tanta mayor autoridad cuanto más arcana era.

Ni siquiera a su madre le había oído nunca ese título de «arios», y hasta el

mismo título de «judíos» fue objeto de gran misterio para la pequeña Iduzza, allá en la casa de Cosenza. ¡De no ser por la misma Nora en sus conciliábulos secretos, en casa de los Ramundo jamás se pronunciaba en vano! Supe que una vez, en una de sus grandes peroratas anarquistas, a Giuseppe se le ocurrió proclamar, con voz tonante:

—¡Llegará el día en que señores y proletarios, blancos y negros, mujeres y hombres, «judíos» y cristianos, sean todos iguales, con el único honor de ser hombres!

Pero ante aquella palabra gritada, «judíos», Nora dio unas voces de espanto y se demudó como con un grave mal; por lo cual Giuseppe, muy arrepentido, se le acercó a repetir, esta vez en voz bajísima:

—...decía «judíos y cristianos»...

¡Como si al susurrar la palabra despacito, tras haberla chillado muy fuerte, remediase el daño!

De todos modos, ahora, Ida se enteraba de que los judíos eran distintos no solo por ser judíos, sino también por «no arios». ¿Y quiénes eran los «arios»? A Iduzza este término de las autoridades le sugería algo antiguo y de alto rango, tipo barón o conde. Y en su concepto los judíos acabaron contraponiéndose a los arios, más o menos, como los plebeyos a los patricios (¡había estudiado historia!). Pero, evidentemente, los no arios, para la autoridad, ¡eran los plebeyos de los plebeyos! Por ejemplo, el mozo de la panadería, de clase plebeya, ¡frente a un judío valía como un patricio, al ser ario! ¡Y si antes los plebeyos en el orden social eran perros sarnosos, los plebeyos de los plebeyos debían de ser leprosos!

Fue como si las obsesiones de Nora, enjambrando a su muerte, hubiesen ido a anidar en su hija. Tras su declaración en el registro civil, Ida había reanudado la misma vida de antes. Iba tirando como una aria entre arios, nadie parecía dudar de su total arianidad, y las raras veces que hubo de

mostrar sus documentos (por ejemplo, en la pagaduría), aunque el corazón le bailaba en el pecho, el apellido de su madre pasó totalmente inadvertido. Su secreto racial parecía enterrado, y para siempre, en los archivos del registro civil; aunque ella, sabiéndolo registrado en aquellas covachuelas misteriosas, temblaba siempre por si cualquier noticia se traslucía al exterior, marcándola, ¡pero sobre todo a Nino!, con el estigma de los reprobos y los impuros. Además, en especial en la escuela donde ejercía, ella, medio judía clandestina, los derechos y las funciones de los arios, se sentía en culpa, como abusiva y falsaria.

También durante la compra cotidiana tenía la sensación de ir mendigando, como un cachorro huérfano y vagabundo, por territorio ajeno. Hasta que, de un día para otro, ella, que antes de las leyes raciales jamás se había encontrado con ningún judío salvo con Nora, siguiendo una pista incongruente se orientó con preferencia a la Judería romana, hacia los puestos y las tiendas de ciertos pobres judíos a los que aún se les permitía en ese momento seguir con los míseros tráficos de antaño.

Al principio, su timidez la llevó a tratar solo con cierto tipo de viejos, de ojos semiapagados y boca sellada. Pero el azar, poco a poco, le granjeó algunas amistades menos taciturnas, en general algunas mujeres del lugar que, quizá alentadas por sus ojos semitas, charlaban de pasada con ella.

De ahí sacaba su principal noticiario histórico-político, ya que, con los arios, soslayaba ciertos temas y tampoco se servía mucho de los medios normales de información, por un motivo u otro. El aparato de radio familiar, adquirido ya en vida de Alfio, había dejado de funcionar hacía más de un año, y Ninnarieddu, un buen día, lo destrozó definitivamente, desmontando las piezas para usarlas en diferentes artefactos de su construcción (y ella no tenía cuartos para comprar otro). Y en cuanto a los diarios, no solía leerlos, en su casa entraban solo periódicos deportivos y revistas de cine para uso

exclusivo de Nino. Desde siempre los diarios suscitaban en ella, solo con verlos, una sensación innata de extrañeza y aversión; y, últimamente, incluso temblaba ya en cuanto divisaba los titulares de primera plana, tan grandes y negros. Al pasar por los quioscos, o en el tranvía, les echaba todos los días una ojeada recelosa, por si acaso denunciaban con enormes caracteres, entre los muchos abusos de los judíos, los suyos; propios, con el mal afamado apellido: ALMAGIÀ...

No muy distante de su escuela, la Judería era un pequeño barrio antiguo, segregado — hasta el pasado siglo— con altas murallas y verjas que se cerraban por la noche; y sujeto — antaño— a fiebres, a causa de los vapores y el légamo del vecino Tíber que aún no tenía diques. Desde el saneamiento del viejo barrio y el derribo de las murallas, su población no había parado de multiplicarse; y ahora, en aquellas cuatro callecitas y cuatro plazuelas, se las arreglaban para vivir a miles. Había muchos cientos de críos y chavales, la mayoría de pelo rizado, con ojos vivarachos; y al principio de la guerra, antes de empezar la gran hambruna, vagaban por el lugar diversos gatos, domiciliados entre las ruinas del teatro de Marcelo, a un paso de allí. Los habitantes, en su mayor parte, eran vendedores ambulantes o traperos, únicos oficios permitidos por la ley a los judíos en siglos pasados, y que dentro de poco, en el curso de la guerra, serían prohibidos también por nuevas leyes fascistas. Unos cuantos disponían, a lo sumo, de algún local en la planta baja para la reventa o el almacenaje de los géneros. Y estos, más o menos, eran todos los recursos del pequeño pueblo; conque los decretos raciales de 1938, aún invariables, no habían cambiado mucho su suerte.

Ciertas familias del barrio apenas tenían noticia de los decretos, como de las cuestiones concernientes a los pocos judíos pudientes, que vivían diseminados por los barrios burgueses de la ciudad. Y en cuanto a otras diversas amenazas, que circulaban oscuramente, los noticiarios que Ida

recogía por allí eran trancos y confusos, como radio macuto. En general, entre sus conocidas de las tiendecitas reinaba una incredulidad ingenua y confiada. A sus leves alusiones titubeantes de aria, las pobres mujercitas atareadas oponían, las más de las veces, una despreocupación evasiva, o bien una resignación reticente. Muchas noticias eran inventos de la propaganda. Y además, en Italia ciertas cosas no podían pasar nunca. Ellas confiaban en las amistades importantes (o también en las benemerencias fascistas) de los jefes de la comunidad o del rabino, en la benevolencia de Mussolini con los judíos, y hasta en la protección del Papa (cuando los papas, en realidad, en el curso de los siglos, habían estado entre sus peores perseguidores). A quien, entre ellas, se mostraba más escéptico, no querían darle crédito... Aunque en verdad, en su situación, no tenían otra defensa.

Entre ellas aparecía, de vez en cuando, una muchacha aviejada llamada Vilma, tratada, por aquellas partes, como una mentecata. Los músculos de su cuerpo y su rostro estaban siempre inquietos, y su mirada, en cambio, estática, demasiado luminosa.

Se había quedado huérfana bastante pronto e, incapaz de otra cosa, se conformaba con servicios pesados, como un mozo de cuerda. Correteaba todo el día, infatigable, por el Trastevere y por Campo dei Fiori, adonde iba también a mendigar sobras, no para ella, sino para los gatos del teatro de Marcelo. Quizá la única alegría de su vida era cuando, al atardecer, se sentaba allí en un capitel, en medio de los gatos, esparciendo por el suelo para ellos cabecitas de pescado medio podridas y piltrafas sanguinolentas. Entonces su rostro siempre febril se volvía radiante y tranquilo, como en el Paraíso. (Aunque, con el avance de la guerra, estas felices citas se redujeron a un recuerdo.)

Desde hacía algún tiempo, Vilma, de sus diarios merodeos de destajista, traía a la Judería informaciones extrañas e inauditas, que las otras mujeres

rechazaban como fantasías de su cerebro. Y, en efecto, la fantasía trabajaba siempre, como una forzada, en la mente de Vilma; aunque posteriormente ciertas de sus «fantasías» resultarían muy por debajo de la verdad.

Ella aseguraba que quien la mantenía así informada era una monja (iba a trabajar, entre otros sitios, a un convento...); o bien una señora, cuyo nombre no se debía decir, que, a escondidas, escuchaba ciertas radios prohibidas. De todos modos, se empeñaba en garantizar la seguridad de sus informaciones, y todos los días las repetía aquí y allá con voz ronca, urgente, como si recomendase algo. Y al advertir que no la escuchaban o no la creían prorrumpía en carcajadas angustiosas, semejantes a una tos convulsa. La única quizá que se quedaba oyéndola con terrible seriedad era Iduzza, porque a sus ojos Vilma, con su aspecto y sus modales, se asemejaba a una especie de profetisa.

Actualmente, sus mensajes tan obsesivos como inútiles insistían de continuo en la advertencia «de poner a salvo, al menos, a las criaturas», afirmando haber sabido en confianza por su Monja que en la historia próxima estaba señalada una nueva matanza peor que la de Herodes. En cuanto los alemanes ocupaban un pueblo, lo primero que hacían era juntar a todos los judíos, sin excepción, y desde allí los arrastraban lejos, más allá de las fronteras, no se sabía adónde, «por la noche y con niebla». En su mayoría morían en el viaje, o caían desfallecidos. Y todos ellos, muertos y vivos, eran arrojados unos sobre otros a enormes fosas, que sus parientes y compañeros se veían obligados a cavar en su presencia. Los únicos a quienes se permitía sobrevivir eran los adultos más robustos, condenados a trabajar como esclavos para la guerra. Y a los niños los mataban a todos, del primero al último, y los arrojaban a fosas comunes a lo largo del camino.

Un día, oyendo estas charlas de Vilma, se encontraba, además de Iduzza, una mujercita anciana, vestida humildemente aunque con sombrero. Esta, a

diferencia de la tendera, asintió con gravedad a las lamentaciones enajenadas y roncas de Vilma. Más aún (hablando en voz baja por miedo a los espías), terció asegurando haber oído ella misma, a un suboficial de los Carabinieri, que conforme a la ley de los alemanes los judíos eran piojos y había que exterminarlos a todos. Con la victoria, segura y ya próxima, del Eje, también Italia se convertiría en territorio del Reich, y estaría sujeta a la misma ley definitiva. En San Pedro, en vez de la cruz cristiana, pondrían la cruz gamada; y hasta los mismos cristianos bautizados, para no ser apuntados en la lista negra, deberían probar su sangre aria ¡HASTA LA CUARTA GENERACIÓN!

No en vano, añadió, toda la juventud judía de buena familia que disponía de medios había emigrado de Europa, algunos a América y otros a Australia, mientras habían estado a tiempo. Pero ahora, con medios o sin ellos, todas las fronteras estaban cerradas, ya no se estaba a tiempo.

—Quien está dentro, está dentro. Y quien está fuera, está fuera.

En este punto, con su voz insegura de rebelde temerosa de proporcionar indicios, Ida se puso a preguntarle qué significaba exactamente HASTA LA CUARTA GENERACIÓN. Y la mujercita, con un aplomo de científica matemática, y no sin precisar y remachar donde le parecía oportuno, explicó:

«que en la ley germánica las sangres se calculan por cabezas, cuotas y docenas. “Cuarta generación” viene a decir: los “bisabuelos”. Y, para calcular las cabezas, basta contar los bisabuelos y los abuelos, que en total hacen:

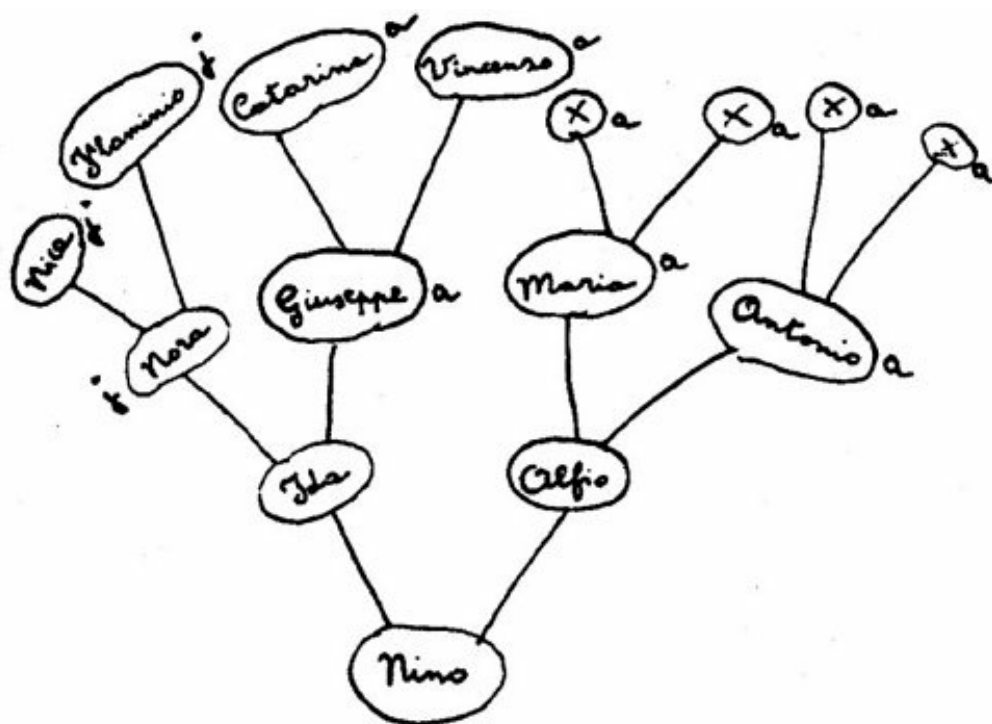
»8 bisabuelos + 4 abuelos = 12 cabezas.

»o sea, una docena.

»Ahora bien, en esta docena de cabezas, cada cabeza, si es aria, vale por una cuota aria: un punto a favor. Si en cambio es hebrea, vale por una cuota hebrea: un punto en contra. ¡Y en el cálculo final el resultado debe ser como mínimo dos tercios más uno! Un tercio de docena = 4; dos tercios = 8 + 1 =

9. Quien vaya a juicio deberá presentar como mínimo 9 cuotas arias. Si tiene menos, aunque solo sea media cuota, resulta de sangre hebrea».

En casa, a solas, Ida se internó en un complicado cálculo. Para ella misma, en verdad, la solución era sencilla: de padre ario y de madre judía pura desde lejanas generaciones, no poseía sino seis cuotas sobre doce, y por tanto un resultado negativo. Pero el caso principal para ella, o sea, Nino, le resultaba más abstruso y aquí las cuentas, al hacerlas y rehacerlas, se enredaban en su cerebro. Resolvió entonces trazar por escrito en un papel un árbol genealógico de Nino, donde una J distinguía a los abuelos y bisabuelos judíos, y una A a los arios (una X sustituía los nombres que en ese momento se le escapaban de la memoria):



Y la cuenta entonces le resultó propicia. Nino, aunque por muy poco, entraba en la puntuación debida: ¡nueve cuotas sobre doce cabezas! ¡Ario!

Este resultado, sin embargo, no bastaba para dejarla tranquila, ni siquiera a

cuenta de su hijo. Demasiado variables y oscuros seguían siendo, en el futuro y en el mismo presente, los términos reales de la ley. Recordó, por ejemplo, haber oído en Calabria a un emigrante americano que la sangre oscura triunfa siempre sobre la sangre pálida. Basta una gota de sangre negra en un cristiano para reconocer que no es blanco, sino negro cruzado.

Y así, al final queda claro por qué la desdichada, un día de enero de 1941, acogió el encuentro con aquel soldadito en San Lorenzo como una visión de pesadilla. Los agobiantes miedos que la cercaban no le permitían ver en él sino un uniforme militar alemán. Y al tropezarse en el mismo portal de su casa con aquel uniforme que parecía apostado allí a su espera, creyó hallarse en la terrible cita predestinada desde el principio del mundo.

Aquel debía de ser un emisario de las Comisiones Raciales, quizá un cabo o un capitán de las SS venido a identificarla. Para ella, carecía de fisionomía propia. Era un copia de las miles de figuras concordes que multiplican al infinito la única figura incomprensible de su persecución.

El soldado percibió como una injusticia aquel asco evidente y extraordinario de la desconocida señora. No estaba acostumbrado a suscitar asco en las mujeres, y por otra parte sabía (a despecho de sus pequeñas decepciones anteriores) que se encontraba en un país aliado, no enemigo. Pero, mortificado, en vez de desistir se empeñó. Cuando el gato de la casa, por un absurdo mal humor, se agazapa en sus escondites, los chiquillos se empecinan en darle caza.

Ella, por lo demás, ni siquiera hizo ademán de esquivarlo. Su único movimiento fue esconder en una de las bolsas — como documentos amenazadores de su culpa— unos cuadernos escolares que llevaba en la

mano. Más que verlo a él, ella, desdoblándose, se veía a sí misma frente a él: como despojada de todo disfraz, hasta su corazón aprensivo de medio judía.

Si hubiera podido verlo, en verdad, acaso habría advertido que él, frente a ella, estaba más en actitud de mendigo que de sicario. Con aire de representar, adrede para apiadarla, el papel de peregrino había posado en una palma la mejilla reclinada. Y en una súplica jovial aunque proterva, con su voz de bajo ya timbrada pero fresca y nueva, con alguna acidez interna del crecimiento, repetía dos veces:

—*Schlafen... Schlafen...*

A ella, que ignoraba totalmente la lengua germánica, la incomprendible palabra, con su mímica misteriosa, le sonó a una fórmula jergal de pesquisa o acusación. Y ensayó en italiano una respuesta indistinta, que se redujo a una mueca casi llorosa. Mas para el soldado, gracias al vino, la babel terrestre se había transformado en un puro circo. Resueltamente, con un arrebató de bandido generoso, le cogió de las manos paquetes y bolsas, y con un vuelo de trapecista la precedió sin más escaleras arriba. En cada rellano se paraba a esperarla, como un hijo que, volviendo a casa juntos, hace de avanzadilla impaciente de la madre rezagada. Y ella lo seguía, trastabillando a cada paso, como un ladronzuelo que se arrastra tras los portadores de su cruz.

Su peor congoja, en la subida, era la sospecha de que Nino justamente hoy, por rara casualidad, se encontrase en casa por la tarde. Por primera vez, desde que era madre, deseaba que su hamponcillo trotacalles no apareciera por allí en todo el día y toda la noche. Y se juraba desesperadamente, si el alemán le preguntaba por su hijo, negar no solo su presencia sino incluso su existencia.

Al sexto rellano, habían llegado. Y como ella, cubierta de sudor helado, se perdía trasteando con la cerradura, el alemán dejó en el suelo las bolsas, y prontamente acudió en su ayuda, con el aire de quien vuelve a la propia casa.

Por primera vez desde que era madre experimentó alivio al ver que Ninnarieddu no estaba en casa.

El interior consistía en total en dos habitaciones, retrete y cocina; y presentaba, además de desorden, la doble desolación de la pobreza y del estilo pequeñoburgués. Pero el súbito efecto de aquel ambiente en el joven soldado fue de añoranza y melancolía, a causa de ciertas mínimas afinidades con su casa materna en Baviera. Sus ganas de jugar se disiparon como el humo de una bengala, y la borrachera aún no consumada se mudó en la amargura de una fiebre en el cuerpo. Caído en un mutismo total, empezó a caminar entre los muchos estorbos del cuarto con el ceño de un lobo perdido y ayuno que busca en cubil ajeno algo para saciar el hambre.

A los ojos de Ida, eso correspondía exactamente a su misión policial. Preparándose para un registro general, recordaba la hoja con el árbol genealógico de Nino, metida en un cajón con otros documentos importantes, y se preguntaba si aquellos signos enigmáticos no serían indicaciones palmarias para él.

Detuvo su marcha frente a una ampliación fotográfica, que campeaba en el lugar de honor de la pared, enmarcada como un cuadro de firma de gran importancia. Representaba (a mitad de tamaño del natural) a un lechuguino de unos quince o dieciséis años, envuelto en un suntuoso abrigo de pelo de camello que llevaba como si fuese una bandera. Entre los dedos de la mano derecha se lograba distinguir vagamente el blanco de un cigarrillo, y el pie izquierdo se apoyaba en el guardabarros de un deportivo de lujo (dejado por azar aparcado allí por un desconocido propietario) con el gesto dominante que suelen tener en las grandes selvas los cazadores de tigres.

Al fondo se vislumbraban los edificios de una calle de ciudad, con sus letreros. Pero, a causa de la ampliación excesiva operada sobre lo que había

sido, en su origen, el vulgar producto de un fotógrafo ambulante, la escena entera resultaba más bien pálida y desenfocada.

El militar, tras escrutar el conjunto del cuadro, lo relacionó, por propia suposición, con el culto familiar a los difuntos. Y señalando con el dedo al tipo fotografiado, preguntó a Ida, con seriedad de investigador:

—*Tot?* —«¿Muerto?»

La pregunta, naturalmente, le sonó incomprensible.

Pero la única defensa que el terror le aconsejaba hoy era responder siempre no a cualquier indagación, como los analfabetos en un juzgado. Y no sabía que proporcionaba así, esta vez, contra su intención, una información al enemigo.

—¡No! ¡No! — respondió con una vocecita de muñeca, con ojos extraviados y feroces.

Y en realidad, verdad de la buena, no era el recuerdo de un muerto, sino una foto reciente de su hijo Ninnuzzu, que este había mandado ampliar y enmarcar por propia iniciativa. Más aún, todavía ella, entre acres disputas, seguía pagando los plazos de aquel abrigo de camello que Nino, en el otoño, había encargado abusivamente.

¡Por lo demás, la casa misma denunciaba sin remedio y en voz altísima, al rebelde inquilino que ella pretendía ocultar! La habitación, que el alemán había invadido resueltamente desde el vestíbulo, era una especie de salita-estudio que de noche servía también para dormir, como se deducía de un sofá cama aún deshecho y en realidad compuesto, de modo sumario, por un jergón de muelles, sin patas, y un maltrecho colchón. Alrededor de este sofá cama semejante a una perrera (con la almohada de través, sucia y pringosa de brillantina, y sábanas y mantas todas arrugadas y revueltas) yacían, arrojados al suelo la noche antes, una colcha de seda artificial y ciertos cojines duros (que de día servían para disfrazar la cama), entre los cuales además se

encontraban un periodicucho deportivo, una chaqueta de pijama, celeste, de talla aún bastante pequeña, y un calcetín de talla mediana, agujereado y sucio, de un vivo dibujo escocés...

En la pared de la cama, en lugar de imágenes sagradas, estaban clavadas con chinchetas diversas fotografías, recortadas de revistas, de estrellas de cine en bañador o con trajes de noche; las más espectaculares estaban marcadas con grandes frisos a lápiz rojo, tan perentorios que parecían gritos de abordaje o lamentos de gato salido de exploración. En la misma pared, pero a un lado, y clavado también con chinchetas, había un ejemplar de un cartel, representando un águila romana que estrechaba las Islas Británicas entre sus garras.

¡En una silla había un balón de fútbol! Y en la mesa, entre libros de texto (maltratados y destrozados horriblemente, parecían sobras de ratones), se amontonaban otras revistas deportivas, rotograbados y tebeos de aventuras; una noche de terror, con una señora semidesnuda en la portada, aullante e intimidada por una manaza simiesca; y un álbum con figuras de pieles rojas. Además un fez de avanguardista, un fonógrafo de manivela con un montón de discos revueltos, y un mecanismo de estructura complicada e imprecisa donde se reconocían, entre otras cosas, las piezas de un motor.

Al lado del sofá, en un desvencijado sillón pegado a la pared, debajo de un grabado con la leyenda «Grand Hôtel des îles Borromées», se acumulaban piezas o restos de vehículos entre los cuales sobresalían un neumático desinflado, un cuentakilómetros y un manillar. En el brazo del sillón había una camiseta con los colores de un equipo, y en el rincón, apoyado contra la pared, un mosquetón auténtico.

Entre tan elocuente muestrario, los fantásticos movimientos del soldado se convertían, para Ida, en los movimientos exactos de una máquina fatal, que grababa también a Nino, además de a ella, en la lista negra de los judíos y de

sus híbridos. Sus propios equívocos iban cobrando, con el transcurso de los minutos, un poder alucinante sobre ella, reduciéndola al terror innato e ingenuo anterior a la razón. Parada, de pie, con el abrigo y su sombrerito de luto en la cabeza, ya no era una señora de San Lorenzo, sino una desesperada ave migratoria asiática, de plumas marrones y cabeza negra, arrollada en su provisional arbusto por un horrendo diluvio occidental.

Y mientras tanto, los razonamientos beodos del alemán no concernían a razas ni religiones, sino solamente a las edades. Estaba loco de envidia y en su fuero interno discutía, tartamudeando: «¡Maldita sea! ¡Qué su-er-te tienen los que aún no están en edad mi-li-tar, y pueden disfrutar en sus casas con sus per-per-te-nen-cias, con-con sus madres! ¡Y un balón! Y joder y to-do lo demás, ¡todo lo de-más!, como si la guerra fuese en la lu-na o en el mundo de Mar-te... ¡Qué des-gra-cia es crecer! ¡Qué desgracia es cre-cer!... Pero ¿dónde estoy? ¿Por qué estoy aquí, yo? ¿Cómo he venido a parar aquí?...». En ese momento, recordando que aún no se había presentado a su anfitriona, se plantó con decisión ante ella y sin siquiera mirarla declaró con voz enfurruñada:

—*Mein Name ist Gunther!*

Luego se quedó allí en actitud descontenta, esperando, de esta presentación propiciatoria, un efecto que ya de entrada se le negaba. Los ojazos hostiles y atónitos de la señora parpadearon apenas, recelosos, ante aquellos sonidos alemanes, sin ningún sentido para ella salvo de amenaza sibilina. Entonces el soldado dejó pasar por la mirada (que ya se ensombrecía) un color animado de dulzura, movido por un afecto incurable. Y estando allí medio sentado, como se había puesto, en el borde de la mesa atestada, con cierto aire de desgana (que delataba una confianza aprensiva) se sacó del bolsillo un cartoncito y se lo puso bajo la nariz a Ida.

Esta le lanzó una mirada retorcida y congelada, esperándose un carnet de

las SS con la cruz gamada; o quizá una foto judicial de Ninnuzzu Mancuso con la estrella amarilla. Se trataba, en cambio, de un grupito fotográfico familiar, en el cual entrevió confusamente, sobre un fondo de casitas y cañaverales, la figura gruesa y radiante de una alemana de mediana edad rodeada por cinco o seis chiquillos varones más o menos crecidos. Entre ellos, el soldado, con una sonrisita, le señaló con el dedo uno (él mismo) más crecido que los otros, vestido con una cazadora y un gorrito de ciclista. Después, como las pupilas de la señora vagaban sobre el grupito anónimo con oscura apatía, la informó, pasando a indicarle, con el dedo, el paisaje y el cielo del fondo:

—*Dachau!*

Su tono de voz, al pronunciar este nombre, fue el mismo que podría tener un gatito de tres meses al reclamar su cesta. Y por otra parte el nombre no significaba nada para Ida, que aún no lo había oído nunca, salvo por azar, sin retenerlo en la memoria... Pero ante aquel nombre inocuo e indiferente, la cerril ave de paso, que ahora se identificaba con su corazón, brincó inexplicablemente en su interior. Y revoloteando atrozmente por el espacio desnaturalizado del cuartito empezó a golpearse entre una agitación vociferante contra las paredes sin salida.

El cuerpo de Ida había quedado inerte, como su conciencia, sin otro movimiento que un pequeño temblor de los músculos y una mirada inerme de repulsa suprema, como delante de un monstruo. Y en ese mismo momento los ojos del soldado, con su color de mar azul oscuro cercano al violáceo (un color insólito en el continente, se lo encuentra más bien en las islas mediterráneas) se llenaron de una inocencia casi terrible por su antigüedad sin fecha: ¡contemporánea del Paraíso Terrenal! La mirada de ella les pareció, a esos ojos, un insulto definitivo. E instantáneamente los oscureció un temporal de rabia. Y sin embargo entre este anublamiento se traslucía una

interrogación infantil, que ya no esperaba la dulzura de una respuesta, pero la quería de todos modos.

Fue entonces cuando Ida, sin darse cuenta, empezó a gritar: «¡No! ¡No! ¡No!», con voz histérica de chiquilla inmadura. En realidad, con este «no», no se dirigía ya a él ni a nada externo, sino a otra amenaza secreta que advertía en un punto o nervio interior, ascendida hasta ella de repente de sus años de infancia, y de la cual se creía curada. Como retrocediendo a aquella edad, a lo largo de un tiempo que se le acortaba al revés, reconoció instantáneamente el gran torbellino, con ecos extraños de voces y torrentes, que de pequeña le anunciaba sus desmayos. ¡Ahora su grito se dirigía contra tal insidia, que la robaba a la salvaguardia de su casa, y de Nino!

Pero esta nueva e inexplicable negación («no», la única respuesta que había dado ese día) obró sobre la ira confusa del soldado como una señal de rebeldía para una transgresión inmensa. Inesperadamente la amarga ternura que lo había humillado con su tortura desde la mañana se le desencadenó en una voluntad feroz:

—*Fare amore!... FARE AMORE!...* — gritó, repitiendo, en un desahogo infantil, otras dos de las cuatro palabras italianas que, previsor, se había hecho enseñar en la frontera. Y sin quitarse siquiera el cinturón del uniforme, sin importarle que fuera una vieja, se abalanzó sobre ella, derribándola en el sofá cama revuelto, y la violó con tanta rabia como si quisiera asesinarla.

La sentía debatirse horriblemente, pero, desconocedor de su enfermedad, creía que luchaba contra él, y tanto más se empecinaba por ella, a la manera de la soldadesca borracha. Ella en realidad había perdido la conciencia, en una ausencia temporal de él mismo y de las circunstancias, pero él no lo advirtió. Y estaba tan cargado de tensiones graves y reprimidas que, en el momento del orgasmo, lanzó un gran aullido encima de ella. Después, al

momento siguiente, la miró a hurtadillas, a tiempo de ver cómo su cara llena de estupor se distendía en una sonrisa de indecible humildad y dulzura.

—*Carina, carina* — empezó a decirle (era la cuarta y última palabra italiana aprendida).

Y al tiempo comenzó a besarla, con besitos llenos de dulzura, la cara aturrida que parecía mirarlo y seguía sonriéndole con una especie de gratitud. Ella entretanto volvía en sí despacito, abandonada bajo él. Y en el estado de relajación y quietud que siempre se producía entre el ataque y la conciencia, sintió que de nuevo él la penetraba, aunque esta vez lentamente, con movimientos ansiosos y posesivos, como si ya fueran parientes, y estuvieran acostumbrados el uno a la otra. Ella recobraba la sensación de plenitud y reposo que había experimentado ya de niña, al final de un ataque, cuando volvía a acogerla la habitación cariñosa de su padre y su madre; pero su experiencia infantil se le agrandó hoy, a través de la duermevela, con la feliz sensación de regresar a su cuerpo total. Aquel otro cuerpo glotón, áspero y cálido, que la exploraba en el centro de su dulzura materna, era, en uno, todas las cien mil fiebres y frescuras y hambres adolescentes que confluían de sus tierras recelosas para colmar su desembocadura joven. Era todos los cien mil animales jóvenes, terrestres y vulnerables, en una danza loca y alegre que repercutía hasta el interior de sus pulmones y hasta la raíz de sus cabellos, llamándola en todas las lenguas. Después se desplomó, convertido en una sola carne implorante, para disolverse dentro de su vientre en una rendición dulce, tibia e ingenua, que la hizo sonreír de emoción, como el único regalo de un pobre, de un niño.

No fue para ella tampoco esta vez un placer erótico de veras. Fue una extraordinaria felicidad sin orgasmo, como a veces ocurre en sueños, antes de la pubertad.

El soldado esta vez, al saciarse, emitió un pequeño lamento entre otros

besitos y, cargando todo su cuerpo sobre ella, se durmió enseguida. Al volver a la conciencia, ella sintió en el cuerpo su peso, que oprimía su vientre desnudo con el áspero uniforme y la hebilla del cinturón. Y se encontró con las piernas aún abiertas y el sexo de él, pobre, inerme y como amputado, posado dulcemente sobre el propio. El muchacho dormía plácidamente, roncando, pero al hacer ella un movimiento para desprenderse, la estrechó instintivamente contra sí, y sus rasgos, incluso en sueños, adoptaron una mueca de posesión y celos, como con una verdadera amante.

Estaba tan debilitada que, al soltarse de él, tuvo la impresión de soportar una fatiga mortal; pero finalmente consiguió desprenderse y cayó de rodillas en el suelo, entre los cojines diseminados junto a la camita. Se arregló las ropas como pudo, pero el esfuerzo le había provocado una náusea que le revolvió el corazón; y se quedó donde estaba, caída de rodillas, delante del sofá cama con el alemán dormido. Como siempre cuando despertaba, del desmayo no le restaba sino la sombra de un recuerdo, solo la sensación inicial de un atraco confuso, durado un instante. En su memoria, en realidad, había una interrupción total, desde el momento en que el joven había empezado a besarla en la cara susurrando «Carina, carina», hasta el otro momento precedente, cuando él le había enseñado la fotografía.

Pero también toda la época anterior, no solo la hora temible que precediera a su ataque, sino todo el pasado junto, hacia atrás, se presentaba a su memoria como un punto de arribada, todavía confuso por una inmensa lejanía. Se había apartado del continente atestado y vociferante de su memoria, en una barca que en el intervalo había dado la vuelta al mundo; y ahora, al remontar hacia el mismo muelle de partida, lo encontraba silencioso y quieto. No había ya chillidos de gentío, ningún linchamiento. Los objetos familiares, despojados de todo afecto, ya no eran instrumentos, sino criaturas vegetales o

acuáticas, algas, corales, estrellas de mar, que respiraban en el reposo marino, sin pertenecer a nadie.

También el sueño de su agresor, tumbado allí delante de ella, parecía posarse sobre la lepra de todas las experiencias — violaciones, miedos—, como una curación. Al volver los ojos (aclarados por el reciente desmayo como por un baño de luminosa transparencia) divisó en el suelo, a cierta distancia uno de otro, sus zapatos con los tacones comidos, que había perdido, al igual que el sombrerito, mientras se debatía inconsciente entre los brazos del alemán. Pero, sin preocuparse por recogerlos, sentada inerte sobre los talones descalzos, de nuevo clavó en el durmiente unos ojos desencajados, con el aire pasmado de la chiquilla de los cuentos cuando mira al dragón, inofensivo a causa de una poción mágica.

Ahora que la amante se le había escapado, el joven se había abrazado a la almohada y la estrechaba con fuerza, obstinándose en los posesivos celos de poco antes. Pero entretanto su cara había adoptado otra expresión, atenta y seria; e Ida, casi sin darse cuenta, leyó inmediatamente el argumento y la trama de su sueño, aunque no exactamente los detalles. El sueño era propio de alguien de unos ocho años de edad. Estaban en discusión asuntos de importancia: negociaciones para la compraventa de bicicletas o accesorios, y él se enfrentaba con un tipo poco de fiar y sin duda de un género excéntrico: quizá un contrabandista levantino, o un gángster de Chicago, un pirata malayo...

Este intentaba liarlo; y por consiguiente los labios del durmiente, de un rosa seco, salvajes y un poco agrietados sobresalían en un rezongo mal reprimido. Sus párpados se endurecían, haciendo temblar las pestañas doradas, aunque tan cortas que parecían apenas un polvillo. Y la frente se le fruncía, concentrándose, entre los mechones lisos, más oscuros que las cejas

y que olían a una blandura fresca y húmeda, como el pelaje de un garito marrón recién lavado por su madre.

Habría sido fácil, en ese momento, matarlo, a imagen de la Judit de la Biblia; pero la índole de Ida no le permitía concebir semejante idea, ni siquiera en forma de fantasía. Su mente, distraída por la lectura del sueño, se ensombreció con la idea de que acaso el intruso siguiera durmiendo hasta bien entrada la tarde y que Nino, al volver, pudiera sorprenderlo aún allí. Aunque Nino, con sus ideas políticas, igual se enorgullecía de la visita, y saludaba al alemán, violador de su madre, como a un compinche...

En cambio, de un momento a otro, lo mismo que se había dormido, el alemán despertó de golpe, como al tañido brutal de una trompeta. E inmediatamente miró su reloj de pulsera: había dormido apenas unos minutos pero ya no le quedaba mucho para llegar a tiempo al punto de reunión. Se desperezó, no con la beatitud petulante de los muchachos cuando se descargan del sueño, sino más bien con el disgusto de una angustia y una maldición, como si, soldadas a sus miembros, hallase unas cadenas carcelarias. Comenzaba la penumbra del crepúsculo, e Ida, levantándose, con el cuerpo descalzo y tembloroso, se acercó al enchufe de la lámpara para meter la clavija. Los cables estaban mal conectados, la luz de la bombilla oscilaba. Entonces Gunther, que en Alemania trabajaba de electricista, se sacó del bolsillo una navajita especial (envidia de todo el ejército: instrumento múltiple que, además de la cuchilla, escondía también en el mango una navaja de afeitar, una lima y un destornillador), y reparó magistralmente la clavija.

Se notaba, por su presteza voluntariosa y llena de interés, que esta operación tenía para él un doble valor. Primero: le brindaba una ocasión, por mínima que fuera, de hacer algo por la víctima de su delito, que ahora, al declinar la borrachera, empezaba a remorderle y asustarlo. Y segundo: era un

pretexto para retrasarse un poco más, en este cuartito que hoy (aunque a despecho) lo había acogido aún como una habitación humana. Al salir de aquí, lo esperaba solo un África final que ya no se identificaba en absoluto con el África interesante y multicolor de películas o libros; sino con una especie de cráter deforme, en medio de un aburrimiento desértico y miserable.

Entretanto, encogida en la sombra del muro, Ida asistía a su pequeño trabajo con silente admiración, pues en ella (como en ciertos primitivos) perduraba un recelo medroso, e inconfesado, por la electricidad y sus fenómenos.

Cuando hubo terminado de arreglar la lámpara, se quedó sentado, sin embargo, donde estaba, al borde de la cama; y, solo como argumento de intercambio, clavando el índice en su persona, estuvo a punto de jactarse: «*Nach... Afrika...*», pero recordó que era un secreto militar y cerró la boca.

Se demoró así sentado quizá un minuto más, con el torso doblado y los brazos abandonados entre las rodillas, como un emigrante o un presidiario ya embarcado en un vapor a punto de partir. Sin ningún objeto al que mirar, sus ojos solitarios parecían atraídos por la lámpara, que ahora brillaba con luz fija encima del sofá cama (era la misma que Ninnuzzu tenía encendida de noche para leer en la cama sus tebeos). Sus ojos expresaban una especie de curiosidad atontada, pero en realidad estaban vacíos. A la luz eléctrica, su centro azul oscuro parecía casi negro; mientras que el blanco, alrededor, ya no inyectado ni enturbiado por el vino, se mostraba lácteo e impregnado de celeste.

Esponáneamente el muchacho se levantó hacia Ida. Y ella encontró su mirada desgarradora, de una ignorancia infinita y de una consciencia total; extraviadas ambas, una y otra, mendigando una única caridad imposible, confusa incluso para quien la pedía.

Ya a punto de marcharse, se le ocurrió la idea de dejarle un recuerdo, conforme a la costumbre de ciertas despedidas suyas de otras muchachas. No sabiendo qué darle, mientras se hurgaba en los bolsillos encontró la famosa navajita; y, aunque el sacrificio le costaba lo suyo, la depositó en la palma de ella, sin más explicaciones.

A cambio quería llevarse también un recuerdo. Y recorría la estancia con mirada perpleja, sin descubrir nada, hasta que sus ojos cayeron sobre un ramillete de flores de aspecto magullado y casi pringoso (regalo de alumnos pobres) que nadie se había cuidado de poner en agua desde la mañana y yacía en una repisa medio marchito. Entonces cortó una pequeña corola rojiza y, colocándola con seriedad entre ciertos papeles de su cartera, dijo:

—*Mein ganzes Leben lang!* —«¡Para toda la vida!».

Para él, naturalmente, no era sino una frase. Y la dijo con el habitual acento bravucón y traicionero de todos los chicos cuando se la dicen a sus chicas. Es una frase de lucimiento, usada para impresionar; pero lógicamente no vale, ¡ya que nadie puede pensar de veras en conservar un recuerdo durante toda esa indescriptible eternidad que es la vida! Él no sabía, en cambio, que para él esa eternidad se reducía a unas cuantas horas. Su etapa en Roma concluyó esa misma noche. Al cabo de tres días, el convoy aéreo donde lo acababan de cargar (en Sicilia, hacia una dirección cualquiera del sur o del sudeste) fue atacado en el Mediterráneo. Y él estaba entre los muertos.

... 1941

Enero

Perdura la desastrosa campaña invernal de las tropas italianas enviadas a invadir Grecia.

En el norte de África los italianos, atacados por los ingleses, abandonan sus colonias de Cirenaica y Marmárica.

Febrero-mayo

A consecuencia del desembarco de tropas acorazadas alemanas en el norte de África, los italo-alemanes ocupan de nuevo Cirenaica y Marmárica.

Intervención alemana en Grecia para impedir el desbarajuste definitivo de la expedición italiana. Para la empresa se pide la cooperación de Bulgaria y Yugoslavia. Ante la defección de Yugoslavia, Alemania reacciona ocupando y devastando su territorio y realizando bombardeos punitivos sobre Belgrado. Grecia, tras una larga resistencia, es rápidamente obligada a la rendición y sometida a los italo-alemanes.

Tratado de no agresión y de mutuas concesiones entre el Japón imperial y la Unión Soviética.

En el este de África, ofensiva victoriosa de los ejércitos ingleses, que ocupan las tres capitales del Imperio colonial italiano (Mogadiscio, Asmara y Addis Abeba) y, en colaboración con los guerrilleros etíopes, restauran en el trono de Etiopía a Hailé Selassié.

Junio

Alemania desencadena su gran Operación Barbarroja contra los soviéticos, garantizando un triunfal éxito antes del invierno. («La Rusia de Stalin será borrada del mapa en ocho semanas.») Italia decide participar en la empresa. Mussolini pasa revista en Verona a una de las divisiones que parten hacia el nuevo frente.

Julio

Japón ocupa Indochina, exposición francesa.

Se inicia en Yugoslavia la resistencia contra los ocupantes nazi-fascistas.

Las fuerzas germánicas avanzan triunfalmente por territorio soviético.

Septiembre

El Gobierno alemán dispone que los judíos, a partir de los seis años de edad, estarán obligados a llevar en el pecho una estrella amarilla de seis puntas.

Octubre

El mahatma indio Gandhi invita a la resistencia pasiva (ya convocada entre su gente) a todos los pueblos sometidos al Imperio colonial inglés.

A la segregación obligatoria de la población judía, ya instituida por los ocupantes nazis, sigue en Polonia el decreto de pena de muerte para cualquier judío sorprendido fuera de la Judería.

Continúa el victorioso avance de las Panzer-Divisionen y de la infantería alemana por territorio soviético. A los cuatro meses del inicio de la operación, ya tres millones de rusos fuera de combate (según la orden del Führer, la suerte reservada a los prisioneros de guerra, como a los demás infrahombres, es la eliminación. Las convenciones bélicas internacionales han de considerarse superadas).

Noviembre

Entrevista del Führer con Himmler, jefe de las SS y de la Gestapo (policía secreta) para la «Solución Final del problema judío», conforme al plan ya en marcha que dispone la deportación de todos los seres de raza judía a campos de exterminio. Instalaciones y plantas para la «liquidación» masiva de los deportados funcionan ya en varios *Lager*, y en su montaje técnico cooperan algunas de las más importantes firmas industriales del Reich.

En Rusia, prosigue la marcha victoriosa de los ejércitos del Reich, que sitian Leningrado y se dirigen hacia Moscú.

Diciembre

Leningrado no se rinde. Más al sur, rechazados por un contraataque ruso, los alemanes desisten de marchar hacia Moscú, realizando un difícil repliegue entre el barro y el hielo del invierno.

En el norte de África, los italo-alemanes forzados a retirarse de la Cirenaica.

En el este de África, la rendición de las últimas guarniciones a las tropas inglesas marca el final del imperio colonial italiano.

Con el decreto Noche y Niebla, el Führer ordena a las tropas de todos los países ocupados capturar y suprimir sin dejar rastro a quienquiera que constituya un peligro «para la seguridad de los alemanes». Las ejecuciones, confiadas a secciones especiales de las SS y de la SD, acabarán en Europa con cerca de un millón de personas.

En el Pacífico, ataque sorpresa de los japoneses contra la flota estadounidense anclada en Pearl Harbour. Guerra entre Estados Unidos y Japón, extendida a las demás Potencias del Tripartito (Italia y Alemania). Con esta ulterior ampliación del conflicto mundial el número de naciones beligerantes ascenderá a cuarenta y tres...

Trescientos heraldos en fiesta con cintas al viento
recorren la ciudad tocando trompetas y tambores.
Todas las campanas se desatan.
Entona el Gloria
el órgano de la catedral.
Han partido los mensajeros en caballos empenachados
a llevar el anuncio en las siete direcciones.
De reinos y principados salen las caravanas
portando como ofrenda los tesoros de los cuarenta blasones
en cofrecillos de olorosa madera.
Todas las puertas se abren de par en par. En los umbrales los
peregrinos saludan con las manos juntas.
Camellos, asnos y cabras doblan las rodillas.
¡Y en todas las bocas un solo canto,
por doquier bailes, convites y fuegos de gozo!
¡Porque hoy la reina
ha dado al mundo un heredero del trono!

Ida nunca llegó a conocer la suerte de su agresor, cuyo nombre no supo jamás, ni tampoco trató de saberlo. Que tras aquella bravata él no volviera a darle noticias y desapareciera como había aparecido era para ella una conclusión segura y natural, ya decidida de antemano. Pero, no obstante, desde la misma noche de su aventura con él comenzó a temer su regreso. Después de su marcha, y aunque en estado de somnolencia y con gestos automáticos, había preparado la cena para sí y para Nino, que, como de costumbre, tardaba en volver. En su niñez, los ataques de su enfermedad le dejaban siempre un apetito voraz; pero esta vez, en cambio, mientras masticaba de mala gana un poco de comida, se amodorró en la cocina, en la silla. A eso de las nueve la sobresaltaron fuertes timbrazos en la puerta del vestíbulo: era Nino, que volvía; inmediatamente después de abrirle la puerta se fue a acostar, cayendo de inmediato en un letargo sin sueños. Durmió de este modo unas horas hasta que, ya entrada la noche, despertó agitada, con la impresión de que el alemán, más alto y grande de lo que era, se doblaba en la oscuridad sobre ella, dispuesto a agredirla de nuevo, y susurrándole al oído no sabía qué palabras silabeadas y sin sentido, de esas que se emplean con los niños y los animalitos domésticos. Encendió la luz. El despertador marcaba las cuatro, y los hechos del día anterior volvieron a cruzar por su conciencia absolutamente lúcida en un rápido choque de sombras cortantes, como una película en blanco y negro. ¡Al otro lado de la puerta cerrada de su cuarto

estaba la habitación donde ahora Nino dormía! Recordando que ni siquiera le había arreglado la camita, se estremeció de vergüenza y espanto, y, apagando febrilmente la luz, se acurrucó bajo las mantas para refugiarse en la oscuridad.

La despertó a las seis el timbre del despertador. Y esa mañana, y las siguientes, dio clase con la sensación obstinada de tener en torno al cuerpo un halo invisible, como otro cuerpo (ora de hielo, ora candente) que ella debía desprenderse de continuo. No se sentía la misma Ida de antes, sino una aventurera de doble vida. Y le parecía que sus miembros proyectaban sobre sus alumnos y sobre todas las personas el deshonor de la violación y que en su cara, como en cera mojada, estaban impresas las señales de los besos. Jamás en la vida se había acostado con un hombre ni de pensamiento, aparte de Alfio, y ahora su aventura le parecía escrita por doquier, como un adulterio clamoroso.

Por la calle, en cuanto descubría a lo lejos un militar alemán, creía inmediatamente reconocer a aquel otro (por ciertos andares, por cierto aspecto de la cabeza o de los brazos) y se escabullía con palpitaciones. Y tal nuevo temor había puesto en fuga temporalmente al otro temor de las persecuciones nazis. Tampoco la inesperada reaparición de sus desmayos, a tantos años de la curación, la preocupaba. En el fondo estaba convencida (y en realidad no erraba) de que el ataque no se repetiría. Pensó al principio en pedir consejo a farmacéutico sobre un calmante especial, al no recordar ya el nombre del usado antaño en Calabria, aunque después renunció, recelosa de que el farmacéutico pudiera adivinar, aún peor que su antigua enfermedad oculta, las circunstancias de esta tardía recaída.

Todos los días, al regresar a casa, espiaba el portal desde el cruce, con el miedo de volverlo a ver allí a la espera, como para una cita. Después, cruzando el zaguán a la carrera, empezaba a sospechar que él, con la

experiencia que había tenido de sus horarios, la hubiera precedido ya en el rellano; y que se lo encontraría de pronto allí, delante de la puerta, con aire de darle una sorpresa. Aguzaba el oído por si oía su respiración, incluso le parecía percibir su olor, y se arrastraba sin fuerzas escaleras arriba, perdiendo el color a medida que se acercaba al sexto piso. Al abrir la puerta y lanzar una mirada al sesgo, creía divisar su gorro en lo alto del perchero, en el sitio donde lo dejara aquel día al entrar.

Durante las tardes en casa, a cada momento se esperaba una nueva invasión. Y esa angustia la asaltaba sobre todo cuando estaba sola, como si la presencia de Nino la salvaguardase del riesgo. De vez en cuando, se iba de vigía al vestíbulo, con la oreja pegada a la puerta, temerosa de oír aquel paso resuelto que se le había quedado en los tímpanos, reconocible entre todos los pasos de la tierra. Evitaba en lo posible demorarse en la salita-estudio, y al hacer la cama la estorbaba un peso terrible de brazos y piernas que casi la hacía desvanecerse.

De noche, en este período, no soñaba, o al menos por la mañana no recordaba haber tenido sueños. Pero a menudo seguía despertándose, como la primera noche, con la impresión de que él estaba a su lado, un peso tan caliente que casi la quemaba. Y que la besaba mojándole la cara con saliva, y mientras tanto silabeaba en sus oídos no ya palabritas dulces, sino rezongos incomprensibles, en un amenazador alemán.

Nunca se había permitido confianzas con su cuerpo, hasta el punto de no mirarlo siquiera cuando se lavaba. Su cuerpo había crecido con ella como un extraño, y nunca, ni en su primera juventud, había sido hermoso, con sus tobillos gruesos, los hombros estrechos y un pecho precozmente ajado. El único embarazo sufrido bastó, como una enfermedad, para deformarlo para siempre; y luego, con la viudez, no volvió a pensar que alguien podía usarlo como un cuerpo de mujer, para hacer el amor. Con la exagerada pesadez de

las caderas, y marchito el resto de los miembros, se le había convertido, ya, en una fatigosa carga.

Ahora, después de aquella tarde de mal agüero, se sentía más sola en compañía de su cuerpo. Y mientras se vestía en las madrugadas aún oscuras, al deber hacer ciertos gestos íntimos, como atarse el corsé o engancharse las ligas, irremediablemente se echaba a llorar.

La navajita que le había dado la escondió desde el primer día a toda prisa en el vestíbulo, en el fondo de un arcón lleno de trapos y bártulos. Y no se había atrevido a volver a mirarla, ni a revolver entre los trapos, ni a abrir el arcón. Pero al pasar por allí advertía todas las veces un vuelco en la sangre, y temblaba como un testigo medroso que conoce el escondite del botín del crimen.

Poco a poco, con el transcurso de los días, se convenció de que el espanto de volverse a encontrar con el soldado era absurdo. A esas horas debía de encontrarse en algún lejano frente, violando a otras mujeres o fusilando judíos. Pero su amenaza, para ella, se había disipado. Entre aquel desconocido e Ida Ramundo ya no existía ninguna relación, ni presente ni futura.

De su relación fugaz nadie tenía noticias, salvo ella misma, y ni el propio Nino había sospechado nada, por lo cual lo único que le quedaba ya era eliminarla de su memoria, prosiguiendo la vida de siempre.

Todas sus jornadas comenzaban, al despertarse a las seis, preparando en la cocina, con luz eléctrica, el desayuno y la comida para Nino. Después se vestía y, tras despertar a Nino, se iba, siempre a la carrera y jadeante, a la escuela, distante de casa dos líneas de tranvía. A la salida de clase, con las mejillas encendidas y la garganta ronca, correteaba por los alrededores de la escuela para hacer la compra antes del cierre vespertino de las tiendas (pues, por miedo al oscurecimiento impuesto por la guerra, evitaba salir sin luz

natural), y por el camino de regreso, tres veces a la semana, se apeaba con todas sus bolsas en Castro Pretorio, donde daba una clase particular. Por fin regresaba a casa; y, tras haber comido las sobras de Nino, arreglaba las habitaciones, corregía los deberes de sus alumnos, preparaba la cena; y empezaba la espera nocturna de Ninnarieddu.

Había pasado quizá una semana cuando la serie de noches sin sueños se le interrumpió, y soñó. Le parecía regresar a casa llevando, robo o equivocación, en vez de una de sus bolsas un cesto del tipo usado en Calabria para la vendimia. Del cesto salía una planta verde, que en un instante se ramificaba por la estancia y, fuera de la casa, por todos los muros del patio. Y ascendía convertida en un bosque de plantaciones fabulosas, follaje, buganvillas, campánulas gigantescas de colores orientales y tropicales, uvas y naranjas del tamaño de melones. Entre ellas jugaban animalillos salvajes, parecidos a ardillas, todos con ojillos azules, que se asomaban a curiosear alegremente, y de vez en cuando saltaban por el aire, como si tuvieran alas. Entretanto un tropel de gente se había puesto a mirar por todas las ventanas, mientras que ella, en cambio, estaba ausente, quién sabe dónde; pero se sabía que era ella, la acusada. Este sueño la siguió unos minutos más, después de despertarse; y luego se desvaneció.

A finales de enero ya había relegado a los subfondos de su memoria aquella tarde de la postepifanía, aplastándola entre otros pedazos y fragmentos de su vida pasada que, al recordarlos, le hacían daño.

Pero entre tantos terrores y riesgos, posibles e imposibles, consiguientes a su famosa aventura, había uno posible en el que no había pensado; ¿quizá por inconsciente defensa, avalada por su experiencia matrimonial que en tantos años de amor solo le había dado un hijo?

Desde la pubertad su cuerpo estaba sometido a ciertas arritmias desordenadas. El útero, con sus menstruos, era en ella como una herida

anómala, que a veces la extenuaba con hemorragias violentas, y a veces parecía obstruirse al flujo natural, royéndola por dentro peor que una úlcera. Desde la edad de once años (su pubertad fue precoz) Ida se había habituado dócilmente a tales oscuros arbitrios, y vaciló, entre dudas y malestares, varias semanas, antes de reconocer este supremo e impensado escándalo: que su indecente relación con un alemán anónimo la había dejado encinta.

La idea de procurarse de algún modo el aborto ni siquiera rozó su fantasía. La única defensa que logró imaginar fue ocultar a todos su condición mientras pudiera. Los otros problemas que la amenazaban en un futuro próximo se le mostraban incluso como impensables, con su ineluctabilidad, y no le quedaba sino alejarlos de su mente. Esto le era más fácil en su nuevo estado físico, que día tras día embotaba sus percepciones reales, alejándola de sus motivos externos de angustia, y sumiéndola en una pasividad casi despreocupada. Nadie le pedía cuentas de los malestares (no graves) que sentía, y para los cuales, llegado el caso, no le era difícil inventar excusas. Entonces, entre las enfermedades corrientes, estaba de moda la colitis, hasta en los barrios proletarios, y para justificar ciertas náuseas inventó que padecía una forma de colitis. Las náuseas la sorprendían a traición, a la vista de los objetos más comunes, y que en sí nada tenían de repugnantes; por ejemplo, el pomo de una puerta o un riel del tranvía. De repente tales objetos parecían incorporarse a su misma sustancia, fermentando en una levadura de amargor. Del pasado, se le mezclaban entonces reminiscencias de cuando estaba embarazada de Nino. Y en el momento en que, forzada, se resignaba a vomitar, le parecía que el pasado y el futuro y sus sentidos y todos los objetos del mundo girasen en una única rueda, con un desmoronamiento que era asimismo una liberación.

El único punto de desasosiego esa temporada eran los sueños, que habían

vuelto a visitarla bastante a menudo con su antigua violencia. Se encuentra corriendo de acá para allá, completamente desnuda, por una explanada que parece desierta, aunque sin embargo resuena, por todas partes, con insultos y carcajadas... Está encarcelada en una especie de perrera, y por detrás del ventanuco con rejas ve pasar jóvenes altas, vestidas de muchos colores como ciertas nodrizas señoriales llevan en brazos bellísimos bebés que ríen. Las jóvenes la conocen, pero se vuelven hacia otro lado para no mirarla; y tampoco los bebés reían hacia ella. Se había equivocado, al creerlo así...

Camina con su padre, que la cobija bajo su capote, y de repente el capote vuela como por su cuenta, ya sin su padre. Y ella se encuentra de pequeña, sola por ciertos senderos de montaña, perdiendo regueros de sangre por la vagina. Todo el sendero a sus espaldas está marcado por el rastro de su sangre. Y para empeorar el inminente escándalo, se oye abajo el conocido silbido de Ninnarieddu, y mientras tanto ella, como una idiota, en vez de escapar se ha detenido en el sendero a jugar con una cabrita... Pero ¡cómo no advierte que la cabrita chilla, tiene los dolores del parto, va a parir! Y mientras tanto, ya preparado, está allí un furriel de los mataderos eléctricos...

... Muchos chavalitos polacos, andrajosos, juegan a rodar anillitos de oro. Anillitos consagrados, y ellos no lo saben. Este juego está prohibido, en Polonia. ¡¡¡Castigado con la pena de muerte!!!...

Tales sueños, hasta los más fútiles, le dejaban una pesada congoja, aunque luego, en el curso de la mañana, los olvidase.

Ahora todas las mañanas debía hacer un gran esfuerzo para levantarse; y en la sucesión de sus horas no había acción, por sencilla que fuese, que no le costase trabajo. Pero esta lucha, aunque recordándole de continuo su estado, la ayudaba como una borrachera. Corría de un tranvía a otro, y de un barrio a otro, siempre con sus bolsas, y el sombrerito con el velo torcido, y una arruga en el entrecejo. Llegada a la escuela, actuaba en todo como de ordinario:

pasar lista, revista general de orejas y manos y uñas como control diario de limpieza... Y también a estas funciones, como a las demás de su docencia, se aplicaba con extremada gravedad y concentración, como de costumbre, cual asuntos de muy seria importancia. Tenía por hábito no sentarse a la mesa, paseaba entre los pupitres, con unos ojos que, en tal circunstancia, nunca se estaban quietos, bajo las cejas fruncidas:

—Escribid: dictado.

»El heroico ejército italiano ha (forma del verbo haber) llevado las gloriosas enseñas de Roma más allá de montes y mares y combate por la grandeza de la Patria (¡P mayúscula!) y la defensa de su (¡letra mayúscula!) Imperio hasta la segura victoria...

—¡Annarumi! ¡¡¡Te veo, te veo cómo tratas de copiar de Mattei!!!

—No, señora maestra. No estoy copiando.

—Sí, sí, sí. Te he visto. Sí, sí. Y, si vuelves a tratar de copiar, te pondré un cero.

—¿Y si no vuelvo a copiar?

—Entonces te perdono.

—¿Y qué deberes para mañana, señora maestra?

—Y para mañana, ¿qué deberes?

—¿Y qué deberes, para mañana?

—Señora maestra, ¿qué deberes?

—¿Qué deberes tenemos, para mañana?

—Para mañana: composición. Tema: «Escribid un pensamiento sobre las golondrinas. Problema: Luigino tiene tres años. Su hermano tiene el doble de su edad, y su hermana un tercio. ¿Cuántos años tiene el hermano? ¿Cuántos la hermana? ¿Y cuántos meses tiene Luigino? Ejercicio: copiad tres veces en el cuaderno de limpio: «Vittorio y Elena son los nombres de nuestros Augustos Soberanos...»

Por la noche, en la cocina, con la cena lista, esperaba como de costumbre a Ninnarieddu, que, incluso cuando volvía antes de cerrar los portales, raramente se metía en la cama después de cenar. Muy a menudo devoraba la cena a toda prisa, sin siquiera sentarse, asomándose de vez en cuando para silbarles a sus compañeros que se impacientaban en el patio. Y después le pedía dinero para el cine. Y ella se empecinaba en discutirlo hasta que él, paseando furioso por el cuarto, como un auténtico explotador de mujeres, se lo arrebatava a la fuerza o con amenazas de escaparse de casa para siempre. Muchas noches, a esta primera pelea seguía una segunda porque él reclamaba insistentemente la llave del cerrojo, de doble vuelta, junto con la del portal, mientras ella se emperraba en negárselas, meneando la cabeza al decir: «No, y no y no» porque aún era demasiado pequeño y en esto no cedía, aun a costa de tirarse por la ventana. Era él, al final, quien, trastornado por las llamadas cada vez más desesperadas de abajo, y ansioso de llegar al cine, cedía ante la fatalidad. Y se iba atropelladamente, refunfuñando sus protestas por las escaleras, como un gato noctámbulo echado a escobazos.

En el pasado, ella se negaba a acostarse hasta verlo de regreso; y en la larga espera solía dormir en la cocina. Pero ahora, embrutecida de cansancio, no resistía al deseo de acostarse; aunque permanecía alerta, durante el sueño, hasta que de la calle la llamaba el silbido de su pinzoncillo huido. Entonces, enfadada a su vez, bajaba a abrirle el portal, con las zapatillas deformadas, la bata de franela de flores sobre el camisón, y en desorden sobre los hombros los cabellos corvinos, apenas estriados de gris, crespos y abultados como los de los etíopes. Con el ímpetu de un corcel que derriba el obstáculo entraba por el portal, todavía enardecido con la película. Todo el fuego de sus pensamientos se dirigía hacia aquellas divas de belleza mundial, aquellas tramas maravillosas. Y al preceder a Ida escaleras arriba, en la imposibilidad de adecuar su ritmo a las lentitudes de ella, variaba la

ascensión con impacientes fantasías. En parte se rezagaba dando patadas a un peldaño, en parte saltaba tres o cuatro de una vez; después, más arriba, se tumbaba cuan largo era a bostezar en un rellano, para de improviso volar por el tramo como si corriese al cielo. Pero llegaba siempre a la puerta de casa con notable ventaja, y desde allí, a horcajadas en el pasamanos, asomándose un poco por el hueco y compadeciendo a Ida que chancleteaba subiendo los tramos, le decía con tono desgarrado:

—¡Amos, ma! ¡Dale, gira! ¡Pisa a fondo el acelerador!

Al final no pudo más, y preocupada, entre otras cosas, por si él, así desceñida, se fijaba en su vientre abultado, se resignó a cederle el famoso derecho de las llaves. Y esa velada fue para él un día fausto, semejante a la iniciación viril en las tribus. Salió de casa al vuelo, sin despedirse, con sus ricitos que parecían otras tantas campanillas.

Incluso al avanzar el embarazo a Ida no le resultó difícil ocultarlo. Su cuerpo, ya informe y desproporcionado desde la cintura a la pelvis, acusaba poco la nueva mudanza, la cual mantenía unas proporciones reducidas. Ciertamente la escondida y mal nutrida criaturita no podía ser sino un peso ligero, no exigía mucho espacio.

Aunque el racionamiento aún tardaría unos meses, ya entonces empezaban a escasear muchos víveres, y los precios subían. Nino, en plena edad del crecimiento, tenía un hambre turbulenta e insaciable; y su parte, sin remedio, salía de las raciones de Ida y de aquel otro ser invisible que nada pedía. Este ya se dejaba sentir, en verdad, moviéndose de vez en cuando en su escondrijo; pero las pataditas que daba parecían de información, más que de protesta: «Os doy noticias de que estoy, y me las arreglo, a pesar de todo, y estoy vivo. Más aún, ya empiezo a tener ganas de retozar».

En las casas faltaba el gas, y era forzoso hacer largas colas para conquistar dos paladas de carbón. Ida ya no podía despachar, como antes, las compras

por la mañana, y a veces las tinieblas la sorprendían deambulando por las calles sumidas en el oscurecimiento de la guerra. Si por una ventana se traslucía un hilo de luz, de inmediato se alzaban imprecaciones desde la calle:

—¡Asesinos! ¡Criminales! ¡Apagad la luuuz!

Por las oscurecidas puertas de las tabernas se oían las radios a todo volumen, o bien coros de mozalbetes que se desfogaban cantando canciones y tocando la guitarra, como en los pueblos. En ciertos cruces solitarios Ida, con sus cargas de patatas y carbón, titubeaba aterrada, con su antiguo pánico a la oscuridad. Y enseguida la personilla de su interior le daba una respuesta con saltos vivaces que acaso tenían la intención de animarla: «¿De qué tienes miedo? No estás sola. Al fin y al cabo, estás acompañada».

Nunca la intrigaba, como a las otras madres, el enigma de si sería varón o hembra. En su caso, hasta esa curiosidad le hubiera parecido un capricho extravagante y vergonzoso. Solo le estaba permitida la indiferencia, como una especie de conjuro contra el destino.

Con el buen tiempo, que la forzó a dejar el abrigo de lana, trató de apretarse más el corsé. De ordinario solía dejarlo más bien holgado para aliviar su tortura, aunque su decoro de maestra siempre la había obligado a llevarlo. En los últimos meses, piernas y brazos habían enflaquecido como los de las viejas, tenía las mejillas encendidas pero chupadas, pese a su redondez, y en clase, cuando escribía en la pizarra, ciertas letras le salían sesgadas. El verano fue precoz y bochornoso, su carne estaba toda sudada día y noche. Pero llegó el final de curso sin que nadie se hubiera percatado de nada.

A eso de finales de junio, Alemania atacó a la Unión Soviética. A principios de julio, los funcionarios alemanes recibieron el encargo de organizar la evacuación total de los judíos de todos los países ocupados (que ahora comprendían casi Europa entera), con miras a la «Solución Final».

Las humildes tenderas de la Judería, a quienes Iduzza trataba de paso, se habían vuelto más taciturnas y reticentes, y proseguían con sus negocijos cotidianos, como si los acontecimientos europeos no las concernieran. A intervalos acababa siempre por encontrarse con Vilma, acoquinada porque, de día en día, la recogida de sobras resultaba más difícil, y además aumentaba cada vez, entre sus gatos de las ruinas, el número de ausencias. Los conocía uno por uno, y se informaba por allí con mísera voz desconsolada:

—¿Alguien ha visto al Cojito? ¿Y a Casanova? ¿Y al sin un ojo? ¿Y a Fiorello? ¿Y al rojito con costras? ¿Y a la blanca, la preñada, la que antes andaba por la panadería?

Los interrogados se le reían en su cara; pero de todas formas se la oía llamar, invariablemente, entre las ruinas del Teatro de Marcelo:

—¡¡¡Casanoovaaa!!! ¡¡Bigotes!! ¡Boomboloo!

A través de sus informadoras privadas, la Señora y la Monja, Vilma tenía siempre alguna nueva revelación, que refería con su gesticular de loca, en voz baja. Contaba, por ejemplo, que en toda la Europa vencida, en la actualidad tapiaban las casas donde aún se sospechaba de la presencia de algún judío escondido, ventanas y puertas, y después las pulverizaban con ciertos gases especiales llamados «ciclones». Y que en los campos y bosques de Polonia de todos los árboles colgaban ahorcados hombres, mujeres y niños, hasta los críos más pequeños: no solo judíos, sino también gitanos, y comunistas, y polacos y combatientes... Los cuerpos se caían a pedazos, disputados por zorros y lobos. Y en todas las estaciones por donde pasaban los trenes se veía trabajar entre los raíles unos esqueletos que eran solo ojos... Semejantes informes normalmente eran acogidos como fantásticos productos de la mente de Vilma; y eso eran, por lo demás, en parte, aunque también en esto, a continuación, los resultados históricos iban a sobrepasarlos con mucho. En efecto, ninguna imaginación viviente podría, por sus propios medios,

representarse los monstruos aberrantes y complicados producidos por su contrario: o sea, por la falta total de imaginación, que es propia de ciertos mecanismos mortuorios.

No solo las extrañas noticias de la Señora y la Monja, sino también las noticias, más o menos oficiosas, de radio macuto seguían cayendo, allá en la Judería, en una especie de pasividad obstinada. Ninguno aún, por lo demás, ni dentro de la Judería ni en otros lugares, había aprendido el verdadero significado de ciertos términos de oficio, como: «evacuación», «internamiento», «tratamiento adecuado», «Solución Final», y otros por el estilo. La organización burocrático-tecnológica del mundo se hallaba aún en una fase primitiva: es decir, no había contaminado aún, sin remedio, la conciencia popular. Los más vivían aún, en cierto modo, en la prehistoria. Conque no debe asombrar demasiado la sencilla ignorancia de ciertas ínfimas mujercitas judías.

Solo una de ellas, un día, la señora Sonnino, que tenía un puesto de mercería junto al café del puente, al oír allá dentro la voz del Führer que desvariaba en la radio, observó distraídamente:

—¡¡¡Esos van a hacer un orden aritmético: sumas, restas, multiplicaciones, para emparejar todos los números con el cero!!!

Y meditando así sacudía la cabecita, fina y atenta como la de una lagartija, aunque sin dejar de contar los botones que le vendía a Ida, como si la cuenta la concerniese mucho más que la otra.

Por entonces, toda la gente en general, arios y judíos, pobres y ricos, daba por segura la victoria de los Nazifascistas; en especial tras sus recientes progresos en Rusia y en África.

Pero dentro del cerebro de Iduzza, ahora, todas las conversaciones oídas hacían un ruido opaco, como letras de molde puestas delante de un analfabeto. En casa, por la noche, a la luz de capillita de las bombillas

oscurecidas, el fascista Ninnarieddu cantaba con su voz aún destemplada de tenor:

*Coronel, yo no quiero pan,
¡¡quiero plomo para el mosquetón!!...*

Aunque de vez en cuando variaba:

*Coronel, yo no quiero pan,
¡quiero Moka con un bistec!*

a voz en grito, con las ventanas abiertas, a propósito para hacerse el bravucón y el insolente que desafiaba a los espías de la policía. Ida, sin embargo, ya no tenía ganas de levantarse a cerrar las ventanas, como solía hacer anteriormente. Ahora, lo dejaba cantar.

De vez en cuando, de noche, por la ciudad resonaban las sirenas de la alarma aérea; pero la gente de San Lorenzo no se preocupaba mucho, convencida de que Roma nunca sería bombardeada, gracias a la protección del Papa, quien, en efecto, era apodado «la batería antiaérea de la urbe». Las primeras veces, Ida, angustiada, había tratado de despertar a Nino; pero él se rebullía en la cama, rezongando:

—¿Quién es?... ¿Quién es?... ¡Yo sigo durmiendo! —Y una noche, medio en sueños, murmuró algo sobre una orquesta con saxofón y batería.

Al día siguiente se informó de si había habido una alarma, protestando de que Ida le hubiera destripado el sueño. Y le dijo, definitivamente, que no lo molestara más, cuando sonase la sirena:

—Total, las sirenas, ¿a nosotros qué? ¡Ay, ma!, ¿no ves que aquí nunca ocurre nada? ¡Bombas inglesas, sí! ¡Bombas de papel!

Posteriormente también ella renunció a levantarse al oír la alarma, removiéndose apenas, despierta a medias, bajo más sábanas sudadas, entre el aullido de las sirenas y los disparos de los antiaéreos en lontananza.

Una noche, poco antes de una alarma, soñó que buscaba un hospital para parir. Pero todos la rechazaban, por judía, diciéndole que debía ir al hospital judío, e indicándole un edificio blanquísimo de cemento, todo tapiado, sin ventanas ni puertas. Al poco rato se encontraba en el interior del edificio. Era una construcción inmensa, iluminada por haces de proyectores cegadores; y alrededor de ella no había nadie, solo máquinas gigantescas, complicadas y dentadas, que giraban con terrible fragor. Cuando hete aquí que acaba descubriendo que el fragor son las girándulas de Año Viejo. Nos encontramos en una playa, a su lado hay muchos chiquillos, y entre ellos está incluso Alfio, también pequeño. Todos, con sus vocecitas, protestan porque desde aquí, desde abajo, no se ven las iluminaciones: ¡habría que disponer de una altura, de un balcón! Es ya medianoche, y estamos decepcionados... pero de pronto el mar frente a nosotros se ilumina maravillosamente con grandes e innumerables racimos de luz, verdes y naranjas y rojos granate sobre el azulón del agua nocturna. Y los chiquillos dicen encantados: «Aquí vemos mejor que desde arriba, porque en el mar se refleja la ciudad entera, hasta los rascacielos y las puntas de las montañas».

Últimamente casi todos los días, con el pretexto de comprar alguna cosilla, aunque en realidad sin motivación concreta, Ida se encaminaba, a la salida de la escuela, al barrio judío. Se sentía atraída allá por una llamada de dulzura, casi como el olor de la cuadra para un ternero, o el del zoco para un árabe; y a un tiempo por un impulso de necesidad obsesiva, como un planeta gravitante en torno a una estrella. Desde el Testaccio donde estaba su escuela, llegaba en unos minutos al pequeño pueblo de detrás de la sinagoga; pero también cuando comenzaron las vacaciones de verano, a pesar del mucho camino

desde San Lorenzo, atendía de vez en cuando a aquella llamada. Y fue así como una tarde, en el corazón del verano, cayó por allá en una tienda de ultramarinos pocas horas después de que la tendera, en un cuartito contiguo a la trastienda, hubiera dado a luz una criatura. Todavía andaba por la tienda la comadrona, una judía napolitana, que — con sus espesas cejas, su nariz poderosa y arqueada, sus gruesos pies y la largura de su paso; y hasta en el modo de llevar la cofia de algodón blanco sobre los cabellos grises y rizados — recordaba un grabado del profeta Ezequiel.

Ida se armó de valor y, apartándose un momento con la mujer, le pidió sus señas con un hilo de voz, asegurando pedir las para una parienta que quizá pronto las necesitara. Al hablar así, se había puesto toda colorada, como si se acusase de una indecencia. Pero Ezequiel, como no conocía de nada a Iduzza, acogió su petición como lo más lógico y natural. Y hasta la felicitó por su parienta. Y prestamente le dio una cartulina impresa, con su nombre, dirección y teléfono. También ella se llamaba Ida; y, de apellido, Di Capua. Vivía en las inmediaciones de la basílica de San Juan de Letrán.

Con el madurar del verano, entre los muchos problemas que ahora la asediaban con su inminencia, el más grave, para ella, era Nino, que aún no sospechaba nada. Casi aterrorizada, veía aproximarse el día en que debería necesariamente justificarse con él, y no sabía de qué manera. Vagamente, pensaba en irse sola a parir a cualquiera otra ciudad para fingir, al regresar con la criatura, que esta le había sido confiada por una parienta desaparecida... Pero Nino sabía perfectamente que no tenía ninguna parienta, ni, aún menos, ¡una parienta tan cercana como para aceptar, con los tiempos que corrían, la carga de una criatura! Nino no era un tipo que se dejara engañar por ciertas trolas. Y para Ida, también en esto, no había otro refugio sino retroceder ante lo imposible, dejando obrar al destino.

La criatura, en cierto modo, se ocupó de ayudarla, anticipando unas

semanas su nacimiento, previsto hacia el otoño, aunque en cambio fue a finales de agosto, mientras Nino se encontraba en un campamento de avanguardistas. El 28 de agosto, cuando notó los primeros dolores, Ida estaba sola en casa y, presa del pánico, sin siquiera anunciarse con una llamada, tomó un tranvía hacia la dirección de la comadrona.

Mientras subía la larga escalera, los dolores aumentaron hasta hacerse terribles. Fue Ezequiel en persona quien salió a la puerta, y ella, incapaz de dar explicaciones, en cuanto entró se arrojó en una cama, gritando:

—¡Señora! ¡Señora! ¡Socorro!

Y empezó a retorcerse y a aullar; mientras Ezequiel, experta y tranquilizadora, la iba liberando de la ropa. Pero a Ida, a pesar de sus sufrimientos, la aterrorizaba casi la idea de mostrarse desnuda; y manoteaba para taparse con la sábana. Cuando luego la otra se disponía a aflojarle el corsé, la retuvo desesperadamente para impedirselo: pues allí, bajo el corsé, sujeto con un alfiler, tenía un calcetín con sus ahorros cosidos dentro. No había renunciado, en efecto, a despecho de las dificultades de la guerra, a la costumbre de apartar todos los meses un poco de su sueldo. Con su desconfianza hacia el mañana, y con la certeza, sola como estaba, de no contar con la ayuda de nadie en ninguna eventualidad de la suerte, ponía en aquel calcetín toda su independencia, su dignidad, su tesoro. Eran en total unos cientos de liras, aunque a ella le pareciera mucho.

Tras haber comprendido, con ciertas dificultades, el motivo de la desatinada resistencia, Ezequiel se las arregló para convencerla, sin embargo, de que se dejase quitar el corsé; y para tranquilizarla se lo metió debajo del mismo colchón donde yacía, con el calcetín sujeto.

El parto no fue largo, ni difícil. Parecía que la desconocida criatura se las ingeniase para salir a la luz por sus propias fuerzas, sin costar demasiado dolor a los demás. Y cuando, dando el último grito, la parturienta yació por

fin liberada, anegada en su propio sudor como en un mar salado, la comadrona anunció:

—¡Un varoncito!

Y era, en efecto, un verdadero «varoncito»: es decir, un varón, pero pequeñísimo, en verdad. Era una criaturita tan pequeña que cabía cómodamente en las dos manos de la comadrona, como en una cesta. Y tras haber dado pruebas de sí en la heroica empresa de venir al mundo ayudándose él solito, no le había quedado siquiera voz para llorar. Se anunció con un vagido tan débil que parecía un cabritillo nacido el último y olvidado entre la paja. Sin embargo, en su pequeña medida, estaba completo, y también era mono, bien hecho, por lo que se veía. Y tenía intención de sobrevivir; tanto es así que, en el momento dado, buscó por propia iniciativa, ansiosamente, la teta de su madre.

Ella, por las misteriosas disposiciones de sus órganos maternos, no carecía siquiera de la leche necesaria. Evidentemente, el escaso alimento que había ido tomando lo había distribuido todo entre el escondido criaño y su provisión de leche. En cuanto a ella, se quedó, después del parto, tan desmirriada que parecía una perra callejera que acabara de parir en una esquina.

El pelo del recién nacido — unos mechoncitos semejantes a plumas— era negro. Pero en cuanto dejó ver un poco de los ojos, en los dos gajitos que apenas se distinguían Ida reconoció inmediatamente el color azul de su escándalo. Los ojos, luego, no tardaron en abrirse del todo y se revelaron, en la pequeñez del rostro, tan grandes, que parecían ya fascinados por el espectáculo que presenciaban. Y sin duda su color — incluso en su primer vapor de leche— reproducía totalmente aquel otro azul que no semejaba nacido de la tierra, sino del mar.

Los rasgos del rostro, en cambio, aún no se podía saber de dónde venían.

Solo se reconocía ya entonces su factura menuda y graciosa. La boca, quizá, de labios suaves y salientes, recordaba un poco, también, aquella otra boca.

Hasta que estuvo en condiciones de moverse Ida permaneció en casa de Ezequiel, quien para dejarle la cama acomodó para sí un colchón en la cocina, en el suelo. El piso donde la comadrona vivía sola se componía, en efecto, de cocina y dormitorio. En este había una gran cama napolitana, de hierro pintado, y una ventana a la calle, desde donde se divisaba, de costado, la basílica de San Juan, con las quince inmensas estatuas de Cristo, de los santos Juanes y de los Doctores en lo alto.

La comadrona estaba muy contenta y orgullosa de su vivienda. Y al verla allí en su casa — con una bata de algodón larga que parecía una túnica— no se sabía muy bien si era una mujer o un vejete. Tampoco la voz era de mujer, y sí de viejo. Parecía una de esas voces de bajo que, en las óperas, hacen los papeles de reyes ancianos, o de eremitas.

Al segundo día le recordó a Iduzza que era preciso ponerle un nombre al niño; e Ida contestó que ya tenía decidido llamarlo Giuseppe, como el abuelo materno, su padre. Ezequiel siguió diciendo, sin embargo, que no bastaba solo un nombre: se requería también un segundo nombre, y un tercero. Pero Iduzza no había pensado en esos otros nombres. Y la comadrona, tras haberlo meditado mucho, le propuso llamarlo Felice de segundo para darle suerte; y de tercero, Angiolino, por ser tan pequeñín, y de ojos celestes, y muy bueno, que casi no rechistaba.

Encontrados los nombres, la comadrona propuso ir ella misma al registro civil para la obligada inscripción, e Iduzza al principio se mostraba reacia por un motivo bien fácil de entender. Pero, tras habérselo pensado, y en la disyuntiva de declarar su deshonra a un funcionario civil del Ayuntamiento, o bien a ella, prefirió revelársela a ella. Y sin dar explicaciones verbales en un

papel, que le entregó después doblado, escribió letras de molde, con mano trémula:

GIUSEPPE FELICE ANGIOLINO

NACIDO EN ROMA EL 28 DE AGOSTO DE 1941

HIJO DE IDA RAMUNDO VIUDA MANCUSO Y DE PADRE DESCONOCIDO.

Todos los días, a la hora de las comidas, Ezequiel aparecía para cocinar, pero a otras horas siempre estaba fuera, por sus obligaciones profesionales. E Ida yacía el día entero en aquella cama enorme, de sábanas limpias, al lado de aquel Giuseppe que era demasiado menudo para no encontrarse perdido en este mundo, entre las personas mayores. Gran parte del tiempo ambos dormían. La canícula pesaba sobre la ciudad; pero incluso aquellos grandes sudores, en los que yacía sumergida, le daban a Ida una sensación de abandono y pasividad, como un mar salado y tibio donde su cuerpo se disolvía. Y le habría agradado morir en aquella cama con la criatura, yéndose los dos lejos de la tierra, como en una barca.

Al cuarto día, decidió regresar a casa; Ezequiel se ofreció a acompañarla, pero Ida no quiso saber nada, asustada de antemano con la idea de que la mujer apareciera por su barrio. En efecto, quienquiera que conociera sus secretos se convertía para ella en una figura inquietante, y trataba de huirle, como los animales del desierto cuando intentan ocultar sus huellas al olfato enemigo.

Se dispuso, pues, a marchar sola, esperando, por prudencia, a que oscureciese. En el momento de pagarle sus honorarios, Ezequiel solo se dejó reembolsar los gastos de manutención; por el resto (al ver aquel cuerpo depauperado e hinchado, que cuanto llevaba encima — a pesar del famoso calcetín— denunciaba pobreza) no quiso cobrar nada. Ella misma la proveyó

de un largo trapo desteñido, aunque limpio, con el que Giuseppe, que dormía pacíficamente, fue envuelto de forma que solo asomaba la nariz. Y cargada con este fardito, así como con su bolsa, Ida cogió el tranvía hacia San Lorenzo. Como todas las noches, a causa del oscurecimiento de la guerra, las farolas de la calle estaban apagadas y en los tranvías las bombillas veladas emitían apenas una claridad azulenca.

Pero las tinieblas, esta vez, le eran propicias: al regresar a casa, como el malhechor que vuelve al lugar del crimen, consiguió que nadie reparase en ella. El dormitorio estaba situado en la esquina del edificio, y su única ventana daba a la vía pública; por lo cual desde allí difícilmente el raro llanto de Giuseppe podía poner en guardia a los vecinos, a quienes Ida quería dejar, el mayor tiempo posible, en la ignorancia. Colocó a su minúsculo hijito al lado de su cama de matrimonio, en una camita de hierro con barrotes que había sido de Nino en tiempos de su primera infancia y después había servido para contener mantas, cajas, libros viejos y toda clase de bártulos. Y allí dentro Giuseppe, como un bandido cuyo escondrijo no sospecha nadie, se pasaba todo el día durmiendo y descansando.

La ausencia de Nino debía durar hasta mediados de septiembre; las escuelas estaban cerradas, en este período no había clases particulares, e Ida permanecía en casa la mayor parte del tiempo, saliendo solo a comprar lo preciso, al hacerse de noche. Entre sus otras dudas se preguntaba si debía bautizar al recién nacido para protegerlo mejor de la famosa lista de los impuros, pero la idea de llevarlo a una Iglesia le repugnaba demasiado, como una suprema traición al pobre barrio de los parias judíos. Y decidió dejarlo, por ahora, sin religión: «Total — se dijo—, él, a diferencia de Nino, posee solo medio árbol genealógico. ¿De qué modo podría demostrarse su mitad aria? La autoridad declararía que aún resulta menos ario que yo. Y además es

tan chiquitín que, en cualquier caso, me manden donde me manden, lo llevaré siempre conmigo, aun a costa de morir juntos».

El 15 de septiembre, para ella, fue un día grave, pues en torno a esa fecha estaba previsto el regreso de Nino, con el estallido inevitable de la fatal, y siempre relegada, explicación. Reaparecía por su mente a intervalos el único y mísero pretexto que había podido inventar: el de la imaginaria parienta, y empezaba a rumiarlo desgadamente y sin convicción hasta sentir de inmediato, entre palpitaciones, una disgustada languidez. Como esperaba, de un momento a otro, el regreso de Nino, ese día salió más pronto de lo normal para la compra cotidiana. Y fue justamente en ese intervalo cuando Nino regresó y, ya dueño de las llaves, entró en casa, en su ausencia, libremente.

Ya al otro lado de la puerta, mientras trajinaba con las bolsas y la cerradura, oyó en el interior de las habitaciones un barullo. Y vio al acceder al vestíbulo, en el suelo, la mochila. Después enseguida apareció Nino, con los pantalones cortos de avanguardista aún puestos pero con el torso desnudo (ya que, en cuanto entró, se había apresurado a quitarse la camisa, por el calor). Estaba muy moreno y en sus ojos brillaba una vivacidad extraordinaria. Y con voz electrizada, de sorpresa irresistible, dijo:

—¡Eh, ma! ¿Quién es?

E inmediatamente la precedió al dormitorio, donde, entre risitas alborozadas que ya parecían una conversación, se dobló sobre la camita. Y allí estaba Giuseppe mirándolo, como si ya lo reconociese. Su mirada, hasta hoy aturdida con los vapores del nacimiento, parecía expresar en este instante el primer pensamiento de su vida: que era un pensamiento de inteligencia festiva, suprema. Tanto que hasta los bracitos y las pequeñas piernas lo acompañaban, insinuando un primer pataleo primitivo.

—¿Quién es, ma? ¿Quién es? —repitió Nino, cada vez más locamente divertido.

En una urgencia vertiginosa, Ida notó cómo subía a su garganta el famoso pretexto de la parienta, pero el maldito pretexto no quiso acudir a sus labios. Y la única explicación que se le ocurrió, absurdamente, en un balbuceo, fue:

—Es... es alguien... ¡encontrado en la calle!

—¿Y quién lo encontró? — preguntó Nino, con la inicial excitación de semejante y formidable acontecimiento.

Pero le duró apenas un segundo: casi no había aún, puede decirse, notado el rubor turbado de su madre, cuando ya no se lo creía. Su mirada, pronto consciente, y hasta cínica, pasó del rostro encendido de la madre al cuerpo de ella, como en subitánea reminiscencia de una señal que, en su momento, no había percibido. Y durante diez segundos su pensamiento se encaprichó con esta ridícula idea: que su madre tenía un amante. «¿Y quién la habrá querido, tan vieja? — se preguntó inseguro. — Habrá sido — opinó para sí— una aventura de paso, de una sola vez...» Por su mirada, entretanto, Ida ya había comprendido que él lo tenía claro; pero, a fin de cuentas, no le importaba mucho saber de dónde le venía este inesperado regalo; lo que le importaba, a él, era garantizárselo para toda la eternidad. Y dejando caer de inmediato en el vacío cualquier otra pesquisa, se informó ansioso:

—Pero ¡ahora nos lo quedamos! ¿Nos lo quedamos aquí, con nosotros?

—Sí...

—¿Y cómo se llama? — le preguntó, radiante de satisfacción.

—Giuseppe.

—¡Eh, Peppe! ¡Eh, Peppinié! ¡Ahó! ¡Ahó! — se dedicó a exclamar, haciendo el loco sobre el otro.

Mientras el otro, por su parte, seguía con sus mínimos pataleos de principiante, contento y agradecido de conocer, desde el presente día, la vida.

—¡Eh, ma! ¿Qué te parece? ¿Puedo cogerlo en brazos? — propuso en ese momento, con las manos ya sobre la cuna, el delirante Nino.

—¡No! ¡No! ¡Noooo! ¡Se te caerá!

—¿Cómo? Hago levantamiento de pesas, ¡y me se va a caer! — se rebeló Ninnuzzu con desprecio. Pero había renunciado mientras tanto a su iniciativa, pasando ya, con la turbulencia de sus pensamientos, a otro asunto que resolver, aprovechando la ocasión. Y reclamó, sin vacilar:

—¡Eh, ma! Y ahora que está Giuseppe, entonces también podremos tener un perro, ¡aquí en casa!

Esta era una de las eternas peleas entre él y su madre. Ya que se desvivía por poseer un perro, y ella, por muchísimos motivos, no quería saber nada. Pero en el estado de atroz inferioridad en que se encontraba hoy, no le quedaba sino someterse al chantaje.

—Pues... pues ... pues... — fue su primera respuesta inarticulada, y ya condenada a la resignación. Aunque agregó con vehemencia—: ¡¡¡Quieres mandar esta casa a la ruina!!!

En sus discusiones con Ninnarieddu imitaba inconscientemente ciertas invectivas bíblicas de Nora; aunque, dichas por ella, con su cara inadecuada de niña de doce años, resultaban cómicas, amén de inofensivas. Esta vez, además, por la facha resuelta de Nino, estaba claro que este esperaba sin más su rendición.

—¡Haz lo que te parezca! ¡Dios mío!... Sabía hace tiempo que acabaríamos así...

—¡Alegra esa cara, ma! Entonces, ¡me lo traigo a casa! ¡Hay uno que me espera siempre junto al estanco! — gritó, fuera de sí, Ninnarieddu. Después permaneció un rato en silencio, acariciando visiones caninas que lo hacían, evidentemente, ultrafeliz.

Y entonces Ida, ya inconsolable en su fuero interno por haber cedido a esta nueva fatalidad, quiso acaso, a su vez, sacar algún provecho de la ocasión. Y dijo, a duras penas:

—Oye, Nino..., ahora he de decirte..., se trata de una advertencia muy seria... Ojo: no hables a nadie de... de este crío. De momento, es mejor ocultar que... que existe... Pero si la gente lo descubre, y alguien te pregunta, lo único que hay que hacer es contestar que es un sobrino, sin otros parientes, y... que nos lo han confiado.

Una rápida ojeada, y Nino se iluminó con arrogancia, compasión, supremacía y libertad. Se encogió de hombros con una mueca y replicó, plantado sobre las piernas en la actitud de un barricadero:

—Si me lo preguntan, A MÍ, les digo: «¿Y a vosotros qué?».

En ese mismo momento, en la camita se oyó un vagido que de inmediato le hizo reír. Volublemente, las felices imágenes de poco antes volvieron a jugar en sus ojos. Y pasando a otro tema, con las manos en los bolsillos, propuso a su madre:

—Y ahora, pa celebrar lo de Giuseppe, ¡afloja la tela pa una cajetilla de Nazionali!

—¡Me lo veía venir, que ibas a abusar también de esto! ¡Eres un aprovechado! ¡Y un arribista, y un atracador! Ahora, para celebrar lo de Giuseppe, ¿quieres darle ejemplo de vicios? ¡No tienes ni siquiera dieciséis años! A esa edad, ¿se fuma?

—Y si no se fuma a los dieciséis años, ¿cuándo se fuma? ¿A los noventa? —replicó, con perversa impaciencia. Después apremió de inmediato, como siguiendo una inspiración: — ¿Me das también pa un helao? Mejor, nos tomamos dos cucuruchos: uno yo, y uno tú.

—¡Eh, Nino!... ¿Qué te crees hoy? ¿Que me he vuelto millonaria? ¡Nos estás buscando la ruina!... Y, además, esos helados nacionales..., vete a saber de qué están hechos...

—Está el lechero, al lado del estanco, que los hace estupendos.

—O helado o pitillos. Ten: dos liras, más no te doy.

—Los pitillos, más los helados, más *Il Corriere dello Sport* y la *Gazzetta* (¿te se ha olvidao que hoy es lunes?)... ¡Necesito cinco liras, no dos! Amos, ma, no empecemos con las jeremiadas de siempre, no te arruinarás por cinco liras de mierda. Hale, escúpelas, ma, ¿no te decides? ¡Te estás volviendo peor que una judía!

Esta última, para Nino, era una frase común y corriente de jerga, sin ningún significado real. Por los judíos, en realidad, y por sus actuales vicisitudes, Ninnuzzu no se interesaba en absoluto, hasta casi ignorarlos en la práctica, más o menos como si se tratase de los cimbros, o de los fenicios. Por eso el inevitable y ligero temblor de Ida fue invisible para sus ojos. Pero Ida, sin embargo, para desahogarse, lo atacó con otro argumento (ya rancio, en verdad) de sus grescas familiares.

—¡Ay! ¿Cuántas veces te he dicho que me da grima oírte hablar en ese dialecto tabernario, con esas palabrotas de chusma? ¡¡¡Quién diría, al oírte hablar como un borrico, que tú... tú...!!! ¡¡¡En cambio, eres hijo de una maestra, y estás haciendo el bachillerato de letras!!! No eres un gañán sin instrucción, has estudiado en buen italiano...

—Señora Madama, os hago la presente invitación: dadme un escudo.

—Eres un bandido... ¡No te puedo ni ver! Para mí, cuando te veo, ¡es como si se me metiese humo en los ojos!...

Nino, temblando ahora de impaciencia, se había puesto a silbar «Deutschland Deutschland»:

—Bueno, suelta la pasta — la interrumpió.

—La pasta... ¡No piensas en otra cosa! ¡Cuartos y más cuartos!

—Y sin cuartos, ¿dónde está la celebración?

Empecinado en su intención de salir y no aguantando más dilaciones, ya el espacio reducido y cerrado de la casa le parecía una injusticia. Y empezó a andar de arriba abajo por la habitación como dentro de una celda, dando

puntapiés a una baldosa, a un trapo, a una palangana vacía, y a cuantos objetos se le ponían delante:

—¡La pasta, ma! — concluyó, peor que un salteador, encarándose con su madre.

—¡Acabarás ladrón y homicida!

—Acabaré jefe de las Brigadas Negras. Yo, en cuanto tenga la edá, me largo a combatir ¡POR LA PATRIA Y POR EL DUCE!

La desafiante exageración con que su voz pronunció estas mayúsculas dejaba traslucir una intención blasfema. Se intuía que, frente a sus pretensiones de muchachito, las Patrias, los Duces y el entero teatro del mundo se reducían a una comedia, la cual solo tenía valor porque se prestaba a su frenesí de existir. De nuevo le nubló la mirada su misteriosa edad adulta, propensa a todo escándalo y toda impiedad; pero de pronto, en rápida contradicción, una radiante inocencia acabó transfigurándolo. En ese momento, en efecto, su madre, sacando de la bolsa su monederito roñoso, le alargaba la famosa «pasta». Y él, aferrándola con la prontitud de un portaestandarte que se lanza al campo de la victoria, sin esperar a más salió volando hacia la puerta.

—Pero ¿qué haces? — lo bloqueó la madre— ¿No te vistes? ¿Sales desnudo?

—¿Y qué? ¿Estoy mal? — replicó él, aunque rindiéndose a la necesidad. Y al retroceder corriendo hacia la silla, donde había tirado la camisa, no dejó de detenerse un poco delante del armario de luna para echarse un vistazo complacido. Su gracioso cuerpo bronceado revelaba aún la infancia en la suavidad de la nuca y en las paletillas salientes de la espalda aún flaquita; pero en los brazos, en cambio, se estaba desarrollando ya una primera musculatura viril, que midió delante del espejo alardeando ante sí mismo en una autoafirmación insaciable. Después, a la carrera, hizo ademán de ponerse

la camisa negra; pero, viéndola sudada y calurosa, se vistió en cambio con una camiseta blanca de algodón sobre los pantalones de avanguardista, sin preocuparse por el contraste, ¡tantas prisas tenía por salir disparado! Y desapareció.

Iduzza estaba ya dispuesta (y hasta con cierto alivio) a no verlo reaparecer, a lo mejor hasta muy tarde: ¡volando, con sus cinco liras, hacia su pandilla de siempre como una abeja hacia un girasol! Pero no habían pasado ni veinte minutos cuando cierto desbarajuste en el vestíbulo anunció su regreso. Y antes aun que él entró en la habitación un perrito marrón, llevado por la correa, brincando en un paroxismo de felicidad. Era un animalucho de pequeña alzada, rechoncho, con las patas torcidas y el rabo enrollado. Tenía la cabeza gorda y una oreja más tiesa que otra. En conjunto era un típico perro sin amo (o perro ajeno, como dicen los esclavos).

—Pero ¿cómo? ¿Cómo? ¡Ya hoy! ¡No hablamos de hoy! ¡No enseguida! ¡No hoy! — farfulló Ida, casi afónica de desesperación.

—¿Y cuándo? Te lo he dicho: me esperaba siempre junto al estanco. Y allí estaba ahora, tal cual, ¡esperándome! Durante todo este mes, que yo no estaba, ¡ha ido siempre a esperarme! ¡Y hasta responde por su nombre! ¡Blitz! ¡Blitz! ¿Ves cómo responde, eh?

Mientras tanto, Giuseppe, que había aprovechado la ausencia de Nino para echar un sueñecito, había abierto los ojos. Y se mostraba no solo sin miedo, sino casi arrobado en tranquilo éxtasis ante este primer ejemplar de perro, y hasta de fauna, que se le aparecía en la creación.

—¡Giuseppe! ¡Mia quién está aquí! Blitz, dile algo a Giuseppe, que esta fiesta es pa él. ¡Ahó, Blitz! ¿Me has entendido? ¡Dile algo!

—¡Uj, uj! — soltó Blitz.

—Uuuuujin... — soltó Giuseppe.

Era el triunfo de Nino. Su carcajada, fresca y arrolladora como una

girándula, lo derribó incluso por el pavimento, con una mezcla de brincos y cabriolas con Blitz. Hasta que, para reposar pacíficamente, fue a sentarse al borde de la cama, sacando del bolsillo trasero de los pantalones un cigarrillo aplastado y mísero.

—Solo me pude comprar dos Nazionali — dijo, ocultando con dificultad cierto pesar y chupando el pitillo con aire depravado— porque no me llegaba la pasta pa una cajetilla. Y de helaos, na... Total, se hubieran disuelto por las escaleras. — Para sí, realmente, un cucurucho, aunque pequeño, se lo había agenciado, tomándose lo *in situ*. Pero omitió este detalle, que no concernía a Ida—. Con el resto, pagué el collar y la correa pa él —añadió, soberbio.

Y se dobló sobre Blitz (que mientras tanto se había tumbado a sus pies) para soltarle la correa:

—Es cuero de veras, nada de nacional — se jactó—, es de lujo.

—Entonces vete a saber CUÁNTO costará...

—¡Para el carro, no es nuevo! Lo compré usado, al quiosquero, que me lo vendió de ocasión. Era de su cachorro, que ya ha crecido y está en el campo, en Tívoli. ¿No te acuerdas de aquel perro pequeño que de vez en cuando se meaba encima los periódicos? ¿Cómo? ¿No te acuerdas? ¡Si te lo he enseñao diez mil veces! ¡Un perro de raza! ¡Un lobo alsaciano! Y aquí, en la chapa del collar, ha quedao su nombre: LUPO; pero ahora lo borraré con un clavo; si no, se nota enseguida que es usada. Porque Blitz, de raza, no es perro lobo.

—¿Y de qué raza es, este chucho?

—Raza bastarda.

La casual palabra estremeció a Ida, quien se ruborizó inmediatamente y con una involuntaria mirada espió hacia la camita como si la criatura pudiera haberla oído. A su vez, entonces, Nino concibió este pensamiento: «¡Claro! También Giuseppe es bastardo. ¡En esta casa viven dos bastardos!», dedujo, alegrándose muchísimo con el descubrimiento.

Pero entretanto, habiéndose metido una mano en el bolsillo para buscar el clavo, encontró una última adquisición, que casi se le había olvidado:

—¡Ahó, Blitz! — exclamó—. ¡Me se olvidaba que te conseguí cena! ¡Hala, a llenar la andorga!

Y sacando un repugnante envoltorio de mondongos, los echó al suelo delante del perro, que, como un prestidigitador, los hizo desaparecer de inmediato.

Nino lo remiraba orgulloso.

—La raza de Blitz — prosiguió, sonriendo con otro hallazgo que lo apasionaba— se llama también «raza estrellada». ¡Blitz! ¡Enséñanos ese dibujo tan chulo de estrella!

Y Blitz, prestamente, se volvió patas arriba. Por debajo, como por encima y hasta el rabo, era todo de un color parejo: marrón oscuro, salvo en el centro de la barriga, donde tenía una manchita blanca, irregular, de dibujo más o menos estrellado. Esta era su única belleza y especialidad, aunque visible solo cuando se ponía patas arriba. Y estaba tan contento de exhibirla, que se habría quedado aún, estático, en esa posición si Nino no lo hubiera enderezado haciéndole cosquillas con un pie.

Pero Iduzza no participaba en el espectáculo, confusa aún por la palabra «bastardo». Sus ojos acobardados, que no habían mirado siquiera la estrella de Blitz, cayeron sobre el papel grasiento de los mondongos, vacío en el suelo. Tal visión brindó a la pecadora Ida otro objeto de distracción y desahogo...

—Y así, ahora — se rebeló, con dramática amargura—, tendremos alguien más, aquí en casa, que quiere comer... ¿Quién va a darnos una cartilla para él?...

Nino se puso torvo; y a ella ni le contestó. Se volvió hacia el perro, en cambio y, con la cara pegada a su morro, le dijo, en confianza e íntimamente:

—Ni caso de lo que dice esa tía; en ti ya pienso yo, con mis amigotes, y no te dejaremos reventar de hambre, pues estar seguro. Y, astora, ¿quién ta dao de comer? ¡Díselo a toos, que no necesitamos pa ná su mierda de manduca!

—¡Aaah! — terció de nuevo, con un desesperado suspiro, Iduzza—, ahora se lo enseñas al perro, ese léxico zafio e indecente. Y así te preparas para enseñárselo a tu hermano...

Ante esta última palabra fatal salida de su boca, se tambaleó como bajo una paliza. Y anonadada, con los movimientos de un pobre animal, se dio media vuelta para recoger del suelo el papelote grasiento, sin atreverse ya a dirigirse a Ninnarieddu.

Pero este ni siquiera notó la palabra, tan natural le resultaba. Replicó en cambio, animoso y radiante:

—¡Estamos en Roma y hablamos en romano! ¡Cuando estemos en París (¡y pronto pienso darme un garbeo, ora que París es nuestra!) hablaremos parisién! Y cuando estemos en Hong Kong, en el próximo crucero, hablaremos congués. Te lo pues creer, ¡no me quedo aquí en Roma! Daré la vuelta al mundo como por mi barrio, ¡e iré en avión y en coche de carreras, de a pie, ná! ¡Cruzaré el Atlántico y el Pacífico, y me llevaré conmigo a Blitz! ¡Y amos a dar la vuelta al mundo sin escalas! Iremos a Chicago, a Hollywood, y a Groenlandia, ¡y a la estepa a tocar la balalaika! ¡Iremos a Londres, a Saint-Moritz y a Mozambique! Iremos a Honolulú y al Río Amarillo... y... y... ¡Y me llevo también a Giuseppe, conmigo! Giuseppe, ¡ahó, ahó!, ¡a ti también te llevaré!

Giuseppe se había dormido otra vez, sin oír nada de aquel grandioso programa. Y en el silencio subsiguiente, entre Ninnarieddu e Ida, que aún le daba la espalda, se desarrolló un mudo diálogo final, acaso no enunciado ni siquiera en sus mentes, pero que sus personas expresaban con elocuente claridad.

La espalda de Ida, con su vestido de seda artificial ajado por el sudor, flaca y cargada de espaldas como una viejecita, le decía a Nino:

—Y a mí, ¿no me llevas?

Y el rostro ceñudo de Nino, con los ojos extraviados y la boca violenta y dura, respondía:

—¡De eso ná! ¡Aquí te quedas!

Giuseppe, al igual que había sido precoz al nacer, también desde el principio se reveló precoz en todo. A las consabidas etapas naturales que marcan el avance de los lactantes por el itinerario de las experiencias, llegaba siempre adelantado; y con tanto adelanto (al menos para los tiempos de entonces) que a mí misma me costaría creerlo si no hubiera compartido, en cierto modo, su destino. Parecía que sus pequeñas fuerzas tendieran todas juntas, con grande y urgente fervor, hacia el espectáculo del mundo al cual acababa apenas de asomarse.

Pocos días después de haber descubierto su existencia, Ninnuzzu no resistió a la tentación de revelarla a dos o tres amigos íntimos, presumiendo con ellos de tener en casa un hermanito que era todo un récord: de una pequeñez tal que resultaba cómica, pero en cambio con ojos grandísimos, que ya charlaban con la gente. Y esa misma mañana, aprovechando la ausencia de Ida, llevó a los amigos a casa para presentárselo. Subían cinco, incluido Blitz, que ahora seguía a Nino a todas partes, como si fuese la mitad de su alma.

Por las escaleras, uno de los amigos, un muchachito burgués, expresó su perplejidad por aquello del hermano que Nino anunciaba, cuando se sabía que su madre llevaba muchos años viuda. Pero, desdeñoso por su cortedad mental, Nino le replicó:

—¡Bah! ¿Es que los hijos se tienen solo con los maridos? — con

naturalidad tan absoluta que todos a coro se rieron de aquel principiante (¿o maligno?), dejándolo corrido.

Por si acaso, todavía en la escalera, Nino, bajando la voz, les advirtió que este hermano era un clandestino, de quien no se debía hablar con nadie, porque si no su madre alborotaba: tenía miedo de que la gente la creyese una arrastrada. A lo cual los amigos, como conspiradores, prometieron guardar el secreto.

En cuanto entraron en el dormitorio se quedaron más bien decepcionados, pues Giuseppe en ese momento dormía y, así dormido, quitando su pequeñez de auténtico pigmeo, no presentaba nada de extraordinario; más aún: tenía los párpados, como en general los recién nacidos, todavía rugosos. Pero de pronto los abrió, y solo con ver en su cara del tamaño de un puño aquellos ojos grandes y muy abiertos que se volvían a los cinco visitantes como a una única maravilla, todos se regocijaron. Hasta que, alegre con la compañía, Giuseppe, por primera vez en su vida, echó una sonrisita.

Al poco rato los visitantes escaparon, temerosos de ser sorprendidos por la madre. Pero Nino esperó impaciente su regreso, adrede, para anunciarle estrepitosamente la novedad.

—¿Sabes una cosa? ¡Giuseppe ha echao una sonrisa!

Ella se mostraba escéptica; Giuseppe, dijo, aún no tiene edad de sonreír; las criaturas no aprenden a sonreír antes del mes y medio, o de cuarenta días, por lo menos.

—¡Ven y verás! — insistió Nino, y la arrastró al dormitorio, meditando algún electrizante hallazgo que indujese a su hermano a repetir su proeza.

Pero no hubo necesidad porque Giuseppe, solo con verlo, como en una cita, sonrió por segunda vez. Y desde entonces en cuanto veía a Nino, aunque un momento antes estuviera llorando, enseguida le echaba aquella sonrisilla

fraternal, que luego no tardó en transmutarse en una verdadera carcajada de acogida y satisfacción.

La escuela había empezado ya hacía tiempo, y desde la mañana temprano la casa permanecía desierta. El mismo Blitz, en efecto, locamente enamorado de Nino como estaba, no se contentaba con ir siempre detrás de él, y a sus excursiones, a donde fuera, sino que lo esperaba en la verja, mientras estaba en el instituto o en los ejercicios premilitares. Tanto que Nino lo proveyó también de un bozal, temeroso de que los laceros, si pasaban por allí, se lo llevaran como a un perro sin amo. Y mandó grabar en el collar: BLITZ - PROPIETARIO NINO MANCUSO, con la dirección completa.

A veces, las mañanas (más bien frecuentes) que Nino hacía novillos, al pasar cerca de casa (y también por el gusto de infringir las prohibiciones maternas), se presentaba de nuevo, con algún compañero, a ver a Giuseppe. Eran visitas rápidas, pues los chavales, y Nino en especial, tenían demasiada prisa por correr hacia las diversas atracciones de su vacación fraudulenta; pero eran siempre una fiesta, sumamente fascinante por la infracción y el misterio. La temperatura era aún benigna, y Giuseppe, en su camita, estaba completamente desnudo; pero él no conocía la vergüenza. Su único sentimiento era el anhelo de expresar a los visitantes su contento al recibirlos, que era infinito, como si cada vez en él se renovase la ilusión de que aquella brevísima fiesta durara eternamente. Y con la pretensión casi loca de expresar con sus medios misérrimos aquel contento infinito, Giuseppe multiplicaba, todos a una, sus tímidos pataleos, sus miradas encantadas, sus vagidos, sonrisas y risitas; pagados con un carrusel endiablado de saludos, monerías y algún cumplido o besito. En estas ocasiones, Nino no dejaba de alardear, honrado y jactancioso, de las diversas especialidades de su hermano: haciendo notar, por ejemplo, que, aunque pequeño, ya era un verdadero macho, con su pilila perfecta y enterita. Y que no lloraba casi nunca, aunque

ya emitía sonidos especiales, distintos uno de otro y entendidos estupendamente por Blitz. Y que en manos y pies tenía todas las uñas, veinte, bien formadas aunque imperceptibles, que la madre ya le cortaba, etcétera. De repente, tan de improviso como habían llegado, los visitantes salían pitando todos juntos, inútilmente invocados por el llanto excepcional de Giuseppe, que los seguía por las escaleras y se apagaba solitario e inconsolable.

En los primeros tiempos, Ida, en cuanto terminaba las clases, debía correr jadeante a casa para amamantarlo, siempre con retraso. Pero pronto aprendió a arreglárselas solo, con un biberón lleno de leche artificial que ella le dejaba durante sus ausencias más largas. Y él, fiel a su intención de no morir, chupaba cuanto podía. No crecía mucho, pero se había redondeado bastante, hasta tenía alguna rosquilla de grasa en brazos y muslos. Y a pesar de su segregación, había cogido un colorido rosa que iluminaba aún más sus ojos. Estos, en el interior del iris, eran de un azul más profundo, como de noche estrellada; y todo alrededor, en cambio, eran de un color de aire celeste claro. Su mirada siempre atenta y elocuente, como en un diálogo universal, era toda una diversión. Su boca desdentada, de labios salientes, buscaba los besitos con la misma demanda ansiosa con que buscaba la leche. Y su cabeza era negra; aunque no rizada como la de Nino, sino con mechoncitos lisos, húmedos y lustrosos, como los de ciertas ánades migratorias conocidas con el nombre de «moritas». Entre sus muchos mechones, además, ya desde entonces, había uno más petulante, en el mismo centro de la cabeza, siempre tieso, como un signo de admiración, y que no se dejaba peinar hacia abajo.

Prontísimo aprendió los nombres de la familia: Ida era «ma», Nino era «ino» o bien «aié» (Ninnarieddu) y Blitz era «i».

A Blitz, mientras tanto, se le había planteado un dilema casi trágico. Como con el paso del tiempo Giuseppe y él se entendían cada vez mejor,

dialogando y jugando juntos por el suelo con inmensa diversión, se encontró perdidamente enamorado no solo de Nino, sino también de Giuseppe. Pero Nino andaba siempre por ahí, y Giuseppe estaba siempre en casa, por lo cual le era imposible vivir perennemente en compañía de ambos amores, como hubiese querido. Y por consiguiente, ya con el uno, ya con el otro, siempre lo desgarraba una añoranza; y si se encontraba con el uno, bastaba citar el otro nombre, o un olor que le recordase al otro, y de inmediato su nostalgia, como una banderita a contraviento, se tendía hacia atrás. A veces, mientras hacía de centinela junto al instituto en sus larguísimas esperas de Nino, empezaba a olfatear hacia el cielo, como si una nube le hubiese traído un mensaje, con un gañido quejumbroso, al acordarse del encarcelado Giuseppe. Durante unos minutos lo destrozaba una pugna, tironeando de él simultáneamente hacia dos partes contrarias; pero al final, superada la incertidumbre, salía disparado hacia la casa de San Lorenzo, con el largo bozal hendiendo el viento como una proa. Llegado a la meta, encontraba la puerta cerrada, desgraciadamente; y por mucho que, con sus voces amortiguadas por el bozal, llamase apasionadamente a Giuseppe, todo era inútil; pues Giuseppe, aunque oyéndolo y derritiéndose en su habitación solitaria de ansias de dejarlo pasar, no estaba en condiciones de hacerlo. Entonces, resignado a su destino de esperar fuera de las puertas, Blitz se tumbaba allí fuera, en el suelo, donde, a veces, paciente en exceso, se quedaba dormido. Y quizá tenía un sueño de amor que le traía una reminiscencia de Nino; el caso es que, al rato, se sacudía el sueño, y saltando escaleras abajo con gañidos desesperados, desandaba el camino de antes hacia el instituto.

Nino no estaba celoso de este doble amor; no lo consideraba una traición, más bien un halago, a causa de que al valor asignado por él casi a la par a Giuseppe y a Blitz correspondían ambos con auténtico entusiasmo. Grandiosamente, al contrario, él mismo (si por ejemplo iba al cine o a una

concentración, o a cualquier sitio donde el perro constituyera en cierto modo un estorbo) incitaba ciertos días a Blitz a quedarse en casa con Giuseppe para hacerle compañía. Esto constituía una suerte inolvidable para Giuseppe; y quizá fue en aquellos primitivos días con Blitz cuando aprendió el lenguaje de los perros, que, con otros idiomas de animales, seguiría siendo una valiosa adquisición mientras vivió.

Pero, quitando esta suerte eventual, Giuseppe nunca tenía compañía. Tras los primeros tiempos, pasada la novedad, Nino espació las visitas con sus amigos y cómplices, hasta abandonarlas definitivamente. Y otra gente no iba por la casa. Ida no tenía parientes ni amigos, nunca había recibido visitas; ni mucho menos las recibía ahora, cuando debía esconder aquel escándalo.

Cuantos encontraba en la vecindad o por el barrio eran unos extraños para ella, y entre ellos, como entre sus otros conocidos de Roma, nadie parecía aún haber descubierto su secreto. A sus espaldas, en verdad, y por la intemperancia de Nino, en el mismo edificio había al menos un par de chavales que lo conocían; pero estos, fieles a la palabra dada, habían callado incluso con su familia (de tanta mejor gana porque así, no compartida por los adultos, la custodia del misterio proporcionaba un doble placer).

Es cierto también que en todo el círculo de amigos de Nino la noticia del secreto, como era fatal, se iba esparciendo, y hasta demasiado, pero tardaba de momento en salir de aquel círculo o pandilla. Es preciso decir que en realidad la gente, con el avance de la guerra, tenía muchas otras cosas en qué pensar y se había vuelto menos curiosa. Y por otra parte, en Roma, y en el barrio de San Lorenzo, el nacimiento de un pobrecito bastardo (aun cuando fuera hijo de una maestra) ¡ni siquiera en los viejos tiempos hubiera sido una noticia tan estrepitosa como para sacarla en pasquines o propagarla a bombo y platillo!

En conclusión, Giuseppe seguía creciendo (es un decir) siempre como un

proscrito cuyo escondrijo solo conocían distintos chavales de diversa ralea y de distintos barrios, en una red de complicidades que extendía sus mallas a través de la ciudad de Roma, a lo largo y a lo ancho. Quizá también entre los perros de Roma empezara a difundirse el secreto, pues Blitz, durante sus esperas de Nino, charlaba a menudo con perros de paso y callejeros; y una vez, en una de sus carreras nostálgicas a la casa de San Lorenzo, llegó allí en compañía de otro perro, bastardo como él aunque mucho más seco y de aspecto ascético, que se parecía a Mahatma Gandhi. Sin embargo, como de costumbre, tampoco aquella vez nadie pudo abrir la puerta, y los dos se marcharon juntos, pero en direcciones diferentes, perdiéndose luego de vista para siempre tras aquel único encuentro.

... 1942

Enero-febrero

«Conferencia de Wannsee» para la planificación racial (diezmado de las razas inferiores por medio de trabajos forzados e inanición, separación de sexos, «tratamiento adecuado», etcétera).

En el Pacífico y en todo Extremo Oriente, grandes éxitos de los japoneses que, ya dueños de Indochina y gran parte de China, avanzan velozmente hasta amenazar las posesiones británicas de la India.

El dirigente nacionalista Chang Kai-Chek es nombrado comandante de las tropas aliadas en China, donde la guerra contra el invasor japonés dura desde 1937.

Arduas acciones defensivas del CSIR (Corpo di Spedizione Italiano in Russia), desprovisto de armamento apropiado y de equipos aptos para la campaña invernal.

Asignaciones extraordinarias para la producción bélica en Estados Unidos (programados treinta y cinco mil cañones, setenta y cinco mil tanques y ciento veinticinco mil aviones).

En el norte de África, los italo-alemanes vuelven a ocupar Bengasi, capital de la Cirenaica.

Marzo-junio

Puesta en funcionamiento de la «cámara de la muerte» en el campo de concentración nazi de Belsen.

En una reunión del Reichstag en Berlín, se le confieren oficialmente a

Hitler (quien ya ha asumido personalmente el mando supremo del ejército) plenos poderes con derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos germánicos.

Se inicia la gran ofensiva de la aviación inglesa, que adopta la táctica (ya aplicada por Alemania) del *area bombing*, o sea, incursiones nocturnas sin objetivos específicos, con toneladas de explosivos y bombas incendiarias para saturar áreas civiles edificadas. Acciones de represalia por parte alemana.

En el Pacífico, la flota de Estados Unidos derrota en dos batallas a los japoneses.

En el norte de África, las fuerzas italo-alemanas contraatacan y reconquistan a costa de enormes pérdidas los territorios ya perdidos, llegando hasta El Alamein, en territorio egipcio.

Julio-agosto

Entre los últimos productos de la industria bélica mundial están en rodaje los bombarderos cuatrimotores Fortalezas Volantes y Liberator, fabricados en Estados Unidos, donde sin embargo se rechaza actualmente, por consideraciones humanitarias, la idea del *area bombing* o bombardeo indiscriminado de centros de población civil.

Para reforzar las tropas alemanas que luchan en el Don, Italia envía a Rusia un nuevo cuerpo expedicionario (ARMIR), compuesto por los mejores hombres del país (en gran parte infantería de montaña, los «alpinos»), pero lastimosamente desprovistos de medios, no solo para el ataque y la defensa armados sino para la elemental supervivencia.

En el Volga, los alemanes asedian Stalingrado, donde se combate casa por casa entre las ruinas.

Una nueva detención del Mahatma Gandhi y de los miembros del

Congreso, obra de los ingleses, provoca en la India tumultos y sangrientas represiones.

Desembarco frustrado de los ingleses en Dieppe, en el canal de la Mancha. Casi todos muertos.

Septiembre-octubre

En el Volga, los alemanes, pese a la desesperada resistencia de los soviéticos, ocupan las ruinas de Stalingrado.

En el norte de África, los ingleses reanudan la ofensiva, arrollando a los italo-alemanes que, derrotados en El Alamein, se retiran hacia Trípoli, mientras los estadounidenses preparan un desembarco en su retaguardia.

Noviembre-diciembre

En Rusia, gran ofensiva de los soviéticos, que irrumpen en todo el frente y atacan a los alemanes bloqueados en Stalingrado.

En el norte de África, los ingleses vuelven a ocupar Bengasi, capital de Cirenaica.

En Europa se intensifica la guerra aérea, con total destrucción de ciudades ilustres y monumentales y estragos entre la población civil. En las informaciones se repite normalmente el concepto «bombardeo de alfombra». En estas operaciones participan actualmente también los estadounidenses, con los recientes productos de su industria bélica (Liberator, Fortalezas Volantes, etcétera).

En Grecia, donde, entre las secuelas de la guerra y la ocupación, las muertes por hambre se cuentan por cientos de miles, se registran, por parte de algunos grupos, tentativas de resistencia organizada contra el Eje.

En Italia, repetidas incursiones aéreas sobre las ciudades de Genova,

Nápoles, Turín y otros centros menores. Se calculan mil seiscientas toneladas de explosivos sobre Italia Septentrional en el curso del otoño.

En Estados Unidos, el laboratorio de Chicago ha puesto en marcha el día 2 de diciembre el primer reactor nuclear, obteniendo una reacción en cadena (fisión del isótopo del uranio U 235)...

*A la rueda rueda
el castillo impera
castillo y palacio
el sol en el saco.
Sal de ahí, sol, sal,
que mamá te busca,
tíranos hogazas
para las muchachas,
tira bizcochitos
para nuestros niños,
tíranos palmeras
para las solteras.
Me he hecho un sombrero de flores.
«¿Y cuándo te lo pondrás?»
Cuando tenga amores.
Me he hecho un sombrero de moda.
«¿Y cuándo te lo pondrás?»
El día de mi boda.
Voy de paseo con dos carretelas.
«Buenos días, señor Dueño.»
Voy de paseo con dos banderas.
«Saludos, Caballero.»
Y tirulí, tirulá,*

azúcar, nata y acabo ya.

(Canción popular infantil)

El primer invierno de su vida, como antes el otoño, Giuseppe lo pasó en total clausura, aunque su mundo se hubiese ampliado poco a poco del dormitorio al resto del piso. Con el mal tiempo, todas las ventanas estaban cerradas; pero, incluso con las ventanas abiertas, su vocecita se habría perdido en cualquier caso entre los ruidos de la calle y el vocerío del patio. El patio era inmenso, ya que el edificio comprendía diversas escaleras, de la escalera A a la escalera E. La casa de Ida se encontraba en el 19 interior de la escalera D, y, al estar en la última planta, no tenía vecinos directos. Además de la suya, en efecto, a aquel descansillo solo daba otra puerta, más arriba, que llevaba a los depósitos de agua. Y para Ida, en sus circunstancias, esta era una suerte.

Las habitaciones del 19 interior de la escalera D eran, para Giuseppe, todo el mundo conocido; más aún: la existencia de otro mundo exterior debía de ser, para él, vaga como una nebulosa, ya que, todavía demasiado pequeño para llegar a la ventana, desde abajo no veía sino el aire. Sin bautizar, ni circuncidar, ninguna parroquia se había preocupado por rescatarlo; y el estado de guerra, con la creciente confusión de las órdenes, favorecía su destierro de la creación.

En su precocidad, pronto aprendió a andar por la casa sobre las rodillas y las manos, a imitación de Blitz, que acaso fue su maestro. La puerta de entrada, para él, era la última barrera del universo, como las Columnas de Hércules para los antiguos exploradores.

Ahora ya no estaba desnudo, sino arropado, para protegerse del frío, en varios andrajos de lana que lo hacían parecer un poco más redondo, como los cachorros con su pelambre. El dibujo de su rostro se precisaba con evidencia. La forma de la naricita comenzaba a perfilarse, recta y delicada; y los rasgos, aun en su menudez, recordaban ciertas pequeñas esculturas asiáticas. Decididamente, no se parecía a nadie de la parentela; salvo en los ojos, casi gemelos de aquellos otros ojos lejanos. Gemelos en la factura y el color, pero no en la mirada. La otra mirada, en efecto, había aparecido terrible, desesperada y casi atemorizada; y esta en cambio era confiada y festiva.

Jamás se había visto criatura más alegre que él. Cuanto veía a su alrededor le interesaba y lo animaba gozosamente. Miraba regocijado los hilos de lluvia fuera de la ventana, como si fuesen serpentinas y estrellas fugaces multicolores. Y si, como suele ocurrir, la luz solar, llegando indirecta al cielo raso, le llevaba, reflejado en sombras, el movimiento mañanero de la calle, se apasionaba por él sin cansarse nunca; como si asistiese a un espectáculo extraordinario de malabaristas chinos representado en exclusiva para él. Diríase, en verdad, por sus risas, por el continuo iluminarse de su carita, que no veía las cosas reducidas a sus aspectos usuales, sino como imágenes múltiples de otras cosas cambiantes hasta el infinito. No se explicaba, si no, cómo el escenario miserable y monótono que la casa le ofrecía cada día le proporcionaba una diversión tan variada, e inagotable.

El color de un trapo, de un papelote, suscitando delante de él, por resonancia, los prismas y las escalas de las luces, bastaba para arrobarlo con una risa de estupor. Una de las primeras palabras que aprendió fue «ttelas» (estrellas). Pero llamaba «ttelas» también a las bombillas de la casa, a las desvalidas flores que Ida traía de la escuela, a las ristras de cebollas colgadas, hasta a las manijas de las puertas, y a continuación también a las golondrinas. Después, cuando aprendió la palabra «dondinas» (golondrinas) llamaba

dondinas también a sus calcetincitos tendidos a secar en una cuerda. Y al reconocer una nueva ttela (que a lo mejor era una mosca en la pared) o una nueva dondina prorrumpía cada vez en una gloria de risitas, llenas de contento y cordialidad, como si se encontrase con una persona de la familia.

Las propias formas que provocan, en general, aversión o repugnancia suscitaban en él solo atención y una transparente maravilla, al igual que las otras. En las desafortunadas exploraciones que hacía, andando a cuatro patas, en torno a los Urales, la Amazonia y los Archipiélagos Australianos, que eran para él los muebles de la casa, a veces ya no sabía dónde estaba. Y lo encontraban debajo del fregadero de la cocina, asistiendo extasiado a una ronda de cucarachas, cual si fueran caballitos en una pradera. Llegó incluso a reconocer una ttela en un escupitajo.

Pero nada tenía el poder de alegrarlo tanto como la presencia de Nino. Parecía que, en su opinión, Nino concentrase en sí la fiesta total del mundo, que en cualquier otra parte se contemplaba dispersa y dividida; representando por sí solo, a sus ojos, todas las miríadas de los colores, y las bengalas de los fuegos, y toda suerte de animales fantásticos y simpáticos, y los juegos malabares de los chinos. Misteriosamente, ¡advertía su llegada desde el punto y hora en que empezaba a subir las escaleras!, y enseguida echaba a correr como podía, con sus medios, hacia el vestíbulo, repitiendo: «Ino, Ino», con un alborozo casi dramático de todos sus miembros. A veces, incluso, cuando Nino volvía a altas horas de la noche, él, dormido, se rebullía un poco al oír la llave y con una sonrisilla confiada llamaba: «Ino».

La primavera del año 1942 avanzaba, entretanto, hacia el verano. En lugar de las muchas lanas, que lo asemejaban a un fardito andrajoso, ahora Ida vistió a Giuseppe con antiquísimos pantaloncitos y camisolas pertenecientes en tiempos a su hermano y malamente apropiados para él. Los pantaloncitos, en su persona, eran como pantalones largos. Las camisolas, estrechadas al

desgaire en los costados pero no acortadas, le llegaban casi a los tobillos. Y en los pies, a causa de su pequeñez, bastaban aún los patucos de recién nacido. Así vestido, parecía un indio.

De la primavera, él conocía solo las dondinas que se cruzaban a millares en torno a las ventanas de la mañana a la noche, las estrellas multiplicadas y más brillantes, alguna lejana mancha de geranios, y las voces humanas que resonaban en el patio, libres y sonoras, por las ventanas abiertas. Su vocabulario se enriquecía de día en día. La luz, y el cielo, y hasta las ventanas, se llamaban «tol» (sol). El mundo exterior, al otro lado de la puerta de entrada, por estar siempre prohibido y vedado por la madre, se llamaba «no». La noche, aunque después también los muebles (ya que pasaba bajo ellos), se llamaban «uro» (oscuro). Todas las voces, y los ruidos, «opes» (voces). La lluvia, «uia», y lo mismo el agua etcétera, etcétera.

Con el buen tiempo, resulta fácil imaginar que Nino hacía novillos cada vez más a menudo, aunque sus visitas a Giuseppe en compañía de los amigos no fueran ya sino un lejano recuerdo. Pero una mañana maravillosamente serena apareció inesperadamente por casa, animado y silboteando con la sola compañía de Blitz; y cuando Giuseppe, asomando por debajo de algún «uro», salió como de costumbre hacia él, le anunció, sin más:

—¡Ahó, macho, amos! ¡Hoy toca paseo!

Y dicho esto, con acción inmediata, se montó a Giuseppe a caballito en los hombros, volando como el ladrón Mercurio escaleras abajo, mientras Giuseppe, en la tragedia divina de la infracción, murmuraba una especie de cantilena exultante:

—No... No... No.

Sus manecitas estaban cerradas quietamente dentro de las manos de su hermano; sus piecitos, bamboleantes con la carrera, colgaban sobre el pecho del otro, ¡hasta percibir la violencia de la respiración, estremecida al

liberarse de las leyes maternas! Y Blitz les iba a la zaga, abrumado por su doble felicidad amorosa, hasta el punto de desaprender el paso y rodar como un bobo por los peldaños. Los tres salieron al patio, cruzaron el zaguán; y nadie, al pasar, se adelantó a preguntarle a Nino: «¿Quién es ese crío que llevas?», como si por milagro el grupito se hubiera vuelto invisible.

Así Giuseppe, recluso desde su nacimiento, hacía su primera salida al mundo, ni más ni menos como Buda. Pero Buda salía del jardín esplendoroso del rey su padre para encontrarse, una vez fuera, con los fenómenos abstrusos de la enfermedad, la vejez y la muerte; mientras que cabe decir que para Giuseppe, al contrario, el mundo se abrió, ese día, como un verdadero jardín esplendoroso. Aunque la enfermedad, la vejez y la muerte, por azar, pusieron en su camino sus simulacros, ni cuenta se dio. De cerca, inmediatamente bajo sus ojos, lo primero que veía, a lo largo del paseo, eran los rizos negros de su hermano, danzantes en el viento primaveral. Y todo el mundo circunstante, a sus ojos, danzaba al ritmo de los rizos. Sería absurdo citar aquí las pocas calles por donde pasaron, en el barrio de San Lorenzo, y la población que a su alrededor se movía. Aquel mundo y aquella población, pobres, afanosos y deformados por la mueca de la guerra, se desplegaban a ojos de Giuseppe como una múltiple y única fantasmagoría, cuya semejanza no podía expresar ni siquiera una descripción de la Alhambra de Granada, o de los vergeles de Shiraz, ni acaso del Paraíso Terrenal. Durante todo el camino Giuseppe no hizo sino reír, exclamando o murmurando, con la vocecita veteada por una emoción extraordinaria:

—Dondinas, dondinas... ttelas... tol... dondinas... uia... opes...

Y cuando por fin se detuvieron en una mísera explanada de hierba, donde dos entecos árboles urbanos habían echado raíces, y descansaron sentados en la hierba, la felicidad de Giuseppe ante aquella belleza sublime mudó casi en miedo, y se aferró con ambas manos a la camisa de su hermano.

Era la primera vez en su vida que veía un prado, y cada tallo de hierba le parecía iluminado por dentro como si contuviera un hilo de luz verde. Y las hojas de los árboles eran centenares de bombillas, donde se encendían no solo el verde, y no solo los siete colores de la escala, sino también otros colores desconocidos. Las casas baratas, alrededor de la explanada, en la luz abierta de la mañana, también semejaban encender sus tonos con un esplendor interno, que las plateaba y doraba como altísimos castillos. Las raras macetas de geranios y albahaca de las ventanas eran minúsculas constelaciones que iluminaban el aire, y el mismo viento rítmico y grandioso que mueve las esferas celestes, con sus nubes, sus soles y sus lunas, movía alrededor, por la explanada, a la gente vestida de colores.

Una bandera ondeaba sobre un portal. Una mariposa de la col estaba posada en una margarita... Giuseppe susurró:

—Dondinas...

—No, esa no es una golondrina, ¡es un insecto!, una mariposa. Di: «Mariposa».

Giuseppe esbozó una incierta sonrisa, que dejaba ver sus primeros dientes de leche, brotados hacía poco. Pero no lo supo decir. Su sonrisa temblaba:

—¡Amos, venga! Di: «Mariposa». ¡Ahó! ¿T'has quedao lelo? ¿Y ora qué haces? ¿Lloras? ¡Si lloras, no te vuelvo a sacar de paseo!

—Dondinas.

—¡Dondinas no! ¡Es una mariposa, t'he dicho! Y yo, ¿cómo me llamo yo?

—Ino.

—Y él, este bicho de aquí, con el collar, ¿cómo se llama?

—I.

—¡Muy bien! ¡Este es mi niño! Y esta, entonces, ¿qué es?

—Pasopa.

—¡Qué pasopa ni que ocho cuartos! «¡Mariposa!» ¡Ay, bobo! Y este es

«Árbol». Di: «¡Árbol!». Y aquel de allí es un ciclista. Di: «Ciclista». Di: «¡Plaza de los Sannitas!».

—Pasopa. Pasopa. ¡Pasopa! — exclamó Giuseppe, esta vez adrede para hacer el tonto. Y se rio hasta desternillarse de sí mismo, igualito que un bufón. También Nino rio, y hasta Blitz: todos juntos, como bufones.

—Basta ya de bromas. Ora va en serio. ¿Ves esa cosa que ondea? Es la bandera. Di: «Bandera».

—Dandela.

—Muy bien. Bandera tricolor.

—Addela oló.

—Muy bien. Y ora di: eia eia alalá.[2]

—Lalá.

—Muy bien. Y tú, ¿cómo te llamas tú? Ya es más que hora de que aprendas tu nombre. Sabes tos los nombres del mundo, y el tuyo no lo aprendes nunca. ¿Cómo te llamas?

—...

—«¡Giuseppe!» Repite: «¡Giuseppe!».

Entonces el hermano pequeño se concentró en un momento culminante de búsqueda y logro. Y lanzando un suspiro, dijo con cara pensativa:

—Useppe.

—¡Adelante! Eres un hacha, ¡ahó! Hasta la ese l'has sabio meter. ¡Useppe! Me gusta. Más que Giuseppe, me gusta. ¿Sabes una cosa? Yo, por mi parte, te llamaré siempre Useppe. Ea, monta. Nos piramos.

Y de nuevo a caballito en los hombros de Nino, deshicieron a la carrera el camino andado. El regreso fue más feliz aún que la ida, ya que el mundo, perdida su primera emoción trágica, se había hecho más confidencial. Era, en aquella carrera de Nino, como un tiiovivo de feria, donde, para cumplir la

maravilla de las maravillas, hicieron su aparición, uno tras otro, dos o tres perros, un burro, varios vehículos, un gato, etcétera.

—¡I!... ¡I! — gritaba Giuseppe (o mejor dicho Useppe), reconociendo a Blitz en todos los animales cuadrúpedos que pasaban, brincando, errantes o de tiro, y hasta en los vehículos de ruedas.

Conque Ninnuzzu aprovechó la ocasión para enriquecer aún más su vocabulario con las palabras «automóvil» (momóvil) y «caballo» (baballo); hasta que, harto por hoy de hacer de maestro, lo dejó con sus creaciones fantásticas.

En su segunda salida, que siguió a esta al cabo de unos días fueron a ver trenes a la estación Tiburtina: no solo por la parte de la plaza, dentro de la zona abierta a los pasajeros (momóviles..., uro...), sino también dentro de la zona más especial reservada a los mercancías, a la que se llegaba por una calle en la trasera. En esta zona, una verja impedía la entrada al público normal; pero Ninnuzzu, que contaba con algún conocido entre los empleados, empujó la verja y entró libremente, como en un viejo feudo. Y, en efecto, desde su infancia, aquel rincón del barrio de San Lorenzo había sido una especie de reserva de caza para él y sus amigos trotacalles.

En aquel momento no se encontraba nadie allí (salvo un hombrecillo anciano, con mono de faena, que desde lejos saludó a Ninnuzzu con un ademán familiar). Y el único viajero visible, en los pocos coches allí parados, era un ternero, asomado a la plataforma descubierta de un vagón. Estaba allí quieto, atado a un hierro, asomando apenas la cabeza inerme (le habían extirpado los cuernecitos todavía tiernos); y del cuello, con un cordel, le colgaba una medallita, en apariencia de cartón, en la que estaba quizá marcada la última etapa de su viaje. De esta, al viajero no se le había dado la menor noticia, pero en sus ojos anchos y húmedos se adivinaba una oscura presciencia.

El único que pareció interesarse por él fue Blitz, que al divisarlo soltó un leve y arrastrado gemido; pero mientras tanto, por encima de la cabeza de su hermano que lo tenía alzado sobre los hombros, también Giuseppe lo estaba observando. Y quizá entre los ojos del niño y los del animal se desarrolló un intercambio inopinado, subterráneo e imperceptible. De repente, la mirada de Giuseppe sufrió una mudanza extraña y nunca vista antes, de la cual, sin embargo, nadie se percató. Una especie de tristeza o de sospecha la atravesó, como si una pequeña cortina oscura cayese ante ella; y se mantuvo vuelto hacia el vagón, por encima de la espalda de Ninnuzzu, que ahora, con Blitz, marchaba hacia la salida.

—Baballo... Baballo... — logró decir apenas, con boca insegura, pero lo dijo tan bajito que quizá Ninnuzzu ni siquiera lo oyó, ni se tomó el trabajo de corregirlo.

Y aquí terminó la minúscula aventura. Su paso había sido de duración infinitesimal. Y ya los tres salían a la plaza, donde otra aventura inesperada borró pronto la sombra de la primera.

Pasaba por allí un vendedor de globos; y, divertido con la algazara de su inexperto hermano, Nino gastó casi todo su patrimonio en comprarle uno de color rojo. Entonces cogieron el camino de casa ya no tres, sino cuatro, si contamos el globo, cuyo hilo sostenía Giuseppe con auténtico recelo... cuando de pronto, quizá a unos doscientos metros de allí, sus dedos se aflojaron involuntariamente y el globo se le escapó.

Parecía un drama, pero fue todo lo contrario. En efecto, Giuseppe acogió el suceso con una carcajada de sorpresa y beatitud. Y con la cabeza echada atrás y los ojos en lo alto, dijo, por primera vez en su vida, las siguientes palabras, que nadie le había enseñado:

—¡Está volando! ¡Está volando!

Semejantes paseos en trío se repitieron varias veces, durante todo el mes de

mayo; e inevitablemente la noticia de aquel terceto ameno, que loqueaba por la vecindad, pronto llegó a oídos de Ida. Ahora bien, esta, tras una inicial agitación, se sintió aliviada, como con una solución providencial; pero optando, por inercia, por la no intervención, no le dijo ni una palabra a Nino... Y así aquellas escapadas infantiles discurrían a través de una doble intriga: ya que su principal fascinación para Nino radicaba en el contrabando, e Ida favorecía involuntariamente su fortuna con el silencio.

Pero lo cierto es que también esta novedad significaba otro nudo de la ya enredada madeja de Iduzza. Más que antes, al salir de casa, se apresuraba, como una gata callejera, con las orejas gachas, escabulléndose para evitar a los vecinos y sus preguntas indiscretas que, en verdad, nunca se producían; pero esta ausencia general, inexplicable para ella, en sus sospechas se convertía en una amenaza, aplazada día tras día.

El caso es que el escándalo de su maternidad, tenido todavía por ella como un secreto, ya no era un secreto en absoluto, por aquellos parajes (los compinches de Nino, está claro, habían mantenido su palabra hasta cierto punto); pero, además, para aquellos romanos proletarios tampoco era un escándalo. Nadie tenía ganas de lapidar a la pobre maestrilla, a quien veían siempre corretear solitaria y ajetreada, con sus zapatitos torcidos; y si alguna vecina, al encontrarla por casualidad, mencionaba al criaajo, no era por malignidad, sino más bien para felicitarla. Pero ella se ruborizaba, como si la hubiesen acusado de prostitución ilegal.

Estos encuentros con las vecinas se producían, las más de las veces, mientras hacía cola en las tiendas de comestibles, que estaban cada vez peor surtidas y en general vendían sucedáneos, en vez de productos genuinos. Las raciones de la cartilla se iban reduciendo, mes tras mes, a una insuficiencia irrisoria, mientras que las hambres de Nino lo enfurecían hasta casi transformarlo en un caníbal, dispuesto a comerse a su madre. Los únicos

ciudadanos capaces de comer hasta hartarse eran los más pudientes, que se abastecían en el mercado negro; pero no era este el caso de Ida. Y a partir de entonces se inició su guerra privada por la supervivencia, que iría desarrollándose a continuación, cada vez más feroz.

La mayor parte del tiempo, cuando no estaba en la escuela, lo pasaba a la caza de vituallas; y andaba mendigando también clases particulares, contentándose, en pago, con un sobre de leche en polvo o un bote de conservas, etcétera. Estas jornadas de cazadora la reducían a un estado de lucha primitiva, distrayéndola de todas las demás angustias diurnas que su madre le había transmitido.

También Giuseppe, ahora, quería comer. El pecho de su madre, tras los primeros meses, había agotado su leche, y él, destetado antes de tiempo, ya a finales del invierno se iba habituando a alimentos más viriles. Ella le preparaba papillas de mala muerte, poniendo a hervir en un cacillo cuanto comestible encontraba; y él, lleno de confianza, se alimentaba con estas papillas, arreglándoselas para crecer. Parecía empeñado sobre todo en aumentar un poco de estatura; pero lo poco que había ganado a lo largo lo había perdido a lo ancho; y se veía bastante flacucho, aunque graciosamente formado. Conservaba, no obstante, una cara redonda, con una expresión de salud debida a su carácter alegre. Su piel, que casi desconocía el sol, tenía por naturaleza un tono morenito, calabrés. Y los ojos, que aún no habían visto nunca el mar ni el río, y ni siquiera un espejo de agua, parecían absorber en cambio su color de quién sabe qué profundidades marinas, como los ojos de los barqueros o los marineros.

Por la noche, retirada con él en la alcoba de matrimonio, Ida contemplaba fascinada aquellos ojitos dormidos, tan beatíficos que semejaban ignaros de sueños. Por su parte, en cambio, más aun que el insomnio, que la atormentaba desde hacía algún tiempo, temía los sueños, que empezaron a asaltarla con

inusitada profusión, zarandeándola con peripecias absurdas, como Alicia en el País de las Maravillas. Parecía que el sueño se hubiera convertido en su auténtica vigilia; y acaso sus presentes y largos insomnios le servían inconscientemente para prolongar aquella vigilia quimérica. En cuanto se adormecía, como al derrumbarse una pared divisoria, recomenzaba de inmediato su nocturno viaje laberíntico, sin vacíos ni reposo. Llega a un solar, una especie de periferia, con unas figuras provisionales de construcciones. Ella es la única vestida en medio de una multitud de gente desnuda, de pie, con los cuerpos apretujados unos contra otros sin un espacio de respiro. Y se avergüenza de estar vestida, aun cuando nadie repare en ella. Toda aquella gente parece alucinada, con los rostros yesosos e inmóviles, en una ausencia de miradas y voces, como si todo medio de comunicar con ellos hubiera desaparecido. Llora, de forma que su sollozo altísimo es el único sonido presente; sin embargo, justamente por ser él solo, parece reír...

Pero la carcajada ya no proviene de ella; más aún, alguien, escondido, se ríe de ella, que está sola y muy tiesa, como una marioneta, entre montones de vigas y cascajos. No se ve a nadie, pero bajo los montones se oye un fragor como de miles de dientes que mastican, y por debajo de estos el lamento de una criatura, a quien no puede ayudar, por mucho que se esfuerce, porque sus ademanes son rígidos como si tuviera el cuerpo de madera. Finalmente la carcajada se confunde con el ladrido de un perro, tal vez sea Blitz, que escarba desesperado para liberar a Ninnarieddu y a Giuseppe. Pero en ese momento se encuentra caída en un local subterráneo, donde retumba una música ensordecedora, horriblemente cómica, que la obliga a bailar. Y en el baile ha de enseñar las piernas, pero trata de tapárselas, sabedora de tener ciertas cicatrices infames, que le afean el muslo y la pantorrilla, y por las que será castigada hasta la séptima generación...

En estos sueños de Iduzza aparecían personajes de fama internacional

(Hitler con su bigotito, el Papa con gafas, o el emperador de Etiopía con el quitasol abierto) en una promiscua vorágine social con sus muertos: su madre, muy digna con un sombrero violeta, su padre que se apresuraba con una cartera, y Alfio que partía con una maleta enorme. Con todos ellos se mezclaban personajes del pasado apenas entrevistados: un tipo llamado Silbido, otro llamado Monumento. Y entre tal gentío, retornaba, vete a saber por qué, con torpe y absurda frecuencia, un inquilino actual de la escalera B, llamado Il Messaggero, por haber trabajado, en tiempos, de tipógrafo en este periódico. Era un hombre mayor atacado por la enfermedad de Parkinson, que aparecía de cuando en cuando por el patio, sostenido por su mujer o sus hijas. Caminaba a saltos y entre temblores, pasmado y sin expresión, como un fante, y en la realidad Ida, cuando se lo encontraba, evitaba mirarlo, compasiva; el sueño, en cambio, se lo fotografiaba a plena luz, con una exactitud científica... Y alumnos, colegas y superiores de la escuela, caras familiares o casi desconocidas y congeladas en la memoria, poblaban a miríadas las noches de Iduzza. El único ausente era el amante alemán, ni entonces ni después reapareció nunca en los sueños de su amante.

Cada vez más a menudo, con el transcurso de los meses, sonaban las alarmas nocturnas de las sirenas seguidas de ordinario, al cabo de no mucho, de fragores de aparatos cruzando el cielo. Pero eran siempre aparatos de paso, rumbo a otras partes, y las noticias de otras ciudades italianas bombardeadas no sacudían la confiada pasividad de los romanos. Convencidos de que Roma era una ciudad santa e intocable, los más dejaban pasar alarmas y fragor sin moverse de la cama. Y también Ida se había habituado hacía tiempo a esta costumbre; salvo que las alarmas, en su casa, producían de todas formas cierto desbarajuste.

El principal responsable de ello era Blitz, que siempre se electrizaba con el

sonido de las sirenas y desde la salita-estudio, donde estaba encerrado, iniciaba una llamada febril e ininterrumpida a la familia, y en especial a su dueño Ninnarieddu, quien todavía no estaba de vuelta... Solo después del toque de final de alarma se calmaba por fin, y seguía esperando a su Ninnarieddu en silencio... Pero mientras tanto también Giuseppe, por su parte, se había despertado. Y confundiendo quizá los sonidos de las sirenas con el canto de los gallos o con cualquier otra señal del día, y el despertar nocturno de Blitz con un despertar matutino, suponía llegada ya la hora de levantarse, encaprichándose con esta ilusión.

Entonces Ida, incorporándose a medias entre las sábanas, para incitarlo al sueño le cantaba la famosa nana, cantada en tiempos por su padre a ella misma y luego a Ninnarieddu, con la variante final, adoptada para la ocasión:

*... y compraremos zapatinos
para bailar en San Giuseppino.*

No siempre, sin embargo, la nana de San Giuseppino bastaba para dormir a Giuseppe. Ciertas noches, llegados al último verso, le pedía, insaciable, que le cantase toda la canción desde el principio; y después de esa a lo mejor quería otras, sugiriéndolas él mismo: «Ma, alanjo» (la canción del naranjo) o: «Ma, baco» (la canción del barco). Era un pequeño repertorio calabrés, antiquísimo, transmitido a Ida por su padre. Y ella, a despecho del cansancio, le cogía el gusto a este teatrillo, en el que podía exhibirse como una cantante admirada, retrasando, al mismo tiempo, la hora de los sueños nocturnos. Sentada en el centro de la cama, con el pelo suelto para la noche, repetía dócilmente, a petición:

... Naranjo de mi jardín...

Y vuelve, el barco y gira, el barco.

Desafinaba tanto por naturaleza, que no hacía ninguna distinción de notas entre una y otra melodía. Les ponía a todas la misma música, una especie de cantilena agria e infantil, de cadencias estridentes. Y por eso no se atrevía a cantar en presencia de Ninnarieddu, que ya mayorcito y bastante buen cantor por cuenta propia, no quería ni oírla, hasta el punto de interrumpirla enseguida, con siseos, sarcasmos o silbidos, en cuanto ella, entre las faenas de la casa, iniciaba involuntariamente cualquier motivo.

Giuseppe, en cambio, ignorante y sencillo aún, no la criticaba por su garganta destemplada. Y por lo demás, cualquier música, para Giuseppe, era un placer, hasta las notas hirientes de la radio en el patio, o el campanileo del tranvía. Cualquier música vulgar, en sus orejitas, se desarrollaba en fugas y variaciones de quién sabe qué frescura anterior a toda experiencia. Y hasta los simples sonidos aislados (como los colores) resonaban en su interior con todos sus armónicos, enviando a su atención estética hasta sus más íntimos murmullos... Cuando su hermano Nino (con su voz nueva que se estaba timbrando) cantaba por la casa sus cancioncillas o cancioncejas, se afanaba, fascinado, siguiendo sus menores pasos: ¡igual que hacía, en el célebre cuento, su homónimo Peppe tras la banda real!

Pero tal vez aún más que por las notas, Giuseppe estaba hechizado por las palabras. Se notaba que las palabras, para él, tenían un valor seguro, como si fuesen uno y lo mismo que las cosas. Le bastaba oír casualmente la palabra «perro» para reír a mandíbula batiente, como si de pronto la familiar y cómica presencia de Blitz estuviera allí meneando el rabo delante de sus narices. Y en ocasiones hasta presentía ya en una palabra la imagen propia de la cosa, aunque esta le fuera desconocida, y la reconocía luego al primer

encuentro. Un día, al ver, por primera vez en su vida, un grabado de un barco, exclamó, con un temblor de descubrimiento:

—¡Baco! ¡Baco! (¡El barco! ¡El barco!).

Gracias a los paseos con su hermano, la familia de las cosas se había enriquecido para él, desarrollándose en nuevas ramificaciones naturales. Los muebles y enseres eran casas, trenes. Las toallas, los trapos y hasta las nubes eran «dandelas» (banderas). Las luces de las estrellas eran hierba, y las estrellas eran hormigas alrededor de una miguita (la luna).

Alargaba la mano hacia el grabado del *Hotel des lies Borromées* y a los otros que decoraban la salita, diciendo, estupefacto:

—Plaza... Gente...

Y había aprendido a reconocer a su hermano en el gran retrato colgado en la pared, delante del que nombraba a Ino en voz queda, con perplejidad y arrobo, como Dante al contemplar las figuras talladas en el ribazo.

Ahora, cuando le preguntaban su nombre, respondía muy serio: «Useppe». Delante de un espejo decía al verse: «Useppe». Y la cosa paró en que, además de su hermano, también su madre se habituó a llamarlo con este nombre inédito, que luego se le quedó con todos, para siempre. Y también yo a partir de ahora le llamaré Useppe, pues este es el nombre que siempre le conocí.

En cuanto terminaron las clases acabaron también sus paseos con Nino, porque Nino, por la mañana, dormía hasta pasado el mediodía, pues por las noches regresaba tarde. Pero su madre se había decidido a llevarlo a veces (eligiendo las horas adecuadas) a un pobre y solitario jardincillo no muy alejado. Lo cargaba en brazos, tratando de ocultar la cara con el cuerpecito de él; atemorizada, como si a lo largo del trayecto corriese el riesgo de toparse con el coco. Y llegada al jardincillo, mientras él jugaba por el suelo ella

estaba alerta, sentada en el borde del banco, dispuesta a alejarse intimidada si alguien se acercaba.

Pero estos paseos se desarrollaban, normalmente, a primera hora de la tarde, cuando la canícula desaloja de las calles a todos los seres vivos; y solo una vez una intrusa, a traición, fue a sentarse en el banco, a su lado. Era una viejecita, tan encogida y arrugada que parecía destinada ya a la inmortalidad terrestre, como los papiros de las arenas. Y tenía pinta de mendiga, aunque debía de andar por el mercado del pescado, a juzgar por el penetrante olor a pescado seco irradiado no solo por su bolsa, sino también por sus muchas sayas, que llevaba superpuestas a la manera gitana, y parecían impregnadas de él hasta los más recónditos pliegues. Escudriñó al niño y le preguntó a Ida:

—¿Es suyo?

Y mientras Ida la miraba cerril, sin contestar, observó como para sí, con una compasión cruel:

—Pobre criatura. Es demasiado vivo, para ser tan pequeñito. No aguantará mucho en este mundo.

Y después, dirigiéndose a él, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Con su sonrisilla confiada él contestó:

—Useppe.

—Ah, Peppino. También yo tenía una criatura como tú, así de pequeñita, y también se llamaba Pina. También tenía unos ojillos vivos, como tú, pero negros.

Y sacando de entre las sayas una nuez, que apestaba a pescado seco, se la dejó de regalo. Después se encogió en sus hombros decrepitos, diciendo:

—Hace frío aquí, a la sombra. — Estaban en julio, con una temperatura de treinta y seis grados. Y, cual una lagartija en busca del sol, se marchó a pasitos menudos, como había llegado.

Otra vez, en el mismo jardín, mientras estaba sentado, como de costumbre, en la polvorienta gravilla, Useppe, por el color de una camiseta, creyó reconocer a su hermano en un muchacho que pasaba por la acera de enfrente. Entonces, como arrastrado por una llama de exultación, gritando: «¡Ino! ¡Ino!», ¡se puso en pie hacia aquella visión y dio unos pasos él solo! Y cuando Ida, temerosa de que cayese, se precipitaba hacia él para ayudarlo, él, que entretanto había advertido su equivocación, le mostró una cara maravillada y amarga, como un peregrino del desierto que hubiera perseguido un espejismo, sin siquiera darse cuenta, con el choque de su doble emoción, de que en ese momento, sin ayuda de nadie, había dado los primeros pasos de su vida.

Desde entonces, un día tras otro, y casi totalmente solo, aprendió a andar. Y sus exploraciones por la casa cobraron una nueva y embriagadora dimensión. A menudo chocaba con los muebles o se caía; pero jamás lloraba, aunque a veces se hiciera daño, tanto, que su cuerpo, como el de un héroe, llevaba las heridas de sus hazañas. Cuando caía, se quedaba un rato en el suelo, mudo; después gruñía un poquito y se levantaba; y al cabo de un instante reía, contento como un gorrión que abre las alas.

Ninnarieddu le regaló una minúscula pelota amarilla y roja, explicándole que eran los colores del Roma (el equipo de fútbol) y que por consiguiente la pelota se llamaba también Roma. Era el único juguete que poseía, además de la nuez que le había dado la viejecita, y que él mismo excluyó celosamente desde el principio de los géneros alimenticios, juzgándola una nuez distinta y especial. En casa la llamaban Lazio, para no confundirla con la pelotita Roma, y entre Useppe, Roma y Lazio se desarrollaban auténticos torneos, en los cuales intervenía con frecuencia Blitz y, en los días de suerte, incluso Nino.

Este se había hecho, en verdad, más vagabundo que nunca, y en las pocas

horas que pasaba en casa, solía dormir, tan pacíficamente que ni los continuos torneos de la familia perturbaban su sueño. Sus noches, según declaraba, estaban consagradas a una especie de servicio de patrulla, hecho por avanguardistas mosqueteros, todos escogidos y voluntarios, como él, para vigilar los reglamentos de guerra y en particular el oscurecimiento. Cada vez que una claridad prohibida se filtraba por cualquier ventana o rendija, gritaban a coro desde la calle la amenazadora advertencia: «¡Luce! ¡Luce!». Y, al respecto, contaba cómo se divertían gritando en cambio: «¡Duce! ¡Duce!», aposta, disfrutando con la rima, bajo las ventanas (en realidad perfectamente oscuras) de su profesor de griego, sospechoso de antifascismo.

Esta era la más inocua de las diversas hazañas, entre cómicas y bandidescas, de que se jactaba por entonces y que, sin embargo, podían en parte ser también patrañas. Auténtica, en realidad, era su afición a vagar en aquellas noches de tinieblas, a lo mejor solo, sin meta ni planes: en especial durante las alarmas, cuando las prohibiciones y la prudencia metían a todos en casa. Entonces, la ciudad desierta le gustaba como un coso, donde él toreaba, excitado por los aullidos de sirenas y aviones, tomándose a broma la norma general. Como en un partido, se divertía escapando, con su agilidad, a la vigilancia de las patrullas armadas, a las que a veces desafiaba silbando cancioncillas en los cruces de las calles. Y si estaba cansado de corretear, iba a sentarse en una pilastra o en los escalones de un monumento para fumar un pitillo y mostrar la punta encendida hacia el cielo, aposta, al paso de las escuadrillas aéreas, insultando a voz en cuello a los invisibles pilotos con las más sucias palabrotas de Roma; y concluyendo:

—¡Venga, dispara! ¡Bombardéame! ¡Amos, dispara!

En realidad, ahora se le había metido en la cabeza una manía, y empezaba a impacientarse de estar aún haciendo la instrucción, de día, con los manípulos y escuadras de chavales. Le habría gustado de veras que uno de

aquellos pilotos nocturnos, como en un tebeo de aventuras respondiese a la provocación de su cigarrillo encendido aterrizando con su paracaídas allí, delante de él, para entablar una lucha cuerpo a cuerpo. O que de veras la amenaza suspendida de esas noches tomase cuerpo, convertida en un toro furioso, contra el que dar pruebas de audacia y de una insolencia invulnerable. Saltando a su alrededor, y corriendo bajo sus patas, y volando por encima, y pinchándolo por todas las partes; sin darle tregua, y deslizándose ante él y reapareciendo por dos lados casi simultáneamente hasta multiplicarse ante su pupilas y enloquecerlo, cual si no tuviera enfrente un solo Nino, sino a cien. Y en esta ronda de su locura, traspasarle el pecho; y frente al corpachón agonizante y ensangrentado, volver a convertirse en uno: ¡Yo, Ninnarieddu, el Incólume, el As de la Corrida!

Esta, naturalmente, no es sino una reconstrucción parcial de los misteriosos vagabundeos de Ninnarieddu en esas noches, y no sabría yo dar otras noticias. El caso es que solo a intervalos — y no siempre, como él aseguraba a su familia— se le veía efectivamente de piquete o inspección por las calles de la ciudad con su grupo de camaradas de uniforme. Era este, en efecto, por lo que yo sé, un especial servicio de orden y de honor asignado por turnos, como una ocasión distinguida. Y fue precisamente en una de esas ocasiones cuando el mosquetero Ninnarieddu concibió y puso en práctica una personal hazaña histórica que, por fuerza en esa época, mantuvo oculta, ¡e incluso siguió siendo un misterio de Roma!

Al parecer, durante una serie de noches, a su escuadra le tocó hacer guardia en la zona en torno al Vittoriano, muy cerca del Palazzo Venezia, donde en un salón llamado del Mapamundi tenía su despacho el Duce. Antes de la guerra, el ventanal del Duce que daba a la plaza se veía siempre iluminado para dar a entender al pueblo que el Duce (llamado también el Insomne) estaba allí dentro trabajando ininterrumpidamente, como una Vestal perpetua

que, mientras de noche todos duermen, no dormía jamás. Pero desde el estallido de la guerra, y a causa de las normas de oscurecimiento, también aquel ventanal estaba negro. Todo estaba negro, de noche, por aquellas calles. La negra oscuridad hormigueaba de policías negros, y el propio Ninnarieddu llevaba camisa negra, pantalones negros, gorro negro, etcétera. Ahora bien, una de esas noches, quién sabe cómo, Nino consiguió desviarse él solo por detrás de aquellos edificios históricos, como un mesnadero en correría por el centro del mundo; ¡llevando encima, escondido, un bote de pintura negra con una brocha! Y a hurtadillas, deprisa y corriendo, trazó en el muro con grandes caracteres el siguiente letrero:

VIVA STALIN

No porque le fuera simpático Stalin, quien incluso en esa época le parecía el principal enemigo. Por insolencia, sin más. Le hubiera divertido lo mismo escribir VIVA HITLER en los muros del Kremlin.

Luego, ejecutada la acción, se escabulló prestamente encantado de figurarse el efecto que haría, resaltando sobre el muro con las primeras luces del alba, su obra de arte.

El invierno de 1942-1943 (tercer invierno de guerra en Roma) fue sórdido y famélico. Ida cumplía sus habituales ocupaciones en un estado de entorpecimiento, debido en parte a su escasa alimentación y en parte a ciertos somníferos que había empezado a usar a diario después del último verano. Su composición no era muy distinta de la de los que la habían ayudado en el pasado en sus crisis infantiles; pero ahora le servían para darse algún descanso en sus noches extenuantes. Gracias a estos medicamentos, tomados

después de cenar, actualmente, todas las noches, apenas se metía en la cama se sumía en un largo sueño, en apariencia vacío de pesadillas.

En realidad, creo yo, soñaba; pero las peripecias soñadas transcurrían en un doble fondo ciego de su imaginación, inaccesible a la conciencia. Y esta especie de desdoblamiento le duraba después en la vigilia, todo el día siguiente, en aquel estado suyo de entorpecimiento arrastrado hasta la noche. Había una Iduzza ausente aturullada, casi estática, que asistía a los trabajos de la otra Iduzza: que saltaba de la cama al oír el despertador, iba y venía de la escuela, a sus clases particulares, a sus colas en tiendas, a sus tranvías y sus barrios, sin ninguna norma prefijada... Pero esta segunda Iduzza, aunque fuera la que actuaba, era, extrañamente, la más fantasmal de las dos: como si ella, más que la otra, perteneciese a la estirpe fraudulenta de los sueños nocturnos que se le escapaban, aunque acaso no cesaban de vulnerarla.

Desde que nació Useppe, temerosa de encontrarse con la vieja Ezequiel (informada de su escandaloso secreto), había espaciado un poco sus visitas a la Judería. Se dirigía allí solo en ciertas supremas contingencias económicas, con el fin de vender algún objeto usado de la familia. Pero eran visitas rápidas y casi clandestinas tanto más cuanto que, últimamente, los judíos tenían prohibido su antiguo oficio de ropavejeros, y habían de ejercerlo a escondidas. Tampoco se daba el caso, en aquellas escapadas, de encontrarse con Vilma ni de intercambiar informaciones o charlas. El único noticiario político de Iduzza estaba cegado.

Y así, las últimas noticias de la guerra (bosquejadas apenas por sus reticentes colegas de la escuela) le llegaban principalmente a través de la propaganda de Nino. En África, en Rusia, los nazifascistas se retiraban desastrosamente. Pero tales retiradas, según contaba Nino, eran solo un truco ideado por los mandos del Reich para el gran éxito de la sorpresa final: ¡el arma secreta! Esta, a la que Ninnuzzu llamaba el arma Equis, o Zeta, o

Hache, según la inspiración del día, se estaba ultimando, mientras tanto, en las fábricas subterráneas de Silesia y el Ruhr, y pronto (quizá no más allá de la próxima primavera) estaría lista. Anunciada por la alarma universal de todas las sirenas, en un instante pondría fin a la guerra, con la victoria definitiva del Reich y el advenimiento de su dominación sobre todos los pueblos.

En qué consistía, por lo demás, aquella máquina sublime, y cómo actuaba, era cabalmente un secreto, reservado solo a los jefes: aunque sin embargo Ninnarieddu, con su tono, daba a entender que él también estaba al tanto, y lo ocultaba bajo sus rizados mechones sin, naturalmente, aludir a ello en familia, pues se trataba de un secreto militar.

Solo en ciertos días de tedio se dignaba comunicar triunfalmente que los Altos Mandos del Reich habían presentado un ultimátum a los países enemigos: o rendición total e incondicional, o, en veinticuatro horas, la explosión del arma Equis. Las poblaciones, sin embargo, no debían saber nada, hasta la hora Equis: debía ser una sorpresa para ellas. Y aquí, para imitar la explosión inminente, Ninnuzzu se entregaba a producir con los labios esos indecentes ruidos, de comicidad perversa, que reciben diferentes nombres según las regiones y que parecen embriagar a los chicos de todas las regiones.

En verdad, sus prisas no estribaban en que la guerra terminase, sino más bien en que la guerra comenzase también para él. Le parecía injusto verse privado hasta ahora de esa ocasión excepcional y formidable; marginado, como un paria, en la categoría de los imberbes.

Tanto más cuanto que actualmente ya no era imberbe, y hasta presumía de afeitarse todos los días, utilizando, para la operación, una auténtica navaja de barbero, de larga hoja de acero; que era precisamente la famosa navajita múltiple, de varios usos, dejada por el soldado Gunther a Ida.

Hacía tiempo que Ninnuzzu la había descubierto en el arcón un día mientras registraba la casa en busca de objetos de hierro o de otro metal que ofrecer a la patria (de acuerdo con la invitación del régimen a la población, para fabricar armas de guerra). Y, creyéndola una propiedad de nadie llegada allí quién sabe cómo y cuándo, se apoderó de ella sin dar cuenta a su madre; aunque, en vez de ofrecérsela al Gobierno, se la había quedado.

Una mañana Ida, mientras él se afeitaba, se fijó en aquella navaja vibrante entre sus dedos y, con una reminiscencia instantánea, le pareció reconocerla y se sintió palidecer, pero olvidó indagar sobre esta reaparición inquietante para olvidarla de inmediato, como sus sueños.

La navajita acompañó luego a Ninnuzzu durante muchos meses, en sus sucesivas aventuras; hasta que un día se la robaron, o se perdió.

... 1943

Enero-febrero

En Rusia, el hundimiento del frente del Don, arrollado por los soviéticos, marca el desastroso fin del cuerpo expedicionario italiano. Forzados por los dirigentes nazifascistas a una resistencia imposible, y después abandonados en la derrota sin órdenes, medios, ni dirección, los soldados del CSIR y del IRMIR acaban diseminados e insepultos en la estepa helada.

En el Báltico, tras diecisiete meses de asedio, el Ejército Rojo libera Leningrado. El número de los ciudadanos muertos durante el sitio es de seiscientos treinta mil.

En Stalingrado, rendición definitiva de los alemanes supervivientes en la ciudad cercada por las fuerzas rusas y reducida a un depósito de cadáveres. (A las 14.46 horas del 2 de febrero: «Ningún signo de combate en Stalingrado».)

En África Septentrional, las colonias italianas de Tripolitania y Cirenaica, abandonadas por los italo-alemanes, quedan sometidas a la administración militar aliada.

La resistencia yugoslava contra los ocupantes del Eje se va extendiendo a Grecia y Albania.

Estados Unidos comunica que entre los trabajadores de las fábricas bélicas se cuentan más de cuatro millones de mujeres.

En Alemania, una ordenanza obliga a trabajar en obras para la defensa del territorio a todos los alemanes varones entre dieciséis y sesenta y cinco años y a las mujeres entre diecisiete y cuarenta y cinco.

Marzo-junio

En Italia, por primera vez en el fascismo, tiene lugar una huelga obrera. La huelga, convocada por los trabajadores de la FIAT de Turín, se extenderá a las demás industrias del norte. Se intensifica la organización clandestina de los partidos contrarios al régimen, con especial actividad del Partido Comunista.

En Varsovia, al final de una desesperada revuelta de los supervivientes prisioneros en el gueto, los ocupantes nazis incendian y arrasan el barrio.

Conclusión de la guerra en África, con la rendición definitiva del Eje a los Aliados, los cuales tienen ya abierto el camino hacia Italia.

La táctica naval estadounidense prevalece en el Pacífico contra los japoneses, quienes sufren una serie de derrotas.

Como prueba de que la Unión Soviética renuncia a los planes de revolución mundial y, en favor de la coalición con las Potencias occidentales, Stalin disuelve la Komintern.

Julio-agosto

Nuevas derrotas de las Panzerdivisionen en el frente soviético, y desembarco en Sicilia de las fuerzas aliadas, que rápidamente ocupan la isla. En Roma, los jefes conciertan excluir al Duce con la intención de tratar con los Aliados la salvaguardia de sus propios intereses. Análogo proyecto del rey para salvar su corona. Reunión del Gran Consejo Fascista en la cual, por primera vez en la historia de esta institución, se vota por mayoría contra el Duce. Al recibirlo en Villa Saboya, el rey comunica al Duce su despido y a la salida ordena su detención a los Carabinieri. Tras varios traslados, el prisionero es enviado con una escolta a una localidad aislada del Gran Sasso.

En lugar del destituido Duce, el rey encarga formar Gobierno a Badoglio,

general monárquico del régimen y conquistador de Addis Abeba; este proclama simultáneamente el final del fascismo y la prosecución de la guerra al lado de los nazis, ordenando a las tropas y a la policía reprimir ferozmente todo intento de insurrección popular. Mientras tanto, el general y el rey tratan en secreto con los Aliados, por una parte, y con los alemanes, por otra.

Fiesta en toda Italia por el final de la dictadura, mientras grandes contingentes hitlerianos se agolpan en la frontera, dispuestos a intervenir en la península.

Septiembre-octubre

Firma del armisticio con Italia, anunciado por la radio aliada. El rey de Italia, el Gobierno y el Estado Mayor huyen hacia el sur ya ocupado por los Aliados, abandonando a su suerte al ejército, Roma y el resto de Italia. Por orden del Führer, el prisionero Mussolini es liberado por una formación de paracaidistas hitlerianos, transportados al Gran Sasso a bordo de helicópteros. Encabezada por Mussolini y bajo el control de Hitler, se funda en el norte de Italia la república nazifascista de Salò.

Desbandada del ejército italiano, tanto en la península como en los territorios ocupados por el Eje, donde los regimientos italianos son asesinados por los alemanes o bien deportados a Alemania para trabajos forzados en la industria bélica. Los que consiguen huir buscan la salvación hacia el sur de Italia o se unen a las bandas de guerrilleros locales.

Los Aliados, tras un desembarco en Salerno, paralizan su avance al norte de Nápoles. Por encima de esta línea, toda Italia está bajo la ocupación militar alemana. Empiezan a formarse, en especial en el norte, grupos de resistencia armada contra los ocupantes.

A través de la embajada española, el Gobierno real y badogliano del sur comunica la declaración de guerra de Italia a Alemania, mientras la república

de Saló, en el norte, emite bandos llamando a las armas para la formación de un ejército nazifascista.

Nuevas huelgas obreras en las industrias del norte.

Como en otros territorios ocupados, también en Italia los nazis proceden a la «Solución Final del problema judío».

En Moscú, se decide sustituir la «Internacional», himno oficial de la Unión Soviética, por un nuevo himno en honor a la «Gran Rusia».

Noviembre-diciembre

En Italia, sangrientas represalias de los nazis, coadyugados por las escuadras fascistas, que han vuelto a entrar en acción al servicio de los ocupantes.

En las ciudades y campos del centro y del norte se organiza poco a poco la resistencia armada de los partisanos, coordinada por los partidos clandestinos, y en especial por el Partido Comunista.

Se agota la contraofensiva alemana en Rusia. Violentísimos bombardeos sobre Berlín. Los Tres Grandes (Churchill, Stalin y Roosevelt) se entrevistan en Teherán...

¿Adónde vamos? ¿Adónde nos llevan?

Al país de Pitchipoi.

Se sale estando aún oscuro, y se llega estando ya oscuro

Es el país de los humos y los gritos

Pero ¿por qué nos han dejado nuestras madres?

¿Quién nos dará el agua para la muerte?

Ese año, Nino había crecido mucho. Y el dibujo de su cuerpo se adaptaba a este crecimiento de forma desarreglada, cambiando sin orden ni concierto con efectos de desproporción y desmaña, que, sin embargo, con su duración pasajera, le imprimían otra gracia. Como si la forma de su infancia se sublevase, en una lucha dramática, antes de ceder a su impaciencia por crecer.

Cuando se miraba al espejo hacía muecas furiosas, contempladas por su hermano Useppe (que siempre le andaba detrás) con profundo interés, como en el circo. Su principal motivo de rabia era el vestuario, arreglado y descabalado en la imposible carrera contra el crecimiento. Y, despechado, ciertos días salía camuflado con prendas extravagantes: por ejemplo, una toalla sucia a guisa de bufanda, una vieja manta de lana sobre los hombros y en la cabeza un sombrero medio desfondado de su padre: parecía un cabrero o un bandido. Y era capaz de presentarse incluso en el instituto con este atavío.

Siempre hambriento, hurgaba en el vasar de la cocina y en las cacerolas, llegando a comerse las viandas antes de que terminaran de guisarse, tan obsesionado estaba. Una noche llegó enarbolando como un estandarte, sin siquiera preocuparse de ocultarlo, un enorme pedazo de bacalao, robado, dijo, en la piazza Vittorio, porque le apetecía comer bacalao con patatas. Ida, espantada, con su respeto a las leyes, se negó a guisarlo, diciéndole que lo

devolviera; pero él declaró que, si no lo guisaba, se lo comería crudo, enterito, allí al instante. Entonces Ida, como una mártir, lo guisó; pero no quiso probarlo. Y se lo banquetearon él, Useppe y Blitz, tan contentos.

Este robo tan diestro significó, para él, el descubrimiento de una nueva diversión. Otra noche llegó con un collar de salchichas al cuello, y otra noche con un pollo vivo al hombro, diciendo que se ocuparía él de matarlo y desplumarlo y que Ida lo guisaría luego. Pero como el pollo se reveló de inmediato como un animal cómico y atrevido (que en vez de escapar cantaba, picoteaba en la melena de Nino como si fuera hierba, y jugaba a las cuatro esquinas con Useppe y con Blitz), Nino se encariñó tanto con él que ya no quiso matarlo. Y así, los días siguientes, el pollo se quedó viviendo en casa como un huésped, amenazando a las cucarachas con las alas abiertas, saltando sobre las camas y ensuciándolo todo. Hasta que Ida se decidió a cambiarlo por unas latas de sardinas.

Ahora (además del baldón de ser, ella, una maestra, cómplice casi involuntaria de latrocinios), Ida, cada vez que Ninnuzzu tardaba, perdía el color, pensando que lo habían pillado *in fraganti*. Aunque él decía, precavido, que en tal caso enseñaría el pañuelo negro, con una calavera estampada, que llevaba al cuello, declarándose mosquetero del Duce, autorizado a requisar alimentos.

Esa fue, para Nino, una temporada frenética. El maldito invierno estorbaba sus correrías diurnas y nocturnas por las calles, y ciertas noches, sin dinero para el cine, el chico se veía forzado a quedarse en casa, acostándose pronto. Pero como su hermanito y el perro se dormían antes, él, solo, privado incluso de sus fieles gnomos, no sabía dónde meterse ni como desfogarse hasta la hora de dormir. Tanto era así que se resignaba incluso a charlar con su madre, magnificando locuaz los argumentos de las últimas películas, o la futura era del gran Reich, o el arma secreta, mientras a ella, sentada a la mesa de la

cocina, ya bajo el efecto de los somníferos, se le cerraban los párpados, pesados, y se le bamboleaba la cabeza hasta chocar con el mármol de la mesa. Con su oratoria adolescente, entretanto, él no paraba quieto un instante como si una urgencia irrefrenable quisiera expresarse en todos los músculos de su cuerpo. Ora la emprendía a patadas con un trapo que encontraba entre los pies, y lo pateaba con vehemencia por toda la cocina, como en un campo de fútbol, ora descargaba un puñetazo, y luego otro, al aire, como en un ring... Hasta que, tras un vano silbido dirigido a su madre, y teniendo la prueba de que ella dormía, renunciaba a hablar solo y se marchaba a su habitación, enfurruñado.

Tampoco la lectura de sus revistillas deportivas, o de novelas de aventuras o verdes, lograba ya divertirlo; más aún, aumentaba su frenesí, avivando sus deseos de acción o de hacer el amor. En ese momento, ciertas noches, salía a la calle, aunque lloviera, contando con la suerte para encontrar alguna compañía errante, a lo mejor una ínfima putilla despistada que, por simpatía hacia sus rizos, lo recibiese gratis en su camastro, o bien (si no tenía domicilio fijo) lo siguiese calladita escaleras arriba hasta el sexto piso, al sofá cama. Donde Blitz oportunamente amaestrado para estas eventualidades: los acogía sin emitir sonido alguno, saludando apenas con el rabo.

Pero semejante suerte, que se había presentado, en realidad, en el buen tiempo, y también un par de veces por Navidad, se repetía bastante raramente. Por lo general Ninnarieddu encontraba solo el desierto helado de la lluvia y las tinieblas. Y regresaba solo, empapado, para acostarse de bruces contra la almohada, ¡rabioso por haber de dormirse tan pronto, mientras la vida, con sus lechos de amor, sus bombas, sus motores, sus matanzas, se embravecía por doquier, alegre y sangrienta!

El instituto se le había convertido ya en una coerción inaguantable. Y no pocas veces, por la mañana, en especial los días de mal tiempo, tras haber

respondido rezongando a la usual llamada de Ida, cuando ella se marchaba se daba la vuelta entre las mantas para seguir durmiendo voluptuosamente otras dos horas, al menos, sin preocuparse por las clases perdidas. Cuando después se levantaba (cargado de energías libres y frescas, feliz de haberse tomado unas vacaciones), hasta los inquilinos de abajo cogían miedo, y se dedicaban a protestar golpeando el techo con la escoba. La casa se transformaba en un estadio, un circo, una jungla. La máxima diversión de la mañana consistía en la búsqueda de Roma y Lazio, fatalmente condenadas a desaparecer con el ardor de las competiciones, que en ese punto se convertían en una cacería épica. Arrastraban muebles, tiraban objetos, exploraban, registraban y lo ponían todo patas arriba: hasta que Blitz asomaba polvoriento por cualquier rincón, trayendo entre los dientes las presas recobradas: exultante y aplaudido como un campeón.

Tales desahogos infantiles no agotaban la turbulencia de Nino, al contrario: la exacerbaban, llevándolo a excesos, como una tribu azuzada por sus propios alaridos. En medio de aquellos partidos desordenados, con una alegría furiosa y casi trágica, se lanzaba a correr por las habitaciones, imitando los saltos y rugidos de los leones, de los tigres y de las otras fieras. Luego saltaba a una mesa, gritando:

—¡Atención! ¡Todos contra la pared! ¡Dentro de tres segundos sonará la hora H! Tres..., dos y medio..., dos..., uno y medio..., uno... ¡¡¡HORA H!!! ¡Heil Hitler! — Con tal feroz verosimilitud que hasta Blitz se detenía perplejo, y Ueseppe exploraba el aire, esperándose ver aparecer la famosa HORA H, que para él se identificaba con una especie de «lioplano».

Después de comer, a veces, perseguido por los morros de Ida, Ninnuzzu se sentaba a la mesa para hacer los deberes. Pero enseguida empezaba a bostezar, como si tuviera la malaria. Y mientras hojeara los libros con amarga mirada, como si no supiera qué hacer con ellos, de vez en cuando arrancaba

trozos de página y los masticaba, escupiéndolos enseguida a suelo. Por último, asqueado de aquel martirio absurdo, se levantaba diciendo que antes de ponerse a estudiar necesitaba tomar el aire. Blitz acudía, entusiasmado con la decisión, y hasta la hora de cenar no se les volvía a ver el pelo.

A menudo, no obstante, aunque a regañadientes, renunciaba a la compañía de Blitz para moverse con más soltura en sus acciones; y estas acciones, aunque fueran solo ir al cine o en tranvía, relampagueaban amenazadoras y nefandas en la mente perpleja de Ida. Se le había desarrollado ya, entre otras cosas, un carácter pendenciero. Una vez llegó con los nudillos de la mano derecha ensangrentados y dijo que le había pegado a uno que había insultado al Duce. ¿Y cómo lo había insultado? Había dicho que el Duce era ya un vejete de unos sesenta años.

Otra vez, que regresó a casa con un roto en el jersey, dijo que se había enzarzado por celos. Celos no suyos, sino de otro, novio de una tipa, que tenía celos de él.

En otra ocasión se presentó en casa con un ojo morado. Dijo que se había enfrentado él solo a dos individuos y se habían liado a golpes, uno contra dos. ¿Quiénes eran ellos? ¡Y él qué sabía quiénes eran! Eran los gilipollas que nunca había visto antes, que mientras él pasaba, con el sombrero calado y su manta encima se habían dado un codazo, diciéndose entre sí:

—¡Mia tú, el Negus!

El ojo a la funerala (habiéndole negado Ida el dinero para un par de gafas negras) le sirvió de pretexto para no dejarse ver por el instituto durante unos días. Pero por lo demás, ahora sus ausencias del instituto eran más numerosas que sus presencias; y, por su cuenta y riesgo, él mismo se firmaba las justificaciones con el nombre de su madre. Al director, que por fin lo invitó a presentarse acompañado por su padre o por su madre, en suma, por el cabeza de familia, le explicó que su única familia consistía en un hermanito pequeño,

un perro y una madre viuda (ocupada todo el día como maestra de escuela), y que por tanto el cabeza de familia era él. Después de lo cual, y como quiera que el director (hombre presumido, de blanca cabellera, que alardeaba de modales juveniles y camaradería) era un fascista redomado, que además se llamaba Arnaldo como el hermano de Mussolini, le pidió, lleno de confianza, aprovechando esta conversación, una recomendación para ser admitido enseguida como voluntario en el ejército. Pero el director le contestó que, a su edad, y hasta que la patria lo llamase, su deber de fascista era, de momento, estudiar; que a la patria no se la sirve solo en los campos de batalla, sino encerrados en aulas y talleres, etcétera. Y para terminar, con las prisas por quitárselo de encima, lo despidió con un saludo romano, citándole el lema del Duce «Libro y fusil».

Entonces, tras cerrar la puerta de la dirección a sus espaldas, Nino, lleno de desvergüenza y rabia, se volvió a saludar a la puerta con un ademán obsceno.

El escarnio de las clases casi lo volvía loco. El pupitre se le hacía demasiado estrecho y, sin darse cuenta, cada dos por tres se revolvía o suspiraba. No le importaba absolutamente nada ninguno de los temas que se trataban en el aula; le parecía cómico que la gente se congregase allí dentro para eso, desperdiciando mañanas enteras. Y le asaltaba la tentación, tentación física, de arrojarse sobre los pupitres lanzándolo todo por los aires y entregándose a imitaciones del tigre o del león como hacía en casa. Entonces, no sabiendo cómo librarse de semejante tentación, fingía de pronto una tos cavernosa, a fin de que lo mandaran al pasillo.

Para que su presencia molestase menos, los profesores lo habían sentado solo, como a un reprobado, en el último banco del fondo. Pero, ocupada por él, la solitaria morada ya no parecía una picota: más bien, la jaula aislada de un gallito en un recinto común de pollitos. Y desde aquel aislamiento especial, su presencia, para los otros, era aún más mordiente, avivando la

complacencia vasalla, casi enamorada, que sus compañeros en general experimentaban hacia él.

Cuando le daba la vena era capaz, con su habilidad, de movilizar a toda la clase. Una mañana de siroco, por ejemplo, para amenizar la lección de griego, tomó en cierto momento la iniciativa de empujar a la chita callando, con los pies, el pupitre de delante del suyo. Y a una señal, ya establecida antes, sus cómplices lo imitaron, en un acuerdo colectivo; de modo que, en medio de un silencio impune, toda la fila de pupitres empezó a avanzar, como el bosque de Dunsinane, hacia la tarima del profesor. Este, siempre en falta por sus sospechosas ideas políticas, debilitado por la angustia y medio alucinado por el hambre, al contemplar aquel fenómeno mostró una cara descolorida, como si de veras, por un momento, se sintiese clavado, como Macbeth, en el punto marcado por el destino.

Pero ciertos misérrimos recursos de estudiante no solucionaban ya el aburrimiento de Ninnuzzu, que, hacia el equinoccio de primavera, se volvió trágico. Durante las horas de clase no paraba de bostezar; y cuando, con buena voluntad, reprimía los bostezos, el esfuerzo lo obligaba a rechinar los dientes o a hacer espantosas muecas. Se reclinaba involuntariamente en el asiento del pupitre como en un triciclo, y cuando el profesor le regañaba, al adoptar otra compostura tenía un aire siniestro, de asesino en el coche celular.

No resistiendo el deseo incesante de fumar y de mover los pies, se inventó (como disculpa para salir más a menudo del aula) que padecía una especie de disentería. Y así la cosa acabó en que buena parte de las mañanas se la pasaba en los retretes. Donde se entretenía fabricándose con papelitos y restos de tabaco sus pitillos de guerra, chupándolos después, con furia y voluptuosidad, hasta la última brizna tinoso que le quemaba la mano. Luego, si se le antojaba, se divertía estropeando el lugar, decorando una puerta, o una esquina de la pared, con un dibujo anónimo de fabulosa infamia. Y cuando le

petaba regresar al aula (como antes, al salir) no se tomaba el trabajo de representar su papel de enfermo; al contrario, tenía una facha feroz y anárquica. De forma que sus compañeros lo miraban con ojeadas y risitas de admiración y complicidad.

Uno de esos días, durante un recreo, el director lo mandó llamar para advertirle que, si al día siguiente no se presentaba en compañía de su madre, no lo volverían a admitir en clase. Él dijo: «Está bien», y regresó al aula. Pero en cuanto entró se arrepintió inmediatamente de estar allí, y adujo el acostumbrado motivo de su dolencia para salir. Pero esta vez, al abandonar el aula, no se encaminó a los retretes: bajó la escalinata y, al pasar por delante de la portería dijo: «¡Permiso especial!», con tal ceño que el propio portero sintió miedo y no se atrevió a discutir. Como la verja estaba cerrada, la saltó. Y, ya fuera, meó contra la tapia, dando con ello el último adiós a los estudios.

Esa misma noche anunció a Ida que él, ahora, sabía todo lo que había que saber y dejaba el instituto. Total, pronto tendría que dejarlo de todos modos para ir a la guerra. Terminada la guerra, ya se vería.

Esta noticia tuvo el poder de sacudir a Iduzza, por unos minutos, de su flojedad vespertina, y hasta de remover ciertas ambiciones supremas. En el fondo, su primitiva idea, cuando Ninnuzzu era pequeño, había sido verlo convertido en un gran profesor, un científico, un literato o, en suma, un profesional importante; pero perduraba, de todos modos, el empeño irrenunciable de hacer de él un licenciado. Ningún otro gasto le parecía tan necesario; tanto que, últimamente, para no mermar, al menos su famoso tesoro escondido en el corsé, se había deshecho de sus pequeñas joyas, de varios muebles y de todos los objetos vendibles: hasta de los colchones de lana, que cambió por otros de miraguano y por unos kilos de pasta.

Al oír el anuncio catastrófico de Nino, pareció hincharse hasta la raíz del pelo, como ciertos animalillos indefensos cuando adoptan un aspecto

terrorífico. Como de costumbre, en una pobre y grotesca exhumación de su madre Nora, encontró en sus propios labios las trágicas invectivas de los hijos de Sión contra Tiro a Moab... Y entre esos improprios y lamentaciones se agitaba de acá para allá por la cocina, como si esperase que por la campana de la chimenea, o debajo del fregadero, asomase ante ella cualquier forma de alianza o ayuda... Mas no había nada que hacer: estaba sola, luchando contra Nino. Y sus protestas, a él, le hacían más a menos el efecto que haría el canto de un grillo o el croar de una rana a un pistolero que cabalgase por la Pampa.

Sus escasas intervenciones en el empeinado monólogo de Ida eran solo para decir, con voz conciliadora:

—Bueno, ma, ¿cuándo cerrarás el pico?

Hasta que, a la larga, dando ciertas muestras de impaciencia, se marchó a la salita-estudio. E Ida lo siguió.

Entonces, exasperado, se puso a cantar, como un coro inmenso, para no oírla, los himnos fascistas; improvisando, encima, para empeorar las cosas, variantes obscenas. Ante esto, el miedo, como era previsible, anonadó a Ida. Diez mil policías imaginarios saltaron de su cerebro a aquella habitación explosiva, mientras Nino, por su parte, orgulloso de su éxito, iniciaba «Bandiera rossa»... No podía faltar el acompañamiento de Blitz, que, desconcertado por aquel diálogo desigual, prorrumplía en ladridos enloquecidos y aislados, como si viese dos lunas en el cielo.

—¡Basta! Vete de una vez..., a la guerra..., a donde quieras — empezó a repetir Ida, en un rincón, con la garganta seca. Y, tambaleándose como un fardo, se dejó caer en una silla.

Entretanto Useppe, despertado en su primer sueño por el escándalo, y sin llegar al picaporte con su pequeña estatura, llamaba alarmado:

—¡Maaaa! ¡Ino! ¡Aieeee!

Nino, sin esperar a más, contento con la distracción acudió a liberarlo; y,

para recobrase de la desgarradora escena con su madre, se entregó a los consabidos juegos con su hermano y el perro. Una alegría maravillosa se desencadenó por las habitaciones. Mientras, Ida, muda en su silla, se ponía a escribir, dejándolo luego bien a la vista en la mesa de su hijo, el siguiente mensaje:

¡Nino!

¡Todo ha acabado entre nosotros!

¡Lo juro!

Tu madre

A causa del temblor de la muñeca, los caracteres de este texto estaban tan torcidos y desbandados que parecía obra de un alumno de primera elemental. A la mañana siguiente, el mensaje estaba aún allí donde lo había dejado, y el sofá cama se hallaba intacto y vacío. Nino esa noche había dormido fuera.

Desde esa tarde, Nino pasó a menudo las noches fuera de casa, no se sabía dónde ni con quién. A comienzos de la tercera semana, una vez, en compañía de Blitz, desapareció dos días. E Ida se preguntaba despavorida, en su impotencia, si debía resolverse a buscarlos por los hospitales, o también (entre todas las amenazas, la más horrenda para ella) en la Policía, cuando lo vieron reaparecer, seguido de Blitz, tan contento y vestido de punta en blanco. Llevaba un chaquetón de tela embreada negra forrado de azul fuerte, una camisa celeste, pantalones de franela de imitación, con la raya bien planchada; y zapatos flamantes, y hasta lujosos, de suela de caucho. Hasta tenía una cartera (y la exhibió alardeando de ella) con un billete de cincuenta.

Ida observaba estas novedades atontada e inquieta, sospechando, tal vez, otros robos; pero Ninnuzzu, anticipándose a las investigaciones, anunció, resplandeciente de gozo:

—¡Son regalos!

—¿Regalos?... ¿Y quién te los ha hecho? — murmuró ella, titubeante.

Y él, con petulante y sibilina prontitud, respondió:

—¡Una virgen!

Después, viendo a su madre alterarse un poco con esta palabra, reaccionó de inmediato, para corregir, con el mayor descaro:

—Bueno, ¡una puta! ¿Te va?

Pero como, ante tal respuesta más clara, el rostro ya alterado de su madre se cubriera de rubor, prorrumpió animosamente.

—¡Ahó! Si te digo una virgen, te saca de quicio. Si te digo una puta, te pones colorada. Pos te doy a escoger esta otra: «¡un sarasa!».

Iduzza, que con respecto a ciertos vocabularios era más inocente que una monjita, lo miró, al oír esta nueva respuesta, con simplicidad inerte, sin entender nada. Pero entretanto había aparecido Useppe, que, pese a los asaltos apasionados de Blitz, estaba deslumbrado con la presencia de su nuevo y elegante hermano. Como si estuviera en el teatro de las marionetas, en el momento en que desde lo alto cae sobre la escena el paladín Orlando con su armadura de plata.

Y Ninnarieddu, desbordante de felicidad y de ganas de jugar, se apartó con su hermanito. Ante todo, le enseñó una palabra nueva: «puta». Y rio lleno de beatitud al ver cuan rápidamente Useppe aprendía a repetirla, a su manera, naturalmente: «pumpa». Ahora bien, ante la infalible diversión de Ninnarieddu en cuanto se la oía repetir, Useppe quedó convencido de que la palabra era en sí cómica; hasta tal punto que luego, cada vez que decía «pumpa», se reía por su cuenta como un loco.

Después de lo cual, en secreto entre los dos, su hermano le anunció la maravillosa nueva de que pronto lo llevaría a pasear en bicicleta por toda Roma; ya que, dentro de dos o tres días, como mucho, contaba con poseer

una bicicleta de carreras, que le habían prometido de regalo. Y dejando en prenda a Useppe esta promesa divina, desapareció de nuevo con su riqueza y esplendor, como las hadas de los cuentos.

Pero la promesa de la bicicleta no se cumplió. Tras haber estado dos días y tres noches sin dejarse ver, regresó a pie, a una hora increíble: ¡a eso de las seis de la mañana!, cuando Useppe dormía aún profundamente e Iduzza, recién levantada, todavía en camisón y bata, preparaba en la cocina brécoles para la comida del mediodía. Como de costumbre, lo seguía Blitz, que se mostraba sin embargo insólitamente deprimido, y tan ayuno que aprovechó incluso un troncho de brécol frío encontrado bajo la mesa de la cocina. Él mismo, además, pese a la misma ropa nueva de la vez anterior, veíase pobre, sucio y despeinado como alguien que hubiera dormido bajo un puente. En la cara, bastante pálida, y en el dorso de la mano, tenía arañazos violentos y crueles. Y sin siquiera adentrarse en las habitaciones se sentó de inmediato, al entrar, en el arcón del vestíbulo; donde se quedó, mohíno y mudo, como si cargara con una maldición.

A las preguntas airadas de Ida, respondió: «¡Déjame en paz!», de manera tan torva y perentoria que desaconsejó toda insistencia de su madre. Más de hora y media después, cuando ella salió a su trabajo, seguía allí en la misma postura de antes, con Blitz durmiendo tristemente a sus pies.

La noche había estado interrumpida por las alarmas, más amenazadoras al llegar la primavera, y Useppe, menos madrugador que otros días, se despertó a las ocho pasadas. Algo, en el aire, le anunció una sorpresa (en la cual relampagueaba, entre otras cosas, la visión de una carrera ciclista); y rápidamente, con un ejercicio arriesgado, que sin embargo él realizaba ya como un experto, se bajó solo de la camita. Un instante después comparecía en el umbral del vestíbulo; y ante la aparición de Nino, sentado allí en el arcón, salió corriendo inmediatamente hacia él. Pero Ninnarieddu le gritó en

la cara: «¡Déjame en paz!», con brutalidad tan furibunda que lo detuvo, petrificado, a medio camino.

Esta era la primera vez, en los veinte meses largos de su convivencia, que su hermano lo trataba mal. Y por mucho que Blitz, acudido enseguida a saludarlo, se afanase, entretanto, por animarlo con sus rasposos lametones y meneos de rabo, él, estupefacto, se quedó casi insensible y clavado en su sitio. Con una seriedad amarga, y penetrada de extraña solemnidad, en la cara: como frente a un decreto absoluto e indescifrable del destino.

En el momento de rechazarlo, Nino le echó, por supuesto, una ojeada, y la visión de su personita, incluso en esa alba de tragedia, surtió instantáneamente un efecto cómico. El caso es que Useppe, debido al clima primaveral ya tibio, no llevaba puesto por la noche sino un jerseicito de lana, tan corto que apenas le tapaba la cintura, dejándolo de la barriga para abajo desnudo por delante y por detrás. Esta era la ropa que llevaba al levantarse, y con ella se quedaba, si nadie se ocupaba de vestirlo, durante toda la mañana y a lo mejor el resto del día. Pero él andaba así por la casa, en su candidez, con la misma naturalidad y desenvoltura que si estuviera vestido.

Pero en la ocasión presente aquel sumario atuendo contrastaba de modo tan curioso con la gravedad extremada de su cara que Nino, en cuanto le echó la vista encima, soltó una carcajada irresistible. Y enseguida, como si la carcajada fuese una señal de liberación, Useppe, recuperada una confianza total, acudió hacia él muy alegre: «¡Ahó! ¡Déjame en paz!», lo avisó de nuevo Nino, otra vez con cara larga; aunque, para contentarlo, le dio un besito en la mejilla. Enseguida Useppe (tan contento como para olvidarse incluso de la bicicleta ausente) correspondió con otro besito. Y este momento, en la historia de su amor eterno, fue siempre uno de los recuerdos más queridos.

Después del intercambio de besitos, Nino echó a Useppe y también a Blitz,

y se tumbó en el arcón, hundiéndose en un sueño sepulcral. Despertó hacia mediodía, con la misma torva palidez; como si se le hubiera agarrado a la garganta un sabor asqueroso, que no se podía ni escupir ni tragar. Y cuando Useppe se acercó a saludarlo, él, con semblante sombrío y ceñudo, le enseñó una nueva palabra: «marrana», que Useppe aprendió rápidamente con su habilidad de costumbre. Aunque tampoco este nuevo éxito didáctico valió entonces para iluminar la oscura expresión de Nino, tanto que a continuación Useppe adoptaba una gravedad de circunstancias cada vez que decía «raana».

A finales de la semana (entre otras cosas porque no le gustaba andar por ahí marcado con los arañazos) Ninnarieddu, quizá por primera vez en su vida, pasó en casa la mayoría de las horas, tanto de día como de noche. Pero su humor, al hacerse casero, se había vuelto al mismo tiempo insólitamente cerril. Incluso hacia la comida mostraba una hosca indiferencia, pues su negro humor le había quitado el apetito. Y casi de continuo quería estar solo, encerrándose con llave en su cuarto, que era el cuarto de estar de la familia; de modo que Useppe y Blitz se veían reducidos a desfogarse en el escaso y angosto espacio del resto de la casa. La falta de cigarrillos lo tenía desatinado, hasta que la infeliz Iduzza, por no verlo enloquecer, cometió perjurio, comprando tabaco, y encima a precios del mercado negro. Pero a él aquellos pocos pitillos no le bastaban, y para alargarlos más mezclaba el tabaco con sucedáneos, unos hierbajos apestosos. Además, en su cuarto, al lado de la casa tenía unas botellas de vino, que le daban una borrachera maligna; de pronto asomaba por la puerta con pasos desgachados, como por una cubierta en pleno temporal, voceando insultos y obscenidades; o bien chillando:

—¡Ah! ¡Muera! ¡Muera! ¡Muera!

Después, de arriba abajo por el pasillo, iba diciendo que le gustaría reducir todo el universo a una sola cara para hacerla papilla a puñetazos; pero que, si

era una cara de mujer, tras haberla molido a puñetazos la untaría con una pomada de mierda. Hasta la había tomado con su Duce, a quien amenazaba con títulos fantásticos aunque en verdad irrepetibles. Y seguía repitiendo que, total, a despecho del «cabronazo» (*sic*) del Duce..., y del Führer, ¡a tomar por...!, etcétera, él, Nino, a la guerra iría de todas formas para metérsela por... a los dos. Decía que Roma apestaba, Italia apestaba; y los vivos apestaban más que los muertos.

Durante estos monólogos nefandos, a los que llamaba lastimeramente «escenas soeces», Iduzza se refugiaba aterrada en su cuarto, tapándose las orejas con las dos palmas para no oírlo. Olvidado con el alboroto en un rincón, Useppe, en cambio, se quedaba mirando a su hermano con gran respeto pero sin ningún temor, como si estuviera delante de un volcán, demasiado alto para arrollarlo con sus lavas. O bien en el centro de un espléndido temporal, que él, con su barquilla mínima, atravesaba despreocupadamente. De vez en cuando, desde su esquina, muy tieso y lleno de valor, con su habitual jerseicito de la noche, se hacía presente a su hermano llamándole con su vocecita: «Ino, Ino», como indicando claramente: «No temas, aquí estoy para hacerte compañía. No me escapo».

En cuanto al tonto de Blitz, era evidente que el asunto, por lo que fuese, le daba algunas satisfacciones. Con tal de que su amor principal no se encerrase en su habitación excluyéndolo de su presencia, para él todo era juerga.

Al cabo de un rato, abotargado por la indigestión del vino, Ninnarieddu caía dormido en el sofá cama, roncando, con suprema admiración de Useppe, de tal modo que parecía que un aeroplano diese vueltas por dentro de la casa.

Con motivo de los arañazos, esos días tuvo que dejar de afeitarse la barba, que, reciente y caótica, aún de medio imberbe, le crecía irregularmente, como una asquerosidad. Y él, para estar más asqueroso, ni siquiera se lavaba o se peinaba. El sábado por la mañana, por fin, despertó con los arañazos

reducidos a poco más de una sombra, y pudo afeitarse. Era un sábado soleado, ventilado, se oía una radio cantar una cancioncilla en el patio. Ninnarieddu empezó a silbar, bailando, esa misma cancioncilla. Se lavó las manos, las orejas, los sobacos y los pies; se peinó los rizos con agua. Se puso un jersey blanco, limpio, que le estaba más bien apretado, aunque así, en compensación, ponía bien de relieve la musculatura del tórax. Frente al espejo, sopesó los músculos del brazo y del tórax, y, dando un salto, empezó a hacer por el cuarto el tigre y el león. Luego volvió al espejo, a examinarse las señales de los arañazos, que por suerte eran casi invisibles; no obstante, un pasajero enojo pasó por su mirada. Pero de momento su cara, en el espejo, le gustó; y con un inmenso impulso de todos los nervios, músculos y aliento, gritó, feliz:

—¡Ah, vida! ¡Vidaaaa!... ¡Amónos pa Roma! ¡Ea, Blitz!

Al salir, para consolar a Useppe, que se quedaba solo, le dijo:

—¡Useppe! ¡Ven pa acá! ¿Lo ves, ese calcetín? —Era un calcetín sucio común y corriente, que había dejado allí en el suelo—: ¿Lo ves? ¡Pos ojito! ¡Quédate ahí mirándolo, no resuelles, no te muevas! Tiés que estarte quieto, vigilándolo, minuto y medio COMO MÍNIMO, ¿eh? ¿Entendido? ¡No te debes mover! Ya verás cómo se transforma en una serpiente de cascabel, que anda y suena: ¡tarampán! ¡Zuum! ¡Parampún!

Lleno de extraordinaria fe, Useppe permaneció cierto tiempo esperando frente al calcetín la aparición de la maravillosa criatura; pero esta no apareció. Son gajes de la vida. Tampoco se volvió a oír hablar nunca de la bicicleta. Pero, en cambio, uno de aquellos días, Nino llevó a casa un fonógrafo de manivela medio roto (un anterior aparato similar, de su propiedad en tiempos, lo había cambiado por pitillos), con un único disco demasiado gastado, que sin embargo seguía martilleando como podía sus motivillos sentimentales: «Viejo organillo» e «Ilusión, dulce quimera eres...»

repitiéndolos a voluntad, sin parar, en las horas en que Nino estaba en casa, con una media de unas veinte audiciones diarias. Para Useppe, era un sublime portento, no inferior a la serpiente de cascabel. Pero al tercer día, la voz ya sin sexo y de palabras incomprensibles, sonó más desgarrada de lo normal, y con un ahogo se extinguió en medio del canto. Nino comprobó que el fonógrafo no tenía arreglo, se había estropeado. Lo puso en el suelo, junto a la pared, y de una patada lo dejó allí.

Otra vez, por la tarde, Nino llevó de visita a una chica cualquiera, recién encontrada, que a Useppe le pareció otro magnífico espectáculo. Vestía un traje de colores con rosas estampadas, que al caminar se le levantaba por detrás, mostrando una combinación con encajes; y avanzaba plácida y bonita, con pasos sesgados por culpa de las suelas ortopédicas. En las manos tenía tantos hoyuelos como dedos; las uñas eran de un rojo cereza, los ojos brillantes, y la boca perfectamente redonda, pequeña, de carmín oscuro. Tenía una voz lenta de cantilena y, al hablar, a cada cadencia de la voz se contoneaba. Al entrar, dijo:

—¡Oh! ¡Qué crío tan majo! ¿De quién es?

—Es mi hermano. Y este es mi perro.

—¡Aaaah! ¿Cómo te llamas, chaval?

— Useppe.

—Ah, Giuseppe, ¿no? ¿Giuseppe?

—No — terció Nino, con absolutismo ceñudo—, de eso nada, monada.

Mesmamente USEPPE, se llama, ¡como él ha dicho!

—¿...? Us... Creí entender mal... Y, en cambio, Useppe, eso mismo, dice él... ¿Qué nombre es ese?

—A nosotros nos gusta.

—A mí me suena raro. Giuseppe, sí, pero Useppe... ¡A mí, ese Useppe, no me huele a nombre!

—Porque eres medio imbécil.

Al avanzar el buen tiempo, las incursiones aéreas sobre las ciudades italianas se multiplicaron, cada vez más furiosas ese año, y los partes militares, aun cuando recitaran un papel optimista, registraban día a día destrucciones y matanzas. Roma, sin embargo, no era bombardeada; pero la gente, ya agotada y atemorizada por las extrañas noticias que corrían por doquier, comenzaba a sentirse menos segura. Las familias acomodadas se habían trasladado al campo, y quienes se quedaban (una gran multitud), al encontrarse por la calle, en los tranvías, en las oficinas, se miraban a la cara, incluso entre desconocidos, con la misma pregunta absurda en todas las pupilas.

En algún lugar de la mente de Ida, poco claro para su razón, hubo en esa época un pequeño y brutal trastrueque que la sensibilizó morbosamente a las alarmas (ya usuales e indiferentes para ella), suscitando de repente una reserva de energía casi imposible. En todo lo demás, iba tirando con su vida de trabajo académico y doméstico como antes, en una especie de éxtasis negativo. Pero en cuanto oía las sirenas, inmediatamente era presa de un pánico desordenado, como si fuera un coche que corriera en punto muerto cuesta abajo. Y se encontrase despierta o dormida, en cualquier momento, se abrochaba a toda prisa el corsé (donde seguía guardando sus ahorros) y, cogiendo en brazos a Useppe, escapaba abajo con aquel peso, con innatural fuerza nerviosa, a buscar la salvación en el refugio. Este, para ella y los demás inquilinos de su escalera, se había instalado al otro lado de la

manzana, precisamente en los locales de la misma taberna-hostería donde, tres inviernos antes, el muchacho alemán, Gunther, bajara a beber.

Ciertas veces Useppe, en sus brazos, no era un peso dócil; se debatía llorando en respuesta al dolor de Blitz, que los acompañaba con su lamento incesante desde detrás de la puerta cerrada. Ida, en efecto, no se tomaba la menor molestia por el perro, dejándolo en casa, durante las alarmas, abandonado a su suerte; pero él, por su parte, no se resignaba a la separación.

Cuando estaba en casa, Ninnarieddu se reía de estas fugas de Ida, y se negaba con desprecio a seguirla al refugio. Pero tampoco la presencia de su amor principal bastaba para consolar a Blitz, que, durante toda la alarma, seguía corriendo de un lado a otro, desde la puerta de entrada hasta él, regresando a lamerle las manos y a mirarlo a los ojos con sus ojos castaños, apasionados y persuasivos. Insistía siempre en un lamento catastrófico, que repetía sobre una única nota sin parar, como una obsesión: «¡Por favor, vámonos con ellos! Así, si se salvan, nos salvaremos todos; y si hemos de reventar, reventaremos todos juntos».

Al final, para no condenar a Blitz a semejante y maníaco desgarramiento, Ninnarieddu, aunque fastidiado y reacio, se decidió a contentarlo de una vez, bajando con él — la familia entera— al sótano del tabernero. Y desde entonces, todas las veces que Nino estaba en casa, las alarmas aéreas se convertían en una oportunidad de diversión, esperada y deseada, en especial si se producían de noche; porque entonces, finalmente, podían entregarse a la vida nocturna con Nino.

Apenas el famoso alarido rasgaba la oscuridad, Blitz estaba preparado, como ante el trascendente anuncio de una fiesta primordial. Y abandonando de un salto su sitio en el sofá cama (donde dormía siempre, pegado a Ninnarieddu) se afanaba por despertar a todos, corriendo de uno a otro y

ladrando con gozosa urgencia, y ondeando el rabo como una banderita. Por lo demás, Useppe ya estaba despierto, por su cuenta, y repetía electrizado:

—¡La niena! ¡La niena!

Lo más pesado era despertar a Nino, que se hacía el sordo, huraño y soñoliento; de forma que Blitz debía lograr, en cierto modo, sacarlo de la cama: y después seguía instigándolo mientras él, bostezando, se ponía la camiseta y el pantalón, no sin blasfemias e imprecaciones también contra los perros. Pero mientras vociferaba así se despertaba del todo. Hasta el feliz instante en que, ya espabilado, cogía la correa ante el aplauso de Blitz, que acudía corriendo a ponerse la correa con la prisa de un noctámbulo ansioso de coger el coche para irse a bailar.

Pronto pasaban a la alcoba vecina, donde Nino se cargaba rápidamente a Useppe a caballito sobre los hombros. Y sin otro equipaje (a lo sumo podía ocurrir, a veces, que Useppe llevase consigo a Roma o la nuez), Nino, Useppe y Blitz — tres cuerpos y un alma, en verdad— volaban escaleras abajo, distanciándose de Ida, que les iba a la zaga sola, y rezongando, con el bolso apretado contra el pecho. Entretanto, de las otras puertas y por el patio, todas las familias, en camisón, en paños menores, con los críos en brazos, y arrastrando las maletas por las escaleras, se encaminaban corriendo a los refugios. Y sobre sus voces, desde la alta lontananza, se acercaban ya los retumbos de la flota aérea, con una sucesión de disparos y relámpagos y explosiones semejantes a una formidable bengala. Algún chiquillo se perdía. Alguno, aterrorizado, tropezaba al correr o caía. Ciertas mujeres chillaban. Y Nino se reía con este miedo universal, como con una gran escena cómica, acompañado a coro por la hilaridad ingenua de Useppe y Blitz.

Aquellas noches en el sótano no desagradaban del todo a Ninnarieddu, entre otras cosas porque allí abajo tenía ocasión de encontrarse con ciertas guapas mozas de la vecindad, a quienes, de ordinario, los recelos de las

familias no permitían salir fácilmente. Pero, cuando llegaba al interior del subterráneo, no dejaba de alardear de su desdén; y quedándose junto a la entrada, apoyado de espaldas contra la pared y en actitud despectiva, hacía saber al auditorio (en particular a las mocitas), que él se escondía allá abajo solo por su perro; personalmente, ¡le importaban un pimiento las bombas! ¡Más aún, le daban más alegría que si fueran petardos! ¡Y ojalá se hubiera tratado de alarmas de veras! Desgraciadamente, estas alarmas de Roma eran, por el contrario, pura comedia; pues era archisabido que, por un pacto secreto de Churchill con el Papa, Roma había sido decretada ciudad santa e intocable, y las bombas no podían caer aquí. Aclarados estos extremos, sin dignarse añadir más, Nino disfrutaba cuanto podía con las alarmas. Por lo demás, a Ninnarieddu le importaba poco, en realidad, que se derrumbase la casa y se perdieran los bienes de la familia, que consistían, además, en un par de camas, o jergones, con colchones de miraguano, una funda de lona (con jerséis de invierno y su abrigo de pelo de camello que ya le quedaba pequeño, y un abrigo de Ida dado la vuelta), algún libro desencuadernado, etcétera. Más aún, si se derrumbaba la casa, después de la victoria el Gobierno pagaría los daños con creces. Y Nino estaba ya de acuerdo con Useppe y Blitz para comprar con la indemnización un carromato amueblado para vivir en él y llevar juntos la vida de los gitanos ambulantes.

En cuanto a la ciudad de Roma, además, Nino, personalmente, se oponía: la idea de tratarla con miramientos especiales, exagerados. En Roma, incluso, según él, poco daño harían las bombas si caían, en vista de que el máximo valor de Roma eran las ruinas, el Coliseo, el Foro Trajano, etcétera.

A menudo, durante las alarmas, se iba la luz, y para iluminar el sótano encendían una lámpara de acetileno que recordaba las ferias, con los carritos de sandías. Un conocido del tabernero había provisto el local para la ocasión de un gramófono portátil, y cuando la alarma se prolongaba, Nino, con sus

amigos, para matar el aburrimiento se pasaba el tiempo bailando en el angosto espacio con algunas chicas. Quien se divertía más que nadie con estas músicas y bailes era Useppe; loco de felicidad, se colaba entre las piernas de los bailarines hasta llegar a su hermano, y este, riendo al encontrárselo allí entre sus pies, dejaba a su pareja y se ponía a saltar a la redonda con él.

Algunas veces, con el desorden de la fuga, Ida no se paraba a vestirlo, contentándose con arroparlo en un pedazo de manta de planchar, o una toquilla, o un trapo cualquiera. Y al caérsele este, Useppe se encontraba en el refugio sin otra ropa que su habitual jerseicito de la noche; pero le daba igual. Y no sentía ninguna vergüenza, al saltar y bailar, como si estuviera con traje de gala.

También Blitz, en el refugio, tenía ocasión de ver a algún otro perro. Salvo la rareza de un perro de caza, y de un lulú viejo propiedad de una anciana señora, eran siempre canes de ínfima ralea, cruces de bastardos como él, chupados y flacos en general por las privaciones de la guerra, pero tan encantados como él con la diversión. Y tras las consabidas ceremonias de saludo usuales entre perros, se ponía a retozar con ellos.

Ciertas mujeres amamantaban a sus hijos, o hacían calceta; alguna vieja rezaba el rosario, persignándose con cada sacudida más fuerte sobre la ciudad. Alguien, nada más entrar, se tumbaba cuan largo era donde podía, a reanudar el sueño interrumpido. Ciertos hombres se agrupaban en torno a una mesa, jugándose el vino del tabernero a las cartas o a la morra. Y a veces estallaban discusiones que podían degenerar en broncas o peleas, apaciguadas por el tabernero o por el jefe de casa.

Ya se sabe que Ida, poco sociable y con escasas ocasiones, nunca se había tratado con los vecinos, que seguían siendo para ella figuras de paso, encontradas casualmente en las escaleras, el patio o las tiendas. Y ahora, al

tropezarse con ellos en la huida o al encontrárselos allí alrededor, semifamiliares y semiajenos, los confundía a veces, no despierta del todo, con las muchedumbres vociferantes de sus sueños recién interrumpidos. Bastaba con que se sentase en el banco, y el somnífero de la noche actuaba de nuevo; pero le parecía indecoroso para una maestra ponerse a dormir en público, y, acurrucada entre el bullicio, se esforzaba por mantener los ojos abiertos, aunque de vez en cuando flaqueaba, y se recobraba, secándose la saliva de la barbilla y murmurando con una sonrisita: «Disculpe, disculpe». Había encargado a Useppe que la despertase de vez en cuando. Y él, apenas se acordaba, trepaba a sus rodillas para gritarle al oído: «¿Ma? ¡¡Maaa!!» y hacerle cosquillas en el cuello, para su gran diversión, porque su madre se reía como una niña con las cosquillas. «¡Depieta, má!», se informaba luego, solícito y curioso, cuando ella abría los ojos, drogados y deslumbrados por el acetileno. Ella de momento no reconocía el subterráneo, y, atontada, estrechaba contra sí al crío para protegerlo de aquellos desconocidos, quizá policías o espías... Temía siempre dar un espectáculo en sueños, y decir a lo mejor frases comprometedoras, por ejemplo: «El apellido de mi madre es ALMAGIÀ» o bien: «Mi niño es un bastardo, hijo de un NAZI».

En el refugio, además de las familias de las cercanías, aparecía también gente adventicia: transeúntes casuales, o algún personaje sin domicilio: mendigos, prostitutas baratas y traficantes del mercado negro (con los que Nino, siempre a la caza de dinero, trenzaba en esas noches ciertos mínimos tratos misteriosos). Algunos de ellos, procedentes de Nápoles, contaban que la ciudad, con los cien bombardeos sufridos, estaba reducida a un cementerio y una carnicería. Todos los que podían habían escapado, y los pobres desharrapados que allí quedaban, para protegerse por las noches, iban a dormir en cuevas, adonde habían llevado colchones y mantas. Las calles de la

ciudad eran un desierto de escombros, apestaban a descomposición y humo, bajo el fuego de las Fortalezas Volantes que se abatían sobre ellas a diario.

En la única ocasión memorable en que había estado en Nápoles, una visita de dos horas, durante su viaje de novios, Iduzza era aún una novata, que no había visto sino su provincia. Y así, Nápoles perduró en su memoria como una Bagdad legendaria, mucho más grandiosa que Roma. Ahora, esa visión suya única e inigualable era sustituida por una extensión de ruinas del tamaño de Asia y calcinada de sangre; conque también los tronos de reyes y reinas y los mitos de las ciudades-madres estudiados en la escuela, con otras fantasías suyas, se derrumbaban.

Pero Ninnarieddu percibía más bien en los relatos de los napolitanos la seducción de una existencia aventurera en cuevas y grutas marinas, que se prometía llena de imprevistos y de éxitos amorosos, de riesgo y anarquía. Y, como alguien de provincias que quiere huir a la metrópoli, ya planeaba marchar a Nápoles en compañía de uno de sus nuevos conocidos del mercado negro. En efecto, desde hacía varias semanas ya había interrumpido la comedia de los estudios; y las escuelas de momento estaban cerradas, la guerra, concluida en África, se acercaba al territorio italiano, todos los países estaban en llamas. Él estaba harto de la Ciudad Santa, donde la guerra se hacía de mentira, concertada entre los Vaticanos y los ministerios; y las ganas de lugares sin santidad, donde lo que debía arder ardía, lo asaltaban a veces hasta la náusea, como un ataque de fiebre incendiaria. Si los regímenes no querían admitirlo como combatiente, por ser demasiado pequeño (!), ¡él se las arreglaría para hacer la guerra por su cuenta!

Pero por esos mismos días, en cambio, se cumplió su voto constante. Las desastrosas vicisitudes de la guerra fascista propiciaban el reclutamiento de voluntarios, dispuestos a dar su vida por el Duce; y antes de finales de junio,

Ninnarieddu, aunque todavía era un niño, se las ingenió para entrar en un batallón de Camisas Negras que salía hacia el norte.

Vestido de soldado, en verdad, tenía más pinta de chiquillo, pero su expresión era soberbia, proterva incluso, y ya demostraba aguantar mal la disciplina militar. Una preocupación seria, en el momento de la partida, era Blitz, al que necesariamente debía dejar en Roma; y como no se fiaba nada de su madre, se lo encomendó a su hermano Useppe, estrechándole con solemnidad la manita en un auténtico pacto de honor y de importancia.

Su adiós a Blitz había sido una congoja mortal, pese a sus afirmaciones de que regresaría como mucho dentro de una semana al frente de una patrulla motorizada cargada de mondongos y huesos para todos los perros de Roma. Blitz no era tan crédulo como Useppe y, juzgando sin más aquellas afirmaciones como frutos de impostura y megalomanía, se quedó inconsolable. Durante un día entero, negándose incluso a comer su rancho cotidiano malamente conseguido, no cesó de correr de la puerta a la ventana, gritando a Nino que regresase, aunque supiera en el fondo que Nino ahora estaba demasiado lejos para escucharlo. Y si veía desde arriba una figura juvenil más o menos del tipo de Nino, gañía con amarga nostalgia.

La noche de ese día Ida, trastornada, lo encerró a dormir en el retrete; pero como allí dentro no cesaba de gemir arañando la puerta, Useppe a su vez se negó a acostarse, decidido a dormir también en el retrete con tal de no dejarlo solo. Y por fin se le dio un refugio en la camita de Useppe, donde Blitz, con la exuberancia de su gratitud-gozo-aflicción, lamió al desnudo Useppe de pies a cabeza antes de dormirse entre sus brazos.

Dos días después, el 10 de julio, los Aliados desembarcaron en Sicilia. La sirena ahora sonaba todas las noches, y Useppe, cada atardecer, metía bajo la almohada la correa de Blitz, que antes aun de sonar la sirena avisaba a la familia con un discreto ladrido.

Blitz jamás se apartaba de ellos dos, salvo a la hora de la compra. Como

estaba de vacaciones, Ida salía a la compra por las mañanas, a eso de las diez, y por esos días había cogido la costumbre, casi siempre, de llevarse a Useppe, dejando de guardia en casa a Blitz, que, en las colas y emparejado con Useppe, habría sido un doble estorbo. Al marcharse, él ya sabía que en tales ocasiones no formaba parte del grupo y, agitándose alrededor de ellos sin hacerles fiestas, los miraba prepararse para salir con aire mortificado, aunque sin embargo resignado a su suerte.

A su regreso, desde la calle podían oírlo saludándolos a voz en cuello, de vigilancia en la ventana abierta del último piso. Y al llegar, lo encontraban a la espera detrás de la puerta, dispuesto a recibirlos con efusiones desatadas, que se dirigían principalmente a Useppe, repitiéndole cien veces: «¡Ahora tú eres mi último bien!».

Una de esas mañanas, Ida, con dos grandes bolsas al brazo, regresaba de la compra llevando de la mano a Useppe. Hacía un tiempo espléndido y muy caluroso. Conforme a una costumbre cogida ese verano para sus recorridos por el barrio, Ida había salido, como una mujer del pueblo, con su batita de cretona estampada sin sombrero, las piernas al aire para ahorrar medias y en los pies unos zapatos de tela con plataforma de corcho. Useppe no llevaba encima sino una camisita de cuadros desteñidos, unos pantaloncitos viejos de algodón azul, y unas sandalias de tamaño exagerado (compradas con el criterio del crecimiento), que con sus pasos golpeaban los adoquines con un chancleteo. En la mano tenía su famosa pelotita Roma (la nuez Lazio se había perdido, una fatalidad, esa primavera).

Salían del bulevar no muy lejos de la estación de Mercancías, dirigiéndose hacia la vía dei Volsci, cuando, no anunciado por ninguna alarma, se oyó avanzar por el cielo un clamor orquestal, metálico y zumbante. Useppe alzó los ojos a lo alto y dijo: «Lioplanos». Y en ese momento el aire silbó, mientras ya con un trueno enorme todos los muros se derrumbaban a sus

espaldas y el terreno saltaba a su alrededor, desmenuzado en una metralla de fragmentos.

—¡Useppe! ¡Useppe! — aulló Ida, caída entre un ciclón negro y polvoriento que impedía la visión.

—Ma, estoy aquí — le contestó, a la altura de su brazo, la vocecita de él, casi tranquilizadora. Lo cogió en brazos y en un instante relampaguearon en su cerebro las enseñanzas de la UNPA (Unión Nacional de Protección Antiaérea) y del jefe de casa: en caso de bombas, conviene tumbarse en el suelo. Pero en cambio su cuerpo echó a correr sin dirección. Había dejado caer una de las bolsas, mientras que la otra, olvidada, colgaba aún de su brazo, bajo el culito confiado de Useppe. Mientras tanto, habían empezado a sonar las sirenas. Ella, en su carrera, se sintió deslizar hacia abajo, como si llevase patines, por un terreno removido que parecía arado, y que humeaba. Hacia el fondo, cayó sentada, con Useppe apretado entre los brazos. Con la caída, la bolsa desparramó su carga de verduras, entre las que, esparcidos a sus pies, relucían los colores de los pimientos, verde, naranja y rojo fuerte.

Con una mano se agarró a una raíz aplastada, todavía cubierta de tierra suelta, que asomaba a su lado. Y, sacudiéndose la ropa, acurrucada alrededor de Useppe, empezó a palparle febrilmente todo el cuerpo para cerciorarse de que estaba incólume. Luego le colocó en la cabecita la bolsa vacía, cual casco protector.

Se encontraban en el fondo de una angosta trinchera, protegida por arriba, como un techo, por un grueso tronco de árbol. Se podía oír en las cercanías, sobre ellos, la copa caída, cuyo follaje se agitaba con un fuerte viento. Todo alrededor, persistía un fragor silbante e impetuoso, en el que, entre crujidos, vivos restallidos y extraños repiqueteos, se perdían, débiles y ya a una distancia absurda, voces humanas y relinchos de caballos. Useppe, aovillado

contra ella, la miraba a la cara, por debajo de la bolsa, nada asustado, más bien curioso y distraído.

—No es nada — le dijo—, no tengas miedo. No es nada.

Él había perdido las sandalias, pero aún tenía la pelotita apretada en la mano. Con las explosiones más fuertes apenas se le sentía temblar:

—Nara... — decía luego, entre convencido e interrogante.

Sus piecitos descalzos se balanceaban tranquilos junto a Ida, uno por acá y otro por allá. Durante todo el tiempo que esperaron en aquel abrigo, sus ojos y los de Ida se estuvieron mirando, atentos. Ella no habría podido decir cuánto duró aquello. Su reloj de pulsera se había roto; y hay circunstancias en las que es imposible para la mente calcular una duración.

Al cesar la alarma y asomar fuera de allí, se encontraron dentro de una inmensa nube polvorienta que ocultaba el sol, y hacía toser con su sabor a alquitrán; a través de la nube se veían llamas y un humo negro hacia la estación de Mercancías. Al otro lado del bulevar, las calles que desembocaban en él eran montañas de escombros, e Ida, avanzando trabajosamente con Useppe en brazos, buscó una salida hacia la plazuela entre los árboles destrozados y ennegrecidos. El primer objeto reconocible que encontraron fue, a sus pies, un caballo muerto, con la cabeza adornada por un penacho negro, entre coronas de flores rotas. Y en ese momento, un líquido dulce y tibio mojó el brazo de Ida. Solo entonces Useppe, acobardado, se echó a llorar, porque hacía tiempo que había dejado de ser tan pequeño como para mearse encima.

En el espacio de alrededor del caballo se divisaban otras coronas, otras flores, alas de yeso, cabezas y miembros de estatuas mutiladas. Delante de las tiendas de pompas fúnebres de alrededor, pulverizadas y vacías, todo el terreno estaba cubierto de cristales. Del vecino cementerio llegaba un olor denso, azucarado y rancio; y se entreveían, al otro lado de las brechas de la

tapia, los cipreses negros y retorcidos. Mientras tanto, otra gente había reaparecido, creciendo hasta constituir una muchedumbre que vagaba como sobre otro planeta. Algunos estaban manchados de sangre. Se oían chillidos y nombres, o bien:

—¡También allá está ardiendo!

—¿Dónde está la ambulancia?

Pero incluso esos sonidos resonaban roncós y extravagantes, como en una corte de sordomudos. La vocecita de Useppe repetía a Ida una pregunta incomprensible, en la cual creía reconocer la palabra «casa»:

—Ma, ¿cuándo volvemos a casa?

La bolsa le caía sobre los ojitos, y él se estremecía ahora con feroz impaciencia. Parecía obsesionado con una preocupación que no quería enunciar, ni siquiera para sí:

—Ma... ¿Casa? — proseguía obstinada su vocecita.

Pero era difícil reconocer las calles familiares. Por fin, al otro lado de un edificio semiderruido, cuyas vigas y persianas colgaban, arrancadas, entre la polvareda de las ruinas, Ida descubrió, intacto, el edificio de la taberna, adonde acudían a refugiarse en las noches de alarma. Entonces Useppe empezó a debatirse con tal frenesí que logró soltarse de sus brazos y bajar al suelo. Y, corriendo con sus piecitos descalzos hacia una nube más densa de polvo, empezó a gritar:

—¡Bii! ¡Biii! ¡Biiii!

Toda la manzana estaba destruida. Quedaba solo un bastidor, abierto sobre el vacío. Buscando con los ojos hacia arriba, en el sitio de su piso se divisaba entre la nube de humo un pedazo de descansillo, debajo de dos depósitos de agua que milagrosamente seguían en pie. Abajo unas figuras aullantes o mudas vagaban entre placas de cemento, muebles destrozados, montones de escombros y basura. Ningún lamento ascendía de allí, debajo debían de estar

todos muertos. Pero algunas de las figuras, actuando con un mecanismo idiota, hurgaban o arañaban con las uñas entre los montones, en busca de alguien o algo que recuperar. Y, en medio de todo esto, la vocecita de Useppe continuaba llamando:

—¡Biii! ¡Biiii! ¡Biiiii!

Blitz había desaparecido, con la cama de matrimonio y la camita y el sofá cama y el arcón, y los libros desencuadernados de Ninnuzzu, y su retrato ampliado, y las cacerolas de la cocina, y la funda de lona con los abrigos arreglados y los jerséis de invierno, y los diez sobres de leche en polvo, y los seis kilos de pasta, y lo que quedaba del sueldo del mes, metido en un cajón del aparador.

—¡Vámonos! ¡Vámonos de aquí! — dijo Ida, intentando alzar a Useppe en brazos.

Pero él se resistía y se debatía, desplegando una violencia inverosímil, y repetía su grito: «¡Biii!» con una exigencia cada vez más urgente y perentoria. Quizá juzgaba que, así incitado, Blitz debería reaparecer a la fuerza por cualquier rincón, meneando el rabo, de un momento a otro.

Y, arrastrado en vilo, no cesaba de repetir aquella única y grotesca sílaba, con voz convulsa por los sollozos.

—Vámonos, vámonos de aquí — reiteraba Ida.

Aunque en realidad no sabía adónde ir. El único asilo que se le ocurrió fue la taberna, donde ya estaba congregada bastante gente, conque no había sitio para sentarse. Pero una mujer mayor, viéndola con el niño en brazos, y reconociéndolos, por su aspecto, como «damnificados», invitó a sus vecinos a apretarse y les hizo sitio a su lado en un banco.

Ida jadeaba con el vestido roto, las piernas arañadas y embadurnada hasta la frente de un negror grasiento donde se distinguían los dedos minúsculos

dejados por Useppe al colgarse de su cuello. En cuanto la vio acomodada como pudo en el banco, la mujer le preguntó solícita:

—¿Son ustedes de por aquí?

Y, al silencioso asentir de Ida, le hizo saber:

—Yo no, soy de Mandela. — Se encontraba en Roma de paso, como cada lunes, para vender sus productos—. Soy del campo — precisó.

Allí, en la taberna, debía esperar a un nieto suyo, que, como todos los lunes, la había acompañado para ayudarla y en el momento del ataque aéreo se encontraba dando vueltas por la ciudad, vete a saber dónde. Corría la voz de que en este bombardeo habían utilizado diez mil aparatos y que toda la ciudad de Roma estaba destruida: hasta el Vaticano, hasta el Palacio Real, hasta la Piazza Vittorio y Campo dei Fiori. Todo en llamas.

—¡Quién sabe dónde se encontrará a estas alturas mi nieto! ¡Quién sabe si funcionará el tren de Mandela!

Era una mujer de unos setenta años, aunque aún robusta, alta y gruesa, de tez rosada y con dos aretes negros en las orejas. Tenía en el regazo una cesta vacía con un rodete deshecho, y parecía dispuesta a esperar a su nieto, sentada allí con su cesta, a lo mejor durante trescientos años, como el brahmán de la leyenda hindú.

Viendo la desesperación de Useppe, quien aún seguía llamando a su Bi con voz cada vez más apagada y débil, trató de distraerlo columpiándole delante una crucecita de nácar que llevaba al cuello colgada de un cordoncito:

—¡Bi, bi, bi, nene! ¿Qué dices, eh, qué dices?

Ida le explicó en voz baja, en un balbuceo, que Blitz era el nombre del perro, desaparecido bajo los escombros de su casa.

—¡Ay! ¡Cristianos o animales, reventar es cosa del destino! — observó la otra, moviendo apenas la cabeza con plácida resignación. Después, volviéndose hacia Useppe, llena de gravedad matriarcal y sin aspavientos, lo

consoló con el siguiente discurso—: No llores, nene, que a tu perro le han salido alas, se ha convertido en palomita y ha volado al cielo.

Al decirle esto, emuló con las dos palmas levantadas el batir de dos alas. Useppe, que se lo creía todo, suspendió su llanto para seguir con interés el ligero movimiento de las manos, que entretanto se habían posado sobre la cesta, y allí estaban, en reposo con sus cien arrugas ennegrecidas por el mantillo.

—¿Alas? ¿Por qué alas?

—Porque se ha convertido en una palomita blanca.

—Paomita banca — asintió Useppe, examinando atentamente a la mujer con ojos lacrimosos que ya principiaban a sonreír—: ¿Y qué hace, allí, ahora?

—Vuela, con otras muchas palomitas.

—¿Cuántas?

—¡Muchas! ¡Muchas!

—¿Cuántas?

—Trescientas mil.

—¿Tecentas mil son muchas?

—¡Uh! ¡Más de un quindal!

—¡Son muchas! ¡Son muchas! Pero ¿qué hacen allí?

—Vuelan, se divierten. Eso.

—Y las dondinas, ¿también están? ¿Y también los baballos, están?

—Están.

—¿También los baballos?

—También los caballos.

—¿Y también ellos vuelan?

—¡Vuelan, claro que sí!

Useppe le echó una sonrisita. Estaba todo cubierto de sudor y de un polvo

negruzco, parecía un deshollinador. Tenía de punta, de tan embadurnados, los negros mechones de pelo. La mujer, al observar que sus piecitos sangraban por los arañazos, llamó imperiosamente a un soldado entrado a buscar agua y le encargó curárselos. Y él, distraído como estaba con la afortunada carrera de Blitz, aguantó la rápida cura sin siquiera fijarse.

Cuando el soldado terminó de curarlo, él le dijo adiós con la mano, distraídamente. Sus dos puñitos estaban ahora vacíos: también se había perdido la pelotita Roma. Al cabo de un rato, con la ropa hecha un asco y los pantalones mojados, Useppe dormía. La vieja de Mandela, en ese punto y hora, se calló.

En el sótano había empezado un ir y venir de gente; el local apestaba a gentío y a las tufaradas que llegaban del exterior. Pero, al contrario de las noches de alarma, no había confusión, ni tropezones, ni vocerío. La mayoría de los presentes se miraba a la cara, alelados, sin decir nada. Muchos tenían la ropa hecha pedazos y quemada, algunos sangraban. En algún sitio allá afuera, entre un rumor prolongado e incoherente, parecían distinguirse de vez en cuando estertores, o bien se alzaba de pronto un chillido feroz, como de un bosque en llamas. Comenzaban a circular ambulancias, coches de bomberos, tropas de a pie armadas de palas y picos. Alguien había visto también llegar un camión lleno de ataúdes.

Entre los presentes, Ida no conocía a casi nadie. Por sus pensamientos, que giraban en un vaniloquio ocioso e inconexo, pasaban de vez en cuando las fisonomías de algunos de sus vecinos de casa que, en las noches de alarma, corrían a refugiarse allí abajo con ella. Esas noches, atontada por los somníferos, apenas los entreveía; y en cambio hoy el cerebro se los presentaba, aunque ausentes, con la precisión de una foto. El Messagero, con sus temblores y su cara pasmada, llevado por sus hijas como un pelele. Giustina, la portera de vista cansada, que enhebraba las agujas a distancia. El

empleado del primero, que decía «Salve» y «Prosit» y había montado un «huerto de guerra» en el patio. El hojalatero, que se parecía al actor Buster Keaton y padecía artrosis, y su hija, que actualmente vestía uniforme de tranviaria. Un aprendiz de mecánico electricista, amigo de Ninnuzzu, que llevaba un jersey con la inscripción «Neumáticos Pirelli». Proietti, el pintor parado, que sin embargo tenía siempre puesto su gorrito de trabajo hecho con papel de periódico... En la actual incertidumbre sobre su suerte, esas fisonomías se le mostraban suspendidas en una tierra de nadie, desde donde en un instante podían reaparecer presentes en carne y hueso, apañándose en el barrio de San Lorenzo, disponibles como de costumbre, y a buen precio, o desde donde, en cambio, podían haber partido ya hacia una lontananza hacía milenios; irrecuperables para siempre, mucho más que un tesoro hundido en el océano Índico.

Hasta esa mañana, nadie más dispuesto que el enano y bastardo Blitz a acudir gratuitamente a cualquier llamada, fuese del barrendero o del trapero. Ella misma nunca le había hecho demasiado caso, considerándolo incluso un intruso y un comensal de gorra. Y a estas horas, en cambio, era tan inaccesible que ni todas las policías del Reich podrían atraparlo.

Lo primero que volvía a recordar de él, con una punzada muy especial, era la manchita blanca y estrellada que tenía en la panza. Aquella única elegancia de su vida se convertía también en la piedad suprema de su muerte.

¿Quién sabe lo que diría Nino, al no encontrar a Blitz? Entre la enorme laceración de la tierra, Nino era el único punto de tranquilidad y despreocupación de la mente de Ida. ¿Quizá porque aseguran, en general, que los pillos se salvan siempre? Aunque, desde el día de su marcha, no hubiera vuelto a dar noticias, Ida se sentía fúlgidamente segura, como si lo atestiguara un ángel, de que Nino regresaría sano y salvo de la guerra, y, es más, de que pronto se dejaría ver.

Alguien asomó para decir que, fuera, la Cruz Roja estaba distribuyendo víveres y prendas de vestir; y pronto la vieja de Mandela, con su bonito paso juvenil un poco bamboleante, echó a andar para conseguir algo. Ropa no logró encontrar, pero apareció con dos sobres de leche en polvo, una tableta de chocolate nacional y otra de mermelada comprimida, casi negra; y los metió en la bolsa vacía de Ida, quien le dio las gracias. Pensaba, en efecto, que Useppe, en cuanto despertase, debería comer, ya que su único alimento hasta entonces ese día había sido el desayuno de la mañana, compartido con Blitz. El desayuno había consistido, como de costumbre, en un pedazo de pan de racionamiento, correoso y blanducho, quizá amasado con salvado y mondas de patata, y una taza de leche aguada. Aunque al recordarlo, allá arriba en su cocina llena de sol, parecía ahora un cuadro de extraordinaria riqueza. Ella, por su parte, solo había tornado una tacita de sucedáneo de café; pero no obstante no advertía ninguna hambre, solo náuseas, como si la polvareda de las ruinas se le hubiera coagulado en el estómago.

Apareció de regreso, llevando una maleta vacía atada con una cuerda, el nieto de la vieja. Y enseguida se llevó a su abuela, afirmando con aplomo que Roma no estaba destruida, mentía quien lo dijera; aunque era preciso escapar urgentemente, porque ya habían localizado a un aeroplano vigía, que precedía a unos miles de Fortalezas Volantes a punto de llegar.

—Pero, el tren de Mandela, ¿funciona? — preguntaba la abuela, al subir con él la escalera de salida. Antes de irse, le había dejado a Ida de regalo su rodete, diciéndole que era un buen pedazo de tela nueva, tejida en Anticoli en un telar manual, y que podía sacar de él un mono para el crío.

Ida no hubiera querido moverse nunca de aquel banco; no podía decidirse a reunir sus fuerzas para afrontar el final de la jornada. En el sótano se estancaba un hedor horrendo; pero ella, empapada en sudor, estrechando al niño en sus brazos, se había sumido en una especie de paz insensible y casi

estática. Los ruidos le llegaban acolchados, sobre sus ojos descendía una especie de gasa, cuando advirtió, al volver la vista, que la taberna se había vaciado y el sol comenzaba a descender. Entonces le entraron escrúpulos por aprovecharse demasiado de la hospitalidad del tabernero y, con Useppe dormido en brazos, salió al aire libre.

Useppe seguía durmiendo, con la cabecita colgando sobre su hombro, mientras, poco después, ella recorría a pie la via Tiburtina. Por un lado, la calle corría a lo largo de la tapia del cementerio, y por el otro, a lo largo de edificios en parte destruidos por las bombas. Quizá por efecto del ayuno, a Ida le entraba sueño, el sentido de la identidad se le iba escapando. Se preguntaba, incierta, si la casa de la via dei Volsci, en San Lorenzo, donde había habitado más de veinte años, no sería la casa de Cosenza, demolida por el mismo terremoto que destruyera juntas Messina y Reggio. O si esta calle estaba en San Lorenzo, o en la Judería. Debía de haber una infección en el barrio, ¡y por eso lo demolían a golpes de pico! Y aquel cuerpo embadurnado de sangre y cal, ¿era hombre o mujer? ¿Era un maniquí? El bombero quería saberlo, para el registro civil, y por eso discutía con el soldado. ¿Aquellas llamas purulentas servían para quemar a los muertos? Y si los raíles estaban arrancados y el tranvía reducido a un esqueleto, ¿cómo iba a ir mañana a la escuela? Los caballos muertos, que la hacían tropezar, ¿eran arios o judíos? El perro Blitz era bastardo, conque, para el registro civil, judío. Por eso la deportaban, porque en el registro civil resultaba judía, en su apellido había un acento... Ah, así se explica... Ella de apellido se llamaba Almagià... en cambio Useppe, por suerte, se llamaba Ramundo... Pero ¿Ramundo era una palabra llana o aguda...? Y allí estaba escrito «Cementerio israelita»: así mismo: «cementerio». E israelita..., ¿no era esta una palabra prohibida?

Al leer esa inscripción en la verja del cementerio, se convencía de que sin

duda así estaban las cosas: la deportaban por no ser aria. Trató entonces de apretar el paso, pero notó que no podía más.

Por sugerencia del tabernero, se había pegado a un grupo de damnificados y refugiados, encaminados hacia Pietralata, a un edificio donde habían preparado, eso decían, un dormitorio para los sin hogar. Casi todos los que la precedían y la seguían transportaban fardos, o maletas, o enseres; ella, en cambio, salvo Useppe, no tenía absolutamente nada que llevar. La única propiedad que le había quedado era la bolsa colgada del brazo, con los paquetes de la Cruz Roja y el rodete de la vieja de Mandela. Pero por fortuna, a salvo debajo del corsé (que nunca dejaba de ponerse, ni en verano), le quedaba, sin embargo, el valioso rollito de sus ahorros. El corsé, en verdad, después de tantas horas, se le estaba convirtiendo en un cilicio. Ahora su único deseo era llegar, a donde fuese, incluso a un campo de concentración o a una fosa, para aflojarse por fin aquel corsé feroz.

—¡Callad! ¡El enemigo os escucha! ¡Vencer..., vencer!

Un hombrecillo solo y ya más bien anciano, a su lado, repetía en voz alta estos lemas de guerra, que se leían aquí y allá a lo largo de la calle en los muros requemados y en los carteles sucios de humo. Y parecía divertirse muchísimo él solo, pues se reía como si se contara chistes, comentándolos con rezongos variados. Tenía el brazo derecho enyesado hasta el hombro, de forma que se veía forzado a llevarlo levantado y extendido, como si hiciese el saludo fascista; y también eso parecía regocijarse. Era de un tipo entre artesano y empleaducho, flaquito, de estatura no muy superior a la de Ida, y con ojos vivos. A pesar del calor llevaba chaqueta y en la cabeza un sombrero de ala ancha bien calado; y con la mano libre empujaba un carretón de mano donde había cargado unos enseres. Al oírlo farfullar solo, sin parar, Ida pensó que estaba loco.

—Doña, ¿es usted romana? — la interpeló de repente, con alegre acento.

—Sí, señor — murmuró ella. Razonaba para sí, en efecto, que a los locos hay que contestarles siempre afirmativa y respetuosamente.

—¿Romana de Roma?

—Sí, señor.

—Como yo. Roma Doma. También yo soy romano, y, desde hoy, inválido de guerra.

Y le explicó que una losa le había dado en el hombro precisamente mientras volvía a su casita-taller (era marmolista junto al cementerio). Su casita no había sufrido, por suerte, pero él prefería escapar de allí, de todos modos, llevándose lo estrictamente indispensable. Lo demás, si no se lo cargaban los ladrones o las bombas lo encontraría a su vuelta.

Charlaba con alegría creciente, e Ida lo miraba de hito en hito, espantada, sin seguir su conversación.

—Feliz él, que duerme — observó el loco poco después, señalando a Useppe. Y le propuso, al verla agotada, depositar a la criatura en su carretón.

Ella lo miraba con enorme desconfianza, figurándose que, con el pretexto de ayudarla, el hombrecillo quería robarle a Useppe, llevandoselo a la carrera con el carretón. No obstante, como no podía más, aceptó. El hombrecillo la ayudó a instalar a Useppe (que seguía durmiendo tan tranquilo) entre sus pertenencias y después se presentó con estas palabras:

—Giuseppe Cucchiarelli, ¡hoz y martillo! — Y, con un ademán de inteligencia y de saludo, cerró el puño de la mano sana, haciéndole un guiño con los ojos.

La pobre cabeza atontada de Ida seguía razonando: si le digo que el crío se llama Giuseppe, como él, es más fácil que me lo robe. Sobre la base de este razonamiento, prefería no decir nada. Después, para precaverse contra las oscuras intenciones del hombrecillo, se aferró a una vara del carretón con las dos manos. Y aunque ahora casi se dormía de pie, no soltó la vara, ni siquiera

para desentumecerse los dedos. Mientras tanto, pasado ya el cementerio judío, doblaban por el recodo de la via Tiburtina.

Y así Useppe hizo el resto del viaje casi en carroza; siempre durmiendo, acomodado sobre una colcha guateada, entre una jaula habitada por una pareja de canarios y una cesta con tapa que contenía un gato. Este estaba tan aterrado y trastornado por todas aquellas oscuras vicisitudes que en todo el viaje no resolló. Los dos canarios, en cambio, muy juntitos al fondo de la jaula, de vez en cuando intercambiaban mínimos píos de consuelo.

Transcurrieron aún cerca de dos meses y medio, sin ninguna noticia de Nino. Entretanto, el 25 de julio el rey había depuesto y arrestado al Duce, ya sin partidarios en la mala suerte, y con él había caído el fascismo, sustituido por el Gobierno provisional badogliano, que duró cuarenta y cinco días. El día cuadragésimo quinto, que fue el 8 de septiembre de 1943, los Aliados angloamericanos, dueños ahora de gran parte del sur de Italia, habían firmado un armisticio con los gobernantes provisionales. Y estos, inmediatamente después, emprendieron la huida hacia el sur, dejando a los fascistas y los alemanes el resto de Italia, donde la guerra continuaba.

Pero el ejército nacional, diseminado por el territorio, sin dirección y sin órdenes, se había disgregado, de forma que para combatir al lado de los alemanes ya solo quedaban las milicias negras. Liberado por los hitlerianos, Mussolini se había instalado en el norte al frente de una república nazifascista. Y actualmente la ciudad de Roma, sin Gobierno, se encontraba de hecho bajo la ocupación hitleriana.

Durante todos estos acontecimientos, Ida y Useppe siguieron viviendo al borde del territorio de Pietralata, en el albergue para evacuados que los acogió la primera noche del bombardeo aéreo.

Pietralata era una zona rural baldía en la extrema periferia de Roma, donde el régimen fascista había fundado años atrás una especie de pueblo de realojados, o sea, de familias pobres expulsadas a la fuerza por las

autoridades de sus viejas casas del centro urbano. El régimen se había ocupado apresuradamente de construir para ellas, con materiales de producción nacional, este nuevo barrio, compuesto por viviendas reglamentarias hechas en serie, que ahora, aunque recientes, parecían ya decrépitas y podridas. Eran, si no recuerdo mal, casuchas rectangulares puestas en hilera, todas del mismo color amarillento, en medio de un terreno yermo y sin adoquinar, que producía solo algún arbolillo seco, y el resto polvo o barro, según la estación. Además de las casuchas, se veían unos cajones de cemento, destinados a letrinas o lavaderos, y unos tendederos semejantes a horcas. Y en cada una de aquellas casuchas-dormitorio se agolpaban familias y generaciones, con quienes se mezclaba, ahora, una población errante de fugitivos de guerra.

En Roma, en especial en los últimos tiempos, este territorio estaba considerado casi como una zona franca y sin ley, y por lo general fascistas y nazis no se atrevían demasiado a dejarse ver por allí, aunque su panorama estuviese dominado por un fortín militar, descollando en la cima de un monte.

Para Ida la barriada, con sus habitantes, seguía siendo una región exótica por donde solo aparecía para comprar en el mercado, o en ocasiones similares, atravesándola siempre con palpitaciones, como un conejo. El refugio donde moraba se encontraba, en efecto, a cerca de un kilómetro de distancia del poblado, al otro lado de un desierto de prados irregulares, puros taludes y zanjas, que lo ocultaban a la vista. Era un edificio aislado, cuadrangular, al fondo de un desmonte, y no se sabía muy bien cuál había sido su función primitiva. Quizá en su origen había servido de almacén agrícola, aunque, a continuación debió de destinarse a escuela, porque había allí pupitres amontonados. Y probablemente se habían iniciado también unas obras, luego interrumpidas porque sobre la cubierta, de azotea, habían

derribado parte del parapeto y habían dejado una llana y montones de ladrillos. En la práctica, consistía en un único local en la planta baja, más bien vasto, con bajas ventanas enrejadas y una sola puerta que daba directamente al desmonte; pero gozaba en verdad de comodidades raras, entonces, en las zonas suburbanas, es decir un retrete privado, con pozo negro; y una cisterna, comunicada con un depósito de agua del tejado. El único grifo del edificio se encontraba en el retrete, situado en un estrecho sótano, y desde allí se maniobraba también el aparato para sacar agua del depósito. Pero desde el verano la cisterna estaba seca e Ida, con las otras mujeres, debía aprovisionarse de agua en una fuente de la barriada. Luego, con las lluvias, la situación mejoró.

Alrededor no existía ninguna otra vivienda. El único edificio del lado de acá de la barriada, a una distancia de trescientos o cuatrocientos metros, era un mesón, una especie de barraca de mampostería, donde vendían también sal, tabaco y otros géneros racionados, cada vez más escasos con el paso del tiempo. Si por la zona corría la amenaza de redadas, o rastreos, o de la simple presencia de alemanes a fascistas, el mesonero se las arreglaba para avisar a los evacuados, con ciertas señales.

En la entrada del albergue, al fondo del desmonte, se había practicado un sendero irregular hacia el mesón, reforzado lo mejor posible con algunas piedras. Era, en las cercanías, la única calle trillada.

Desde que Ida se encontraba allí, no pocos de la pequeña multitud llegada con ella se habían trasladado a otra parte, con sus parientes o al campo. Hubo, en su lugar, nuevas llegadas, de damnificados del segundo bombardeo de Roma (el 13 de agosto) o de fugitivos del sur; aunque también estos, poco a poco, se habían desperdigado por otros lugares. Entre quienes se quedaron allí, como Ida y Useppe, desde la primera noche, estaba aún Giuseppe Cucchiarelli, el marmolista que había llevado a Useppe en el carretón. Al

parecer recientemente había logrado, falsificando los papeles de la lista de muertos, figurar entre las víctimas del bombardeo que quedaron bajo los escombros. Prefería permanecer de incógnito con los evacuados, muerto oficialmente en el registro civil de Roma, a trabajar de marmolista del camposanto bajo fascistas y alemanes.

Con él estaban también su gato (que además era una gata, de un bonito color veteadado de rojo y naranja, y que atendía por Rossella), y la pareja de canarios, llamados Peppiniello y Peppiniella, dentro de su jaula colgada de un clavo. La gata, siguiendo las enseñanzas de su dueño, se mantenía siempre alejada de ellos, como si ni siquiera los viese.

De los otros habitantes fijos del albergue actualmente había solo una familia, medio romana y medio napolitana, y tan numerosa por sí sola que Giuseppe Cucchiarelli la apodaba los Mil. Los componentes napolitanos de esa familia, sin hogar en la primavera de aquel año a consecuencia de los bombardeos de Nápoles, habían ido a refugiarse con sus parientes de Roma; pero también aquí se quedaron sin hogar, con los hospitalarios parientes, a consecuencia del bombardeo de julio.

—Somos un objetivo militar — se jactaban al respecto, bromeando.

Contarlos con exactitud era difícil, pues componían una tribu fluctuante, pero nunca eran menos de doce y, como se las apañaban, entre todos, con diversas actividades y oficios, gozaban de relativa prosperidad. Estaban algunos mozalbetes, que aparecían solo a intervalos, y normalmente se mantenían alejados de allí, quién sabe dónde, por miedo a las incursiones alemanas. Estaba una vieja romana gordísima, llamada la señá Mercedes, siempre sentada en una banqueta con una manta encima a causa de la artritis, y que custodiaba, bajo la manta, un depósito de géneros alimenticios. Estaba el marido de Mercedes, napolitano y de nombre Giuseppe, también él. Estaban otras dos viejas (a la más afable, de nombre Ermelinda, Useppe la

llamada Dinda), otro viejo, unas nueras jóvenes, y, entre los pequeños, diversos chavales, varones y hembras. En el número de estos (además de un tal Currado y un tal Impero) se contaba también otro Giuseppe, de forma que, para distinguir entre tantos Giuseppees, se solía decir: Giuseppe Primero, el marido de Mercedes, Giuseppe Segundo, el señor Cucchiarelli (a quien Ida, para sí, seguía llamando el Loco); y Peppe, el pequeño napolitano. A ellos se sumaba por último (por no contar a los canarios Peppiniello y Peppiniella) nuestro Useppe, que de todos aquellos Giuseppees era sin duda el más alegre y popular.

Entre los Mil se advertía cierto vacío en la generación de mediana edad, pues los padres (abuelos de Impero, Currado, etcétera) habían muerto aplastados en Nápoles. Además de a varios hijos varones ya mayores de edad dejaron huérfana, y estaba presente entre los Mil, a una última hija menor llamada Carulina, que contaba quince años recién cumplidos aunque aparentase trece; y a causa de sus trencitas negras dobladas y sujetas en lo alto de las sienes recordaba a una gata o una raposa con las orejas tiesas. Cerca de un año antes, en Nápoles, durante las pernoctas en las cuevas para evitar las incursiones, esta Carulina, entonces con catorce años menos un mes, había quedado embarazada, no se sabía de quién. Ella misma, en efecto, a las insistentes interrogaciones de su tribu respondía jurando que, si había sido alguien, no se había dado cuenta de nada. Pero no cabía dar mucha fe a sus palabras, porque tenía tan poca cabeza que creía ciegamente en todas las fantasías e invenciones, no solo ajenas, sino también propias. Por ejemplo, en Semana Santa, los suyos le habían dicho, queriendo tomarle el pelo, que los estadounidenses, por Pascuas en lugar de las consabidas bombas rompedoras e incendiarias lanzarían sobre Nápoles bombas-huevo, reconocibles incluso en el cielo por sus bonitos y chillones colores. Naturalmente, se trataba de proyectiles inocuos de donde, en el momento de estallar en el suelo, salían

sorpresas: salchichas, chocolatinas, caramelos, por ejemplo. Desde ese momento Carulina, tan convencida, estuvo siempre alerta, corriendo a la ventana al menor zumbido de aviones y oteando en el cielo la esperada aparición. Finalmente, la mañana del Sábado Santo salió a la compra y regresó con cara maravillada, entregando a su abuela un pastel de hojaldre: contó que, precisamente mientras pasaba por las cercanías de Puerta Capuana de una Fortaleza Volante había caído una bomba-huevo en forma de gran huevo de Pascua, y envuelta en papel de plata pintado con las figuras de la bandera americana. La bomba había estallado justamente delante de la Puerta sin hacer nada, ¡al contrario!, desprendiendo luces y chispas como una bellísima girándula de bengala; y de ella había salido la estrella de cine Janet Gaynor, con traje de noche y una joya en el pecho, y había empezado inmediatamente a repartir pasteles. A ella, Carulí, en particular, la diva le había hecho una señal de invitación con el dedito, entregándole el presente hojaldre, con estas palabras: «Llévaselo a la abuelita, que a la pobre vieja le quedan pocos años de pasar buenas pascuas en este mundo».

—Ah, conque te dijo eso... ¿Y en qué lengua te habló?

—¿Cómo en qué lengua? ¡Italiano! ¡Napolitano!

—Y luego, ¿cómo hizo para volverse a América? ¡Porque, si se deja ver por ahí, muy capaces son estos de cogerla de rehén y hacerla prisionera de guerra!

—¡Nooo! ¡Nooo! — meneando calurosamente la cabeza—. ¿Cómo? ¡Se marchó, inmediatamente, a los cinco minutos! Tenía atado como una especie de globo, en fin, un paracaídas al revés, que en vez de bajar sube. Y así volvió a montar en la Fortaleza Volante, que estaba allí arriba esperándola, y así se marchó.

—Ah, eso está bien. Gracias y muchos recuerdos.

Pocas semanas después de este caso extraordinario, Carulina llegó a Roma

con su familia. Y al verla a su llegada hacía el efecto de un fenómeno de la naturaleza: bajita, y con una tripa enorme, tan grande que no se entendía cómo podía con sus piecitos llevarla encima. En el mes de junio, en Roma, barrio de San Lorenzo, parió dos gemelas, sanas, normales y redonditas, mientras que ella era flacucha aunque de buena salud. Les pusieron Rosa y Celeste; y como eran, y seguían siendo, idénticas en todo, la madre, para no confundirlas, les ponía en la muñeca dos cintitas, una celeste y una rosa. Por desgracia, con el tiempo, las dos cintitas se volvieron casi irreconocibles, con la suciedad. Y la madre las examinaba escrupulosamente, antes de certificar, satisfecha: «Esta es Rusinella. Esta es Celestina».

Naturalmente, su poca leche infantil no le bastaba para las dos carulinitas; pero en eso la socorrió una de sus cuñadas romanas, que se hallaba incluso agobiada por la mucha leche que tenía, tras destetar por las bravas a su último hijo (Attilio), quien, si no, demasiado aficionado a la teta, siempre pegado a ella, amenazaba con crecer mamón.

La Carulina, aunque ya tuviese familia, se conservaba aún más cría que lo propio de su edad; hasta el punto de no interesarse, como sus cuñadas, por *Novella* y parecidas revistas de gran éxito femenino; leía aún, deletreándolos en voz alta, tebeos y revistas infantiles y se divertía jugando a las cuatro esquinas y al escondite con los chavales y los críos del lugar. Aunque bastaba el menor lamento o protesta de Rosa o de Celeste para verla correr preocupada, con los ojos muy abiertos y saltones como dos faros de automóvil, en dirección a su prole. Repartía concienzudamente su poca leche entre las dos gemelas, descubriendo en público las tetas desnudas sin vergüenza, como lo más natural. Y en esta operación de la lactancia se daba grandes aires.

Para dormirlas, cantaba una nana sencillísima, que decía así:

A la nina, nana, ¡oh!
Rusina y Celesta se durmió
¡oh, oh!
nana ¡oh!

Y esto era todo, repetido siempre igual, hasta que por fin se dormían.

El rincón reservado a su tribu, en la gran sala-albergue, estaba siempre empavesado, en especial los días de lluvia, con pañales y camisitas de recién nacido tendidos a secar. Se afanaba con frecuencia incluso exagerada por cambiar y limpiar a sus hijas, dándoles vueltas sin mucho cumplidos. Era, en resumen, una buena madre, aunque de modales autoritarios y expeditivos, sin carantoñas ni mimos, y hasta les gritaba, si venía a cuento, a las niñas, como si le entendieran. Quizá, muy poco preparada para la maternidad, más que dos niñitas pequeñas veía en ellas a dos coetáneas enanas, salidas por sorpresa de ella, como Janet Gaynor de la bomba-huevo.

Pero al mismo tiempo, con su inopinado ascenso a madre, ella misma se había ascendido, en cierto modo, a madre de todos. Siempre se la veía ajetreada, aquí avivando el fuego, allá aclarando una bayeta, o peinando a su cuñada con el peinado de Maria Denis, etcétera. Una de sus eternas ocupaciones, además, era dar cuerda al gramófono de manivela, propiedad de la familia, que (como la última radio de la familia se había hundido fatalmente con las bombas) se mantenía en funcionamiento de la mañana a la noche. Los discos eran pocos y siempre los mismos: dos únicas canciones, ya con más de dos años, que se titulaban «Reginella campagnola» y «Gagarella del Biffi-Scala»; una antigua canción cómica napolitana, «La foto»; otra ídem, llamada «Sciósciame», en la que se hablaba incluso de una tal Carulí; y además tres bailables (tango, vals y fox-trot brillante) y un jazz italiano, del conjunto Gorni, Ceragioli, etcétera.

Carulí se sabía de memoria todos estos títulos y nombres, igual que se sabía magníficamente de memoria los nombres de las actrices de cine y los títulos de las películas. El cine le gustaba mucho, en efecto; pero, si le preguntaban la trama de las películas tan disfrutadas, se descubría que no había entendido nada. En lugar de historias de amor, rivalidades, adulterios y similares, veía solo movimientos fantásticos, como de linterna mágica. Y las divas, para ella, debían de ser algo así como Blancanieves, o las hadas de los tebeos. En cuanto a los actores varones, le interesaban bastante menos, por ser menos comparables, en su imaginación, a los personajes de los cuentos.

Nacida en una tribu, está claro que nada referente al sexo había sido un secreto a sus ojos, desde la primera infancia. Pero eso, extrañamente, había fomentado su indiferencia sexual, tan inocente que aparentaba una ignorancia absoluta, parangonable, incluso, con la de Rosa y Celeste.

La Carulí no era guapa, con su cuerpecito inarmónico, y ya agotado por el doble embarazo hasta el punto de desequilibrar los movimientos de sus piernas, imprimiéndole unos andares sesgados y cómicos, como los de ciertos cachorros bastardos. En su espalda delgadita, los hombros sobresalían exageradamente, como dos alas trucas y desplumadas. Y su cara era irregular, con la boca demasiado grande. Pero a Useppe esta Carulí debía de parecerle una belleza mundial, por no decir divina. Y actualmente, el nombre más llamado y repetido por él (además de «ma»), era Ulí.

Por lo demás, Useppe pronto aprendió los nombres de todos: Eppetundo (Giuseppe Segundo, o sea, el Loco, o sea, Cucchiarelli, que en verdad no era rotundo en nada, más bien tirando a impreciso), Tole y Mémeco (Salvatore y Domenico, los dos hermanos mayores de Carulí), etcétera, etcétera. Y no dudaba en llamarlos por el nombre alegremente, cada vez que se le ocurría, como si fueran todos unos criajos de su edad. A menudo ellos, dedicados a

sus trapicheos y contrabandos, ni siquiera reparaban en él. Pero, tras un instante de perplejidad, olvidaba enseguida la afrenta.

Sin duda, para él no existían diferencias de edad, ni de bonito y feo, ni de sexo, ni sociales. Tole y Mémeco eran, realmente, dos mocetones retorcidillos y mal encarados, de profesión incierta (mercado negro, o latrocinios, según los casos), aunque para él fueran dos galanes de Hollywood o dos patricios de alto rango, tal cual. La señá Mercedes apestaba; pero él, cuando jugaba al escondite, escogía preferentemente como escondrijo la manta que tenía en las rodillas; y en el momento de desaparecer allá debajo, le susurraba deprisa y corriendo, con aire cómplice:

—Tú calla, ¿eh?, tú calla.

Un par de veces, al final del verano, cayeron por allí unos soldados alemanes. Y de inmediato cundió el pánico en el albergue, porque ahora ya, entre el pueblo, los alemanes eran peores que enemigos. Más aún cuando el anuncio de «los alemanes» obrase a su alrededor como una especie de maldición, el pequeño Useppe no parecía darse cuenta, y acogió a los insólitos visitantes con atenta curiosidad, y sin sospechas. Se trataba, en verdad, en aquellos casos, de militarotes comunes y corrientes de paso, que no tenían malas intenciones, ni pretendieron sino una indicación de una calle o un vaso de agua. Pero seguro que si allí, en la tarbea, se hubiera presentado un escuadrón de las SS con todo su bagaje de matanza, el cómico Useppe no habría tenido miedo. Aquel ser mínimo y desarmado no conocía el miedo, sino una única y espontánea confianza. Parecía que para él no existieran desconocidos sino solo gente de su familia, de regreso tras una ausencia, y a quien reconocía a primera vista.

La noche de su llegada después del desastre lo descargaron del carretón mientras seguía durmiendo, y no despertó hasta la mañana; de hecho, Ida, para hacerle comer algo, había tenido que metérselo en la boca casi dormido.

Después, por la noche, lo oyó, durante su larguísimo sueño, estremecerse y quejarse; al tocarlo, le había parecido que quemaba. Pero al día siguiente (una hermosa mañana de sol) se despertó tan fresco y vivaracho como siempre. Las primeras presencias que descubrió, recién abiertos los ojos, fueron los dos canarios y las gemelas (la gata estaba fuera, a lo suyo). E inmediatamente se precipitó hacia ellos, saludando a aquella aparición con muchas risitas encantadas. Después, como hacen los gatos, se había puesto a explorar el nuevo e inexplicable alojamiento, con aire de decir: «¡Sí, sí! Estoy satisfecho», y metiéndose entre todos aquellos desconocidos como si quisiera anunciar: «¡Aquí me tenéis! ¡Por fin nos encontramos!». No se había lavado aún, tras la jornada del día anterior, y en su cara intrépida, sucia y negra de humo, la felicidad de sus ojillos celestes era tan cómica que hacía reír a todos, incluso ese trágico primer día.

Desde entonces, la existencia promiscua en aquella única tarbea común, que fue para Ida un suplicio cotidiano, para Useppe fue toda una juerga. Su minúscula vida había sido siempre (salvo en las felicísimas noches de las alarmas) solitaria y aislada; ¡y ahora le había tocado la sublime suerte de encontrarse, día y noche, en numerosísima compañía! Parecía enloquecido, enamorado de todos.

Por eso las madres ajenas le perdonaban su extraordinaria precocidad, comentándola sin envidia. Al compararlo con sus hijos, no querían creer que apenas tenía dos años; y sospechaban entre sí que Ida, a este respecto, por presumir, les contaba una trola. Aunque confirmaban la mínima edad del crío, por otra parte, su ilimitada ingenuidad y sus medidas físicas, siempre por debajo de las de sus coetáneos. Unas damas de caridad habían dejado allí, como regalo para los sin hogar, un montón de prendas usadas, de donde habían sacado su ropa de otoño: un par de pantalones largos con tirantes, que Carulí le ajustó a la cintura, aunque le sobraban por todas las demás partes,

hasta parecer los de Charlot; una capa con capucha de hule negro, con un forro acolchado rojo, que le llegaba a los pies; y un jerseicito de lana azul que, en compensación, le estaba corto (quizá había pertenecido a un bebé), de forma que siempre se le levantaba por detrás, dejándole al aire una parte de espalda.

Además, Carulí le cortó dos camisetas y varios calzoncillos con la tela del rodete de la vieja de Mandela; y con los retales de una piel de cabra, robada por sus hermanos a un curtidor, le preparó un par de abarcas de tipo campesino, atadas con cordeles. Puede decirse, en verdad, que, de todos los huéspedes de la tarbea, Useppe era, el más pobre. O mejor dicho, lo fue en el primer período; pues a continuación, como se verá, llegó un huésped que, al menos de momento, era aún más pobre que él.

Como todos los enamorados, Useppe no advertía en absoluto las incomodidades de aquella vida. Mientras duró el verano, a los demás habitantes del dormitorio se sumaron mosquitos, pulgas y chinches. Y Useppe se rascaba por arriba y por debajo, realizando auténticas gimnasias naturales, como los perros y los gatos, y rezongando apenas por todo comentario: «lopas, lопас...», o sea, moscas, ya que a todos los insectos les llamaba moscas.

En otoño, con las ventanas cerradas, el local, a la hora de cocinar, se llenaba de un humo asfixiante; y él, sin molestarse, se contentaba de cuando en cuando con abanicar las dos manos, diciendo: «Fuera, humo». Estas molestias, por lo demás, quedaban compensadas por las maravillas de la tarbea, que con las lluvias de otoño estaba siempre pobladísima, ofreciendo programas de novedades y atracciones siempre variadas.

Ante todo, estaban las dos gemelas. Los otros críos del grupo, más o menos coetáneos suyos, manifestaban, a su modo, cierta conciencia de superioridad frente a aquellos bebés. Mas para él constituían un espectáculo

tan fascinante que a veces se quedaba contemplándolas durante muchos minutos, con una diversión extática. Después, de repente, irresistiblemente, prorrumpía en ciertas conversaciones festivas e incomprensibles, convencido quizá de que para dialogar con aquellas criaturas era preciso un lenguaje bárbaro. Y quizá tenía razón, porque ellas le respondían con gesticulaciones regocijadas y ruiditos especiales, tan entusiastas que, al emitirlos, se mojaban todas de saliva.

Ante tal concordia, un día la parentela le propuso casarse con una. Y él rápidamente aceptó la propuesta, serio y persuadido; pero como titubeaba en la elección entre una y otra (y de hecho parecían iguales), llegaron de común acuerdo a la solución de casarlo con las dos. La boda se celebró sin más demora. La señá Mercedes era el cura y Giuseppe Segundo el padrino.

—Useppe, ¿aceptas por esposas a las aquí presentes Rosa y Celeste?

—Ti.

—Rosa y Celeste, ¿aceptáis por marido al aquí presente Useppe?

—Yo sí. Y yo sí — afirmaron las novias, por boca del padrino.

—Pues yo os declaro marido y mujer.

Y dicho esto, mientras las manos de los tres novios eran solemnemente unidas, la oficiante Mercedes fingió ensartarles en los dedos tres anillos imaginarios. Useppe resplandecía de ardor, pero también de responsabilidad con esta doble consagración, que la Carulí aprobaba contentísima, en presencia de Impero, Currado y toda la chiquillería, que asistían con la boca abierta. Como refresco de bodas, el padrino invitó a un par de tragos de un licorcillo dulzón, de fabricación propia; pero Useppe, tras haberlo probado con aire compungido, no apreció para nada el sabor, y lo escupió sin más ceremonias.

Este fracaso del refresco no estropeó la fiesta, sin embargo, y hasta suscitó una carcajada general, que liberó instantáneamente al novio de su seriedad. Y

con un buen humor inmenso y radiante Useppe se tiró al suelo patas arriba, entregándose a una desenfrenada celebración acrobática.

Otro espectáculo admirable eran los dos canarios, ante los que Useppe prorrumpía, incluso, en grititos de júbilo: «...alas», repetía, «...alas». Pero se esforzaba en vano por entender su conversación, cantada o charlada.

—Ulí, ¿qué dicen?

—¡Y yo qué sé! Esos no hablan nuestra lengua, son forasteros.

—Vienen de las islas Canarias, ¿verdad, seor Giuseppe?

—No, señá Mercedes. Estos son de por acá, vienen de Porta Portese.

—¿Y qué dicen? Eppetundo, ¿eh? ¿Qué dicen?

—¡Bah! ¿Qué van a decir...? Dicen: «¡Chirichí, chirichí, yo salto aquí, tú brincas allí!»! ¿Te va bien?

—No.

—Ah, ¡no te va bien! Bueno, pos cuéntanoslo tú, entonces, lo que dicen.

Pero Useppe, amargado, no hallaba respuesta a eso.

A diferencia de los canarios, la gata Rossella no mantenía diálogos con nadie. Aunque, en ocasiones, tenía en su habla ciertas voces especiales, que todos, más menos, eran capaces de entender. Para pedir, decía «miu» o «meu»; para llamar, «mau», para amenazar, «mbroooh», etcétera, etcétera. Pero era muy raro, en verdad, encontrarla dentro de casa. Su propietario Giuseppe Segundo había decidido: «Cuando hay escasez para los cristianos, a los gatos deben bastarles los ratones», y ella, por consiguiente, se pasaba la mayoría del tiempo de caza, derrochando destreza y audacia, porque el terreno de caza era traidor.

—Cuídate — la advertía de cuando en cuando Giuseppe Segundo—, que no muy lejos está el mesón, donde asan gatos.

Y por entonces, al parecer, también escaseaban los ratones. El cuerpo de la

cazadora, en efecto, de hermosa y felina elegancia, en los últimos tiempos andaba flaco y repelado.

Según la opinión general, era una gata de mala vida, maligna y falsa. En efecto, si trataban de cogerla, escapaba, y cuando nadie la buscaba, llegaba inesperadamente a restregarse contra unos y otros, ronroneando, pero saltando lejos apenas intentaban tocarla. Hacia los chavales, además, nutría una especial desconfianza; y si a veces, distraída por su sensualidad, llegaba a restregarse contra uno de ellos, bastaba un ligero movimiento para que de inmediato bufase con aire feroz. Conque Useppe, cada vez que se dignaba darle un restregón, se mantenía inmóvil y sin respirar, emocionado por aquel favor difícil y fugaz.

Otro lujo primordial de la tarbea, para Useppe, era el gramófono. Él variaba las canciones al infinito, y se ponía a bailar, no con los pasos monótonos y acompasados del tango o el fox, sino danzas instintivas y fantásticas, en las cuales acababa incluso por desenfrenarse, arrastrando en su ebriedad a los otros chiquillos a verdaderos prodigios de campeón. Entre sus habilidades prematuras, la más admirada por todos era su excelencia en los deportes. Se diría que sus minúsculos huesos tenían aire por dentro, como los de los pájaros. En la tarbea habían quedado en depósito unos pupitres escolares, que ocupaban, apilados, todo un lado, ¡y para él aquella pila debía de representar una especie de peligrosa escollera! Trepaba por ella volando, hasta lo alto, saltando y corriendo en equilibrio por los bordes de arriba como un bailarín en la cuerda floja; y de repente daba un salto hasta el suelo, sin peso. Si alguien le gritaba desde tierra: «¡Baja! ¡Te harás daño!», él, normalmente tan dispuesto a contestar, en este caso se volvía sordo e inalcanzable. También ante aplausos e incitaciones: «¡Muy bien! ¡Baja!» demostraba igual desatención despreocupada. Carecía de afición a exhibirse;

más aún, llegado el caso, se olvidaba de la presencia ajena. Daba la sensación de que su cuerpo lo transportaba fuera de sí mismo.

Además de la pila de pupitres, la tarbea estaba atestada por doquier de fardos, damajuanas, hornillos, tinas, palanganas, etcétera, así como de saquitos de arena contra los incendios y colchones enrollados. En el aire, de uno a otro lado, había cuerdas tendidas, todas empavesadas de vestidos y ropa interior.

La entera superficie, muy vasta, era un trapecio rectangular, cuyo ángulo obtuso con sus aledaños estaba ocupado por los Mil, que de noche dormían todos en montón, en una hilera de colchones unidos. El ángulo agudo estaba ocupado por Giuseppe Segundo, único que disponía de un colchón de lana de su propiedad. Había dejado en casa, en cambio, la almohada, y en su lugar usaba la chaqueta y, sobre esta, el sombrero, que todas las mañanas se encasquetaba, sin quitárselo nunca, ni siquiera en casa. Para explicar esta cómica costumbre decía padecer artritis reumática. Pero la verdad era que bajo el forro del sombrero tenía escondida, en billetes de mil, una porción de su capital líquido, tras distribuir el resto, en parte en el forro de la chaqueta, y en parte bajo la suela interior de su único par de zapatos, que de noche dejaba descansando a su lado, debajo de la manta.

El ángulo siguiente era de Ida, única que lo había separado del resto del dormitorio con una especie de cortina, hecha con sacos cosidos a la buena de Dios y colgados de una cuerda. Y por el cuarto ángulo, deshabitado en ese momento, pasaron sucesivamente varios huéspedes transitorios, de los que, como único recuerdo, quedaron dos garrafas vacías y un jergón de paja.

En este período, por las mañanas, al despertar, Ida raramente se acordaba de haber soñado. Y los pocos sueños que recordaba eran alegres, de forma que le resultaba más amargo encontrarse, cuando se levantaba, en su presente estado de miseria. Una noche le pareció oír el grito de los pescadores ya oído

en la infancia, cuando vivía con sus abuelos en verano: ¡FAA-LEIU! Y, en efecto, se halla en presencia de un mar azul, dentro de una estancia tranquila y luminosa, en compañía de toda su familia, vivos y muertos. Alfio la refresca agitando un abanico de colores, y Useppe en la orilla ríe al ver los pececitos que brincan en el borde del agua...

Después se encuentra en una ciudad preciosa, como no ha visto nunca. También esta vez está presente un grandísimo mar azul, al otro lado de inmensas terrazas por donde pasea una muchedumbre de vacaciones, alegre y plácida. Todas las ventanas de la ciudad tienen cortinas abigarradas, que se agitan apenas con el aire fresco. Y a este lado de las terrazas, entre jazmines y palmeras, se extienden cafés al aire libre, donde la gente, descansando festiva bajo sombrillas de colores, admira a un violinista fantástico. Ahora bien, este violinista es su padre, alto y regio en un palco de la música con balaustrada decorada; es también un cantante famoso, y toca y canta «Celeste Aida forma divina»...

La apertura del curso, que en su nueva condición de refugiada había preocupado a Ida desde el verano, se retrasaba ahora hasta quién sabe cuándo en la ciudad de Roma; y la única actividad de Ida, fuera de casa, era actualmente la difícil caza de alimentos, para la cual su sueldo resultaba cada mes más escaso. A veces, a los Mil, que ejercían, entre otras cosas, también un comercio clandestino, les compraba trozos de carne, o mantequilla, o huevos, a los altos precios del mercado negro. Pero esos lujos se los permitía en exclusivo beneficio de Useppe. Ella había adelgazado tanto que sus ojos parecían el doble de grandes que antes.

En la tarbea reinaba una estricta división de la propiedad, de forma que a la hora de las comidas se establecía una auténtica frontera invisible entre los tres ángulos habitados del trapecio. Hasta Useppe, a esas horas, era retenido en su rinconcito por Ida, que temía que el crío, entre los Mil que banquetearan y

Giuseppe Segundo dedicado a calentar sus latas, adoptase, involuntariamente, el papel de un pedigüño. En aquella época de carestía, hasta los pródigos se volvían tacaños; y el único que, de cuando en cuando, asomaba por la cortina de sacos llevando de regalo una prueba de sus platos era Giuseppe Segundo. Aunque ella, que seguía teniéndolo por loco, ante tales ofertas se ruborizaba confusa, repitiendo:

—Gracias..., perdone..., muchas gracias..., mil perdones...

En el grupo de los refugiados, ella era la más instruida, aunque también la más pobre; y eso la intimidaba y asustaba aún más. No lograba desprenderse de su sensación de inferioridad ni con los chiquillos de los Mil, y solo con las gemelitas se permitía ciertas confianzas, porque también ellas, como Useppe, habían nacido de padre desconocido. Los primeros días, a quien le preguntaba por su marido, le contestaba ruborizándose:

—Soy viuda... — Y la angustia de nuevas preguntas la hacía aún más cerril de lo que ya era por naturaleza.

Temía siempre molestar, estar de más; y solo raras veces salía de su rincón, viviendo agazapada tras su cortina como un preso en una celda de castigo. Mientras se desvestía o se vestía, temblaba por si algún extraño asomaba por la cortina, o la entreveía por los agujeros de la tela de saco. Se avergonzaba cada vez que iba al retrete, delante del que a menudo había que hacer cola; aunque, de momento, aquel cuartito fétido era el único lugar donde se le concedía, al menos, una pausa de aislamiento y tranquilidad.

En la tarbea común, los raros momentos de silencio le hacían el efecto de un hilo de aire libre en el fondo de un remolino infernal. Todos aquellos ruidos ajenos, que la agredían por doquier, se reducían ahora, a sus oídos, a un eterno retumbo, sin distinción de sonidos. Pero al reconocer, allá en medio, la vocecita festiva de Useppe, sentía la idéntica y pequeña gloria que

experimentan las gatas callejeras cuando sus emprendedores gatitos se aventuran por la plaza pública, fuera de su agujero hundido en el subsuelo.

En general, Useppe, terminada la cena, se caía de sueño y raramente se encontraba fuera a la hora en que los Mil preparaban su gran cama para la noche. Pero por su parte consideraba esas raras ocasiones como una suerte, asistiendo a los preparativos con grandísimo interés, y procurando mezclarse en ellos. Después, arrastrado de la mano de Ida a su cortina privada, se volvía nostálgicamente hacia atrás.

Cierta noche, entre la oscuridad universal, despertó para hacer sus necesidades; y al proceder a ello heroicamente, sin ayuda para no molestar a su madre, le intrigó el enorme coro de ronquidos al otro lado de la cortina; y se demoraba en el orinal, aguzando el oído, hasta que, levantándose, salió descalzo a explorar el dormitorio. ¿Quién sabe cómo harían, los durmientes, para producir sonidos tan variados? Uno parecía un motor de explosión, uno el silbido de un tren, uno un rebuzno, y otro más un estornudo de repetición. En las tinieblas de la tarbea, la única claridad provenía de una mariposa, que los Mil tenían siempre encendida delante de ciertas fotografías, en una especie de altarcito al fondo de su cubil. La lucecita llegaba a duras penas a la parte opuesta, donde Useppe se encontró al salir de la cortina. Pero renunció a avanzar más, no por miedo a moverse en la oscuridad, sino porque sobre la curiosidad de observar el mecanismo de los ronquidos predominó al instante una atracción distinta. Y con una risita, viendo que la yacija de los Mil, allí a su lado, le dejaba un pequeño sitio hacia el borde, se acomodó sin más, tapándose como pudo con un extremo disponible de manta. A duras penas conseguía distinguir los perfiles de los durmientes más próximos. La de su lado, por el enorme bulto de debajo de la manta, y también por el olor, debía de ser la señá Mercedes. En cambio a los pies de esta estaba tumbado un cuerpo mucho más pequeño, con la manta subida hasta la cabeza, y que quizá

podía también ser Carulina. Antes de estirarse del todo, Useppe probó a llamar despacito: «Ulí...», pero ella no dio muestras de haber oído. Quizá fuera otra.

Ninguno de los Mil se percató de la intrusión de Useppe. Solo el gran cuerpo a su lado se corrió un poco, instintivamente, en sueños, para dejarle un poco más de espacio, y después lo atrajo hacia sí, quizá creyéndolo uno de sus nietos. Acurrucado contra aquel gran corpachón caliente, Useppe se durmió enseguida.

Esa misma noche tuvo el primer sueño del que haya quedado rastro en su memoria. Soñó que en el prado había una «baca» (una barquita) atada a un árbol. Él saltaba dentro de la barquita, y enseguida esta se desataba de la cuerda, mientras el prado se había convertido en un agua muy brillante, sobre la cual la barquita, con él dentro, se bamboleaba rítmicamente, como si bailase.

En realidad lo que en su sueño se traducía en el festivo balanceo de la barca era un movimiento real, que se desarrollaba entretanto a sus pies. El cuerpecillo casi infantil tapado hasta la cabeza se había convertido en una pareja. Un varón de la tribu de los Mil, asaltado por un subitáneo estímulo, se había deslizado hasta ella sin ruido a través de la hilera de colchones y, sin decirle nada, tendido sobre ella, desahogaba con breves sacudidas su estímulo nocturno. Y ella lo dejaba hacer, respondiendo solo con breves murmullos somnolientos.

Pero Useppe, dormido, no se dio cuenta de nada. De madrugada, Ida, al no encontrarlo a su lado, corrió preocupada al dormitorio. Entreabrió, para ver mejor, una ventana, ya la escasa luz lo descubrió, en el borde al principio de la gran cama, durmiendo plácidamente. Entonces lo cogió en brazos y lo depositó en su propio colchón.

Aquel comienzo de otoño trajo a los refugiados de la tarbea diversos y notables acontecimientos.

A finales de septiembre aún perduraban los calores estivales, y para no ahogarse dormían con las ventanas abiertas. Fue el 29 o el 30 de ese mes cuando una noche, a eso de las once, poco antes del toque de queda, por una de las bajas ventanas del desmonte la gata Rossella saltó a la tarbea, anunciándose, ella, normalmente bastante taciturna, con un largo y ardiente maullido. Todos estaban ya acostados, aunque no todos dormían aún; y Giuseppe Segundo, aún despierto, fue el primero en ver, poco después del anuncio de Rossella, una sombra masculina encuadrada en el vano de la ventana.

—¿Es este el refugio de los evacuados?

—Sí. ¿Qué quieres?

—Dejadme entrar.

La voz sonaba ronca y agotada, aunque perentoria. En ese período, cualquiera que se presentase por sorpresa era sospechoso, y tanto más de noche.

—¿Quién es? ¿Quién es? — se informaron varias voces alarmadas desde la yacija común de los Mil, mientras dos o tres de ellos se levantaban a toda prisa, tapándose como podían los cuerpos acalorados, casi desnudos.

Pero Giuseppe Segundo, el único que se acostaba con pijama, se dirigía ya

a la ventana, con los zapatos puestos, la chaqueta sobre los hombros y el sombrero en la cabeza. Mientras tanto Rossella, con premuras inauditas, no paraba de llamarlo con la voz especial «¡Miuuu!» y corría de la ventana a la puerta, recomendando claramente acoger a aquel tipo sin más titubeos.

—¡Soy un... huido del norte!... ¡Un soldado!... — se desgañitó él, empecinándose en sus modales de salteador de caminos—. ¡Oh, madre mía, estoy que me caigo! — Cambió de voz de pronto, hablando para sí en dialecto, con un abandono desesperado e indefenso, y apoyándose de espaldas en el muro exterior.

No era la primera vez que caían por allí soldados de paso que habían tirado el uniforme y pretendían alcanzar el sur. De ordinario no se quedaban mucho, comían algo, descansaban un poco, y luego reanudaban su marcha. Pero en general llegaban de día, y con modales más corteses.

—Espere...

A causa del oscurecimiento impuesto por la guerra, antes de encender la lámpara central cerraron la ventana. El debió de creer, quizá, que lo dejaban fuera, porque se puso a golpear la puerta con manos y pies.

—¡¡Eh!!! ¡Un minuto!... Pase.

En cuanto entró, casi cayendo de rodillas, se sentó en el suelo, encima de un saquito de arena. Había llegado, claramente, al límite de sus fuerzas y no iba armado. La tribu entera de los Mil (salvo algún pequeño y las gemelitas, que dormían) se agolpó a su alrededor, los hombres con el torso desnudo o en camiseta y calzoncillos, las mujeres en enaguas. También Useppe había salido de detrás de su cortina, desnudo como se encontraba, y seguía la peripecia con sumo interés, mientras Ida asomaba recelosa, siempre temiendo que en todo recién llegado se ocultase un espía fascista. Y los canarios, despertados por la luz, comentaban el acontecimiento con sus píos.

Pero la más obsequiosa era Rossella, evidentemente encaprichada con

aquel hombre. Tras haberse restregado contra sus piernas con coquetería, se sentó allí delante en la actitud de la esfinge de Egipto, sin apartar de él sus ojos rojizos.

El hombre, sin embargo, no hacía caso de tal acogida especial de la gata, ni había echado, al entrar, la menor ojeada al ambiente, ni se dirigía a nadie en particular. Más aún, aunque pidiendo hospitalidad, declaraba palmariamente, con su actitud, un total rechazo del lugar y sus habitantes, animales y humanos.

La lámpara del techo, aunque débil, le molestó, tanto que, apenas sentado, apartó la frente con una mueca; y después, con movimientos agitados como los de un paralítico, se protegió los ojos con un par de gafas negras, que sacó de un inmundo saco que llevaba consigo.

Aquel saco de tela, en bandolera, del tamaño aproximado de una cartera escolar, era su único equipaje. Su cara, descompuesta bajo la barba sin afeitar desde hacía días, era de una gris palidez; pero en los brazos y el pecho, peludos e hirsutos, se reconocía su colorido natural bastante moreno, casi de mulato. Tenía cabellos negrísimos, duros, muy cortos sobre la frente; y su complexión más bien alta parecía, pese a la actual decadencia, sana y bastante vigorosa. Vestía un par de pantalones de verano y una camisa desabrochada de manga corta: todo en un estado de suciedad indecible. Y el sudor le corría a regueros, como después de un baño turco. Aparentaba unos veinte años.

—¡Quiero dormir! — dijo con poca voz, pero siempre con aquellos modales suyos enojados, llenos de amenaza y rencor.

Seguía haciendo ciertas muecas extrañas, retorciendo los músculos del rostro de tal modo que a Carulina le entró una risa irresistible, y tuvo que taparse la boca con las manos para que no lo notara. Aunque tampoco se habría dado cuenta, ya que sus ojos, ocultos tras las gafas negras, no miraban nada.

De pronto frunció el ceño con expresión meditativa, como para concentrarse mejor, y al afianzar las dos manos en tierra con intención de levantarse, dobló en cambio la cabeza hacia un lado y vomitó en el suelo un poco de espuma blanca:

—Madre mía... — murmuró, con el aliento impregnado de vómito.

Entonces Carulí, quizá arrepentida de su carcajada de antes, se adelantó, descalza y con su enagua de rayón (que, al igual que las otras mujeres de allí dentro, se dejaba puesta al acostarse). Y por propia iniciativa y bajo su responsabilidad, se dirigió al cuarto ángulo, dedicándose a mullir como pudo el jergón de paja que estaba allí disponible.

—Si quiere — dijo al hombre—, puede descansar aquí. Está libre.

Nadie se declaró en contra. Y Giuseppe Segundo, viendo que al hombre le costaba ponerse en pie, lo ayudó con cuidado, como a un perro herido. Pero, en cuanto se incorporó, el otro lo rechazó brutalmente. Y él solo se dejó caer a plomo sobre el jergón.

—¡Miiiiuuuu!

La gata se lanzó a reunirse con él, colocándose a sus pies, en un punto donde, por un ancho agujero del jergón, se salía la paja. Antes de acomodarse allí encima, se afanó por disponer mejor la paja con las patitas, divirtiéndose un rato en jugar con las briznas; pero, pasada esta momentánea distracción, se acurrucó panza abajo sobre el agujero, y allí se quedó quieta, contemplando al desconocido con sus grandes ojos abiertos. Ronroneaba de placer, aunque al mismo tiempo se veía brillar en sus ojos una sincera preocupación y responsabilidad.

Los presentes no salían de su asombro al verla tan distinta, ella, que nunca daba confianzas a nadie y, desvergonzada por naturaleza, pasaba siempre las noches fuera de casa. Pero en realidad, y sin que nadie lo supiera, ahora estaba preñada, y tal vez estuviera desarrollando algún instinto por el cual se

sentía turbada y extraña, no habiendo experimentado nunca nada parecido. Era, en efecto, su primera preñez, cuando aún no tenía ni siquiera diez meses. Y se encontraba preñada ya de varias semanas; pero la hinchazón de su tripa era mínima, de modo que nadie se había dado cuenta.

El desconocido, apenas se dejó caer en el jergón, se sumió enseguida en un sueño que semejava una pérdida de conocimiento.

Había dejado el saco en el suelo, donde se sentó al entrar, y una cuñada de Carulí, antes de dejárselo junto a la cabecera, exploró su contenido. Había los siguientes objetos:

tres libros, uno de poesía española, otro con un difícil título filosófico, y el tercero titulado *Los símbolos paleocristianos en las catacumbas*;

un cuadernito pringoso de papel cuadriculado, que en cada página, al derecho y al revés y en todas las direcciones, llevaba escritos a lápiz en caracteres más o menos grandes aunque todos de la misma mano, siempre y solamente estas dos palabras repetidas: CARLO CARLO CARLO CARLO VIVALDI VIVALDI VIVALDI;

unas galletas rancias y blanduzcas, como si hubieran estado en agua;

unos billetes de diez liras, arrugados y esparcidos en desorden entre los demás objetos;

y un carnet de identidad.

Esto era todo.

En el carnet de identidad, frente a la fotografía del titular, se leía:

| | |
|------------------|------------|
| <i>Apellido</i> | VIVALDI |
| <i>Nombre</i> | Carlo |
| <i>Profesión</i> | estudiante |

Nacido en Bolonia
el 3 de octubre

etcétera.

En la fotografía, tomada años atrás, el joven que ahora dormía en el jergón era aún reconocible, aunque ahora, comparado con ella, apareciese desfigurado. Sus mejillas, actualmente enflaquecidas, en el retrato se mostraban llenas y frescas, intacto su dibujo oval. Su aspecto denotaba pulcritud y hasta elegancia, con el cuello de la camisa entreabierto, blanco y planchado, con una bonita corbata. Pero el cambio más ruin estaba en la expresión que, en el retrato, incluso en la vulgar foto de carnet, sorprendía por su ingenuidad. Era seria, hasta la melancolía, pero aquella seriedad semejaba la soledad soñadora de un niño. Ahora en cambio su fisonomía estaba marcada por algo corrompido, que pervertía los rasgos desde el interior. Y estas señales, todavía impregnadas de un terrible estupor, no parecían producidas por una maduración gradual sino por una violencia fulminante, como una violación.

Hasta su sueño resultaba degradado; y los presentes sentían inconscientemente un malestar rayano en la antipatía. Ya habían caído antes por allí otros tipos desbandados y maltrechos; pero en él se advertía una diversidad que casi se hurtaba a la compasión común.

Hacia la una de la madrugada, cuando todos dormían hacía rato en las tinieblas de la tarbea, empezó de pronto a debatirse en el jergón, chillando obsesivamente:

—¡Basta! ¡Tengo sed! ¡Quiero salir de aquí! ¡Apagad esa luz!

El profundo roncar de los durmientes se interrumpió.

—¿Qué luz? — rezongó alguien, emperezado, pues en realidad todas las luces estaban apagadas.

El primero en espabilarse fue Useppe, que saltó de la cama hacia el ángulo

del jergón en una carrera alarmada, como si aquel fuera un pariente próximo.

Lo siguió Carulina, quien como primera providencia se ocupó de cerrar las ventanas y encender la luz central. El pequeño Useppe, completamente desnudo, permaneció de pie, inmóvil, a un paso del jergón, con mirada fija e interrogante. La gata, aún semitumbada en su paja, erguía las orejas, y olisqueaba la hora con su naricita parda aún caliente de sueño, desencajando las pupilas atónitas sobre el hombre que se debatía inmoderadamente. En cierto momento, saltó al suelo asustada, dando vueltas alrededor de él. Estaba sentado en el jergón, y no cesaba de renegar de modo obsceno. Deliraba. Seguía repitiendo: «¡Esa luz, fuera!», aunque estaba claro que no acusaba a la lámpara recién encendida en la sala. Sus ojos negros, ardientes e inyectados en sangre, no veían sino un punto petrificado en el exterior, como los ojos de los alienados mentales. Su cara, antes lívida, ahora estaba encendida. La fiebre debía de haberle subido a más de treinta y nueve grados. Giuseppe Segundo quiso tomársela con el termómetro, pero él lo rechazó. En su angustia, se rasgaba la camisa, que aquí y allá se mostraba listada de manchas parduscas, no se sabía si de barro o de sangre. Y se rascaba el pecho con tal ferocidad que se rasguñaba la piel. Sin duda estaba lleno de piojos.

Después empezó a dar saltos y más saltos en el jergón, como si lo sacudieran por debajo.

—Madre mía — se lamentó desesperado—, me quiero volver a casa, quiero volver...

Y apretó los ojos con tanta fuerza que los párpados se aplastaron sobre las órbitas. Entonces resaltaron sus pestañas, suaves y tan largas y espesas que parecían estorbarle.

Un cuarto de hora después, más o menos, se calmó un poco, quizá porque, con el agua de beber, lo forzaron a tragar una aspirina. Su desvarío se apaciguó. Absorto en una reflexión estrambótica, empezó a elaborar ciertos

cálculos; sumas, multiplicaciones, divisiones, que ascendían a sus labios entre un murmullo de despropósitos, hasta parecer un gag:

—Siete por ocho — empezó a decir—, siete por nueve..., trescientos sesenta y seis días, que son once por minuto. — Fruncía el ceño con terrible seriedad—. Y ochenta por hora, como máximo... Cuarenta y seis más cincuenta y tres, once mil... ¡No pensar! ¡No pensar! — repitió en ese momento, enajenado, como si alguien lo hubiese interrumpido. Y se dio una vuelta en el jergón, afanándose de nuevo en contar con los dedos— : Menos cinco..., menos cuatro..., menos uno..., ¿cuánto da menos uno? ¡NO pensar! Menos uno... — Pareció como si la cuenta al revés no acabara de salirle—: Cuarenta docenas de camisas — farfulló severamente— no bastan para el servicio... Para veinticuatro cubiertos... doce manteles... mil cinco, exponente negativo..., ¿cuántas docenas? Esto es álgebra, mecagüen...

Al cabo de un rato, Carulina no pudo contenerse y hubo de sofocar entre las manos una carcajada:

—¿Por qué cuenta? — le preguntó preocupado Useppe, en voz baja.

—¿Qué sé yo? — contestó—, tendrá el delirio de la fiebre... ¡No razona como un cristiano!

—¡El ajuar, está hablando de un ajuar! — terció en su lugar, con sabihondez científica, la abuela Dinda.

Y Carulina no logró frenar otra carcajada, con la cual le bailaron en lo alto de la cabeza las trencitas, que, perezosa, no se había deshecho la noche antes.

Con intención de arreglarlo, recogió solícita las gafas de sol del enfermo, caídas al suelo, y se las metió en el saco. Después, viendo que no se había quitado las sandalias, lo descalzó muy seriecita. Los pies, con la suciedad y el polvo incrustado, estaban negros.

Se había amodorrado. Y Rossella, tranquilizada a su vez, se enroscó en su agujero, con la cabecita debajo, para dormir.

Ida esa noche tuvo un breve sueño que nunca olvidó, por su viveza. Le parecía que del jergón, como poco antes en la realidad, salían de nuevo alaridos y lamentos. Pero en el jergón, todo rojo de sangre, no había nadie. La gente se ajetreaba alrededor de él para ocultar la sangre bajo montones de sábanas y mantas; pero lo impregnaba todo; en un instante sábanas y mantas chorreaban sangre.

A la mañana siguiente, el nuevo huésped se había recuperado. Se le había pasado la fiebre y en cuanto despertó a eso de las nueve, se levantó él solo. Eludía las conversaciones y siempre, incluso en el interior llevaba puestas las gafas negras; aunque su actitud aparecía bastante cambiada, en comparación con la noche anterior; ahora se movía con cortedad, casi con timidez. Y los otros, que hasta entonces se habían sentido agredidos por su presencia como por un escándalo, se recobraron un poco de esta primera impresión repulsiva, mirándolo con mayor indulgencia y simpatía.

No sabiendo qué decir a toda aquella gente, trató de disculparse por haberlos obligado a alojarlo.

—Me dieron una dirección, de aquí de Roma, donde podría hospedarme con unos conocidos, pero la dirección resultó equivocada... No sabía dónde meterme... — explicó a su manera salvaje, entre cortada y brusca.

—¡Esta — le contestó Giuseppe Segundo— no es una propiedad privada! Esto es un albergue público, a disposición de la comunidad.

—¡Los recompensaré a todos, al final de la guerra! — declaró él, entre enfático y huraño—. ¡Los recompensaré ampliamente a todos!

De comer no tenía ganas, por ahora; aunque pidió («pagando, claro», añadió) una taza caliente de sucedáneo de café.

—No quería detenerme... — iba diciendo para su coleteo, sosteniendo a

duras penas la taza entre las manos que le bailaban—, no quería detenerme..., pero no puedo más...

Más que beber el café, lo sorbía, silbando con el aliento.

Ya no estaba lívido como a su llegada; pero incluso después de afeitarse con una maquinilla Gillette prestada por Giuseppe Segundo, su palidez, casi de palúdico, daba miedo. A mediodía se arrojó sobre un plato de pasta, acometiéndolo brutalmente, con la fogosidad de un cachorro en ayunas.

Después de comer, volvió a sus mejillas un color más natural. Aceptó un regalo de Giuseppe Segundo, una camisa que a su propietario le estaba demasiado ancha, aunque a él le quedaba pequeña, por muy enflaquecido que estuviera. Pareció contento, sin embargo, de llevar encima algo limpio. Carulina le lavó los pantalones en la tina, cobrándole solo el jabón, a precio de mercado negro, porque se trataba de un jabón especial de antes de la guerra, no el de racionamiento, que parecía hecho de arena y pedregullo. Después, mientras los pantalones se secaban, cubierto de mala manera con un trapo en torno a las caderas (tenía piernas robustas y peludas, de una tosquedad casi ingenua de primitivo), pidió prestada una tina para lavarse el cuerpo con las sobras del jabón adquirido. Y Rossella, que infaliblemente aparecía enseguida dondequiera se encontrase él, lo acompañó también al retrete, adonde se retiró para lavarse.

De sí mismo dio muy pocas noticias, además de su primera y rabiosa presentación en la ventana, y las declaró a la fuerza y de mala gana, solo para justificar su presencia. Se dirigía, dijo, al sur, a los alrededores de Nápoles, donde tenía parientes. Y contaba con reanudar el viaje lo antes posible, a lo mejor mañana. No estaba enfermo, en realidad, solo cansado, pues había llegado hasta aquí a pie, y en condiciones desastrosas. Esta había sido la

primera noche que durmiera bajo techado. Las noches anteriores las había pasado al raso, durmiendo detrás de unos matorrales, en una cuneta, al azar.

—¡No estoy enfermo! — repitió con cierta hostilidad, como si lo hubiesen acusado de un contagio.

Los dos hermanos de Carulina, que por sus negocios solían ir y venir entre Roma y Nápoles, le dijeron que si esperaba dos o tres días, podría aprovechar con ellos el camión de un amigo suyo que disponía de los permisos necesarios e iba, justamente, a Nápoles. El tipo sabía cómo arreglárselas en cualquier eventualidad, tenía un cerebro más sutil que alemanes y fascistas. Y a lo mejor encontraba el modo de ocultarlo entre las mercancías del camión, si a él le interesaba pasar inadvertido lógicamente, como desertor.

Agregaron, no obstante, que, según las últimas noticias recogidas, los Aliados se aproximaban a Nápoles, y los alemanes estaban a punto de dejar la ciudad, expulsados por una insurrección popular. Una vez entrados en Nápoles, los Aliados tenían abierto el camino hacia Roma. Era cuestión de días, quizá de horas. Dentro de poco también Roma sería liberada, y acabarían todas las cosas. En vista de que se había esperado tanto, convenía esperar hasta el final para tener vía libre, y sin riesgo de verse bloqueados por el camino.

Carlo, aunque remiso al principio, terminó por aceptar la propuesta. En realidad, aunque aseguraba sentirse vigoroso, se veía que tenía los huesos y los nervios hechos trizas. A veces hacía una mueca y se detenía, mirando al vacío, aún bajo la acción de su pesadilla nocturna.

Como avergonzándose, preguntó a Giuseppe Segundo si podía tener también él, en su rincón, una cortina del tipo de la de la señora (aludía a Ida). Entre todos, para sus peticiones, se dirigía preferentemente a Giuseppe Segundo, quizá porque, al verlo tan ajetreado por allí, lo había tomado por una especie de cabeza de familia. Y al pedir aquellos pobres favores (el

préstamo de la tina, el sucedáneo de café, pagado) fruncía el ceño, adoptando un gesto protervo; pero la voz le salía turbada e insegura, como si hubiera exigido la suma de un millón.

Con los muchos trapos usados del verano, Carulina le preparó como pudo una cortina abigarrada, que parecía el manto de Arlequín, y lo protegía hasta cierto punto de miradas ajenas. Se podía ver siempre la parte inferior de su cuerpo medio tumbado y de vez en cuando su mano, al lado de la yacija hurgando en el saco, como si el contenido de este no consistiese, en todo y por todo, en tres libracos rotos, un carnet, galletas rancias y billetes de diez, y pudiera reservarle eventuales pasatiempos, o socorros contra la miseria y el delirio, y a lo mejor una agradable sorpresa.

Además, se podía ver, a intervalos, asomar, por detrás de sus pies, la figurita de Rossella, ondulante y un poco aterida, con la tripita imperceptiblemente hinchada, que se desperezaba de un sueño y caminaba tan tranquila entre sus piernas. La gata había asistido a la colocación de la cortina con aire competente y aprobador, y después había instalado su domicilio definitivo allí atrás, hasta tal punto que los críos, respetándola desde entonces como propiedad de aquel individuo aislado (que los atemorizaba con su mohíno porte) no se atrevían ya a perseguirla, maltratarla y pincharla, como solían hacer antes.

El joven, en verdad, estaba demasiado alterado con sus pensamientos para prestar atención a la gata; en cambio ella, sin duda, se había convencido de pesar ya mucho en su vida. Bastaba que él cambiase de postura, o se moviese en el colchón, y ella rápidamente se incorporaba sobre las patitas delanteras, alargando el hocico y haciendo: «Muhí», que era su sonido especial de respuesta; como si dijera: «¡Presente!» a una llamada; cuando, en realidad, lo cierto es que él no la veía ni la oía para nada, como si no existiese. Solo raras veces, por casualidad, su mano se alargaba distraídamente para hacerle una

caricia; y ella cerraba los ojitos, extasiada, para responderle, en el íntimo lenguaje felino del ronroneo: «Oh, sí, ¡este es el mejor momento! Era precisa esta caricia para completar nuestra satisfacción de estarnos aquí, los dos solitos, juntos y a nuestro aire».

Las cuñadas de Carulina empezaron a comentar: «Rossella encontró su tipo», «A la brujita (a veces la llamaban así) le ha dado un flechazo», y mientras tanto se reían hacia Giuseppe Segundo, con intención de provocarlo, como legítimo propietario. Pero él alzó el brazo, con un aire de liberalidad e indiferencia, como dando a entender: «Que haga lo que quiera. Son asuntos suyos».

De vez en cuando, los críos asomaban titubeantes por debajo de la cortina para espiar a la solitaria pareja. Y Carlo Vivaldi no los rechazaba ni les daba confianzas: los ignoraba. El único que, en contraste con sus costumbres sociables, nunca iba a importunarlo, era Useppe, quizá por haber intuido que deseaba estar solo. Una vez, sin embargo, jugando al escondite, olvidó totalmente semejantes miramientos. E irrumpió impetuoso por debajo de la cortina, agazapándose detrás del jergón, y susurrando al joven, como hacía con la señá Mercedes:

—Calla, ¿eh? Calla.

De vez en cuando, quizá sintiéndose sofocar en aquel rincón oscuro y apestoso, el joven salía de la cortina y daba dos o tres pasos en silencio, con pinta de decir: «Oh, madre mía, ¿qué debo hacer? ¿Dónde voy a ir a dar con mis huesos?». Pero, repelido por el pandemónium de la tarbea, se retiraba enseguida a su cubil.

El segundo día, salió y regresó poco después, con la nueva adquisición de una vela que debía servirle para leer, ya que la luz, en el rincón, no era suficiente, ni de noche ni de día. Compró también, en el mercado negro, a los hermanos de Carulina, dos cajetillas de cigarrillos. Y se pasó el resto del día

detrás de su cortina fumando y leyendo, o intentando leer, los libros que tenía consigo.

El tercer día salió de nuevo sin despedirse de nadie, con la facha equívoca y torva de un conspirador, y regresó al anochecer, con aspecto más animado. Debía de disponer, en Roma, de alguna dirección postal privada, ya que de su escapada traía dos cartas, sin sello en el sobre (como las mujeres notaron enseguida). Los sobres los había abierto ya, seguramente para echar un rápido vistazo a las dos cartas, a la espera de leerlas más tranquilo detrás de su cortina. Pero demasiado ansioso y agitado para ocuparse de otra cosa, en cuanto llegó se lanzó inmediatamente a releerlas, sentado medio fuera, al borde del jergón, sin correr la cortina ni encender la vela, en presencia de todos.

—¿Buenas noticias? — le preguntaron.

—Sí — contestó. E, inesperadamente necesitado de comunicarse, agregó, con tono indiferente—: Son de los míos. De casa.

En realidad, su emoción liberadora, aunque precaria, lo henchía demasiado para guardársela solo para sí. Tardaba en cerrar la cortina, que tenía recogida a sus espaldas contra la pared, cual si la llegada de la correspondencia lo hubiese devuelto, provisionalmente al menos, al consorcio humano.

—¿Qué? ¿Están todos buenos, en su casa? — preguntó una de las cuñadas, solo para animarlo a conversar.

—Sí. Todos bien.

—¿Y qué le cuentan? ¿Eh? ¿Qué le cuentan? — se informó la abuela Dinda.

Con cierra palpitación en la voz, aunque demostrando una negligencia despectiva, como si la cosa no le concerniese:

—Me felicitan. Hoy es mi cumpleaños.

—¡Aaah! ¡Felicidades! ¡Felicidades! — vociferaron a coro a su alrededor.

Y él puso cara de descontento y se encerró detrás de su cortina de trapos.

Esa misma noche, los hermanos de Carulina trajeron la noticia segura de que las tropas alemanas habían desalojado Nápoles. Los Aliados estaban a las puertas de la ciudad, pero entretanto los napolitanos, hartos de esperar, se habían ocupado de limpiarla por su cuenta en unos días; ayunos, como estaban, gitanos sin casa, vestidos de harapos, armados con latas de gasolina y viejos sables y con todo lo que encontraban, habían derrotado alegremente a las tropas acorazadas germánicas.

—¡Nápoles ha ganado la guerra! — proclamaron Tole y Mémeco ante los presentes.

—Y entonces — dijo Carulina— ¿ahora se han acabado todas las cosas?

Nadie lo dudaba; el trayecto Roma-Nápoles para los angloamericanos, era un paseo. De momento ahora, la carretera de Nápoles estaba cortada: hacia allá estaba América, hacia acá el Reich. Pero se trataba de aguantar aún unos cuantos días, una semana como mucho y la vía quedaría libre.

—¡Y entonces regresaremos todos a nuestra casa! — dijo el abuelo Giuseppe Primero (sin considerar que «su casa» ya no existía).

El único no tan seguro era Giuseppe Segundo; a su modo de ver, los angloamericanos, como capitalistas, eran unos niños mimados, que hacían las cosas despacio.

—Total, ora, la victoria la tienen el bolsillo... Mes más, mes menos... Quién les manda, a ellos, salir pitando hacia Roma. A lo mejor en Nápoles les gusta el clima el mar azul... *Holiday!* Esos tíos son capaces de pasarse el invierno en Posillipo...

Pero estas salidas de Giuseppe Segundo no podían resquebrajar el optimismo de los Mil.

En ese período, los Mil conseguían, no se sabe dónde (al parecer, entre otras cosas, ciertos militares alemanes se la revendían, después de haberla

requisado) una gran cantidad de carne de contrabando; ciertas veces incluso cuartos de buey, que almacenaban en el retrete donde el clima era más fresco, colgados en la pared de ganchos de carcelero. Como se trataba de un género perecedero, pedían un precio tan razonable que Ida podía permitirse el gasto, y disfrutar de aquel lujo inesperado casi todos los días de la semana.

Pero Useppe, desde hacía algún tiempo, se mostraba a veces reacio a comer carne, y era preciso forzarlo. La culpa se veía claramente, era de sus nervios, más que de su estómago; pero este amargo antojo, del cual él mismo no sabía dar explicaciones, en ciertos casos lo trastornaba horrorosamente, reduciéndolo a vomitar y llorar. Por suerte, no obstante, distraído sagazmente con un jueguito o un chiste improvisado, enseguida se olvidaba de su grima, con su natural despreocupación. Y seguía confiando el ejemplo de los demás, comiendo el plato ayer detestado sin sombra de asco. De forma que estas comidas providenciales lo ayudaron a prepararse mejor para el invierno que avanzaba.

Quien se benefició más que nadie de la insólita abundancia fue Carlo Vivaldi, que, llegado del norte, era naturalmente carnívoro. Por su cumpleaños: también había recibido claramente, con las cartas, algún dinero, pues esa misma noche se sacó grandiosamente del bolsillo desflecado un billete de mil liras, adquiriendo cierta cantidad de pitillos y un filete enorme, que devoró con su habitual voracidad infantil. También los invitó a beber a todos, pero, torpe y confuso, en cuanto pagó el vino se retiró a su cortina, sin participar en la jarana común.

En los días sucesivos, convertido en cliente de la nueva carnicería de los Mil, prosperó rápidamente. Sus miembros, robustos por naturaleza, recobraron su elasticidad y su ímpetu, y la mal sana pátina gris de su tez se desvaneció del todo. Ahora se parecía más que nunca, con su color oscuro y sus rasgos marcados, a un árabe-etíope nómada, más que a un boloñés. Su

labio superior, muy abultado, manifestaba incluso en exceso, con su movilidad, los sentimientos callados por su boca silenciosa. Y en sus ojos alargados como los de los ciervos reaparecía de vez en cuando la sombra soñadora, indefensa y subterránea que se le veía en el retrato. Pero quedaba impresa en su cara, como una cicatriz indeleble, aquella extraña marca de corrupción brutal.

Una sola vez, por aquellos días, lo vieron sonreír: y fue cuando al asomar brusca e inesperadamente tres o cuatro críos por debajo de la cortina, Rossella arqueó el lomo hinchándose en esa actitud que en zoología se llama «terrificans», con todos los pelos tiesos como púas. Y, rechinando los dientes, emitía un auténtico rugidito, como un felino sanguinario de las selvas tropicales.

La salud exacerbaba, para el huésped del cuarto ángulo, la tortura de aquellos días inmóviles. Lo oían bostezar, con una especie de rebuznos desgarradores, estirándose cuan largo era como un mártir en la rueda. Además de sus lecturas, ahora se pasaba parte del tiempo escribiendo, en un cuaderno nuevo que se había comprado y que llevaba siempre encima. Y las cuñadas de Carulina entre sí, deducían malignamente que también este cuaderno, como antes el bloc, se iba llenando a lo largo y a lo ancho de CARLO CARLO CARLO VIVALDI VIVALDI.

Por aquellos días, para los jóvenes en edad militar, y peor aún para los desertores, era más arriesgado que nunca salir a la calle. El mismo día del anunciado desalojo de Nápoles, los alemanes celebraron en Roma un gran desfile, recorriendo las principales calles con sus medios acorazados. Las calles estaban empapeladas de carteles que llamaban a todos los hombres útiles a las armas, en defensa del norte, o al trabajo obligatorio en Alemania. De vez en cuando, sin preaviso, se cortaban las calles, y militares alemanes o milicianos fascistas invadían autobuses, oficinas y lugares públicos,

deteniendo a todos los jóvenes presentes y cargándolos en sus camiones. Se veían estos transportes llenos de jóvenes prisioneros cruzar las calles, seguidos por mujeres que gritaban. El Cuerpo italiano de Carabinieri, juzgado desleal por los alemanes, había sido desarmado; aquellos de sus hombres que no lograron huir fueron encaminados a campos de concentración, y los rebeldes asesinados, abandonando a heridos y cadáveres en plena calle. Había carteles que ordenaban la entrega de todas las armas, advirtiendo que todo ciudadano italiano en posesión de un arma sería fusilado inmediatamente *in situ*.

En la tarbea, ahora, bien Carulina, bien algún otro, siempre que no fuese demasiado pequeño para llegar a la ventana, estaba siempre de vigía detrás de las rejas. Si avistaba por las cercanías un uniforme del Reich o del Fascio, avisaba enseguida, con un código cifrado: «¡Colgad el farol!» o bien: «¡Me estoy haciendo caca!», y todos los hombres presentes corrían sin dilación al pasillo, hacia la escalera interior, que del sótano llevaba al tejado, para estar preparados, allí arriba, a emprender de un salto la huida campo a través; los Mil procedían precipitadamente a cargar con sus cuartos de buey. Y hasta Giuseppe Segundo los seguía, aunque viejo, diciéndose buscado por sus ideas subversivas. Y Carlo Vivaldi se levantaba de detrás de su cortina para unirse a ellos, pero sin correr, alzando su móvil labio superior en una mueca que le descubría los incisivos, como cuando uno se ríe. No era una mueca de espanto, ni de aversión común. Era una contracción fóbica, que en un instante pervertía sus rasgos con su brutalidad casi deforme.

Y Rossella al instante se desperezaba y le iba a la zaga, con el rabo tieso como una banderola y unos pasitos alegres y satisfechos que decían a las claras: «¡Menos mal! ¡Ya era hora de moverse un poco!».

A pocos días de distancia de la llegada de Carlo Vivaldi (no sé restablecer la fecha exacta, aunque desde luego fue antes del 10 de octubre) un nuevo acontecimiento marcó aquellas veladas de otoño, y esta vez fue una sorpresa sensacional.

Llovía a cántaros; la luz estaba encendida, puertas y ventanas cerradas, con los cristales velados con papel negro grisáceo, y en el gramófono sonaba «Reginella campagnola». Los colchones se encontraban aún enrollados contra las paredes, era la hora en que en todos los rincones se preparaba la cena. Y de repente Useppe, que pretendía manejar el gramófono, abandonó tan fascinante empresa y se lanzó hacia la puerta, gritando, con maravilloso arrobo:

—¡Ino! ¡Ino! ¡Ino!

Parecía enloquecido, como si a través de aquella puerta tuviera la visión de un velero de oro con mástiles de plata, que estaba a punto de arribar a la tarbea a velas desplegadas, e iluminado a bordo por cientos de farolillos de colores. En ese momento, efectivamente, se oyeron en el exterior dos voces juveniles, más y más claras entre el chaparreo de la lluvia. A su vez Ida salió de su rincón, temblando de pies a cabeza.

—¡Ma, es Ino! ¡Abe, ma, abe! — le gritó Useppe, arrastrándola por la falda hasta la puerta. Mientras tanto alguien desde fuera llamaba

enérgicamente a la puerta. Ida no vaciló, aunque se enredó en la cerradura con dedos convulsos y mojados de salsa.

Entraron Nino y otro, los dos agazapados bajo una única lona impermeable, de esas que usan los camiones para proteger las mercancías. Nino reía a mandíbula batiente, como con una aventura de novela policíaca. En cuanto puso el pie en la tarbea, arrojó al suelo de un solo ademán el impermeable todo bruñido de agua; y, sacando de entre la ropa un trapo rojo, se lo puso al cuello con aire de glorioso desafío. Bajo el impermeable llevaba un jersey de rayas, como los de los ciclistas, y una cazadora de gruesa y basta franela.

—¡Ino! ¡Ino! ¡¡¡Ino!!!

—¡Ah, Usé! ¡Sí, soy yo! ¿Me reconoces? ¿Me das un besito?

Se dieron por lo menos diez. Después Nino, presentando al otro, anunció:

—Este es Cuatropuntas. Y yo soy Asdecorazones. Eh, Cuatro, este es mi hermano, de quien tanto t'he hablao.

—Ah sí ¡cuánto hemos hablado de ti! — confirmó el otro, con cara radiante. Era un chico coetáneo de Nino, aproximadamente, y tenía el aspecto normal de los campesinos del Lazio, con ojos pequeños, bonachones y astutos. Pero se veía sin más que su astucia, su bonachonería, cada músculo de su cuerpo bajo y robusto, los había consagrado, sin discusión, a Nino.

Este, entretanto, se había distraído; y en el momento mismo en que su amigo iniciaba su frase «Cuánto hemos hablado de ti», sin escuchar ya más indagaba alrededor con los ojos, impaciente e inquieto.

—¿Cómo te las arreglaste para encontrarnos? — seguía repitiéndole su madre, que al entrar él se había cubierto de rubor como una enamorada.

Pero en vez de contestarle, él preguntó, impetuoso:

—¿Y Blitz? ¿Dónde está?

Useppe estaba tan embargado de gozo que casi no oyó esta pregunta.

Apenas, al paso de la mísera sombra de Blitz, su mirada radiante se veló por un instante, quizá inconscientemente. Entonces Ida, temerosa de despertar sus recuerdos, murmuró en un aparte a Nino:

—Blitz ya no está.

—¿Cómo?... Remo no me lo dijo, eso... — Remo era el dueño de la famosa taberna de San Lorenzo cercana a su casa—. Remo no me dijo na...

Con tono de disculpa, Ida empezó a balbucir:

—La casa fue destruida... nada, no quedó nada...

Pero Nino prorrumpió con furia:

—¿Y a mí qué, la casa?

Su acento proclamaba que, por él, podían haberse derrumbado todas las casas de Roma; le importaban un rábano. Lo que quería, él, era su perrito, su querido camarada, el barriga-estrellada. Eso era lo que le importaba. Una trágica pena infantil había descendido sobre su cara, parecía en un tris de llorar. Enmudeció un rato. Bajo los ricitos enmarañados que le cubrían la cabeza como un casco, sus ojos dialogaban, desde una oscuridad desamparada y sin fondo, con un minúsculo fantasma, saltando a recibirlo en aquel lugar ajeno, que bailaba enloquecido de felicidad sobre sus cuatro patitas torcidas. Entonces reaccionó airado, como si la pérdida de Blitz fuera culpa de todos. Se sentó rabioso, espatarrado, en un colchón enrollado, y anunció al concurso de gente que se congregaba a su alrededor, con torva prepotencia:

—Somos partisanos de por aquí, de los Castelli. Buenas noches, camaradas. Mañana regresamos a la base. Queremos dormir, algo de comer, y vino.

Saludó con el puño cerrado. Luego, con una especie de guiño insolente, se abrió hacia un costado la cazadora para mostrar que, en un cinturón abrochado alto, casi a la altura del pecho, escondía una pistola.

Hubiérase dicho que su intención, al mostrarla, era: «O nos dais de comer, etcétera, o lo pagaréis con la vida». Pero en cambio se iluminó repentinamente con una sonrisilla ingenua y, lleno de complacencia, explicó:

—Es una Walther — examinándola con una ojeada cariñosa—. Es botín de guerra — siguió—, un alemán la llevaba encima... Un exalemán — precisó, poniendo cara de gángster—, porque ahora ya no es ni alemán, ni español, ni turco, ni judío, ni... ni... Es abono.

De repente sus ojos, siempre tan animados, quedaron extrañamente inmóviles y mohínos, vacíos de imágenes como el vidrio de una lente. Desde que había nacido, Ida no recordaba haberle visto nunca aquellos ojos. Pero fue apenas un instante. De nuevo Ninnuzzu resplandecía con un fresco y regocijante humor, alardeando con bravatas de chiquillo:

—Tamién estas botas — declaró, mostrando su gran pie del número cuarenta y tres— son de la misma marca: MADE IN GERMANY. Y tamién el reló de Cuatro. Eh, Cuatro, enséñaselo, sí, que reló tiés. Se da cuerda solo, sin cuerda, y hasta de noche se ve la hora, ¡y sin luna!

Se levantó y, moviéndose con ritmo, como si estuviera en una pista de baile, empezó a cantar una tonadilla sobre la luna entonces bastante famosa.

—¡Ahó! ¿Y si abrimos un poco la ventana? Aquí entro hace calor. Total, si pasan las patrullas del oscurecimiento, estamos armaos. Y además, con la tormenta, la Camisa Negra no se atreve. Esos tién miedo hasta del agua de lluvia.

Parecía divertirse provocando a todos: a los italianos sometidos, a los alemanes ocupantes, a los renegados fascistas, a las Fortalezas Volantes de los Aliados, a los carteles con requisas y a la pena de muerte. Currado, Peppe Tercero, Impero y toda la patulea de chavales ya le iban a la zaga como otros tantos cortejantes, mientras Ida lo seguía con los ojos manteniéndose a un lado, y su boca palpitante casi reía. Las ascuas de la desazón apenas lograban

incendiar sus pensamientos, prontamente apagadas por su misteriosa fe en la invulnerabilidad gamberra de Nino. Estaba segura, en el fondo de su conciencia, de que atravesaría la guerra, la caza de los alemanes, la guerrilla y las incursiones sin sufrir ningún daño, como un caballito indemne al galope entre un enjambre de moscas.

Cuatropuntas, que se mostraba más precavido, lo detuvo a tiempo mientras él forcejeaba para abrir la ventana. Nino sonrió con dulzura y gracia y lo abrazó:

—Este de aquí — dijo — es mi mejor camarada y amigo. Le apodamos así, Cuatropuntas, porque tié la especialidá de los clavos de cuatro puntas, que revientan las ruedas de los alemanes. El tié la especialidá de las puntas, y yo la puntería. Eh, camarada, díselo tú, cuántos hemos tumbao. Pa mí, los alemanes son como bolos. Si veo una fila en pie, ¡la derribo!

—Y ellos, los alemanes, ¡tienen carne a toneladas! — fue el comentario entusiasta, aunque ambiguo, de Tore, el hermano de Carulí.

Nadie se preocupó por saber si aludía propiamente a la carne de cristiano, o bien a los famosos cuartos de buey. En ese mismo instante, Ida sintió una punzada tan feroz que durante un rato no veía, ante sí, sino manchas negruzcas. Y al principio no entendió qué le ocurría, hasta que le traspasó el cerebro una voz de muchacho, extranjera y borracha, que le decía: «Carina, carina». Era exactamente la misma e idéntica voz que, en enero de 1941, le había dicho esas mismas palabras, no percibidas entonces, en su inconsciencia. Pero, registrada en un instrumento escondido en su cerebro, de improviso retornaba, con los besitos que entonces la habían acompañado, y que ahora, al posarse en su rostro, le dieron una impresión de dulzura, no menos feroz que la punzada. A su consciencia ascendió una pregunta: ¿en «la fila» evocada por Nino estaría aquel rubito?... No sabía que, desde hacía casi tres años, se había disuelto en el mar Mediterráneo.

Useppe seguía al lado de su hermano, desplazándose a dondequiera él se desplazase, y metiéndose entre las piernas de la gente para correrle a la zaga. Por enamorado que estuviera de todo el mundo, ahora se veía claro que su mayor amor era él. Era capaz hasta de olvidarse de todos los demás, incluida Carulí, y las gemelitas, y los canarios, por este amor soberano. De vez en cuando alzaba la cabeza y lo llamaba: «¡Ino! ¡Ino!», con la evidente intención de hacerle saber: «Estoy aquí. ¿Te acuerdas de mí, sí o no? ¡Esta es nuestra noche!».

En ese momento, desde el fondo de la tarbea, donde se abría la puerta interior, una voz de viejo gritó con todo su aliento:

—¡Viva la revolución proletaria!

Era Giuseppe Segundo, que no había asistido desde el principio a la llegada de Nino, por encontrarse momentáneamente en el retrete. Regresó en el preciso instante en que Nino proclamaba: «Somos partisanos. ¡Buenas noches, camaradas!»..., e inmediatamente se encendió en su interior un destello extraordinario. Sin embargo, discretamente, se había mantenido en observación, como un espectador corriente, hasta que ya no pudo contenerse. Y, saltando hacia adelante como una llamarada, se abrió paso, con el sombrero en la cabeza y se presentó a los dos.

—¡Bienvenidos, camaradas! Estamos a vuestra entera disposición. ¡Nos hacéis un gran honor esta noche!

Y con la sonrisa gozosa de un chiquillo reveló, bajando un poco la voz, y con la convicción de dar quién sabe qué importante anuncio:

—¡También yo soy un camarada!

—¡Salud! — le dijo Nino, con serena condescendencia, aunque sin maravillarse con la noticia. Entonces él, con gran premura, se fue a hurgar bajo su colchón, y con un guiño triunfal, sometió a los visitantes un ejemplar clandestino de *L'Unità*.

Aunque analfabeto, Cuatro la reconoció enseguida y sonrió de placer:
—¡*L'Unità* — declaró muy serio— es el verdadero periódico italiano!

Nino miró a su amigo con una especie de respeto:

—Él — explicó a todos, impaciente por honrarlo— es un viejo militante de la revolución. Yo, en cambio, soy novato. Yo — declaró con honradez sincera, aunque petulante— hasta este verano militaba en el otro lao.

—Porque eras un crío — rebatió en su defensa Cuatro—, y de crío uno suele equivocarse. La idea se va haciendo con el juicio que proporcionan los años. Uno, de crío, aún no está maduro para la lucha.

—Bueno, ¡ora ya he crecío! — comentó Ninnuzzu con alegría proterva.

Y en broma atacó a Cuatro con una llave de boxeo. El otro le respondió, y los dos lucharon, jugando a los golpes y a las paradas como dos auténticos púgiles. Giuseppe Segundo se metió en medio a hacer de árbitro, con gran competencia y tal entusiasmo que el sombrero le resbaló hasta la nuca, mientras alrededor Peppe Tercero e Impero y Carulina y toda la chiquillería brincaban y vociferaban como verdaderos hinchas del ring.

El juego llevó al colmo la excitación de Nino. De improviso, abandonó el combate, y saltó a lo alto del primero de pupitres, gritando con el ímpetu de un barricadero:

—¡Viva la revolución!

Todos aplaudieron. Useppe corrió tras él. Los otros chiquillos también, renqueando pila arriba.

—¡Viva la bandera roja! — gritó a su vez, fuera de sí, Giuseppe Segundo — Falta poco para conseguirlo, ¡camaradas partisanos! ¡La victoria es nuestra! ¡Se acabó la función!

—¡Entro poco revolucionaremos to el mundo! — proclamó Ninnarieddu —, revolucionaremos el Coliseo, y San Pedro, y Manhattan y el verano y los suizos y los judíos y a san Pedro...

—¡... y todas las cosas! — chilló desde abajo, saltando, Carulina.

—¡Y vamos a hacer un puente aéreo Hollywood-París-Moscú! Y nos entromparemos con whisky y vodka y trufas y caviar y con cigarrillos de importación. Y viajaremos en Alfas de carreras y en bimotores privados...

—¡Viva! ¡Viva! — aplaudían, a tontas y a locas, los chiquillos, jadeando aún en el empeño de trepar a la tribuna del mitin.

Solo Useppe había llegado ya, y desde arriba, a horcajadas en un pupitre, gritaba también él: «¡Viva!» y golpeaba con las manecitas en la madera para cooperar en el ruido. Las propias gemelas, olvidadas en el suelo sobre unos trapos, alzaron trinos de soprano.

—... Y pavos, y tartas helás, y cigarrillos de importación y nos correremos grandes juergas con las americanas, y nos follaremos a las danesas, y al enemigo le dejaremos haciéndose pajas...

—... ¡Ahó! Pero aquí, ¿cuándo se come?

Ninnuzzu había saltado a tierra. Useppe voló tras él.

—Pronto, pronto — se apresuró a tranquilizarlo Giuseppe Segundo.

Y las mujeres volvieron a los preparativos de la cena, con gran movimiento de platos y cacharros. En ese momento, en el cuarto rincón, detrás de la cortina de trapos, se advirtió un maullido.

Carlo Vivaldi no se había dejado ver, encerrado todo ese tiempo en su cubil.

—¿Quién hay ahí detrás? — se informó Nino. Y sin más abrió la cortina.

Rossella bufó y Carlo se incorporó a medias en el jergón.

—Y este tío, ¿quién es? — dijo Nino, manifestando por primera vez desde que había entrado una sombra de recelo—. ¿Quién eres? — preguntó al hombre del cubil.

— ¿Quién eres? — repitió Cuatropuntas, interviniendo prontamente en refuerzo de su jefe.

—Soy uno.

—Uno ¿quién?

Carlo hizo una mueca.

—Habla — le dijo Nino, orgulloso de adoptar la facha de un guerrillero en un interrogatorio.

Y Cuatro apremió a su vez:

—¿Por qué no hablas? — Clavándole en la cara unos ojillos como alfileres.

—Pero, bueno, ¿de qué tenéis miedo? ¿Desconfiáis de mí?

—Nosotros no le tenemos miedo ni siquiera al mismísimo padreterno. Y si no quiés que desconfiemos de ti, desembucha.

—Pero ¿qué coño queréis saber?

—¿Cómo te llamas?

—¡Se llama Carlo, Carlo! — intervinieron a coro los chiquillos que acababan de acercarse.

— Carlo ¿y qué más?

—¡Vivaldi! ¡Vivaldi! ¡Vivaldi! — gritaron las mujeres, desde el rincón opuesto.

—¿Eres de los nuestros? — dijo Nino, manteniendo su ceño austero y amenazador.

—¿Eres de los nuestros? — repitió Cuatropuntas, casi al unísono.

Carlo los miró con una ojeada tan transparente que parecía divertida.

—Sí — contestó con un rubor de niño.

—¿Eres comunista?

—Soy anarquista.

—Bueno, nuestro gran maestro Carlos Marx — terció, conciliador, Giuseppe Segundo, que enseguida se había sumado a la conversación— sobre los anarquistas se declaraba más bien en contra que a favor. La bandera roja

es roja, y la bandera negra es negra. Eso no tiene vuelta de hoja. Pero en ciertas horas históricas todas las izquierdas marchan unidas en la lucha contra el enemigo común.

Nino permaneció callado por un instante, fruncido el ceño, meditando sobre una duda filosófica. Después de lo cual, sonrió satisfecho:

—A mí — decidió — la anarquía me gusta.

Carlo, casi contento, esbozó una sonrisita (la segunda, desde el día de su llegada).

—¿Y qué estás haciendo aquí, tú solo? — se le encaró Nino—. ¿Eres misántropo?

Carlo se encogió de hombros.

—Vamos, compañero anarquista — lo incitó Giuseppe Segundo—, ¡siéntate a la mesa con nosotros! ¡Esta noche, invito yo! — anunció avanzando hacia el centro de la tarbea con tono rumboso de multimillonario.

Carlo se adelantó, inseguro y desgachado, sin mirar a nadie, y Rossella saltó tras él. En vista de lo excepcional de la noche, prepararon una cena común en el centro de la tarbea, en una única mesa hecha arrimando cajas de embalaje. Alrededor, como asientos, colocaron en el suelo colchones, almohadas y saquitos de arena. Giuseppe Segundo llevó a la mesa unas botellas de un vino especial que tenía siempre en reserva para celebrar la victoria (o sea, la derrota del Eje).

—La victoria — dijo — se empieza a celebrar esta noche.

Carlo y Nino se habían instalado en dos colchones casi fronteros, sentados como monjes budistas. Al lado de Nino estaba Cuatro, y a sus espaldas los chiquillos se enzarzaban, pues todos querían un sitio al lado de ellos. Useppe se había pegado a su hermano, y sus ojos, siempre alzados hacia su cara, parecían dos pequeñas lámparas proyectadas sobre él para verlo más a la luz.

Solo de vez en cuando su atención se distraía para hacerle «miuuuu... miuuu» a la gata y ofrecerle un bocadito.

El menú de la cena era: *spaghetti all'amatriciana*, con tomates en conserva y auténtico queso de oveja; filetes *alla pizzaiola*; pan de harina de veras, comprado de contrabando en Velletri, y compota de frutas variadas. La lluvia que seguía cayendo a cantaros daba una sensación de aislamiento y seguridad, como dentro del Arca del diluvio.

Nino permaneció un buen rato en silencio, absorto en la observación de Carlo Vivaldi; no ya receloso, sino atento, como los chavales cuando a su pandilla llega un tipo exótico y, en cierta manera, problemático. Instante tras instante, sus ojos tornaban a la cara de él que, en cambio, no miraba a nadie.

—¿Eres milanés? — le preguntó.

—No... Soy de Bolonia.

—Y entonces ¿por qué estás aquí?

—¿Y por qué estás tú?

—¿Yo? Porque los fascistas m'empezaron a apestar, ¡por eso mismo! M'harté de la peste de las camisas negras.

—Pues yo también.

—¿Eras fascista también tú?

—No.

—¿Eras antifascista desde antes?

—Siempre fui anarquista.

—¿Siempre? ¿Incluso de mocoso?

—Sí.

—As de Corazones, ¿me dejas ver esa pistola? — suplicó en ese momento, al oído de Nino, Peppe Tercero, el sobrino romano de Carulí, que lo asediaba a sus espaldas, con su hermanito más pequeño y su primo Currado, pero Nino

de un empujón los mandó a los tres patas arriba sobre el colchón, amonestándolos con ferocidad:

—¡Ya basta, eh! ¡¡¡Largo!!!

—¡Ay, hijos de..., dejad en paz al señor! Pero ¿por qué tenéis que ser tan bestias? — los amonestó a su vez desde su sitio la madre de Peppe Tercero con suave lamento de clueca.

Entretanto la gata Rossella, aparecida entre los pies de la gente, se restregaba contra Useppe para pedirle otro bocadito; pero cuando Nino, al verla, alargó una mano para acariciarla de pasada, ella, como de costumbre, salió escapada. Entonces los tres sobrinitos de Carulina, levantándose de la voltereta, para desfogarse empezaron a perseguirla; pero ella, como un rayo, se refugió bajo una pierna de Carlo; y desde allí bufó hacia todos los comensales.

Giuseppe Segundo, sentado junto a Carlo, le echó de pronto una ojeada complacida y socarrona:

—Camaradas — dijo volviéndose a Nino y a Cuatro—, esta gata es de mi propiedad. Y, en confianza ¿queréis saber su nombre?

—¡Rossella! — exclamó triunfante Carulina.

—¡Ah, muchas gracias! — dijo Giuseppe Segundo, alzando un hombro con suficiencia— ¡Rossella! Ese sería el nombre, por así decirlo, gubernativo..., menos comprometedor..., pa entendernos. Pero su verdadero nombre, el que le puse cuando la cogí, es otro, ¡y solo yo lo sé!

—¿Tampoco ella lo sabe? — preguntó intrigada Carulina.

—¡No! ¡Ni siquiera ella!

—¿Y qué nombre es? — se informaron las dos cuñadas a un tiempo.

—¡Dígalo! ¡Dígalo! — urgió Carulina.

—Bueno, esta noche, entre nosotros, aunque sea en voz baja, se pué decir

— resolvió Giuseppe Segundo. Y, con pinta de conspirador, reveló—: ¡RUSIA!

—¿Rusia? ¿Quiere usted decir que la Rossella se llama de nombre Rusia?
— soltó una de las cuñadas, no muy convencida.

—Sí, señora. Rusia. Sí, señora.

—¡Bah! Rusia será un bonito nombre, no digo que no — observó la señá Mercedes—, pero ¿a qué viene? Rusia es un sitio, ¿cómo se llama? ¡Es una localidad! ¡Rusia!

—A mí — declaró la abuela Dinda— me gusta más Rossella.

—Bueno, contra gustos no hay nada escrito — contestó Giuseppe Segundo.

—¡Rusia es Rusia, y vale! — recalcó la abuela Dinda—, pero, para una hembra, a mí Rossella me parece más guapo.

Giuseppe Segundo se encogió de hombros, con un ademán de leve mortificación, pero también de superioridad definitiva e incomprendida.

—Rossella... — observó en ese momento una de las cuñadas— ¿no es también el nombre de aquella actriz, en aquella película... ¿cómo se llamaba?

—¡Lo que el viento se llevó! — exclamó Carulina— ¡Vivia Leik, en *Lo que el viento se llevó*!^[3]

—¿Era la que se casaba con él, y después moría?

—No, moría la hija — precisó la cuñada napolitana—, y en cambio él se casaba con la otra...

El grupito empezó a discutir sobre la película; pero semejante tema aburría a Giuseppe Segundo. Les echó una mirada a los camaradas, dando a entender: «Ya veis. ¡Mujeres!...». Después se levantó de su asiento, y fue a asomarse entre Nino y Cuatro. Estaba decidido a meterse en cualquier aprieto, con tal de demostrarles a los dos su credo; su rostro, cómicamente infantil, resplandecía de contento liberador.

—¿Y queréis saber — anunció con voz jubilosa— por qué, a esa parejita — señalando a los dos canarios— les llamé Peppiniello y Peppiniella?

—¿...?

—¡En honor del camarada José Stalin!

Cuatropuntas le respondió con movimientos de cabeza llenos de aprecio y seriedad; pero Nino, en cambio, no le dio esa satisfacción. En verdad, aunque comiera y bebiera mucho, Ninnarieddu había adoptado un aire desganado y se mostraba poco atento a las charlas. Giuseppe Segundo volvió a sentarse en su sitio. Por su parte, entretanto, la señá Mercedes, con intención de complacerlo (y sin contar siquiera a los otros Giuseppes presentes), le decía:

—También usted se llama igual, seor Gius...

Pero él, casi escandalizado, abrió los brazos, como diciendo: «¡Por favor! ¿Qué tengo yo que ver? ¡Ni se mencione!».

Entonces los citados Peppiniello y Peppiniella creyendo acaso que era de día, entonaron unos píos. Carulina, para aumentar el follón, se fue a poner el disco de jazz; y las gemelitas, que se habían dormido en una esquina del colchón, se despertaron chillando. Carulina acudió hacia ellas a toda prisa y empezó a cantar:

A la nina, nana, ¡oh!

Rusinella y Celesta se durmió...

etcétera, etcétera.

Pero antes que sobre las gemelas, la nana pareció surtir efecto sobre Useppe, a quien pronto se le cerraron los párpados. Ida entonces se lo puso en el regazo y, por consiguiente, se encontró junto a Ninnarieddu:

—¿Cómo te las arreglaste para encontrarnos?... — le repitió, en voz baja, una vez más.

—Ah, ma, ¡ya te lo he dicho que pasé a ver a Remo! Primero fui a nuestra casa, y cuando vi que en lugar de casa había un hoyo, ¡me informé por él! — le explicó Nino, con cierta impaciencia. Y enseguida cerró la boca, adoptando una expresión enfurruñada, quizá porque la conversación le había recordado el reciente dolor por Blitz.

A la nina, nana, ¡oh!

Rusí y Celestina se durmió...

¡oh, oh, oh, oh, oh!

Useppe dormía. Ida echó a andar para acostarlo en su colchón detrás de la cortina de sacos. Y cuando regresó, le habían quitado el sitio al lado de Nino los inevitables sobrinos de Carulí, que se agolparon allí y ya estaban examinando de cerca las botas de marca alemana, observando los cordones la suela, etcétera, como si admirasen un monumento.

—¿Estabas en el ejército? — preguntó Nino.

Carlo Vivaldi alzó los ojos, con la melancolía salvaje de un animal que asoma por la guarida, incierto entre salir o no al ataque. Esa noche, atendía más a beber que a comer, y la incomodidad que lo había paralizado al principio iba ya en parte disolviéndose en el vino.

—¡Sí! ¡Era soldado! ¡Vino a pie desde la Alta Italia! — contestaron, por él, dos o tres mujeres, entre ellas Carulina, satisfecha de mostrarse informada.

Pero ante esta nueva interferencia no solicitada, Nino emitió un silbido impaciente; en su mirada, que tropezó con la de Carlo, no había ya el terrorismo del cabecilla, sino solo una terca pretensión de diálogo, evidente hasta resultar cándida.

—¿Te escapaste del ejército?

El labio superior de Carlo se puso a palpar:

—No — declaró honradamente, y casi afable—, a «ellos», aquí, les dije que era soldado, por decir algo... Pero no era cierto. ¡No pertenezco a ningún ejército! — precisó con una sensación agria, no se sabía si de honor o de deshonor. Nino se encogió de hombros.

—Bueno, si quíes hablar, habla — dijo, indiferente y, con repentina malignidad, agregó—: ¡A mí tus asuntos me la traen floja!

El rostro de Carlo, de cejas unidas en la frente, se endureció:

—Entonces ¿por qué preguntas? — profirió, con agresivo pudor.

—Y tú, ¿qué tiés que ocultar? — replicó Nino.

—¿Quieres saber de dónde me he escapado?

—¡Sí! ¡Quiero saberlo!

—Me escapé de un convoy de deportados, en ruta hacia la frontera oriental en un tren sellado.

Era la verdad, pero Carlo la acompañó con una carcajada estrambótica, como si contase un chiste.

—¡Aaah! ¡Menos mal! ¡Por fin, habló el mudo! — se alzó el comentario de la abuela Dinda, con un pequeño suspiro de alivio.

—¡Huuuy! ¡Abuela! ¡Cállese! — le regañó bajito Carulí. Carlo, las miró, a una y otra, sin verlas, con ojos inexpresivos.

—¿T'habían cogió en alguna redada? — seguía preguntando Ninnarieddu.

Carlo Vivaldi meneó la cabeza.

—Yo... — farfulló— era clandestino... ¡Hacía propaganda política! Hubo un soplo..., me denunciaron al mando alemán.

Y aquí le salió otra carcajada, casi obscena, que le dejó los rasgos corroídos como por una infección. Ante su movimiento descompuesto, Rossella, debajo de su pierna, emitió una voz especial de quejosa protesta, que sonaba: «¡Mememié! ¡Mememié!». Y él, casi absurdamente confuso por haber trastornado a la gata, se recompuso, volviendo a su alrededor unos ojos

pasmados de huérfano. Pero en estas, con repentina brutalidad, y dirigiéndose exclusivamente a Nino, le dijo:

—¿Conoces las celdas de seguridad tipo búnker, llamadas «antesalas de la muerte»?

—¡Tengo una idea! — Nino había cambiado de postura, alargando los pies sobre la mesa y apoyando la espalda en las rodillas de su amigo Cuatro, quien de buen grado se prestó a servirle de respaldo—. Eh, compañero — dijo luego a Carlo, tras haber arrugado entre los dedos y tirado su cajetilla vacía de Popolari—, dame un pitillo.

Fingía una desenvoltura de gángster americano, hecho a todas las experiencias. Carlo le lanzó un pitillo a través de la mesa. Y al mismo tiempo, con una sonrisita forzada, casi evasiva, hizo saber:

—Yo, yo he estado. Yo he estado. He estado — repitió varias veces, abstrayéndose en una dura inmovilidad, con una especie de inspiración absurda y repugnante. Y en el acto, adoptando un habla monótona, científica (solo con alguna palabra dialectal: la *lus*, la *muller*, en medio, y alguna que otra mueca) se internó en una descripción de aquel particular tipo de celdas.

Se trataba, según su descripción, de unos depósitos aislados, tipo búnker, hechos de cemento vertido sobre un armazón en forma de cúpula; los alemanes los utilizaban entonces en el norte de Italia, por ser de construcción rápida, prácticos y elementales. El interior, de cerca de metro noventa por metro diez y metro treinta de altura, medía lo suficiente para una tarima, y un hombre no cabía de pie. En el techo estaba instalada una lámpara de unas trescientas bujías que permanecía encendida día y noche y perforaba incluso los ojos cerrados, como una llama oxhídrica (y aquí Carlo Vivalvi se tapó instintivamente los ojos con la mano). Y la única abertura al exterior, a media altura de la puerta atrancada, era una mirilla o respiradero, de un diámetro no muy superior al del cañón de un fusil. Uno pegaba siempre los labios, a gatas

sobre la tarima, al agujero para chupar aquel hilo de aire. En aquel patio del mando de las SS (una especie de almacén en el extrarradio), habían construido una quincena de esos búnkeres, uno al lado del otro, con un horno crematorio anexo.

Por lo general, ningún búnker permanecía vacío mucho tiempo. Solían encerrarte en él después del interrogatorio y a la espera de nuevo destino. De noche, en especial, salían de ellos voces, a menudo ya no voces racionales sino más bien alaridos inconscientes de la materia. Un hombre, todavía consciente, repetía que llevaba allí dentro treinta y cinco días y no hacía sino pedir agua; pero nadie se la daba. A veces, al pedir agua, se veía penetrar en respuesta, por el respiradero, el cañón de un fusil. En el próximo búnker a la izquierda estaba una mujer que durante el día parecía muda, pero que todas las noches recaía en una demencia vociferante, y hasta invocaba a los SS de guardia, llamándoles «hijos míos». Pero apenas se acercaban los pasos del centinela de ronda, todas las voces enmudecían de improviso.

En efecto, tras cada chirrido de cerradura abierta se producía, al poco, un ruido de disparos en el patio. Los búnkeres habían tornado ese nombre de «antesalas de la muerte» porque, en especial de noche, de ellos solo se salía para ser ajusticiado en el mismo patio de un tiro en la nuca. Jamás se podía saber quién sería el próximo, ni el criterio de las elecciones o exclusiones cotidianas. A cada disparo, los perros de las SS ladraban.

Aquí, Carlo Vivaldi, como despertando de su larga «inspiración», se echó a reír de nuevo, como un borracho que, con tal de chulear o hacerse abominable, confiesa en público una acción vergonzosa:

—Yo allí dentro estuve setenta y dos horas — hizo saber sin dirigirse a nadie—, las conté por las campanadas. Setenta y dos. Las conté. Tres noches. En tres noches diez disparos. Los conté.

En la mesa todos guardaban silencio, respetuosamente; pero los únicos que

escuchaban con real entrega eran Nino y Cuatro. Los Mil, y con ellos el propio Giuseppe Segundo, intercambiaban miradas acobardadas, decepcionados con tan lúgubre tema, que les envenenaba la fiesta; mientras que los chiquillos, e Ida no menos que ellos, ya se caían de sueño.

—... allí dentro, uno cuenta siempre... Se pasa los días contando... Cualquier memez, por no pensar... Se cuenta... Lo importante es anclar el cerebro en cualquier ejercicio idiota... Listas... Pesos y medidas... La nota de la lavandería...

(Al oír esta frase, la señá Mercedes le dio un codazo a Carulina y Carulina, aunque no poco agitada con el tema, a duras penas logró contener una hilaridad compulsiva.)

—... sustracciones, adiciones, fracciones... ¡Números! Si se te ocurre pensar en tu madre, en tu padre, en tu hermana, en tu chica, te lanzas de inmediato a calcular su edad en años, meses, días, horas... Como una máquina... Sin pensar... Setenta y dos horas... tres noches, diez disparos... Un disparo para cada uno y basta... Uno, dos, tres, cuatro... Y diez... Se decía que eran todos partisanos... en su mayoría bandidos... Esa era la acusación...

—Pero ¿cómo? ¿Tú también eras partisano? — preguntó Nino, poniendo los pies en el suelo con un interés repentino que iluminó su rostro.

—¡Yo no! ¡Ya te lo he dicho! ¡Yo no era soldado! — protestó el otro, casi enfureciéndose—. Yo... Trabajaba en la ciudad... (aunque no digo en qué ciudad) Manifiestos... Octavillas... propaganda... Preso político... ¡por eso me destinaron al tren! Pero yo no sabía la condena que... Por la mañana temprano, cuando volvieron a sacarme del búnker, mi pensamiento fue: «¡Ya está! ¡Número once!». Tenía ya el ruido en el cerebro... Caminar... caminar... mierda. Caminar... Ay, madre mía... ¡El mundo da asco!

—¡El mundo APESTA! ¿Ora lo descubres? — confirmó Ninnarieddu

triumfalmente—. ¡Vaya! Pos, macho, ¡yo lo entendí hace tiempo! ¡Es demasiao asqueroso, y APESTA! Pero a mí — agregó pensándolo mejor, y empezando a mover los pies— ... ¡esa peste me pone cachondo! Hay ciertas mujeres, ¿no?, que apestan, ¿a qué?, ¡bah!, a mujer, ¡y con esa peste a mujer te ponen cachondo!... ¡A mí — proclamó— me pone cachondo toa la peste de la vida!

Sus pies, ellos solos, al moverse habían cogido el ritmo del jazz de poco antes.

—¿Y entonces? ¿Cómo hiciste para escapar? —preguntó, curioso, bailando así.

—¿Cómo hice? Hice, que me tiré del tren... en una parada... en Villaco... No, antes. No lo sé, dónde... Había dos muertos en el vagón que descargar: un viejo y una vieja... ¡Basta! ¡No tengo más ganas de hablar de ello! ¡Basta!

Y aquí Carlo Vivaldi frunció las cejas, con la expresión asqueada, aunque extrañamente inerme y desnuda, de un chiquillo caprichoso que por fin ha desembuchado y dice, exhausto: «Y ahora, dejadme en paz».

—Muy bien. No hablemos más. ¡Tómame un trago! — le exhortó la señá Mercedes—, total, dentro de poco se acabó todo. Dentro de poco, si Dios quiere, ¡llegarán los liberadores!

—Pero ¿cuándo llegarán, entonces, esos mesías?... — exhaló en ese momento, con una vocecita quejosa la otra abuela de Carulina, que, a diferencia de la abuela Dinda, solía estar siempre callada.

—¡Llegarán, abuela, llegarán! ¡Es cuestión de horas! ¡Brindemos! — fue el coro general de los Mil. Y Carulina, que pese a la emoción había seguido incubando su hilaridad traicionera, aprovechó para darle rienda suelta, prorrumpiendo en una carcajada que parecía un clarinazo. Carlo alzó entonces los ojos hacia ella y le echó una dulce sonrisa de niño.

Su rostro aparecía agotado, aunque distendido, como en la convalecencia

de una enfermedad delirante. No había ya rastros de la expresión corrompida que hasta un minuto antes lo trastornaba. Y la misma excitación del vino, que se veía arder en sus ojos, había transmutado el fuego pútrido de poco antes en un temblor luminoso, tímido e ingenuo. Acurrucado en una actitud incómoda, con una pierna medio extendida y la otra más levantada para dejar sitio a Rossella, parecía el enviado de una tribu derrotada y dispersa que demandase, quizá, también ayuda.

Siguiendo el ejemplo general, se sirvió más vino, pero con un movimiento torpe, derramando parte fuera del vaso.

—¡Buena suerte! ¡Buena suerte! — gritaron entonces todos—, ¡el vino derramado trae suerte! — Y acudieron a porfía a mojar los dedos en el vino para humedecerse la piel detrás de las orejas.

Incluso a quienes no se habían movido de su sitio se les otorgó este pequeño bautismo, especialmente por mano de Carulí, que no olvidó a nadie; ni a Ueseppe, sumido en el sueño detrás de la cortina, ni a los otros chiquillos dormidos por la estancia, ni a Ida, que, medio amodorrada, reaccionó al cosquilleo con una leve risa inconsciente. El único excluido había sido precisamente Carlo Vivaldi, aunque al final, venciendo su cortedad, Carulina se ocupó también de él.

— ¡Gracias! ¡Gracias! — empezó a repetir él—. ¡Gracias!

Y ante tal profusión de agradecimientos, ella, no sabiendo cómo corresponder, e intimidada al máximo, se limitó a quedarse allí, balanceándose sobre las piernas, en una especie de ballet ceremonioso.

—¡Un brindis por los liberadores! ¡Un brindis por los camaradas partisanos! — gritó Giuseppe Segundo. Y, tras haber brindado con unos y otros, se acercó a Carlo.

—¡Ánimo, compañero! — lo alentó, chocando su vaso—, solo tenemos pa

unos cuantos meses. Entro de poco desbarataremos también el norte. ¡Y en primavera, como mucho, volverás a ver tu casa!

Carlo Vivaldi respondió con una sonrisilla incierta, que expresaba cierta gratitud, aunque sin querer ceder demasiado a la esperanza.

Contemplándolo, Giuseppe Segundo advirtió una exigencia inmediata y comunicativa de arrastrarlo también a él enseguida a la fiesta general.

—A propósito, compañero — le dijo entonces, expansivamente—, hace tiempo que quería preguntártelo, ¿por qué, de momento, en vez de estarte aquí esperando, con esa rabia que te pudre el cuerpo, no te vas, no te lanzas también tú a la lucha armada, con los camaradas partisanos? ¡Eres un chico con ideales, y robusto!

¡Quizá Carlo Vivaldi se esperaba una pregunta por el estilo! De hecho, antes aun de formularla el viejo, sus rasgos se habían tensado con una voluntad empeñada y consciente, que disipaba los vapores del vino. Frunció severamente las cejas y, con enfurruñada amargura, declaró:

—NO PUEDO.

—¿Por qué no pues? — exclamó Nino, que entretanto había pasado al otro lado de la mesa.

Carlo Vivaldi se ruborizó como si estuviese a punto de confesar algo ilícito:

—Porque yo — profirió— no puedo matar a nadie.

—¿No pues matar? ¿Qué significa eso? Tampoco alemanes. ¿Y eso qué es, una especie de voto en la Iglesia?

El interrogado se encogió de hombros.

—Yo — declaró con sonrisilla casi despectiva— ¡soy ateo!— Después clavó los ojos en la cara de Nino y, silabeando con fuerza a pesar de los labios torpes por la bebida, explicó, en el mismo tono redentor—: Mi-idea-RECHAZA-la violencia. ¡Todo el mal está en la violencia!

—Pero, entonces, ¿qué clase de anarquista eres?

—El verdadero anarquismo no puede admitir la violencia. La idea anarquista es la negación del poder. Y poder y violencia son una sola cosa...

—Y, sin violencia, ¿cómo se puede hacer el Estado anarquista?

—La anarquía niega el Estado... Y si el medio ha de ser la violencia, ni hablar. El precio no compensa. En ese caso, la anarquía no se hará.

—Entonces, a mí, si no se hace, no me gusta. A mí me gustan las cosas que se hacen.

—Depende de cómo se entienda la ACCIÓN — contestó Carlo Vivaldi, huraño, en voz queda. Después, abierto de nuevo, con un ardor interno y persuasivo, declaró—: Si el precio es traicionar a la idea, ¡el objetivo es ya un fracaso desde el principio! La idea... la idea no es un pasado, o un futuro..., es presente en acción... Y la violencia física la trunca de raíz... La violencia es lo peor de todo.

Esta resuelta defensa de su idea pareció liberarlo, y, al mismo tiempo, intimidarlo. Como avergonzado del ardor natural de sus ojos, los bajó, de forma que no se veían sino las pestañas demasiado largas y tupidas, que recordaban su aún reciente adolescencia.

—Conque — lo acosó sin embargo Ninnuzzu— si tú mañana te encuentras con el alemán que te metió en el búnker, o con el que te arrojó al vagón de ganado, ¿qué haces? ¿Lo dejas vivos?

—Sí — dijo Carlo Vivaldi mientras su labio superior se alzaba en una mueca que volvía a corromperle los rasgos, como un escalofrío pasajero.

Y, simultáneamente, en los ojos de Nino reapareció aquel nuevo fulgor ciego, de aparato fotográfico, que asombrara a Ida ya al principio de la velada.

—Anarquistas no violentos — sentenciaba mientras tanto, perplejo, Giuseppe Segundo—, como idea está contemplada... Pero, cuando la

violencia hace falta, ¡hace falta! Sin violencia, no se realiza la revolución socialista.

—¡A mí me gusta la revolución! — exclamó Nino— ¡Yo no creo en el anarquismo sin violencia! ¿Y sabéis lo que os digo? ¿Lo SABÉIS? ¡Que los comunistas, y no los anarquistas, traerán la verdadera anarquía!

—¡La verdadera libertad es la bandera roja! — aprobó Cuatro con ojos contentos.

—¡Porque en el comunismo todos serán camaradas! — prosiguió Nino, con todo ímpetu—, no habrá ya ni oficiales, ni profesores, ni comendadores, ni barones, ni reyes y reinas... ¡Y ni führers ni duces!

—¿Y el camarada Stalin? —preguntó preocupado Giuseppe Segundo.

—¡Él es diferente! — decidió Nino, resuelto— ¡Él está fuera de toda discusión! — Y en su voz hubo, al margen del perentorio énfasis, cierta nota familiar y confidencial, como si estuviera hablando de un viejo pariente, en cuyas rodillas se hubiera sentado de pequeño, mientras jugaba con sus bigotes—. ¡Él es intocable! — reforzó, y esta vez la nota de antes fue acompañada por otra más feroz, como dando a entender eventualmente a todos que Stalin debía semejante privilegio exclusivo, muy en particular, amén de a sus propios y conocidos méritos personales, a la especial protección de Asdecorazones.

En ese momento, asomando bajo la pierna de Carlo Vivalvi, Rossella, con un arrebatador y repentino, le saltó al estómago. Y mirándolo cara a cara, de manera obsequiosa pero también exigente, lo apostrofó directamente con la frase: «¿Nian, nian, nian, nian?», que traducida de manera literal correspondería a: «¿No te parece hora de irse a la cama?».

Esta mínima acción gatuna desvió el interés de Nino de la discusión en curso, transportándolo mentalmente al terreno de los gatos en general, los cuales constituían, en su concepto, una raza especialmente humorística

(aunque sin duda menos importante que la de los perros). Al paso de tal concepto, se vieron reflejos fútiles y risueños jugar, fugaces, en sus ojos. Después, en el acto, acordándose del próximo despertar, de madrugada, emitió un enorme bostezo.

Fue la señal de retirada. Carlo Vivaldi se levantó el primero, tambaleándose un poco sobre las rodillas.

—Madre mía, este vino se me ha bajado todo a las piernas — rezongaba, con Rossella a la zaga, hacia su rincón.

Giuseppe Segundo decidió acostarse en el suelo y sobre una manta para ceder a los huéspedes su colchón. Y Nino aceptó el ofrecimiento con toda sencillez, y sin dar las gracias, como un derecho lógico. Según la costumbre adquirida en la guerrilla, él y Cuatropuntas, al tumbarse, pegados, en el colchón de una plaza, renunciaron a desvestirse, quitándose solo las botas. Luego dejaron en el suelo, junto a la cabecera, el cinturón con la pistola, al lado de la lámpara portátil. Y ante la iniciativa de Giuseppe Segundo, que prudentemente les puso el despertador, aseguraron que, llegado el caso, podían muy bien prescindir de él, porque Cuatropuntas tenía un despertador de precisión en el cerebro.

Pero mucho antes de sonar el despertador, tal vez a eso de las cuatro, un urgente roce de pies descalzos, tras una arriesgada travesía en la semitiniebla, llegó a la cabecera de Nino. Y una vocecita baja de tono, aunque intrépida y resuelta, empezó a repetirle al oído, casi dentro del pabellón:

—¡Ahó! ¡Alió! ¡Ino! ¡¿Ino?! ¡Ahó!

Un primer efecto instantáneo, que se produjo en Nino, fue cierta inversión de la trama de su sueño. La escena se desarrolla en el cine, donde él, por lo demás, está sentado entre los espectadores del patio de butacas, y también metido directamente en la acción de la pantalla, donde cabalga por una pradera del Oeste, entre otros jinetes en salvaje carrera. En ese momento su

caballo le ruega que le rasque la oreja derecha, en la cual siente unas cosquillas. Pero, al rascar la oreja del caballo, comprueba que no está a lomos de un animal, sino a horcajadas en lo alto de un Stuka en vuelo; y que las cosquillas se sitúan en su propia oreja, con motivo de una llamada telefónica urgente desde América...

«Pasádsela al jefe de escuadrón.» Nino se da la vuelta y sigue lanzado con el Stuka a una altura de veinte mil pies, en medio del tranquilo zumbido del motor. Pero entretanto el teléfono americano insiste en cosquillearle con sus llamadas, dándole también unos tirones de pelo, y alargando una patita sobre su brazo.

En ese punto, Nino (con un mecanismo nuevo y especial de sus nervios, que le servía de señal en sus noches de proscrito) se sacudió y levantó la cabeza, aunque sin despertarse del todo, e instintivamente echó mano a su linterna de pilas. En un relámpago, percibió el color celeste de dos ojitos que parpadeaban frente a él, sorprendidos por la luz, pero también cómplices y festivos, como si fuera la noche de Reyes; y entonces, inmediatamente, tranquilizado, siguió durmiendo.

—¿Quién es? — gruñía a su lado, alarmada, la voz soñolienta de Cuatro.

—Nadie.

—Ino... Ino... ¡Soy yo!

Antes de volver a roncar, Nino profirió en respuesta un rezongo de asentimiento, que lo mismo podía corresponder a un «Está bien» o a un «Okay», que a todo lo contrario, o a nada de nada. En su duermevela transitorio se había insinuado apenas la impresión cómica y curiosa de una presencia casi imperceptible, de la altura de un gnomo, que él reconocía como una especie de diversión, aunque su identidad resultara confusa. Tal vez un animal fantástico, más vivaz y gracioso que otros animales, que notoriamente frecuentaba sus mismos parajes, y en cierto modo le pertenecía.

Y lo hacía reír saltando a su encuentro a saludarlo desde los cuatro puntos cardinales del universo. Y no se marchaba, y actualmente caminaba por encima de él.

Y en verdad su hermano Useppe, tras permanecer un momento cavilando al lado del colchón, había trepado resueltamente encima, y se abría camino, metiéndose entre la rodilla de Nino y la pierna de Cuatropuntas. Dado su tamaño, no le fue difícil acomodarse en el mínimo hueco disponible. Soltó una risita gloriosa, y se durmió.

Y así, el resto de esa gran noche, Useppe durmió desnudo en medio de los dos guerreros armados.

Cuando, al temprano levantarse con el alba, descubrieron dentro de la cama a aquel huésped no invitado, quedaron regocijados y sorprendidos, como con un hallazgo de película cómica. Cuatropuntas se apresuró a devolvérselo a la madre; y mientras Asdecorazones, primero de todo, se ausentaba hacia la letrina del rellano, él se encargó personalmente de entregarlo a domicilio, sosteniéndolo en brazos con grandes miramientos. Tímidamente, además, cuando iba a cruzar la cortina, preguntó:

—¿Da su permiso? — por respeto a la señora; aunque esta, desvelada por el despertador, ya asomaba al exterior, con una mantita sobre los hombros, a la claridad de una vela recién encendida, que se vislumbraba por los agujeros de los sacos—. Disculpe, señora, aquí tiene al crío — murmuró Cuatro, sin más explicaciones, disponiendo su carga en la cama con la delicadeza de una nodriza.

Pero, a pesar de esa delicadeza, Useppe ya tenía los ojos semiabiertos y trastornados. Y al ver aparecer a su hermano, ya listo para la marcha, los abrió de par en par.

Cuatro se alejó a su vez para aprovechar su turno en la letrina. Y Nino, que

sentía antipatía por las velas, llamándoles luces de muerto, entretanto sopló la llamita, dejando en el suelo en su lugar su linterna encendida. Después le preguntó a Ida si podía darle algún dinero, al menos para tabaco, dado que estaba sin una lira. Y cuando Ida hubo arrebañado para él en el monedero de costumbre unos billetes de diez, como reconociéndole en obligada recompensa cierto crédito, se demoró un rato conversando con ella.

El objeto de la conversación fue Carlo Vivaldi, que a la sazón dormía y a quien él indicó sin nombrarlo, señalando hacia su cortina con el codo. En voz baja, reveló a su madre que, según él, tras habérselo pensado, no era cierto que fuera de Bolonia:

—Yo entiendo un rato de acento boloñés. Tuve una chica boloñesa que al hablar hacía siempre «Sh... Sh... Sh...». Y él no hace «Sh»...

Podría ser, si acaso, friulano... o milanés...; en fin, en opinión de Ninnuzzu, era cierto, sí, que era del norte. Pero que fuera de Bolonia, en cambio, era una trola. Y también podría ser cierto que fuese anarquista. Pero, anarquismos aparte, Nino intuía algún otro asunto que les había ocultado. Quizá, incluso, el nombre de Carlo Vivaldi fuera un nombre falso.

—Me lo he pensao, ¿y sabes qué te digo, ma?... que ese, según yo, a lo mejor pué ser un...

Nino pareció a punto de admitir a Ida como cómplice secreta. Pero, pensándolo mejor, debió de elegir en cambio, preferentemente, una eventual complicidad con el (supuesto) Carlo Vivaldi. Y dejó la frase inconclusa.

Ida había estado a punto de susurrarle, por su parte: «Es anarquista, como tu abuelo...», pero la timidez la retuvo. Desde la noche anterior, la noticia de que Carlo Vivaldi era anarquista, y por lo tanto de la misma cuerda que su padre, había removido inmediatamente sus afectos. Y en la cena, luego, al oírlo (incluso medio muerta de sueño como estaba) contar sus penas, se había dicho recordando los disgustos de su padre, que los anarquistas,

evidentemente, gozaban de pocas simpatías en este mundo. Además, el habla septentrional de él le recordaba, en ciertos rasgos, a su madre, Nora... Y por consiguiente su simpatía se dirigía instintivamente a Carlo Vivaldi, más que a todos los otros ocupantes de la tarbea, como si un vínculo de solidaridad y parentesco la uniese a aquel moro esquinado. Pero, frente a la reticencia de Nino, no insistió en saber más sobre él.

Fuera alboreaba, pero en la tarbea, protegida por las ventanas veladas, se estancaba la oscuridad de la noche. Y todos los de alrededor seguían durmiendo, sin preocuparse por la señal anticipada del despertador, que no les concernía. Solo hacia el lado de Giuseppe Segundo se notaba ya, desde el primer sonido del despertador, cierto ajeteo, cierto movimiento. Y se veía bailar la llamita fantasmal de un pabulo de emergencia (a esa hora faltaba la corriente eléctrica; y, lo mismo que las velas, los géneros corrientes para la iluminación o el combustible escaseaban de día en día).

Había reaparecido Cuatro y Nino recogió del suelo su linterna, mientras Ida se dejaba caer sentada en la cama, ahorrando su resto de vela. En ese momento Useppe, viendo a su hermano encaminarse a la salida, se sentó a toda prisa en el borde del colchón y empezó a vestirse precipitadamente.

En unos instantes llegó al umbral exterior, de donde los dos ya se alejaban. Estaba listo, con sus pantaloncitos, la camiseta, las sandalias puestas, y hasta el abrigo impermeable al brazo, como si estuviera claro que también él se marchaba. Permaneció inmóvil unos instantes mirando hacia los dos, que echaban a andar, a una distancia de quizá diez metros del umbral, por el desmedrado campito del otro lado del desmonte. Después, sin decir nada, echó a correr hacia ellos.

Pero del interior sobrevénía entretanto, deprisa y corriendo Giuseppe Segundo totalmente vestido, como de costumbre, con la chaqueta abrochada y el sombrero en la cabeza:

—¡Un momento! — exclamó agitado, corriendo hacia los dos y bloqueándolos a mitad del sendero— ¿Os marcháis sin tomar un café?; Os estaba preparando café, café DE VERAS! — se disculpó con el aire de quien promete una delicia paradisíaca. Y en realidad no era poco importante, en esos tiempos, la propuesta de un auténtico Moka.

Pero los dos, tras consultarse con la mirada, contestaron que no tenían tiempo. Un amigo los esperaba en determinada localidad cercana para regresar juntos a la base. Debían apresurarse, explicó Ninnuzzu, no sin pesar.

—No insisto, entonces. Pero he de hablarte, ahora mismo de una cosa reservada. Me basta medio minuto, ¡con toda urgencia! — Y Giuseppe Segundo se llevó aparte a Ninnuzzu, febrilmente, aunque siguiera dirigiendo sus palabras tanto a él como a Cuatropuntas. — Escuchad, camaradas — dijo, gesticulando hacia uno y otro—: sin más preámbulos, quiero comunicaros esto: MI LUGAR ESTÁ ENTRE VOSOTROS. Me lo decía ya desde ayer, ¡pero esta noche he tomado la decisión! ¿Qué estoy haciendo aquí, yo? ¡Mi decisión es entrar en el corazón de la lucha! ¡Me ofrezco a ir con vosotros, a vuestras filas!

Aunque en voz baja y apresurada, había hablado con cierta solemnidad; y en su mirada se leía casi la certeza de que los camaradas aplaudirían su ofrecimiento. Pero Nino, sin comentarios, le echó un vistazo que decía muy claro: «¿Y qué partisano ibas a ser tú, viejo escuerzo?», mirando a hurtadillas, al tiempo, a Cuatro, con una especie de guiño semidivertido. Mientras que Cuatro (que, aunque oyéndolo todo, se mantenía, por discreción, algo apartado), por su parte, no pestañeaba, serio y consciente de la gravedad del tema.

—¡No os fieis de las apariencias! ¡Yo tengo la resistencia de un toro! ¡Y el brazo ahora está arreglado y funciona! — Aquí Giuseppe Segundo, en una ágil manifestación atlética, empezó a rotar el brazo derecho, herido en el

bombardeo de julio—: Y de ciencia militar entiendo lo mío — siguió encomiándose, frente al escepticismo de Nino—: hice la Primera Guerra Mundial. No siempre he estado haciendo estatuas. — Después se apresuró a informar, con suma premura—: También tengo ahorrao un capitalito, ¡y será un honor poner toda mi hacienda al servicio de la causa!

Esta última información debió de parecerle a Nino más persuasiva y atendible. Examinó a Giuseppe Segundo con aire de mayor condescendencia; y luego (tras haber interrogado con los ojos a Cuatropuntas para estar seguro de su aprobación), cortándolo en seco le dijo con vivacidad:

—¿Conoces por casualidad a Remo, el de la taberna de la via degli Equi?

—¡Claro! ¡Es un camarada! — aseguró Giuseppe Segundo, palpitante de contento.

—Bueno, pues dirígete a él de nuestra parte. Te dará toas las indicaciones.

—¡Gracias, camarada! Hasta pronto, pues. ¡¡¡Hasta prontísimo!!! — prorrumpió Giuseppe Segundo, radiante de alborozo e impaciencia. Después, con el ademán de quien agita, como despedida, una banderita triunfal, concluyó — : ¡Por la idea no basta con ir tirando! ¡Llegó la hora de vivir!

Saludó con el puño cerrado. Cuatropuntas le respondió con el mismo saludo, y una expresión de profunda responsabilidad en el rostro. Pero Ninnuzzu, presuroso y distraído, ya se volvía de espaldas para irse. Entonces se fijó en Useppe, que lo había alcanzado a la carrera ya antes, y ahora, arrastrando por el suelo el impermeable forrado de rajo, alzaba los ojos hacia él, a la manera de los pájaros cuando beben.

—Eh, Usé — dijo— ¡adiós! ¿Qué me quíes decir? — añadió, con una ojeada—. ¿Me das un besito?

El besito fue dado. Pero Useppe, en cuanto vio a su hermano alejarse echó otra carrerita detrás de él. La madrugada era húmeda y oscura; cayeron las

primeras gotas de lluvia. Advirtiendo los pasitos de Useppe, que lo seguían, Ninnarieddu se volvió:

—Regresa a casa — le dijo—, está empezando a llover...

Y se detuvo un instante a dos pasos de él para decirle adiós con la mano. Inseguro, tras haberse detenido a su vez, Useppe dejó caer al suelo el impermeable para tener la mano libre y devolver la señal de despedida. Colgando del brazo abandonado, el puñito se abrió y se relajó un poquito, contrariado y de mala gana.

—¡Useppeeee! — se oyó llamar, desde el interior, a la voz de Ida.

—¡Eh, Usé! ¿Bien? ¿Qué haces ahí? ¿No ves que va a llover? — Y entonces, al verlo así paralizado y mudo en medio de la vereda, Nino, despreocupadamente, retrocedió con una carrerita para un último beso—. ¿Qué haces? ¿Cómo? ¿Quiés venir con nosotros? — preguntó en broma.

Useppe lo miró, sin responder. Volvió a oírse dentro de la casa la voz de Ida. De repente los ojos de Ninnuzzu rieron, alzados al cielo plomizo, como si reflejaran una azul claridad.

—Eh, Usé —empezó, inclinándose sobre su hermano—, oye una cosa: hoy no te pueo llevar con nosotros, ¿no ves el mal tiempo que hace?

—¡Useppeeee!...

—Pero dime una cosa — siguió Nino, mirando a su alrededor y bisbiseando al oído de su hermano, como en un compló—: mamá siempre sale por la mañana temprano, ¿no?

—Ti.

—Pos entonces, escucha: ¿crees en mi palabra de honor?

—Ti.

—Bien. Tú no le digas nada a mamá, ni a nadie. Y yo te doy mi palabra de honor de que una mañana de estas, en cuanto haga bueno, después que mamá salga te vengo a buscar con el coche de unos amigos míos y te llevamos con

nosotros a ver la base guerrillera. Después, a tiempo, antes que mamá regrese, te volvemos a traer.

Después de esta última conversación, no hubo día en que Useppe no corriese, tan pronto como se despertaba, a otear el cielo, y no se asomase luego de cuando en cuando al portón, en el curso de la mañana, permaneciendo a veces un buen rato a la espera, sentado en los escalones de fuera. Pero transcurrieron muchos días, incluso de buen tiempo, antes de que Nino cumpliera su promesa. Y durante el intervalo, el curso de aquel mes de octubre estuvo marcado por otros acontecimientos notables para los habitantes de la tarbea.

Ante todo, estuvo la partida de Giuseppe Segundo a los campos de la guerrilla. Un domingo por la mañana (a los poquísimos días de la famosa velada del banquete) lo vieron regresar gozoso e impaciente de una de sus expediciones a la ciudad. Por primera vez desde que lo conocían no llevaba sombrero. Cruzó la tarbea como un vendaval, concediendo apenas a los presentes y sus charlas una atención distraída y presurosa. Y tras haber reunido en dos minutos un hatillo de emergencia como equipaje de primera necesidad, se despidió de todos, diciendo que, por lo demás, alguna vez se dejaría caer por allí para proveerse de algún otro objeto de su pertenencia que pudiera precisar. Pero por si acaso, agregó, perdía la vida entretanto, declaraba desde ahora, allí, ante testigos, que dejaba en herencia a la señora Ida Mancuso y a su hijito, allí presentes, todas sus propiedades personales que después del suceso se hallasen aún disponibles en la tarbea, incluidos los

dos canarios y la gata. Y a este respecto, no olvidó entregar algún dinero a Carulí para que en su ausencia se ocupase de los dos volátiles. En cuanto a Rossella, dijo, podía arreglárselas perfectamente sola con sobras y ratones.

A esa hora, justamente, Rossella andaba cazando por ahí. A causa, entre otras cosas, de su preñez (llegada ya a las últimas fases, aunque todavía insospechada e invisible), con el otoño había desarrollado un hambre perpetua y feroz, y también se había vuelto ladrona, tanto que era preciso proteger las provisiones contra sus colmillos. Todas las veces que Carlo salía, también ella, desdeñando otras compañías, se lanzaba por su cuenta y riesgo al aire libre, a sus partidas de caza. Y así no se encontró allí para despedirse de su dueño, que, por lo demás, no se preocupó de buscarla ni pidió noticias de ella. Estaba claro que todos los asuntos de familia le importaban un rebaño a Giuseppe Segundo, comparados con la aventura exaltante y alegrísima hacia la cual corría.

Antes de marcharse, se llevó aparte a Ida y le cuchicheó, confidencialmente, dos cosas. Una: que para cualquier comunicación a su hijo Asdecorazones, o para tener noticias del mismo, podía dirigirse con toda confianza a Remo, el tabernero, su antiguo conocido. Y dos: que a partir de hoy él mismo, Giuseppe Segundo y Cucchiarelli, tenía como nombre de batalla el nuevo y único nominativo de Moscú, adoptado por propia elección. De estas dos noticias (precisó el viejo a Ida), la segunda podía sin más comunicarla a los amigos comunes de confianza; mientras que de la primera debía considerarse única depositarla, hasta el día de la victoria, cuando todas las banderas rojas ondeasen en un aire de libertad. Dicho esto, el partisano Moscú hizo a Ida un guiño de complicidad política, y después salió volando de la tarbea.

«Volar» es la palabra exacta. En efecto, Giuseppe Segundo estaba de humor tan ateo, que había adoptado un tono regocijado, de escolar en

vacaciones, incluso al aventurar sobre sí mismo la hipótesis extrema. E Ida, que desde el primer día, para sí, había seguido llamándole el Loco, vio confirmada su opinión. Pero cuando se hubo marchado le quedó un sentimiento de tristeza, como si este fuera el último adiós del Loco, y no hubieran de volver a verse nunca más. Y durante el resto del día la visión del colchón enrollado entre los otros bienes amontonados de Giuseppe Segundo le encogía el corazón, a pesar de sus personales intereses de heredera, y evitaba mirar hacia aquel rincón abandonado.

Rossella, en cambio, cuando regresó hacia la hora de comer, ni siquiera pareció advertir la ausencia de su dueño, quien sin embargo a aquella hora solía ajetrearse con su hornillo y sus latas de pulpo en salsa o de habichuelas precocinadas. Huyendo espantada de cualquier otro encuentro humano, corrió de inmediato con la cabeza gacha y el rabo en alto, como un ciclista a toda velocidad, hacia la cortina de Carlo Vivaldi; y allí se acomodó como de ordinario junto a él, en el jergón, tumbada cuan larga era para mayor comodidad de su tripita grávida. Y tampoco dio muestras durante los días siguientes de acordarse de aquel otro que, para bien o para mal, la recogiera de pequeña en la calle, dándole una casa y un nombre.

Esa semana el partisano Moscú, como había anunciado y en contra del triste presagio de Ida, se dejó ver un par de veces. Iba a recoger algún objeto que podía servir «allá arriba», por ejemplo una manta, o algunas vituallas, y aprovechaba para encerrarse en el retrete y lavarse un poco, ya que «allá arriba», decía, faltaba el agua para lavarse, aunque en compensación había gran cantidad de buen vino de los Castelli. Y explicó que aparecía por allí porque estaba de paso por la carretera, pues su especial cometido entre los camaradas era de correo: «De la periferia al centro, y del centro a la periferia».

Rezumaba alegría por todas las arrugas y todos los poros y llevaba noticias

reservadas y entusiastas: que Ninnuzzu, Cuatro y los demás camaradas realizaban hazañas increíbles y resplandecían de valor histórico y de salud. Que ciertas chicas de los Castelli estaban cosiéndoles ya elegantes uniformes de partisano para que se los pusieran en el desfile de la liberación: de color azul marino con una estrella roja en la boina. Que los pilotos ingleses, al pasar sobre los campos, los saludaban desde los aviones, y que dos prisioneros ingleses, que habían sido huéspedes de Ninnuzzu & Co. una noche y un día, habían anunciado la liberación de Roma como muy tarde para finales de mes (corría el rumor de que se reservaban la fatídica fecha del 28 de octubre).[4] Dadas estas noticias, el pequeño heraldo se despedía de todos agitando las manos, y volvía a marcharse como un trasto.

Ahora, cuando hasta Giuseppe Segundo (antes más bien escéptico al respecto) anunciaba la próxima liberación, los Mil comenzaron a hacer el equipaje para estar dispuestos a tomar el camino de Nápoles en cuanto los Aliados entraran en Roma. Se daba por supuesto que también Carlo Vivaldi emprendería ese mismo camino; pero Carlo, tras el paréntesis del banquete, se había agazapado de nuevo en su cubil, volviéndose incluso más insociable y receloso que antes, como si se sintiese avergonzado de su breve abandono. A consecuencia de su relato, las mujeres de los Mil, en sus chácharas, habían apuntado la suposición de que fuese judío. Pero esta conjetura, en la tarbea, circulaba con suma circunspección y en voz bajísima, a causa de una instintiva solidaridad de todos hacia el joven prófugo. Era como si tal cosa, incluso susurrada, pudiera marcarlo a fuego, favoreciendo a la odiada policía de los alemanes.

Un domingo Tore, el hermano de Carulí, al regresar de ciertos tejemanejes suyos en la ciudad, señaló a Ida en el periódico *Il Messaggero*, la noticia de que las escuelas se abrirían de nuevo el 8 de noviembre. Tore, de todos los Mil, era el menos analfabeto, y le agradaba presumir de su cultura

comentando las noticias de los periódicos, en especial las secciones de deportes. Ese domingo, entre otros comentarios, acotó que en *Il Messaggero* no había ni rastro de una noticia que circulaba por Roma, y que había sido transmitida también, decían, por Radio Bari: ayer, sábado (16 de octubre) todos los judíos de Roma habían sido detenidos, de madrugada casa por casa por los alemanes, y cargados en camiones hacia un destino desconocido. Del barrio de la Judería, vaciado totalmente de la carne judía, no había quedado sino el esqueleto; pero también en todos los demás distritos o barrios, todos los judíos de Roma, individuos y familias, habían sido desalojados por los SS, llegados adrede con una compañía especial, provista de una lista detallada. Los habían pescado a todos: no solo a los jóvenes y sanos, sino a los ancianos, a los enfermos, incluso graves, a las mujeres, incluso embarazadas, y hasta a los niños de pecho. Se decía que se los llevaban a todos para quemarlos vivos en los hornos; pero eso, según Tore, quizá fuera una exageración.

En ese momento, el gramófono tocaba unailable, y los chiquillos saltaban a su alrededor; conque los comentarios a la noticia se perdieron entre el follón. Y ese mismo domingo, además, los Mil olvidaron pronto el asunto de los judíos, entre las noticias que llegaban todos los días, por vía directa o indirecta, recogidas en la ciudad o referidas por conocidos de algunos oyentes de Radio Bari o Radio Londres. En su trayecto, por breve que fuera, estas novedades se deformaban, llegando a la tarbea infladas, o inconexas. E Ida había aprendido a defenderse ignorándolas todas, como habladurías populares; pero esta última, no, ya que se la esperaba hacía tiempo, aun sin reconocerlo. Desde el momento en que la oyó, el miedo no dejó de golpearla, como un azote de espinos, hasta el punto de dolerle una a una las raíces de los cabellos. No se atrevió a pedir a Tore más aclaraciones, imposibles, por lo demás; y no sabía a quién dirigirse para enterarse de si también los

mediasangre estaban inscritos en la lista de culpables (fue este el término usado mentalmente por ella). Y en la cama, a oscuras, su terror aumentó. Al sonar el toque de queda, oyó entrar a Carlo Vivaldi, que en ese período vagabundeaba por la ciudad más que antes; y casi se sintió tentada a levantarse e informarse por él. Pero lo oyó toser; y le pareció advertir, en esos, algo terrible y repulsivo. Es verdad que alguien (... ¿también Nino?), murmuraba de él que era judío, pero algún otro (mereciendo, realmente, poco crédito) había insinuado asimismo que era un espía nazifascista. De él, como de los demás, ella sospechaba que, con solo oírle pronunciar la palabra «judíos», inmediatamente iba a leerle escrito en la frente su secreto; y mañana denunciarla acaso a la Gestapo.

Se había acostado vestida, e igual de vestido había dejado a Ueseppe, y ni siquiera había tomado el somnífero para evitar que los alemanes, si venían a buscarla durante la noche, la sorprendieran desprevenida. Estrechaba contra sí a Ueseppe, pues había decidido que, apenas oyese fuera los inconfundibles pasos de los militares y sus llamadas al portón, intentaría escapar por los prados, descolgándose desde el tejado con su hijo en brazos; y si la perseguían, correría a todo correr hasta el canal para ahogarse con el niño. Los miedos incubados durante años, al romperse en el terror inmediato de esa noche, crecían en una fantasía excitada y sin desahogos. Pensaba en salir a la ventura por los caminos, con Ueseppe dormido en brazos, olvidada del toque de queda, pues total los vagabundos nocturnos, en cierto grado del horror terrestre, resultan invisibles... o bien correr hacia las montañas de los Castelli, en busca del Loco, para suplicarle que los escondiera a Ueseppe y a ella en su cueva de guerrillero... Pero lo que más la aliviaba era la idea de irse con Ueseppe a la Judería, a dormir en uno de los pisos vacíos. De nuevo, como en el pasado, sus contradictorios temores perseguían al final un misterioso cometa, que la invitaba a seguirla hacia los judíos; prometiéndole,

allá al final, un establo maternal, cálido de alientos animales y de grandes ojos no juzgadores, solo compasivos. Hasta los pobres judíos de toda Roma, cargados en los camiones por los alemanes, la saludaban esa noche como los Bienaventurados que, sin saberlo ni ellos ni los propios alemanes, se encaminaban, por un espléndido enredo, hacia un reino oriental donde todos son niños, sin conciencia ni memoria...

*No reparéis en que soy morena
porque el sol me miró,
mi amado es blanco y rubio,
su cabeza es como oro finísimo.
Es la voz de mi amado que llama:
«Ábreme, paloma mía, amiga mía».
Abrí yo a mi amado, pero mi amado se había ido,
lo busqué y no lo hallé.
Me hallaron los guardas que rondan de noche la ciudad,
y les dije: «¿Habéis visto al que ama mi alma?».
Mi viña, que era mía, no guardé
y me llevó a la casa del banquete
y su bandera sobre mí fue amor.
Lo busqué por las calles y por las plazas y no lo hallé,
lo llamé, y no me respondía.
Hasta que apunte el día y huyan las sombras
vuélvete, amado mío, sé como el cervatillo.
¡Oh, si tú fueras como un hermano mío,
que mamó los pechos de mi madre!
Entonces, hallándote fuera, te besaría
y nadie me menospreciaría.*

*En el cuerpo de él he reposado,
me saboreó entre sus labios y sus dientes,
¡ven, oh amado mío, veamos si brotan las viñas!
Yo os conjuro, si halláis a mi amado
que le hagáis saber que estoy enferma de amor...*

¿Dónde había aprendido estos versos? ¿Quizá en la escuela, quizá de pequeña? Jamás había recordado saberlos, y ahora, en su confusa vigilia, era como si su voz de niña se los recitase en un tono de languidez melindroso y trágico.

Hacia las cuatro, se adormeció. Y volvió el sueño que la visitaba a menudo, con ciertas variaciones, desde el último verano: su padre, que la cobijaba bajo el capote. Esta vez, al amparo del capote, no estaba ella sola. Estaba también Useppe, totalmente desnudo (aún más pequeño de lo normal) y Alfio, su marido, también desnudo y bastante grueso. Y ella misma estaba toda desnuda, pero no se avergonzaba, aun cuando ya estuviera envejecida como ahora, y floja. Las calles de Cosenza se confundían con las de Nápoles, y de Roma, y de quién sabe cuántas otras metrópolis, como ocurre en los sueños. Diluviaba, pero el padre llevaba un gran sombrero de ala ancha, y Useppe se divertía chapoteando en los charcos con sus piecitos.

En sueños diluviaba, pero en cambio, al despertar, hacía una mañana soleada. Ida se levantó apresuradamente, sabiendo que esa mañana de lunes tenía el proyecto de comprarle a Useppe (con los cupones de la cartilla de ropa), un par de zapatos nuevos, pues las abarcas estaban inservibles, y más ahora que se acercaba el invierno. Useppe y ella estuvieron listos prontísimo, pues habían dormido vestidos. De pronto en el cerebro de Ida relampagueó la extravagante intención de ir a comprarlos a un zapatero de la Judería... Pero se lo pensó mejor, recordando que la Judería estaba vacía, no quedaba sino el

esqueleto, como había dicho Salvatore. Y entonces se decidió por una zapatería del Tiburtino (de la que era cliente cuando habitaba por los alrededores), donde contaba con encontrar aún, entre los restos de pequeñísimo tamaño, unos zapatitos de cuero legítimo, de antes de la guerra, a los que tenía echado el ojo desde la primavera. También se prometía pasar a ver a Remo (convertido a sus ojos en una Eminencia gris a través de las alusiones del Loco), con la idea de obtener, quizá, alguna información sobre la culpabilidad, o no, de los mediasangre...

Tras un recorrido a pie bastante largo, el autobús del Tiburtino los hizo esperar más de media hora. En compensación, tuvieron suerte en la compra del calzado, consiguiendo descubrir, tras mucho rebuscar (por desgracia, los zapatos codiciados por Ida habían sido vendidos un día de aquellos), un par de botitas hasta el tobillo, como Useppe no había poseído nunca. Parecían de cuero legítimo, la suela era de caucho; y con gran satisfacción de la madre (que con motivo de tales adquisiciones excepcionales de vestuario se preocupaba del «crecimiento») rebasaban en casi dos números la medida de Useppe. Pero a él, en particular, le gustaban los cordones, que eran de un bonito rojo carmín, en contraste con el marrón claro del calzado. Y en efecto, explicó el comerciante, eran «botas de fantasía».

Useppe quiso ponérselas inmediatamente; y fue una suerte porque, apenas salieron de la zapatería, hacia la estación, reaparecieron a su alrededor las desastrosas señales de los bombardeos; pero él, demasiado atento a sus pies nuevos, no se fijó.

Con intención de ir a la taberna, Ida escogió callejuelas laterales, evitando, como una doble visión temible, la via Tiburtina, con la larga muralla del Verano. Empezaba a resentirse del cansancio de la noche casi en blanco; y al adentrarse hacia los parajes familiares de San Lorenzo apretó el paso, con el estímulo ciego que atrae al pesebre a muías y burras. Pero una resistencia de

la manecita de Useppe, aprisionada en su mano, la frenó. Y en un despertar repentino le faltó valor para avanzar por aquel trayecto que antaño fuera el camino de su casa. Entonces, renunciando a la visita de Remo, retrocedió.

En realidad, no sabía dónde meterse. Su sospecha nocturna de ser buscada por los alemanes iba creciendo hacia una certeza paranoica en su debilitado cerebro, cortándole como un coloso los accesos a la tarbea de Pietralata. Seguía, sin embargo, los pasitos de Useppe, que se encaminaban a la parada del autobús, convencidos y engréidos aunque más bien irregulares a causa de las botitas demasiado anchas, y todavía duras. A la altura del piazzale delle Crociate los adelantó una señora de mediana edad que corría como una loca en su misma dirección. Ida la reconoció: era una de la Judería, esposa de un tal Settimio Di Segni que tenía una pequeña ropavejería detrás de Sant'Angelo in Pescheria. Varias veces, en los últimos años, Ida había ido a la tienda para ofrecerle algún pequeño objeto de la casa, o de su personal propiedad; y a veces había tratado con la señora, que se encargaba de la tienda en sustitución de él. Ciertos días, en su minúsculo almacén había visto a alguno de sus numerosos hijos y nietos, quienes vivían todos juntos, con ellos, en un par de habitaciones encima de la tienda.

—¡Señora! ¡Señora Di Segni!

Ida la llamó, apretando el paso tras ella, con voz sorprendida y casi exultante. Y como no daba muestras de oírla, inmediatamente cogió a Useppe en brazos y la persiguió, ansiosa de alcanzarla. Sin ninguna intención concreta, tenía miedo de perderla, aferrándose a aquel extraño encuentro como un terrícola perdido en los desiertos de la luna que se hubiera topado con un pariente cercano. Pero la otra no se volvía, ni le prestaba oídos; y cuando Ida llegó a su lado apenas la miró, con los ojos hostiles y torvos de una alienada que rechaza toda relación con la gente normal.

—¡Señora!... ¿No me reconoce? Yo... — apremiaba Ida.

Pero la otra ya no le hacía caso, y hasta parecía no verla ni oír-la, pues, al mismo tiempo, había acelerado su marcha, apartándose recelosamente. Sudaba (era más bien obesa) y el pelo corto, grisáceo y amarillento, se le pegaba a la frente. El puño de su mano izquierda, con la alianza «patriótica» de acero, se cerraba sobre un pequeño y miserable monedero. No llevaba nada más consigo.

Ida corría a su lado, traqueteando al niño, con una especie de pánico jadeante:

—Señora — le dijo de pronto, acercándose cuanto podía, como a una confidente íntima, y hablando en voz bajísima—, yo también soy judía.

Pero la señora Di Segni no pareció escucharla, ni le prestó oídos. En ese momento, agitada por repentina alarma, se apartó de allí, echando a correr como una bestia a través de la avenida, en dirección a la estación de ferrocarril, allá en frente.

Después de los bombardeos, la estación había sido rápidamente abierta al tránsito; pero su baja fachada rectangular, de color amarillento, mostrábase aún requemada y ennegrecida por el humo de las explosiones. Como se trataba de una estación secundaria del extrarradio nunca había mucha gente, y menos el lunes, pero hoy el movimiento parecía más escaso de lo normal. En esos tiempos de guerra, y en particular después de la ocupación alemana, con frecuencia cargaban y descargaban tropas allí. Pero hoy no se veían militares, solo unos cuantos civiles que caminaban sin prisas. A última hora de esa mañana de lunes, el edificio tenía un aspecto abandonado y provisional.

Pero Useppe la miraba de todas formas como un monumento, quizá en vaga reminiscencia de los días que había ido con Ninnuzzu para divertirse con el espectáculo de los trenes. Y se estaba calladito observándolo todo con ojos curiosos, olvidado momentáneamente de su excepcional impaciencia: tenía grandes prisa, en efecto, por regresar a Pietralata, en lugar de andar

traqueteado de acá para allá en brazos de su madre; ¡no veía la hora de llevar por fin, a Ulí y a todos, la novedad actual de las botitas!

E Ida entretanto casi olvidada de tenerlo en brazos, atendía atónicamente a no perder de vista la figura aislada de la señora Di Segni, que la atraía a sí como un espejismo. La vio dirigirse a la entrada de viajeros, y después retroceder, con una soledad grande y rabiosa de intocable, que no espera ayuda de nadie. Sin correr ya, renqueando a toda prisa con sus zapatitos de verano de enorme suela ortopédica, se encaminaba ahora por el lado de acá de la fachada de la estación, a lo largo del paseo lateral exterior, y doblaba a la izquierda, hacia el apartadero, hacia la verja de servicio de las mercancías. Ida cruzó la avenida y tomó esa misma dirección.

La verja estaba abierta; no había nadie de guardia en el exterior, ni tampoco desde la garita de la policía, inmediatamente detrás de la verja, la llamó nadie. A unos diez de pasos de la entrada se empezó a oír a cierta distancia un horrendo rumor, que no se sabía, en ese momento, de dónde llegaba concretamente. Aquella zona de la estación aparecía por entonces, desierta y ociosa. No había movimiento de trenes, ni tránsito de mercancías; y las únicas presencias que se divisaban eran, pasado el límite del embarcadero, distantes, en la zona del ferrocarril principal, dos o tres empleados del personal ordinario, de apariencia tranquila.

Hacia el carril oblicuo de acceso a las vías, el sonido aumentó de volumen. No era, como Ida había pensado, el grito de los animales hacinados en los vagones, que a veces se oía resonar por esa zona. Era un vocerío de muchedumbre humana, procedente, al parecer, del fondo de las rampas, e Ida avanzó hacia aquella señal, aunque ninguna concentración de gente fuese visible entre los raíles de maniobras que se cruzaban en el balasto alrededor de ella. En su trayecto, que le pareció kilométrico y sudoroso como una marcha por el desierto (en realidad eran quizá una treintena de pasos), no

encontró a nadie, salvo a un solitario maquinista que comía de un cartucho, cerca de una locomotora apagada, y que no le dijo nada. Quizá los escasos vigilantes se hubieran ido a comer. Serían poco más de las doce.

El invisible vocerío se iba acercando y crecía, aunque, en cierto modo, sonaba tan inaccesible como si procediera de un lugar aislado y contaminado. Recordaba a un tiempo cierto clamores de los asilos, de los lazaretos y de los reclusorios; aunque todos mezclados en revoltillo como fragmentos arrojados al interior de la misma máquina. Al final de la rampa, en una vía muerta rectilínea, estaba estacionado un tren que le pareció, a Ida, de interminable longitud. El vocerío llegaba de su interior.

Eran tal vez unos veinte vagones de ganado, unos abiertos y vacíos, otros atrancados con largas barras de hierro en las portezuelas. Conforme al modelo común de aquellos transportes, los vagones no tenían ninguna ventana, salvo una minúscula apertura enrejada situado en lo alto. En algunas de esas rejas se distinguían dos manos aferradas y un par de ojos fijos. En ese momento, no había nadie de guardia en el tren.

La señora Di Segni estaba allí, corriendo de un lado a otro por el andén descubierto, con sus piernecitas sin medias, cortas y flacas, de una blancura enfermiza, y su guardapolvo de entretiempos revoloteante sobre su deformado cuerpo. Corría descomedidamente, gritando a lo largo de toda la hilera de vagones, con voz casi obscena:

—¡Settimio! ¡Settimio!... ¡Graziella!... ¡Manuele!... ¡Settimio!... ¡Settimio! ¡Esterina!... ¡Manuele!... ¡Angelino!...

Del interior del convoy, una voz desconocida la alcanzó para gritarle que se marchase; si no, ellos, al regresar dentro de poco, la cogerían también:

—¡Nooo! ¡No, no me iré! — arremetió en respuesta, amenazadora y furiosa, golpeando con los puños los vagones—, ¡aquí está mi familia! ¡Llamadlos! ¡Di Segni! ¡Familia Di Segni...! ¡¡Settimioo!! — prorrumpió de

repente, corriendo hacia uno de los vagones y agarrándose a la tranca de la puerta, en un intento imposible de forzarla.

Tras la reja de lo alto había aparecido una cabecita de viejo. Se veían sus ojos brillar entre la oscuridad del fondo, sobre su nariz macilenta, y sus manos menudas aferradas a los barrotes.

—¡¡Settimio!! ¿Y los demás? ¿Están aquí, contigo?

—Vete, Celeste — le dijo el marido—, te lo repito, vete inmediatamente, que «esos» están a punto de volver...

Ida reconoció su voz lenta y sentenciosa. Era la misma que, otras veces, en su chiribitil lleno de ropa vieja, le había dicho, por ejemplo, con sabio y ponderado criterio: «Esto, señora, no vale ni el precio de la reparación...», o bien: «Por todo esto, en bloque, puedo darle seis liras...», pero hoy sonaba átona, ajena, como desde un atroz paraíso inaccesible.

El interior de los vagones, abrasados por el sol aún estival, seguía retronando con aquel incesante vocerío. En su desorden, se encabalgaban vagidos, altercados, salmodias procesionales, parloteos sin sentido, voces seniles que llamaban a la madre; otras que conversaban apartadas, casi ceremoniosas, y otras que hasta se reían. Y a ratos sobre todo esto se alzaban gritos estériles y heladores; o bien otros, de persistencia bestial, que pronunciaban palabras elementales como «¡beber!», «¡aire!». En uno de los últimos vagones, sofocando todas las demás voces, una mujer joven prorrumpía a ratos en ciertos alaridos convulsos y desgarradores, típicos de los dolores del parto.

E Ida reconocía aquel confuso coro. No menos que los chillidos casi indecentes de la señora, y los sentenciosos acentos del viejo Di Segni, todo este mísero vocerío de los vagones la atraía con una dulzura acongojante, con una memoria continua que no le llegaba a través de los tiempos, sino por otro cauce: el mismo donde la acunaban las cancioncillas calabresas de su padre, o

el poema anónimo de la noche anterior, o los besitos que le bisbiseaban «carina, carina». Era un punto de reposo que tiraba de ella hacia abajo, a la promiscua guarida de una única e inmensa familia.

— Llevo toda la mañana dando vueltas.

La señora Di Segni, estirándose hacia el rostro con gafas de la reja, había empezado a charlar precipitadamente, con una especie de chismorreo febril, pero también a la manera familiar, y casi corriente, de una mujer que rinde cuentas de su tiempo al marido. Contaba como esa mañana, hacia las diez, según lo previsto, había regresado de Fara Sabina con dos garrafas de aceite de oliva que había conseguido. Y al llegar había encontrado el barrio desierto, las puertas abiertas, nadie en las casas, nadie en la calle. Nadie. Y se había informado, había preguntado acá y allí, al ario del café, al quiosquero ario. Y, preguntas van, preguntas vienen. Hasta el templo estaba desierto.

—... y todo el día como un zarandillo, viendo a unos y a otros... Están en el Colegio Militar... En Termini... En la Tiburtina...

—Vete, Celeste.

—¡No, no me iré! ¡También yo soy judía! ¡Quiero montar también yo a este tren!

—*Resalid*, Celeste, en nombre de Dios, vete antes que esos vuelvan.

—¡Noooo! ¡No! ¡Settimio! ¿Y dónde están los otros? ¿Manuele? ¿Graziella? ¿Y el pequeñín?... ¿Por qué no se asoman? — De repente, como una loca, rompió a chillar de nuevo—: ¡Angelino! ¡Esterinaa! ¡¡Manuele!! ¡¡Graziella!!

Dentro del vagón se advirtió cierto movimiento. Trepando de algún modo hasta la reja, se entrevieron, a espaldas del viejo, una cabecita hirsuta, dos ojillos negros...

—¡Esterinaa! ¡Esterinaa! ¡¡Graziellaa!! ¡Abridme! ¿Es que aquí no hay

nadie? ¡Yo soy judía! ¡Soy judía! ¡Debo marchar también yo! ¡Abrid!
¡Fascistas! ¡FASCISTAS! ¡Abrid!

Gritaba fascistas no en el sentido de una acusación o un insulto, sino como una calificación interlocutoria natural, como si dijera «señores del jurado» o «funcionarios», para apelar a las Órdenes y Competencias de rigor. Y se empecinaba en su imposible intento de forzar las trancas del cierre.

—¡Márchese, señora! ¡No se quede aquí! ¡Es mejor para usted! ¡Váyase ahora mismo!

Desde los servicios centrales de la estación, pasado el apeadero, unos hombres (maleteros o empleados), se mantenían a distancia hacia ella, incitándola con sus gestos. Pero no se acercaban al tren. Parecían evitarlo, por el contrario, como una estancia fúnebre o apestada.

Por la presencia de Ida, algo detrás, en el límite de la rampa, aún no se interesaba nadie; y también ella casi se había olvidado de sí misma. Se sentía invadida por una debilidad tremenda; y aun cuando, allí al aire libre, en el andén, el calor no fuera excesivo, estaba empapada en sudor como si tuviera cuarenta grados de fiebre. Pero se entregaba a esta debilidad de su cuerpo como a la última dulzura posible, que la hacía extraviarse entre aquella muchedumbre, mezclada con los otros sudores.

Oyó sonar unas campanas; y se le pasó por la cabeza la idea de que era preciso correr a terminar la compra diaria, quizá las tiendas estuvieran cerrando. Después oyó unos golpes oscuros y rítmicos, que retumbaban en alguna parte cerca de ella; y de momento, los tomó por los resoplidos de la máquina en movimiento, imaginando que quizá el tren se disponía a partir. Pero enseguida se dio cuenta de que aquellos golpes la habían acompañado todo el tiempo que permaneciera en el andén, aunque antes no hubiera reparado en ellos, y que resonaban cerquísima, pegados a su cuerpo. Era el corazón de Useppe, que latía de ese modo.

El niño estaba tranquilo, acurrucado en sus brazos, con el costado izquierdo contra su pecho, pero tenía la cabeza vuelta para mirar al tren. En realidad, no se había movido de aquella postura desde el primer instante. Y al inclinarse a escrutarlo, lo vio que seguía contemplando fijamente el tren con la carita inmóvil, la boca semiabierta, y los ojos desencajados en una mirada de indescriptible horror.

—Useppe... — lo llamó en voz baja.

Useppe se volvió al oír su llamada, pero perduraba en sus ojos la misma mirada fija, que al encontrarse con la suya no la interrogaba. Había, en el inmenso horror de su mirada también un miedo, o más bien un estupor atónito, pero era un estupor que no pedía ninguna explicación.

—¡Vámonos de aquí, Useppe! ¡Vámonos!

En el momento en que se daba media vuelta para apresurarse a escapar de allí, entre los gritos persistentes a sus espaldas se distinguió una voz de hombre que llamaba:

—¡Señora, espere! ¡Oiga! ¡Señora!

Se volvió: las llamadas se dirigían a ella. De una de las pequeñas rejillas, por la que se entreveía una pobre cabeza calva de ojos atentos, que parecían enfermos, asomó una mano para arrojarle un papelito.

Al inclinarse a rescatarlo, Ida advirtió que allí, esparcidos por tierra a lo largo de los vagones (de los cuales emanaba ya un pesado olor), había, entre escorias y desechos, otros papelitos semejantes, abarquillados, pero no tuvo fuerzas para detenerse a recogerlos. Y mientras corría se metió en el bolsillo, sin mirarlo, aquel pedacito de papel escrito, mientras el desconocido de detrás de la rejilla seguía gritándole a sus espaldas «gracias», y recomendaciones indistintas.

En total no habían transcurrido más de diez minutos desde su entrada en el

apartadero. Esta vez, los policías italianos de guardia en la verja arremetieron vivamente contra ella:

—¿Qué hace usted aquí? ¡Largo, rápido, váyase! — la incitaron con airada urgencia, que parecía tendente al mismo tiempo a reprenderla y a salvaguardarla de un peligro.

Mientras salía de la verja con Useppe en brazos, de la calle llegaba un furgón parduzco, que dejaba detrás, al pasar un rumor confuso casi un eco quedo del otro coro del tren. Pero su carga, encerrada en el interior, era invisible. Los únicos ocupantes visibles eran, en la cabina del conductor, jóvenes militares con uniformes de las SS. Su aspecto era normal, inmutable, como el de los camioneros del Ayuntamiento que cargaban en este apartadero sus transportes de carne. Sus caras limpias, de un saludable tono rosado, eran corrientes y molientes, estólicas.

Ida olvidó por completo que debía terminar sus compras, sin advertir otra prisa que la de llegar a la parada del autobús. Arrastrada por el exclusivo deseo de encontrarse detrás de su cortina de sacos, había desechado el cansancio y prefirió no bajar al suelo al niño. Sentirlo en sus brazos, apretado y muy cerca, la consolaba, como si tuviese un refugio y una protección, pero en todo el trayecto le faltó valor para mirarlo a los ojos.

Había ya mucha gente esperando, en la parada del autobús, y en el interior del vehículo abarrotado no era fácil mantener el equilibrio. Incapaz, con su pequeña estatura, de llegar a las asas, Ida, como de costumbre en tales casos, hacía ejercicios de bailarina para equilibrarse entre el gentío y evitarle empujones y sacudidas a Useppe. Se dio cuenta de que la cabecita de este se bamboleaba, y se la acercó con cuidado al hombro. Useppe se había dormido.

En la tarbea todo estaba como de ordinario. El gramófono tocaba «La gagarella del Biffi-Scala», mientras las cuñadas de Carulí se peleaban con atroces insultos por un puchero; pero aquel alboroto familiar no logró turbar

el sueño de Useppe. Ida se tumbó enseguida a su lado, y cerró los párpados, tan fuertemente como si se los golpearan con un puño. Después, de pronto, sus músculos se agitaron un poquito, y repentinamente todos los ruidos y las escenas de la tierra se alejaron de ella.

Alguien que hubiera estado por allí la habría creído muerta, quizá, por su inmovilidad y palidez, pero quizá ni siquiera hubiera tenido tiempo de advertir su pequeño desmayo, que fue en realidad de duración infinitesimal. Al cabo de un instante sus párpados se distendían, abriéndose despacio sobre los ojos, despejados, como dos pequeñas y lentas alas; mientras su boca dibujaba una sonrisa calmada e ingenua, como de un niño que sueña.

Casi enseguida se hundió en un profundo sueño, sin pesadillas y lleno de silencio, al margen del follón continuo de la tarbea. Se despertó al cabo de unas horas. Era casi de noche. Y enseguida buscó a su lado, en la camita, a Useppe, hasta que reconoció, detrás de la cortina, la musiquilla inconfundible de sus carcajadas. Useppe se había despertado antes que ella y ya estaba sentado allí en el suelo, moviendo los ojitos despreocupados y mostrando extasiado sus botitas nuevas al famoso grupito: Peppe Tercero, Impero, Ulí, etcétera. De ellos, la menos convencida parecía Ulí, que había prestamente advertido la desmesura de aquel «calzado de fantasía»; pero procedió a arreglárselo sin más, con unas plantillas sacadas de un sombrero de señora (residuo de las damas de caridad de julio)...

Ida vivió el resto del día en un desvarío casi distraído. De noche, despertó sobresaltada al oír a su lado, en la camita, un pequeño lamento agudo, de desgarradora angustia. Advirtió que Useppe se estremecía en sueños y después de un silencio reanudaba sus gemidos con un balbuceo espasmódico. Entonces lo llamó; y encendiendo el acostumbrado y valioso pedazo de vela, ya en las últimas, lo vio todo lloroso, que la apartaba de sí con las manecitas como rechazando todo consuelo. Y sin despertarse aún del todo, persistía en

su incomprensible balbuceo, en el que parecía reconocer la palabra «caballo», entremezclada confusamente con «niños» y «señores». Llamándolo varias veces por su nombre, Ida trató de sustraerlo al sueño que lo invadía, y por último le enseñó las botitas nuevas de cordones rojos, diciéndole:

—¡Mira, Useppe! ¡Mira que hay aquí!

Por fin las pupilas del niño se iluminaron entre las lágrimas:

—Ton mía (son mías) — afirmó con una sonrisilla. Después añadió—: ¡Otitas! — Y con un breve suspiro de satisfacción, volvió a dormirse.

Por la mañana, alegre como de costumbre, había olvidado las peripecias del día y la noche anteriores; e Ida no volvió a hablarle de ellas (ni a él ni a nadie). Tenía aún en el bolsillo de la bata el mensaje lanzado en la estación por el judío del tren; y lo examinó a solas, a la luz del día. Era un pedazo de papel cuadriculado, en mal estado y sudado. Y estaba escrito a lápiz, con una caligrafía insegura, grande y desigual:

Si ven a Pacifico Efrati hago saber que estamos todos bien de salud Irma Reggina Romolo y los demás al partir Alemania todos familia buena salud la cuenta ledas a Lazarino otras ciento veinte liras deuda por.

Esto era todo. No había firma ni dirección (¿omitidas por prudencia o por falta de tiempo? ¿o más bien por simple ignorancia?). Efrati era uno de los apellidos más corrientes de la Judería; donde, por lo demás, según decían, no quedaba nadie. Sin embargo, Ida metió el mensaje en un compartimento de su bolso, aunque sin la menor intención concreta de buscar a su destinatario.

De los judíos, y de su suerte, ya no se hablaba en la tarbea. Casi todos los días, si caía por casa, Salvatore leía, delectándose, nuevas noticias en *Il Messaggero*. En la ciudad habían matado a un fascista, y un comunicado de las fuerzas de policía de la Ciudad Abierta (tal había sido declarada Roma desde agosto) amenazaba con severas medidas. Se hablaba asimismo de los

famosos clavos de cuatro puntas, que dañaban los vehículos alemanes, y de cómo los alemanes estaban deteniendo a herreros, mecánicos, etcétera. Pero la noticia predominante, que sin figurar en el periódico circulaba como un rumor seguro, era la ya anticipada por el partisano Moscú, es decir que el día 28 de octubre, aniversario del fascismo, las tropas aliadas entrarían en Roma.

Mientras tanto los nazifascistas de Roma empezaban a preocuparse a causa de ciertos grupos de francotiradores que operaban en las barriadas periféricas, entre ellas en Pietralata. Menudeaban las señales a distancia del mesonero, y con mayor frecuencia Carulí, o algún otro de los Mil de vigía en las ventanas, advertía: «¡Colgad el farol!» o bien: «¡Me estoy haciendo caca!», y los mozalbetes de la tarbea evitaban esos días, por prudencia, encontrarse en casa. Incluso Carlo andaba por ahí la mayoría del tiempo, quién sabe dónde, aunque solía regresar a la hora del toque de queda, seguramente por no saber, si no, dónde meterse. Y siempre a esas horas Rossella reaparecía puntualmente por la tarbea, un poco antes que él, para encontrarse dispuesta a recibirlo detrás de la cortina con su maullido especial.

El 22 de octubre hubo una auténtica batalla entre los alemanes y la gente en el fuerte Tiburtino. Más de una vez, desde septiembre, la hambrienta multitud del barrio había asaltado el fuerte, llevándose no solo víveres y medicamentos sino también armas y municiones; y los pocos soldados italianos acuartelados allí la habían dejado. Pero esta vez se encontraban en el fuerte centinelas alemanes, que dieron la alarma a sus mandos. Una sección de las SS con todo su equipo bélico fue enviada prontamente al lugar de los desórdenes; y la señal de esta inquietante presencia corrió con antelación hasta más allá de los límites de la barriada.

Entretanto, la abuela Dinda había salido a recoger ensalada en las cercanías. Y a su precipitado regreso trajo la noticia electrizante, recogida vete a saber dónde, de que el ejército alemán estaba marchando al encuentro

del norteamericano, que se acercaba por las principales carreteras; ¡y que la batalla decisiva se desarrollaría dentro de unos minutos, precisamente en los prados vecinos, en el exterior de la tarbea!

Al oír el eco de los disparos, que se produjo al poco rato, algunos de los presentes, desconcertados, se preguntaban si dar o no crédito a la abuela Dinda. Con cierta esperanza, aunque con mucho miedo, las mujeres se refugiaron en las esquinas como si estuvieran en una trinchera, mientras el abuelo Giuseppe Primero procedía a colocar saquitos de arena en las ventanas, con ademanes sosegados y lentos, como un viejo general gotoso. La Carulina, por su parte, acudió solícita a cubrir con un trapo la jaula de los canarios confiados a sus cuidados; y todo aquel asunto embriagó a la chiquillería, que se desencadenó heroicamente, divirtiéndose con el susto de las mujeres. Más alegre que nadie, como de costumbre, estaba Useppe, quien saltaba por la pila de pupitres y corría y se apostaba, y se tiraba al suelo gritando: «¡Pim! ¡Pum ¡Pam!». Aunque Ida lo había exhortado a usar, en casa, las viejas abarcas, reservando el calzado nuevo para salir, no había querido saber nada; y así, actualmente, sus pasos, en su perpetuo corretear por la tarbea, se distinguían por un nuevo y característico sonido: «¡plof, plof!», debido al tamaño de las botitas, que seguía siendo un poco exagerado, y a su gruesa suela de caucho.

El tiroteo no fue largo, y poco después los alemanes visitaron la tarbea. Buscaban, al parecer, el escondrijo de unos francotiradores del lugar, escapados tras el choque en el Fuerte. Asombrado de su grandioso equipamiento (llevaban cascos enormes hasta la nariz y apuntaban con las ametralladoras), Useppe, que no había entendido nada de toda la peripecia, salvo el alboroto, se informó a voces de si eran los «lamelicanos». Por suerte ellos no podían saber que este término, en el lenguaje de Useppe, significaba

«los americanos»; y Carulí, por lo demás, inmediatamente hizo a Useppe señas de que callara.

Los sacaron a todos a la calle y se dedicaron a registrar todos los rincones del interior, hasta el tejado y el retrete. Por suerte hoy no había carne almacenada en el retrete, y tampoco se preocuparon de explorar el otro almacén de vituallas, bajo la manta de la señá Mercedes, tranquilizados por haber visto salir poco antes de esa misma manta a la gorda y artrítica señora. A esas horas, también por suerte, todos los varones útiles de la tarbea estaban ausentes. Y así, tras haber lanzado incomprensibles advertencias en alemán, los soldados volvieron a marcharse, sin dar luego otras señas de vida.

Unos días después, en Pietralata, se vio pegado el siguiente cartel en alemán y en italiano:

El 22 de octubre de 1943, unos civiles italianos que formaban parte de una banda de comunistas dispararon contra las tropas alemanas. Tras una rápida escaramuza fueron hechos prisioneros.

El Tribunal Militar condenó a muerte a diez miembros de dicha banda por haber atacado a mano armada a representantes de las fuerzas armadas germánicas.

La condena fue cumplida.

La condena había sido cumplida al día siguiente de la refriega, en un campo en los alrededores de Pietralata, donde los cadáveres fueron enterrados enseguida en una fosa. Pero cuando, más adelante, se abrió la fosa, había en realidad once cadáveres, no diez. El undécimo era un inofensivo ciclista que pasaba por allí, y que fue fusilado con los demás por encontrarse en los parajes.

El tiempo era inconstante, y hasta hubo varias mañanas de sol, pero Nino seguía sin mantener la promesa hecha a Useppe. Difícil decir si Useppe se acordaba o no de ella. Es cierto que a menudo se llegaba al umbral a mirar hacia el camino soleado, como si esperase; aunque quizá en su mente, con la distancia (habían pasado unos quince días), la promesa de Nino se iba confundiendo con las mañanas y con el sol, en impreciso espejismo. Entretanto, antes de que el espejismo cristalizase por fin, el destino empezó, con apresurada secuencia, a reducir las personas de la tarbea.

Hacia el 25 de octubre, a primera hora de la tarde, un fraile llamó a la puerta. En ese momento estaban presentes solo Ulí, los chiquillos, la señá Mercedes y las abuelas. Los abuelos habían ido a sentarse en el mesón, Ida se encontraba detrás de su cortina, y las cuñadas habían subido a la pequeña azotea del edificio, a recoger a toda prisa cierta ropa tendida.

Empezaba a llover, en efecto. El fraile se había resguardado la cabeza con la capucha y tenía esa pinta azacanada y circunspecta que distingue a los religiosos. Saludó con la frase habitual, «La paz sea con vosotros», y preguntó por Carlo Vivaldi. Al saber que este andaba por ahí, se sentó en una caja a esperarlo, en medio de un corro de chiquillos que lo observaban atónitos, cual si presenciaran una película. Pero al cabo de unos minutos de espera se levantó, tenía que irse a hacer otros recados. Y llamando aparte, con un gesto del meñique, a Carulina (que debió de parecerle, entre los

circunstantes, la secretaria de más confianza), le dijo bajito que avisara inmediatísimamente y de forma reservada a don Carlo Vivaldi que fuese cuanto antes «a donde él sabía», por noticias urgentes. Después repitió «La paz sea con vosotros», y se marchó.

A las cuñadas, aparecidas en ese momento, les dio tiempo a vislumbrarlo mientras salía; pero Carulina, aguantando denodadamente sus interrogatorios, no quiso referir el recado. Este silencio le costó un esfuerzo tan grande que se le hincharon las venas del cuello, pero, por suerte para ella, no quedó sometida a tal prueba durante mucho tiempo. No más de un cuarto de hora después de la marcha del fraile, Carlo Vivaldi, advertido quizá por un presagio, reapareció antes de lo previsto por la tarbea. Carulí se lanzó rápidamente a su encuentro, chillando a todo chillar:

—Ha estado aquí un capuchino preguntando por usted...

Él se estremeció visiblemente. Con la cara y los cabellos empapados de lluvia, en ese momento parecía un gorrión zarandeado por el mal tiempo. Sin decir ni media palabra, se volvió de espaldas y salió corriendo hacia la puerta.

En su ausencia se sucedieron diversas conjeturas entre las abuelas y cuñadas de Carulina. En esa época, cualquier novelería popular cobraba verosimilitud. No era raro, por ejemplo, que altos oficiales o conocidos militantes políticos se camuflasen de distintas maneras para eludir la caza de los ocupantes. Y las mujeres conjeturaron, entre otras cosas, que el fraile era un falso fraile, tal vez un anarquista disfrazado, o hasta un generalísimo de las altas esferas.

Se trataba en cambio, en realidad, de un pobre y simple fraile, emisario de un convento romano donde un primo pequeño de Carlo estaba escondido por entonces. A Carlo, por sus orgullosas ideas, le repugnaba refugiarse en un convento. Prefería permanecer sin domicilio fijo, y por eso la correspondencia y las noticias del norte le llegaban a través de su primo. La

noticia que lo esperaba ahora era de las más atroces. Pero la verdad sobre él solo se supo más adelante.

Mientras tanto, pasó la hora del toque de queda sin que se dejase ver. Y los habitantes de la tarbea dedujeron que, después de la visita del misterioso fraile, se había eclipsado para siempre. A sus ojos, Carlo Vivaldi representaba un personaje ambiguo y extraño de aventurero. ¿Ligado quizá a una potencia extranjera? ¿O al Vaticano? La madre de Currado e Impero aventuró incluso la hipótesis de que era un noble de incógnito, del séquito de Su Majestad el rey emperador, y que a esas horas posiblemente ya habría volado a Brindisi o a Bari, en un avión especial cedido por el Papa...

Carlo Vivaldi, en realidad, estaba a no mucha distancia de allí, quizá en el mismo barrio, o quizá en cualquier otro barrio impreciso de la ciudad, vagando solo por las calles lluviosas, sumidas en las sombras del oscurecimiento e infestadas por las patrullas de guardia. Desde cuando, por la tarde, su primo le transmitiera la «noticia urgente y reservada», hasta altas horas de la madrugada, no hizo sino recorrer las calles sin rumbo fijo, sin saber qué hora era, ni preocuparse por el toque de queda. No se sabe cómo escapó a los peligros de aquel absurdo paseo; protegido, acaso, por la insalvable barrera de demasía y delirio que a veces circunda a los desesperados. Cabe pensar que las patrullas armadas de inspección se cruzaran con él más de una vez esa noche, pero todas se escabulleron, tragándose el «Quién va», por miedo a enfrentarse con su sombra.

Él mismo no habría podido decir adónde lo llevó aquel desmesurado camino de kilómetros y de tiempo no contado (quizá nueve o diez horas). Es posible que recorriera de una a otra punta la ciudad entera, o que siguiera dando vueltas por una superficie reducida, siempre la misma, avanzando y retrocediendo. A cierta hora de la madrugada regresó a guarecerse en su único alojamiento disponible, en Pietralata, detrás de la cortina de trapos.

Todos dormían, la única en oírlo entrar fue Ida a quien esas noches, a pesar de los calmantes, le costaba conciliar el sueño y despertaba al mínimo crujido. Primero oyó sus pasos por el sendero; después el maullido prolongado de Rossella que le daba la bienvenida en la entrada. Y después, durante el resto de la noche le pareció oírlo toser de continuo entre una repetición de golpes sordos, como si aporrease la pared con los puños.

Por la mañana, en efecto, tenía los nudillos desollados sanguinolentos, pero a nadie le dio tiempo de observárselos en la tarbea. A eso de las ocho cayó por allí, en una de sus periódicas escapadas, Giuseppe Segundo. Entró con su habitual porte risueño, trayendo, también hoy, excelentes noticias: Asdecorazones estaba perfectamente, lo mismo que Cuatropuntas, y lo mismo que todos los camaradas de la gloriosa partida... Gracias a ellos, algún otro quintal de infame carnaza alemana había ido a abonar el terreno de los Castelli Romani... Una semana antes, los alemanes habían hecho una redada de partisanos, con pérdidas, pero ellos, los de la Libre (sobrenombre de la partida) eran demasiado listos para dejarse agarrar por aquellos cobardes... Y en cuanto a las previsiones futuras, el final de la guerra era inminente, sin lugar a dudas. Ya no se podía contar, desde luego, con la entrada de los Aliados en Roma el 28 de octubre...

—Habría sido un gesto gracioso, sí, ¡menuda fiesta les iban a dar a esos!...

Pero antes de Navidad, seguro, concluyó Giuseppe Segundo.

Tras tales brillantes confidencias, el alegre hombrecillo trajinó aún un par de minutos en el montón de sus pertenencias, y luego, saludando ampliamente a diestro y siniestro, se encaminó a la puerta. En ese momento la cortina de trapos se movió con violencia, y Carlo, impetuoso, como si fuera a derribarla, soltó una gran carcajada:

—¡Me voy contigo!... ¡Con vosotros! — precisó al instante.

Llevaba ya en bandolera la bolsa, es decir, todo su equipaje. A la luz que

entraba al sesgo por la puerta entreabierta, sus miradas, en medio de las ojeras negras del insomnio, aparecían hundidas, más sombrías que de ordinario. Y detrás de su carcajada, que dejó en el aire un eco casi soez, la oscura forma de corrupción, que a intervalos retornaba a su cara, lo transfiguraba actualmente, como una máscara retorcida. Pero todo ello trasvasaba a los músculos de su cuerpo una especie de alegría desenfadada, deportiva. Giuseppe Segundo, en suspenso por un instante, se iluminó con una sonrisa de júbilo, que le pintó arrugas en todo el rostro:

—¡Ah! ¡Ya era hora! — exclamó, y no añadió nada.

Al salir con él, Carlo Vivaldi esbozó con la mano un saludo semiirónico hacia atrás, como para decir que también aquella tarbea, con todos sus ocupantes, se disolvía ahora para él en la espuma del pasado muerto. De Rossella, que lo seguía con sus ojitos desde el jergón, ni siquiera se acordó de despedirse.

Las nubes se habían rasgado; pero entre el viento fresco que empezaba a levantarse, aún se producían breves chaparrones fugaces, casi primaverales. Giuseppe Segundo ya no llevaba puesto su famoso sombrero, pero se protegía con un paraguas; los que se quedaban se rieron a sus espaldas (en verdad, un partisano con paraguas era cosa más bien anómala). Y así, los dos se alejaron juntos por el prado fangoso: el viejo que caminaba ligero, bajo el paraguas; y el joven que lo precedía con sus andares desgachados y un poco inconexos, como los de ciertos muchachos negros.

Al marcharse ellos Rossella acudió a la puerta. Y ahora, inmóvil sobre sus cuatro patitas junto al peldaño del umbral, los miraba alejarse, con el morro tendido hacia ellos con expresión de sorpresa, ya alarmada, como si presagiase que en ese momento sonaba una señal de su destino. Sin embargo, en las horas siguientes no pudo por menos de buscar a Carlo; aunque, en cierto modo, debía de saber desde el principio que nunca volvería a verlo. Y

trataba de no dejarse sorprender en aquella búsqueda irrisoria, caminando por las cercanías de la cortina con andares oblicuos y huidizos, y saltando amenazadora en cuanto alguien pasaba a su lado. Después fue a refugiarse bajo la pila de pupitres, y allí permaneció el resto del día, aplastada entre dos tablas, en un rincón donde nadie podía alcanzarla, clavando sus pupilas recelosas en los movimientos de la tarbea.

Al atardecer, cuando ya nadie se acordaba de ella, de repente lanzó un extraño e inquieto maullido, y salió de debajo de la pila, deambulando alrededor, con aquel inaudito lamento que imploraba: «¡Socorro, socorro!». La había pinchado un agujijón de terrible fuerza, nunca sentido antes. Y entonces fue a meterse en su agujero de paja detrás de la cortina, donde, al cabo de un rato, parió un gatito.

Nadie se lo esperaba, ya que no se habían fijado en que estaba preñada. Y se trataba, en efecto, de un hijito único y canijo, tan minúsculo que parecía de una raza de ratones, más que de gatos. Aunque novata, y aún de corta edad, se ajetreó enseguida para arrancarle la membrana con mordiscos impacientes y casi rabiosos, como todas las madres gatas ya expertas. Luego entregose a lamerlo a toda prisa, como todas las madres gatas, hasta que el gatito dejó oír su primer maullido, tan débil que parecía un mosquito. Entonces se agazapó sobre él quizá con la esperanza de amamantarlo. Pero probablemente a causa de los excesivos ayunos, además de su edad inmadura, tenía las mamas secas. De pronto se apartó repentinamente de él, contemplándolo pensativa, con curiosidad. Y fue a agazaparse sola a cierta distancia, donde se quedó un rato ociosa con los ojos conscientes llenos de melancolía, sin responder al maullido solitario. Después de repente aguzó las orejas, habiendo oído las conocidas voces de los hermanos de Carulí, que regresaban; y en cuanto oyó abrirse la puerta de entrada, tras lanzar una última mirada indiferente al gatito, se dispuso a saltar a la calle desde detrás de la cortina.

No volvió a aparecer esa noche, ni al día siguiente, mientras el gatito agonizaba entre la paja, de la cual se distinguía a duras penas por el color rojizo del pelaje, heredado de la madre. Cada vez que, durante un breve intervalo, se atenuaba el estruendo de la tarbea, se oía su débil maullido, que continuaba casi ininterrumpido. Parecía raro que aquel hilo de voz (único indicio de presencia — puede decirse— dado por él en el mundo) mantuviese una resistencia semejante; como si dentro del animalito imperceptible, y marcado ya desde el principio, se encerrase una enorme voluntad de vida. Useppe no podía decidirse a dejar al gatito abandonado a su llanto huérfano; acurrucado en el suelo, sin atreverse a tocarlo, espiaba con ojos ansiosos sus menores movimientos. Y asomándose cien veces al camino, llamaba desesperadamente:

—¡Ossella! ¡¡Ossellaaa!!

Pero Rossella no daba respuesta, y quizá ahora, vagabunda quién sabe dónde, ya se había olvidado de haber parido un hijo. De hora en hora, entretanto, el maullido de detrás de la cortina se hacía cada vez más tímido, hasta que calló, y al rato una cuñada de Carulina, que había ido a echar una ojeada, agarró al gatito del rabo y, maldiciendo a la desnaturalizada madre, lo tiró por el retrete.

Useppe, en ese momento, estaba alborotado con sus amigos en el rincón de los Mil. Y cuando volvió para ver al gatito detrás de la cortina, y no lo encontró, no pidió noticias. Se quedó allí dentro silencioso, clavados los ojos grandes y serios en el pequeño cubil de paja, sucio con la sangre de Rossella. Y no habló de eso con Ida, ni con nadie. Un minuto después, distraído por cualquier futilidad, reanudó sus juegos.

Rossella no volvió a casa en tres días; luego, la tarde del tercer día, y quizá solo empujada por el hambre, se presentó en la tarbea.

—¡Ah, cochina, fea, maldita! — le chillaron las mujeres — ¿No te da

vergüenza aparecer por aquí, después de haber dejado reventar a tu cría, sola, de esa manera?

La gata entró corriendo, torva, y sin mirar a nadie. ¡Quién sabe qué peripecias habría corrido, esos días! Tenía el pelaje chafado, amarillento y puerco, como una gata vieja; y el cuerpo tan macilento que, en los costados, ahora que ya no estaba preñada, le quedaban dos huecos. Su rabo se había reducido a un cordel, y el morro se había convertido en un triángulo agudo, con las orejas enormes, los ojos dilatados y la boca, semiabierta, que enseñaba los dientes. Se había vuelto aún más pequeña que antes; y recordaba, por la expresión del morro a ciertos rateros embrutecidos que, al envejecer, no hacen sino guardarse de todos los otros seres, pues solo han conocido el odio. Al principio fue a agazaparse bajo un pupitre, pero como los chiquillos se esforzaban por desanidarla de allí, se escurrió y, de un salto, su cuerpo esquelético alcanzó la cima de la pila, donde permaneció encaramada como un búho. Estaba en guardia, con las orejas hacia atrás y los ojazos inyectados en sangre que miraban amenazadores hacia abajo. Y de vez en cuando bufaba, convencida de presentarse, de tal modo como un ser terrorífico, capaz de hacer retroceder al mundo entero. En ese momento, atrajo su instinto algo que se movía allá abajo, a media altura, hacia el rincón de los Mil. Fue la primera en advertirlo, e inmediatamente fue ya demasiado tarde para impedirselo. Su velocidad fue tal que de momento se tuvo la impresión de un rayo rojo que cortase el aire oblicuamente; y ya, en lugar de los dos canarios volando, había dejado en el suelo dos guiñapos sanguinolentos.

Casi con la misma fantástica velocidad, espantada de pronto por los alaridos e insultos que arremetían contra ella, escapó al camino por donde había llegado. La persiguieron tres o cuatro, indignados, para apalearla, pero no lograron darle alcance, llegando apenas a distinguir en lontananza su

rabito pelado que desaparecía a todo correr por una cuesta abajo. Y desde entonces nadie volvió verla. Es posible que, pese a estar tan seca, en esos días de hambre le hubiese apetecido a algún cazador de gatos del barrio. Tras perder, al desmerecer, la agilidad de antes, quizá se dejó atrapar fatalmente y acabó en la sartén, como ya le predijera, poniéndola en guardia, su dueño Giuseppe Segundo.

De la matanza de los canarios acusaron con reproches también a Carulí. Había sido ella, en efecto, quien dejara casualmente abierta la portezuela, distraída por la inesperada aparición de Rossella, precisamente mientras se dedicaba a limpiar la jaula. Peppiniello y Peppiniella, quizá por primera vez en su existencia, y acaso acordándose de sus abuelos libres de Canarias, se dejaron tentar por la aventura; pero, poco acostumbrados al vuelo por haber nacido en cautividad, apenas consiguieron aletear torpemente en el aire, cual si fueran dos polluelos.

—¿Qué dirá ahora el seor Giuseppe, que te pagó por cuidar de ellos? — chillaban los presentes a Ulí, que, ante el espectáculo de la parejita asesinada, sollozaba inconsolable.

Entretanto Useppe, frente a aquellos manojitos de plumas apagadas y sangrientas, se había puesto pálido y le temblaba la barbilla.

—Eh, ma, ¿ya no vuelan? — repetía bajito, mientras Ida lo apartaba de allí, hacia su rincón—, ¿ya no vuelan, eh ma?, ¡Ya no vuelan!

Las mujeres, a quienes repugnaba tocar la sangre, no se atrevieron a rescatarlos del suelo, y los echaron al camino con la escoba. A la mañana siguiente habían desaparecido; y nada excluye que también a ellos se los comiera algún ser, quizá un perro, quizá un gato, y hasta quizá un cristiano. En esa época, se hacían cada día más numerosos, en el barrio, los que buscaban comida en la basura; y para quien se considera satisfecho y

afortunado con encontrar mondas de patata, o manzanas podridas, un par de canarios guisados puede representar una pitanza de arzobispo.

De todos modos, Ida le dijo a Useppe que habían volado al cielo.

El sol, esa mañana, brillaba tan cálido como si el verano hubiera regresado; y poco después de la salida cotidiana de Ida se cumplió, por fin, la promesa de Nino.

Este estaba radiante, no menos electrizado que Useppe.

—¡Me llevo a mi hermano a dar una vueltecita conmigo! — declaró a los presentes—, antes de comer lo devuelvo a casa. —Y después escribió a lápiz una nota, y la dejó en la almohada de Ida:

En 4 horas voy y vuelvo

Useppe

con la garantía de Nino

y bajo la «garantía» dibujó su escudo: un as de corazones sobre dos espadas cruzadas.

Se cargó a Useppe a caballito en los hombros y, corriendo y saltando por ciertos terrenos sin edificar, llegó a una explanada de hierba a orillas de una carretera, donde lo esperaba una camioneta con un hombre y una mujer de mediana edad. Useppe los reconoció enseguida: eran el tabernero Remo y su mujer (que disponían de un permiso de circulación para el transporte de géneros alimenticios). En la camioneta había damajuanas, cestas y sacos, algunos ya llenos, otros por llenar.

El viaje duró unos tres cuartos de hora, y se desarrolló sin tropiezos. Nadie los paró. Era la primera vez en su vida que Useppe viajaba en automóvil y veía el campo abierto. Hasta entonces, lo único que había conocido del mundo eran San Lorenzo, el Tiburtino y sus alrededores (Portonaccio, etcétera) y el arrabal de Pietralata. Fue tal su emoción que durante la primera

parte del trayecto permaneció en silencio; hasta que, transportado de alborozo, empezó a charlar para sí y con los otros, tratando de comentar, con un vocabulario impensado e incomprensible, su descubrimiento del universo.

De no haber sido por el paso, de vez en cuando, de vehículos alemanes y por el esqueleto de algún coche abandonado al borde de la carretera, no parecía que hubiese guerra. Los suntuosos esplendores del otoño semejaban madurados en una quietud legendaria. Incluso donde el terreno estaba en sombras el sol se filtraba desde el aire con un velo dorado, que se extendía tranquilo por todo el cielo.

En un pequeño cruce rural los dos pasajeros se apearon y Remo y su mujer prosiguieron solos, quedando en encontrarse más tarde en el mismo sitio. De nuevo Nino se echó a Useppe a hombros y, entre saltos y brincos, cruzó con él vallecitos, quebradas y senderos fangosos, entre hileras de viñas y arroyuelos que relucían al sol. A eso de dos tercios de camino, se detuvieron en una casita, donde una chica, encaramada en un olivo, sacudía las ramas, mientras una mujer abajo recogía las aceitunas en un lebrillo. Esta chica era una amante de Nino, aunque delante de la mujer, que era su madre, no quería dejarlo ver. La mujer, sin embargo, lo sabía (y ellos no ignoraban que lo sabía) y al llegar Nino le dedicó una sonrisa extasiada, mientras la chica bajaba del árbol, y, mirándolo apenas al soslayo, entraba en la casita con andares insinuantes. Salió poco después para entregarle un envoltorio de papel de periódico.

—¡Buenos días! — le dijo entonces pomposamente Ninnuzzu.

Y ella rezongó:

—Buenos días — con aire enfurruñado y atravesado.

—¡Este es mi hermano! — le anunció Nino.

—Ah, ¿sí? — contestó ella con arrogancia, como indicando, por todo

cumplido: «Si es hermano tuyo, solo puede ser un pillo como tú». Nino, que la conocía, serióy después le dijo:

—¡Adiós!

—¡Adiós! — respondió entre dientes la chica, dirigiéndose al árbol, con paso ondulante y cansino.

—¿Qué te parece? — preguntó reanudando la marcha Ninnuzzu a Giuseppe, como si hablase con un confidente—. Se llama Maria — siguió—. Su madre es viuda, y ella es huérfana. Cuando acabe la guerra — concluyó bromeando cínicamente—, me casaré con ella. — Y volviéndose hacia el árbol llamó—: ¡Mariulina! ¡Mariulinaa!

La chica, que estaba encaramada al árbol cual fantástica aguililla, ni siquiera se volvió. Pero se la vio como, encogiéndose de costado y con la barbilla escondida en la garganta, lanzaba una risita de celoso gozo.

Después de otro tramo de camino, Useppe, impaciente por correr con sus piernas, empezó a patearle el pecho a Nino; y Nino lo bajó al suelo. También este último trecho de terreno era más bien accidentado, y Nino admiraba las proezas deportivas de Useppe, divirtiéndose no menos que él al guiarlo por los campos de la aventura. En cierto lugar se detuvieron a mear, y también este fue otro motivo de diversión, porque Nino como hacía de pequeño con sus amigos los golfillos, demostró a Useppe su habilidad para llegar lejos, y Useppe lo imitó con su chorrillo. La campiña estaba desierta; Nino había evitado adrede el camino de herradura, donde podían tropezarse con los alemanes; y ni siquiera había casas, solo alguna choza de paja. No muy lejos de una choza escondida en una sinuosidad de la colina, un muleto ramoneaba la hierba.

—¡Caballo! — gritó al punto Useppe.

—Caballo, no — dijo desde el interior de la choza una voz conocida—, ese es un mulo.

—¡Eppetundo! — grito entonces Useppe con entusiasmo.

En la choza, baja y de tamaño mediano, el partisano Moscú estaba pelando patatas en un barreño; y al entrar ellos sonrió con la boca, con los ojos, con las arrugas y hasta con las orejas. Además de él, sentados en el suelo, había dos jóvenes que limpiaban unas armas herrumbrosas y llenas de barro con trapos empapados en petróleo. Y a su alrededor, en la choza, se veía un desorden de mantas militares, montones de paja, palas, picos, mochilas, botellas de vino y patatas. Por debajo de una manta asomaban cañones de fusil; junto a la puerta había una ametralladora apoyada en la pared; y allí cerca, en el suelo, un montoncito de bombas de mano.

—¡Este es mi hermano!

El mayor de los dos guerrilleros, un tipo bajito de unos veinte años, de cara redonda y barba hirsuta y vestido con sucios andrajos (hasta en los pies, en vez de zapatos, llevada trapos enrollados), alzó a duras penas los ojos del trabajo que lo absorbía. Pero el otro le dirigió a Useppe una bonita sonrisa de amistad, ingenua y jovial. Este, de complexión ya desarrollada y quizá de un metro noventa de estatura, denunciaba sin embargo, en su rostro imberbe y rosado, su edad: dieciséis años. Tenía la frente estrecha, y los ojos anchos, de un azul lácteo, eran huidizos, con una especie de timidez casi impúber que contrastaba con cierta expresión de dureza. Llevaba una trenca blanquecina y ya astrosa sobre el torso desnudo, pantalones y botas militares de origen italiano (los pantalones le quedaban cortos), y en la muñeca un reloj alemán, del cual parecía sumamente orgulloso y satisfecho, tanto que a cada minuto se lo llevaba a la oreja para comprobar si funcionaba).

—Este es Décimo, y este es Tarzán — presentó As— ¡Ten! — agregó, tirándole al más joven (Tarzán) el paquete recibido de Mariolina, que contenía hojas de tabaco.

Y Tarzán, abandonando provisionalmente la limpieza de las armas, sacó

del bolsillo de la trenca una navaja y empezó de inmediato a picar las gruesas hojas pardas para hacer sin demora cigarrillos con papel de periódico.

—¿Todo en orden? — se informó As, que faltaba desde la tarde anterior, pues había pasado la noche en Roma con otra amante suya de los viejos tiempos.

Y mientras tanto examinaba con aire de dominio y competencia las armas en curso de reparación, las cuales representaban su última hazaña. Era él, en efecto, quien las descubriera, el día anterior, en las lindes de un bosque donde estaban acampados unos alemanes; y, en cuanto oscureció, seguido por otros dos camaradas había ido a recogerlas a hurtadillas, eludiendo a los centinelas del campamento. Sin embargo, él había participado solo en esta primera parte de la expedición (la más peligrosa, en realidad), dejando a los otros dos la más fatigosa (es decir, el traslado de la carga a la base), temeroso de no llegar a tiempo al último tranvía, y faltar a su cita romana.

—Ya lo ves... — contestó a su pregunta Décimo, entregado a su trabajo con aplicación casi sombría.

Décimo era novato, recién llegado a la partida, y por eso aún no se había conquistado unos zapatos. No conocía siquiera el uso de las armas, y As le estaba enseñando cómo se desmontan las metralletas Breda y se desenroscan los obturadores de los fusiles, etcétera. Las nuevas armas recién robadas (una decena de piezas, en total) eran italianas, caídas en manos de los alemanes tras la desbandada del ejército nacional. Y Nino manifestaba cierto desprecio por las armas italianas (caducas, en su opinión, y de desecho). Aunque para él, de todas formas, siempre era una diversión apasionante manejar armas.

—No nos llega con este petróleo — observó gravemente Décimo—, hay que buscar más.

—Creo — dijo Tarzán— que Cuatro y Piotr se ocupan de eso. (Piotr era el nombre de guerra de Carlo Vivaldi).

—¿Dónde andan esos? — se informó As.

—Han ido allá arriba, a por esos víveres. Se están retrasando, de todos modos. A estas horas deberían ya estar de regreso.

Y Tarzán aprovechó para consultar su reloj.

—¿A qué hora se marcharon?

—A las siete y media.

—¿Qué llevaban?

—Cuatro la P 38, y Piotr cogió el Sten de Harry.

—Y Harry, ¿dónde anda?

—Está ahí fuera, en la viña, tomando el sol, desnudo.

—Bueno, está descansando — terció Moscú, reproche (aunque en broma) dirigido a As—, porque esta noche ha tenido que hacer dos turnos de guardia. Y después de tó el trabajo que se tomó ayer por la noche, cuando lo dejaste plantao a él solo, a medio camino, con toa esa artillería a cuestras...

—¿Perdía el tranvía, si no! Y no lo dejé solo. Estaba Orquídea Silvestre. Eran dos.

—Ah, Orquídea. Con ese es pólvora en salvas. ¡Menuda compañía!

—¿Y dónde está ora?

—¿Quién? ¿Orquídea? Estará también repanchigao ahí fuera, en alguna parte del jardín.

—¿Y el Jefe?

—Durmió en el pueblo, regresa después de comer. A propósito, As, aún no sabes las novedades... Él y yo, ayer por la noche, despachamos al de la PAI.

Al comunicar esta noticia, Tarzán curvó los labios en una mueca dura y despreciativa. Pero un rubor infantil ascendió a su cara al mismo tiempo.

—Ah — dijo Ninnuzzu—, ya era hora. ¿Dónde...?

—A pocos metros de su casa. Estaba encendiendo un pitillo. Lo reconocimos a la llama del mechero. Estaba solo. Todo a oscuras. Nadie vio

nada. Nosotros dos estábamos detrás de la esquina. Disparamos al tiempo. Cosa de dos segundos. Nos encontrábamos ya a salvo cuando se oyó chillar a su mujer.

—¡La consorte de luto! — comentó Asdecorazones.

—Ay, ¡pos a mí me da que su señora esposa no lloraba — exclamó con énfasis el partisano Moscú— cuando hubo aquella redada alemana, por culpa de los buenos servicios del pájaro!

—Era un asqueroso espía — comentó de nuevo As—. Un pancista — concluyó, como juicio definitivo.

Entretanto, no paraba de examinar las armas diseminadas por el suelo delante de él, con el aire de un capitalista que escruta la consistencia de su patrimonio.

—Actualmente — comprobó por el Tarzán, disponiéndose a pegar con saliva su pitillo de papel de periódico— disponemos de ocho fusiles y de seis 91.

También el partisano Moscú intervenía de vez en cuando en el balance del armamento, con el aplomo de un experto.

—Estos son proyectiles de marca alemana — hizo saber al principiante Décimo, indicando unas granadas con el pie.

—Son buenas para explosivo — intervino As—; después te enseñaré cómo se usan.

—Se vacía la carga de lanzamiento, y se hace pólvora, y, mezclándola con trilita...

—¡Eppetundo! ¿Y qué caballo es? — dijo en ese momento Useppe, que seguía interesado por el mulo.

—Ya te dije que no es un caballo. Es un mulo.

—¡Tí! ¡Mulo! ¡Mulo! Pero ¿qué caballo es?

—¡Y dale! Mulo no es caballo. El mulo es mitá caballo y mitá burro.

—¿...?

—Su madre es una yegua, pero su padre es un burro.

—O viceversa — aventuró Tarzán, que, nacido y criado en la ciudad, se empeñaba en demostrar, sin embargo, en estos temas de montaña, una adecuada competencia.

—No. A la viceinversa no es mulo. Es burdégano.

Tarzán esbozó una sonrisita mortificada.

—¿Y dónde está su madre, entonces? — se informaba entretanto Useppe, insistente, con Moscú.

—¿Y dónde va a estar? Estará en casa, con su marido.

—... ¿Está contenta?

—¡Figúrate! Contentísima. Como unas pascuas.

Useppe rió, regocijado.

—¿Y qué hace? ¿Juega? — insistió, con ardor.

—Juega. ¡Salta y baila! — le garantizó Moscú.

Useppe rio de nuevo, como si tal respuesta correspondiese de lleno a su incierta esperanza.

—Y él, ¿por qué no juega? — se informó después, señalando al mulo, que pastaba solitario en el prado.

—Pues... ¡porque come! ¿No lo ves, que está comiendo?

Pareció como si Useppe, con esto, se contentase. Pero tenía colgada aún una pregunta de los labios, mientras miraba al mulo. Y por fin preguntó:

—¿Y los mulos también vuelan?

Tarzán rió. Moscú se encogió de hombros. Y Ninnuzzu dijo a su hermano:

—¡Ay, qué bobo!

Claro, él no estaba al tanto de las noticias dadas a Useppe, el día del bombardeo, por la gruesa mujer de Mandela. Pero viendo que Useppe

esbozaba una sonrisilla insegura y un poco triste, lo sorprendió con esta comunicación:

—Y, a propósito, ¿sabes qué nombre tié, ese mulo? ¡Se llama Tío Pepe!

—Y así, aquí estamos tres Giuseppes: ¡tú, yo y el mulo! — observó Eppetundo gloriosamente—. Mejor dicho, cuatro —se corrigió, mirando pícaramente a Décimo.

Este se ruborizó, como ante la denuncia de un secreto de estado; y ese rubor, a pesar de su cara erizada de barba, traicionó su mente aún inmadura. Efectivamente, su verdadero nombre no era Décimo, sino Giuseppe; pero él, en particular, tenía un doble motivo para ocultarse bajo nombre falso. Primero: en cuanto partisano; y segundo: en cuanto buscado por la policía romana por robo y contrabando de cigarrillos.

Useppe desenchajó los ojos al enterarse de cuántos Giuseppes caben en el mundo. En ese momento, afuera, en las proximidades de la choza, se oyó una explosión. Todos se miraron a la cara. As se acercó a la puerta a explorar.

—Na de na — anunció hacia el interior, es ese tarao de Orquídea, como siempre, cazando gallinas con bombas de mano.

—¡Si al menos las pillase! — observó Moscú—. Les tira a las gallinas y no saca ni siquiera un huevo.

—Cuando vuelva, a patás en el culo con él.

Ninnarieddu se armó de unos prismáticos y salió al aire libre. Useppe le corrió a la zaga.

Al otro lado de la pequeña sinuosidad boscosa, que escondía la choza a las miradas, se abría un valle de olivos y viñedos, cruzado por arroyuelos resplandecientes. El aire traía voces campestres de personas y animales; de vez en cuando pasaban unos aviones que hacían un zumbido como de cuerdas de guitarra.

—Son ingleses — dijo Nino, observándolos con los prismáticos. Al fondo

de la campiña se entreveía el Tirreno. Useppe nunca había visto el mar, y aquella tira azul violácea no era para él sino un color distinto del cielo—. ¿Quieres mirar con los prismáticos también tú? — le propuso. Useppe se empinó hacia él sobre las puntas de los pies. Era la primera vez que iba a tener semejante experiencia. Nino, sosteniendo el instrumento con la mano, se lo apoyó en los ojos.

Primero, Useppe vio un fantástico desierto rojo pardo, entramado de sombras que se ramificaban hacia lo alto, donde estaban colgados dos maravillosos globos de oro (era en realidad un pámpano de vid, a no mucha distancia). Y luego, al moverse los prismáticos, vio una zona acuática celeste, que palpitaba transmutándose en otros colores, y encendiendo y apagando burbujas de luz; hasta que de pronto, festivamente, se rompía en una fuga de nubes.

—¿Qué ves? — le pregunto Ninnuzzu.

—El mar... — susurró Useppe con voz intimidada.

—Sí — confirmó Nino, arrodillándose junto a él, para seguir su visual—. ¡Lo has adivinado! ¡Eso de allí es el mar!

—Y... los bacos ¿dónde están?

—Uh, barcos no hay muchos. Pero, ¡eh, Usé!, un buen día, ¿sabes qué haremos, nosotros dos? Nos embarcaremos en una nave transoceánica y marcharemos a América.

—¡A AMÉRICA!

—Sí. ¿Te parece bien? Y, ora, ¿me das un besito?

Por la falda de la colina apareció Orquídea Silvestre. Era un muchacho de rostro anguloso y enjuto, con mechones negros sobre los ojos, y en la cabeza llevaba un fez de avanguardista del Fascio, sobre el cual había aplicado estrellas rojas, hoces y martillos, cintitas multicolores y adornos por el estilo. Bajo un chaleco rojo lleno de agujeros, vestía un mono de mecánico en

bastante mal estado, ceñido al talle por un cinturón del que colgaban bombas. Calzaba zapatos del ejército italiano de vaqueta clara, casi nuevos.

No llevaba ninguna gallina, ni presas de otro tipo. Echó a correr hacia la choza y Nino, tras haberle gritado gilipollas a sus espaldas, no se preocupó más de él. Seguido por Useppe en sus menores pasos, estaba inspeccionando la campiña circundante con los prismáticos cuando avistó por el lado de la montaña algo que le llamó inmediatamente la atención. A no más de seiscientos o setecientos metros de distancia en línea recta, tres militares alemanes, saliendo de detrás de un grupo de olivos, subían en aquel momento por un estrecho camino de herradura que, cruzando unas aldeas, se unía luego con la carretera al otro lado de la montaña. Uno de los tres, con el torso desnudo, llevaba a hombros un saco dentro del que, como resultó más adelante, iba un cerdito vivo, requisado seguramente a alguna familia campesina. Los tres subían sin prisas, como dando un paseo, y por sus andares parecían más bien achispados.

Antes aun de que desaparecieran en un recodo del camino, Nino regresó impaciente a la choza para anunciar que iba a «echar una ojeada» por allá arriba, en busca de los dos camaradas retrasados (Piotr y Cuatro), que, a esas horas, debían de encontrarse en el camino de bajada, también ellos por aquella parte del monte. A Useppe, que se quedó en el prado en compañía del mulo, le gritó que lo esperase jugando allí fuera, que regresaría pronto. Y a los demás les dio a todo correr diversas instrucciones por si acaso se retrasaba.

Tarzán decidió acompañarlo. Acortando por atajos monte arriba (el mismo camino más o menos seguido probablemente por Piotr y Cuatro para bajar) ambos contaban, gracias a su agilidad de cabras, con preceder a los tres alemanes en la subida; así estarían listos para esperarlos, desde un puesto de

vigía escondido hacia la cima, y cogerlos por sorpresa en una revuelta del camino de herradura.

Mientras los dos, con febril alegría, se ponían de acuerdo sobre este plan (en un minuto), por el lado de la montaña, traídos por el aire inmóvil, resonaron unos disparos; al principio disparos aislados, seguidos inmediatamente por una serie de ráfagas, y después por algunos otros disparos. Una rápida pesquisa con los prismáticos en aquella dirección no reveló a nadie, ni en el camino, ni por las cercanías. Los dos se apresuraron. Al salir con As de la choza, Tarzán escondió bajo la trenca la metralleta que estaba apoyada junto a la puerta.

Entretanto, Useppe, obediente, se dispuso a esperar a Ninnuzzu, inspeccionando por su cuenta el breve territorio en torno a la choza. Primero charló con el mulo, que, aunque interpelado repetidamente por su nombre de Tío Pepe, no le dio respuesta alguna. Después encontró a un hombre desnudo, con gran cantidad de matas rojas en la cabeza, en la ingle y bajo las axilas, que roncaba con los brazos abiertos en un claro entre las vides. Y luego, al explorar a gatas el pequeño trecho boscoso de la falda de la colina, entre otras curiosidades y maravillas vio una especie de ratón (de piel aterciopelada, con un rabo minúsculo y las patas delanteras bastante más gruesas que las traseras), que corría de pronto a su encuentro con velocidad vertiginosa: ¡lo miró con ojillos somnolientos y pequeñísimos y luego, mirándolo siempre de la misma manera, corrió con idéntica velocidad, pero hacia atrás, y desapareció bajo tierra!

Estos fueron, sin embargo, acontecimientos secundarios, en comparación con el acontecimiento magno, de extraordinaria importancia, que le ocurrió en ese momento.

Entre los olivos, allá detrás, había un árbol diferente (quizá un pequeño nogal), de hojas luminosas y alegres que daban una sombra matizada, más

oscura que la de los olivos. Al pasar por allí cerca, Useppe oyó a una pareja de pájaros parlotear y besuquearse. Y sin más, a primera vista, reconoció en la pareja a Peppiniello y Peppiniella.

En realidad, aquellos dos no debían de ser canarios, sino más bien chamarices; género de avecillas de bosque más que de jaula, que regresa a Italia en invierno. Pero por la forma y el color amarillo verdoso podían confundirse sin duda con los dos canarios (un poco híbridos, en verdad) de Pietralata, y a Useppe no le cupieron dudas sobre este punto. Estaba claro que los dos cantores de la tarbea, esa mañana, recién curados de su enfermedad sangrienta, habían volado hasta aquí, a lo mejor siguiendo, por el cielo, a la camioneta.

—¡Niniellos! — llamó Useppe.

Y los dos no huyeron; más aún, en respuesta, iniciaron un diálogo musicado. Más que un diálogo, en realidad, la suya era una cancioncilla, compuesta por una única frase que los dos repetían recíprocamente, alternándose en saltar sobre dos ramas, una más baja y otra más alta, y marcando cada vuelta con vivaces gestos de las cabecitas. Consistía en total en una docena de sílabas, cantadas sobre dos o tres notas — siempre las mismas, salvo imperceptibles caprichos y variaciones— en un *tempo* de *allegretto* con brío. Y la letra (clarísima para los oídos de Useppe) decía exactamente así:

¡Es una broma, una broma, todo una broma!

Las dos criaturas, antes de echarse a volar por los aires, repitieron esta cancioncilla al menos unas veinte veces, ciertamente con la intención de enseñársela a Useppe, que, en verdad, desde la tercera repetición ya la había aprendido de memoria, y posteriormente la mantuvo siempre en su repertorio

personal, de modo que podía cantarla o silbarla, si quería. Aunque, sin explicarse la razón, esta famosa cancioncilla, que lo acompañó toda su vida, no se la comunicó a nadie ni entonces ni después. Solo al final, como se verá, se la enseñó a dos amigos suyos: un chavalito apellidado Scimó, y una perra. Pero es probable que Scimó, a diferencia de la perra, la haya olvidado inmediatamente.

Desde dentro de la choza Moscú llamó a Useppe, queriendo ofrecerle una patata cocida. Y encima, Orquídea Silvestre, que subía entonces de dar una vuelta por la viña, le regaló un racimo de uvas, de piel bastante dura, como para escupirla, pero de un sabor dulcísimo.

—¡Niniellos! ¡Niniellos! — se afanaba entretanto Useppe por explicarle a Eppetundo, tirándole de la manga con gran animación; pero como Moscú, absorto en otros temas, no le hacía caso, renunció a comunicarle la recuperación de sus canarios. Y, desde entonces, nunca más habló con nadie de su encuentro con la afortunada parejita.

En la choza, los tres que se habían quedado parlamentaban sobre la emergencia de la situación, calculando que As no regresaría tan pronto de su excursión a la montaña. Se trataba de enviar a alguien a consultar al Gafas (era el jefe), porque, en la eventualidad de que la batalla con los tres alemanes se desarrollase en un lugar cercano del camino de herradura (y en la actual incertidumbre sobre su final), se podía temer, decían, un rastreo de la zona... Y se trataba también de librarse rápidamente de Useppe, entregándolo a una persona de confianza que lo devolviese a tiempo a la carretera para coger la camioneta.

Entretanto, después de los disparos de antes, no se había vuelto a oír nada más.

En su heterogéneo equipo, Moscú también disponía de unos prismáticos. No eran, sin embargo, botín de guerra, sino unos pequeños gemelos de su

propiedad que en el pasado utilizaba en el teatro para disfrutar desde el gallinero de los espectáculos, y en particular de la *Tosca*, de Petrolini y Lydia Johnson, sus especiales preferencias. Ahora, en el curso de la discusión, de vez en cuando Moscú salía a inspeccionar con sus gemelos el monte. Y fue una sorpresa para todos cuando, anticipándose a toda previsión, se vio a la partida de ausentes entera asomar por unos matorrales a no más de cien metros del camino, y bajar por la vertiente hacia la choza. Delante, emparejados, venían As y Cuatro, flanqueados a escasa distancia por Tarzán, que arrastraba de una cuerda un saco desgarrado y lleno de sangre; algo más atrás los seguía Piotr, solo. Además de las mochilas rebosantes, todos traían alguna carga suplementaria; y a su llegada lo descargaron todo en la choza, salvo el cerdito muerto, que Tarzán se había encargado de descuartizar fuera, en el bosque. Había petróleo y víveres (polenta, queso, sal) y además botas alemanas impermeables, dos revólveres alemanes con sus cinturones, un mechero, y una Contax. Décimo, casi febrilmente, se lanzó de inmediato a probarse un par de botas. Intervino en ese momento, desde fuera, Harry, que se había puesto unos pantalones de campesino de dril, y repetía:

—¡Maj-nífico! ¡Maj-nífico! — aún medio soñoliento. «Magnífico» era una de las pocas palabras italianas que sabía. Era, en efecto, un inglés escapado de la cárcel como en una secuencia de película (¡al huir hasta había cogido su arma!), que se había agregado a la partida hacía poco. A él, del botín, le ofrecieron un reloj.

A esas horas, los cuerpos de los tres alemanes, cubiertos de ramaje y de tierra, yacían en una zanja al borde del camino de herradura, a unos dos tercios de distancia de la cima. Fueron Cuatro y Piotr quienes realizaron la hazaña, ellos solos. Y cuando, bajando de través por el monte, se encontraron con As y Tarzán, ya todo había acabado. Pero ninguno de los dos vencedores parecía con ganas de hablar de ello. Piotr, con turbios ojos de muerto y los

rasgos flácidos y embrutecidos por un cansancio enorme, en cuanto soltó la mochila se fue a tumbar al bosquecillo de detrás de la choza, donde se durmió de golpe, respirando con la boca abierta, como un drogado idiotizado por el opio. Y Cuatro se dejó caer sentado en un rincón de la choza, donde quedó encogido, quejándose de cansancio y aturdimiento. Su cara tenía una insólita palidez de náusea, y sus ojos una mirada febricitante. Dijo que no tenía ganas de comer, y tampoco de hablar, y ni siquiera sentía sueño. Le bastaba con descansar un poco así, allí apartado, y se le pasaría el malestar.

Solo más adelante le confió a As los detalles del enfrentamiento, en el cual el papel desempeñado por Carlo-Piotr había sido terrible, hasta el punto de que el propio Nino pareció impresionado por la descripción de su amigo:

—Y pensar — observó, hablando con él en voz baja— que aquella noche, en la cena, ¿te acuerdas, en Pietralata?..., afirmaba rechazar la violencia...

Según ellos, sin embargo, la actuación de Piotr estaba justificada. En efecto, como Nino intuyó desde el principio, Piotr-Carlo, además de perseguido político, era judío (no se llamaba ni Carlo ni Vivaldi) y se resolvió a entrar en la partida al conocer la noticia de que sus padres, sus abuelos y su hermana, escondidos en el norte bajo nombre falso, habían sido descubiertos (gracias a una denuncia, desde luego) y deportados por los alemanes. Pero, a pesar de todo, Cuatro, con solo evocar la escena del enfrentamiento, experimentaba una sensación de frío, hasta el punto de que la piel se le erizaba en el antebrazo desnudo.

La noticia de que los tres alemanes andaban por aquella zona del monte les había llegado a Cuatro y Piotr a comienzos de la mañana, cuando se detuvieron a aprovisionarse de víveres en casa de un campesino amigo. Las familias de los alrededores, pasándose la voz de unas a otras, habían recibido el aviso de esconder el ganado y estar en guardia, porque los tres sujetos andaban «a la caza» por las casuchas con la habitual brutalidad de las tropas

nazis, que se hacían odiar por dondequiera pasaban. No les resultó difícil a Cuatro y Piotr seguirles la pista, gracias sobre todo a la presencia de Cuatro, natural de aquellos campos y que conocía todos los parajes y a todas las personas; y decidieron montar vigilancia, escondidos a su paso, para cogerlos por sorpresa en el momento adecuado. La espera duró más de lo previsto, porque los tres, exasperados por la pobreza de su caza, se habían desviado en sucesivas ocasiones, obnubilándose cada vez más con el vino. Finalmente, desde su escondrijo entre la maleza, Cuatro y Piotr los vieron aparecer por el camino de herradura, precedidos por sus voces achispadas que cantaban en italiano, destrozando la letra, una cancioncilla entonces en boga:

*Mare, perché
questa sera m'inviti a sognar...*

Cantaban alegres a coro, con las mejillas rojas y las guerreras desabrochadas; y el más joven y gordo, el que llevaba el saco al hombro, se había quitado la guerrera y la camisa, quedándose desnudo de cintura para arriba. Cuatro disparó el primero, desde cortísima distancia, dándole de lleno al que, en apariencia, era el mayor de los tres: un tipo esbelto y un poco calvo, de unos treinta años, que se llevó las dos manos al pecho con una exclamación ronca y estupefacta; tras una extraña voltereta en el aire, se desplomó de bruces. De inmediato sus compañeros, con un gesto convulso e instintivo, echaron mano a los revólveres; pero ni siquiera les dio tiempo a extraerlos del cinturón, alcanzados por las ráfagas de la pistola ametralladora de Piotr, que estaba apostado no muy lejos. Durante un tiempo imperceptible sus ojos se encontraron con los de Cuatro. Uno cayó arrodillado y avanzó quizá medio metro de rodillas, murmurando sílabas incomprensibles. Y el tercero, el del torso desnudo, que sostenía aún, absurdamente, el saco por la cuerda, soltó la

presa con curiosa lentitud; y, con un repentino grito de pánico, dio un paso lateral, llevándose la mano al bajo vientre. Pero al cabo de un instante, bajo una última ráfaga de disparos, ambos cayeron a poca distancia del primero.

De los tres cuerpos tendidos e inertes en el camino ya no llegaba voz alguna; pero, en esa pausa petrificada, desde un arbusto pegado al cercano talud resonó una especie de imploración heladora, de supremo terror, que semejaba el llanto de un recién nacido. Era el cerdito prisionero que, herido por la última descarga, cayó rodando y se arrastró hasta el arbusto, y desde allí emitía aquellos chillidos espasmódicos, de sonido humano, comunes en los animales de su especie cuando huelen el final. Inmediatamente se produjo el silencio y Cuatro se acercó al camino. De los alemanes caídos, dos parecían ya muertos; solo el más viejo, el herido por él, se estremecía aún débilmente; y en ese instante trató de levantar la cara del suelo escupiendo una saliva sanguinolenta y murmurando: «mutter, mullen». Cuatro lo remató de un tiro en la cabeza; después le dio la vuelta al segundo, y lo encontró con los ojos muy abiertos y sin vida; en cambio el último, el del torso desnudo, que yacía boca arriba con los ojos cerrados y a quien había creído muerto, al acercarse a él contrajo el rostro y alzó trabajosamente un brazo.

Cuatro se disponía a dispararle también, pero entonces Piotr irrumpió en el camino, desde la maleza, diciendo con una risa aviesa:

—No, quieto. Este me toca a mí.

Y Cuatro le alargó el revólver, entendiendo que quería ser él quien le disparase el tiro de gracia. Pero Piotr rechazó el revólver y, con un odio decidido, furioso, descargó una espantosa patada, con su pesada bota, en la cara del otro. Tras un instante de pausa, repitió el gesto, igual, y así una y otra vez, siempre con la misma violenta locura, pero con un ritmo extrañamente calculado. Cuatro, que se había alejado unos pasos y volvía la cabeza para no verlo, oía aquellos golpes, con su tenebrosa pesadez, sucederse a intervalos

regulares, como marcando un tiempo inaudito en un espacio enorme. Al primer golpe, el alemán reaccionó con un grito sofocado y ronco, que aún sonaba a rebelión; pero sus alaridos se fueron debilitando poco a poco hasta reducirse a un débil gemido femenino, casi una interrogación transida de una vergüenza sin nombre. Los golpes prosiguieron aún, a intervalos más rápidos, tras haber cesado el lamento. De pronto Piotr, con sus largas zancadas inconexas, se plantó delante de Cuatro.

—Reventó — anunció, jadeando ligeramente, como quien ha realizado un esfuerzo físico.

Su mirada era aún sañuda bajo la frente empapada y su bota claveteada estaba salpicada de sangre. Ahora solo les quedaba despojar a los muertos de sus armas y de todos los arreos útiles — según las reglas de la guerrilla—, antes de esconder los cuerpos. Ya de antemano, para elegir el lugar, ambos habían tenido en cuenta que en el campo contiguo, al otro lado del camino, había una ancha zanja, de fondo aún embarrado por las lluvias recientes. Y primero, arrastrándolo por los pies, arrojaron al del torso desnudo. No tenía ya cara, sino un amasijo informe y sanguinolento; y, en contraste, la extraordinaria blancura de su torso canoso causaba un efecto irreal. La sangre, perdida en gran cantidad por las heridas del bajo vientre, impregnaba los pantalones del uniforme azul gris. Los zapatos, en cambio, no se habían ensuciado, pero renunciaron a quitárselos. Le dejaron también la pistola y lo demás, incluso el reloj. Con los otros cuerpos, en cambio, se atuvieron a las reglas de costumbre, y después los arrojaron sobre el primero, recubriendo la zanja con tierra y ramas. Al final, Cuatro se ocupó de recuperar el cerdito, ahora mudo y patas arriba detrás del arbusto. En total, desde el momento del tiroteo, la acción había requerido solo unos minutos.

Inmediatamente después de regresar a la choza, As y los otros se ajetrearon

cargando el mulo. Al poco tiempo apareció Maria (llamada Mariulina por As), quien recibió, entre otras cosas, el encargo de devolver a Useppe, a lomos de mulo, a la cita de la carretera. As no podía acompañarlo, por estar ocupado con varios preparativos urgentes y esperando, además, la llegada del famoso *Gafas*. Al despedir, desde el suelo, a su hermano, le prometió que se volverían a ver pronto. Guiñándole un ojo, en secreto, como a un camarada de la guerrilla, le confió que una de las próximas noches debía participar en una gran acción en la Tiburtina; y que después, a lo mejor, iría a dormir con ellos en Pietralata.

El mulo Tío Pepe echó a andar sobrecargado. Además de a Mariulina y Useppe, llevaba en la grupa un grueso haz de ramas y leña menuda, bajo las cuales, en realidad, se ocultaban armas, bombas y municiones que Mariulina debía entregar, en el camino de regreso, a un aldeano cómplice de otros guerrilleros. A Useppe lo habían colocado delante, adosado al pecho de Mariulina, que montaba el mulo espatarrada, como un jinete. Llevaba un vestidito negro corto, y medias negras hechas en casa, enrolladas por encima de las rodillas. Al cabalgar se veían al aire, aquí y allá, sus muslos redondos y graciosos, los cuales, como todo lo que se veía de su carne, tenían un rosado color de melocotón, dorado por menudísimas pecas pardas. Su cara tenía la consabida expresión enfurruñada, y durante todo el trayecto (subida y bajada por el camino de herradura, y empalme con la carretera) habló solo con el mulo, diciéndole, según los casos: «¡Haaaa!» o bien «¡Hiiii!»». A las diversas preguntas de Useppe respondía como mucho «Sí» y «No», a veces incluso a destiempo. Tío Pepe avanzaba con calma, a causa entre otras cosas de la sobrecarga que llevaba, y en ciertos tramos ella desmontaba para arrastrarlo del ronzal, gritándole enfadada: «¡Hiiii!»», con el pelo, de color rojizo, cayéndole sobre los ojos, mientras Useppe se sujetaba con fuerza a los jaeces para no caer.

A Useppe le gustó mucho el viaje. Él también dejaba colgar las piernas a un lado y otro, como un avezado jinete. Estaba adosado al pecho de Mariulina, como en una tibia almohada, y bajo el culito tenía la nuca peluda de Tío Pepe, también tibia. Ante los ojos tenía la crin, marrón oscura, de Tío Pepe, y sus orejas tiesas, ni de caballo ni de burro, que llevaban en medio, como adorno, un penachito verde despeluchado; y para él estas y otras mínimas especialidades del mulo eran curiosidades de sumo interés. En torno tenía el espectáculo de la campiña, con sus luces, distintas, ahora, a las de la mañana. Y si se volvía a mirar hacia arriba, veía los ojos de la Mariulina, de color naranja, con pestañas y cejas negras, y su cara que, bajo el sol, se cubría toda de una pelusilla, como si llevase en la cabeza un gran sombrero con un velo. Según Useppe, la Mariulina era una beldad universal, como para pasmarse al contemplarla.

Terminado el descenso, vieron pasar por el valle a unos alemanes que llevaban también un mulo cargado de fardos.

—¡Mulo! ¡¿Mulo?! — exclamó Useppe, saludándolos festivamente.

—No... — contestó Mariulina, harta de contestar.

—¿Ingueses? — volvió a exclamar Useppe, repitiendo la observación oída a su hermano al pasar los aviones.

—¡Sí! — contestó ella, con impaciencia.

La camioneta estaba ya esperando, en el cruce de la carretera. Y, tras haber entregado a Useppe al tabernero, que la regañó por el retraso («¿Estás tonta o qué?»), Maria, sin dignarse contestar y sin despedirse de nadie, gritó al mulo: «¡Hiiii!» y se separó de ellos, desandando el camino a pie al lado del mulo.

Esta vez Ninnarieddu no mantuvo su promesa. Pasó casi un año antes de que volvieran a verlo. A aquella espléndida mañana de Useppe en los campamentos de la guerrilla la siguieron días fríos y lluviosos. La barriada de Pietralata era un lodazal.

En la tarbea cerrada, el hedor era terrible, porque las gemelitas, a causa del frío y del poco aire y de la alimentación malsana, enfermaron de diarrea. Estaban chupadas, habían perdido su brío y lloraban y se agitaban, flacuchas, en medio de su porquería.

Los Mil, acatarrados, habían renunciado a desnudarse. Dormían totalmente vestidos, y además, también durante el día, se pasaban la mayor parte del tiempo envueltos en mantas en sus yacijas, unos encima de otros. Varones y hembras hacían el amor a cualquier hora del día, sin preocuparse de si los miraban; y entre ellos se desplegaban intrigas, celos y escándalos, en los cuales participaban también los viejos. La promiscuidad los volvía pendencieros; con los cantos del gramófono se mezclaban de continuo alaridos, insultos, golpes y los llantos de las mujeres y los chiquillos. Hubo hasta cristales rotos, arreglados de mala manera con papeles encolados. La noche caía pronto; a consecuencia de los desórdenes en la ciudad, los alemanes adelantaron el toque de queda a las siete de la tarde. Las bicicletas tenían prohibido circular después de las cinco y los transportes públicos (en realidad ya bastante reducidos) se interrumpían a las seis.

Así, al atardecer, todos estaban encarcelados en la tarbea. Uno de los pasatiempos de aquellas veladas consistía en cazar cucarachas y ratones. Una noche, Domenico remató a patadas a un ratón, delante de las narices de Useppe, que gritaba:

—¡No! ¡No!

Los ratones, asiduos hacía tiempo a aquella tarbea de un semisótano, y alentados a nuevas osadías por la fuga de Rossella, acudían ahora en mayor número hacia las provisiones de los Mil, presagiando quizá un inminente abandono del barco. Y los Mil, en efecto, hartos de esperar allí dentro la famosa Liberación que no llegaba nunca, empezaron a emigrar hacia otros refugios. La primera familia en marcharse fue la de Salvatore, con sus hijos Currado e Impero, etcétera, a causa de una rabiosa separación después de una pelea; pero pronto el mismo Salvatore invitó a quienes se habían quedado a compartir una vivienda más bonita, vacía y a bajo precio, conseguida de unos conocidos de Albano. Y así también Domenico y familia, con la abuela Dinda, y la señá Mercedes y Carulina y los demás, fueron a reunirse con el resto de la tribu.

La mañana del adiós perdura en la memoria bajo el signo de un caótico desorden. Carulina estaba nerviosa hasta las lágrimas, y corría de acá para allá, porque las dos gemelitas, con la diarrea agravada, se ensuciaban continuamente. Sus pocos pañales, que ella se empeñaba en lavar y relavar con toda clase de jabón autóctono y de pésimos polvos detergentes, no se secaban, y, colgados de las cuerdas de la tarbea, manchados todavía de amarillo, derramaban agua por todo el pavimento, sobre las provisiones y los colchones enrollados. A Carulina la agredían por todas partes con reproches y gritos, y hasta recibió un revés de su cuñada. De alguna parte en lontananza llegaban ecos de bombardeos; y las abuelas, asustadas con aquellos truenos, y reacias a la idea de partir, invocaban al Papa, y a los difuntos y a todos los

santos del cielo a voces altísimas, mientras Domenico blasfemaba. Tengo entendido que por aquel entonces estaba interrumpida la circulación de coches particulares; pero de todas formas los mozos de los Mil, gracias a sus trapicheos, habían conseguido un furgoncito Balilla, provisto de todos los permisos necesarios, además de otro vehículo de tres ruedas enviado por Salvatore. Pero por desgracia, en la práctica, estos medios de transporte no bastaban para cargar el grupo de los que partían y sus pertenencias (entre otras cosas, los Mil habían decidido llevarse también los colchones, prestados en su momento por el hospital para uso de los refugiados; ya que, aun trasladándose, seguían siendo, de derecho, refugiados)... Y los preparativos de embalaje y carga desembocaron al final en un dramático marasmo. El exasperado Domenico la emprendió a puntapiés con los colchones que, usados como envoltorios de la batería de cocina y atados, habían adoptado dimensiones gigantescas; Peppe Tercero, Attilio y su madre prorrumpieron en un coro de chillidos. Y entonces el abuelo más viejo (marido de la abuela silenciosa) se echó a llorar como un crío, suplicando que lo dejaran morir allí, y hasta que lo enterrasen sin más allí mismo en Pietralata tirándolo a un canal, incluso.

—Enterradme — repetía—, enterradme, ¡así esta noche dormiré tranquilo en el cielo!

Y la abuela, su mujer, exclamaba al oído, con voz aguda:

—¡Jesús! ¡Jesús!

La menos agitada era la seña Mercedes, que hasta el último instante permaneció sentada en su taburetito con la manta en las rodillas (ya habían sacado las provisiones de debajo), limitándose a repetir, con tono de cantilena:

—¡Callaos un poco, por vuestros muertos! — mientras su marido Giuseppe

Primero, sentado junto a ella con una especie de cofia de lana en la cabeza, se desahogaba gargajeando sobre el pavimento.

Se decidió que parte del grupo, y entre ellos Carulina con sus hijas, se dirigiría al nuevo alojamiento en tranvía. Antes de decirle adiós, Carulina le dejó de recuerdo a Useppe el disco de las canciones cómicas, que, por desgracia, sin gramófono (ya instalado con la carga del equipaje) no podía sonar; aunque por lo demás, de tanto uso, llevaba tiempo emitiendo solo carraspeos y sollozos. Le dejó también de regalo (guiñándole el ojo a escondidas para que no se enterase nadie) una bolsita olvidada por la parentela, que contenía cerca de un kilo de almortas (legumbre de especie híbrida entre la habichuela y el garbanzo).

Cuando partieron, en el cielo asomaba un sol incierto. A la cola de todos iba Carulina, precedida unos pasos por su cuñada romana, que llevaba a Celestina en brazos y en la cabeza una maleta repleta que no cerraba bien; mientras que Carulina llevaba en brazos a Rusinella y en la cabeza el fardo de pañales mojados. De no ser por los llantos desgarradores que salían de aquellos paquetes, difícilmente se hubiera podido reconocer en ellos, en brazos de las que partían, a las criaturas. Carulina, en efecto, como último remedio, había envuelto a las crías en todo tipo de trapos: la cortina de Carlo Vivaldi, restos de las damas de caridad y hasta papeles; avergonzada de que, en el tranvía de los Castelli, todos los pasajeros juzgaran por el olor que sus hijas estaban sucias de diarrea.

Instigada por los otros, que ya se adelantaban y se volvían a llamarla bruscamente, se apresuraba fatigosamente entre el lodo, con los zapatitos de verano convertidos en chancletas. Las medias de mujer que llevaba, demasiado grandes para su pie, se le abolsaban en los talones, y a causa del peso que la ladeaba toda, sus andares eran más descoyuntados que de costumbre. Como abrigo, tenía una especie de tres cuartos torcido, sacado de

una chaqueta de su hermano Domenico; y bajo el fardo de pañales se veía la raya del pelo, partido en dos bandas iguales hasta la nuca, con las dos trencitas a los lados, aplastadas por el peso.

Antes de pasar la curva del sendero, se volvió a saludar a Useppe, con una sonrisa en su gran boca de media luna. Useppe estaba inmóvil al otro lado del desmonte, viéndola marchar, y le contestó con el saludo especial que hacía en ciertos casos, a regañadientes, abriendo y cerrando lentísimamente el puño. Estaba serio, con apenas una sonrisilla incierta. Llevaba en la cabeza un gorrito de ciclista que ella misma le había buscado; y vestía sus habituales pantalones a lo Charlot, sus botas de fantasía y el impermeable, largo hasta los pies, que se abría con el saludo, mostrando el forro rojo.

Unos meses después, un terrible bombardeo sobre los Castelli destruyó en gran parte la ciudad de Albano, e Ida al oír la noticia pensó en los Mil, en si por azar la tribu no habría sido exterminada. Pero estaban incólumes. Al verano siguiente Nino se topó en Nápoles, en el curso de unos negocios suyos, con Salvatore, quien se lo llevó de visita a su casa. Vivían en un resto de edificio semidestruido por las incursiones, en un local de la planta noble al cual entonces — como la escalera se había hundido— se entraba por la ventana, cruzando una especie de puente levadizo hecho de tablas. Y allí estaba también Carulina, que, conforme a la lógica natural de la suerte, se había puesto al punto con los Aliados. Algo más crecida de estatura, estaba más flacucha aún que en Pietralata, conque en la cara empequeñecida los ojos, embadurnados de rímel, parecían bastante más grandes. La boca, ya ancha por naturaleza, pintada de carmín se mostraba el doble de ancha. Y los andares de sus piernas delgaditas, sobre los tacones altos, resultaban más desgalichados que nunca. Pero su modo de mirar, y de obrar, y su habla, no habían cambiado en nada.

De las gemelas no se veía ni rastro, y Ninnuzzu no se preocupó de pedir

noticias de ellas. En el breve curso de su visita llegó un militar afroamericano, amante de Carulina, que estaba encantado con sus preparativos para marchar a América al día siguiente; y de regalo, escogido por Carulina, le llevaba una de esas archiconocidas cajas de Sorrento que tocan al darles cuerda, desentonando, una cancioncilla. En la tapa taraceada de la caja había una muñequita de celuloide, vestida con un corpiño y un tutú de rayón lila; tenía ensartado en el cuerpo un bastoncito y, cada vez que se daba cuerda a la canción, giraba en redondo sobre la tapa. A Carulina la fascinaba el bailecillo al son de la música; y en cuanto se acababa la cuerda del chisme, inmediatamente se la daba otra vez, con ansiosa importancia de propietaria. Allí presente, con la otra abuela y los dos abuelos, estaba también la abuela Dinda, que, para justificar ante los visitantes la obsesión de Carulina, explicó que era la primera muñeca que tenía en su vida. Mientras tanto, la misma abuela Dinda cantaba la letra de la vieja cancioncilla de la caja, acompañándose con movimientos de café cantante. Como obsequio a los invitados, sacaron whisky y patatas fritas.

Pero Ninnuzzu nunca se acordó después de referir este encuentro a Ida, a la que, desde luego, en vista del tamaño y el gentío desmedidos de Nápoles, ni se le ocurrió preguntarle si se había encontrado con alguno de los Mil en aquella enormidad. Y así, Ida se quedó para siempre con la duda de si los Mil estaban todos sepultados bajo los escombros de Albano.

Después de que los últimos Mil doblaron por la curva, Useppe, al entrar, se encontró con que la tarbea se había vuelto inmensa. Sus pasitos retumbaban, y cuando llamó: «¡Ma!» e Ida contestó: «¿Qué?», sus dos voces tenían otras notas que antes. Todo estaba inmóvil, entre los papeles y restos diseminados por el suelo no asomaba, a esas horas, ni siquiera una cucaracha o un ratón. Al fondo del ángulo obtuso, los cristales de la lamparilla de difuntos, rota en

el alboroto, yacían en tierra junto a la mecha pringosa y a un poco de aceite caído. En el centro del local había quedado una caja de embalaje que había servido de cuna a las gemelitas, con una capa de periódicos viejos dentro, manchados con sus heces. En el ángulo de Eppetundo seguía estando aún su colchón enrollado; y en el ángulo próximo a la puerta, de donde habían arrancado la cortina de trapos para envolver mejor a Rosa y Celeste, seguía el jergón, aún manchado de sangre del parto de Rossella.

Ida se había tumbado en su colchón para un breve intervalo de reposo. Pero su organismo debía de haberse habituado al estruendo, como a un vicio, ya que el increíble silencio que de repente descendió sobre la tarbea agudizaba la tensión de sus nervios en vez de calmarla. Había vuelto a llover. Ni de la ciudad ni de la barriada llegaba el menor signo de otras existencias. Y el susurro de la lluvia, con el eco repetido de bombardeos lejanos, agrandaba el silencio en torno a aquella enorme pieza semienterrada en el fango donde se habían quedado solos ella y Useppe. Ida se preguntaba si Useppe se daría cuenta de que la marcha de los Mil era definitiva. Oía sus pasitos recorrer lentamente el local, dando una vuelta, como de inspección; después de pronto la lentitud de los pasos se transformó en una prisa excitada, hasta que, presa de frenesí, echó a correr. Había allí en el suelo un pelotón de trapo que en los días de buen tiempo sirviera a los chiquillos mayores para imitar a los jugadores de fútbol en el prado al aire libre. Y él, para imitar a su vez a los chavales, empezó a darle encarnizadas patadas, aunque no había equipos, ni árbitro, ni portero. Entonces se abalanzó como endemoniado sobre la pila de pupitres, y saltó desde lo alto con uno de sus habituales vuelos.

Al pisoteo ligero de sus pies con botas siguió un silencio total. Al cabo de un rato, asomándose por la cortina, Ida lo vio sentado como un emigrante en un saquito de arena, examinando el disco dejado por Carulina y trazando con

el dedo círculos en los surcos. Sus ojos se alzaron, serios y desamparados, al moverse Ida. Y con su disco acudió corriendo a ella:

—¡Eh, ma! ¡Ponlo!

—No se puede poner, así. Para ponerlo, hace falta el fonógrafo.

—¿Po qué?

—Porque un disco no suena sin fonógrafo.

—Sin fonógrafo no suena...

La lluvia caía con más fuerza. En el aire un silbido como de sirena estremeció a Ida. Pero probablemente no era sino un camión, de paso por la via dei Monti. Cesó enseguida. Caía la oscuridad. La tarbea abandonada, fría, llena de basura, parecía aislada en un espacio irreal, al lado de acá de una frontera asediada.

En espera de que escampase, Ida buscó un pasatiempo para entretener a Useppe. Y por milésima vez le cantó la historia del barco.

Y vuelve el barco y gira el barco...

... Tres leones y tres barcazas...

—Más — le dijo Useppe cuando acabó.

Se la cantó otra vez.

—Más — dijo Useppe. Y mientras tanto, con una sonrisilla alusiva, anunciadora de una sorpresa ante la cual se mostraría incrédula, le reveló—: ¡Eh, ma! ¡He visto el mar!

Era la primera vez que, de algún modo, aludía a su aventura en los campamentos de la guerrilla. De ordinario, aunque lo interrogaran, mantenía la boca cerrada, guardando un obligado secreto sobre el asunto. Pero esta vez Ida interpretó su oscura frase como una simple fantasía y no le preguntó más.

Y vuelve el barco y gira el barco...

Durante cierto intervalo, en aquel mes de noviembre, ellos dos fueron los únicos ocupantes de la tarbea. Las escuelas, aunque con retraso, volvieron a abrirse; pero las tropas habían requisado la escuela de Ida y sus clases fueron trasladadas a otro sitio, aún más a trasmano que el anterior (con horario de clases por la tarde, a causa de los turnos), y en la práctica, inalcanzable para ella con la actual escasez de transportes y el horario del toque de queda. De forma que Ida, gracias a su condición de damnificada, consiguió un permiso temporal. No obstante, se veía obligada a salir todos los días de casa para la consabida caza de víveres, y en especial en los días de mal tiempo no tenía más remedio que dejar a Useppe solo, cuidando de sí mismo, encerrándolo con llave en la tarbea. Fue entonces cuando Useppe aprendió a matar el tiempo «pensando». Se ponía los dos puños en la frente y empezaba «a pensar». En qué pensaba, no nos es dado saberlo; y se trataba probablemente de futilidades imponderables. Pero el caso es que, mientras estaba así, pensando, el tiempo común de los demás se reducía para él casi a cero. Existe en Asia un pequeño ser llamado «panda menor», con un aspecto entre ardilla y osezno, que vive en los árboles en inaccesibles bosques de montaña, y de vez en cuando baja al suelo en busca de brotes para comer. De uno de esos pandas menores se decía que se pasaba milenios pensando en su árbol, del cual bajaba al suelo cada trescientos años. Aunque, en realidad, el cálculo de esa duración era relativo; en efecto, mientras que en tierra habían transcurrido trescientos años, en el árbol de ese panda menor habían transcurrido apenas diez minutos.

Esas horas solitarias de Useppe fueron interrumpidas, aunque raramente, por alguna visita inesperada. Un día fue un gato estriado, tan delgado que parecía un fantasma de gato, que, sin embargo, con la fuerza de la

desesperación, consiguió desfondar el papel que sustituía el cristal de la ventana y penetrar en la tarbea en busca de comida. Naturalmente, sus ratones, al llegar él, evitaron asomarse; y Useppe no tenía otra cosa que ofrecerle que unas sobras de coles hervidas. Pero él, con esa especial soberbia aristocrática que los gatos conservan aún en su decadencia, olisqueó la oferta y, sin dignarse a probarla, se marchó con el rabo tieso.

Ese mismo día llegaron tres militares alemanes; evidentemente, como otras veces, simples soldados rasos (ni *Polizei* ni SS) sin malvadas intenciones. Pero, según la usanza común a las tropas alemanas, en lugar de llamar golpearon violentamente la puerta con las culatas de los fusiles. Y como Useppe, encerrado con llave, no podía abrir la puerta, arrancaron del todo el papel de la ventana ya desfondada poco antes por el gato, explorando con la mirada el interior a lo largo y a lo ancho. Useppe se adelantó hacia ellos, debajo de la ventana, encantado de recibir una visita de quien fuese; y ellos, viéndolo solo en el local, se le dirigieron en su lengua. No se sabe qué diablos buscaban, y Useppe, no entendiendo sus palabras bárbaras, aunque suponiendo que también, como el gato, buscaban de comer, probó a ofrecerles las mismas sobras de coles. Pero también ellos, como antes el gato, rechazaron el ofrecimiento, y a su vez, riendo, ofrecieron a Useppe un caramelo. Por desgracia, se trataba de un caramelo de menta, sabor que no le gustaba a Useppe, que lo escupió enseguida; y cortésmente, tras haberlo escupido, hizo ademán de devolvérselo al donante, diciéndole con una sonrisa: «¡Ten!». Ante lo cual ellos, riéndose cada vez más, se marcharon.

El tercer visitante inesperado fue Eppetundo, que disponía de una llave, y pudo por lo tanto entrar en la tarbea. En lugar del sombrero de antes, se había conseguido una gorrilla del tipo de las de los gánsteres estadounidenses para protegerse la cabeza del frío. Y estaba tan alegre como de costumbre, aun cuando en el brazo, a consecuencia de la fractura enyesada y curada el verano

pasado se le había desarrollado una artrosis. Pero no quería que nadie se enterase de que el brazo le dolía, por miedo a que los partisanos lo despidieran por inválido y vejete. Y se lo confió a Useppe. Además, le llevó noticias del campamento, como si hablase, ahora, con un camarada guerrillero. Todos los camaradas estaban bien; y habían realizado nuevas hazañas grandiosas. Una noche, la Libre y otras escuadras sembraron de clavos de cuatro puntas las vías de acceso a Roma, de acuerdo con la aviación inglesa; esta, apareciendo a tiempo sobre los vehículos alemanes bloqueados, hizo estragos con ráfagas de metralla, granadas y bombas incendiarias, de forma que las grandes vías consulares romanas eran toda una sangrienta fogata. Y otra noche As, con unos camaradas, tras varias acciones menores de sabotaje viario, hizo saltar con dinamita un tren entero de militares alemanes, que explotó en un instante en una catástrofe de llamas y chatarra.

La Libre había dejado la choza, trasladando su base a otro lugar, una casita de mampostería. As, y Cuatro, y Tarzán, etcétera, le mandaban a Useppe recuerdos y besitos. A despecho del mal tiempo y del frío, que hacían bastante dura la vida en el maquis, todos estaban de buen humor y en excelente forma, con la única excepción de Piotr, que, tras los primeros días de ardiente participación, había caído en una especie de abulia, no hacía nada y se pasaba el tiempo borracho. En realidad, el compañero Piotr ya era inservible como guerrillero desde hacía algún tiempo, tanto que los demás discutían entre sí si no convendría mandarlo a paseo, o incluso liquidarlo disparándole un tiro a la cabeza. Pero seguían tolerándolo; primero, porque contaban con que, pasado aquel mal período, volviera a ser tan bueno como al principio; segundo, por sus amargas circunstancias de judío; y tercero por la amistad de As, quien seguía demostrándole gran confianza y respeto, y lo defendía ferozmente de la sorda hostilidad de los otros camaradas teniéndolo por un valiente.

Aunque no entendía gran cosa, Useppe se quedó oyendo todas estas noticias épicas con el mismo fervor atento de cuando escuchaba la cantata del barco; e incluso, al final del relato de Moscú, le dijo: «¡Más!», aunque sin éxito.

Por desgracia, el motivo principal de la visita de Eppetundo se resolvió, para este, en una acerba frustración. Había venido, de hecho, con la idea de llevarse al campamento las últimas provisiones de latas que dejara en la tarbea: sardinas, mejillones y calamares en conserva, pero comprobó que había desaparecido todo, y de sus pertenencias solo quedaban el colchón y la jaula vacía. Todo lo demás, claramente, se había esfumado con los Mil; y lanzando contra estos diversos insultos, de los cuales los menos irrepetibles eran «hijos de puta» y «maricones», Eppetundo tomó la iniciativa de extender su colchón sobre el de Ida para que al menos alguien lo disfrutase, dado que él, como partisano, dormía comodísimo en la paja. Por lo demás, la tarbea era aún menos confortable que la casita-base de la Libre, donde al menos un fuego de leña se conseguía siempre. No había modo, en cambio, de calentar el interior de la tarbea, se daba diente con diente, la humedad dejaba manchas en los muros y Useppe, más bien paliducho y flaco, andaba arropado con viejas lanas de desecho (ex damas de caridad), pareciendo un fardito ambulante.

—Así ahora, al menos, dormirás en dos colchones — le dijo Eppetundo en el momento de despedirse—, y, ¡ojo!, no dejes que te quiten este, ¿eh?, que es de lana, ¡y también ten cuidado de que no se lo coman los ratones!

La jaula vacía se quedó en el ángulo agudo, de recuerdo.

Una visita frecuente en aquellos días solitarios de Useppe eran los gorriones, que acudían a saltar y parlotear en la ventana enrejada. Y como su especialidad de entender la lengua de los animales solo se presentaba ciertos días, Useppe de aquellas charlas no comprendía sino el monótono «chip,

chip, chip». Sin embargo, no le era difícil entender que también esos visitantes buscaban una merienda. Pero la ración de pan de la cartilla era tan escasa, por desgracia, que difícilmente encontraba alguna miga de sobra para ofrecérsela a estos otros muertos de hambre.

HA SIDO DISTRIBUIDA A TODOS LOS JEFES PROVINCIALES PARA SU INMEDIATA EJECUCIÓN, LA SIGUIENTE ORDENANZA DE POLICÍA:

I. TODOS LOS JUDÍOS, AUN LOS DISCRIMINADOS, SEA CUAL SEA LA NACIÓN A LA CUAL PERTENEZCAN, RESIDENTES EN EL TERRITORIO NACIONAL, DEBERÁN SER ENVIADOS A ESPECIALES CAMPOS DE CONCENTRACIÓN. TODOS SUS BIENES, MUEBLES E INMUEBLES, DEBERÁN SER OBJETO DE INMEDIATO EMBARGO A LA ESPERA DE SER CONFISCADOS EN INTERÉS DE LA REPÚBLICA SOCIAL ITALIANA, LA CUAL LOS DESTINARÁ A BENEFICIO DE LOS INDIGENTES DAMNIFICADOS POR LAS INCURSIONES AÉREAS ENEMIGAS.

TODOS LOS QUE, NACIDOS DE MATRIMONIO MIXTO, OBTUVIERON, EN APLICACIÓN DE LA LEGISLACIÓN RACIAL VIGENTE, EL RECONOCIMIENTO DE PERTENENCIA A LA RAZA ARIA, DEBERÁN SER SOMETIDOS A UNA VIGILANCIA ESPECIAL DE LOS ÓRGANOS DE POLICÍA.

ROMA, 30 DE NOVIEMBRE DE 1943

Esta doble ordenanza, que sancionaba por parte italiana la Solución Final ya emprendida por los alemanes, se refería al caso de Ida Ramundo viuda de Mancuso tanto en el primer artículo (por indigente damnificada) como en el segundo (por aria mixta). Pero sin embargo no resulta que para Iduzza

surtiera nunca el menor efecto práctico. No se le destinó, en efecto, ningún beneficio de propiedades confiscadas a los judíos. Y con respecto al segundo artículo, es cierto, al parecer, que en el curso de la temporada siguiente, tras su traslado a un nuevo domicilio provisional, unos policías fueron a informarse con el portero sobre su caso. Pero el portero-espía se reservó la noticia para sí, o al menos, si la transmitió a alguien, fue bajo el secreto del sumario. Ella nunca supo nada. Y probablemente su expediente terminó por perderse en el sucesivo arremolinarse de todas las suertes.

Pero la doble ordenanza, que cayó ante sus ojos a primeros de diciembre, significaba para ella que, a partir de ese momento, era oficialmente una vigilada especial de la Policía. Su culpa estaba ya contemplada por la ley, sin equívocos ni compromisos, y denunciada al mundo en las paredes: «Se busca a una tal Ida, llamada Iduzza, de raza mixta, madre de dos hijos, el primero desertor partisano y el segundo bastardo de padre desconocido». Por Ninnarieddu no tenía demasiado miedo; en cuanto pensaba en él, lo veía, con sus andares de ballet, con las largas piernas rectas y agitando los pies, desbaratando cualquier tropiezo o tumulto, hijo invulnerable. Pero la perseguían horribles temores con respecto a Useppe. Se sabía que durante la *razzia* de los judíos, los alemanes habían agarrado a las criaturas, incluso en brazos de sus madres, arrojándolas en sus luctuosos furgones como trapos de la basura; y que en ciertos pueblos, por represalia o borrachera o solo por gusto, habían matado a niños aplastándolos con los tanques, o quemándolos vivos, o golpeándolos contra los muros. A estas noticias (que, en verdad — es preciso repetirlo— fueron luego confirmadas por la Historia, y hasta representaban solo una pequeña parte de la realidad) poca gente, entonces, les daba crédito, considerándolas demasiado increíbles. Pero Ida no lograba desechar esas visiones, de forma que las calles de Roma y del mundo se le mostraban abarrotadas de posibles verdugos de su Useppetto, pequeño paria

sin raza, subdesarrollado, desnutrido, pobre muestra sin valor. A veces, no solo los alemanes y los fascistas, sino todos los humanos adultos le parecían asesinos, y corría por las calles despavorida para arribar exhausta y con los ojos desencajados a la tarbea, empezando desde la calle a llamar: «¡Useppe!, ¡Useppe!», y riendo como una niña enferma con la vocecita que le respondía: —¡Ah, ma!

Los nazifascistas, en realidad, no se atrevían a dejarse ver demasiado por la barriada. Los fusilamientos de octubre no bastaron para atemorizar a la población de aquellas parcelas de casuchas ahogadas en el fango y el hambre. Con el invierno, los asaltos a hornos y a camiones de víveres se hacían más frecuentes. Se formaban partidas de guerrilleros dentro de la propia barriada, y se decía que en las cuevas, en los barracones y habitacioncitas donde dormían familias de diez personas, debajo de las camas se escondían armas robadas ya en septiembre en los fortines y cuarteles. Hasta los varones jóvenes, que en el resto de la ciudad solían mantenerse escondidos por miedo a las redadas, aquí se mostraban ya, desafiantes, con caras torvas y duras, recorriendo los patizuelos y agujeros y basureros de este gueto periférico, entre madres agotadas y desgreadas, muchachas demacradas y criajos piojosos, de tripitas hinchadas por la desnutrición. Ida evitaba alejarse mucho de la barriada para no dejar solo a Useppe, pero traerle algo de comer la forzaba a peripecias desesperadas. Hasta el famoso rollito de ahorros cosido dentro de la media se había consumido ya en las compras en el mercado negro, y también a él, como a los otros críos, se le había hinchado un poco la tripita. Cada vez que iba a la pagaduría a retirar su sueldo, Ida se sentía desfallecer sobre sus piernas, esperándose que el empleado le anunciase con indignación: «Suspendido todo derecho de paga a los infames mediasangre como tú».

La tarbea solo estuvo despoblada unos cuantos días. Desde comienzos de

diciembre, en cuanto se corrió la noticia de que allí, al final de aquel alud de barro y basura existía un techo disponible, empezaron a arribar nuevos seres desvalidos, en los que Ida, con sus confusos prejuicios, veía más una amenaza que una protección. Tenía más miedo, ahora, de dejar a Useppe en semejante compañía que antes, al dejarlo solo.

Entre otros muchos, apareció la familia de un pequeño tendero de Genzano, atontada por el terror a los bombardeos. Al parecer fue uno de los Mil quien la encaminó hacia allí. El cabeza de familia, un hombre coloradote y obeso, que padecía de tensión alta, se dejó ver solo a su llegada, y después escapó de nuevo a Genzano, donde su tienda había sido destruida ya por las incursiones aéreas, pero la casa aguantaba aún en pie. El caso es que en una pared de la casa había tapiado secretamente, para salvarlos, todo el dinero y los objetos de valor que le restaban, y por eso quería quedarse allí de guardia. Hasta que un día, bajo un bombardeo que le dejó la casa intacta, murió de repente de miedo. Un pariente llegó de Genzano a traer la noticia a la familia, toda de mujeres. Y la tarbea se llenó de gritos y llantos. Tras unas discusiones teñidas entre sollozos, las mujeres, vencidas también por el terror a los bombardeos, dejaron al pariente al cuidado de enterrar el muerto y vigilar la casa; y se quedaron donde estaban, en la tarbea.

También ellas eran obesas, aunque pálidas; y la madre tenía las piernas hinchadas de varices. Se pasaban el día alrededor de un brasero, guardando el luto, en una inercia total y un silencio embrutecido. Esperaban la llegada de los Aliados, que según ellas estaban en puertas, para regresar a Genzano, donde ya no tenían tienda, ni hombre, nada más que el hipotético tesoro emparedado. Y hablaban de la próxima Liberación con voz apagada, como enormes gallinas encaramadas en un caballete, entristecidas con sus plumas enhiestas, y reducidas a esperar la llegada del dueño que se las lleve dentro de un saco.

Si Useppe se acercaba al brasero lo alejaban, diciendo con voz lastimera:
—Vete con mamá, nene.

Llegó también una mujer de Pietralata, madre de uno de los fusilados del 22 de octubre. Esta, cuando su hijo estaba vivo, alborotaba siempre cuando volvía a altas horas de la noche, de forma que el hijo, exasperado con sus continuos chillidos, llegó a zurrarle, y ella incluso lo había denunciado a la policía en el pasado. Ahora todas las tardes erraba de casa en casa, porque tenía miedo de dormir en la suya, donde decía que todas las noches el fantasma de su hijo regresaba a zurrarle. Este chico suyo se llamaba Armandino, y los alemanes lo habían detenido delante de sus narices, después de que también ella, ese día, como en ocasiones anteriores, hubiera estado en el asalto del Fuerte, esperando conseguir harina. De vez en cuando, por la noche, se la oía decir:

—No, Armandino, no. ¡A tu madre, no!

A menudo, de día, se jactaba de la belleza de Armandino, famoso en Pietralata por su parecido con el actor Rossano Brazzi. Y ella también debió de haber sido guapa de joven: tenía aún un bonito pelo larguísimo, aunque ahora canoso, y con piojos.

Estos nuevos refugiados de la tarbea se habían traído sus colchones; y además, dejado por huéspedes de paso, había miraguano esparcido por el suelo, a disposición de otros errantes provisionales. El jergón de Carlo Vivaldi estaba ocupado por un joven de quien Ida sentía un miedo especial, como de un ogro. Es cierto que había aportado mejoras a la tarbea, aplicando en los cristales rotos de las ventanas, en lugar de papel, trozos de aglomerado; pero en lo demás se asemejaba, más que a un hombre, a cualquier otro mamífero hambriento de una especie nocturna. Era alto y musculoso, aunque encorvado, y con un rostro cadavérico, con los dientes salidos. No se sabía de dónde venía, ni cuál era su oficio, ni por qué había aparecido por allí; por el

habla parecía romano. También él, si Useppe se acercaba, lo despachaba diciendo:

—Quítate de en medio, macho.

¡Pasó el tiempo de los Mil! La única que de vez en cuando le hacía caso a Useppe era la madre del fusilado; cuando estaba oscuro, ella, en ocasiones, lo acompañaba al retrete, llevándolo de la mano, como en tiempos hacia Carulí. Y una tarde, al ayudarle a subirse los pantaloncitos, y sentir al tacto el costado pequeño y descarnado, le dijo:

—Pobre pajarito de mamá, ¿sabes que no conseguirás crecer, que durarás poco? Esta guerra es una matanza de criaturas.

Lo entretenía también con un juego o mejor dicho un cuentecillo acompañado por una mímica, utilizado con sus hijos cuando eran pequeños. Era siempre igual, y consistía en esto: para empezar, le hacía cosquillas en la palma de la mano, diciendo:

*Toca, dedo, toca
pasó una liebre loca*

y después, estirándole uno tras otro los dedos, del pulgar en adelante, seguía:

*Este la agarró,
este la mató,
este la guisó,
este se la comió,*

y, llegada al meñique, remataba:

*y a este chico chiquito
no le quedó ni un bocadito.*

—Más — le decía Useppe al final de la historia; y ella empezaba por el principio, mientras Useppe la miraba atento, esperando que, una u otra vez, la liebre loca consiguiera escabullirse, dejando a los cazadores con las manos vacías. Pero invariablemente el cuento avanzaba y terminaba siempre de idéntica manera.

... 1944

Enero

En las ciudades de la Italia ocupada, y en primer lugar en Roma, se establecen «secciones especiales» de policía que emplean a sádicos profesionales, alemanes e italianos, con licencia para arrestar, torturar y matar a su antojo, según el sistema hitleriano «noche y niebla».

En Verona, el tribunal fascista de la república de Saló condena a muerte a los jefes culpables de haber votado contra el Duce en la reunión del Gran Consejo de julio. Entre los condenados está Ciano, yerno del Duce. La condena se cumple de inmediato.

Desembarco aliado cerca de Anzio, bloqueado por los alemanes con medios ingentes. La línea del frente en Italia se detiene en Montecassino.

Febrero-abril

Nuevas ordenanzas de la policía italiana provocan, con la ayuda de los fascistas y de «informadores locales», la búsqueda y detención de los judíos escapados de las *razzias* alemanas.

En Roma, como réplica a un atentado partisano contra una columna de las SS (treinta y dos muertos), el mando Alemán ejecuta en represalia a trescientos treinta y cinco civiles italianos y los arroja a una cueva (las fosas Ardeatinas).

Aumenta progresivamente el potencial del Ejército Rojo, gracias a la creciente eficiencia de las industrias de guerra en la Unión Soviética y a la llegada de material aliado. Entregadas en todo el frente a una serie de

ofensivas (los «diez golpes» de Stalin), las tropas soviéticas avanzan victoriosas hacia occidente, llegando por el sur a la frontera checa.

Junio-julio

Con un desembarco en Normandía, que abre un nuevo frente occidental contra los alemanes, los Aliados inician la reconquista de Francia.

En Italia, roto el frente de Montecassino y reanudado el avance desde el sur, los Aliados entran en Roma.

Las fuerzas italianas de la resistencia, en la parte del país todavía ocupada por los nazis, se organizan en un único ejército (Corpo Volontari della Libertà), mientras que en las acciones aliadas participan directamente las tropas regulares italianas del Corpo Italiano di Liberazione, instituido por el rey y por Badoglio.

Desde Oriente, las tropas rusas prosiguen el avance en dirección al Reich.

En el Reich, fracasa un atentado de altos oficiales alemanes contra el Führer. Lo sigue la muerte de los conspiradores, y de otras personas acusadas o sospechosas (unos cinco mil).

Agosto-octubre

En el frente occidental, prosigue el avance de los Aliados, que entran en París y, en Italia, aprietan filas en una nueva línea al norte de Florencia (Línea Gótica).

En el frente oriental, una última contraofensiva germánica detiene temporalmente a los soviéticos en el Vístula; al otro lado del río, los últimos restos de la ciudad de Varsovia, sublevada contra los nazis, son destruidos e incendiados, dejando prácticamente de existir (trescientos mil polacos muertos).

En el Pacífico, se suceden por oleadas los ataques de los kamikazes

(pilotos suicidas japoneses) en un vano intento de destruir la flota americana. La batalla naval de Leyte, en las Filipinas, termina con una desastrosa derrota de la flota japonesa.

En Alemania, por orden del Führer, movilización general de todos los hombres útiles entre los dieciséis y los sesenta años.

Noviembre-diciembre

En la Italia ocupada por los alemanes, cae en el vacío una proclama del mando inglés para la desmovilización de las fuerzas de la resistencia, en vista de la inminente victoria aliada. La coordinación de la Resistencia italiana compete actualmente al CLN (Comitato Liberazione Nazionale), compuesto por seis partidos de la oposición que sobrevivieron en la clandestinidad al régimen fascista. Respaldadas por una viva participación popular, las formaciones partisanas obligan a los alemanes a una lucha agotadora, consiguiendo rechazarlos de varias zonas, que se declaran autónomas, formando pequeñas repúblicas provisionales.

En el otoño-invierno, las operaciones aliadas en territorio italiano se estancan a lo largo de la Línea Gótica...

Los truenos de los bombardeos en torno a Roma se iban haciendo más frecuentes y más cercanos, y las mujeres del tendero de Genzano, cada vez, al oírlos, se ponían en pie, lanzando histéricos gritos de terror. Después del desembarco aliado en Anzio del 22 de enero, de la barriada llegaban cantos y gritos de gozo, como si la guerra hubiese acabado. Los poquísimos fascistas de la barriada marcharon todos a esconderse, mientras los jóvenes se echaban todos a la calle, y algunos se dejaban ver incluso armados, como si se preparasen abiertamente para la revolución. Se apoderaban por la fuerza del pan, la harina y otros géneros alimenticios, en las tiendas o donde los hubiera aún, y se distribuían a la luz del día los ejemplares de *L'Unità* clandestina, edición extraordinaria.

Ida se alejaba de la tarbea lo menos posible, y siempre tenía a Useppe pegado a sus faldas; espantada de que los alemanes, en respuesta a la provocación, invadieran la barriada y matasen o deportasen a todos los hombres, sin perdonar a su homúnculo Useppe. Por esos días el Ogro desapareció, y ella pensó en si a lo mejor sería un espía, corrido a denunciar a la población de Pietralata al mando alemán. De todos modos, la suprema fiesta popular se resolvió en otra amarga frustración. A los pocos días los alemanes habían conseguido contener el desembarco, clavando a los Aliados en la playa de Anzio. Las mujeres del tendero se apretaban unas contra otras sin gritar y ni siquiera resollar, con los labios amarillos de miedo, ya que los

truenos de los bombardeos en torno a Roma ahora eran continuos, día y noche. A esos truenos se añadía el enorme estruendo de los transportes alemanes, que recorrían las calles principales, no para retirarse, sino para atacar con nuevos refuerzos. El desembarco de Anzio no era sino un episodio frustrado. El verdadero frente seguía detenido en Montecassino. La inminente liberación era la trola de siempre. La guerra no acababa.

A finales de enero, Ida recibió la inesperada visita del tabernero Remo, quien se la llevó aparte, fuera, pues debía comunicarle noticias urgentes de parte de su hijo Nino. As estaba muy bien de salud, y le mandaba recuerdos y adioses, con muchos besitos para su hermano. Pero las últimas vicisitudes de la guerra, con la proximidad del frente, las destrucciones de pueblos y los continuos rastreos alemanes, habían obligado a su partida a interrumpir la lucha en la zona. La Libre se disolvió, algunos de sus componentes cayeron, otros abandonaron el campo. As y Piotr (Carlo) se marcharon juntos, decididos a llegar a Nápoles, cruzando la línea del frente; y se podía tener la seguridad de que, con lo listos y valerosos que eran, tendrían éxito en su empresa. Moscú y Cuatro habían muerto; y, al respecto, el tabernero le traía a Ida un mensaje póstumo de parte de Giuseppe Cucchiarelli. Este, tiempo atrás, en absoluto y universal secreto, le encargó, caso de que el muriese, avisar a doña Ida que el colchón dejado en herencia contenía una sorpresa para ella. Entre la lana, en la esquina marcada por fuera con un nudo de hilo rojo, se conservaba algo que a él, de muerto, ya no le servía ni para el retrete, mientras que a ella y al crío, en cambio, podría actualmente venirles bien.

Por su parte, el tabernero Remo le llevaba a Ida de regalo una garrafa de vino, medio litro de aceite y dos novelas. No le pareció necesario contarle los detalles de la muerte del Loco, ni ella se los preguntó. Había ocurrido el 21 de enero, en la ciudad de Marino, y durante más de dos días su cuerpo quedó expuesto en mitad de la calle, de donde los alemanes prohibían retirarlo,

dándole patadas cuando pasaban por allí. De muerto, su cuerpo parecía aún más pequeño y enjuto que de vivo, y su cara, aunque hinchada por los malos tratos, había adoptado una fisonomía característica de abuelete de barrio, con la barbilla casi tocando la nariz. Los alemanes, en efecto, antes de fusilarlo, le habían arrancado los quince dientes que aún le quedaban en la boca, así como las uñas de manos y pies; por lo cual se veían los pies descalzos, y las manecitas de viejo, hinchados y negros de sangre coagulada. Había ido a la ciudad de Marino en sus funciones de correo para entregar un mensaje cifrado del Gafas al comandante de otra partida. Y caminaba con su camarada Tarzán, encargado de recuperar una radio, cuando, al entrever un perfil incierto en las tinieblas de la calleja, ordenó rápido: «¡Alto ahí!», con tono militar. En respuesta, desde detrás de las casas llegaron voces que alborotaban en alemán, y Tarzán entonces disparó; pero después, ligero, entre la descarga que respondió del otro lado, consiguió escapar, mientras a Moscú lo rodeaban y detenían. Le encontraron encima el mensaje, cuyo significado, en realidad, no podía revelar, pues lo ignoraba (el texto era: «La colada está en el cubo»). Conocía, sin embargo, obviamente, otras muchas cosas, que sus torturadores querían sacarle. Pero por cuanto resultó de pruebas evidentes, aquellos muchachos alemanes, pese a todo su empeño, no consiguieron arrancarle sino llantos ruidosos, como de chiquillo; hasta que renunciaron, rematándolo de una descarga en la espalda. Su sueño, en ese momento, habría sido concluir gritando: «¡Viva Stalin!», aunque el aliento le bastó a duras penas para emitir un lamento no más alto que el de un gorrión.

Menos de un mes antes, concretamente el día de Navidad, había cumplido sesenta años. Era de la misma quinta de Benito Mussolini: 1883.

El final de Cuatro siguió a poca distancia al de Moscú, y fue precisamente en la noche del 25 de enero. A tres días del desembarco aliado, los alemanes habían tenido ya tiempo de concentrar tropas de refuerzo, del norte y del sur,

y el tráfico de sus vehículos invadía las carreteras en dirección a Anzio. No obstante, aún se creía que los Aliados prevalecerían, y los camaradas de la Libre se desvivían por participar en esta batalla final de Roma. El riesgo de la aventura en aquellas carreteras los excitaba como una auténtica batalla campal. Y Cuatro (o Cuat, como actualmente solían llamarle), pese a su porte decoroso y lacónico, por dentro bailaba y saltaba de entusiasmo: al fin estaban en la línea del frente, reducida ya a un hilo. De este lado, estaba el pasado infame; y del otro, el gran futuro revolucionario, ahora casi presente, puede decirse. Es cierto que los angloamericanos eran capitalistas, pero detrás de ellos, aliados, estaban también los rusos; y una vez expulsados fascistas y alemanes, los proletarios, todos unidos, traerían la verdadera libertad. La noche del 25 llovía a mares, y Cuatro se había cubierto la cabeza con un casco colonial, teñido por él de negro para mimetizarlo, y bajo el cual su cara redonda de campesino desaparecía casi hasta la nariz. Llevaba consigo su metralleta, botín enemigo; en los pies, sus botas impermeables, botín enemigo; y portaba, naturalmente su habitual munición nocturna de clavos de cuatro puntas, aunque en verdad, esta noche, era más bien escasa. El aprovisionamiento de clavos resultaba ya difícil, desde que algunos herreros amigos que los producían (romanos en su mayoría) habían sido «detenidos» y llevados al matadero. Últimamente Cuatro había empezado a fabricárselos él en una fragua de pueblo, en complicidad con el aprendiz y a escondidas del dueño.

La primera hazaña de la Libre esa noche fue con los cables del teléfono, que cortaron y retiraron en kilómetros y kilómetros. Después, en la carretera de Anzio, la partida se dividió en dos grupos: el primero, con Cuatro, dedicado en especial al lanzamiento preparatorio de los clavos, se situó al borde de un cruce; y el segundo, encabezado por As (el comandante, Gafas, yacía herido en la cama), se apostó en una elevación algo más adelante, a

cierta distancia del primero, con las metralletas apuntadas al paso de los transportes alemanes, ya «preparados» por los clavos.

El cruce, esa noche, era un punto sumamente arriesgado. Se cruzaba allí el tráfico de Montecassino y el de Roma y el norte; y, para regularlo, se encontraban dos soldados de la *Feldgendarmarie*. Solo un tipo ágil y astuto como Cuatro podía tener éxito en su juego; y en tales noches, además, su cuerpo había desarrollado sentidos y músculos de gato salvaje y alas de halcón. Con sus ojillos encendidos, espiaba la mínima demostración de los dos gendarmes, más bien lentos y pesados; y sin errar un instante, se deslizaba de su escondrijo, casi bajo el morro de los coches, lanzando sus clavos en medio de la carretera con precisa puntería y la misma diversión de cuando se juega a las canicas en la acera. Después retrocedía de un salto, tan rápido que resultaba invisible o lo tomaban, a lo sumo, por un animalillo noctámbulo en fuga. Terminada la provisión de clavos, se retiró a las bordes de la carretera con dos de su grupo (uno era Décimo y el otro un muchachito de Ariccia llamado el Negus). Y en fila, avanzando encorvados y en silencio, se dirigieron hacia el sur con la idea de reunirse posiblemente, con el resto de la partida para reforzarla, aunque sin descuidar, durante el trayecto, cualesquiera propuestas tentadoras del destino.

Caminaban a ciegas por terrenos poco frecuentados entre barro y agua. De vez en cuando, desde la carretera: entre el susurro de la lluvia, se distinguía el ruido de autos alemanes que renqueaban con los neumáticos pinchados, y entonces Cuatro, con una sonrisilla satisfecha se hacía la señal de la cruz. Este movimiento, que se le había pegado en las primeras catequesis de la parroquia, carecía actualmente para él de todo valor eclesiástico; le servía como un gesto familiar de buena suerte o de conjuro (como alguien que cruzase los dedos, o se diese un tirón a los ricitos bajo los pantalones).

Llegados al pie de un talud, de algo menos de tres metros de alto, treparon

hasta arriba para vigilar desde allí, protegidos por un matorral, el tránsito enemigo por la carretera. Primero vieron pasar una fila de camiones, que proseguían viaje aun con las llantas agujereadas. Al cabo de cierto tiempo, un coche cerrado y de gran cilindrada, del tipo reservado en general a los oficiales de alta graduación, corrió veloz y sin daños ante sus oídos. Mas no había transcurrido aún medio minuto cuando, a cierta distancia hacia el sur, se oyó una atrevida crepitación de metralla, luego un fragor, y silencio. Debían de ser los de As, que trabajaban. Una gran excitación se adueñó de los tres camaradas, alerta en el talud, con las metralletas listas. En ese momento pasaba bajo ellos una camioneta descapotada, abarrotada de soldados con cascos de metal que relucían bajo la lluvia. Inmediatamente los tres hicieron fuego al unísono, apuntando en primer lugar al hombre del volante. Y siguieron disparando sin apartar el dedo del gatillo, mientras la camioneta, agujereada y sin control, tras un bandazo sobre el légamo, daba tumbos hacia el borde contrario de la carretera, entre alaridos desgarradores y descompuestos. Se vieron dos cuerpos caer de espaldas sobre el asfalto, al mismo tiempo que desde el vehículo empezaban a disparar confusamente. Como en un baile de carnaval, los hilos rojos trazados por los proyectiles se cruzaban a través del aire listado por la lluvia. De pronto de la camioneta se alzaron llamas, que iluminaron los cuerpos inanimados de los alemanes en la carretera: aunque desfigurados, se reconocía a chiquillos de las últimas levas. El armazón de la camioneta bailó un poco de costado, y después se detuvo. Partieron aún de ella unos cuantos disparos últimos, pronto acallados por una ráfaga definitiva desde el talud, mientras alguien emitía voces delirantes, con algún murmullo de «Mutter Mutter» entre otras palabras incomprensibles. Al mismo tiempo el fuego arreciaba; y por fin aquella chatarra estrepitosa y espasmódica enmudeció. Aparte del cañoneo ininterrumpido procedente del mar, actualmente solo se oía el soplo de las llamas, y un crepitar de

materiales que ardían; y el ladrido angustioso de un perro de guardia entre olivares y viñedos.

En las tinieblas, los tres del talud se dieron una voz, quedamente.

—¿Cuat?... ¿Décimo?... ¿Negus?...

—Sí... Sí... Sí...

En ese momento, desde el norte, un estrépito de orugas aún distante señalaba la llegada de blindados por la carretera; y los tres se retiraron del talud a todo correr, escapando hacia los terrenos de atrás, entre hileras de viñas, cunetas y el agua que jarreaba del cielo.

Solo cuando se hubieron adentrado unos trescientos o cuatrocientos metros Negus y Décimo advirtieron que Cuat ya no estaba a su lado. Pero supusieron que se había desviado hacia alguna otra parte en la confusión de las sombras, y en cualquier caso ahora era demasiado tarde para encontrarlo. La columna que llegaba había hecho alto delante de la camioneta. Ya se oían pasos de botas claveteadas por la carretera, mientras por allí alrededor empezaban a resonar llamadas y órdenes en alemán, entre las ramas agitadas de las vides secas y chorreantes, y el relampagueo de las linternas sordas. Conteniendo el aliento y arrastrándose a gatas entre el barro, Negus y Décimo consiguieron meterse en un cañaveral, y desde allí, vadeando una charca, se encontraron en un bosque donde ya los sonidos de la caza que los perseguía llegaban amortiguados y dispersos. Todavía, jadeantes y en voz baja, probaron a llamar: «¡Cuat... Cuat!», sin recibir respuesta. Y reanudaron la huida hasta que, empapados de lluvia y de sudor, lívidos y sin voz, se encontraron en un valle de unas cuantas casitas oscuras, definitivamente al amparo de la jauría.

En la última fase del duelo con la camioneta, y mientras esta ya daba los últimos tumbos, un proyectil atravesó el pecho de Cuat; pero él no había sentido dolor, no más que si le hubieran dado un puñetazo, conque atribuyó el choque a un fragmento de piedra o a un grumo de mantillo desprendidos por

la metralla; y esta sensación ni siquiera llegó a su conciencia, tan efímera fue. Ni siquiera había dejado caer la metralleta (al contrario, se la ajustó mejor en bandolera) y se apresuró a huir con los demás, resbalando con ellos talud abajo. Pero, llegado al fondo, de pronto se sintió desfallecer, sin poder dar un paso. En efecto, allí mismo, a los pies del talud, sus camaradas hallaron luego su casco colonial. Y Negus recordó haber oído, mientras escapaba, un lamento a sus espaldas, aunque tan débil como para no parar mientes en él.

Cuat, solo allá detrás, se dobló en dos, con las rodillas en el agua. Y mientras perdía la conciencia, los músculos le habían obedecido en el gesto instintivo de dejar la metralleta en la hierba, en seco (relativamente), antes de tumbarse allí donde se encontraba, como si se acostase en su cama. Y así se dejó caer, en la oscuridad, con la cabeza en la hierba fangosa y el resto del cuerpo dentro de un charco, mientras los otros dos, ignorantes de todo, proseguían su carrera.

Estaba ya en la agonía. Y no sabía ya si era de noche, por la mañana, ni dónde se encontraba. Tras un intervalo de tiempo que no pudo calcular, vio de pronto una gran luz, y era la linterna portátil de un alemán que lo iluminaba en plena cara. Detrás del primer alemán apareció enseguida otro; pero quién sabe a quién habrá creído reconocer él en aquellas dos formas altísimas, con casco de metal y uniforme de camuflaje, manchado. Esbozó una sonrisilla tímida y contenta y dijo:

—Buenos días.

En respuesta, recibió un escupitajo en la cara, aunque es probable que no lo notara. Quizá estaba ya muerto, o quizá en su postrer aliento. Los dos militares lo agarraron uno por los brazos y otro por los pies y, subiendo rápidamente al talud, lo arrojaron desde allí arriba al centro de la carretera. Después se apresuraron por un senderito lateral hacia la columna de blindados, donde ya se congregaban, de regreso, sus otros compañeros

salidos inútilmente a la caza. Los cuerpos de los dos alemanitos muertos habían sido retirados; del armazón negro de la camioneta, atravesada hacia el cantil, aún salía alguna rara llamita, y se desprendía un olor repugnante y atroz. Alguien gritó dos veces una orden, y la columna motorizada se puso en marcha, avanzando sobre el pequeño cuerpo de Cuat que estaba allí con los brazos un poco separados del cuerpo, la cabeza hacia atrás a causa de la mochila y en la boca aquella sonrisa confiada y quieta. El primero de los blindados dio un ligero bote, que ya, con el siguiente, resultó menos perceptible. La lluvia persistía, aunque más suave. Cuando el último vehículo hubo pasado, debía de ser cerca de medianoche.

De verdadero nombre, Cuatro se llamaba Oreste Aloisi, y aún no había cumplido diecinueve años. Nacido en una aldea próxima a Lanuvio, su padre poseía allí un pedazo de viña y una casa de dos habitaciones, una sobre otra, con una bodeguita para los toneles; aunque hacía ya años que, tomada la decisión de emigrar, había cedido aquella propiedad en arriendo.

Otra muerte de esos días fue Maria, llamada por As Mariulina, y conocida en general entre los camaradas como la Pelirroja. La cogieron con su madre en un rastreo y, por miedo a morir, traicionó; pero su traición resultó inservible, tanto para ella como para los alemanes.

Al anochecer, tres o cuatro militares alemanes se habían presentado en su casa. Iban, en realidad, porque aquel era un punto marcado; pero al principio, quizá por divertirse alegando un pretexto inocuo, pidieron vino, desenvueltos. Y Mariulina, sin levantarse siquiera de la silla, en respuesta adelantó el mentón con un movimiento de desaire para decir que no tenía. Entonces ellos exclamaron:

—Regiztrar, regiztrar.

Y sin más, entre los gritos de la madre, se dedicaron a poner patas arriba la casa, que consistía en una sola habitación con una cuadrta aneja para el

mulo. Derribaron de una patada el aparador, haciendo añicos todo su contenido (en total cinco o seis entre platos y cuencos, dos vasos y una muñequita de porcelana). Destrozaron el espejo y, habiendo encontrado dos garrafas de vino detrás de la cama, rasgaron las sábanas y partieron el cuadro de la pared; luego obligaron a las dos mujeres a beber aquel vino para acompañarlos a ellos, que lo estaban bebiendo. Maria, que había asistido a toda la escena de pie, inmóvil y sin hablar, con rostro ceñudo, ante la intimación de beber se dedicó sin más a trasegar vino a morro, con aire de exagerado descaro, como si estuviera en la taberna. Pero su madre, que se arrastraba entre los destrozos medio a gatas y con descompuestos movimientos de los brazos, como nadando, no tenía estómago para beber; conque tragaba y escupía y tragaba y escupía, manchada toda de saliva, vino y polvo mezclados. Y mientras tanto se desgañitaba explicándoles a aquellos que era una pobre viuda, etcétera. Mientras, Maria, con sonrisa desdeñosa y gélida, le regañaba:

—¡Cállate, madre! ¿Qué estás hablando? Total, estos no te entienden.

En realidad uno de ellos entendía en parte el italiano, y lo hablaba con esfuerzo; pero deformando las palabras de manera tan cómica que Mariulina, ya medio borracha, se le reía en la cara. En vez de «beber», decía «trincar», y Maria le replicaba, como si hablase con un idiota:

—Pues tríncate y tráncate. Trinca tú que trinco yo.

Entretanto había oscurecido. La lámpara de acetileno se había roto con lo demás, y ellos encendieron en la cara de las mujeres sus lámparas portátiles, grandes como faros, invitándolas a guiarlos a la cuadra y a otros trasteros. Encontraron al mulo Tío Pepe, y aceite, y más vino, y decretaron:

—¡Requizado! ¡Requizado!

Después, en una pequeña cueva semienterrada, bajo un montón de haces y de patatas, descubrieron cajas de municiones y bombas de mano. Entonces,

vociferando en alemán empujaron con malos modos a las dos mujeres al interior de la casa y, pegándolas a la pared, empezaron a gritar:

—¡Partizanos! ¡Bandidos! ¿Dónde partizanos? ¡Nosotros encontrar! ¡Vosotros hablar, o muerte!

Y la madre, que ahora había empezado a quejarse con una larga nota débil e invariable, se volvió suplicante a Mariulina:

—Habla, hija mía, ¡¡¡habla!!!

Por una especie de sagaz oportunismo, se había mantenido a oscuras de las maniobras guerrilleras de su hija, aunque las barruntase. Y ahora se veía reducida, inerte y sin recursos, a aquellos pocos centímetros de pared.

—¡Yo no saber nada! *Nein! NEIN!* — proclamó la Mariulina, sacudiendo con extremada ferocidad su cabeza pelirroja. («Llegado el caso, niega, ¡niégalo todo!», la había amaestrado Asdecorazones.)

Pero, en cuanto vio una pistola apuntarla, sus labios palidecieron, y sus ojazos de un color de espiga claro, casi rosa, se desencajaron aterrados. No tenía miedo a las culebras ni a los murciélagos, ni a los alemanes, ni a la gente. Pero de los esqueletos y la muerte tenía un miedo enorme. No quería morir.

En ese momento advirtió en los riñones un pequeño espasmo cálido, que parecía disolverle con suavidad las coyunturas, relajando hacia abajo el peso del cuerpo. Y repentinamente se ruborizó, apretando mucho las piernas y mirándose al soslayo los pies, que con el flujo súbito y violento ya se le embadurnaban con sangre menstrual. Ante el incidente que la sorprendía de improviso en presencia de todos aquellos mozalbetes, la vergüenza se le mezcló con el miedo. Y dividida entre vergüenza y miedo, tratando de ocultar los pies y a un tiempo de limpiar el suelo mojado con las suelas de los zapatos, temblando como una hoja, dijo cuanto sabía.

En realidad, no sabía mucho. Los guerrilleros, conscientes de que era una

niña, con apenas dieciséis años, le habían confiado solo lo indispensable, y en todo lo demás la habían dejado en la ignorancia, y hasta le habían contado trolas. Por ejemplo, su «novio» Asdecorazones, le reveló en secreto llamarse Luis de Villarrica y Pérez, con un hermano, José de Villarrica y Pérez (alias Useppe), nacidos en una pampa argentina (entre caballeros, caballos, etcétera) y otras historias por el estilo. En sustancia, a sus vecinos guerrilleros, en su mayoría, los conocía solo de vista y por el mote. Por su nombre, con familia y dirección, conocía solo: 1) al jefe Gafas, residente en Albano y actualmente herido en una pierna, quien, sin embargo, por esos días, a causa de la evacuación forzosa de la ciudad de Albano después de los bombardeos, había sido evacuado en camilla a quién sabe dónde; 2) a Cuat, o sea, a Oreste Aloisi, que había muerto por aquellos días (mientras que sus hermanos estaban diseminados por cualquier frente, y sus padres, braceros agrícolas, emigrados en busca de trabajo y repatriados luego, se alojaban en una localidad indefinida); 3) y por último a un tal Oberdan, de Palestrina, que actualmente, de regreso en Palestrina, dormía como sus conciudadanos en las cuevas, entre los escombros de la ciudad. Aunque de todos estos rápidos acontecimientos ninguna noticia, aún, podía haber llegado a Mariulina.

En cuanto a la información que interesaba sobre todo a los alemanes, es decir el refugio donde se escondían los camaradas, la última sede segura que Mariulina conocía era el pequeño caserío de mampostería adonde el mando de la Libre se había trasladado en invierno, dejando la choza de los primeros tiempos. Pero la Pelirroja no estaba informada de que, recientemente, los chicos habían abandonado también aquella sede, desplazándose sin domicilio fijo de una colina a otra para eludir los rastreos alemanes; ni que, por lo demás, a estas horas se habían interrumpido los enlaces, no solo el de su partida con ella, Mariulina, sino los de todas las partidas existentes en los alrededores (que en verdad siempre fueron para ella partidas-fantasma, sin

lugares concretos ni distinciones...) entre sí; que últimamente los camaradas de As se habían separado y dispersado; y que, por último, mientras ella hablaba de él ignorante de todo, su As había marchado con Piotr a su aventura al otro lado del frente.

Agotada la confesión de Mariulina, ella y su madre fueron apaleadas y arrojadas al suelo por los encabronados huéspedes, quienes después las violaron por turno. Uno solo no participó en esta última violencia, aun cuando se hubiera desfogado más que los otros en la paliza, pareciendo transportado como por un éxtasis a la inversa. Era un sargento de unos treinta años, con cara de viejo, arrugas transversales que imprimían a su fisonomía un toque atormentado, y ojos fijos e incoloros de suicida.

Aquella orgía presurosa y rudimentaria fue acompañada por otros trasiegos del vino requisado en la cuadra. Y en ese momento Mariulina, que en realidad hasta esa noche nunca había bebido más de un vaso se emborrachó, por primera vez en su vida. En el fondo no había bebido demasiado, conque su borrachera fue de esas que no hacen daño, al contrario, surten un mágico efecto a la edad de dieciséis años, cuando los canales del cuerpo están sanos y frescos. Apenas se pusieron en pie, a las dos mujeres las empujaron de nuevo a fuera, invitándolas a guiar al grupo hacia el caserío indicado por la chica. Cuando la compañía echó a andar Mariulina percibió la sensación real de que otros hombres armados surgían de la noche exterior formando un pequeño tropel en torno a ellas dos; pero este hecho, en su presente humor, no despertó alarma ni asombro. Todo le parecía una escena inocua, como las figuras de un baile. El caserío se hallaba a cinco o seis kilómetros de distancia, pasado el valle que, unos tres meses antes, Nino y Useppe habían mirado desde lo alto con los prismáticos. La noche no era muy fría, no llovía, y el fango de días anteriores se había endurecido en parte en los senderos. Las zonas altas de las colinas estaban cubiertas por una bruma; pero, en el valle,

unas cuantas nubes en marcha, leves y sueltas como cintas, dejaban al descubierto anchos espacios estrellados. Hacia el lado del mar, la artillería retronaba casi ininterrumpidamente entre resplandores relampagueantes y señales que se encendían y apagaban entre la niebla. Pero aquel espectáculo fragoroso, que desde hacía más de una semana acompañaba de continuo la existencia en el valle, allá arriba no surtía más efecto esa noche que una tempestad marina en el horizonte. De las dos mujeres, la más vieja (su edad, en verdad, ni siquiera llegaba a los treinta y cinco años) estaba estupidizada, y se tambaleaba como a punto de desmayarse, conque los militares de la escolta la empujaban a la fuerza por la espalda; mientras que a la chiquilla, caldeada por el vino, la embargaba una excitación pasiva, sin la menor inquietud. Por su función de guía, caminaba a la cabeza de la expedición, a unos pasos de su madre que, colocada en medio, como una prisionera, la seguía con el resto de la escolta. Con su vestidito negro, y de baja estatura, la mujer desaparecía entre aquellos colosales soldados; pero Mariulina ni siquiera se volvía a buscarla, todo a su alrededor aparecía como inofensivo y fantástico, enajenándola, y a un tiempo infundiéndole confianza. Avezada como estaba en aquellos andurriales, avanzaba descuidada y negligente como una bestezuela, y hasta, en algunos puntos, siguiendo su prontitud natural, saltaba delante de los soldados. La vergüenza, el miedo y también la molestia de su suciedad física se disolvían en el único placer alocado del cuerpo en movimiento, como si caminase bailando. Y no advertía que el pelo aplastado y enredado le caía sobre la cara, ni que el jersey roto le dejaba el pecho medio al aire; hasta la sangre entre las piernas o la saliva en la boca le daban una afectuosa sensación de calor. El paisaje familiar corría obediente a su encuentro, y la meta le parecía lejana, muy lejana, en el infinito, como las nubecillas que corrían por el cielo. Y entretanto se distraía con sensaciones pasajeras, siguiendo curiosa el humillo de los alientos en el aire, o los

caprichos de las sombras sobre el terreno. En cierto momento, por la parte entre los Castelli y el mar, se vieron unos globitos luminosos y de todos los colores ascender por centenares hacia el cielo. Primero estuvieron suspendidos, dibujando como espigas, o penachos de palmeras, después descendieron en cascada, ensartados en un largo collar variopinto a través del aire; y por último se fundieron en un gran final, que deslumbra toda la campiña con su único y blanco fulgor. Clavando unos ojos desencajados en el espectáculo de lo alto, Mariulina tropezó, dando un bandazo, y fue como si el militar pegado a su costado, al ayudarla a recobrar el equilibrio, la hubiera abrazado. Lo reconocía, al soslayo. Había sido el último en violarla, arrebatándola violentamente al que lo había hecho antes; y quedó convencida, al identificarlo, de que no se había comportado con la inmunda desfachatez de los demás. Era un guapo mozo de rasgos irregulares y nariz caprichosa, con una boca fruncida de un modo que parecía siempre a punto de sonreír y ojos pequeños y cerúleos entre las pestañas doradas, cortas y duras. «Debe de quererme — se dijo para sí Mariulina—, para no haberle dado asco de mí, allí en la casa, viendo cómo estaba...» (en el período menstrual, As, su primer y único amante, se apartaba de ella). Y con gesto espontáneo apoyó la cabeza en el pecho del chico. Este la miró al soslayo con aire inseguro y huidizo, aunque casi amable. Al poco rato, allá abajo, entre las hondonadas de la colina, a unos doscientos metros de distancia, se vislumbró el caserío que buscaban.

La pequeña construcción blanquecina, y sin ventanas por aquel lado, aparecía como colocada de través en el terreno desigual, con su tejado hecho cisco y la puertecita cerrada. Impulsivamente Mariulina dio un salto hacia delante, como para correr hacia Asdecorazones, quien la esperaba allí, como de costumbre, ya preparado con la boca desbordante de besos en su

tambaleante cama. Pero unos brazos ajenos la bloquearon, entre voces amenazantes que la interrogaban en alemán.

—Ja, ja, sí, sí... — balbució, desamparada; y de pronto empezó a debatirse, abriendo mucho los ojos con una mirada helada y atónita—. ¡Madre! ¡Maaaaadre! — llamó volviéndose hacia atrás en busca de su madre, y rompiendo en un llanto de cría.

Solo al cabo de un rato distinguió la voz de su madre que la llamaba a su vez:

—¡Maria! ¡Marietta! — desde algún punto cercano a ella pero impreciso, entre los militares que las rodeaban a ambas mientras bajaban a todo gas el talud hacia la casucha.

Las linternas sordas registraban la oscuridad, pero no se divisaba ni una sombra de vigía, ni se advertía otro sonido que el de sus propios pasos. Todos en equipo de guerra, con las metralletas apuntadas, se apostaron en parte en el exterior, entre los olivos, mientras dos o tres rodeaban la casucha y otros se plantaban en la puerta. En la trasera, el único ventanuco de la casa estaba de par en par; y uno exploró circunspecto con la linterna el oscuro interior, echando mano a las bombas colgadas del cinturón y barbotando un comentario en alemán, mientras, en ese mismo instante, sus compañeros de delante derribaban la portezuela a patadas y culatazos. Bajo los haces cegadores de las linternas, el interior del zaquizamí se reveló deshabitado y en total abandono. El piso estaba cubierto de paja, podrida por las lluvias entradas por la ventana abierta; y no había otros enseres sino una camita metálica, sin colchón ni mantas, con una pila de ladrillos en sustitución de una pata que faltaba; y un jergón de hierro, con un delgado colchón de crin bañado por la lluvia. En el colchón había una escudilla desfondada; en tierra, el mango roto de un cubierto de estaño; y de un clavo colgaba un pedazo de camisa roto, y embadurnado de una cosa negruzca, como si hubiera servido

para vendar una herida. Nada más: ni rastro de armas o víveres. Única señal de vida reciente era, en un rincón, un montón de mierda aún sin secar, dejada allí por As y compañía para befa de posibles rastreadores, como suelen hacer ciertos malhechores nocturnos junto a la caja fuerte reventada.

Además, en las paredes, húmedas y sucias, se leían, aún frescos, enormes letreros al carbón: VIVA STALIN, HITLER KAPPUTT, FUERA VERDUGOS ALEMANES. Asimismo en los muros exteriores de la casucha, sobre un anterior letrero fascista, VENCEREMOS, alguien había añadido hacía poco un NOSOTROS con letras mucho más grandes.

Allí dentro, un par de días después, los campesinos encontraron los cuerpos de Mariulina y su madre, acribillados a balazos y destrozados incluso dentro de la vagina, con cortes de cuchillo o bayoneta en la cara, los pechos y todo el cuerpo. Estaban tiradas lejos la una de la otra, en los extremos opuestos del local desierto. Pero las sepultaron juntas en el mismo hoyo, allí cerca, en el terreno de alrededor de la casucha, a falta de parientes o amigos que se ocupasen del entierro. En la sucesión de sus agitados días, a Ninnuzzu nunca se le ocurrió volver por aquellos parajes, y, por cuanto suponemos, nunca supo ni de la muerte de Mariulina ni de su traición.

Después de la visita del tabernero Remo, esa misma noche, mientras todos dormían, Ida descosió detrás de su cortina, a la luz de una vela, el colchón por el punto indicado, cuidando de no despertar a Useppe que dormía en él. Hurgando entre la lana, sacó un fajito de diez billetes de mil liras, que para ella, en especial en ese momento, representaban una enorme fortuna. Y enseguida los metió en la media vieja, que volvió a colocar en lugar seguro, donde antes. De noche, para su tranquilidad, extendía su precioso corsé entre un colchón y otro; pero eso no bastaba, desde luego, para protegerla de los manejos de sus convecinos evacuados, que le daban todos la impresión de ladrones y asesinos, manteniéndola atemorizada. Ahora sentía cierta nostalgia de los Mil, que, aunque la atribulaban con sus ruidos, en cambio querían mucho a Useppe. Ignoraba la suerte que habían corrido después de las recientes destrucciones de los Castelli, pero los volvía a ver ahora con un aspecto ambiguo, entre la forma de los vivos y la de los fantasmas. Y un soplo de pánico, más fuerte que la nostalgia, le ponía un nudo en la garganta al cruzar la tarbea, todavía recorrida por sus espectros inciertos — e invadida actualmente por jetas mudables y dudosas— y donde, último punto de sordidez, el rincón que había sido del Loco era usurpado por extraños, ya sin ningún recuerdo de él salvo la vacía jaula de los canarios. Aun cuando, mientras él vivía, nunca le hubiese dirigido más de dos o tres palabras («Usted disculpe»..., «No se moleste»..., «Gracias»...), ahora la angustiaba

la injusticia de aquel cuerpecito vivaz incapacitado de corretear ni ajetrearse, con su sombrero puesto. Y de veras habría estado contenta de verlo regresar a la tarbea, a decirle que la historia de su muerte era una patraña, aunque eso la obligara, en consecuencia, a devolverle las diez mil liras.

Estas, entre otras ventajas, la ayudaron a escapar de la tarbea. Hacía días, evidentemente, que la favorecía la suerte. En la pagaduría, adonde se dirigió como de costumbre a retirar su sueldo, se encontró esta vez con una anciana colega, que, al verla tan desamparada, le propuso un traslado rápido y conveniente. Sabía que la familia de un alumno suyo de la escuela nocturna, necesitada, se disponía a realquilar la habitación del chico, partido en 1942 al frente ruso. El precio era mínimo, porque la madre no quería desocupar el cuarto del chico, sino dejárselo intacto, con todas sus cosas, hasta su regreso; conque en la práctica, el alquiler se reducía a la cama. Pero la habitacioncita era soleada, limpia, y encima con derecho a cocina. Y al cabo de tres días Ida y Ueseppe dijeron adiós a Pietralata. La suya fue, esta vez, una mudanza propiamente dicha, con una carreta, porque, además del hatillo del aceite, las almortas y las velas, se llevaron también consigo la herencia de Eppetundo: el colchón de lana auténtica y la jaula vacía de los Peppiniellos.

Otra ventaja de la nueva vivienda era encontrarse en la via Mastro Giorgio, en el Testaccio, a unos pasos de la escuela de Ida y de su anciana colega. En verdad, el edificio de la escuela estaba requisado para usos militares, y las clases se daban en otros locales en el Gianicolense; pero la distancia al Gianicolense, desde el Testaccio, no era insuperable, como antes la de Pietralata. Y así Ida pudo reanudar su trabajo de maestra. Y para ella fue una gracia muy especial, en aquellos días, ya que el destierro de la escuela se estaba confundiendo, en sus temores, con su culpa racial.

Y sin embargo le parecía casi imposible que el vicio de su sangre mixta, ahora que hasta lo denunciaban las ordenanzas, y lo vigilaban las comisarías,

no se le leyese en la cara. Si uno de sus alumnos alzaba la manecita para hacer una pregunta, se sobresaltaba y ruborizaba, con la duda de que la pregunta fuera: «¿Es cierto, señora maestra, que eres medio judía?». Si desde fuera llamaban a la puerta del aula, se sentía ya desfallecer, esperando una visita de la policía, o por lo menos una llamada del director para comunicarle que a partir de ese día estaba dispensada de las clases, etcétera.

El Testaccio no era un barrio periférico, como San Lorenzo. Aunque poblado también, fundamentalmente por sectores obreros y populares, solo unas cuantas calles lo separaban de los barrios burgueses. Y los alemanes, que raramente frecuentaban Pietralata y el Tiburtino, allí se encontraban en mayor número. Su presencia transformaba, para Ida, el trayecto cotidiano en una pista rodante donde a ella, blanco irrisorio, la señalaban faros, la seguían pasos de hierro, la cercaban señales gamadas. De nuevo, como antaño, todos los alemanes le parecían iguales. Por fin había renunciado al ansia quimérica de reconocer acaso, un día u otro, bajo uno de aquellos cascos o gorras de visera, los desesperados ojos celestes que la visitaran en San Lorenzo en enero de 1941. Ahora estos soldados se le mostraban todos como copias invariables de un supremo mecanismo juzgador y persecutorio. Sus ojos eran proyectores, y sus bocas megáfonos dispuestos a gritar en altísima voz por plazas y calles: «¡A por la mestiza!»

En su nuevo barrio, solo la separaba de la Judería la distancia de unos cuantos centenares de metros. Mas ella, en sus regresos cotidianos, evitaba siempre pasar por el puente Garibaldi, al otro lado del cual se podía divisar la forma rechoncha de la sinagoga, que le hacía desviar la mirada, con una sensación de peso en las piernas. Guardada en su bolso seguía la nota que había recogido del tren de los deportados en la estación Tiburtina, sin que se hubiera ocupado nunca de buscar al destinatario. Se sabía que los judíos supervivientes de la Judería, escapados por casualidad a la *razzia* del 16 de

octubre volvieron casi todos a sus casas junto al Tíber, no teniendo otro sitio adónde ir. Un superviviente, hablando después con ella, los comparaba con los animales marcados, dócilmente confiados en el recinto del matadero dándose calor con el aliento unos a otros. Y esta confianza suya hace que los tengan por inconscientes; aunque (anotaba el tal), ¿no es a menudo una necedad el juicio de los ajenos?

Ida tenía miedo del pequeño barrio asediado; y mucho más con motivo de una sospecha: que entre los supervivientes de regreso al barrio pudiera encontrarse doña Celeste Di Segni. No sabía, en efecto, si aquel lunes 18 de octubre la habían admitido en el convoy, o si en cambio, excluida de él, permanecía en Roma, y recordando que esa mañana, por la calle de la estación, había susurrado enloquecida a su oído: «Yo también soy judía», recelaba más un encuentro con ella que con un espectro. Aquel pequeño susurro retornaba actualmente con un torvo retumbo, cual una insana autoacusación.

En realidad, la testigo a quien ella temía consiguió, aquel lunes por la mañana, partir con los otros judíos. Y solo después del final de la guerra se supo la continuación y la conclusión de aquella partida.

La marcha del tren sellado fue lentísima; los prisioneros llevaban allí dentro cinco días cuando, en la madrugada del sábado, desembarcaron en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, adonde iban destinados. Pero no todos llegaron vivos, y esta fue una primera selección. Entre los más débiles, que no resistieron la prueba de la travesía, estaba una nuera de los Di Segni, embarazada.

De los vivos, solo a una minoría de unos doscientos individuos se la valoró como idónea para servir en el campo. Todos los demás, unos ochocientos cincuenta, fueron enviados inmediatamente a su llegada, sin saberlo, a las cámaras de gas. Amén de los enfermos, los mutilados y los menos robustos,

este número incluía a la totalidad de los viejos, los adolescentes, los niños y los bebés. Entre ellos estaban Settimio y Celeste Di Segni, con sus nietos Manuele, Esterina y Angelino. Y estaban también, de nuestros conocidos (con la señora Sonnino, la mercera, y con el autor del mensaje a Pacifico Efrati), la homónima de Iduzza: Ida Di Capua, o sea la comadrona Ezequiel.

Para los restantes doscientos, mantenidos con vida en el campo el sábado de la llegada, el viaje, iniciado el 16 de octubre de 1943, tuvo duraciones distintas según su resistencia. Al final, de los mil cincuenta y seis que saltaron en tropel de la estación Tiburtina, solo quince regresaron vivos.

Y de todos los muertos, los más afortunados fueron, desde luego, los primeros ochocientos cincuenta. La cámara de gas es el único sitio caritativo en el campo de concentración.

Los arrendadores de Ida, de apellido Marrocco, eran naturales de la Ciociaria (procedían de la aldehuela de Sant'Agata) y solo hacía unos años que habían dejado su casucha de montañeses, y sus plantaciones de lino, para trasladarse a Roma. La mujer, Filomena, trabajaba en casa como modista, camisera y zurcidora, y el marido, Tommaso, era camillero en un hospital. Su hijo, Giovannino, cuyo cuarto ocupaba actualmente Ida, era de la quinta de 1922. En el verano de 1942, desde el norte de Italia, donde se encontraba con su regimiento en espera de partir hacia el frente ruso, el chico se casó por poderes con Annita, una *ciociara* criada junto a él en las montañas. En aquella ocasión le había sido imposible conseguir un permiso; conque los recién casados, en realidad, seguían siendo solo novios. La casada-novia, que ahora tenía veinte años, se había venido hacía poco a vivir con los suegros, en compañía del anciano padre de Filomena, recién viudo. Ni el uno ni la otra, antes de ahora, habían salido nunca de la Ciociaria.

Toda esta gente compartía el piso de la via Mastro Giorgio, que en total

consistía en dos habitaciones, más un vestíbulo bastante amplio que Filomena usaba de obrador, mientras que la alcoba de matrimonio, con el armario de luna, le servía de probador para las clientas. Por la noche Annita se acostaba en el obrador, en una camita plegable, y el viejo abuelo en la cocina, en un catre.

El cuartito de Ida y Usepe daba al vestíbulo y, por otra puerta, comunicaba directamente con la cocina. Gracias a la orientación de la ventana a mediodía, en los días de buen tiempo estaba realmente lleno de sol. Y, pese a sus minúsculas proporciones, a Ida casi le parecía un hotel de lujo comparado con el rincón de detrás de la cortina, en Pietralata.

El mobiliario consistía, en todo y por todo, en una camita, un armario de cerca de un metro de anchura, una silla y una mesita, que hacía de mesita de noche y al mismo tiempo de escritorio. En efecto, el ausente propietario del cuartito, que de pequeño apenas llegó al segundo curso, antes de ser llamado a filas había empezado a frecuentar la escuela nocturna (de día trabajaba con un colchonero). Y en la mesita habían quedado, en orden, sus pocos libros escolares y los cuadernos de deberes, de letra diligente aunque insegura y dificultosa, como la de un niño.

Asimismo, en el armario colgaba aún todo su vestuario de paisano, esto es, custodiado con un jersey en una bolsa de lona, su traje de vestir de lana con mezcla, de un azul marino casi negro, bastante cuadrado de hombros, y bien limpio y planchado; y en una percha al lado de la bolsa, su camisa más fina, de muselina especial blanca. Sus otras dos camisas, más ordinarias y de diario, estaban en cambio en un cajón inferior del armario, con un par de pantalones corrientes, cuatro calzoncillos, dos camisetas, algún pañuelo y algunos calcetines de color, zurcidos. Además, en el estante de abajo del armario había un par de zapatos casi nuevos, rellenos de papel de periódico, y encima, doblados, los calcetines de los domingos, también casi nuevos. Y en

un cordel tensado por el interior de la puerta había una corbata de rayón, de cuadritos celestes y blancos.

En un rincón del armario había dos folletos impresos: uno se titulaba *Nuevo método práctico para aprender a tocar la GUITARRA sin profesor y sin saber música*; y el otro *Método relámpago de la MANDOLINA*. Mandolinas y guitarras no había, sin embargo. El único instrumento musical existente en el lugar era, en el cajón de la mesita de noche-escritorio, junto a una pluma y un lápiz, una de esas flautas de caña talladas a navaja que suelen tocar los campesinitos en pos de las cabras. En efecto, Giovannino (como presumía siempre Filomena, su madre) tenía desde pequeño pasión por tocar; pero, de su propiedad, salvo aquel tipo de flautas, no había tenido, por ahora, otros instrumentos.

Para rematar la lista, debajo de la cama estaban sus zapatos de diario, solados más de una vez pero con el empeine gastado. Y colgada de un clavo detrás de la puerta había una cazadora mugrienta, de símil cuero. Este era todo, o casi todo, el contenido del cuartito.

No había tebeos, ni revistas ilustradas, ni retratos de estrellas de cine o futbolistas, como en la habitación de Ninnarieddu. Las paredes, revestidas con un empapelado barato, estaban totalmente desnudas, salvo un calendario gratuito, de esos de doce hojas, todavía del año 1942, con fotos de propaganda de obras del régimen fascista.

Del ausente propietario del cuartito no existía, ni aquí ni en otra parte, ninguna fotografía de él solo. La madre conservaba y enseñaba, eso sí, dos de grupo; pero no se sacaba mucho ni de la una ni de la otra. La primera, tomada acaso por algún aficionado de pueblo, lo retrataba aún de niño con una docena de otros campesinitos de su edad, con motivo de una confirmación; y en el conjunto, confuso y desenfocado, de él en particular se distinguía a duras penas que era esbelto, más bien rubito, y que se tocaba con una gorrilla

y reía. Y la segunda, traída por un veterano que se lo había encontrado en Rusia, era una pequeña instantánea que representaba un paisaje de brezales con una tira acuosa al fondo. En primer plano se veía un grueso poste retorcido que atravesaba todo el paisaje de arriba abajo; y a la izquierda del palo, bastante en primer plano, el trasero de un mulo, junto a un hombrecillo muy arropado, con unas polainas hechas de tiras, que no era él. A la derecha del poste, en cambio, aunque en un segundo plano, se veían unas formas oscuras, amontonadas y muy abrigadas, de forma que tampoco se reconocía siquiera si eran militares y no civiles, ni si en la cabeza llevaban cascos o, más bien, una especie de sombreritos flojos. Entre esos estaba él; aunque verdaderamente no era posible identificarlo, y ni siquiera indicarlo, dentro del montón, en un punto concreto.

Después de que Filomena le entregó el cuartito — haciéndole en esa ocasión un cuidadoso inventario—, Ida nunca más se permitió abrir el armario, que no obstante tenía la puerta mal cerrada y sin llave. Y no cesaba de recordárselo a Useppe, quien, obediente, evitaba incluso rozar con un dedo los haberes del ausente propietario, contentándose con observarlos con profundo respeto.

Para sus pertenencias personales, Filomena les proporcionó una caja de cartón, amén de reservarles un hueco en el vasar de la cocina. Gracias a la herencia del Loco, Ida, sintiéndose rica, había comprado algunas provisiones de reserva, y además un retal de lana autóctona roja, del cual Filomena sacó un mono para Useppe. Con aquel mono, Useppe ya no parecía un indio, ni Charlot, sino un gnomo de los dibujos animados.

El cuartito no era bullicioso, ciertamente, como la tarbea de Pietralata; pero los ruidos, también aquí, eran casi incesantes. De día, hacia el vestíbulo-obrador, estaba el estrépito casi continuo de la máquina de coser, las voces de visitantes y clientes, etcétera. Y de noche, hacia la cocina, estaba el abuelo

llegado de la Ciociaria, que dormía poco, tenía a menudo pesadillas y, en los intervalos de vigilia, no hacía más que expectorar. Su cuerpo largo, flaco y encorvado, era un pozo cavernoso de catarro que no podía agotarse. El viejo tenía siempre al lado una gran palangana desconchada, y al expectorar emitía sonidos de suprema angustia, como rebuznos de asno, que parecían acusar al silencio del dolor total del cosmos. Por lo demás, conversaba poco, era débil de mente y nunca salía de casa, temeroso de las vías urbanas como de un asedio. Si por azar se asomaba a la ventana, se retiraba de inmediato, quejándose de que fuera, aquí en Roma, no se veía el vacío. Desde su casa en la montaña, cuando se miraba afuera (él en vez de «mirar» decía «calar») se veía mucho vacío, y aquí en cambio todo el aire estaba lleno de muros. También de noche se le oía exclamar, en las pesadillas, esta terca querella de lo lleno y lo vacío («¡Cata, cata! ¡Todo es un muro!»). Y si, como ocurría a menudo, en la calle resonaban disparos, o pasaban aviones por el cielo, o a lo mejor temblaban los cristales con algún bombardeo en las cercanías, despertaba sobresaltado, con una especie de ronco gañido, desesperado, que venía a decir: «¡Ya estoy despierto otra vez!». De vez en cuando repetía, en vela: «¡Ay, madre! ¡Ay, madre!», y, por cuenta de su madre, con la misma voz huérfana, se respondía él mismo: «¡Hijo! ¿Qué quieres, hijo?». O bien se compadecía, llamándose «vagamundo» y profesándose «vagamundo dentro de una palloza» (la palloza era su choza de paja, donde últimamente, en la montaña, vivía solo). Y luego se dedicaba a expectorar, con tanta congoja que parecía que vomitase sangre.

Durante el día estaba siempre sentado en una silla en la cocina, con su palangana al lado. Remataban su cuerpo enflaquecido, puros huesos, grandes mechones canosos, hirsutos y sucios, sobre los cuales, incluso en casa, acostumbraba llevar el sombrero, al uso montañés. En los pies, incluso aquí en Roma, llevaba *ciocie*,^[5] aunque todo su caminar, por lo demás, se reducía

al recorrido de ida y vuelta entre la cocina y el retrete. Su supremo e insaciable deseo era el vino, pero su hija le concedía muy poco.

La ventana de la cocina se prolongaba en un balconcillo cubierto donde, los primeros días, vivía un conejo. Inmediatamente, al entrar en el nuevo alojamiento, Useppe lo descubrió allí, saltando sobre sus largas patitas posteriores. Y desde entonces, en la casa, su placer predilecto era quedarse tras los cristales del balconcillo contemplando al conejo. Era de un color immaculado, con algo de rosa en las orejas, y unos ojos rosa que parecían ignorar al mundo. Su única relación con el mundo era cierto susto que le entraba rápido e imprevisto (sin motivo aparente, incluso), y le hacía refugiarse a tierra con las orejitas hacia atrás, en su caseta, hecha con una caja de aglomerado. Pero normalmente se estaba acurrucado en un rincón, con una calma atenta, cual si criase gazapos; o roía con fervor los tronchos de col que le proporcionaba Annita. Un enfermo del hospital se lo había regalado a Tommaso; y la familia y en especial la nuera, Annita (aunque avezados, como pastores, a sacrificar animales) le había cogido cariño, vete a saber por qué, como si fuese una especie de pariente, conque no podían decidirse a verlo en la cazuela. Pero un día Useppe, que todas las mañanas, en cuanto despertaba, corría al balconcillo, encontró solo a Annita, que barría los restos de tronchos con rostro afligido. El conejo ya no estaba; la familia, resignada, lo había cambiado por necesidad por dos latas de carne en conserva.

—Y el ninijo, ¿dónde está?

—Se marchó...

—¿Con quién se marchó?

—¡Con la cebolla, el aceite y los tomates...! — respondió suspirando la suegra desde el vestíbulo.

En el obrador, con Filomena y Annita, había siempre una rapaza, o sea, una aprendiz, dedicada también a pequeños servicios y a recados. Era una

abrúcense de unos catorce años, ya desarrollada, aunque tan flaca que en vez de pecho tenía un hueco. Cosiendo, zurciendo o a la máquina, cantaba siempre una cancioncilla que decía:

*gozo, tormendo
eres tú...*

Raramente estaban solas las tres mujeres. Cuando no había clientes, casi nunca faltaban visitas. Todos los días pasaba por allí una señora del barrio, de unos treinta y cinco años, llamada Consolata, que tenía un hermano que en su momento se marchó al frente ruso con Giovannino, de su mismo regimiento, y cuya suerte también se ignoraba desde hacía tiempo. Un tipo que a altas horas de la noche escuchaba Radio Moscú había afirmado, meses antes, que en una lista de prisioneros habían dado su nombre; pero otro que escuchaba la misma emisión nocturna, decía que el nombre citado por la radio era el suyo, sí, Clemente, pero el apellido era otro.

Esta, de los parientes en Rusia, era casi la única y eterna conversación de las mujeres, tanto que hasta dejaba atrás el otro tema de la carestía. De Ninnuzzu, en cambio, de quien tampoco se tenían noticias, errante o guerrillero quién sabe dónde, Ida prefería no hablar, y ni siquiera pensar en él, por una especie de inconsciente exorcismo. Aunque tenía siempre al tanto al tabernero Remo de sus desplazamientos, por si acaso Nino pasaba por Roma.

Otra visitante de los Marrocco era una tal Santina, que vivía sola por la zona de Porta Portese. Tendría unos cuarenta y ocho años, era más bien alta y de huesos excesivamente grandes, tanto que su cuerpo, pese a su extremada delgadez, aparecía pesado y torpón. Tenía grandes ojos pardos, de profunda mirada sin luz; y como con el hambre estaba perdiendo los dientes, y delante

le faltaba un incisivo, su sonrisa tenía algo de indefenso y culpable, como si se avergonzase de su fealdad, y de sí, cada vez que sonreía.

Llevaba el pelo, ya canoso en gran parte, suelto sobre los hombros como una jovencita; pero no usaba polvos ni cosméticos, y no trataba de ocultar su edad. Su cara devastada, pálida, de grandes huesos salientes, expresaba una simplicidad tosca y resignada.

Su oficio principal, todavía ahora, era el de puta. Pero se las ingeniaba para ganar también algo lavando ropa, o poniendo inyecciones por las casas del barrio. De cuando en cuando caía enferma e iba al hospital, o bien la detenía la policía; pero no solía, en general, exhibir sus heridas, y al regresar de esas ausencias aludía a haber estado allá en el pueblo. Decía también tener una madre, «allá en el pueblo», a la que le tocaba mantener. Mas todos sabían que mentía. No tenía parientes en el mundo y aquella «madre» era en realidad un chulo, mucho más joven que ella, y que vivía en Roma, aunque no se mostraba mucho con ella. Habitaba, al parecer, en otro barrio, y alguien lo había entrevisto, pero como una aparición o una sombra sin contornos precisos.

La asiduidad de Santina a la casa de los Marrocco se debía, sobre todo, a su habilidad para leer lo desconocido en las cartas. Para ello tenía un sistema personal y propio, inédito en los textos de la cartomancia, y aprendido no se sabe de quién. Las Marrocco la consultaban hasta la saciedad sobre Giovannino, y en cuanto llegaba, despejaban a toda prisa la mesa de trabajo de retales, tijeras, alfileres y otros estorbos, para dejar sitio al mazo de cartas. Sus peticiones eran siempre las mismas:

- Dinos si está bien.
- Dinos si piensa en nosotras.
- Dinos si vuelve pronto a casa.
- Dinos si está bien de salud.

—Dinos si se acuerda de la familia.

Filomena hacía estos requerimientos con un tono de urgencia apremiante, cual si solicitase la respuesta de una autoridad muy ocupada y presurosa, mientras que Annita las aventuraba bajito, según sus maneras habituales de reserva y melancolía; con la cabeza un poco inclinada hacia el hombro, que era su actitud usual. Su rostro oval, de tez morena, parecía más pálido con el peso negro del mono, que se le soltaba muy lentamente por un lado. Y al comentar con la suegra los oráculos de Santina, su vocecita era titubeante y discreta, como si temiera causar molestias.

Santina jamás alzaba de las cartas sus ojos densos y opacos, y emitía los oráculos con el tono de una niña un poco retrasada que recita una oración abstrusa. Sus respuestas, al igual que las preguntas, no variaban mucho, de una vez para otra:

—Espadas..., espadas tumbadas. Frío. Allá hace frío — dice Santina.

—¿Ves? — Filomena regaña a Annita—. ¡Ya insistía siempre yo en mandarle también el jersey, en el paquete!

—Él escribió que no lo necesitaba, que le mandáramos mejor otros calcetines para los pies, y castañas... — se disculpa Annita.

—Pero, de salud, ¿está bien? Dinos eso, si está bien de salud.

—Sí, aquí veo buenas noticias. Hay cerca un personaje poderoso..., buena recomendación. Alguien importante..., rey de oros..., un oficial...

—Quizá sea aquel teniente..., ¿cómo se llamaba, madre? ¿El nombre del teniente, en la carta...? — sugiere modosamente Annita.

—¡Mosillo! ¡Teniente Mosillo!

—No..., no — Santina meneaba la cabeza—. Rey de oros..., teniente no..., ¡más! Es alguien que está más alto... Un capitán..., o... ¡General!

—¡¡¡¿General?!!!

—Y ahora aquí se ve una mujer y el dos de copas... ¡Es el triunfo! Una

mujer morena...

Al oír esto, Annita se volvía de lado para esconder la tristeza de sus ojos negros que casi soltaban lágrimas. Entre los peligros de Rusia, según decían por ahí, estaban las mujeres de allá, que se enamoraban de los italianos y los retenían a su lado, sin dejarles marchar. Esta era quizá la más aguda de las diversas espinas que desgarraban el corazón de la angustiada casadita.

La última carta de Giovannino, en poder de la familia, era de más de un año antes, de fecha 8 de enero de 1943. Estaba escrita con una tinta aguada de un color negro rojizo. En el sobre, y también al comienzo de la carta, estaba escrito VENCEREMOS, porque decían que las cartas pasaban con un simple sello, sin el control de la censura, si llevaban ese lema escrito arriba.

VENCEREMOS

Rusia, 8 de enero de 1943, XXI

Queridísima Familia Toda:

Con esta carta os hago saber que yo estoy bien como espero de todos vosotros de la familia por Reyes nolo pase mal os hago saber que aqui frio sedice olodna (... tres palabras censuradas) el paquete no llego pero no os preocupéis que por navidad el gobierno nosdio dos tubos enagua caliente y amás una vieja Señora rusa noshizo los buñuelos que dije feliz vida la vuestra que aqui el frió hacecaer las uñas de los pies con tantas noches haciendo alambradas y con la metraya que aqui se excava estamos bajotiera como los ratones y comemos piojos queridos Padres arriba la moral que vencer ya venceremos mando jiro por trescientas veinte liras querida Madre querida Esposa no vayáis a creer si corren malas noticias en el lalarmismo de siempre (... cinco palabras censuradas) pronto estaremos de vuelta con halebria que lo importante es la salud que acá aprendo alguna palabra rusa que patatas se dice cartoche querida Madre noveo lora dabrazaros este único pensamiento dia y noche que no yega niel Correo queridos Padres hacerme saber si llego elotro jiro y aora cierro lacarta que tengo pocopapel esperemos pronto no me queda que despedirme.

Vuestro amadísimo ijo y Esposo

Con esta carta llegó otra, un poco anterior, dirigida a Annita, y, desde entonces, de Giovannino no se volvió a recibir correo ni noticias. En la primavera de ese mismo año de 1943 el veterano de paso, el que traía la fotografía, les contó que se había encontrado con él unos meses antes, en noviembre, y que Giovannino entonces estaba bien, y habían compartido los dos una hogaza y una latita. En cuanto al otro desaparecido, Clemente, el hermano de Consolata, no lo había visto ni conocido y no sabía nada de él.

Filomena y Annita eran, una y otra, casi analfabetas pero mientras que Filomena sacaba a menudo del cofrecito de su cuarto las cartas de Giovannino para que se las leyesen y comentarlas, Annita en cambio custodiaba recelosa las propias y no se las enseñaba a nadie. Una noche, no obstante, en que las otras mujeres habían salido, llamó a la puerta de Ida y, poniéndose colorada le pidió el favor de releerle las últimas cartas de él desde el frente. En el momento de recibirlas vivía aún en la montaña, y desde entonces, aquí en Roma, no había tenido manera de «hacérselas explicar», conque corría el peligro de olvidarlas... Sacó de debajo del jersey el montoncito de papel. No eran todas cartas, había alguna tarjeta postal con franquicia, con frases de propaganda impresas, por ejemplo: EN TODO MOMENTO DE SU GLORIOSA HISTORIA ROMA HA ASUMIDO SU MISIÓN CIVILIZADORA... Como de costumbre, en sobres y hojas, el chico, como sagaz estrategia contra la Censura, había escrito: VENCEREMOS. Por culpa de la tinta autárquica, de polvos y agua, la letra estaba toda borrosa, como si tuviera más de un siglo.

Annita amadísima le ruego si es posible hacerte una fotografía para mí que al menos la pueda mirar por ejemplo díselo a ese enfermero santospirito él tenía una Codacc y te

ruego note preocupes por mi veras que gran regreso porque no veolora de darte un millón de besos y haremos un buen viaje de miel quiero llevarte a Venecia... (... una línea censurada,) esposa querida pormi no tinquietes estoy con buena salud aqui hacemos carreras de piojos y elque los suyos yegan primero gaña un pitillo yo he ganado dos Africa y una Trestelle y te ruego querida Mujer cuando escribas abjunta sello duna lira aqui no ay.

«te ruego recuerdes meter en el paquete muchísimos polvos de piojos»... «a las mujeres aqqui les dicen katiuchas pero ¡¡ni lo pienses!! ¡parami mujeres no ay masque una sola virgensita de mi Corazón! tu eres todo para mi y un millón de besos... Esta noche e tenido unsueño yo tencontraba cuando no habías cricido comaora de niñita comoen los tiempos andiguos de antes y yo te dicho ¿pero, como me caso contigo, aora? ¡porque eres demasio pequeña! tu mas dicho cuando vuelvas de Rusia habré cricido y yo te dicho aqui me tienes regrese y testreche en mis brazos ¡y te iziste grande en mis brazos! ¡Y te dado un millón de besos! ¡Ay! mujercita adorada aqui estoy en uninfierno mas infeliz que yo no lo hay y mentran unas ganas pero no te procupes pormi ya veras pronto estaremos juntos pormi no veo lora mis pensamientos (... una palabra censurada) pero que le vamos hacer somos la fuerza de choque recibe un millón de besos...

Negándose, por timidez, a acomodarse en la única silla, o en el borde de la cama, Annita permaneció de pie durante la lectura, apoyando apenas en la mesita de noche su mano rechoncha y enrojecida. Pero al seguir con los ojos una a una las palabras leídas por Ida en voz alta, tenía la expresión de una celadora, como si aquellas hojitas fuesen un códice valiosísimo y el descifrarlas fuera otra especie de cartomancia que comprometía, en cierto modo, al destino. No hizo comentario alguno, salvo un brevísimo suspiro al recoger el paquete al final. Y se marchó, con los andares más bien torpes de sus robustas piernas, hechas para la falda larga y vueluda de las *ciociare* y que ahora — asomando por el corto trajecito ceñido, con las medias negras que le llegaban a la rodilla y dejaban al aire una tira de carne— aparecían de una gordura rústica y animal, en contraste con su cuerpo menudo. Desde el invierno de 1943, y hasta hoy, ella y sus suegros habían seguido dando vueltas de oficina en oficina para tener noticias de Giovannino: ministerios,

Ayuntamiento, distrito, Cruz Roja, Vaticano... Y la respuesta era siempre igual: «No se tienen noticias. Desaparecido». Ciertos funcionarios o militares de servicio en las oficinas daban ya esta respuesta, a veces, con un tono brutal, o aburrido, o irónico, o incluso burlón. Pero ¿qué significa «desaparecido»? Puede significar prisionero, llevado a Siberia, huésped en Rusia de una familia o casado con una mujer de allá... Y, en primer lugar, puede significar «caído». Pero Annita y Filomena ignoraban, como imposible, esta hipótesis entre todas las demás posibles. Seguían esperando a Giovannino de un día a otro aireando de cuando en cuando su traje de vestir y acabaron por negar todo crédito a las fuentes oficiales de noticias. Tenían más confianza en las cartas de Santina.

Su amiga Consolata las criticaba por su ignorancia:

—Solo unas paletas como ellas — le susurraba aparte a Ida— pueden creer en esos líos de las cartas.

Ella era, en efecto, más leída que las Marrocco, dependienta de mercería, y originaria del norte; aunque también ella, no menos que las otras, esperaba con optimismo el regreso de Rusia de su hermano.

—Desaparecido, significa que se puede encontrar. Y dada la cantidad, unos miles tendrán que regresar, seguro. No puede ser que todos se hayan esfumado. Mi hermano no es de los que se pierden. Antes del frente ruso, ya había pasado por el frente de los Alpes, y por Grecia y Albania. Para orientarse llevaba hasta una brújula, y siempre tenía encima una estampa milagrosa de la Virgen.

Confiaba grandemente en la protección de la Virgen, en especial en un país de sin Dios como Rusia; y torcía el gesto ante las frases de algunos que aseguraban: «Rusia es la tumba de la juventud de Italia».

—Pura propaganda — decía Consolata.

Había quien afirmaba cruelmente:

—Dicen «desaparecidos» por no decir «casos desesperados» —y le tomaban el pelo a Annita por su condición—: Casada pero todavía virgen... — le decían; y a lo mejor la invitaban guiñándole un ojo a buscarse otro mando.

Entonces Annita lloraba y su suegra se enfurecía con aquellos infames, que ofendían la honra de una recién casada y ponían en entredicho la fidelidad de Giovannino.

Tanto suegra como nuera eran de natural fieles y castas; pero su lenguaje, común entre los campesinos de su tierra, en ciertos casos sonaba obsceno a la burguesa Ida. Parecía que, para ellas, cualquier cosa nombrada estuviera provista de sexo, de un culo, etcétera, y conformada a fines de emparejamiento. Si la puerta no se abría, decían: «Esta cerradura del carajo no funciona», y si no encontraban los alfileres: «¿Dónde coño se habrán metido los puñeteros alfileres?», y así sucesivamente. A Ida la aterraba oír a la pequeña Annita proferir como si nada ciertas palabras que a ella le daban miedo y vergüenza.

Al dueño de la casa se le veía poco, porque, si hacía el turno de día, volvía tarde; y si hacía el turno de noche, de día dormía. En uno de sus breves intervalos de presencia, le enseñó a Useppe una canción de su pueblo, que decía así:

*Cabrerito el de mi villa
va a la iglesia y no se arrodilla,
ni se quita su sombrero
ese maldito cabrero.*

Por lo general, en casa de los Marrocco, como en los últimos tiempos de Pietralata, no hacían mucho caso de Useppe. Niños no había; a la rapaza,

medio estupidizada por el aguijón perpetuo del hambre, apenas le quedaba resuello para canturrear, cada vez más desgadamente, «gozo tormendo eres tú»; y las mujeres de la casa, como sus visitantes y clientes, estaban demasiado atareadas o preocupadas para interesarse por él. Normalmente, lo trataban como a un gatito, que se tolera mientras juega a su aire, pero al que se echa cuando viene a meterse en medio. La época de los Mil se alejaba cada vez más en el pasado, como una leyenda antigua.

En las largas horas de ausencia de Ida, y tras la oscura marcha del conejo, Useppe, cuando «no pensaba», le hacía compañía al abuelo, quien, a decir verdad, no parecía siquiera advertir su presencia. Aunque se pasara días enteros sentado en una silla, el viejo no paraba nunca, asaltado por la vida, que todavía persistía en su organismo, como un enjambre de tábanos que no querían apartarse de él. Sus ojos seguían viendo, y sus oídos oían, aunque cualquier objeto de sus sentidos se redujera, para él, a un tormento fastidioso. De cuando en cuando se amodorraba, pero poco tiempo, recobrándose sobresaltado. O bien, con el esfuerzo de quien se apresta a un viaje fatigoso, desplazaba el peso del cuerpo desde la silla a la ventana, de donde de inmediato lo echaba atrás el «lleno» de los edificios y de los muros que lo agredían desde el exterior:

—¡No hay un solo «vacío»! ¡Un «vacío»! — se desesperaba, clavando en el exterior sus ojos enrojecidos y apagados. Y si veía a alguien mirándolo desde una ventana de enfrente, observaba—: ¡Ese me está catando, y yo lo cato a él! — como si constatase una ley insoportablemente angustiada.

Conque se apartaba de nuevo a su silla, reanudando sus gargajeos en la palangana. Useppe lo miraba con sus ojos atentos y solícitos, cual si contemplase un paisaje enorme, atormentado por el hielo:

—¿Po qué escupes tanto?

—Uhhuur... Uuuuuuh... Rrruhuhu...

—¿Qué tienes? ¿Quieres beber? ¿Eh? ¿Quieres beber..., ahó? ¿Quieres vino? — con una vocecita amortiguada para que no lo oyese Filomena.

—Uuuuh... Muuuuurrhau...

—¡Ten! ¡Vino! ¡¡Ten..., vino!! Pero calladito, ¿eh? Que no te oigan..., ¡Ahó! ¡Ahó! ¡Ten! ¡Bebe!

En los últimos meses de la ocupación alemana, Roma tomó el aspecto de ciertas metrópolis indias donde solo los buitres se alimentan hasta la saciedad y no existe ningún censo de vivos y muertos. Una muchedumbre de desbandados y mendigos, expulsados de sus pueblos destruidos, vivaqueaba en las escalinatas de las iglesias o junto a los palacios del Papa; y en los grandes parques públicos pacían ovejas y vacas desnutridas, escapadas de las bombas y las *razzias* del campo. Pese a la declaración de «ciudad abierta», las tropas alemanas acampaban en torno a la población, corriendo por las vías consulares con el estruendo de sus vehículos; y la nube desastrosa de bombardeos, que atravesaba de continuo todo el territorio provincial, tendía sobre la ciudad una cortina de pestilencia y terremoto. Los cristales de la casa temblaban día y noche, las sirenas sonaban, escuadras aéreas chocaban en el cielo entre rayos amarillentos, y de vez en cuando sobre alguna calle del extrarradio se abatía como un trueno la polvareda de la ruina. Ciertas familias asustadas se habían instalado en los refugios antiaéreos o en los laberínticos subterráneos de los grandes monumentos, donde se estancaba un olor a orina y heces. En los hoteles de lujo requisados por los mandos del Reich, custodiados por piquetes armados, se celebraban cenas suntuosas, con exagerado derroche, hasta la indigestión y el vómito; y allí dentro, en la mesa de la cena, se concertaban las matanzas del día siguiente. El comandante, que se hacía llamar rey de Roma, era un comilón y un beodo compulsivo, y el

alcohol servía de excitante y narcótico usual a los ocupantes, tanto en el cuartel general como en la base. En ciertas calles secundarias y apartadas de la ciudad se observaban unos palacetes u hotelitos de estilo medioburgués con hileras de ventanas recién tapiadas en varios pisos. Eran antiguas sedes de oficinas, o pensiones familiares, presuntamente destinadas por las policías de los ocupantes a cámaras de tortura. Allí dentro, todos los desventurados contagiados por el vicio de la muerte se empleaban a fondo, a semejanza de su Führer, dueños por fin de cuerpos vivos e inermes para sus perversas prácticas. Del interior salía a menudo, día y noche, un estrépito ensordecedor de musiquillas y cancioncitas de gramófono a todo volumen,

Cualquier día, en cualquier calle, podía suceder que se viera un camión de la policía detenerse frente a un inmueble, con la orden de registrarlo todo, hasta los tejados y azoteas, a la caza de alguien señalado con nombre y apellido en un pedazo de papel. Ninguna norma limitaba esta caza perpetua y sin preaviso, en la que el albedrío de los amos y señores era total. A menudo cordones de tropas cortaban de repente toda una manzana de un barrio, con la orden de capturar, dentro de aquel perímetro, a todos los varones entre dieciséis y sesenta años, para deportarlos al Reich, a trabajos forzados. Instantáneamente quedaban bloqueados y vacíos los transportes públicos, y una muchedumbre inerme y enloquecida corría en desorden hacia fugas sin salida, perseguida por ráfagas de ametralladora.

Desde hacía meses, en verdad, todas las calles estaban empapeladas con bandos impresos en papel rosa, que ordenaban a los hombres útiles presentarse al trabajo obligatorio bajo pena de muerte; pero nadie obedecía, nadie se preocupaba por aquellas proclamas, ahora ya ni siquiera las leían. Se sabía que, en el subsuelo de la ciudad, actuaban pequeñas y obstinadas partidas de guerrilleros, pero el único efecto de sus hazañas sobre la apatía de la muchedumbre era la pesadilla de las represalias consiguientes por parte de

los ocupantes, enajenados por las convulsiones de su miedo. La población había enmudecido. Las noticias cotidianas de redadas, sevicias y carnicerías circulaban por los barrios como ecos jadeantes sin respuesta posible. Se sabía que, un poco extramuros, malamente enterrados en fosas y canteras minadas, un sinfín de cuerpos estaban tirados descomponiéndose, a veces acumulados por decenas y cientos, tal y como los habían asesinado en común, uno tras otro. Comunicados de unas cuantas líneas, sin más explicaciones, participaban la fecha de su defunción, pero no el lugar de su sepultura. Y la gente evitaba hablar de su presencia ubicua e informe, salvo con susurros evasivos. En cualquier contacto y en cualquier sustancia se olfateaba un sabor fúnebre y carcelario: seco en el polvo, húmedo en la lluvia. Y hasta el famoso espejismo de la Liberación se iba reduciendo a un punto fatuo, materia de sarcasmo y broma. Por lo demás, se decía que los alemanes, antes de abandonar la ciudad, la harían saltar por los aires desde los cimientos, y que ya las alcantarillas, kilómetros y kilómetros bajo tierra, eran un depósito de minas. Las arquitecturas de la metrópoli, «de la cual no quedará piedra sobre piedra», parecían un panorama de fantasmas. Y en las paredes, entretanto, día tras día, se multiplicaban los rosados carteles de los amos de la ciudad, con nuevas órdenes, tabúes y prohibiciones persecutorias, amenazantes hasta la ingenuidad con su delirio burocrático. Pero al final, dentro de la ciudad aislada, saqueada y ceñida por el asedio, la verdadera dueña era el hambre. Ahora el único alimento distribuido por Abastos era una ración de cien gramos por cabeza de un pan compuesto de centeno, garbanzos y serrín. Para los otros abastecimientos no quedaba, en la práctica, sino el mercado negro, donde los precios aumentaban tan disparatadamente que, hacia el mes de mayo, el sueldo de Ida ya no bastaba para comprar una botella de aceite. Además el Ayuntamiento, en los últimos meses, pagaba con irregularidad los salarios.

La herencia del Loco, que le había parecido un patrimonio ingente, se disipó bastante antes de lo previsto. Y las provisiones compradas con aquellos cuartos estaban a punto de agotarse; apenas le quedaban unas cuantas patatas y un poco de pasta oscura. Y el pequeño Useppe, que gracias al Loco había entrado un poco en carnes, ahora perdía peso de día en día. Los ojos ocupaban casi todo el espacio, en su cara pequeña como un puño. Alrededor del conocido remolino central, siempre tieso con aire exclamativo, los negros mechoncitos de pelo caían, opacos, hasta parecer cubiertos de polvo, y las orejas sobresalían de su cabeza como dos alitas implumes de polluelo. Cada vez que las Marrocco ponían a calentar al fuego su puchero de habichuelas, se le veía merodear a su alrededor, como un pobre gitanillo mendigo.

—¿Ustedes gustan? ¿Ustedes gustan? — solía decir Filomena, según las reglas de la buena crianza, al sentarse a la mesa.

Y al oír esta frase ceremonial de los buenos tiempos, los presentes, ahora, solían retirarse discreta y prudentemente. Pero al menos un par de veces ocurrió que Useppe — a quien, como chiquitín, nadie le había dicho: «¿Gusta usted?»— se adelantó ingenuamente, sugiriendo:

—¿Puedo gustar? — por propia iniciativa. Y su madre hubo de llamarlo ruborizada.

La mísera lucha de Ida contra el hambre, que la tenía en armas hacía más de dos años, había llegado ahora al cuerpo a cuerpo. Esta única exigencia cotidiana, dar de comer a Useppe, la insensibilizó frente a cualquier otro estímulo, empezando por su propia hambre. Durante ese mes de mayo vivió, en la práctica, de hierbas y agua, aunque le bastaba con eso, más aún, cualquier bocado le parecía un desperdicio, por robárselo a Useppe. A veces, para sustraerle aún menos, se le pasaba por la cabeza hervir, para sí misma, mondas u hojas comunes y corrientes, o hasta moscas y hormigas, algo de

sustancia tendrían... Y a lo mejor roer algún troncho de la basura, o arrancar la hierba de paredes y ruinas.

Se le había puesto el pelo blanco y los hombros encorvados de jorobeta, empequeñeciéndose hasta sacarles muy poca estatura a algunas de sus alumnas. Y, sin embargo, actualmente su resistencia física sobrepasaba en conjunto la del gigante Goliat que medía seis codos y un palmo de altura y vestía una coraza de cinco mil siclos de cobre. Era un enigma de dónde sacaba aquel cuerpecillo exangüe ciertas reservas colosales. A despecho de la desnutrición, que visiblemente la consumía, Ida no notaba ni debilidad ni apetito. Y, en verdad, desde el inconsciente, una sensación de certeza orgánica le prometía una especie de inmortalidad temporal que, inmunizándola contra necesidades y enfermedades le ahorraba esfuerzos para su supervivencia personal. A esta voluntad innominada de conservación, regulaba la química de su cuerpo, obedecía también su sueño, que en todo ese período, como para servirle de alimento nocturno, fue insólitamente regular, vacío de sueños e ininterrumpido, no obstante los ruidos exteriores de la guerra. Pero a la hora de levantarse la sacudía un fragor interno de tañidos grandiosos. «¡Useppe! ¡Useppe!» era el grito de aquellos desasosiegos. Inmediatamente, antes aún de despertar, buscaba al niño con manos afanosas.

A veces se lo encontraba acurrucado sobre su pecho, y manoseándole las tetas en sueños con un movimiento ciego y ansioso. Desde la época de la lactancia, en sus primeros meses de vida, Ida se había desacostumbrado de la sensación de aquellas dos manitas que la manoseaban, pero las tetas, ya escasas entonces, ahora se habían secado para toda la eternidad. Con una ternura bestial e inservible, Ida apartaba de sí al hijito. Y a partir de ese momento comenzaba su batida diurna por las calles de Roma, empujada por sus nervios como por un ejército armado que la azotara en doble fila.

Era incapaz de pensar en el futuro. Su mente se reducía al hoy, entre la

hora del despertar matutino y el toque de queda. Y (de los muchos miedos innatos con que antes cargaba) ahora ya no temía nada. Los decretos raciales, las ordenanzas intimidatorias y las noticias públicas le hacían el efecto de parásitos zumbadores que revoloteasen a su alrededor entre extraños vientos, sin atacarla. Que Roma estuviera totalmente minada, y mañana se derrumbase, la dejaba indiferente, como un recuerdo ya remoto de la Historia antigua o un eclipse de luna en el espacio. La única amenaza para el universo estaba representada, para ella, en la visión reciente del hijito que había dejado durmiendo, reducido a un peso tan irrisorio que casi no dibujaba un bulto bajo la sábana. Si por casualidad en la calle se veía en un espejo, descubría en el vidrio una cosa ajena y sin identidad, con la cual intercambiaba apenas una mirada atónita, que de inmediato se hurtaba. Una mirada similar intercambiaban, entre sí, los transeúntes madrugadores que se escabullían por la calle: todos malparados y terrosos, con marcadas ojeras y ropas que les sobraban por todas partes.

Esos adultos no le daban lástima. Sentía, en cambio compasión por sus alumnos, porque eran niños como Useppe. Pero hasta el más mísero y chupado de ellos le parecía mejor alimentado que él. Hasta sus hermanitos pequeños, por diminutos que fuesen, aparecían más altos que él. Desgarradoras fantasías le traían a la mente ciertos angelotes rosados y gordos de los anuncios publicitarios; o ciertos felices hijos de familias acomodadas, a quienes recordaba haber entrevisto, en sus cochecitos bordados o en brazos de sus nodrizas. O bien retrocedía a cuando Ninnuzzu estaba en la cuna, tan gordezuelo que Alfio, su padre, exclamaba al cogerlo: «¡Izaaa! ¡¡¡Levantamiento de pesos!!!», alzándolo muy alto, con una carcajada de triunfal jactancia. Useppe en cambio había tenido que apañárselas desde recién nacido para hacerse por lo menos alguna rosquilla de grasa en muñecas y muslos; pero, comparada con hoy, esa época de las

rosquillitas debía recordarla como un tiempo de abundancia. Y le resultaba increíble que en toda la enorme Roma no hubiese manera de encontrar algo para llenar una barriga tan pequeña.

Varias veces, ese mayo, repitió el camino de San Lorenzo (andando al sesgo y apartando los ojos de los escombros de su casa), para mendigar algo al tabernero Remo. Iba a solicitar sobras o algún resto al padre de un alumno suyo, que tenía una salchichería, y a otro que trabajaba en el Matadero. Provista de una ollita prestada por los Marrocco, se ponía en la cola de la cocina económica del Vaticano; pero aunque llamada económica, aquella sopa, que costaba doscientas liras, era ya un lujo para sus finanzas, y se lo permitía raras veces.

Poco a poco perdió toda sensación de honra y de vergüenza, así como de miedo. Una vez, al regresar a casa a eso del mediodía, se tropezó con mucha gente con paquetes en la mano que venía de la plaza de Santa Maria Liberatrice, donde los alemanes repartían gratuitamente víveres. Esta dádiva extraordinaria en los barrios populares, aconsejada en aquellos días por el miedo, aspiraba a la propaganda y al espectáculo. En efecto, el propio general en jefe de los germanos (el grueso «Rey de Roma») presidía el reparto, y en la plaza, alrededor de los camiones trabajaban los fotógrafos y las cámaras de cine. Eso aumentaba la repugnancia de los habitantes del barrio, y algunos de ellos, recelando una maquinación de los alemanes, abandonaron la plaza. Pero Ida, al ver los paquetes, advirtió solo una impetuosa avidez, que la chupaba por dentro. Su mente se vació. La sangre le corrió por todo el cuerpo, hasta sembrarle la piel de manchas encendidas. Y, abriéndose paso a empujones entre el gentío de la plaza, alargó las manos hacia los camiones para retirar su kilo de harina.

Hasta unas semanas antes, solía usar, por decoro, una *doche* de fieltro usada, conseguida (con un par de chancletas, dos sujetadores viejos, zapatos

desparejados y otras bagatelas) de la famosa ofrenda de las Damas de Caridad en Pietralata. Pero ahora no llevaba ni medias ni sombrero; y recientemente, por comodidad, se había cortado el pelo, que, tan corto, coronaba su cabeza con una mata encrespada. Desde hacía un tiempo, en verdad, cada vez que se peinaba dejaba muchos cabellos en el peine; pero aún lo tenía espeso. Tanto que la cabeza, aunque blanca, con esta coronita llena de rizos recobraba involuntariamente la primera forma de sus años de infancia, en Cosenza. La cara, de palidez cerúlea, aunque empequeñecida y ajada se mantenía extrañamente sin arrugas, con su natural dibujo redondo, y enfurruñada, siempre tensa en sus marchas febriles, se asemejaba al morro de un animal que apuntase hacia el vacío.

Ya desde el invierno habían cerrado no pocas tiendas. Muchas persianas metálicas estaban bajadas, todos los escaparates aparecían desnudos. Las pocas provisiones aún disponibles eran requisadas, o embargadas, o robadas por los ocupantes, o acaparadas por el mercado negro. Dondequiera que hubiese un despacho legal abierto, fuera se veían larguísimas colas a la espera; pero mientras las colas se alargaban aún por las aceras, ya la mercancía en distribución se había agotado. Cuando se encontraba perdida entre los últimos, con las manos vacías, Iduzza se alejaba desfallecida, con el paso de una culpable que se ha merecido un castigo.

A la vista de cualquier sustancia comestible, aunque por desgracia inaccesible para sus medios, se quedaba fascinada, roída por la envidia. A ella no le apetecía nada, hasta la secreción de la saliva se le había secado: todos sus estímulos vitales se habían transferido a Useppe. Cuentan de una tigresa que, en una soledad helada, se sostuvo con sus crías lamiendo, por su parte, la nieve, y distribuyendo a los cachorros jirones de carne que ella misma se arrancaba del cuerpo con los dientes.

En el Gianicolense, en los aledaños de la escuela, había un modesto

hotelito con unos metros de huerta, ceñido por una tapia que, como medida de precaución, tenía clavadas en lo alto cortantes esquirlas de vidrio. La verja en su origen debió de ser de hierro; pero, quizá a consecuencia de la recogida de chatarra para la industria militar, actualmente había una de madera, reforzada en el exterior por una red de espino artificial. A poca distancia de la verja, adosada al muro, se veía aún una barraca con tejado de chapa, que anteriormente servía de gallinero; aunque ahora las pocas gallinas supervivientes se criaran, por prudencia, dentro de la casa.

Las primeras semanas que enseñó en el Gianicolense, Ida llamaba a menudo al timbre del hotelito para comprar huevos, pero últimamente el precio había subido a veinte liras cada uno... Estaban en la segunda quincena de mayo. Una tarde, a la salida de las clases, al bordear el recinto del hotelito Ida descubrió, a través de la verja, en el suelo, a la sombra de un arbusto, colocado sobre un trapo, un hermoso huevo intacto. Evidentemente una gallinita de la casa, en una breve escapada a la huerta, lo había puesto hacía poco allí, y aún no se había dado cuenta nadie. Las ventanas delanteras de la casa estaban cerradas, acaso incluso los propietarios estuvieran ausentes. La callecita, casi rural, estaba tranquila y solitaria.

El huevo se encontraba hacia el viejo gallinero, protegido entre el arbusto y la base de la tapia, a no más de sesenta centímetros de la verja. Un calor ascendió al cerebro de Ida. Calculó que, levantando con la mano izquierda el alambre de espino, y metiendo el otro brazo entre los tablones bajos de la verja, podía llegar fácilmente a él. Este cálculo, durado lo que un relámpago, no fue propiamente ella quien lo hizo; sino una segunda Ida fantasmal, que se desprendía de su cuerpo material, doblándola a toda prisa a gatas, y sirviéndose de su mano para garrafiñar. En efecto, cálculo y acción fueron simultáneos. Y ya Ida, metiendo el huevo en el bolso, escapaba de la escena de aquel delito impune y sin precedentes. Con las prisas los alambres de

espino de la verja le habían arañado bastante profundamente la mano y la muñeca.

No hubo testigos. Se había librado. Ahora ya se escabullía, al otro lado del Gianicolense, y una inaudita sensación de frescura, con el gusto físico de la rapidez, la rejuvenecía de la edad de madre a la de hermanita mayor. Su presa, cual un enorme diamante oval, resplandecía en el cielo abierto delante de ella entre el derrumbamiento de las Tablas de la Ley. Este primer hurto fue el más exaltante, aunque no el único. El segundo fue aún más audaz, y hasta temerario.

Fue en torno al veinte de mayo, por la mañana temprano. Acababa de salir de casa, dejándole a Useppe, de desayuno, un trocito de pan de racionamiento guardado del día anterior, y un poco de sucedáneo de cacao para disolver en agua. A esa hora, por la calle pasaba solo algún obrero. Al salir por una vía transversal al Lungotevere, descubrió una camioneta parada delante de un almacén de coloniales.

Dos fascistas armados, con uniforme de paracaidistas, con boina, controlaban las operaciones de un mozalbete con un mono descolorido, que iba y venía del almacén descargando cajas de mercancías en la acera. En el mismo momento en que doblaba la esquina, Ida vio a los dos militares entrar juntos en el almacén. Le llegaron sus voces, que charlaban alegremente.

En efecto, aburridos de aquella tranquila operación los dos chicos se habían sentado dentro en unos cajones: para proseguir una conversación ya iniciada. El tema era una tipa llamada Pisanella, y hablaban de amores. Ida, no obstante, no captó sino el sonido de sus voces, que retronaron enredadas en sus oídos. La percepción, en ese instante, se concentró toda en la vista, proyectada sobre dos imágenes simultáneas: el hombre del mono, que a su vez se metía en el almacén; y en la acera, a un paso de ella, en lo alto de las cajitas de madera clavadas, una gran caja de cartón abierta por arriba y llena

solo en tres cuartas partes. De este lado, contenía latas de carne en conserva; y del otro, paquetes de azúcar en polvo (por la forma, y por el color azul del papel, se reconocía su contenido).

El corazón de Ida se puso a latir con tal violencia que parecía el aletear de dos grandes alas. Alargó una mano y se apoderó de una lata, que deslizó en el bolso, refugiándose prestamente detrás de la esquina. En ese mismo momento el hombre del mono salía con una nueva carga del almacén, aunque sin advertir nada, creyó Ida. La verdad es que, con una mirada de reojo, la había sorprendido infraganti, haciendo como si nada, por solidaridad con la mujercita. Mientras, dos tipos harapientos y famélicos, que desembocaron en el Lungotevere en ese mismo instante, al cruzar sus miradas con las de ella le hicieron un guiño de inteligencia y felicitación. Estaba segura de que la habían visto; pero también ellos, por solidaridad, siguieron caminando desenvueltos, como si nada.

Todo había terminado en tres segundos. Y ya Ida, escurriendo el bulto, se desviaba por las callejas de detrás. El corazón seguía palpitando con fuerza, pero no advertía alguna aprensión especial, ni un sentimiento de vergüenza. La única voz que ascendía de su conciencia era una exclamación gruñona que se empecinaba en reprenderla: «¡Ya puesta, con la otra mano podías agarrar también un paquete de azúcar! ¡Condenada, condenada, ¿por qué no cogiste también azúcar?!».

El sucedáneo de cacao, que Useppe tomaba por la mañana, venía endulzado de fábrica con unos polvos artificiales, sospechosos incluso de perjudicar la salud. El azúcar costaba más de mil liras el kilo... Entre tales argumentos, con cara enfurruñada, Ida se despeinaba su cabellera lanuda, que parecía la peluca de un payaso.

En esa última década de mayo cometió, por término medio, un hurto diario. Estaba siempre en guardia, como una ratera, pronta para la primera

ocasión de arrebañar algo. Hasta en el Mercado Negro de Tordi Nona, donde los comerciantes vigilaban más que si fueran mastines, consiguió, con su increíble destreza, robar un paquete de sal, que luego en casa repartió con Filomena, a cambio de polenta blanca.

De pronto había caído en una depravación sin escrúpulos. Si hubiera sido menos vieja y fea, quizá hubiera hecho la calle como Santina. O, si hubiera sido más práctica, habría seguido el ejemplo de una jubilada llamada Reginella, clienta de Filomena, que iba de cuando en cuando a mendigar a los ricos barrios de la Roma Alta, donde no la conocían. Pero aquellos centros de lujo — amén de feudo, ya, de los mandos alemanes— se le mostraban desde siempre como situados en una lontananza ajena e inalcanzable, no menos que Persépolis o Chicago.

Y sin embargo, en esta Ida inesperada, como por un doble fenómeno, perduraba la timidez natural de su carácter, y hasta crecía morbosamente. Mientras recorría las calles robando, en la casa casi no se atrevía luego a utilizar los hornillos, en la cocina común. De la comida (bastante escasa) de la familia, apartaba no digo la mano, sino hasta los ojos, como los salvajes de los tabúes. Y en clase, más que una maestra, parecía reducida a una alumna atemorizada, hasta el punto de que sus chiquillos, aunque desfallecidos de hambre, amenazaban con convertirse en una pandilla sin el menor miramiento. (Por fortuna, el cierre anticipado de las escuelas se produjo a tiempo de ahorrarle esta afrenta, jamás sufrida hasta entonces en su carrera.)

Pero más que nada la intimidaba pedir ayuda a sus conocidos, que últimamente, además, se habían reducido a uno: Remo, el tabernero. En los días más apurados, que no le brindaban otro recurso, se esforzaba por recorrer el largo y consabido camino a San Lorenzo donde a las horas de siempre el tabernero estaba puntualmente guarecido tras su mostrador, bajo el cual ya tenía preparada, desafiante, una bandera roja enrollada. Con su cara

oscura y seca de leñador, los ojos negros hundidos en los pómulos huesudos y duros, aparecía siempre abstraído en ciertas preocupaciones dominantes, y al entrar Ida se quedaba sentado donde estaba, y ni siquiera la saludaba. Ida se adelantaba cortada, llena de rubor y medio balbuciente. Y no se resolvía a confesar el primario y urgente motivo de su visita hasta que él se le anticipaba. Y sin siquiera despegar los labios, con un gesto mudo de la barbilla, ordenaba a su mujer buscar también hoy, en la cocina, una racioncita gratis para la madre del camarada As. Ahora la pequeña cocina subterránea estaba cada vez más desguarnecida, al igual que el tabernero Remo estaba cada vez más lacónico; e Ida salía confusa, llevándose su paquetito de comida, avergonzada incluso de dar las gracias...

...

—*Weg! Weg da! Weg! Weg!*

Exclamaciones alemanas, interrumpidas y arrojadas en un vocerío de mujeres, la alcanzaron una de esas mañanas mientras, tras un inútil viaje a la Pagaduría cerrada, se encaminaba a la taberna de Remo. Acababa de adentrarse por una travesía de la Tiburtina, y las voces procedían de la calle Porta Labicana, a poca distancia de allí. Al detenerse, insegura, casi tropezó con dos mujeres que llegaban a la carrera de otra calle lateral a su derecha. Una era mayor, otra más joven. Reían exaltadas, la más joven tenía en la mano las chancletas de la otra, que corría descalza. Esta sostenía por las dos puntas la falda alzada por delante y repleta de un polvo blanco, harina, perdiendo un poco por los adoquines, tras sus pasos. La otra llevaba un capacho de hule negro, también repleto de harina. Al cruzarse con Ida le gritaron:

—¡Corra, señora, dese prisa! ¡Esta noche comemos!

—¡Arrebañemos nuestra comida!

—¡Deben devolvernos nuestra comida, esos ladrones!

El rumor ya se difundía, de los portales salían veloces otras mujeres.

—Tú sube a casa — ordenó ferozmente una transeúnte soltando la mano de un niño, y, siguiendo el rastro de la harina vertida, todas se sumaron a la carrera, e Ida con ellas.

No había que recorrer sino unos metros. A medio camino entre la calle de Porta Labicana y la Estación de Mercancías había un camión alemán parado, encima del cual un soldado del Reich hacía frente, desgañitándose, a un tropel de mujeres del pueblo. Evidentemente, no se atrevía a echar mano a la pistola que llevaba al cinto, por miedo a ser linchado allí mismo. Algunas de las mujeres, con la osadía suprema del hambre, habían trepado incluso al camión cargado de sacos de harina. Y, tras cortar los sacos, se llenaban las faldas, las bolsas y cualquier otro recipiente que hubiesen llevado. Alguna la echaba incluso en el cubo del carbón o en la jarra del agua. Un par de sacos yacían en tierra ya medio vacíos, en medio de un cerco; cierta cantidad de harina se había derramado por el suelo, y la pisoteaban. Ida se abrió paso desesperada:

—¡Yo también! ¡Yo también! — chillaba como una niña.

No lograba romper el cerco que rodeaba los sacos tirados al suelo. Se esforzó por subir al camión, pero no lo conseguía:

—¡A mí también! ¡A mí también!

Desde lo alto del camión, una real moza se rio sobre su cabeza. Estaba despeinada, tenía cejas espesísimas y negras, y dientes fuertes, como de animal. Sostenía ante sí por las puntas el vestidito colmado, y sus muslos, descubiertos hasta las bragas negras de rayón, brillaban con extraordinaria blancura, como camelias recién cortadas.

—¡Ten, señora, pero date prisa! — y, acuclillándose hacia Ida, con una carcajada fortísima le llenó la bolsa de harina, vertiéndosela directamente de su regazo.

Ida a su vez se había echado a reír, como una niña idiota, tratando de salir con su carga de la multitud vociferante. Las mujeres parecían todas borrachas, excitadas por la harina como por un licor. Aullaban embriagadas los más obscenos insultos contra los alemanes peores que las putas de un lupanar. Las palabras menos brutales eran: «¡Cabrones!», «¡Culones!», «¡Bellacos!», «¡Asesinos!», «¡Ladroones!». Al salir del tropel, Ida se encontró en medio de un coro de chiquillas, llegadas las últimas, que chillaban a voz en cuello, saltando como en una ronda:

—¡Guarros! ¡Guarros! ¡¡¡Guarroos!!!

Y en estas oyó su propia voz, chillona, irreconocible en su excitación infantil, gritar en el coro:

—¡Guarros!

Para ella, esta era ya una palabrota soez; nunca había pronunciado otra semejante.

El guardia alemán había emprendido la fuga en dirección a la Estación de Mercancías.

—¡Los apai! ¡Los apai! — oyó Ida gritar a sus espaldas. En efecto, mientras ella escapaba hacia la Tiburtina, por el lado opuesto había reaparecido el soldado alemán, con un refuerzo de militares italianos de la PAI.

Estos llevaban en alto el brazo armado de pistola; y como intimidación dispararon unos tiros al aire, pero Ida, oyendo los disparos y los gritos confusos de las mujeres, pensó en una matanza. Le entró un miedo terrible de caer herida de muerte, dejando en esta tierra a Useppe, hijo de nadie. Aulló corriendo a ciegas, mezclada con mujeres en fuga que casi la arrollaron. Por fin se encontró sola, sin saber dónde estaba, y se sentó en un peldaño, cerca de un desmonte. No veía nada, solo burbujas imaginarias de sangre de un rojo oscuro, que estallaban en el aire soleado. El mismo retumbo martilleante que

siempre la despertaba por las mañanas volvió ahora a resonar en sus sienes, con su acostumbrado vocerío de rebelión: «¡Useppe! ¡Useppe!». Sintió un dolor agudo en la cabeza, tan fuerte que se palpó entre los cabellos con los dedos, recelando encontrárselos empapados de sangre. Pero los tiros de antes no lo habían herido, estaba incólume. De pronto se estremeció, ¡al no verse la bolsa al brazo!, pero la encontró allí al lado en el desmante, con la harina intacta casi hasta el borde; había perdido poca, afortunadamente, en su huida. Empezó entonces a buscar afanosamente el monedero, recordando por fin que debía de haber quedado en el fondo de la bolsa. Y lo recuperó febrilmente, ensuciándose todo el brazo de harina mezclada con sudor.

La bolsa, demasiado colmada, no cerraba. De un montón de basura que había por allí, en el suelo, recogió un trozo de periódico para esconder la harina saqueada, antes de encaminarse hacia el tranvía.

En casa, esa mañana, faltaban, amén del gas, también la electricidad y el agua. Pero Filomena, agradecida por un pequeño regalo de harina, se las arregló para hacerle la *péttala* (pasta) y hervirla con la suya, con la añadidura de un puñadito de habichuelas ya cocidas.

Otra dosis de harina Ida se la llevó consigo en su salida de la tarde. Ese día (como todos los jueves desde que habían cerrado las escuelas) tenía que ir a unas clases particulares en las cercanías de la Estación del Trastevere. Y pensaba, de regreso, llegarse hasta la calle Garibaldi, donde conocía a un tipo que a cambio de la harina le cedería carne para la cena de Useppe.

Este programa del día se le enmarañaba en la cabeza como un alambre. Era el día uno de junio y, curiosamente, fue como si al llegar esa fecha concreta toda la fatiga acumulada en el mes de mayo le cayese encima. Tras el susto de muerte que había pasado al escapar del camión, se encontraba de nuevo peor que antes, perdida y amilanada como un perro sin amo perseguido por

los laceros. Al dirigirse hacia la calle Garibaldi sintió que las piernas se le doblaban, y se sentó a descansar en un banco del jardincillo de este lado del puente. Su mente estaba distraída, de forma que apenas percibía confusamente unas voces que conversaban allí cerca, en el jardincillo o en la parada del tranvía, no muy alejada. El tema no era nuevo, se hablaba de un bombardeo que había habido ese mismo día, en el extrarradio: uno decía veinte muertos, otro doscientos. Ella tenía conciencia de estar allí sentada en el jardincillo, y al mismo tiempo se encontró corriendo por el barrio de San Lorenzo. Llevaba en brazos algo de sumo valor que debía de ser Useppe; pero, aunque le pesaba como un cuerpo, la cosa no tenía forma ni color. Y tampoco el barrio, que ahora estaba envuelto en una polvareda opaca, era San Lorenzo, sino un espacio ajeno, sin casas, también informe. No soñaba, y esto es tan cierto que percibía mientras tanto el estrépito del tranvía por los raíles, y las voces de los pasajeros en la parada. Pero sabía, al mismo tiempo, que se equivocaba: y que aquel estrépito no era el tranvía, sino otro sonido. Recobrándose con una sacudida, la avergonzó encontrarse con los labios flojos y la saliva cayendo por la barbilla. Se levantó indecisa, y solo al llegar a la mitad del Puente Garibaldi tuvo conciencia de estar encaminándose hacia la Judería. Reconocía la llamada que la tentaba desde allá y que esta vez le llegaba como una cantinela baja y somnolienta, aunque capaz de engullir todos los sonidos externos. Su ritmo irresistible se asemejaba a ese con que las madres acunan a las criaturas, o las tribus se llaman a congregarse por la noche. Nadie se lo ha enseñado, está ya inscrito en la simiente de todos los vivos sujetos a morir.

Ida sabía que el pequeño barrio estaba ahora, hacía ya meses, abandonado de nuevo de toda su población: los últimos contumaces de octubre pasado, vueltos a la chita callando a sus habitacioncitas, fueron desalojados en febrero, uno a uno, por la policía fascista al servicio de la Gestapo; y hasta los

sin hogar y los vagabundos lo evitaban... Pero en su cabeza, hoy, esas noticias se extraviaban entre las reminiscencias y hábitos anteriores. Si bien confusamente, se esperaba todavía encontrar, allí dentro, el acostumbrado hervidero de familias de pelo rizado y ojos negros por las calles, en los portales y en las ventanas. Y en el primer cruce se detuvo, perpleja, sin reconocer las calles ni las puertas. En realidad se hallaba en la embocadura de una calle muy frecuentada por ella en el pasado: estrecha en el primer tramo, se abre entre casas bajas en una plazuela y prosigue entre otras pequeñas ramificaciones hasta la plaza central. Su nombre, si no me equivoco, es via de Sant' Ambrogio. Y por allí, más o menos, Ida solía aparecer siempre en sus antiguos vagabundeos. Allí alrededor estaban las tiendecitas y los patizuelos y callejas familiares, donde se había ajetreado con sus compraventas y donde había oído a Vilma, «algo trastornada de la cabeza», las radioinformaciones de la Señora y de la Monja; y donde una vez se había enterado por una viejecita con sombrerito de la raza oficial de los mestizos; y otra vez se había encontrado con la comadrona Ezequiel... Era un circuito más minúsculo que cualquier minúscula aldea, aunque dentro se apretujaran, en familias de diez en cada cuartito, miles de judíos. Pero hoy Ida se arrastraba por allí como por un laberinto enorme sin principio ni fin; por muchas vueltas que diera, siempre se encontraba en el mismo punto.

Se daba vagamente cuenta de haber ido allí para entregar algo a alguien; más aún, sabía perfectamente el apellido de este: EFRATI, que iba deletreando para sí en voz baja para conservarlo en la memoria. Y buscaba a quién dirigirse en demanda de indicaciones. Mas no había nadie, ni un transeúnte. No se oía ninguna voz.

A los oídos de Ida, el perpetuo redoble de los cañones en lontananza se confundía con el retumbo de sus pasos solitarios. Apartado del movimiento del Lungotevere, el silencio de estas callejas soleadas aislaba sus sentidos

como una inyección narcótica, excluyendo a todo territorio poblado de los alrededores. A través de los muros de las casas se percibía extrañamente la resonancia de los interiores vacíos. Y ella seguía murmurando «Efrati, Efrati», confiándose a este hilo incierto para no perderse del todo.

Desembocó de nuevo en la plazuela de la fuente. La fuente estaba seca. De los decrepitos balcones y miradores de la calleja colgaban plantas muertas. En los pisos de las casuchas no había ya el acostumbrado empavesamiento de pantaloncitos, fajitas y otros trapos tendidos a secar; aquí y allá, de los ganchos de fuera colgaban aún las cuerdas rotas. Y alguna ventana tenía los cristales hechos añicos. Por las rejas de un bajo, dedicado antes a la reventa, se entreveía el local húmedo y oscuro, sin el mostrador y las mercancías e invadido por telarañas. Algún portal aparecía atrancado, pero otros, desfondados en los pillajes, estaban apenas entornados o semiabiertos. Ida empujó una puerta desvencijada de una sola hoja, y la cerró a sus espaldas.

El vestíbulo, de las medidas de un cuchitril, se hallaba casi a oscuras: y hacía frío. En cambio la escalerilla de piedra hundida y resbaladiza, recibía luz de una ventana a la altura del segundo piso. En el primer piso había dos puertas cerradas; pero una de las dos no llevaba algún nombre. En la otra, una cartulina pegada tenía escrito a pluma: «Familia Astrólogo», y en la pared, por encima del timbre, otros dos nombres a lápiz: «Sara Di Cave – Familia Sonnino».

A lo largo de la pared de la escalera, desconchada y cubierta de manchas, se leían varias inscripciones murales, en su mayoría de mano claramente infantil: «Arnaldo hace el amor con Sara – Feruccion es guapo» (y debajo, añadido por otra manita: «es gilipollas»), «Colomba hace el amor con L», «Viva el Roma».

Frunciendo el ceño, Ida examinaba todos los letreros, esforzándose por descifrar su propia razón confusa. La casa tenía en total dos plantas, pero la

escalerita le pareció bastante larga. Por fin, en el segundo rellano, descubrió lo que buscaba. En realidad, los EFRATI son incontables en la Judería de Roma. No hay escalera, cabe decir, donde no se encuentre alguno.

Aquí había tres puertas. Una, sin nombre y sin goznes, daba a un chiribitil carente de ventanas, con un jergón metálico y una palangana viejos en el suelo. Las otras dos puertas estaban cerradas. En una, había una plaquita con el nombre: «Di Cave», y encima, escritos en la madera, otros apellidos: «Pavoncello, Caló». Y en la segunda, un ancho pedazo de papel pegado decía: «Sonnino, EFRATI, Della Seta».

Con el cansancio que sentía, Ida no pudo resistir la tentación de dejarse caer en el jergón. Por la ventana rota de la escalera llegó el chillido de una golondrina, y ella se maravilló. Indiferente a los bombardeos y las explosiones, el animalito había surcado el cielo — con su frágil cuerpecito orientado sin error— como un sendero doméstico. Y en cambio ella, mujer, y mayor de cuarenta años, se encontraba perdida.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no ceder a las ganas de tumbarse en el jergón y quedarse allí toda la noche. Y seguramente semejante esfuerzo, en su estado de suma debilidad, le provocó entonces una alucinación auditiva. Primero la sorprendió un silencio irreal del lugar. Y en esto sus oídos, zumbantes por los ayunos, comenzaron a percibir voces. No fue en verdad una alucinación propiamente dicha, porque Ida se daba cuenta de que la fábrica de esas voces estaba dentro de su cerebro, más aun, ella misma no la advertía en otro sitio. Pero la impresión que recibía era que irradiaban en sus canales auditivos viniendo de una dimensión imprecisa que no pertenecía ni al espacio externo ni a sus recuerdos. Eran voces ajenas, de timbres distintos aunque fundamentalmente femeninos, desligadas unas de otras sin diálogo ni comunicación entre sí. Y pronunciaban claramente frases, ora exclamativas

ora distendidas, aunque todas de común trivialidad, como retazos fortuitos de la vida ordinaria de todos los días:

«¡Estoy en la azotea recogiendo la ropa!»... «Si no terminas los deberes, ¡no sales!»... «Mira que esta noche se lo digo a tu padre»... «Hoy reparten cigarrillos...» «Está bien, te espero, pero date prisa!...» «¿Dónde te has metido, todo este tiempo?...» «¡Ya voy, mamá, ya voy!» «¿En cuánto me la deja?» «¡Me dijo que echara ya la pasta!...» «Apaga esa luz, que la electricidad no la regalan...»

Este fenómeno de las voces es bastante común, y a veces lo experimentan también las personas sanas, más a menudo cuando están a punto de dormirse y tras un día fatigoso. Para Ida, no era una experiencia nueva; pero con su actual fragilidad emotiva la trastornó como una invasión. Las voces en sus oídos, antes de apagarse, empezaron a hacerse eco entre sí, encabalgándose con ritmo tumultuoso. Y en esta prisa semejaba advertir una sensación horrible, como si sus pobres cotilleos se escucharan desde una eternidad confusa hacia otra eternidad confusa. Sin saber lo que decía, ni por qué, Ida se encontró murmurando para sí, con la barbilla temblorosa, como un niño a punto de llorar:

—Están todos muertos.

Lo dijo con los labios, aunque casi sin voz. Y ante este susurro, advirtió dentro del silencio un peso, como una sonda acústica que se hundiera en su memoria. Logró entonces asociar que había ido allí hoy para entregar el mensaje recogido en el tren el 18 de octubre, en la estación Tiburtina; y empezó a hurgar con dedos inquietos en los compartimientos de su bolso, donde lo tenía guardado desde aquel día. En el papelito, chafado y sucio, lo escrito a lápiz se había borrado casi del todo. Se leía a duras penas: «Ven a Pacificho Efrati [...] familia [...] liras deuda. El resto era ilegible.

Le entró un ansia de irse de aquel lugar. Al buscar el monedero, había visto

en el fondo del bolso el cartucho de harina que metiera al salir de casa; le recordaba un asunto impreciso pero urgente que debía solucionar antes de la noche... Salió al descansillo medio borracha. Los timbres eléctricos, en las dos puertas cerradas, no emitían el menor sonido; y entonces se dedicó a aporrear una y otra, al azar, a ambos lados del estrecho rellano. Sabía que llamaba sin resultado ni intención, y pronto desistió. Pero, mientras bajaba hacia el portal, los absurdos golpes en el vacío en vez de cesar se volvieron contra ella, golpeándola entre la garganta y el esternón. El inservible mensaje de la estación Tiburtina quedó allá arriba, en el chiribitil, donde lo había dejado caer.

Entretanto se le volvió a pasar por la cabeza que debía subir sin demora a la via Garibaldi, a intentar cambiar la harina por un pedazo de carne para la cena de Useppe. Pero en esto la suerte acudió en su ayuda. En las cercanías de Portico d'Ottavia, aún en los bordes de la Judería, descubrió en un zaguán, en lo alto de tres o cuatro peldaños, una puerta entornada por la cual corría un hilo de sangre. Asomándose, encontró un zaquizamí, mal iluminado por un ventanuco interior, y dedicado en ese momento a matadero semiclandestino. Un joven en camiseta, musculoso, de cara huesuda y manos cubiertas de sangre, estaba en pie detrás de un banco, junto a una enorme maleta forrada de periódicos ensangrentados y partidos en pedazos con una hacheta y con las manos el cuerpo ya desollado y en canal de un cabrito. Tanto él como las contadas clientas querían darse prisa porque se acercaba el toque de queda. En un lado del banco, manchado y pringoso, había dos cabezas de cabritos ensangrentadas, y un montón de billetes pequeños dentro de una cesta.

En el ambiente flotaba un olor dulce y tibio, que daba náuseas. Ida se acercó caminando insegura, tan intimidada como si viniese a robar. Y, sin decir palabra, con la boca fruncida y rasgos trémulos, dejó en el banco su cartucho de harina. El joven lo examinó apenas, con ojos casi torvos, y, sin

perder tiempo en discusiones, le arrojó a cambio en las manos, envuelto en papel de periódico, el último pedazo del cabrito: una pierna y parte de la espaldilla.

Los transeúntes vaciaban la calle a toda prisa, pero Ida no se daba cuenta de la hora. En realidad, desde que se había medio amodorrado en el jardincillo, había pasado más tiempo del que pensaba. Ya sonaba el toque de queda, y al desembocar desde el Lungotevere en la piazza dell'Emporio se encontró, a su pesar, única transeúnte en un mundo despoblado. Ya estaban cerrando los portales aunque en ese momento ninguna patrulla vigilara los alrededores. El sol, que apenas comenzaba a ocultarse, parecía una estrella desértica y extraña, como los soles de medianoche. Y mientras bordeaba el Lungotevere, el río, atravesado al sesgo por la luz, se le mostró de un color blanco. Camino de casa no veía sino ese blanco líquido, cegador, en todo el aire; y se apresuró, recelando inquietamente haber caído en una especie de planeta exótico, aunque familiar a sus pasos. En su caminata sinuosa y revoloteante cuidaba de estrechar celosamente la bolsa con aquel pedazo de cabrito, cual una gorriona maltrecha que regresa al nido con un rico gusano. Y cuando, al otro lado, en la acera opuesta, reconoció su portal, alzó los ojos llenos de gratitud para buscar en los pisos las ventanas de su casa. A sus ojos, todas esas ventanas se mostraron como hendiduras negras en el frente de un iceberg. El portal se estaba cerrando. Al correr hacia allá, su cuerpo, por la debilidad, se había vuelto ingrávido.

Esa noche, después de tanto tiempo sin soñar, tuvo un sueño. Sus sueños, normalmente, eran coloreados y vividos, pero esta vez en cambio era en blanco y negro, desenfocado como una vieja foto. Le parecía hallarse en el exterior de un recinto, algo así como un vertedero abandonado. No había sino montones de zapatos, maltrechos y polvorientos, que parecían desechados hacía años. Y ella, allí sola, iba buscando afanosamente en el montón un

zapatito de pequeñísimo tamaño, casi de muñeca, con la sensación de que, para ella, tal búsqueda tenía el valor de un veredicto definitivo. El sueño carecía de trama, solo esta única escena; pero, aunque sin continuación, ni explicación, semejaba narrar una larga peripecia irremisible.

A la mañana siguiente, por primera vez desde hacía muchos meses, Ida no tuvo ánimos para levantarse pronto. Ni pudo resolverse a nada, salvo, hacia las once, a un segundo e inútil peregrinaje a la pagaduría por si hoy la ventanilla de pagos hubiese abierto.

A su regreso, Filomena la convenció de que comiese un plato de *pèttola*. Perdido el estímulo del hambre, engulló los primeros bocados a regañadientes, pero después consumió el resto con tal voracidad que al poco rato el estómago, desacostumbrado, le provocó conatos de vómito. Entonces se tumbó boca arriba en la cama, con los ojos desorbitados por el esfuerzo de contenerse, y de evitar semejante derroche de la valiosísima pasta.

Hacía un tiempo espléndido, ya estival, pero sentía un gran frío y una somnolencia continua que de vez en cuando la derribaba violentamente en la cama. En aquellos sopores, volvía a ver, en un pasado remotísimo, a esa otra Ida que hasta ayer trotaba y galopaba por las calles como un corredor, y se agazapaba, y robaba... «¡Una maestra de escuela! ¡¡¡Una profesora!!!», se decía, estremeciéndose con esta última visión. Y ya se veía acusada, llevada a los tribunales: entre los jueces estaba la directora de su escuela, el inspector, el general en jefe de las Fuerzas Alemanas, y algunos uniformes de la PAI. Este estado también perduró los dos días siguientes. Ahora sentía un gran calor, la garganta seca. Estaba febril. De cuando en cuando, sin embargo, la refrescaba un airecillo como de hojas o de pequeñas alas que batían cerca de su cara:

—¡Eh, ma!, ¿po qué duermes tanto?

—Ahora me levanto... ¿Has comido?

—Tí. Filomena me ha dado *pèttola*.

—Debes decir «doña» Filomena... ¿Le diste las gracias? ¿Eh?

—Tí.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije: «¿Puedo gustar?» y ella me dijo: «¡Ten!».

—«¿Puedo gustar?» ¿Le dijiste eso? No hay que hacerlo..., ya te he dicho que no hay que pedir... Pero, después, ¿le agradeciste las molestias, al menos?

—Tí-tí. Pimero le dije: «¿Puedo gustar?», y luego le dije: «Adiós».

Por esos días Filomena y Annita estaban contentas, porque Santina había leído en las cartas que pronto llegaría la paz y se tendrían noticias de Giovannino. En cambio Tommaso, el cabeza de familia, era pesimista. Contaba haber oído, en el hospital, que los alemanes pretendían resistir a ultranza, y que en cualquier caso primero harían saltar todas las famosas minas; y que hasta el Papa se preparaba a huir con la «flota vaticana» en un avión blindado, con rumbo desconocido.

Por todas las carreteras de alrededor de Roma retumbaban los transportes militares y bandadas de aviones. Hacia los Castelli, no se veía sino una enorme humareda. La noche del 3 de junio, Tommaso, muy aficionado a los partidos de fútbol y seguidor del equipo del Lazio, regresó a casa más acoquinado que nunca; como si no bastara con todo lo demás, había ocurrido un caso inaudito: el Tirrenia había eliminado al Lazio. Y, así, este quedaba excluido de la final, favoreciendo al odiado rival, el Roma.

A partir de hoy Tommaso estaba de vacaciones, al no poder llegar al hospital, porque, como primera medida, habían prohibido cruzar los puentes sobre el Tíber. Conque la ciudad quedaba dividida en dos territorios, que no podían comunicar entre sí. Con la noticia, en la pobre mente afiebrada de Ida

la topografía real de Roma se confundió e invirtió. Todos sus itinerarios urbanos, no solo la escuela, en el Gianicolense y en el Trastevere, sino también Tordinona y San Lorenzo y la pagaduría, se le aparecían a partir de hoy como inalcanzables, situados al otro lado del río. Y la aldehuela de la Judería se le alejaba a una distancia nebulosa, al otro lado de un puente de millas y millas de largo.

Tommaso dijo también haber visto desfilar, desde la piazza Venezia y a lo largo del corso, una interminable procesión de camiones abarrotados de soldados alemanes negros de hollín y manchados de sangre. La gente los miraba y no decía nada. Ellos no miraban a nadie.

La noche del 4 de junio, por falta de luz eléctrica, todos se acostaron temprano. El Testaccio estaba en calma bajo la luz lunar. Y de madrugada los Aliados entraron en Roma. De improviso se alzó un gran clamor por las calles, como si fuera Año Viejo. Las ventanas y portales se abrieron de par en par, empezaron a desplegarse banderas. Ya no quedaban alemanes en la ciudad. Desde arriba y desde abajo se oía gritar: «¡Viva la paz! ¡Viva América!».

El abuelo, despertando sobresaltado, empezó a acongojarse:

—¡Ay, madre! ¡Ay, madre! — Gargajeó en la palangana—. ¡Ay, madre!
¡Ay, madre!

—Hijo, hijo..., ¿qué dices?

—Yo quisiera... Rruhuhur... Ay, madre... Hijo, hijo... Ay, madre...
Ayúdeme... Ayúdeme usted... Aquí los alemanes... Ay, madre, los
alemanes... Los alemanes nos vuelan uuuhrrh... Rrrrru-huhu... Me matan...
Desnudo y aperreado... Rrhu...

Hubo movimiento en la casa.

—¡Los americanos! ¡¡¡Han llegado los americaanos!!!

Useppe, electrizado, correteaba descalzo en la oscuridad.

—¡Ay, ma! ¡Ay, maaa! ¡Los lamemicanos! ¡Están los la... memicanos...!

En sueños, Ida se encontraba en Cosenza, de niña, y su madre insistía en llamarla para que se levantase, era hora de ir a la escuela. Pero fuera hacía frío, y a ella la espantaba ponerse los zapatos porque tenía sabañones en los pies.

Demasiado cansada para levantarse, rezongó un poco y volvió a sumirse en el sueño.

Tras el asalto al cargamento de harina, Ida se sentía incapaz de regresar al barrio de San Lorenzo, convertido para ella en el propio centro del miedo. Sin embargo, transcurridas dos semanas desde que se abrieran de nuevo las carreteras sin noticias de Ninnarieddu, se aventuró hasta la taberna de Remo.

Allí se enteró de una sorprendente noticia: Nino había estado ya en Roma a primeros de junio, poco después de la entrada de los Aliados, pasando a hacer una rápida visita al tabernero, quien, naturalmente, le dio la dirección de su madre en el Testaccio. De salud estaba perfectamente, y contento, y había traído también buenas noticias de Carlo-Piotr, que estaba vivo y coleando y actualmente vivía con unos parientes (se trataba en realidad de su nodriza) en un pueblecito a medio camino entre Nápoles y Salerno. Los dos, tras haber superado juntos, incólumes, el paso de las líneas, habían conservado, e incluso reforzado, su amistad de guerrilleros, y a menudo tenían ocasión de encontrarse en Nápoles, donde Nino se ocupaba de importantes asuntos.

Estas eran, en todo y por todo, las noticias, pocas y expeditivas, que el tabernero le sacó a Nino, que estaba a bordo de un jeep militar, en compañía de dos suboficiales estadounidenses, y tenía mucha prisa. Desde ese día, el tabernero no lo había vuelto a ver.

Después de esta información tranquilizadora, Ida no supo más de Nino hasta finales de agosto. Ese mes, llegó una postal suya con el sello de Capri y la foto en color de un lujoso edificio llamado Quisisana Grand Hôtel.

Equivocándose, los destinatarios fabularon que Nino se alojaba en aquel edificio. En el lado de la correspondencia, entre otras muchas firmas de desconocidos, él, sobre su propia firma, Nino, había escrito solo: «See you soon». La frase resultaba indescifrable para los presentes: quien la juzgaba americana, y quien, más bien, japonesa o china. Pero Santina, que ahora vendía sus favores a los militares aliados, consultó a un sículo-estadounidense al respecto. E informó, de parte de este, que la frase quería decir, más o menos, «Pronto nos veremos».

No obstante, se llegó al otoño en medio de un silencio total de Ninnuzzu, quien, a decir verdad, durante esos meses estuvo en Roma más de una vez, de un lado para otro. Pero, como llegaba siempre de paso y estaba demasiado ocupado con ciertos tráficos presurosos, hasta ahora se había olvidado de informar tanto a su amigo el tabernero como a su madre.

Mientras tanto, los ejércitos aliados, desembarcados en Normandía, habían desencadenado el ataque a los alemanes en Europa para reconquistar Francia, y en agosto entraron en París con el general De Gaulle. En todos los países sometidos a los alemanes progresaba la rebelión, mientras que los ejércitos rusos avanzaban desde Oriente. Y en Italia, después de Roma, los Aliados habían tomado Florencia, parándose en la Línea Gótica, donde actualmente estaba detenido el frente.

Otros acontecimientos de ese verano: no mucho después de la liberación de Roma, Annita, encontrando un medio de transporte, aprovechó para visitar sus montañas, donde la casucha de la familia, y las otras vecinas, estaban en orden, sin sufrir daños. Pero de todas las ciudades y pueblos del llano, o encaramados en las laderas, que antes se veían a lo largo del viaje no quedaba nada, según contó al regreso: en su lugar no había sino una gran polvareda. Sus suegros mencionaban esta o aquella localidad, pueblo, naranjal; y ella meneando la cabeza despacito, con ojos desconsolados repetía que por

doquier era igual: nada, solo la polvareda. Parecía que la extraña visión de esa polvareda se hubiera superpuesto a todas las demás impresiones de su viaje, hasta el punto de que casi no recordaba otra cosa.

El segundo acontecimiento fue, en agosto, la muerte del abuelo. Una de aquellas noches caniculares el viejo, por propia iniciativa, bajando de su catre de la cocina, se había acostado en el suelo, quizá para sentirse más fresco. Y por la mañana seguía allí en el suelo, tendido cuan largo era, rezongando para sí, sin fijarse en que sobre su cuerpo semidesnudo caminaba una fila de hormigas. El primero en entrar en la cocina, despertado con el alba, fue Useppe; estupefacto, remirando al viejo, había probado a ofrecerle la palangana para escupir, la silla, la botella de vino. Pero el viejo respondía solo rezongando empecinado, en el tono de quien lo rechaza todo, y no quería levantarse. Desde la cocina lo trasladaron esa misma mañana al hospital, de donde poco después, ya muerto, lo llevaron directamente al camposanto y lo depositaron en la fosa común. A Useppe, que preguntaba adónde había ido, le contestó Annita que había regresado a las montañas; y con la respuesta allí se quedó, perplejo, figurándose al viejo flaco, desnudo, cubierto de hormigas y sin siquiera las *ciocie* en los pies, trepando entre la famosa polvareda. Pero desde entonces no volvió a preguntar por él.

A Ida, mientras tanto, después de la inevitable confusión de los servicios, la pagaduría había vuelto a pagarle los sueldos en billetes de banco de un tipo nuevo, llamados am-liras. No obstante, a pesar de esas am-liras le resultaba difícil conseguir comida todos los días; aunque robar, para ella, de ahora en adelante, quedaba excluido. El edificio de su vieja escuela, allí en el Testaccio, requisado antes por las tropas, había sido ocupado esos días por una sección de sudafricanos, que de cuando en cuando le proporcionaban a Tommaso Marrocco, a cambio de algún encargo, las sobras de su cantina. Y la casualidad quiso que Ida, gracias a Tommaso, encontrara un trabajo: clases

de italiano a un tipo de esa sección. Como jamás había dado clase antes a un adulto, Ida se sentía espantada ante semejante prueba; pero al principio creía que un sudafricano era un hombre de color negro, y este hecho, quién sabe por qué, la tranquilizaba un poco. Y en cambio se encontró frente a un hombre de piel blanca, rubio y pecoso; hablaba poquísimos, en una lengua incomprensible, y tenía con ella modales más bien rudos, como un sargento con un recluta. Era grueso y cuadrado de cuerpo, y lento en comprender; aunque en eso la culpa, creo, era más bien de la maestra, que en la hora de clase se apuraba y tartajeaba, llena de embarazo, y parecía boba. Las clases tenían lugar en el edificio de la escuela, en un local fresco de la planta baja, antes destinado a gimnasio; e Ida recibía en pago sobrecitos de sopa en polvo, latas de carne congelada, etcétera. El trabajo se interrumpió a finales del verano, con el traslado del sudafricano a Florencia, y esa siguió siendo, a partir de entonces, la única relación de Ida con los vencedores.

De Giovannino aún no se había tenido ninguna noticia. Conque Ida, a finales del verano, seguía ocupando, con Useppe, su cuartito de la via Mastro Giorgio. Una tarde, a últimos de septiembre, recibió allí una visita inesperada: Carlo.

Se presentó en busca de Nino, asegurando que este llevaba unos días en Roma, aunque sin una dirección concreta. Y contaba con encontrar allí, al menos, alguna indicación para localizarlo; pero al advertir que en la casa no estaban informados de nada, no ocultó su impaciencia por marcharse pronto anunciando con un refunfuño que debía coger el tren de Nápoles antes de anochecer.

Sin embargo, ante la ansiedad de Ida y las deferencias de los circunstantes, despedirse así, sin más, debió de parecerle demasiado grosero. Y se sentó como le pedían, cortado, ante la mesa del obrador a la que sacaron enseguida

vino blanco de Frascati. Useppe salió corriendo de su cuartito y gritó al reconocerlo:

—¡Carlo, Carlo!

E Ida, balbuciente por la sorpresa, lo había presentado a los otros:

—Don Carlo Vivaldi.

Pero él, sentándose con ademanes bruscos y severos, como si todos debieran saberlo ya, advirtió:

—Me llamo DAVIDE SEGRE.

En la habitación, amén de Ida y Useppe y las mujeres de la casa y la rapaza, estaban Consolata y otras dos conocidas, y además un hombrecillo de edad, amigo de la familia, cuya profesión era vendedor callejero de periódicos. Ida habría querido hacerle al huésped mil preguntas, pero ante su habitual actitud distante y cerril, se contenía. Y encima se avergonzaba de que Nino la hubiera dejado a oscuras y tan desprevenida que ella, su madre, debía informarse sobre él con un extraño.

El que en tiempos se había llamado Carlo, y después Piotr, y ahora Davide, se sentaba incómodo entre el pequeño tropel doméstico. Los presentes, que ya habían oído a Ida hablar de él, lo identificaron enseguida con el famoso partisano camarada del valiente Ninnuzzu, que había cruzado las líneas con él. Y por consiguiente lo trataban como a un huésped de supremos méritos, muy excitados con su presencia. Pero esos honores parecían embarazarlo aún más, y hasta herirlo y casi ensombrecerlo.

Seguía estando flaco, más o menos como entonces, pero en cierto modo parecía más joven que en la época en que vivía en Pietralata. Llevaba una camiseta blanca limpia, sobre unos pantalones, por el contrario, increíblemente sucios, de algodón azul de tipo marinero. Y aunque afeitado, y con el pelo cortado muy corto a su estilo primitivo tenía, en la cara y en todo el cuerpo, algo de cuidado y dejado. Tenía las uñas negras de suciedad y

pies costosos en las sandalias gastadas. Aunque Ida lo hubiera presentado con el tratamiento de «don», tenía más bien una pinta a medio camino entre gitano y proletario. Y la intensa tristeza de sus ojos parecía sumirse en una obstinación interna casi desesperada, como una incurable idea fija incubada en su interior.

No miraba a nadie, y entre los sorbos de vino, en vez de dejar el vaso, lo apretaba con manos nerviosas, y miraba fijamente al interior, con aire de interesarse más por el fondo de un vaso que por sus semejantes. A quien le solicitó algún relato de sus aventuras le respondió solo encogiendo un hombro, con una sonrisilla retorcida. Era, claramente, muy tímido; pero su silencio tenía algo de perverso, como si se negase a toda conversación para vengarse de la obligación cortés que lo había inducido, a regañadientes, a permanecer en aquella compañía. En el centro de la curiosidad y la solicitud general, se comportaba, ni más ni menos, como un sordomudo. Solo cuando Consolata y las Marrocco llegaron ineludiblemente a someterle el problema crucial de sus desaparecidos, alzó los ojos un instante y, con un choque de las mandíbulas, dijo con rotundidad seria y brutal:

—No volverán nunca jamás.

Todos enmudecieron. Y entonces el vendedor de periódicos, para distraer un poco a las mujeres de la terrible impresión, llevó la conversación rápidamente a Santina, quien prometiera ir inmediatamente después de comer a leer las cartas, pero que se hacía esperar. El hombrecillo, al respecto, adoptando un tono ameno, se lanzó a fáciles deducciones sobre los asuntos que podían retener a Santina, motivando su retraso. Y no lo hizo con términos vagos, sino concretos, y enriquecidos con alusiones vulgares, que apuntaban a un efecto cómico.

El susodicho Davide no demostró más interés por esta conversación que por las anteriores. Pero cuando Santina, al cabo de dos minutos, hizo su

aparición en la puerta, él, que hasta entonces no se había fijado en ninguna persona, la acompañó con la mirada mientras daba unos pesados pasos hacia la mesa y siguió mirándola, entre las pestañas un poco bajas, incluso después de que ella se sentase, encontrándose casi frente a él. Gracias al tropel de soldaditos y soldadotes no muy remilgados que en esos meses llovían sobre Roma desde todos los continentes, Santina gozaba ahora de cierta fortuna comparada con su habitual suerte; y había ido a la peluquería a ondularse el largo pelo suelto, en parte gris; pero, en todo lo demás, no había cambiado. Nadie se preocupó de presentarla a Davide; ni ella pareció reparar en aquellos ojos negros, que la miraban a hurtadillas con terca selvaticidad. Pero en el momento en que sus manos estropeadas de lavandera, gruesas y nudosas, se disponían a barajar las cartas preparadas por Annita, Davide se levantó, decidido, anunciando:

—Tengo que irme.

Inmediatamente después, dirigiéndose a ella, le propuso, o mejor dicho casi le ordenó con arrogancia, aunque se hubiese ruborizado como un chiquillo:

—Por favor, ¿me acompaña? Falta aún hora y media para la salida de mi tren. Después, puede volver aquí para las cartas.

Había hablado sin ambigüedad, aunque no había la menor falta de respeto en su tono; más aún, con las últimas palabras, tenía casi el aire de implorar una caridad. Los ojos lentos y dóciles de Santina se movieron a duras penas en su dirección; lanzó una sonrisita incierta, mostrando en la encía superior el hueco del incisivo.

—Váyase, váyase con el señor, nosotros la esperaremos — la animó el vendedor de periódicos, con jovialidad cordial y un poco maligna—, la esperaremos, hasta que le acomode.

Ella siguió al joven con sencillez. Cuando el sonido de sus pasos

emparejados se desvaneció escaleras abajo, en el obrador hubo comentarios diversos, aunque todos, más o menos, insistían en el tema principal: «¡Un chico tan guapo, y se va con esa zapatilla vieja!».

Entretanto, la zapatilla vieja guiaba a este cliente inesperado a su tugurio al borde del Portuense, no muy distante de Porta Portese. Vivía en la planta baja de una construcción aislada de mampostería, de dos pisos, además del bajo (los dos pisos parecían un añadido más reciente, aunque ya maltrechos y caducos), al fondo de un solar, pasadas unas chabolas con huertas. Se entraba directamente desde la calle, por una puertecita sin placa ni timbre, y el interior, un único cuartucho húmedo, daba por un lado a una especie de basurero, visible por un ventanuco enrejado, que por lo demás estaba siempre tapado por una cortina. En el mismo lado del ventanuco había una cama de madera, no muy amplia, sobre la cual velaban dos estampas: una era la consabida y repetida imagen del Sagrado Corazón, y otra la figura de un santo de pueblo, con báculo y ornamentos, y una aureola en torno a la mitra episcopal. La cama estaba cubierta con un damasco de algodón rojizo, y tenía a los pies una alfombrita barata de estilo oriental, reducida casi a la trama.

El resto del mobiliario consistía en un sillón con los muelles medio fuera, y una mesilla de noche con una muñeca de celuloide vestida de tul, una pequeña sartén y un hornillo eléctrico. Bajo la mesilla había una gran maleta de fibra, que servía también de armario, y encima, colgado de la pared, había un vasar.

En un rincón de la estancia pendía una cortina del mismo tejido rameado y con rayas del ventanuco, e igualmente raída. Detrás se encontraba un pequeño lavabo de hojalata, con jarra, palangana y cubo, una toalla limpiísima colgada de un clavo, y hasta un bidé en el suelo, también de hojalata.

El retrete, en común con los otros inquilinos de los pisos de arriba (Santina era la única vecina del bajo), se encontraba situado en el exterior, en el

patizuelo de la entrada principal. Para ir a él, había que salir a la calle y rodear la construcción hasta el portal de entrada. De todos modos, en el cuartucho, debajo de la cama, había un orinal, que también se podía vaciar directamente en la calle.

Santina no quiso desnudarse, quitándose solo los zapatos antes de extenderse bajo la colcha al lado de él, quien ya se había quedado desnudo. Estuvieron juntos cerca de una hora, y en esa hora Davide se desató con una agresividad animal, ávida y casi frenética. Pero, en el momento de despedirse, contempló a Santina tímidamente, con una especie de enternecida gratitud, aunque durante toda aquella hora siempre había evitado mirarla, volviendo hacia otro lado sus ojos sombríos y solitarios en medio de la furia de su cuerpo. Le dio todos los cuartos que tenía (pocos), rebuscándolos en el bolsillo del pantalón (donde llevaba también el billete de ida y vuelta Nápoles-Roma) y al amontonárselos en la mano, todos arrugados como papelotes, se disculpó con ella, avergonzado, por no poder pagarle mejor. Pero después, comprobando que se le había hecho tarde, tuvo que pedirle la devolución de algún dinero suelto, necesario para el tranvía hasta la estación. Y semejante petición le hizo ruborizarse mortificado, como una culpa difícil de perdonar; Santina, en cambio, durante el pequeño trueque, parecía casi disculparse a su vez, con el estupor de sus ojos obedientes, porque en realidad el dinero recibido (aunque poco) era más del doble de su tarifa habitual.

De todos modos, él se apresuró a comunicarle que, tras la liberación del norte, tendría más dinero que ahora, por lo que podría pagarle bastante mejor. Entretanto, aunque fuera con los pocos cuartos que podía conseguir por ahora, cada vez que cayera por Roma regresaría a buscarla.

Ella lo acompañó a la parada del tranvía, con la duda de que, poco familiarizado con el barrio, se perdiera. Después, con el peso de su cuerpo ajado y paciente, subió a casa de los Marrocco; mientras él, traqueteado entre

el gentío del tranvía, se abrió paso a fuerza de empujones, inquieto como un luchador sin estilo.

La reaparición de Carlo-Davide, como un correo, precedió en poco a la de Nino. Apenas dos días después, a primera hora de la tarde, Ninnarieddu se presentó a su vez en casa de los Marrocco; y su visita fue lo contrario de la de Davide, aunque igualmente breve.

Como en la puerta de la casa estaba la placa MARROCCO, él, antes de llamar, gritó exaltado:

—¡Useppe! ¡Useppe!

Pero se daba la casualidad de que Useppe, en vista del preciosísimo día de sol, había salido de paseo con Annita, y al saberlo Nino se disgustó, tanto más cuanto que podía quedarse muy poco. Le había llevado a su hermanito varias tabletas de chocolate americano y se las puso allí en la estantería con expresión contrariada. Entonces Filomena envió a toda prisa a la rapaza a localizar a los dos, que por otra parte no debían de andar lejos: probablemente se habían quedado en los jardincillos de la piazza di Santa Maria Liberatrice. Pero, tras una desaparición velocísima, la rapaza reapareció al vuelo, tan deprisa que parecía que se comiese la respiración: los había buscado a las dos en los jardincillos y en la plaza, sin hallarlos. En verdad, se había resignado de mala gana al recado, ansiosa de no perder ni una chispa de aquel nuevo huésped tan deslumbrante. Nunca, salvo entre los héroes del cine, había visto un tipo tan estupendo.

De pelo rizado, alto, bien formado, osado, elegante, estaba bronceado por el sol y vestido a la americana. Llevaba un chaleco de cuero a la americana, hasta la cintura, con camisa y pantalones de paisano, pero de tela militar americana. Los pantalones bien planchados, sujetos por un magnífico cinturón de cuero y estrechos de pernera, terminaban en unas botas de piel

natural, de esas arrogantes, del tipo que se ve en los *western*. Y por la camisa abierta se veía bailar sobre el pecho una cadenita de oro, con un corazoncito de oro colgando.

La epopeya de sus proezas, ya legendaria en la familia, pasaba y volvía a pasar por dentro de sus ojos, con figuritas móviles y descaradas. Y hasta en sus manos se adivinaban destrozos y riesgos; tanto que, cuando se acercaba casualmente, la rapaza se echaba rápidamente algo hacia atrás, riendo despavorida, con pinta de invocar: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Este me pega!».

Y, sin embargo, se adelantó, con aire de impertinencia y hasta de desafío, para que le enseñase de cerca un grueso anillo de alpaca que llevaba en la mano. En el sello estaban grabadas las letras «A. M.» (Antonino Mancuso).

—Son — le explicó él— mis iniciales.

Ella se sumió en la contemplación del anillo, con la gravedad de un entendido que examinase el tesoro del Gran Kan. Y de repente escapó al otro lado de la mesa, riéndose como loca de su propia audacia sin nombre, que le destrozaba el corazón.

A él no le dio tiempo a explayarse sobre sus grandes hazañas bélicas y las aventuras de los últimos meses. Aunque se notaba, por lo demás, que para él eran ya acontecimientos antiguos, sobre los cuales volvía apenas de pasada, y distraídamente, demasiado embargado por el hoy, e impaciente por correr al inmediato mañana. Cuáles eran las importantes ocupaciones que actualmente lo absorbían seguía siendo un acertijo, e incluso disfrutaba, al respecto, haciéndose el misterioso.

Le desagradó saber que Carlo-Davide había estado buscándolo inútilmente, pero se resignó de inmediato, sacudiendo los rizos y diciendo:

—Lo veré en Nápoles.

Y se divirtió contando chistes, silbó motivos de canciones, y a cada

momento se echaba a reír como un jilguero. Todos estaban excitados por su jovial presencia.

En verdad, actualmente, cuando comía y bebía a voluntad, y era libre de hacer cuanto le petara, Ninnuzzu estaba como una rosa; y en esta presente estación de su floración su placer más intenso era gustar a todos. Aunque fuera al barrendero, a la monja mendicante, a la frutera, al policía, al cartero, al gato; también a ellos. Y hasta las moscas, si acudían a posarse en él, quizá querían decirle: «Me gustas». Y como le gustaba tanto gustar, se mostraba siempre fogoso, endiablado y loco cual si jugase con un globo irisado. Él lo lanzaba, y los otros lo agarraban y se lo volvían a lanzar; y él daba un salto y lo atrapaba. Ahora bien el exceso de exhibicionismo, en este partido suyo, era fatal; pero asomaba de vez en cuando una especie de pregunta ingenua, trémula y propiciatoria. La siguiente (más o menos): «Bueno, ¿os gusto? ¿Sí o no? Ah, decidme que sí, me gusta demasiado gustaros...», y entonces en sus ojos, en su boca agresiva y caprichosa, a floraba la sombra de una amenaza: «Si me decís que no, me destrozáis. Quiero gustaros. Sería una cabronada destrozarse a un chico de este modo...».

Esta nota hacía que le perdonasen su vanidad, y nadie se le resistía. Hasta el vendedor de periódicos (que a esas horas aparecía siempre por casa de los Marrocco para tomarse un vaso de vino en compañía), de buenas a primeras dio un puñetazo en la mesa y le dijo a Ida, con voz casi tonante:

—¡Este hijo suyo es un tipo de primera!

Y una clienta viejecita de unos setenta años, que había ido a probarse su chaqueta nueva, se sentó para disfrutar del espectáculo y susurró al oído de la madre:

—Yo, señora mía, ¡me lo comería a besos!

La propia Ida, que seguía enfadada con él por diversos motivos, de vez en

cuando prorrumpía en una risita brillante, que pretendía señalar: «¡Yo lo he tenido, a este! ¡Soy yo quien lo ha tenido!».

De momento, al contar que se había pasado el verano bailando, quería enseñar a las mujeres presentes ciertos nuevos bailes, y a la rapaza, del gran miedo de que la abrazase, poco le faltó para meterse debajo de la mesa. Pero él, por fortuna, olvidándose de bailar, encendió un pitillo con un mechero americano (o inglés) al que llamaba el Cañón. Y con tal motivo ofreció tabaco a todos alargando a unos y otros, incluida la viejecita, su cajetilla de Lucky Strike americano. Pero como el único de los presentes que fumaba era el vendedor de periódicos, le regaló la cajetilla entera, salvo un solo pitillo que se guardó de reserva, colocándose ostentosamente en la oreja. Y entonces, para hacer una gracia, se puso a imitar los gestos de un mafioso.

Mientras tanto, cada dos minutos se dedicaba a refunfuñar por la ausencia de Useppe, hasta que declaró enfadado que no podía esperarlo más. Estaba claro que el motivo más importante de su venida había sido sorprender a su hermanito, y entregarle el chocolate americano; y se enfurecía en serio y sufría, por su proyecto esfumado.

—¿Bajo otra vez a la plaza, a ver? — se le ofreció rapidísimamente la rapaza, con la esperanza de retenerlo un poco más.

—No, ya es tarde. No puedo entretenerme más — contestó con los ojos en el reloj.

Y, tras haberse despedido de todos, echó a andar para irse; entonces se le pasó una idea por la cabeza. Resopló, medio amoscado, y con dos rápidos pasos hacia su madre, le puso delante de regalo, grandiosamente, un puñado de am-liras. Tan atontada quedó con este hecho sin precedentes que ni le dio las gracias. Y en cambio lo llamó cuando ya estaba en la puerta, pues antes había olvidado hacerse repetir (con objeto de evitar malos entendidos) el

nuevo nombre y apellido de Carlo Vivaldi, que no había entendido bien el otro día.

—¡Davide Segre! ¡Son nombres de judío! — explicó él. Y agregó, con tono orgulloso y complacido— : Yo sabía hacía mucho que era judío.

Y en estas, en un relámpago, algo cómico y curioso se le pasó por la cabeza, deteniéndolo en la puerta y cosquilleándolo, con el ansia de una comunicación inaplazable; hasta el punto de que, pese a sus prisas por marchar, corrió hacia atrás casi brincando:

—Ah, ma, tengo que decirte una cosa — profirió mirando de soslayo a Ida divertido—, pero es privada. Te la tengo que decir a solas.

¿Qué podría ser? Ida no sabía qué diablos esperarse de él. Se lo llevó a la habitacioncita y cerró la puerta. La arrastró hasta un rincón, hirviendo de bulliciosa impaciencia:

—¿Sabes qué me han dicho, ma?

—¿...?

—Que tú ERES JUDÍA.

—... ¿Quién te lo dijo?

—Ah, yo ya me lo estaba oliendo, ¡eh, ma! Alguien, de aquí de Roma, me lo dijo. Pero no pienso decirte quién fue.

—¡Pues no es cierto! ¡No es cierto!

—¡Ah, ma! ¿Es que estamos aún en tiempos de Poncio Pilatos? ¿Qué más da que seas judía?

Se lo pensó un instante y luego añadió:

—También Carlos Marx era judío.

—...

Ida, sin resuello, temblaba como una pajita al viento.

—¿Y papá? Él, ¿qué era?

—No. Él no.

Después de esto, Ninnarieddu se quedó un rato reflexionando, aunque sin demasiado ahínco.

—A las mujeres — observó— no se les ve cuando son judías. Y en cambio a los varones se les ve, porque de niños les cortan la punta del pito. — Y entonces concluyó, a modo de comprobación indiferente—: Yo no soy judío. Y tampoco Useppe.

Y sin más demoras, escapó. Al poco rato la viejecita se despidió a su vez, mientras el vendedor de periódicos fumaba tan contento sus Lucky Strike. La máquina de coser, accionada por la rapaza, empezó a armar más ruido del habitual, y Filomena volvió a marcar con jaboncillo una pieza de lana marrón desplegada sobre la mesa.

Un cuarto de hora después regresaron Annita y Useppe. Habían estado mirando los caballitos en la piazza dell'Emporio y por el camino de vuelta Annita le había comprado a Useppe un cucurucho de helado, que él estaba lamiendo aún cuando entraron. Ida, tras el diálogo con Ninnarieddu, se había quedado en su cuarto; y la rapaza, que hoy no tenía ganas de cantar ni siquiera «Gozo tormendo», al entrar ellos alzó de la máquina dos ojitos lerdos y entristecidos, y anunció de inmediato a Useppe:

—Ha estado tu hermano.

Perplejo, Useppe siguió lamiendo mecánicamente su cucurucho, aunque ya sin notar el sabor.

—¡Tu hermano! ¡Nino! ¡Ha estado aquí! — repitió la rapaza.

Useppe dejó de lamer el cucurucho.

—... Y ahora, ¿adónde se ha ido?

—Tenía prisa. Se marchó.

Useppe corrió a la ventana de la calle. Se veía pasar solo una camioneta abarrotada de gente, y además el camión de los helados, un grupito de

militares aliados con sus «señoritas», un jorobado viejo, tres o cuatro chavales con un balón, y nadie más. Useppe se volvió de prisa hacia la habitación:

—Voy a bajar... a llamarlo... ahora... voy yo ... — declaró con desesperada pretensión.

—¿Y dónde lo buscas, eh, macho? ¡A estas horas ya estará en Nápoles! — le avisó, fumando, el vendedor de periódicos.

Useppe echó a su alrededor una mirada perdida e inconsolable. De pronto su carita pareció apabullada, y comenzó a temblarle la barbilla.

—¡Mira qué te ha traído! ¡Chocolate americano! — le dijo el vendedor de periódicos para consolarlo.

Y Filomena, cogiendo las tabletas del estante, se las puso en los brazos. Él las estrechó contra sí con una expresión de desconfianza casi amenazante, aunque ni siquiera las miró. Sus ojos, con la tristeza, se volvieron desmesurados. Tenía un churretón de nata en la barbilla y seguía estrechando entre los dedos sucios el cucurucho del helado, que mientras tanto se le había disuelto en la mano.

—Dijo que volvería pronto, ¿verdad, madre? Eso dijo, que volvería pronto, ¿no? — se volvió, guiñándole un ojo a escondidas, Annita a Filomena.

—Claro, claro. Seguro. Dijo que este sábado, o lo más tarde el domingo, viene por aquí.

Y en cambio al despreocupado Ninnarieddu solo reapareció en el mes de marzo del año siguiente, nada menos. En todo este intervalo no recibieron ni una postal de él. El camarada Remo, nuevamente consultado por Ida, dijo que desde su famoso encuentro de junio no le había vuelto a ver; según él, cabía suponer que hubiera vuelto a luchar con los partisanos del norte, quizá en las brigadas de asalto Garibaldi... Pero después, a través de Davide, que de cuando en cuando reaparecía a visitarla, Santina se enteró de que Ninnuzzu,

en cambio, se había juntado con unos napolitanos, y recorría con ellos en camión toda la Italia liberada, haciendo contrabando de mercancías. En diversas ocasiones había estado en Roma, aunque siempre corriendo y, por así decirlo, de incógnito. Santina fue incapaz de referir más que esto de parte de Davide, que, ahora, se mostraba menos taciturno con ella; más aún, a veces se entregaba a disquisiciones, en su tugurio, en especial si había bebido. Y entre sus diversos temas, uno de los más fervorosos era Nino. Pero Santina no entendía casi nada de las conversaciones de Davide, si bien, con su habitual paciencia sumisa, fuera capaz de quedarse escuchándolo en silencio una hora entera. Davide, para ella, seguía siendo un tipo oscuro, irregular e inexplicable; casi de un género exótico, como los marroquíes y los indios. Y, con respecto a Nino, nunca había visto personalmente al famoso héroe, al no encontrarse allí el día de su visita a los Marrocco. Todos los comentarios que les oía a los demás podían dejarla maravillada, pero sin curiosidad. Y con su fantasía pobre y lenta conseguía retener, como máximo, unas cuantas y sustanciales noticias prácticas.

En cuanto se ponía a hablar de Nino, a Davide se le iluminaba la cara, como un chiquillo forzado a una larga clausura por quién sabe qué abstrusas tareas, cuando de repente le abren la puerta y puede volver a correr. Y como si hablase de un Vesubio o de un torrente, a los que no se juzga por lo que hacen, nunca criticaba las acciones de Nino, al contrario, las alababa con el máximo respeto, demostrando, a veces, una parcialidad palmaria con su amigo. Pero de esta parcialidad, libre y espontánea (como debida a los superiores méritos de As), parecía sacar siempre un placer inocente, y una especie de consuelo.

Según Davide, el camarada Remo no entendía en absoluto a Ninnarieddu, si había podido imaginárselo de partisano en el norte. Los partisanos del norte estaban organizados como un ejército, y eso ya desde el principio (en el

verano del 43) había enfurecido a Nino, al cual le resultaban antipáticos los oficiales y los galones, no respetando jerarquías, instituciones ni leyes; y si ahora se había entregado al contrabando, ¿no era por las ganancias, sino por la ilegalidad! En efecto, Nino, cuanto más crecía, menos se adaptaba al Poder; y aunque, a ratos (por alguna fatalidad interna), se le pegara cierto fanatismo hacia el Poder, no tardaba en derribarlo con extremado vilipendio: más aún, con doble placer. Nino era demasiado inteligente para dejarse cegar por ciertas estrellas falsas...

Y en este punto Davide, arrastrado por el tema, se entregaba a razonar a grandes voces, con apasionado énfasis... El Poder, explicaba a Santina, ¿es degradante para quien lo sufre, para quien lo ejerce y para quien lo administra! ¡El Poder es la lepra del mundo! Y el rostro humano, que mira hacia lo alto y debería reflejar el esplendor de los cielos, todos los rostros humanos, del primero al último, ¿están desfigurados por tal fisonomía leprosa! Una piedra, un kilo de mierda serán siempre más respetables que un hombre, mientras el género humano no esté inficionado por el Poder... En este tono se desahogaba Davide, en el cuartucho del bajo de Santina, gesticulando con brazos y piernas hasta desplazar y zarandear la manta de la cama. Y Santina se quedaba oyéndolo, abiertos sus ojazos sin brillo, cual si escucha en sueños, a un pastor calmuco o beduino recitarle versos en su lengua. Como Davide, con sus movimientos turbulentos, le quitaba casi todo el sitio en la cama, su ancho trasero sobresalía a medias por fuera; y sus pies cubiertos de sabañones estaban fríos bajo las medias, pero ella evitaba tirar demasiado hacia sí de la manta, por consideración a su amante. En verdad, en el cuartucho, donde en verano se disfrutaba de cierto grato frescor, en invierno la humedad goteaba por las paredes, como en el fondo de un sótano.

Mas el frío y el agua helada que provocan sabañones, la canícula que fatiga y hace sudar, el hospital y la cárcel, la guerra y los toques de queda; los

aliados que pagan bien y el chulo joven que le pega y arrebaña con todas sus ganancias; y este guapo chico que se emborracha de buena gana y habla y bracea y da patadas, y en la cama la destroza, pero es «bueno», ya que luego vacía siempre hasta el último céntimo de sus bolsillos; todos los bienes y todos los males: el hambre que hace caer los dientes, la fealdad, la explotación, la riqueza y la pobreza, la ignorancia y la estupidez... para Santina no son ni justicia ni injusticia. Son simples necesidades infalibles, de las que nadie da razón. Ella las acepta porque suceden, y las sufre sin ningún recelo, como una consecuencia natural de haber nacido.

... 1945

Enero

En Italia, como en los demás países ocupados, los nazifascistas multiplican las acciones represivas y genocidas, con innumerables asesinatos y devastaciones, matanzas de poblaciones enteras y deportaciones a los *Lager* o a las industrias del Reich (donde el número de trabajadores forzados, procedentes de toda Europa, supera actualmente los nueve millones).

En el frente oriental, los soviéticos reanudan la ofensiva a lo largo del Vístula, obligando a los alemanes a abandonar Varsovia y el resto de Polonia, y alcanzan los confines de Prusia. El Führer se traslada a Berlín, a su refugio antiaéreo personal (búnker), situado a veinte metros de profundidad bajo los edificios de la Cancillería.

Febrero

En Alemania, institución de tribunales que condenan a la pena capital a quien no esté dispuesto a luchar hasta la muerte.

En las cercanías de Yalta (residencia de verano de los zares), nueva conferencia de los Tres Grandes de las Potencias Aliadas (la Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos), en previsión de la inminente victoria. Se delinea el futuro orden mundial concordado entre los tres conforme al usual esquema de los bloques o «esferas de influencia» de las Grandes Potencias, cuyas respectivas porciones se dibujan ya sobre el papel.

Marzo

Desde su búnker subterráneo, cubierto por los escombros de la Cancillería bombardeada, el Führer ordena la destrucción de todas las instalaciones militares y civiles, de transporte, de comunicación, y de los establecimientos militares y de aprovisionamiento del Reich.

Bajo el avance de los soviéticos, que ya han desbaratado todo el frente hasta el Báltico, la población alemana, por carreteras devastadas y barridas por el invierno, huye hacia occidente, donde los Aliados avanzan victoriosos a lo largo del Rin.

Abril

El Führer ordena la defensa a ultranza de las ciudades alemanas, conminando a los transgresores con la pena de muerte.

Muere Roosevelt, presidente de Estados Unidos. Le sucede en sus funciones el vicepresidente Truman.

En Italia, los Aliados, desbaratada la Línea Gótica y ocupada Bolonia, avanzan rápidamente por el norte hacia Milán, donde las fuerzas alemanas en retirada abandonan la ciudad a los partisanos. Capitulación de los alemanes en todo el frente. Al intentar huir a Suiza disfrazado de alemán, Benito Mussolini es descubierto y capturado por los partisanos, y llevado a toda prisa al lugar de la ejecución, cerca de Como, junto con su amante, Claretta Petacci. Los cadáveres de los dos ajusticiados, con los de otros jefes fascistas, son expuestos ante el gentío, colgados por los pies, en una plaza de Milán.

En Alemania se desarrolla la gran ofensiva soviética que conduce al cerco de Berlín, en conjunción con el avance desde el Brennero de las fuerzas estadounidenses. Desde su búnker, Hitler (aún comandante supremo del ejército) sigue impartiendo órdenes febriles, que se traducirían, si todavía fuesen realizables, en la autodestrucción y el autogenocidio total del Reich

alemán. Mientras ya las primeras avanzadillas soviéticas entran en la derruida Berlín, Hitler se suicida en su búnker con su amante Eva Braun y con sus más estrechos partidarios. Su cadáver, quemado por los supervivientes a toda prisa, es identificado por los rusos.

En Yugoslavia, los partidarios de Tito liberan definitivamente al país de los nazis, que ya han evacuado Grecia.

Mayo

Con la rendición incondicional de Alemania cesan las acciones de guerra en el frente europeo. Entre las novedades de la industria bélica, las más recientes, experimentadas en este sector, son algunos productos perfeccionados de la propulsión a reacción, como el lanzaniebla alemán de cañones múltiples, con sus equivalentes órganos de Stalin soviéticos y, por último, las famosas armas secretas de Hitler, los misiles V2.

Junio-julio

En Italia se constituye el Gobierno Parri, formado por los seis partidos de la Resistencia, y dirigido por el CNL, que había asumido ya el control de los poderes. Sigue sin resolver — a la espera de un referéndum— el problema de la institución monárquica, cuya conservación propician el papado y los invictos mandantes del fascismo — todavía vivísimos y operantes entre bastidores—, con miras a una restauración ulterior.

En Roma es ajusticiado, fusilado por la espalda, el torturador Koch.

En Estados Unidos, sale de fábrica la primera bomba atómica, en cuyo proyecto — ya en marcha desde 1943— han trabajado secretamente miles de científicos y técnicos especializados.

En Extremo Oriente, Japón, que a pesar de las derrotas persiste en

continuar la guerra, recibe de Estados Unidos un ultimátum: rendición o destrucción total.

Agosto

Ninguna respuesta de Japón al ultimátum de Estados Unidos. El día 6 de este mes Estados Unidos lanza sobre Japón (ciudad de Hiroshima) una primera bomba atómica (energía liberada equivalente a veinte mil toneladas de trilita). El día 8, la Unión Soviética declara la guerra a Japón e invade Manchuria y Corea. El día 9, Estados Unidos lanza sobre Japón una segunda bomba atómica (ciudad de Nagasaki).

Con la rendición incondicional de Japón, concluye la Segunda Guerra Mundial. Cincuenta millones de muertos (más treinta y cinco millones de heridos y tres millones de desaparecidos).

Los Tres Grandes de las Potencias victoriosas se reúnen en la Conferencia de Potsdam, donde calculan las cuotas, o «esferas de influencia», correspondientes a cada uno de ellos en el nuevo reparto del mundo, proporcionales a sus respectivos medios de poder. Italia, en el nuevo trazado del mapa de Europa, viene a caer en la esfera de influencia angloamericana. Y, en lo demás, sigue siendo objeto de discordia Alemania, que de momento es dividida por los contendientes en dos zonas (Este y Oeste), con la capital, Berlín (Zona Este), partida en sectores entre las Potencias interesadas. Ya en el curso de la disputa empieza a caer entre las dos esferas opuestas de Europa el Telón de Acero, tendente a salvaguardar a Oriente del contagio occidental y viceversa, como un *off-limits* entre dos lazaretos contiguos.

En Asia, quedan por repartir los territorios coloniales convertidos en botín de guerra. Corea (antigua posesión del Imperio japonés) es dividida por el paralelo 38 en dos zonas de ocupación, soviética y estadounidense. E Indochina (antes bajo dominio francés) es confiada en el sur a la ocupación

británica; mientras que al norte del paralelo 16 es rescatada por el dirigente comunista del Movimiento de Liberación, Ho Chi-Minh, quien proclama la República libre de Vietnam.

En Italia, donde se procede a la pacificación nacional, se decreta el desarme de los Partisanos, con la aprobación de los comunistas.

Septiembre

Los bancos estadounidenses hacen saber a Italia que la ayuda económica de Estados Unidos (único recurso en la actualidad para la península extenuada y destruida por la guerra) se ve comprometida por la actuación del Gobierno Parri, en el que predominan las directrices de la izquierda.

Se inician en Indochina las reivindicaciones de los colonialistas franceses, con el envío de un cuerpo expedicionario que, desde el sur, protegido por los ingleses, parte a la reconquista armada del Vietnam.

Octubre-diciembre

En China, el abandono definitivo de las tropas japonesas ha puesto fin a la tregua entre los comunistas de Mao Tsé-Tung y un Gobierno nacionalista de Chang Kai-Chek, a quien favorecen todas las Potencias, incluida la Unión Soviética. Las negociaciones para un acuerdo entre las dos partes en favor de un Gobierno de coalición son interrumpidas por el estallido de una violenta batalla entre los dos ejércitos enfrentados, que termina con la victoria del Ejército Rojo y marca la ineluctable reanudación de la guerra civil.

En Italia, final del Gobierno Parri. Es elegido presidente De Gasperi (democristiano moderado), quien incluye en su Gobierno también a los comunistas, con Togliatti en el Ministerio de Gracia y Justicia. Uno de los primeros actos de este ministerio es el carpetazo definitivo a los procesos de

depuración contra los fascistas, siguiendo la línea de la ya iniciada pacificación nacional...

—¡Es el destino, que no lo veas nunca! — renegó Filomena cuando Santina, en la segunda visita de Ninnarieddu, llegó una hora después de que él se hubiera marchado.

Y, en efecto, nunca se encontraron; aunque por lo demás es de suponer que el encuentro entre ambos no hubiera surtido grandes efectos ni para la una ni para el otro.

Evidentemente, el tiempo era un fenómeno relativo para Nino. Tras tantos meses de ausencia, volvió a presentarse como si hubieran pasado un par de días. Esta vez, la rapaza permaneció en su rinconcito, contemplándolo insegura como un animalillo expulsado. Useppe temblaba, y se le agarró a la camisa para impedirle escapar otra vez.

Desde el famoso día en el campo, en octubre del 1943, no se veían. Useppe, que contaba entonces poco más de dos años, ahora tenía tres y medio largos; y también en el aspecto de Nino se había producido, entretanto, algún cambio. Aunque, por su inmediato y espontáneo reconocerse, parecía que los dos, el uno para el otro, siguieran siendo de la misma edad. Solo al cabo de un rato Nino le dijo a Useppe:

—Has cambiado: te se han puesto los ojos más tristes.

Y le hizo cosquillas para hacerle reír. Useppe desgranó una sarta de carcajadas.

También esta vez Nino llevaba prisa. Y ya a punto de despedirse de

Useppe, le metió en el bolsillo del mono un puñado de papel moneda que, a ojo, según Useppe, constituía sin duda un millón.

—Te los regalo todos — le dijo, ya con un pie en la escalera—, y así te compras una bicicleta.

Pero Useppe permaneció totalmente sordo al tema de la bicicleta, su única sensación y pensamiento en ese instante era que Nino se estaba yendo. Y poco después él mismo, con sus deditos, ayudó a Ida a sacar el «millón» del bolsillo de su mono para apoderarse de él. En la cabeza de Useppe los millones — o incluso los billones— eran de la incumbencia de las madres. En sus manos, no tenían más valor que un papel cualquiera.

En los últimos días de ese abril, desde los distintos puntos de Europa donde los alemanes aún resistían, la suerte de la guerra emprendió una precipitada carrera hacia su punto final. Las famosas «armas secretas» del Reich habían fracasado; aquí, la Línea Gótica había cedido, al igual que, allá, todas las otras líneas, trincheras y frentes. En Italia, el ejército alemán, tras la retirada de Milán, capitulaba; y por las ruinas de Berlín, cercada desde todos los puntos cardinales, ya entraban los primeros soldados soviéticos. Con pocas horas de intervalo entre uno y otro, Mussolini, que trataba de salvarse escapando camuflado de alemán, era detenido y fusilado hacia los confines de Italia, y Hitler se suicidaba de un tiro de pistola (con sus propias manos o por mano ajena), en el último domicilio donde ya vivía enterrado, su búnker antiaéreo en los sótanos de la Cancillería de Berlín.

Cerca de una semana después, con la rendición total de Alemania, concluía, tras seis años de matanzas, la guerra relámpago en Europa.

La visión del soñador Mussolini (él, coronado como triunfador supremo a lomos de un caballo blanco) se desvaneció en humo; pero la del soñador Hitler, en cambio, se cumplió en grandísima medida. Territorios, ciudades y

países del Nuevo Orden reducidos a campos de esqueletos, escombros y fosas comunes. Y más de cincuenta millones de muertos contra natura, entre los que él mismo, el Führer y el Duce italiano que se emparejó con él como en los circos, el excéntrico se empareja con el agosto. Sus pequeños cuerpos se los comió la tierra, como los de los judíos, los comunistas y los bandidos, y los de Moscú, Cuatropuntas, Esterina, Angelino, y el de la comadrona Ezequiel.

Lejos de Europa, en Oriente, la Segunda Guerra Mundial seguía desatada; mientras que aquí quedaban por hacer balances y procesos, como sucede tras una estafa o un asesinato en familia: se desnudan hasta las últimas intimidades escandalosas, que hasta ahora se habían tratado de camuflar, al menos en parte.

Se abrían las cárceles y se descubrían fosas y simas naturales. Se volvía a los lugares, se hacía justicia. Se recuperaban los documentos ocultados. Se redactaban listas y se marcaban nombres.

Ya desde el verano anterior, en carteles y periódicos habían aparecido en Roma extrañas fotografías, que naturalmente circulaban ya, con los primeros noticiarios, también por nuestro barrio del Testaccio y por la via Mastro Giorgio. Mas el pequeño Useppe, en aquel tiempo, era aún un «protegido de Santa Inocencia», como se dice en Roma de los críos; y en eso se veía acaso un primer ejemplo de ciertos retrasos suyos que contradecían otras precocidades. A semejanza de los lactantes, o incluso de perros y gatos, le costaba reconocer, en lo unidimensional de la prensa, las formas concretas. Y, por lo demás, en verdad, en sus fortuitos paseos por el barrio del Testaccio, siempre de la mano de un adulto, estaba demasiado ocupado y atraído por las muchas variedades del mundo para fijarse en aquellas imágenes planas. En casa, los libros del cuartito los tenía vedados como

intocables, por ser propiedad privada de Giovannino, y los pocos periódicos que aparecían por allí no le interesaban nada, pues era un analfabeto total.

Las únicas figuras pintadas o impresas con las que tenía trato, amén de los naipes (guardados además bajo llave) eran las de unos tebeos de la casa y de un silabario que Ida había puesto a su disposición. Y aunque de cuando en cuando se divertía comunicando a los presentes, con aires de gran adivino, los signos descifrados por él («¡Casa!», ¡Flores!», «¡Señores!»), tales distracciones de papel pronto lo aburrían.

Pero en la primavera del 45, un día su madre, tras haberlo dejado esperando un momento fuera de una tienda, se lo encontró observando unas revistas ilustradas, colgadas en el costado de un quiosco a cierta altura de él. En la más baja, abierta por la mitad, la página estaba ocupada casi por entero por dos fotografías de actualidad, ambas de gente ahorcada. En la primera se veía un bulevar de una ciudad, a lo largo del pretil de un puente semiderruido. De cada árbol del bulevar colgaba un cuerpo, todos en fila, en la misma e idéntica posición, con la cabeza inclinada sobre una oreja, los pies un poco separados y las manos atadas a la espalda. Eran todos jóvenes, y todos iban mal trajeados, con aspecto pobre. De cada uno colgaba un cartel con la leyenda: PARTISANO. Y todos eran varones, salvo una única mujer, al comienzo de la fila, que no llevaba ningún cartel y, a diferencia de los otros, no estaba ahorcada con una cuerda, sino colgada por la garganta de un gancho de carnicero. En la foto se la veía de espaldas, pero por las formas, aún en flor, parecía jovencísima, menos de veinte años. Bien formada, con pantalones oscuros, sobre el torso ensangrentado, blanquecino en la foto, hasta parecer desnudo, le colgaban largos cabellos negros, no se veía muy bien si trenzados o sueltos. Junto al pretil del puente se veía la figura de un hombre, quizá un centinela, con pantalones militares cerrados en el tobillo. Y al otro lado del bulevar se congregaba a mirar un grupito de personas con

pinta de transeúntes casuales, entre ellos dos chiquillos más o menos coetáneos de Useppe.

En la segunda fotografía de esa misma página se veía a un viejo, de cabeza gruesa y calva, colgado por los pies con los brazos abiertos, sobre una muchedumbre nutrida e imprecisa.

La revista, más arriba, en portada, mostraba otra fotografía reciente, sin ahorcados ni muertos, aunque misteriosamente atroz. Una mujer joven, con la cabeza rapada como la de un muñeco, con un niño en brazos envuelto en un paño, avanzaba entre un tropel de gente de todas las edades, que la señalaban con el dedo entre carcajadas y se reían obscenamente de ella. La mujer, de rasgos regulares, parecía asustada, y apretaba el paso, trabajosamente, con unos zapatones de hombre descalzañados, precedida y perseguida por la muchedumbre. Todos a su alrededor eran, como ella, gente astrosa y pobre. El niño, de pocos meses, con una cabecita de rizos claros, tenía un dedo metido en la boca y dormía tranquilo.

Useppe, con la cabeza en alto, estaba allí escrutando estas escenas, con un estupor titubeante, y todavía confuso. Parecía descifrar un enigma, de índole ambigua y deforme, y sin embargo oscuramente familiar.

—¡Useppe! — lo llamó Ida; y él, tras alargarle dócilmente la manecita, la siguió perplejo, aunque sin preguntarle nada. Al cabo de un rato, atraído por una nueva curiosidad, ya se había olvidado del quiosco.

En los días siguientes, pareció como si el reciente descubrimiento de la fotografía, tardío y vagamente percibido, no hubiese obrado sobre él sino como impresión huidiza, sin dejar ni rastros en su memoria. Por la calle, Useppe volvió a ser el mismo ignorante de antes, que pasaba entre letreros y prensa sin verlos, demasiado absorto en las otras dimensiones del universo, por minúsculo que fuera, que lo rodeaba. Y en casa nunca aludió con nadie al abstruso espectáculo del quiosco. Solo, si en una página desplegada de un

periódico llegaba a entrever fotos, sus ojos se alargaban, como con un reminiscencia indefinida, hacia aquellas que, a distancia se le presentaban como manchas de sombra; conque su reminiscencia se disolvía, en ese mismo instante, sin recuerdos.

Una vez, además, el vendedor de periódicos (que en verdad, por su parte, se definía a sí mismo como «periodista»), encontró en la mesa un diario y, para divertir a Useppe, fabricó en un momento un sombrero como el de los Carabinieri y se lo puso en la cabeza. Al ver al «periodista», con su cara redonda y la barbilla saliente como los enanos, pavoneándose bajo aquel sombrero de dos picos, Useppe rio ruidosamente. Luego, saltando a una silla, se dispuso a quitarle el sombrero al vendedor de periódicos para probárselo a la rapaza; después quiso probárselo a Ida, y por fin a sí mismo. Ahora bien, su cabecita era tan pequeña que desaparecía enteramente bajo el sombrero y él, con todo esto, se partía de risa, como si le hubiera entrado en la garganta un estornino loco.

Por desgracia Filomena intervino al poco rato para recuperar el periódico, que dobló como es debido y dejó un lado. Pero esa misma tarde, más adelante, viendo al dueño de la casa dedicado a hojear unas gacetas antiguas (entre ellas unas de un bonito color rosa), Useppe lo invitó sin más a hacerle con una un sombrero. Quizá, a imagen del «periodista», había entendido que este era el empleo lógico y el más interesante para él del papel impreso. Sin embargo, se resignó dócilmente a la negativa de Tommaso, que después, viendo su interés actual por el periodismo, aprovechó para jactarse de que aquella era una colección de crónicas deportivas, con partidos históricos de cuando la guerra no había interrumpido allí los grandes campeonatos. Y en esta figura se veía un episodio del famoso partido Italia-España; y este era Ferraris Segundo, y este Piola...

Recuerdo que aquel día era domingo; y el mes, creo, era junio. Se produjo,

a la mañana siguiente, un caso similar al anterior del quiosco, y que pareció, de momento, igualmente insignificante y lábil.

Al regresar a casa rápidamente del mercado, entre un recado y otro, Ida había dejado en la cocina un paquete de fruta medio abierto. Y poco después Useppe, tentado por la fruta, se encontró en la mano la hoja de papel que la envolvía: ¿maquinaba, quizá, hacerse un sombrero de carabiniere?

Era una página de semanario ilustrado, mal impreso en una tinta violácea; de esos baratos, que suelen estar llenos de noveluchas sentimentales y de cotilleos sobre actrices y familias reales; pero entonces, como era inevitable, también ocupaban un lugar principal los testimonios de la guerra. La página reproducía algunas escenas de los campos nazis, de los que, hasta la invasión aliada, se tenían solo noticias amortiguadas y confusas. Apenas se comenzaban a desvelar ahora estos secretos del Reich, y a publicar fotografías, que en parte habían sido tomadas por los Aliados al abrirse los campos, en parte se habían recuperado en los archivos que los vencidos no tuvieron tiempo de destruir, y en parte se habían encontrado encima de prisioneros o de SS muertos, que las conservaban como prueba o recuerdo de su acción personal.

A causa del carácter divulgador y poco científico de la revista, las fotos publicadas en aquella página no eran siquiera las más terribles de cuantas se veían por entonces. Retrataban: 1) un montón de prisioneros asesinados, desnudos y en desorden, y ya en parte descompuestos; 2) gran cantidad de zapatos amontonados, pertenecientes a aquellos o a otros prisioneros; 3) un grupo de internados, todavía vivos, retratados detrás de una pared metálica; 4) la «escalera de la muerte», de 186 altísimos e irregulares peldaños, que los prisioneros se veían obligados a recorrer bajo enormes cargas hasta la cima, de donde luego a menudo eran precipitados a la vorágine de abajo, como espectáculo para los jefes del campo; 5) un condenado arrodillado ante la fosa

que él mismo ha debido cavar contemplado por numerosos soldados alemanes, uno de los cuales está a punto de dispararle a la nuca, y 6) una pequeña serie de fotogramas (cuatro en total) que presentan fases sucesivas de un experimento en la cámara de descompresión, realizado con un cobaya humano. Este tipo de pruebas (una de las muchas y diferentes puestas en práctica por los médicos en los *Lager*) consistía en someter a un prisionero a variaciones repentinas de la presión atmosférica; y normalmente concluía con un desmayo o con la muerte por hemorragia pulmonar.

Todo estaba explicado, por lo que aún hoy recuerdo, con breves epígrafes al pie de cada foto. Mas para un ignorante que ni siquiera sabía leer, el espectáculo anormal de aquella página debía de parecer una cosa abstrusa y sin respuesta, tanto más cuanto que la mala impresión de la revistucha volvía ambiguas e indistintas ciertas imágenes. Se ve un montón caótico de materias blanquecinas y tiesas, cuyas formas no se discernen, y, en otro sitio, un enorme cúmulo de zapatos amontonados que, a simple vista, podrían tomarse por un montón de muertos. Una escalinata larguísima, que se pierde en el encuadre, con unos minúsculos perfiles abarquillados abajo, entre manchas parduzcas. Un joven huesudo, de ojos grandes, en cuclillas al borde de un hoyo, con una especie de barreño al lado y muchos militares alrededor que en apariencia se divierten (uno de ellos hace un gesto confuso con el brazo). Y, en el otro lado de la página, figuras de hombrecillos esqueléticos, escudriñando detrás de una red, con unas chaquetas de rayas, flojas y sueltas, que los asemejan a títeres. Algunos de ellos tienen la cabeza al aire y rapada, otros llevan una gorriilla; y sus caras adoptan una sonrisita agonizante, mísera como una depravación definitiva.

Por último, en la parte de abajo de la página, se ve, en cuatro fotos seguidas, al mismo hombre de cara alelada, ceñido por gruesas correas, en una habitación de techo muy bajo. En el centro del techo parece divisarse una

especie de aparato, semejante a un embudo; y el hombre vuelve los ojos hacia ese objeto indefinido, como si rezase a Dios. Se diría que sus distintas expresiones, en las cuatro fotos, dependen de los incomprensibles actos de esa especie de dios. De una ruindad estupefacta, la cara alelada pasa a una angustia horrenda; después a una gratitud estática; y después de nuevo a la ruindad estupefacta.

Será siempre imposible saber qué pudo entender el pobre Useppe analfabeto de aquellas fotografías sin sentido. Al regresar, unos segundos después, Ida se lo encontró mirándolas fijamente todas, como si fueran una sola imagen, y creyó reconocer en sus pupilas el mismo horror que había visto aquel mediodía en la estación Tiburtina, unos veinte meses antes. Al acercarse la madre, sus ojos se alzaron hacia ella, vacíos, y descoloridos, como los de un cieguito. E Ida sintió un temblor en todo el cuerpo, como si una gran mano la sacudiese. Mas con voz fina y dulce, para no inquietarlo, le dijo, como se suele hacer con los críos aún más pequeños que él:

—Tira esos papelajos. ¡Son feos!

—¡Eos! — repitió él (ciertas consonantes aún no sabía pronunciarlas bien). Y obedeció sin más las palabras de Ida; incluso, casi impaciente, la ayudó a romper como papel viejo aquel pedazo de revista.

Un minuto después se oyó bajo las ventanas la cantilena de un vendedor ambulante que pasaba por la calle con su carrito. Y eso bastó para distraerlo. Corrió hacia la ventana del vestíbulo, curioso por ver al vendedor:

—¡Cebollas! ¡Ajos! ¡Rúculas! — gritaba este en su cantilena.

Y Annita, para ahorrarse las escaleras, bajó por la ventana un cestillo colgado de un cordel. De pie en una banqueta, en la ventana, Useppe seguía el viaje del cestillo con el mismo interés que si fuera una aeronave de ida y vuelta entre la Tierra y la Luna, o por lo menos el primer experimento de

Galileo en la torre de Pisa. También el incidente de hoy, como de costumbre, parecía transcurrido sin dejar rastro en su cabecita.

Sin embargo, en los primeros días que siguieron, al ver ciertos periódicos o revistas ilustradas se mantenía a distancia, como los cachorrillos después de un bastonazo. Y por la calle se mostraba un poco inquieto, tirándole a Ida de la chaqueta en las proximidades de algún cartel mural o del famoso quiosco. Hubo una visita de Nino, que esta vez lo invitó a salir a comprar un helado. Y al regreso aprovechó para acercarse al quiosco, al otro lado de la calle, diciéndole al pequeño:

—Tú espérame aquí.

Pero Useppe, en cuanto lo vio aproximarse al quiosco, empezó a gritarle desde la acera:

—¡Ven! ¡Ven! ¡Veeeen! — con un acento de desesperada alarma, como para defender a su hermano de quién sabe qué amenazas callejeras.

—Tú —bromeó entonces Ninnuzzu, volviendo a su lado—, cuanto más creces, ¡más risa me das! ¿Qué te pasa? ¡No me voy a escapar! — Después, con boca risueña, concluyó— : ¿Me das un besito?

Durante ese verano, hubo otras dos visitas de Ninnuzzu. En la primera, le echó una ojeada a su madre, observando:

—Ties el pelo too blanco, ma, ¡¡¡paeces una abuela!!! — como si no la hubiera visto ya canosa en ocasiones anteriores, y advirtiese la novedad solo ahora.

Y en la segunda visita anunció que pronto sería propietario de una moto de marca extranjera, como nueva, ¡una oportunidad maravillosa!, y que la próxima vez iría a Roma en ella.

Y así fue como la rapaza (que, actualmente, en presencia de Asdecorazones, se mantenía siempre aparte, modosa) soñó esa misma noche que la perseguía a todo correr una motocicleta que marchaba sola, sin nadie

en el sillín. Y ella escapaba a derecha e izquierda, tan asustada que de repente, con el miedo, aprendía a volar.

Entretanto, en el mes de agosto, después del lanzamiento de la bomba atómica sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, también Japón firmó la rendición total.

Las noticias de la explosión atómica eran tales que se hablaba de ello a regañadientes, como de repugnantes abstracciones. No cabía hablar de tiempo, ya que la duración (si así puede llamarse) del fenómeno era de una medida mínima, hasta el punto de resultar incalculable (trataban de computarla en veintemilésimas de segundo). Dentro de esa duración, hasta las moléculas de la materia de las dos ciudades designadas, con sus habitantes, habían cesado de existir. No cabía hablar de destrucción ni de muerte. Se hablaba de tal hongo de luz que los ciegos de nacimiento, a distancia, habían percibido el resplandor irreal. Y de cuanto existía antes en su contorno, el hongo había dejado solo, aquí y allá, sobre el terreno, ciertas sombras, como imágenes de espectros grabadas sobre una placa. Más allá del contorno del hongo se desencadena el «primer tornado», y después el «segundo tornado». Y después una lluvia de extraños venenos o brasas. Imposible contar las víctimas, porque las consecuencias físicas del hongo, y de los tornados y de las «lluvias atómicas» no se valoran solo con el número de «aniquilados» y de muertos (en Hiroshima estos, en un primer cálculo, eran ochenta mil). Continúan actuando sobre los supervivientes, a través de los años y las generaciones. Las bombas «rompedoras e incendiarias» y sus estallidos, incendios y «polvaredas» semejaban aún fenómenos terrestres, mientras que Hiroshima y Nagasaki no semejaban ya lugares de este mundo. Por los japoneses ni siquiera se podía sentir compasión.

Así, la Segunda Guerra Mundial había concluido. Ese mismo mes de

agosto los Tres Grandes (los señores Churchill y Truman y el camarada Stalin) se entrevistaban en Potsdam para definir la paz, o sea, para marcar los confines recíprocos de sus imperios. El Eje Roma-Berlín y el Tripartito habían desaparecido. Aparecía el Telón de Acero.

Con el otoño, la paz trajo una serie de acontecimientos nuevos.

Los primeros en regresar fueron los judíos. De los mil cincuenta y seis pasajeros del convoy Roma-Auschwitz, salido de la estación Tiburtina, los supervivientes eran quince; toda gente de la ínfima clase pobre, como la casi totalidad de los deportados de Roma. Uno de ellos, a su llegada, fue ingresado en el hospital del Santo Spirito, donde trabajaba de mozo Tommaso Marrocco, que llevó la primera noticia a casa. El hombre, buhonero de oficio, un joven de menos de treinta años, pesaba entonces lo mismo que un niño. Tenía un número marcado en la piel, y su cuerpo, en tiempos normal y robusto y ahora de aspecto decrepito, estaba cubierto de profundas cicatrices. Estaba febril, no hacía sino delirar por las noches, y vomitaba una cosa negruzca, aunque era incapaz de tragar ningún alimento. A su llegada a Italia, los quince, y entre ellos una sola mujer, fueron recibidos por un comité de ayuda, que los había provisto a cada cual de un billete de tren de segunda, una pastilla de jabón y (a los hombres) un paquete de cuchillas de afeitar. El más viejo de todos (cuarenta y seis años), en cuanto llegó a su casa vacía se encerró en ella, y allí estaba aún, entregado al llanto desde hacía varios días. Cuando se veía pasar a uno de estos retornados, era fácil que los presentes lo reconocieran a primera vista, indicándoselo unos a otros: «Es un judío». Por su peso irrisorio y su extraño aspecto, la gente los miraba como si fueran abortos de la naturaleza. Hasta los de alta estatura

parecían bajos, y caminaban doblados, con pasos largos mecánicos como fantoches. En vez de mejillas tenían dos huecos, muchos de ellos casi carecían de dientes, y en las cabezas rapadas hacía poco había empezado a crecerles una pelusilla plumosa, semejante a la de las criaturas. Las orejas sobresalían de sus cabezas macilentas, y en sus ojos hundidos, negros o marrones, no parecían reflejarse las imágenes presentes a su alrededor, sino un aquelarre de figuras alucinatorias, como una linterna mágica que girase a perpetuidad. Es curioso cómo ciertos ojos conservan visiblemente la sombra de quién sabe cuáles imágenes, antes impresas, quién sabe cuándo y dónde, en la retina, a modo de escritura indeleble que los otros no saben leer — y a menudo no quieren—. Este último era el caso de los judíos. Pronto aprendieron que nadie quería escuchar sus relatos: había quien se distraía desde el principio, y quien los interrumpía prontamente con un pretexto, o hasta quien los esquivaba riendo, como si dijera: «Hermano, te compadezco, pero en este momento tengo otras cosas que hacer». Los relatos de los judíos no se asemejaban, en efecto, a los de los capitanes de barco, o a los de Ulises, el héroe de regreso a su palacio. Eran figuras espectrales como los números negativos, ajenas a todo alcance natural, e imposibles incluso para cualquier común simpatía. La gente quería apartarlos de sus días, como de las familias normales se aparta la presencia de los locos, o de los muertos. Y así, con las figuritas ilegibles hormigueantes en sus órbitas negras, muchas voces acompañaban los solitarios paseítos de los judíos, resonando enormes dentro de sus cerebros en una huida en espiral, ajena a los umbrales normales de lo audible.

...

USEPPE: — ... Eh, ma, ¿po qué ese señor da con la mano en la pared?

IDA: — ... Por jugar..., sin más...

—... ¿está malito?

— No está malito. No.

—¿No? No, ¿eh? Pero ¿él ve?

—Claro, no es ciego. Sí que ve.

—... No es ciego...

A aquel tipo, Ida lo veía a menudo, al pasar por la piazza Gioacchino Belli, a este lado del río. Frecuentaba un bar de los parajes, donde ella había conseguido exponer un anuncio, escrito por ella misma a pluma, en busca de clases particulares. No se sabía qué edad tenía. Podía ser un adolescente, o un viejo de unos sesenta años (tenía, en realidad, treinta y cinco). Lo único reconocible a primera vista era que, además de judío, debía de haber sido siempre pobre; y su oficio, como Ida supo por el camarero, era el de chatarrero, transmitido de padres a hijos. Llevaba siempre un gorrito por calor que hiciera, y en sus grandes ojos marrones, muy pegados a la nariz larga y puntiaguda, había una especie de confianza dulcísima, cual se ve en los ojos de ciertos perros enfermos. Un día (ruborizándose como una muchachita del campo en su primer trabajo de prostituta), Ida se armó de valor y en un balbuceo se informó por él si entre los retornados de los campos conocía a una tal doña Celeste Di Segni y a una vieja comadrona.

—No, no — contestó sonriendo con torpe inocencia de mentecato—, niños y viejecitos, nada. Esos, para mí, que han subido al cielo...

Y enseguida, hurgándose en el bolsillo, preguntó a su vez a Ida si quería comprar un relojito de mujer, de ocasión... Después, como Ida rehusaba, propuso el mismo negocio al camarero, a cambio quizá de una botella de coñac, o de *grappa*, o de otra cosa...

... Ida no había vuelto por la Judería, desde aquella tarde del primero de junio del año anterior. Ni nunca más, que yo sepa, volvió a poner allí los pies mientras duró su vida.

A eso de finales de noviembre hubo otro regreso, que llenó de esperanzas a la familia Marrocco: volvió de la Unión Soviética Clemente, el hermano de Consolata.

Su regreso, después de tanto silencio e inútiles búsquedas, fue saludado como un milagro. Pero, menos de una semana después, se oía a Consolata murmurar, con una mirada hosca:

—Quizá hubiera sido mejor para él no volver...

En efecto, había partido de Roma sano y entero, y volvía mutilado de los dedos de un pie y de tres dedos de la mano derecha, con motivo de la congelación sufrida en el 43, durante la retirada. Su oficio, en la vida civil, era carpintero. ¿Cómo se las arreglaría, ahora para reanudar su trabajo medio manco e inválido? A Consolata le tocaría trabajar el doble, para sí y para él.

A su llegada, traía escondida bajo una bufandita sucia la mano mutilada, como si se avergonzase. Después Filomena le hizo un guante de punto negro que le tapaba la mano, dejándole fuera solo los dos dedos sanos; y desde ese momento, en el barrio le colgaron el apodo de Manonegra.

De Giovannino no supo decir nada concreto. La última vez que lo había visto fue durante la retirada a este lado del Don, en enero de 1943, quizá el día 20, según sus cálculos — o el 24, o el 25 (¿quién entendía nada allá de noches y días?)—. Escapaban juntos, Giovannino y él, por una carretera o pantano helado, entre una enorme confusión de autocarretas, trineos, bueyes, caballos, hombres a pie. Giovannino y él caminaban a pie, perdidos de su columna que se había fragmentado y dispersado. En cierto lugar, Giovannino se dejó caer de rodillas, agotado, bajo la mochila. Y él, tras haberle quitado la mochila, lo había ayudado a levantarse y a proseguir; pero al cabo de un par de kilómetros Giovannino cayó de nuevo, y volvió a caer dos o tres veces. Hasta que, no resistiendo el exagerado cansancio, se quedó descansando al borde de la pista, a la espera de un trineo o carreta que se parase a recogerlo.

No estaba herido, solo se quejaba de sed; y él, antes de reanudar solo su camino, le recogió del suelo un puñado de nieve, ofreciéndoselo para beber en la palma de la mano. Desde entonces se perdieron definitivamente de vista. A continuación, él se había entregado prisionero a los rusos, pero entre sus compañeros de prisión de esos años, en Siberia y en Asia, nunca había encontrado a ningún conocido común que pudiera darle noticias de Giovannino.

Quizá, deducían los Marrocco, también Giovannino se había entregado a continuación a los rusos, yendo a parar a otro campo de prisioneros vete a saber dónde (la Unión Soviética es grande). En este caso, repatriado al final de la guerra en algún tren sucesivo, podía estar de vuelta a casa de un momento a otro.

El día de la llegada, Clemente se presentó en casa aferrado a una muleta, con un capote alemán y unas cuantas liras en el bolsillo. En la frontera italiana, a cuenta de la paga no percibida, le habían dado mil quinientas liras, que a él, no informado de los nuevos precios italianos, le pareció un capital. Y en cambio se las gastó casi todas en el viaje, del Brennero a Roma, en comprarse unos litros de vino y unos bocadillos.

—Doscientos gramos de embutido, ¡doscientas liras! — comentaba con aire sarcástico.

Y de todas sus ingentes vicisitudes este era el único punto sobre el que volvía a insistir. De todo lo demás charlaba lo menos posible, y de mala gana.

Era de la quinta de 1916, es decir, que debía de rondar los treinta años; pero como todos, de paisano, lo recordaban grueso, ahora parecía casi más joven que cuando partió. Su peso, que al marchar al frente sobrepasaba los noventa kilos, ahora no llegaba a los sesenta. Y su tez, antes sanguínea, se había puesto amarillenta con motivo de la malaria que había padecido en Asia en el campo de prisioneros. Actualmente se sentía curado y bien de salud,

según declaraba. Afirmaba también que su minusvalía no le impedía trabajar, tanto es así que en el campo de prisioneros siempre había hecho lo suyo: recoger algodón y hierba para quemar, cortar leña y, llegado el caso, también trabajos de carpintería. Por ejemplo, él, por sí solo, se había fabricado allá para el pie roto y llagado una especie de soporte de madera, sujeto con correas a la pierna, y así podía caminar sin bastón, normalmente.

Al decir todo esto adoptaba una expresión sombría; y aunque no se dirigiese a nadie en particular, se veía que sus frases apuntaban especialmente a su hermana, para hacerle saber que no estaba reducido a un pobre tullido enfermizo, como ella aparentaba creer, y no tenía necesidad de ella, ni de nadie. A decir verdad (aunque no quisiera admitirlo), ya en el campo de prisioneros de Asia los médicos militares soviéticos, en vista de sus fiebres intermitentes, lo habían exonerado durante un tiempo del trabajo, internándolo en el hospital de allá, llamado «lazareto». Pero al final le dieron de alta, como sano; y el continuo cansancio que ahora pesaba sobre él dependía, en su opinión, del larguísimo viaje de regreso de dos meses, y no de otra cosa.

Anteriormente, de joven, Manonegra siempre había sido de temperamento más bien lento y perezoso; por ejemplo, le fastidiaba no poder (salvo el domingo) echar la siesta después de la comida; y a la hora de irse al taller por la mañana temprano, para decidirlo a levantarse de la cama era preciso llamarlo diez veces. Pero ahora ya no era lo mismo, no le bastaba con la voluntad. El menor esfuerzo lo fatigaba, hasta el punto de que ciertos días, con quedarse solo unos minutos de pie, le fallaba de pronto la visión de los ojos, por debilidad, y solo cuando se tumbaba conseguía ver de nuevo.

Otro motivo de humillación era para él no poder beber como antaño. El vino nunca había sido para él un vicio, sino un placer. Además del gusto de su sabor, y del pretexto para encontrarse en compañía, el vino le había dado

verdaderas satisfacciones de amor propio, animándolo y volviéndolo charlatán e incluso elocuente; presumía, además, de resistencia, ya que podía beber en gran cantidad, sin emborracharse. Ahora, en cambio, mientras todos, celebrando su retorno de la Unión Soviética, en especial los primeros días, competían en invitarlo a beber, a él cualquier vino, fuese un Frascati blanco, o bien un Orvieto, o un Chianti tinto, como antes el Nebbiolo de primera comprado al llegar del norte, le sabía siempre en la boca al mismo sabor amargo. Y desde los primeros sorbos se sentía más deprimido que antes, con el estómago requemado como si hubiera tragado brasas. No obstante, la añoranza de la costumbre lo seguía empujando a la taberna, donde era capaz de pasarse un día entero a la misma mesa con medio litro de vino. Pero nadie reconocía ya al tipo jovial de antes en aquel mudo huraño, de piel amarilla.

Sus conocidos, como su hermana, hacía tiempo que no se esperaban verlo regresar vivo, y lo habían acogido con exclamaciones incrédulas, como si vieran a un resucitado, pasándose la voz de uno a otro para correr a saludarlo. Pero, en el centro de tal asombro general, él, aunque festejado, se sentía, quién sabe por qué, dado de lado, como alguien que está de más; y en compañía se retraía todo en sí mismo, como un Lázaro dentro de su sudario. Necesitaba, sin embargo, la presencia de los otros; cuando estaba solo, aunque fuese unos cuantos minutos, le entraban angustia y espanto.

En la taberna, no solo los amigos de su mesa, sino también los demás clientes de alrededor, lo asediaban al principio para que les contase sus azares. Pero él rehuía la conversación, diciendo con la boca torcida y a regañadientes:

—¿Para qué hablar?... Total, quien no ha estado allí, no puede entenderlo... Total, lo que yo he visto, nadie lo cree...

A veces, rabioso con su vino amargo, en lugar de responder lanzaba insultos:

—Vosotros, los emboscados — exclamaba—, ¿qué queréis saber ahora? ¡Teníais que haber estado allí, en persona!

O bien, cuando insistían, les soltaba, carcajeándose, algún retazo de noticia:

—¿Queréis saber lo que he visto? He visto muertos a cientos, desde aquí hasta el techo, como montones de vigas, ¡duros y sin ojos!

—¿Dónde?

—¡Dónde! ¡En Siberia! Allí hay cuervos... y lobos... He visto lobos corriendo al olor de los convoyes... ¡He visto CANÍBALES BLANCOS!... ¡Y esto no es nada! — agregaba cada vez con un placer rencoroso, y una mirada triste y alusiva a todo lo demás que no contaba.

Una vez, sin que nadie le hubiese preguntado nada, de pronto alargó hasta los ojos del vecino su mano negra:

—¿Ves esta obra maestra de la cirugía? — le dijo con una extraña hilaridad en los ojos, como alguien a punto de hacer una confidencia soez— : ¡realizada por un amigo alpino, bajo un cobertizo medio incendiado, con un par de tijeras de podar! Y este — prosiguió (exhibiendo el pie mutilado, envuelto en trapos y con una llaga todavía abierta)— ¡no necesitó ninguna operación! Al escapar no sé por dónde del cerco, entre hielos, me senté a quitarme el zapato que se había puesto duro como una tenaza de hierro. Y, tira que te tira, el pie gangrenado salió con el zapato: me quedaba el talón y trozos de hueso.

Entonces otro de los presentes, ofendido porque le había llamado «emboscado», le dijo:

—Bueno, ¿y te acordaste, al menos, de mandarle una postal de saludos y agradecimiento a tu Duce?

Y él lo miró torvo, mas sin hallar respuesta. En efecto, no podía negar haber sido, de joven, favorable al Fascio. Confiaba en el Duce, y también en

los generales, incluso después de su propia experiencia en la campaña grecoalbanesa, por la cual disculpaba a los dirigentes italianos explicándola, vete a saber por qué, como una «traición de los griegos». Y en el verano del 42, listo para la nueva partida al frente ruso, había proclamado, brindando, en esa misma taberna:

—¡Ellos, los jefes, saben lo que se hacen! Si nos mandan allá como estamos, mal equipados e indefensos contra el frío, es porque total ya saben que la suerte de los soviéticos, a estas horas, ¡está más que decidida! Dentro de uno o dos meses, antes de que llegue el invierno, ¡la Unión Soviética está *kaputt!* Y nosotros, los italianos, ¡hemos de estar presentes, para la victoria!

A las preguntas incesantes de los Marrocco, en especial sobre las circunstancias de la retirada, se esforzaba por dar un asomo de respuesta, forzado y a duras penas, de forma que el rostro casi parecía ponerle tumefacto, de repugnancia:

—Pero ¿había casas, por los alrededores?

— Aldeas, sí, aldeas...

—Con viviendas, decimos, con familias...

—... Sí..., palurdos..., gente del campo...

—¿Cómo son? ¿De buen corazón?

—Sí, los rusos en general son buenas personas.

—... pero ¿por qué darle a beber nieve? ¿No había agua?

Manonegra tuerce la vista con una sonrisa de través:

—¡Ay! — responde con voz contraída y ensombrecida—, aún teníamos suerte allí de beber nieve. Dentro del tren de Siberia nos bebimos la orina, ¡SED! ¡HAMBRE! — Se revuelve brusco, enumerando en los dedos de la mano buena con un dedo de la mano manca—: ¡Frío! ¡Epidemias! ¡Hambre! ¡Hambre! —Y llegado aquí se detiene, dándose cuenta de que se está ensañando con la esperanza de estos pobres idiotas. Aunque en sus ojos

hundidos, marcados por la enfermedad, más que piedad asoma cierto desprecio: ¿es posible que estos no se decidan a entender que quienes no resistían, y se dejaban caer al suelo en el camino de la huida, estaban todos abocados a la perdición? Nadie podía cargar con ellos, había que abandonarlos allí; y ya, de entrada, estaban todos muertos...

Ahora intentemos referir, aquí a distancia, a través de la memoria, las últimas horas de vida de Giovannino.

Mientras su compañero Clemente (más conocido allí en el frente por su apellido, Domizi) prosigue su huida sin él, Giovannino se mantiene arrodillado al borde de la carretera a la espera de un transporte que lo recoja. Asalta su mente confusa una reminiscencia de cuerpos caídos, y ya medio recubiertos por la nieve, diseminados por el terreno de su marcha con Clemente, hasta tal punto que a veces ha tropezado con ellos. Y así resiste las ganas de tenderse en el suelo, aunque de ponerse en pie sea ya incapaz. Para hacerse ver por el tropel de fugitivos se entrega a gesticular con los brazos, llamando en el vacío:

—¡Paisano! ¡Paisano!

Su voz se pierde en los clamores: corren gritos, llamadas de batallones, números de compañías o apellidos cristianos, voces a los mulos; pero son todos sonidos ajenos. El nombre de su batallón y el apellido Marrocco no se oyen por ninguna parte.

Pasa un trineo, arrastrado por bueyes, con un bulto que se lamenta y un infante que lo sigue a pie: Giovannino se adelanta hacia él caminando de rodillas, y gesticula y suplica. Pero el infante le echa una ojeada incierta, después da media vuelta y sigue adelante con el trineo. Al poco rato, vislumbra a cierta distancia una carreta cargada de materiales, donde se mueven unas figuras arropadas; ¿podrían, a lo mejor, hacerle un hueco?

—¡Paisanos! ¡Paisanos!

Pero también la carreta se aleja entre la batahola, sin hacerle caso. Moviéndose de rodillas, Giovannino retrocede para no ser arrollado, y bracea para explicarse con un oficial, que acaba de desmontar de un caballejo tan flaco que las vértebras sobresalen como dientes. El caballejo, que se ha enredado las patas en algún objeto, mientras su amo se las suelta vuelve hacia Giovannino sus grandes ojos que se disculpan como los de un cristiano. Y el hombre, contemplando a su vez a Giovannino, hace un desconsolado gesto de negación, y luego con aire avergonzado se marcha en el caballejo. Comienza la tormenta, el cielo es de un gris oscuro, a las dos de la tarde ya se hace de noche. Un soldado de ojos desencajados pasa ante él marchando descalzo, con los pies hinchados y negros como el plomo.

—¡Soldado! ¡Soldado! ¡Ayúdame! ¡Llévame a cuestras! — cree gritarle Giovannino.

Pero el soldado mientras tanto ya está lejos, renqueando con sus patazas negras entre la nieve.

Giovannino se echa a un lado. La fiebre le ha subido. Ahora, entre explosiones y gritos que se fragmentan, comienza a oírse un campaneó, y él ya no sabe bien dónde se encuentra. Finalmente, viendo pasar un carro altísimo, con cirios dorados como columnas, empieza a comprender que está pasando la procesión de Ceprano, y que aquel de allá arriba, llevado en procesión sobre el carro, es el general que da órdenes cruzado de brazos. Pero ¿por qué de todas las ventanas le echan flores de nieve? Giovannino lo reconoce, y hasta recuerda que ese mismo general ha dicho a las tropas: «Quemad los coches, tirad la carga, todo, y sálvese quien pueda. Italia se encuentra hacia occidente. Caminad siempre hacia occidente y allí se encuentra Italia».

«Occidente — razona Giovannino— significa donde el sol se pone.» Allá

al fondo, en alguna parte a través de la tormenta, se ve estallar un incendio, y él comprende que eso es el sol. Y así, dejando a sus espaldas la multitud que ya ralea a sus oídos, siempre andando de rodillas y ayudándose con las manos, emprende el viaje hacia occidente.

Los pies, hinchados y sin zapatos, mal envueltos en pedazos de manta, no le duelen nada, aunque le pesan. En vez de pies y piernas, de la rodilla para abajo, le parece llevar dos sacos de arena. El paño del uniforme se le ha endurecido como una chapa, rechinando con el menor movimiento, y su cuerpo, traspasado por miles de agujas, es una pura punzada y un hormiguelo. Las ráfagas lo sacuden y lo abofetean silbando, y él barbotando contra ellas: «Vete a darle por saco a tu abuelita», «Jodía cachonda», y otras protestas por el estilo, familiares desde pequeño... En realidad, como si tuviera la lengua amputada, de entre los labios le sale apenas un gorgoteo de sílabas confusas.

Avanza aún unos metros, deteniéndose de cuando en cuando a recoger una costra de nieve helada, que chupa con avidez, pero después la preocupación de caerse lo convence de resistir la sed ardiente. Llegado a la orilla desmoronada de una quebrada, se topa con uno, muy arropado, sentado en tierra, descansando contra un peñasco. Es un soldadito bajo, poco más alto que un niño, muerto: pero Giovannino no se percata de que está muerto, e insiste en que le dé alguna información sobre el camino. El otro lo mira con una sonrisilla burlona y no le responde.

Aunque, por lo demás, el camino por recorrer no debe de ser ya muy largo; estas son ya las *macere* de Sant'Agata, en la Ciociaria, con el lino en hierba, y allá al fondo, por el foguezuelo encendido, se reconoce ya la choza de su familia.

Pero de pronto de la choza ha salido el abuelo, que lo amenaza con el cinturón porque se ha dejado atrás la cabrita nueva, llamada Musilla, nombre nuevo. «¡Musilla! ¡Musilla!», y llega la respuesta de muchos balidos, pero de

oriente, y él no tiene ningunas ganas de retroceder. Para no afrontar los correazos del abuelo, que lo mira fijamente con dos agujeros sin ojos, resuelve esconderse aquí debajo de la *macera*. Y, en efecto, se ha deslizado suavemente por el desplome hasta el fondo de la quebrada, donde al menos se protege un poco del tumulto incomprensible de allá arriba.

«¡Así revientes, abuelo! Total, dentro de poco me voy a Roma a ser carabiniere.» Ahora, Giovannino ya no sabe si la quemazón que le asalta es hielo, o es fuego. Siente el cerebro hirviendo, y escalofríos que le estrujan el corazón como un limón. Continuamente le resbala entre las piernas una viscosa tibieza, que enseguida se congela y se le incrusta en la carne. Por la sed incesante, quisiera lamer la manga helada de su capote, pero el brazo y la cabeza se le caen, agotados. «¡Be! ¡Bee! ¡Bee!» Este es el balido remoto de Musilla; y este aullido desgarrador, lacerante, se explica porque hoy, en el prado de ahí encima delante de la casa, matan al cerdo. El cerdo cuando lo agarran para matarlo, parece un cristiano, por la voz. Y dentro de poco, arriba en la cabaña, se comerán morcillas, corazón, higadillos... Pero el hambre, que días atrás era el peor martirio del *sorche* Giovannino, ya no se deja sentir; más aún, la mera idea de la comida le provoca un conato de náuseas.

Alza los ojos, y advierte que sobre él se abre un gran árbol de un verde transparente y luminoso, del cual, ahorcado de una rama, cuelga su perro Toma. Es bien sabido que Toma se dejó tentar hace poco por la vejiga del cerdo recién abierto en canal, y la tragó y ha muerto; después de lo cual el tío Nazzareno, que no ha ido a la guerra por ser tuerto, colgó el cuerpo del perro como cebo para las raposas. «¡Toma! ¡Toma!», se lamenta Giovannino, niño de pantalón corto; pero Toma, aunque muerto, gruñe y le enseña los dientes. Entonces, lleno de miedo, Giovannino llama a su madre: y la sílaba «ma-ma, ma-ma» dicha por la voz de Giovannino pequeño, se multiplica por todas las *macere*.

Ahora su madre sale de la casa de encima, con la rueca bajo el brazo y en la mano el huso, y mientras camina atiende a hilar, desflecando el lino del copo y trabajándolo entre los dedos. Está furiosa, y con la boca abierta regaña a Giovannino, por el olor a mierda que lleva encima: «¿No te da vergüenza? ¡Hacértelo encima, a la edad que tienes! ¡Largo de aquí, que me apestas la casa!». Allí, fuera de la quebrada, donde se ve a su madre, hace un espléndido sol de verano; y sobre el heno iluminado por el mediodía pasa su novia Annita. La madre aquí, en la casa de Sant'Agata, lleva aún la falda larga y vueluda de las *ciociare*, con el corpiño negro y la blusita; pero Annita, en cambio, viste un trajecito corto, desteñido, poco más que una camisa, con los pies desnudos y limpios. En la cabeza, tiene una pañoleta blanca, atada con dos nudos en la nuca, de forma que no se le ve el pelo. Y vuelve del pozo llevando el balde lleno, con el cucharón para beber dentro; con sus pasitos rápidos, el agua fresca del balde colmado se derrama sobre el heno caliente.

«¡Annita! ¡Annita!», llama Giovannino, con ganas de beber del balde; pero también Annita hace una mueca de asco y lo rechaza: «¡Estás lleno de piojos!», chilla. Y en ese momento, de dentro de la choza donde está el abuelo una retumbante voz de bajo pronuncia con claridad: «Buena señal. Los piojos escapan de los muertos».

Giovannino no sabe qué le ha dado. Ahora ya solo tiene ganas de dormir. La soleada luz abierta dura todavía un instante e inmediatamente después también aquí en Sant'Agata ha oscurecido. Hay un airecillo vespertino fresco y relajante, que va y viene con el ligero movimiento de un abanico. Y Giovannino quisiera ovillarse para dormir, como le gusta desde siempre, si no fuese porque su cuerpo, con todo el frío pasado, se ha vuelto tan duro que no logra doblarse. Pero simultáneamente Giovannino advierte, como un hecho natural, que tiene también un segundo cuerpo, el cual, a diferencia del primero, es suave, limpio y está desnudo. Y satisfecho se dobla en su postura

preferida de cuando está en la cama: con las rodillas tocando casi la cabeza, acurrucado de forma que en el colchón se ahonda bajo él un hueco muy cómodo; y mientras se acurruca, las hojas del colchón crujen como si susurrasen, en verano y en invierno. Esta es la posición que siempre adoptó para dormir, de pequeño, y de joven y de mayor; pero todas las noches, en el momento de acurrucarse de ese modo, le parece volverse pequeñito. Y, la verdad, pequeños, crecidos o mayores, jóvenes, ancianos o viejos, en la oscuridad todos somos iguales.

Buenas noches, rubito.

... 1946

Enero-marzo

Se inician movimientos de rebelión entre los pueblos de las colonias. Choques con la policía inglesa en Calcuta y El Cairo y elevado número de víctimas entre los manifestantes.

En Europa, a las consecuencias de los bombardeos y los éxodos masivos (millones sin hogar y de prófugos) se suman las expulsiones y los traslados forzados de poblaciones enteras (treinta millones de europeos, en su mayoría alemanes), a causa de la definición posbélica de las fronteras acordada en Potsdam.

En Italia, a las medidas radicales exigidas por la desastrosa situación (ruinas de guerra, inflación, paro, etcétera) se oponen los poderes predominantes de la restauración, que, sin embargo, y para sus propios fines represivos, fomentan los desórdenes en el país, y en especial en el sur. A las rebeliones de braceros y campesinos en protesta por sus desesperadas condiciones de vida responden sangrientos enfrentamientos con la policía. Numerosas víctimas entre los manifestantes en Sicilia.

En la Unión Soviética, nuevo régimen de terror de Stalin (nombrado después de la victoria Generalísimo y Héroe de la Unión Soviética), quien, en un país desangrado y trastornado por la guerra, ha concentrado en sus manos todos los poderes políticos y militares mediante modificaciones de la Constitución. El jefe dispone a su antojo de la libertad y la vida de todos los ciudadanos. La sarta de ajusticiados asciende a cifras incalculables. La mínima falta de los obreros (obligados a un trabajo agotador y prácticamente

atados a las máquinas) es castigado con la deportación. Los campos de concentración de Siberia están actualmente atestados, entre otras cosas, por combatientes y civiles vueltos de los *Lager* o de trabajos forzados en Alemania y acusados de traición por haberse entregado vivos a los nazis. El Telón de Acero oculta al mundo esta realidad del escenario ruso, y lo poco que se trasluce es rechazado, como «propaganda reaccionaria», por los innumerables «condenados a la esperanza» que pueblan Europa, las colonias y el resto del mundo y continúan viendo en la Unión Soviética la patria ideal del socialismo.

En China, prosiguen los choques entre el Ejército Rojo y el Kuo-mintang.

Junio-septiembre

En Italia, primeras elecciones por sufragio universal para la Asamblea Constituyente y para decidir entre república y monarquía. Gana la república. La familia Saboya parte al exilio. Se reúne la Asamblea Constituyente.

Nuevas víctimas en Sicilia en un enfrentamiento entre la policía y los campesinos.

En Palestina, imposible convivencia entre los árabes y los inmigrados judíos. Terrorismo judío y contraterrorismo árabe.

Guerra civil en Grecia — zona de influencia británica—, donde los guerrilleros han vuelto a tomar las armas contra la reacción monárquica apoyada por los ingleses. Rápida y violenta represión de los poderes constituidos. La Unión Soviética — de conformidad con los acuerdos de Potsdam— guarda un silencio diplomático sobre el asunto.

Se ha instalado en Berkeley (Estados Unidos) el sincrociclotrón de 340 MeV.

Octubre-diciembre

En Roma, en un enfrentamiento entre policías y obreros, dos obreros muertos y muchos heridos.

En Nuremberg concluye, con doce condenas a muerte, el proceso contra los dirigentes nazis. A través de las diversas fases del proceso se ha desarrollado en público una especie de autopsia del organismo estatal del Reich: o sea, de una maquinaria industrial-burocrática de perversión y degradación promovidas a funciones esenciales del Estado («una página de gloria de nuestra Historia»).

En Vietnam del norte, la flota francesa bombardea Haifong (seis mil muertos) y ocupa el Ministerio de Finanzas en Hanoi. Ho Chi-Minh llama al pueblo vietnamita a la guerra de liberación contra los franceses...

A primeros de enero de 1946, los Marrocco tuvieron noticias de que un pariente de Vallecorsa (pueblo no muy alejado de Sant'Agata) había regresado por esos días, también él, de la Unión Soviética, y su esperanza de volver a ver a Giovannino, ya avivada con el regreso de Clemente, se exacerbó más que nunca. Todas las mañanas, con la luz del día, en la casa de los Marrocco despuntaba la esperanza («Quizá hoy...») que luego al atardecer se marchitaba, para volver a despuntar igualmente al otro día.

El pariente de Vallecorsa, que también, en su campaña de la Unión Soviética, había perdido la salud, se encontraba actualmente enfermo de tuberculosis en el sanatorio Forlanini de Roma, adonde los Marrocco iban asiduamente a visitarlo. Mas aunque contestase con buena voluntad a sus incansables preguntas, de Giovannino sabía, en verdad, aún menos que Clemente. En efecto, Giovannino y él se perdieron de vista antes de la desbandada definitiva, cuando apenas se iniciaba el repliegue. Giovannino entonces se encontraba bien, etcétera. Pero a partir de entonces, todas las órdenes se habían confundido, no había medios de defensa ni de supervivencia, aquello ya no era guerra, ni retirada, sino exterminio. De los italianos cercados en la «bolsa», ya era mucho si un diez por ciento habían salido vivos. Él, por su parte, al principio se había refugiado con una familia de campesinos rusos (unos pobretones muertos de hambre, gente como

nosotros, los de Vallecorsa), que lo habían acogido y alimentado como pudieron en su isba, en una aldea que después fue incendiada.

Filomena y Annita se hacían repetir estos relatos no se sabe cuántas veces, indagando sobre todos los detalles. Cualquier vicisitud referida por los retornados, aun negativa o pesimista, les brindaba nuevos pretextos de esperanza para esperar a Giovannino. El padre en cambio no compartía sus expectativas, más aún, parecía mirarlas como a ilusas.

Al menor paso que subía por las escaleras, juntas alzaban los ojos del trabajo, en una interrupción momentánea, estremeciéndose un poco cada vez. Después bajaban los ojos sin decirse nada.

Un día las cartas de Santina habían contestado que Giovanni estaba de «camino», sin otras indicaciones más concretas. Otro día la rapaza llegó jadeante, y dijo haber visto a Giovannino parado en un rincón del descansillo, en el segundo piso de las escaleras. Todos corrieron precipitadamente abajo; en el descansillo no había nadie. Pero la rapaza aseguraba histéricamente no haberse equivocado: era alguien vestido de militar, con zapatos claveteados de montaña, y un abrigo. Estaba acurrucado en el rincón entre dos puertas y, según ella, la había mirado ceñudo y fijamente, haciéndole señas de no decir nada. Pero ¿cómo lo reconoció, si nunca lo había visto antes?

—¡Era un rubito, de estatura mediana! — contestaba la rapaza—. ¡Igualito que él! ¡El mismo que viste y calza!

—¿Y por qué no le hablaste?

— Tuve miedo...

El padre, que se encontraba presente, se encogió de hombros; pero Filomena y Annita continuaron todo el día bajando y subiendo las escaleras, y asomándose por el portal a la calle, por si veían al soldado. Sospechaban que Giovannino, por algún motivo, estaba enfadado con su familia; ¿a causa quizá de su cuartito, que no estaba listo..., ocupado por extraños?... Ya en

noviembre Ida había comprendido que era hora para ella de buscarse un alojamiento, cuando el azar la ayudó. Una viejecita, clienta de Filomena (la misma que, en la primera visita de Nino, había dicho: «Me lo comería a besos»...), tenía intención de dejar, en febrero o marzo, su alojamiento personal en el mismo barrio del Testaccio para irse a vivir a Riete con una hija. Contra el pago de unos miles de liras, estaba dispuesta a ceder su contrato de alquiler. E Ida, que conservaba aún parte de las am-liras recibidas de Nino, consiguió hacérselas aceptar como anticipo, prometiéndole el resto en breve plazo (contaba con cobrar una indemnización como «damnificada», o en el peor de los casos obtener del ministerio un préstamo sobre futuros sueldos...). Y así, dentro de poco Ida y Useppe tendrían por fin una casa. Ida estaba ansiosa y contenta, porque esperaba también, entre otras cosas, que de una instalación más cómoda saldrían beneficiados el humor y la salud de Useppe.

Useppe estaba paliducho, le costaba reverdecer, y no era capaz de estarse tranquilo él solo, como hacía en inviernos anteriores, «pensando» o mirando al conejo o al abuelo. Sobre todo al atardecer le entraba una inquietud turbulenta, y se dedicaba a correr de un lado a otro por las habitaciones de la casa, refunfuñando con la cabeza gacha, como si quisiera desfondar las paredes. Las Marrocco, trastornadas, protestaban con las palabrotas de costumbre, aunque por fortuna, en vista de su próximo traslado, al final se habían vuelto más tolerantes con el pequeño realquilado inquieto.

Por la noche, aunque soñoliento, Useppe no hubiera querido acostarse nunca, e Ida creía reconocer en este capricho una aprensión espantada, pues desde hacía cierto tiempo raramente gozaba de un sueño sano e ininterrumpido. La serie de tales noches anormales empezó a finales del verano anterior, y especialmente una de esas noches se había grabado en la memoria de Ida como un punto amargo. Fue después del episodio de la

cocina, cuando él se había puesto afanosamente a romper la revista ilustrada con extrañas figuras, repitiendo, tras las palabras de su madre: «¡Es ea! (fea)». Parecía que también semejante episodio, como muchos otros anteriores, se hubiera borrado pronto de su cabecita loca. Pero en cambio, quizá una semana después, a Ida la despertó por la noche un extraño y prolongado hipo. Encendiendo la luz, vio a Useppe sentado a su lado, medio fuera de la sábana, agitando frenéticamente las manitas, con esos gestos que se observan en ciertos enfermos y que los médicos llaman «clastomama», cuando se rasgan los camisones en el hospital. Él, sin embargo, con el calor estival, estaba desnudo, y con aquel movimiento desgarrador daba la impresión de quererse arrancar la piel

—¡Es eo!... ¡Es eo! — se quejó, con los acentos amenazadores de un animalillo que supone que va a rechazar, con sus propios medios, a un cazador armado.

Y ni siquiera veía a su madre, enajenado por quién sabe qué imágenes pertenecientes en verdad a su sueño, mientras miraba con ojos desencajados la pared del cuarto, como si las viese allí. Al llamarlo, estaba sordo. Y hasta los consabidos y fútiles halagos con que Ida lo distraía en tales ocasiones cayeron en el vacío. Durante unos segundos permaneció inmóvil y alerta; después, abrumado por aquella cosa de espanto indefinido que debía afrontar él solito, de pronto se echó hacia atrás y se acurrucó escondiendo la cabeza. Y casi de inmediato se sumió en el sueño.

Este incidente fue el inicio de un largo rosario de noches en las que se encabalgaban nebulosamente, a cada despertar, en la mente de Ida, sus propios sueños y las inquietudes de Useppe. Ella misma, en efecto, había vuelto a soñar en desmesura; pero sus complicadas aventuras oníricas le dejaban, al pasar a la memoria, solo una franja dolorosa sin ningún recuerdo. Solamente tenía la sensación de que su trama corría siempre ya prefijada

hacia una ruptura violenta que se traducía, en el exterior, en una turbación, por mínima que fuese, del niño. Lo que en sueños había tornado por el estallido de una tempestad o una sacudida telúrica, no había sido, en realidad, sino un estremecimiento o una queja de Useppe; y eso bastaba para despertarla sobresaltada. A veces se trataba de pequeños trastornos comunes, de esos que tienen todos, niños o adultos: lo encontraba silabeando algo en sueños, con labios trémulos, cara contraída y dientes rechinantes. O bien lo oía gritar, o llamar: «¡Ma! ¡Maaaa!», pidiendo socorro. También le ocurrió encontrarlo ya despierto, sollozando como con una aventura tremenda, y habiendo mojado la cama. Pero más a menudo despertaba llorando sin motivo aparente, o se aferraba a ella todavía dormido, como perseguido por una extraordinaria amenaza. Y bañado en sudor abría los ojitos azules, aún invadidos por aquel miedo indecible. Al interrogarlo, no sabía dar sino informaciones incongruentes, o confusas: repitiendo siempre que soñaba «emasiao».

—No quiero tener tantos sueños — decía con una vocecita asustada.

—Pero ¿cuáles sueños? ¿Qué sueños tienes?

—Emasiaos sueños. Emasiaos — repetía.

Y parecía que el propio trabajo de explicar la demasía de esos sueños lo agitase. Por cuanto se podía reconstruir, parecía entender que, las más de las veces, soñaba con edificios altísimos, o bien con simas bajo las casas, o vorágines. Aunque el sueño del cual se quejaba con mayor frecuencia era el fuego. «¡El fego!... ¡el fego!», lloraba en ciertos despertares repentinos. Una vez aludió a una «mujer ea, goda, goda», y a «muchu gente que corría» y «mucho/ ego, mucho fego», y «niñitos y animales que escapan del fego».

Una sola vez refirió un sueño entero y concreto, frunciendo la frente con el afán de contarle bien. Había soñado con su madre, «no toda tú, solo la cara». Esta cara de Ida tenía los ojos cerrados, «... pero estabas despierta ¡Y no

estabas enferma!». Y en su boca se posaba primero, la mano de Ninnuzzu y, después, sobre esta, la mano de Useppe. De repente las dos manos se alejaban de allí, y en alguna parte se oía un gran grito: «Gande, gande, gande, gande, ¡gande!». Pero la cara de Ida, con los ojos siempre cerrados, y con la boca también cerrada, mientras tanto había empezado a sonreír.

Las angustias nocturnas de Useppe, como era natural alargaban también su sombra sobre sus días. Al ir avanzando las horas diurnas, sobre el niño parecía extenderse la alarma, y retrocedía, como quien intenta escapar de alguien que ya lo espera apostado y lo amenaza, sin que él sepa por qué. Ida se decidió un día a llevarlo a una doctora, de quien había oído hablar en la escuela, especialista en niños. En la sala de espera, entró inmediatamente detrás de ellos una mujer, con un crío rubicundo en brazos, de unos tres meses, que sonrió a Useppe. Y cuando, llegado el turno de Useppe, al otro lo dejaron esperando donde estaba, Useppe se volvió a decirle:

—Y tú, ¿no vienes?

La doctora era una mujer aún joven, desaliñada y casi grosera de modales, aunque en el fondo concienzuda y bondadosa. Useppe se dejó examinar muy seriecito, como si asistiese a una ceremonia exótica; e intrigado por el estetoscopio, preguntó:

—¿... suena?, creyéndolo una trompeta. Al poco rato, a propósito del otro cliente dejado en la antesala, preguntó a la doctora—: ¿Y por qué no viene él...?

—Él, ¿quién?

—¡Ese!

—¡Le toca detrás de ti! — contestó la doctora.

Y Useppe se mostró decepcionado, aunque sin insistir.

La doctora declaró que no le encontraba a Useppe ninguna enfermedad

orgánica.

—Es minúsculo, sí — comentó con Ida—. Me dice usted que ha cumplido cuatro años ya en agosto, y por la estatura podría tener dos y medio... Está flacucho... Claro, es fruto de la guerra... ¡pero es muy vivo! — Después, llevándolo de la manita, lo observó a plena luz en la ventana—: Tiene unos ojos raros — anotó, medio para sí—, demasiado bonitos — precisó, como fascinada, aunque a un tiempo recelosa. Y se informó por Ida, en el tono de quien prevé ya la respuesta, si el niño se había mostrado, por casualidad, más precoz de lo normal.

—Sí, sí — contestó Ida. Y agregó, titubeante—: Como le dije, nació prematuro...

—¡Eso ya lo sabemos! Y, a efectos del posterior desarrollo, ¡no sería determinante! — le replicó casi enfadada la doctora.

Y, ceñuda y perpleja, con sus modales toscos, seguía informándose por Ida de si a veces lo oía hablar solo, a lo mejor largas charlas un poco confusas.

—Sí, a veces — contestó Ida, cada vez más tímida. Y, apartándose con la doctora, le murmuró vacilante, como quien propala un secreto ajeno—: Creo... que se cuenta historias solo... O quizá poesías..., cuentos... Pero no quiere comunicárselos a nadie.

La doctora le recetó un reconstituyente, y un calmante suave para la noche. Y al fin Useppe resopló con alivio, porque la abstrusa ceremonia había terminado. Al salir, saludó con la mano al bebé de la antesala, y le lanzó una sonrisita de confidencial inteligencia, como entre viejos conocidos.

Las prescripciones de la excelente doctora resultaron útiles. Gracias al calmante, las noches de Useppe transcurrían más tranquilas. Y el reconstituyente, con sabor a huevo y jarabe, era tan dulce que Useppe todos los días lamía la cuchara. Ida se apresuró a esconderle el frasco bajo llave, por miedo a que lo vaciase todo de una vez.

Aunque con retraso, Ninnuzzu mantuvo su palabra y apareció con la motocicleta. Para evitar que, al dejarla sola en la calle, se la robasen, no subió, sino que primero silbó desde abajo hacia la ventana de los Marrocco, y después llamó:

—¡Useppe! ¡Useppe! — tocando la bocina a todo tocar.

Cuando lo divisó desde lo alto, mirando hacia arriba, pegado a su brillante máquina, Useppe empezó a temblar de pies a cabeza, impaciente; e inmediatamente, sin decir palabra, corrió apresuradamente hacia las escaleras (como temeroso de que, entretanto, el motociclista se desvaneciese), de forma que Ida debió perseguirlo para darle el abrigo y la gorrilla. También le puso al cuello una bufanda de muchos colores que Filomena por poco dinero, había hecho aposta para él.

Mientras tanto la rapaza, que a los primeros signos del acontecimiento se había bloqueado sobre la máquina de coser, tan alelada como si le hubiesen dado un puñetazo, siguió con su costura a toda prisa, fingiendo no haber oído ni visto nada.

Era invierno, pero el día, en pleno enero, parecía de abril. El aire tibio, en especial al sol, olía a pan. En cuanto salió del portal, sin esperar siquiera la invitación de Nino, Useppe se aferró en un puro temblor a la máquina para saltar al sillín, como a un caballito. Nino llevaba una chaqueta de cuero, grandes guantes y un casco. Ya algunos chiquillos, como otros tantos

enamorados, se habían congregado alrededor de la motocicleta, y Nino, con superioridad y satisfacción, explicaba:

—¡Es una Triumph! — dignándose incluso conceder a aquellos pobres amantes ciertas informaciones especiales sobre la cilindrada, el cambio, el tambor, el cárter, etcétera.

La salida fue estrepitosa, y el viaje, ¡un verdadero *raid* de ciencia ficción para Useppe! Recorrieron todo el centro histórico desde la piazza Venezia a la piazza del Centro Popolo, y después por via Veneto, Villa Borghese, y después de nuevo hacia atrás a la piazza di Navona, ¡y el Gianicolo, y San Pedro! Corrían por todas las calles con un ruido gigantesco, porque Ninnarieddu, para que se enterasen de quién era él, había suprimido el sistema del tubo de escape. Y a su paso la gente huía hacia las aceras, y protestaba, y los guardias silbaban. Useppe nunca había conocido aquellos barrios, que en un resplandeciente ciclón recorrían ahora en la motocicleta de Nino, como una senda espacial lanzada a través de los planetas. Al volver los ojos hacia lo alto, se veían estatuas volando con las alas desplegadas entre cúpulas y azoteas, y deslizándose a toda prisa por los puentes con las blancas túnicas al viento. Y un carrusel de árboles y banderas. Y personajes nunca vistos, siempre de mármol blanco, en forma de hombres o mujeres o animales, sosteniendo edificios, jugando con el agua, tocando trompetas de agua, corriendo y cabalgando dentro de las fuentes y junto a las columnas. Useppe, embriagado de placer por la aventura, acompañaba el trueno del motor con un continuo estallido de carcajadas. Y cuando Nino quiso bajarlo al suelo, se enfurruñó y, aferrándose a la máquina, solicitó:

—¡Ota más!

—¡Ota! ¡Ota! — lo remedó, bromista, Ninnuzzu, mientras salía a todo gas para contentarlo—. ¡Ya es hora de que aprendas a pronunciar la erre! ¿eh,

macho? — Y después, tras la tercera vuelta, declaró—: ¡Ya basta!... ¿Me das un besito? — agregó para despedirlo, dejándolo en el portal.

—¡Ota! — volvió a murmurar Useppe, aunque sin esperanzas, alzando hacia él los ojos.

Pero Nino esta vez, definitivo, ni le contestó, inclinándose sin más a darle el besito de despedida.

Y de pronto, al dárselo, relampagueó en su mente la misma observación ya hecha otra vez: que en los ojos de Useppe había algo distinto de antes. Hasta en su familiar risita, en verdad, ese día había habido algo distinto de antes (un temblequeo febril, casi imperceptible, no debido a la velocidad: más bien a una resquebrajadura interna, semejante al tirón continuo de un nervio). Pero de eso Nino no se había dado cuenta; medio a horcajadas en la moto, se quedó mirando, desde detrás, a su hermano que subía la escalera a regañadientes, adelantando siempre el mismo pie en cada peldaño, como hacen los principiantes (signo en él de mal humor), y quizá con algún rezongo... Entre la gorrilla y la bufanda se veían sus cabellos lisos y plumosos. Y por el abrigo hecho «para las medras» asomaban unos pantalones demasiado largos, al uso americano.

—¡Adiós! — le gritó Nino, riendo con aquel espectáculo cómico—. ¡Nos vemos pronto!

Y Useppe se volvió a despedirlo, abriendo y cerrando el puño.

—¡Paso, chavales! ¡Quitaos de en medio! — dijo Nino, arrancando con enorme estruendo entre el tropel de adoradores.

Después de su reaparición en la Roma liberada, no se le había vuelto a oír a Ninnuzzu ninguna alusión a la revolución comunista, ni al camarada Stalin. El tema reapareció un día que Ninnuzzu, que le daba una vuelta a Remo, el tabernero, en su potente moto, hizo un alto con él en casa de los Marrocco.

En el obrador de Filomena, ese día, estaba vacío el sitio de la rapaza, retenida en casa por la gripe; pero el distraído de Ninnarieddu ni siquiera se percató de ese vacío: ¡tan poco, en realidad, veía él a la rapaza, incluso cuando se encontraba allí, delante de sus narices!

Esta vez había dejado la moto con el portero, que, devoto de los motores y de los héroes de las carreras, le hacía la guardia como a una princesa del harén. El tabernero le llevaba de regalo a Ida una botellita de aceite, y Nino un paquete de café americano; y se notaba, por algunas alusiones, que actualmente las relaciones entre los dos eran más de negocios que de política. Pero ya en la escalera se había iniciado entre ellos una discusión política, sus voces en pugna los habían anunciado desde el rellano de abajo. Y, llegados a la casa, reanudaron la discusión casi enseguida.

Remo parecía amargado por el actual desinterés de Nino por el Partido Comunista; recientemente, en ese mes de enero, se había celebrado en Roma el Congreso del Partido, seguido con fe entusiasta por Remo y todos los camaradas; pero Ninnarieddu, por su parte, no se había interesado en absoluto, y casi ni se había enterado de la noticia periodística. Cuando le proponían coger el carnet, hasta se carcajeaba, como si le hicieran la propuesta de meterse fraile... Y ahora, entre estas y otras lamentaciones por el estilo de Remo, principió a canturrear «Bandiera Rossa» ¡con el tono de quien canta una pieza de opereta tipo «La viuda alegre»!

—Antes — se dirigía a los presentes Remo, amargado—, él hablaba como un verdadero camarada... Y ahora, que habría que estar unidos en la lucha...

—¡Antes era un mocoso! — estalló fulminante Nino.

—Pero ¿cuál lucha? — le dio cuerda, a su vez, la Consolata allí presente, con una mirada triste—, aquí, mucha lucha, mucha lucha, pero luego, el que no tiene aldabas, no sale de pobre. ¡Siempre andamos con un zapato y una chancleta!

—Yo, la lucha, ¡la hago pa MÍ y pa quien me peta! —proclamó Nino, por su parte, rabiosamente—, pa los jefazos, ¡NO! ¿Tú sabes qué significa REVOLUCIÓN? Significa, primerito: ¡nada de jefazos! De mocosuelo yo luchaba por aquel tipo; ¿y no viste luego, al Magnífico, al que nunca retrocede? ¡Cagao de miedo, se largaba, disfrazao de alemán! ¡¡Un poco más, y se disfraza de monja!! A mí, de mocosu, ¡los distintos jefazos nunca me decían que camisa negra quería decir camisa sucia! Pero cuando dejé las camisas sucias, los jefazos de siempre, que allá en el norte jugaban a oficiales de carrera, ¡no me quisieron entre sus partisanos, porque de mí no se fiaban! Y ora, ¡soy yo el que no me fío de ellos!

Y Ninnarieddu se golpeó el brazo izquierdo con la palma de la mano derecha, lo que equivale notoriamente a un gesto obsceno.

—¡Pero el camarada Stalin es un jefe de veras! ¡También tú creías en él!

—Creía, ¡antes!... ¡Aunque no tanto! — Ninnuzzu se lo pensó mejor—. Bueno, creía..., y, pa que te enteres, ¡ya no creo tampoco en él! ¡Es un jefazo igual que los otros! Y los jefazos, por donde pasan, ¡dejan siempre la misma peste! Pregúntaselo a quien ha estao allí, en los reinos siberianos. ¡El pueblo se desloma y él se lame los bigotes!

—Antes no hablabas así... — repitió amargamente Remo.

—¡Antes! ¡Antes! ¡ANTES! — le gritó Nino, tan fuerte como para dejarlo sordo— ¿Sabes lo que te digo, eh, Remo?, ¡que el tiempo apremia! — Y con gran voz de tenor se puso a cantar.

La balalaika tocaba Ivana ¡y aún está esperando!

—¡Ay, Remo, ahó! ¡Esta es mi vida, no la suya! A mí los jefazos no me joden... ¡ah, Remo, yo quiero viviir! — prorrumpió Ninnuzzu, con tal violencia que parecía una sirena de bomberos.

Este concepto suyo lo desarrolló una segunda vez, en la nueva casa de Ida en la via Bodoni, adonde había llegado con su Triumph, tras una nueva discusión con el camarada Remo. Como si siguiese la pelea con este, alborotaba marchando a pasos grandiosos por la cocina; aunque en realidad hablaba solo, no teniendo otros interlocutores que Ida y Useppe, que estaban callados. Repitió furibundo que Stalin era un jefazo como los otros, y además la Historia lo decía: ¿no había, el camarada Stalin, hecho buenas migas con los nazis para joder a Polonia? Y, recientemente, ¿no había aprovechado que Japón ya estaba K.O. para echársele encima? Stalin y los otros jefazos es todo un sistema; hacen buenas migas para comerse la vida entera y a todo el mundo, ¡todo el universo! ¡¡¡Con soles, lunas y planetas!!! Ahora en 1946, es el momento de América; y, en cuanto a la revolución, por ahora, seguro que no llega.

—A lo mejor llega dentro de cien años. Pero mi tiempo, con veinte que tengo, es hoy. Dentro de cien años, cuando tenga ciento veinte años, ¡a lo mejor volveremos a hablar!...

Nino, entretanto, quiere hacerse rico, archimillonario, irse a América en un avión especial de superlujo. Se llevará también a Useppe.

—Eh, Usé, ¿quiés venir en aeroplano a América?

—Sí, sí, sí.

—¡Pos en marcha!

—La revolución por ahora no llega porque aquí los amos son los estadounidenses, «que no la quieren». Y Stalin tampoco la quiere, porque también él es un imperialista como estos otros. La Unión Soviética es imperial como América, pero el imperio ruso está en otra parte, y en cambio en esta parte está el imperio de América. Su pelea es pura filfa. Mientras tanto los dos se guiñan el ojo y se reparten el botín; tú por allá y yo por aquí; y si tú metes la pata, vamos a ver quién tira mejor la bomba atómica, y así

desde el balcón disfrutamos de los átomos con los prismáticos. Los jefazos se entienden entre sí y son todos compadres.

—Y a mí ¡me matan de risa! ¡Yo soy el rey de la anarquía! ¡Yo soy el bandido fuera de la ley! ¡Yo reviento sus bancos, alió! ¡Basta de jefazos! ¡Yo el imperio se lo lanzo a la cara!... Eh, Usé, ¿qué te paece? ¿Nos damos un garbeo en moto?

—¡Tí! ¡Tí! ¡Tííí!

—¡Tí! ¡Tí! ¡Tííí! ¿Has vuelto a perder la ese? ¡Amos, Useppe, amos, amos, amos!

Y escapan juntos, los dos locuelos. Con el enorme estruendo del motor de arranque toda la gente se asoma al patio. Todos los inquilinos del edificio de la via Bodoni se han asomado a las ventanas para mirar la salida de la Triumph.

La nueva casa de la via Bodoni, adonde Ida y Useppe se habían mudado en primavera, constaba de dos habitaciones, una de ellas bastante pequeña, poco menos de un cuchitril. Además, estaba el vestíbulo, un vano oscuro sin ventanas, a la izquierda del cual se abría el retrete, que era minúsculo y sin lavabo. La cocina se encontraba, en cambio, a la derecha, al final de un corto pasillo, y su ventana daba al patio, como la habitacioncita, mientras que desde el cuarto más grande se veía la plaza de Santa Maria Liberatrice. En la plaza se alzaba una iglesia adornada con unos mosaicos, bonitos para el gusto de Ida, a causa de que con la luz se iluminaban de oro.

A poquísima distancia de la casa estaba la famosa escuela de Ida que, tras la ocupación de la época de guerra, había anunciado ya su reapertura para el próximo curso escolar; y eso significaba una gran ventaja y comodidad para Ida. El pisito se encontraba en la esquina de la manzana, en el último piso, al lado del depósito de agua y de la azotea común para tender la ropa; y esto, al

igual que la topografía del interior, le recordaba a Ida su vieja casa de San Lorenzo.

También aquí el edificio era grande, más grande aún que el de San Lorenzo, con dos patios y numerosas escaleras. La de Ida era la escalera sexta; y en su patio crecía una palmera; también eso le gustaba a Ida. Compró, parte a plazos y parte en un chamarilero, los muebles necesarios, que, de momento, se reducían a una mesa y un vasar para la cocina, a un par de sillas, un armario usado, y dos jergones con patas, llamados por los revendedores, pomposamente, «somieres». Colocó el somier más ancho en la habitación grande, para sí y para Useppe; y el otro, de una sola plaza, lo metió en el cuartito, con la esperanza de que, tarde o temprano, se fuese a vivir Nino. Pero este, realmente, no demostraba la menor intención de volver con la familia; y hasta dejaba en el misterio su paradero durante sus estancias en Roma. Se veía, de todos modos, que no tenía domicilio fijo y que, ocasionalmente, lo hospedaba alguna mujer. Esta, sin embargo, no era siempre la misma, pues las relaciones de Nino, como en el pasado, seguían siendo intermitentes e irregulares.

Dos veces seguidas, por cierto, en sus paseos en moto con Useppe, los acompañó una chica. Esta de nombre se llamaba Patrizia, aunque en realidad era plebeya, una obrera de la Manufactura de Tabacos. Era guapa, más aún que la «rojilla» de los guerrilleros; y demostraba un miedo terrible a la moto, suplicando a Nino cada vez que salían que por favor no corriese tanto. Él prometía, aunque solo para divertirse más, en cambio, lanzándose a exagerada velocidad. Y entonces la chica se le aferraba a la cintura, furiosa y aterrada, con las faldas y el pelo al viento, gritando:

—¡Asesino! ¡Asesino!

Una vez, en una carretera rural, sus gritos alarmaron a unos policías motorizados, quienes dieron el alto a la Triumph, temiendo un rapto; pero la

misma Patrizia, atusándose presurosa entre muchas risitas, justificó a Nino, explicando el equívoco. Y todos se rieron, los policías se disculparon y se llevaron la mano a la gorra en un saludo, añadiendo algún comentario galante.

Cabía creer que, en realidad, la propia Patrizia decía aposta aquello de «no corras», por el gusto de asustarse y gritar luego: «¡Asesino!». Y en efecto, también en el prado, detrás de los árboles, donde Nino y ella, las dos veces, se tumbaron enlazados en tierra, ella al principio se debatía, le gritaba: «Déjame, déjame, ¡socorro!», y trataba de rechazarlo arañándole y dándole sopapos y mordiscos. Pero luego de pronto cerraba los ojos, con una sonrisita de santa, y empezaba a decir:

—Sí, sí, sí... Ninnuzzu..., cómo me gusta... Qué guapo eres... En la primera excursión, susurrando con Nino, le preocupó la presencia del crío, que correteaba por el prado y le infundía respeto, pero Ueseppe, por su parte, no hacía mucho caso de los amantes, por haber visto quién sabe cuántas veces a la gente aparearse en la tarbea de Pietralata, en especial en los últimos días nerviosos de los Mil. La señá Mercedes, a sus «po qué», le había explicado que se trataba de una competición deportiva, eran partidos finalísimos. Y Ueseppe, contento, no volvió a preocuparse por ellos, aceptándolos con despreocupación. Le preocupó, en cambio, en su primera salida al campo con Patrizia, ver a esta pegarle a su hermano de aquel modo y, acudiendo, se abalanzó a defenderlo; pero Nino le dijo, riendo:

—¿No ves que estamos jugando? ¿No ves qué pequeña es, comparada conmigo? ¿Eh? Si quisiera, la tronzaría de un solo golpe.

Y, con esto, lo tranquilizó. A Nino, además, conociendo la ingenuidad de su hermanito, no le inquietaba en absoluto verlo asomar por detrás de los árboles, en algún momento de su juego con Patrizia. Más aún, en la segunda excursión, al sorprenderlo por las cercanías echando una meadita, le dijo:

—Ven, Useppe, enséñale a Patrizia qué lindo pito tienes también tú.

Y Useppe, espontáneo, como si nada, se acercó y lo enseñó.

— Cuando seas mayor — le dijo Nino, alegre—, también tú follarás con él, y nacerán «usepolitos».

Y Useppe se divirtió, regocijado, con la idea de los usepolitos, aunque sin razonar en absoluto; ni más ni menos que si Nino le hubiera contado, en un chiste, que los futuros usepolitos le nacerían de los ojos. Useppe, en verdad, era un mentís viviente (¿o quizá solo una excepción?) de la ciencia del profesor Freud. En efecto, varoncito era, sin duda, no le faltaba nada; aunque por ahora (y puede darse crédito a mi testimonio jurado) no se interesase para nada por su órgano viril, ni más ni menos que por las orejas o por la nariz. Los abrazos de los Mil y ahora los de Ninnuzzu, pasaban ante él sin inquietarlo como las aventuras del pobre Blitz con las perritas ajenas, y los cumplidos mutuos de los Peppiniellos. Él no se sentía ofendido en lo más mínimo; aunque de momento un sentimiento misterioso le advertía que se desarrollaba al margen de su pequeño espacio presente, a una distancia aún negada, como los juegos de las nubes. Y al aceptarlo, negligente, sin la menor curiosidad, allí lo dejaba. En especial en el campo, en aquellos prados primaverales, él, por su parte, tenía otras cosas que hacer.

Las chicas le gustaban, no obstante, y cada una de ellas le parecía, al mirarla, de suprema belleza: tanto la fea Carulina de los Mil como la guapa pelirroja Maria, y esta otra guapa Patrizia. Le gustaban sus colores, y su blandura, y su voz clara, y su tintineo si llevaban una pulserita o un collar de metal o de vidrio. Patrizia llevaba, entre otras cosas, dos largos pendientes, en forma de racimitos de cristal, que entrechocaban sus minúsculos granos sonando todo el tiempo, y que ella se quitaba con cuidado, metiéndolos en el bolso, antes de hacer el amor.

En la segunda excursión, Useppe, en sus correrías por los prados, apareció

por el claro entre los árboles donde en ese momento Nino y Patrizia, recién hecho el amor, reposaban tendidos en tierra. Nino, aún echado pesadamente sobre Patrizia, tenía la cara hundida en la hierba, con la mejilla pegada a la de Patrizia. Y Patrizia, boca arriba y con los brazos abiertos como en cruz, semejante a una beata mártir, tenía la cabeza echada hacia atrás, entre los cabellos despeinados, tan negros que se teñían de azulón. Sus ojos, entre las pestañas retocadas con rímel, semejaban dos estrellas endrinas de duros rayitos. En la comisura de un ojo se le había detenido una gota de llanto. Su boca entreabierta, con el halo del carmín disuelto, más bien oscuro, recordaba una ciruelita mordisqueada que derrama su zumo. Y bajo el follaje que veteaba el terreno con contrastes de luz, parecía acostada sobre un damasco. Useppe la juzgó tan hermosa que, agachándose un momento a su lado, posó un besito en su codo. Después, satisfecho, se marchó.

Los amantes no le hicieron caso en ese momento. Pero Patrizia debía de acordarse de aquel cumplido de Useppe, porque luego, al prepararse los tres para el regreso, le dijo a Nino:

—Me gusta, tu hermano. —[Y en cambio, como luego se supo, tenía celos de él.] Y añadió, en broma—: ¿Me lo regalas? Total, tú, ¿para qué lo quieres? Ni siquiera tenéis pinta de hermanos. No os parecéis nada.

—Claro — le contestó Nino—, somos hijos de dos padres: mi padre era un jeque, y el suyo un mandarín chino.

También esta vez Useppe se rio ruidosamente de esta otra salida de su hermano; sabía perfectamente que las mandarinas son frutas, y lógicamente no pueden tener más hijos que frutitas... Fue el único punto curioso, de la charla de Nino, que le llamó la atención. Y, por lo demás, actualmente ardía en deseos de volver a montar en la motocicleta. Cualquier otro interés, para él, era secundario.

Aquel chiste malo dicho por azar a Patrizia fue la única alusión de Nino al

extraño nacimiento de Useppe, al menos en presencia de Useppe, o con Ida. Desde el famoso día de su primer encuentro con el criajo en San Lorenzo, Nino nunca se había preocupado por indagar sobre la desconocida aventura de su madre. Quizá, entre sus otros atractivos clandestinos, le gustaba tener aquel hermano misterioso, llegado de repente no se sabe de dónde, como si de veras lo hubieran recogido de una cuneta en un fardo.

En esa época Davide Segre llevaba unos meses en Mantua, en la casa paterna, desde donde de vez en cuando le escribía a Nino. Ya se sabía sin lugar a dudas que de toda su familia, deportada en 1943, nadie había sobrevivido. La abuela materna, bastante vieja y ya enferma, murió durante el viaje. El abuelo y los padres fueron eliminados en la cámara de gas la misma noche de su llegada al campo de Auschwitz-Birkenau. Y la hermana, que contaba en esa época diecisiete años, se extinguió en el mismo campo meses después (en marzo de 1944, al parecer).

La casa, sin embargo, debió de ser ocupada entretanto por algún extraño, porque Davide encontró, entre otras cosas, colgadas de las paredes unas viñetas que nunca habían estado antes. Por entonces las habitaciones estaban abandonadas, polvorientas y semivacías, aunque sin demasiado desorden. Gran parte de los muebles y objetos familiares se los habían llevado, no se sabía adónde ni quién; pero otros, en cambio, extrañamente, se encontraban aún intactos en el sitio donde Davide los había visto siempre. Una remilgada muñeca, que su hermana no movía nunca de un alto estante, aún seguía allí, en la misma actitud de siempre, con el pelo lleno de polvo y los ojos de vidrio abiertos.

Algunos de esos objetos le eran familiares a Davide desde su primera infancia; y él, de niño, les había tornado antipatía, por su presencia mediocre y continua, que semejava una especie de mísera eternidad. Ahora

experimentaba casi una sensación de asco al encontrárselos delante, sobreviviendo incólumes a los muertos. Mas no tenía ganas de trasladarlos, ni de tocarlos. Y los dejaba donde estaban.

En esa época en la casa (de cinco habitaciones) vivía él solo. A la ciudad había regresado recientemente un tío suyo (padre del primo escondido en Roma con los frailes) que consiguió salvarse en su momento con su familia. Pero Davide nunca se había tratado con su parentela; y este tío era solo un extraño, a quien no tenía nada que decir, conque evitaba su compañía.

Ya en los días comunes de la guerrilla Nino había comprendido, a través de ciertas frases de Carlo-Piotr que este desde chiquillo se había alejado no solo de sus parientes, sino también en parte de sus padres y su hermana, porque eran unos burgueses. En todas sus usanzas, que de niño le agradaban, él, al crecer, había aprendido a reconocer cada vez más su común vicio social, deformador y mistificante. Hasta las minucias: que su padre mandara imprimir en el papel de cartas ingeniero y comendador; que su madre acompañase muy orgullosa a su hermana pequeña a cierta importante fiesta infantil y se pusieran guapas para la ocasión; y sus charlas en la mesa; y sus amistades; y el tono reverente de su hermana al citar ciertos apellidos ricos; y el aire importante de su padre cuando se jactaba de los éxitos escolares de su Davidito; y los modales de su madre cuando, al acariciarlo, incluso de mayor, le decía «mi pequeñín», «angelito mío», «mi caballero»; motivos todos para él de un malestar incluso físico, semejante a una anquilosis. Y este fastidio cotidiano, poco a poco, con el paso del tiempo, quedó explicado más claramente con su gran rechazo fundamental, el cual, por otra parte, le resultaba incomunicable a los suyos, sin remedio, como un código del otro mundo. En efecto, ellos vivían nutriendo la convicción en cada uno de sus actos de ser honestos y sanos; mientras que en cada uno de sus actos o palabras él siempre advertía otro síntoma degradante de la máxima perversión

que inficionaba el mundo, y que se llamaba «burguesía». Esta nueva atención suya, en perpetua rebeldía, era para él una especie de ejercicio negativo, que condenaba a los suyos, necesariamente, al desprecio. Y del propio racismo, o sea, del fascismo, los consideraba también culpables, por su parte, en cuanto burgueses.

Así, ya en la segunda enseñanza Davide empezó a huir del contagio de la familia, a la espera de escapar de allí. Cuando estaba en casa, se encerraba en su cuarto; y además permanecía en casa apenas el tiempo necesario. Las vacaciones las pasaba solo, recorriendo Italia, como un gitano sin un cuarto; aunque desde los sitios adonde llegaba escribía a los suyos largas cartas enfervorizadas, que en familia se leían y releían como si fueran novelas. Él, en efecto, único hijo varón y primogénito, era el favorito de la familia, que se adaptaba a sus deseos (todos lo tenían, además, por muy serio y nada caprichoso o extravagante). Cuando las leyes raciales excluyeron a los judíos de la enseñanza estatal, él decidió que total no necesitaba ya el instituto, y que terminaría sus estudios por su cuenta. Y cuando sus padres, a costa de ciertos sacrificios, acordaron mandarlo a salvo a ultramar, como otros chicos judíos de su clase, se negó con pasión, diciendo que había nacido en Italia, y que su sitio, actualmente, ¡estaba aquí! No hubo modo de convencerlo, y hasta pareció por el tono que su rechazo equivalía a un desquite supremo, aunque más bien pueril, como si él, Davidito Segre, tuviera quién sabe qué gran tarea que desarrollar en su desventurada tierra natal, y el exilio en ese momento le pareciese una deserción y una traición.

Fue en ese período, en el curso de sus peregrinajes veraniegos, cuando Davide se encontró, en Toscana, con ciertos anarquistas militantes, iniciando con ellos la propaganda clandestina; y allí, bajo un nombre falso, lo detuvieron los alemanes en septiembre de 1943, a consecuencia del chivatazo de algún delator.

Ahora, al parecer, había interrumpido las actividades públicas y no se trataba con nadie. De sus pasadas amistades en Mantua, a la única a quien había buscado era a una muchacha, su amante de la adolescencia, a quien en sus cartas a Nino indicaba con la mera inicial G. Esta, bautizada y no judía, un par de años mayor que él, fue el único amor que tuvo hasta entonces; y en la época en que amaba a Davide era una guapa chica, empleada en una fábrica. Pero ya en 1942 había traicionado a Davide con un fascista; después, bajo la ocupación, se dedicó a hacer el amor con los alemanes, y dejó la fábrica, marchándose de Mantua. Decían que en Milán, después de la salida de los alemanes, la habían rapado al cero como colaboracionista, aunque en realidad no se sabía nada concreto. De sus padres, emigrados hacía muchos años a trabajar en Alemania, no se tenían noticias; y tampoco, por mucho que Davide preguntase, nadie sabía adónde había ido a parar ella.

No tenía otras compañías; y su único corresponsal era Nin-nuzzu, a quien escribía sin regularidad; podía suceder que le escribiera dos cartas diarias, o ninguna en varias semanas. Por su parte Nino le contestaba, como mucho, con alguna postal (ponerse a escribir le parecía una condena; solo con verse ante una hoja en blanco y una pluma se acordaba de la escuela, y le entraban calambres en los dedos y hormigueo). Las postales las elegía de colores, brillantes y chuscas; pero escribía solo un saludo y la firma y, además, si estaba Useppe, le guiaba la manita para añadir: «Useppe».

Se hacía cruces de que Davide prolongase tanto su estancia allá (se había marchado con la idea de quedarse unas semanas) y se preguntaba cómo pasaba el tiempo, solo en la casa provinciana. «Quizá — suponía, conociéndolo— se lo pasa en borracheras.» A veces estallaba: «Me voy allá a buscarlo», pero sus correrías y *razzias* misteriosas al norte y al sur de Roma no lo llevaban por ahora a Mantua. Y por lo demás, Davide insistía en cada carta en su intención de regresar cuando antes, en cuanto dispusiera de algún

dinero, acabado el cual (agregó una vez, a este respecto) se pondría a trabajar de bracero o de obrero, cualquier trabajo físico que excluyese los pensamientos. Quería entregarse a la fatiga más material y agotadora; así, por lo menos, de noche, al regresar a casa, con el cansancio solo tendría ganas de caer en la cama, sin posibilidad de pensar... Pero sobre este extremo Ninnuzzu meneaba la cabeza, incrédulo: Davide, la misma noche de su azarosa llegada a Nápoles, en la primera borrachera le había confiado ciertos proyectos futuros, acariciados desde pequeño. Y el primero de ellos, acaso el más urgente, era escribir un libro; escribiendo un libro, había declarado, se puede transformar la vida de toda la humanidad. (Inmediatamente después se había avergonzado casi de hacerle semejante confidencia, y ensombreciéndose había afirmado que se trataba de una trola, y que él, si se ponía a ello, quería escribir solo pornografía.)

Por lo demás, Ninnuzzu estaba informado (lo supo, en su momento, por el camarada Piotr) de que ya en el pasado, una vez, Davide había intentado ser obrero; pero, a la hora de la verdad, había fracasado en el intento. Fue unos seis años antes, cuando Davide apenas salía de la adolescencia. Su profesión oficial era estudiante en paro — excluido, por motivos de raza, de la enseñanza pública del Reino—, aunque en realidad, para él, justamente entonces, había empezado la época del máximo fervor, pues fuera de la escuela se le abría una libertad nueva y fresca, aunque arriesgada. Ya hacía tiempo, en efecto, que Davide se había comprometido íntimamente con su opción revolucionaria meditada ahora y definitiva (tanto que él, antes de traicionarla, ¡se hubiera cortado las manos!). Y por fin, se anunciaba la hora de mantener su compromiso.

Ahora él se consideraba mayor. Y de momento, para su iniciación real, le pareció un primordial deber sufrir directa y físicamente — él, nacido de clase burguesa— la experiencia del trabajo asalariado en una fábrica. En efecto, su

IDEA, como es sabido, excluía, como principio absoluto — por la verdadera revolución anarquista— toda forma de poder y de violencia. Y solo a costa de una experiencia personal podría — a su juicio— sentirse «próximo» a esa parte de la humanidad que, en la sociedad industrial de nuestros días, nace ya sometida por el destino al poder y a la violencia organizada: ¡o sea, a la clase obrera!

Así, pues, ese mismo año consiguió, gracias a unas amistades, que lo contratasen como simple obrero en una fábrica del norte (no se sabe si en Génova, Brescia, Turín u otro lugar). Era el período de las victorias nazis totales; y cabe creer que tampoco en las fábricas fuera ese el momento más afortunado para la anarquía. Pero Davide Segre se reía de las victorias del Eje; convencido, incluso, de que eran trampas preparadas por el destino para enviar a los nazifascistas (o sea, a la burguesía) a la ruina definitiva e inevitable, ¡pasada la cual el canto de las revoluciones podría desatarse libremente por toda la tierra!

El caso es que el adolescente (tal era, en realidad) Davide Segre veía a toda la humanidad como un solo cuerpo vivo; y del mismo modo que él sentía como cada célula de su cuerpo tendía a la felicidad, creía que a esta tendía el destino de la humanidad entera. Y, por consiguiente, ¡tarde o temprano, tal feliz destino debía cumplirse!

Cómo se las arregló para que lo contrataran, con las formalidades del caso, aquel estudiantillo judío y contumaz, no puedo decirlo. Pero me aseguraron que incluso (gracias a alguna argucia clandestina) nadie en la fábrica conoció su verdadera identidad; ni nadie, por otra parte (ni siquiera su familia) se enteró nunca de esta experiencia obrera, mantenida en secreto para todos, salvo con unos poquísimos cómplices y confidentes. Yo, por mi parte, las escasas y fragmentarias noticias que pude recoger las tuve por Ninnuzzu; y este, entre otras cosas, les daba una interpretación cómica (aunque para

Davide había sido, en verdad, una tragedia). Y así, mi presente evocación del hecho es más bien huera y aproximada.

El lugar adonde lo destinaron desde el primer día era una nave con tejado de chapa, vasta como una plaza y atestada, en tres cuartos de su volumen por abajo y por arriba, de monstruosos mecanismos en movimiento. Davide cruzó el umbral con el respeto debido a un recinto sacro, porque aquello para él era una elección, y para los otros humanos encerrados allí era una condena impuesta. Aun en su interior había, con la sensación de baldía, también una exaltada emoción, pues finalmente penetraba — no como simple visitante sino como partícipe— en el ojo del huracán, o sea, justamente en el corazón lacerado de la existencia.

Como lo pusieron de inmediato ante una máquina, no se le ofreció, de momento, sino una visión confusa y remolineante del lugar. Ante todo, la nave retumbaba sin tregua con tal fragor que al cabo de un rato los tímpanos le dolían, y una voz humana, aun gritando, se perdía allí. Además, no parecía estarse quieta, sino bailar, como con un seísmo crónico e ininterrumpido, provocando un ligero mareo, que empeoraba con el efecto del polvo y de unos olores cáusticos y penetrantes, procedentes no se sabe de dónde, pero cuyo gusto Davide, en su rincón, sentía de continuo, en la saliva, dentro de la nariz, y mezclado con cada respiración. La luz del día, en aquel enorme espacio con pocas aberturas, entraba escasa y turbia; y la iluminación eléctrica, en ciertos puntos, era tan cegadora que hería, como en los interrogatorios de tercer grado. De las pocas y estrechas ventanas — situadas todas en lo alto, no muy debajo del techo—, las cerradas tenían los cristales cubiertos con una costra negruzca; y por las abiertas entraban corrientes húmedas y heladas (estaban en invierno), que al chocar con los vapores candentes del interior quemaban el aire y metían en los huesos un agotamiento de fiebre de cuarenta. Allá al fondo, a través del humo

polvoriento, se entreveían lenguas de fuego y coladas incandescentes; y las presencias humanas en torno a ellas no parecían reales, sino efectos de un delirio nocturno. Allí dentro, el mundo exterior, de donde llegaban de vez en cuando ecos semienterrados (voces, campanilleos de tranvías), se mudaba en una región inverosímil, cual una última Tule al otro lado de una ruta transpolar.

Pero Davide se sentía preparado para todo esto, y hasta lo afrontaba impávido, como un recluta de la última leva impaciente por probar el «bautismo de fuego». Un hecho, en cambio, que le resultaba nuevo (siendo ver la consecuencia necesaria de todo lo demás) era la falta de posible comunicación entre los sujetos humanos de la nave.

Allí dentro, los hombres (los había a centenares) ni siquiera podían contarse por almas, como solía hacerse en tiempos de la gleba. Al servicio de las máquinas, que con sus cuerpos exagerados secuestraban y casi engullían sus pequeños cuerpos, se reducían a fragmentos de un material barato, que solo se distinguía de los hierros de la maquinaria por su pobre fragilidad y su capacidad de sufrimiento. El organismo frenético y férreo que los esclavizaba, así como el mismo fin directo de su propia función, seguía siendo para ellos un enigma sin sentido. Nadie les daba explicaciones, y ellos mismos, por lo demás, no las pedían, sabiéndolas inútiles. Más aún, para su máximo rendimiento material (que era cuanto se les demandaba, imponiéndose como un pacto de vida-muerte) su única defensa era la obtusidad, hasta embrutecerse. Su ley cotidiana era la necesidad suprema de la supervivencia. Y portaban en el mundo su cuerpo como un estigma de esta ley incondicional, que niega espacio hasta a los instintos animales del placer, y tanto más a las demandas humanas. La existencia de semejantes estados dentro del Estado era, por supuesto, ya archiconocida para Davide Segre;

aunque también, hasta ahora, la había percibido dentro de un vapor caliginoso, confundido casi con una nube...

Mis informaciones no registran concretamente cuál era su tarea particular en la fábrica; aunque de las mismas pueda deducir que, obrerito novato y sin calificar, lo asignaron al principio a una prensa, con la subsiguiente alternativa eventual de una fresadora o algo por el estilo. Pero, de una a otra máquina, para él la suerte mudaba poco; más aún, ciertas variaciones insignificantes, dentro del mismo orden de eterna monotonía, lo trastornaban en vano, en vez de aliviarlo.

Se trataba, en cualquier caso, para él, de repetir vertiginosamente una cualquiera de las operaciones elementales de costumbre (por ejemplo, empujar una barra dentro de una muesca, pisando al mismo tiempo un pedal...), exacta e idéntica, a una media mínima de cinco o seis mil piezas diarias — con un ritmo cronométrico de segundos— y sin pararse nunca (salvo para ir al retrete, paréntesis también calculado con el cronómetro). Y no se le permitía otra relación en todo el tiempo sino con su prensa, o fresadora.

Y así, clavado allí a su autómatas-demiurgo, Davide se encontró desde el primer día sumido en una soledad total, que no solo lo aislaba de todos los seres vivos del exterior, sino también de sus compañeros de la nave, todos los cuales — ausentes, al igual que él, como sonámbulos, en su trabajo precipitado y en su incesante gesticular compulsivo— sufrían su misma suerte indiferenciada. Era como encontrarse en un reclusorio donde la regla fija fuera la celda de castigo; y donde, además, a cada uno de los reclusos se le diera el mínimo necesario para la supervivencia a costa de girar sin descanso, y en exagerado número de vueltas, alrededor de un incomprensible punto de suplicio. Bajo el agobio de esta ventosa, que vacía por dentro,

cualquier otro interés se desecha como una insidia enemiga, o como un lujo desastroso y pecaminoso, que luego ha de pagarse con el hambre.

Esta inesperada soledad era una experiencia nueva para Davide, demasiado distinta de la otra soledad — conocida por él— de la contemplación y la meditación, la cual, por el contrario, da la sensación de comunicar al unísono con todas las criaturas del universo. Allí, encarcelado dentro de un mecanismo que lo forzaba a una obediencia pasiva — y tenso siempre en una misma persecución ininterrumpida, torpe y estéril—, Davide se sentía atropellado por el doble horror de una mole aplastante y una abstracción absurda. Y el atropello no lo abandonaba ni siquiera a la salida, cuando su temporal «libertad» se asemejaba a la de un presidiario que pasara su hora al aire libre con la cadena en los pies. Durante un rato, fuera de las verjas de la fábrica, perduraba la impresión de que todo a su alrededor, y el terreno bajo sus pasos, vibraba desagradablemente, como sucede después de una travesía con mareos. Y hasta que se tiraba en la cama, el asedio cotidiano de las máquinas seguía oprimiéndolo, concentrándose en una especie de tenaza invisible que le sujetaba la cabeza entre sus filos con ciertas punzadas lancinantes y un horrible chirrido. Sentía la sustancia cerebral deformada, y toda ideación o pensamiento que asomase, en aquellas horas, le molestaba, conque le entraban ganas de desecharlo enseguida, como un parásito. Desde la primera tarde, en el momento de retirarse, el efecto de su jornada laboral sobre Davide Segre había sido hacerle vomitar — allí, en cuanto ponía los pies en su cuartito— el poco alimento que había tomado y la muchísima agua que había bebido (todavía por esa época bebía solo agua y, si acaso, naranjadas y bebidas no alcohólicas, si sus finanzas se lo permitían).

Y desde entonces todas las tardes, puntualmente, al regresar a casa, se repetía siempre el mismo fenómeno del vómito, al cual se encontraba incapaz de resistir, contra su voluntad (entre otras cosas, le daba coraje desperdiciar

de este modo la comida, que se había ganado con tanto trabajo...). Tampoco se le perdonaba todas las mañanas cierta lucha al sonar el despertador que lo llamaba para su turno en la fábrica. De improviso, ante este anuncio de su nueva jornada, las miles y miles de «operaciones» de su norma se le presentaban como una inmensa avanzada de hormigas negras sobre su cuerpo; y sentía en todas partes un prurito, de forma que su primera gimnasia para despertar consistía en rascarse desesperadamente. Tenía la extraña y doble sensación de encaminarse a un deber sagrado que sin embargo entrañaba una especie de fechoría antinatural, demencial y perversa. Y semejante ley anormal chocaba con su conciencia, ¡en el mismo momento en que la reclamaba con fervor absoluto, cual una ley de lo alto! En realidad, se decía Davide cabalmente, en entregarse él mismo a tan aberrante fechoría estaba el sentido de su acción actual. Este, en efecto, era su compromiso: no escribir la infamia de la experiencia obrera sobre el papel, sino sobre su cuerpo, ¡como un texto sangriento! En él su IDEA se encarnaría, ¡para clamar por la revolución y liberar el mundo! Ahora bien, esa confianza bastaba para hacer correr al galope al joven Davide hacia la nave de la fábrica, ¡igual que un combatiente de primera línea enamorado de su bandera!

Los primeros días, durante el trabajo de costumbre, en ciertos instantes se reconfortaba dirigiendo su fantasía — o mejor dicho el último hilo que piaba intacto— hacia alguna visión refrescante: chica conocidas, senderos de montaña, olas marinas... Pero el resultado de tales vacaciones momentáneas, por desgracia, eran pequeños desastres y accidentes en el oficio, granjeándole reprensiones (y amenazas de despido) del capataz, que no se andaba precisamente con modales ceremoniosos (los cumplidos más comunes que usaba eran: «memo» y «bambarria», término que significaba bobo). En esas ocasiones, le entraban inmediatamente ganas de emprenderla a puñetazos, o como mínimo de dejarlo todo, darle una patada a la caja de las piezas e irse

de paseo. Y, naturalmente, con voluntad, conseguía aguantarse las ganas; pero por dentro se le revolvían las entrañas, sentía náuseas, y siempre de vuelta el prurito matinal, como si tuviera bajo las ropas nidos de hormigas, o una invasión de piojos.

De todos modos, pronto se consumieron también sus reservas fantásticas filiformes. En el breve curso de una semana para él ya no existía la tierra, sus bosques y playas y prados, ni el cielo con sus estrellas; porque estas cosas ya no le daban deseos ni placer, ni siquiera las veía. Tampoco las chicas, al salir por la tarde de la nave, lo atraían. El universo, para él, se había reducido a aquella nave; y le espantaba incluso evadirse de sus espiras carcelarias, sospechando que acaso le fuera imposible, después, entrar en ellas, si volvía a ver la cara de la felicidad de vivir. También su amor al arte (le gustaban especialmente la pintura y la música, sobre todo Bach) — y la poesía— y sus estudios, sus lecturas (sin excluir los textos de sus maestros políticos) oscilaban entonces en lontananza como figuras extravagantes, retiradas a un Edén al margen del tiempo. A veces se reía pensando en Sócrates de Atenas, acostumbrado a discutir con sus aristocráticos amigos en una sala luminosa, o en un banquete... y en Aristóteles que enseñaba lógica paseando a orillas del Iliso. Allá entre sus compañeros de la nave, comunicar la IDEA (amén de su imposibilidad objetiva) habría sido como hablar de madres en una desesperada incluso. Un sentimiento sombrío, de pudor fraterno, y también de amarga ética, le negaba ese derecho, casi un lujo vedado. Y así, ciertas intenciones propagandísticas (motivo no secundario de su presente empresa) se resolvían en otra y continua frustración para él, que siempre las relegaba. Solo una de las últimas tardes — por lo que sé— se decidió a pasar a hurtadillas a tres o cuatro compañeros, apenas cruzada la verja, un panfletito clandestino, sobre el cual, sin embargo, ellos no comentaron nada. Quizá, en aquella atmósfera (con el terror nazifascista triunfante), este silencio valía

como la única señal posible de complicidad, pero para él (que en su irreflexión ni siquiera valoraba los riesgos) eso significó que sus propósitos de apostolado anarquista, en la fábrica, caían sin respuesta.

Por otra parte, sus relaciones con los compañeros de la nave se limitaron, que yo sepa, a unos cuantos intercambios casuales, y efímeros. Tengo noticia de que un sábado por la noche quedó a cenar con algunos de ellos, de los más jóvenes. Estaban en un local abarrotado de los alrededores de la fábrica (retratos del Duce, lemas belicosos, presencias — por allí— de policías de paisano, espías y camisas negras) y en la mesa se habló exclusivamente de deportes, cine y mujeres. Su lenguaje, o mejor dicho su jerga, se reducía a un vocabulario mínimo; y en particular, en el tema mujeres, se limitaba a una diversión cómico-obscena. Davide se daba cuenta de que para los forzados de las máquinas tales miserables evasiones eran el único descanso permitido; y, con un sentimiento que tomó por «caridad» (aunque mucho más, en verdad, era necesidad de simpatía) se lanzó él mismo a contar un chiste soez, que además ni siquiera obtuvo un gran éxito. Era una anécdota intrincada, sobre un tipo que decide vestirse de polla para una fiesta de disfraces; aunque, al final, al no encontrar un sombrero adecuado, se resigna a disfrazarse de culo, etcétera. Ahora bien, los circunstantes (sin que él, en su ingenuidad, lo sospechase) miraban alarmados a su alrededor, imaginándose, con el clima de temor de la época, que bajo el personaje de la anécdota se pretendía aludir al Duce, o al Führer, o al mariscal Goering... Esa noche, Davide tenía un dedo vendado (en la nave se había fresado una yema), que estaba supurando y le dolía. Además, contra sus hábitos de entonces, por simpatía hacia los comensales había bebido vino. Y por la noche — quizá al sobrevenirle unas décimas de fiebre— tuvo una pesadilla. Soñaba con que tenía, en lugar de dedos, gruesos pernos demasiado atornillados a la tuerca; y que, alrededor de él, dentro de la nave, ya no había hombres ni máquinas, sino solo anfibios,

mitad hombres y mitad máquinas: con carritos, de la cintura para abajo, en vez de piernas, taladros o garruchas por brazos, y así sucesivamente. Estos, y él con ellos, debían correr y correr sin parar en una nieve helada-hirviente. Y al correr debían lanzar gritos y carcajadas ensordecedores, pues también eso formaba parte de la norma. Todos llevaban enormes y gruesas gafas verdes, pues todos estaban ciegos a causa de ciertos ácidos de las fundiciones, y escupían una saliva oscura y espesa, como sangre negra... Por lo demás, desde hacía cierto tiempo, Davide, si no exactamente pesadillas, tenía siempre sueños similares. Siempre se encontraban en ellos taladros, garruchas, tenazas, calderas y tornillos... O bien se trataba de cálculos complicados de ritmos y de piezas, que debía hacer y rehacer de continuo, peleándose con uno que afirmaba que su paga en total, ascendía a dos liras con cuarenta... y todo así. Hasta en los sueños, se ve, deseaba en ese tiempo evitar toda tentación de felicidad.

La famosa cena de la noche del sábado fue, según mis noticias, la única ocasión de encuentro entre Davide y sus compañeros fuera de la nave. Y aquí hay que decir que Davide — ya raro por naturaleza— se volvía más tímido y huraño con los obreros. Tanto peor cuanto más, en verdad, su corazón ansiaba lo contrario. Habría querido apostrofarlos en los vestuarios, perseguirlos fuera de las verjas, abrazarlos, decirles quién sabe cuántas y cuáles cosas destinadas a ellos; pero no le salía de los labios sino «Buenos días» y «Buenas tardes».

Aun cuando nadie en la fábrica conociera su verdadera clase e identidad, él se sentía tratado como un extraño entre los demás obreros. Y por su parte, más que extraño, frente a ellos se sentía asqueroso, sabiendo que, para él, este trabajo de la fábrica no era sino una experiencia temporal; en el fondo, una aventura de intelectual, mientras que para ellos era toda su vida. Mañana, y pasado mañana, y dentro de diez años: siempre la nave, y el fragor, y los

ritmos, y las piezas, y los zapatazos de los jefes, y el terror al despido... sin terminar nunca, salvo en el momento de la enfermedad definitiva, o de la vejez, cuando te tiran como un trapo inservible. Para este fin los habían parido sus madres: hombres enteros de cuerpo y alma, ¡ni más ni menos que él! Hombres, o sea, «sedes eminentes de la conciencia», ¡en todo y por todo iguales a él! Para sustraerse al peso de semejante injusticia, el único remedio le parecía entonces hacerse obrero como ellos para toda la vida. Así, al menos, podría llegar a llamarles hermanos sin remordimiento. Y a veces, pensándolo, se decidía seriamente a hacerlo. Pero al cabo de un rato vislumbraba la felicidad que le hacía señas desde cien mil ventanitas abiertas, diciéndole: pero ¿cómo? ¿Conque quieres traicionarme? En efecto, Davide, como ya se ha insinuado, era un fanático de la felicidad, en la cual, según él, residía el destino de los hombres. Y aunque su destino personal se le anunciara en aquellos tiempos contrario y amenazante, ya se ha visto que sobre él no pesaban ciertas amenazas. La felicidad de Davide Segre, en verdad a pesar de todo, se podía contar en tres palabras: TENÍA DIECIOCHO AÑOS.

Mientras tanto, se entregaba a su oficio de obrero más allá de los límites de lo posible. Según él, en efecto, lo principal que le faltaba eran práctica y entrenamiento; conque, para entrenarse, no solo corría a todos sus turnos sino que buscaba también los extraordinarios, incluidas las jornadas dominicales, hasta tal punto desconfiaba de los paréntesis. Y aunque cada noche se le repitiera el condenado vomitar y cada día su cuerpo perdiera peso y se encontrase más debilitado, estaba convencido, físicamente, de conseguirlo (lo moral dependía de su voluntad). ¿Acaso era menos fuerte que los otros trabajadores de la nave? Allí en la fábrica se encontraban hombres de cincuenta años y mujeres, y chavalitos con pinta de tísicos... Él era sano y fuerte de cuerpo, en el pasado había ganado incluso competiciones de

atletismo, y pocos conseguían echarle un pulso. Para él, resistir «físicamente» la prueba al menos hasta el plazo fijado (o sea, hasta el verano — estaban en febrero—) representaba no solo un compromiso, sino un puntillo. Y, en cambio, precisamente lo traicionó su físico. Ocurrió el lunes de la tercera semana. El sábado le había ido mal, se equivocó en no sé cuántos cientos de piezas (lo habían distraído unos inopinados celos de una mantuanita) y el capataz, uno nuevo, le llamó, entre otras cosas, *balosso*, *maroc* y *romanso giallo* (términos todos, para mí, realmente incomprensibles; aunque se trataba, al parecer, de graves insultos). Por la noche se saltó la cena; y sin embargo, al volver a casa, vomitó el doble que otras noches; un vómito gris, todo agüilla, hollín y polvo, ¡y hasta con serrín y virutas! Luego en la cama no conseguía dormir. Siempre aquel prurito por todas partes, y la odiosa tenaza en la cabeza, y en el cerebro, en lugar de pensamientos, nada más que pernos y tornillos, piezas y pernos y tornillos... De repente, quemante, como una frustración, relampagueó en su mente este único pensamiento espantoso: «Mientras los hombres, o un solo hombre sobre la tierra, se vea forzado a semejante existencia, hablar de libertad, de belleza, de revolución, es una impostura».

Ahora tal pensamiento lo hacía retroceder, peor que una tentación espectral o demoníaca; ya que escucharlo, para él, hubiera significado el final de su IDEA, y por ende de toda esperanza vital.

Al día siguiente, domingo, se quedó en cama, febricitante, y durmió casi todo el día. Tuvo incluso sueños, de los cuales después no recordaba nada concreto; aunque seguramente habían sido sueños de felicidad, pues le dejaban una sensación de haberse curado y al tiempo de suma debilidad (como en las convalecencias). También aquel pensamiento de la víspera, que le había parecido tan terrorífico, ahora se le presentaba, en cambio, con el aire de una promesa, y de un estímulo: «Precisamente frente a la “imposibilidad”

palmaria de ciertas condenas humanas — se decía— hay que entregarse más que nunca a la IDEA, que podrá por sí sola, obrando misteriosamente, como el milagro, liberar a la tierra de los monstruos del absurdo...». Por la noche, como de costumbre, dio cuerda al despertador; y por la mañana se levantó con urgencia frenética para volver al trabajo. Pero, ya a punto de salir, ante la visión de sí mismo marchando hacia la nave, situándose delante de la máquina, etcétera, sintió que la fatal tenaza caía sobre su cabeza con un retumbo y lo oprimía tan ferozmente que lo detuvo en lo alto de las escaleras, ¡con las piernas paralizadas! Tenía mareos, veía relámpagos, oía silbidos y, lo peor de todo, lo recorrían, por todos los cauces de su voluntad, intenciones resueltas, aunque, por otra parte, decididamente rechazables; no solo por contrarias a su compromiso presente, y — sacadas de quicio— también a su IDEA; sino por imposibles en la praxis, negativas en la táctica; y tales, en realidad, que en la actual situación política y social, ¡el propio Bakunin (que fue todo lo contrario de un no violento) las repudiaría con desprecio! Y sin embargo eran las únicas figuraciones posibles esa mañana, al menos «físicamente», de devolverle cierta fuerza en las piernas y un ligero temblor, si no de felicidad sí de alegría... Se trataba, en verdad, de una serie de variaciones sobre el mismo tema, como por ejemplo: pegar al capataz que le había llamado *balosso* (?) y lo demás; saltar sobre la maquinaria ondeando un trapo negro y rojo y cantando la Internacional; gritar a todos los presentes: ¡QUIETOS! con voz de altura insuperable, hasta el punto de acallar todos los fragores notorios de la nave; gritar de nuevo, con voz de creciente altura: «¡Escapemos de aquí! ¡Destrocémoslo todo! ¡Incendemos las fábricas! ¡Matemos a las máquinas! ¡¡Bailemos una ronda universal en torno a los patronos!!», etcétera. Por supuesto en el fondo, sin duda, estaba decidido a resistirse a esos estímulos aleatorios, con la fuerza moral de la voluntad; pero una CERTIDUMBRE física, como un grito de sus entrañas, le avisaba que

ninguna voluntad le serviría contra otro estímulo: ¡el de VOMITAR! Sentía, en suma, que en cuanto se encontrase en su puesto, dedicado a contar piezas y a comerse los otros estímulos, el famoso y condenado vómito, que solía acometerle por la noche, ¡se desplomaría sobre él allí, a plena luz, y en plena tarea!, ¡avergonzándolo como a un niño, delante de todos!

No por ello, sin embargo, se dio por vencido; decidió marchar lo mismo, como de costumbre, hacia la nave. Pero por desgracia, de toda la larga escalera de su casa (cinco pisos), ¡solo logró bajar los primeros peldaños! Ante la simple e inminente perspectiva de la nave, se producía enseguida un efecto paralizador. Su «voluntad moral», en suma, era ir allá; pero sus piernas NO quisieron ir.

(Era — como él mismo le explicaría luego a Ninnuzzu— la «parálisis de la infelicidad». Para cualquier acción real, aunque sea fatigosa o arriesgada, el movimiento es un fenómeno natural; pero frente a la irrealidad antinatural de una total infelicidad, monótona, agotadora, imbécil, sin ninguna respuesta, hasta las constelaciones — según él— se detendrían...)

Y así, la experiencia obrera de Davide Segre, que según él debía durar, en la hipótesis mínima, cinco o seis meses (y en la hipótesis máxima, ¡toda la vida!), concluyó miserablemente en el curso de diecinueve días, ¡diecinueve! Por fortuna, su IDEA no salió destruida; aun al contrario, iluminada y reforzada (como se había prometido). No obstante, no se puede negar que, al menos «físicamente», su prueba resultó una derrota; tanto que a continuación Davide, cuando se tropezaba con obreros, experimentaba una sensación de rubor y de culpa que lo volvía huraño hasta el punto de enmudecerlo.

Estaba claro — reconocía Ninnuzzu— que el Davide de hoy no era el mismo chico de entonces; quizá en esa época estaba aún un poco mimado... Sin embargo, su actual pretensión de intentar otra vez aquella fallida empresa

hacía reír a su amigo, no menos que si fuese el capricho de un niño. Aun riéndose, sin embargo, Ninnuzzu hablaba siempre con supremo respeto de su camarada Davide; ya que, desde los primeros tiempos de su vida común en los Castelli, lo consideraba no solo un valiente por naturaleza, sino un pensador, destinado sin duda a una obra gloriosa; en fin, un grande, desde cualquier punto de vista.

De sus actuales cartas de Mantua, algunas eran largas, bien escritas (¡con auténtico estilo!), y se ocupaban de temas cultos: arte, filosofía, historia, tanto que Ninnuzzu las exhibía con cierto orgullo, aunque fatalmente, al leerlas, se saltase al menos la mitad. Y otras en cambio eran convulsas y confusas, garabateadas con caracteres grandes, torcidos y casi ilegibles. Decía que allí no podía aguantar, y que tenía la impresión de haber caído en una trampa.

A eso de finales de agosto anunció que dentro de un par de semanas como mucho regresaría, con la intención de quedarse en Roma.

El día 15 de agosto, mientras Davide se encontraba aún en el norte, hubo aquí entre nosotros un crimen, en el Portuense. Santina, la vieja trotacalles, fue asesinada por su chulo. Él mismo, horas después, se entregó a la policía.

Davide no supo nada, pues nadie se ocupó de comunicárselo (su aventura intermitente con ella había sido casi clandestina) y en aquel período él ni siquiera miraba los periódicos. Es probable, por lo demás, que los periódicos del norte no recogieran la noticia. Esta apareció en los diarios de Roma, y hasta había una foto de ella y otra del asesino. La foto de Santina no era reciente; pero, aunque más fresca y llenita, y menos fea que ahora, su cara ya mostraba la resignación opaca de animal de matadero, que hoy, al contemplarla, parecía señal de una predestinación. La foto del asesino, en cambio, se la habían sacado en la comisaría en el mismo momento de la detención, pero también aparentaba menos edad. Tenía, en efecto, treinta y dos años, aunque en la foto pareciera diez años más joven. Moreno, con una sombra de barba pese al día de fiesta, de frente estrecha y ojos de perro rabioso, era lo que se dice «una cara patibularia». No demostraba ninguna emoción particular, salvo que, quizá, con un lenguaje inexpresado y turbio, parecía declarar: «Aquí me tenéis. Vine yo solo. No sois vosotros quienes me habéis cogido. Miradme. Miradme bien. Total, yo no os veo».

En esta ocasión, por los periódicos se supo también su nombre, nunca dicho a nadie por Santina. Se llamaba Nello D'Angeli.

El crimen, no premeditado, al parecer tuvo lugar en el tugurio de la mujer. Y las armas fueron más de una las que se podían encontrar en la casa: un par de grandes tijeras, la plancha y hasta el balde del agua sucia. La muerte, sin embargo, resultó deberse a una herida de tijeras inicial, que había seccionado la carótida de la mujer; pero el asesino se ensañó aún con el cuerpo insensible, con los objetos que caían en sus manos. Los periódicos hablaron al respecto de un «raptus homicida».

Por Ferragosto, a esas horas (entre las tres y las cuatro de la tarde) el lugar estaba desierto; y por otra parte, unos vecinos que se encontraban en casa durmiendo la siesta no oyeron ni gritos ni altercados. No se tardó mucho, de todo modos, en descubrir el crimen, pues el culpable no se preocupó en lo más mínimo de borrar sus huellas. Dejó incluso la puerta entornada, de forma que un reguero de sangre corría desde dentro, empapando la tierra polvorienta de fuera. Dentro del local, la sangre formaba un gran charco junto a la cama, la alfombra y el colchón estaban impregnados de ella, había salpicaduras en las paredes y, además, el asesino había dejado por todas partes sus pisadas y dedos ensangrentados. El cuerpo de Santina estaba en la cama, desnudo (quizá con su único novio, a diferencia de con los amantes de paso, consentía en desnudarse). Y aun cuando se sabía por allí que ahora la mujer, gracias a la presencia de los militares ocupantes, gozaba de una fortuna insólita, ni entre sus ropas ni en otro sitio del tugurio se encontró dinero. Tras el levantamiento del cadáver, descubrieron el bolso debajo del colchón, donde solía guardarlo; pero, aparte el carnet de identidad, la llave de la casa y unos billetes de tranvía usados, había solo unas cuantas monedas.

En cambio, a él, en el momento de la detención, le encontraron encima bastantes billetes de banco medianos y pequeños. Los tenía ordenadamente guardados en el bolsillo trasero del pantalón, en su cartera de imitación de cocodrilo; y, aunque gastados y sucios, no revelaban rastros de sangre. No

obstante, a la pregunta de si se los había sustraído a la mujer, respondió, a su modo falso y perverso: «Así es», siendo así que, en realidad, los había recibido, momentos antes de matarla, de manos de ella. Pero a él no le importaba nada aclarar ciertos detalles secundarios.

Con exclusión de la cartera metida en el bolsillo abrochado, todas sus ropas, y también las manos, y hasta debajo de las uñas, estaban manchadas de sangre, en parte ennegrecida y mezclada con polvo y sudor. No se había preocupado de lavarse, en efecto, y se presentó en la comisaría con la misma ropa que llevaba puesta desde por la mañana: una camisa abierta más bien fina, de lino rosa, un trébol de esmalte verde colgado de una cadenita en el cuello, pantalones de tela flojos, sin cinturón, y zapatos de verano en los pies desnudos. Dijo que después del crimen no había regresado a su casa, se marchó él solo por detrás de la via Portuense, por unos prados, hacia Fiumicino, donde incluso durmió, quizá una hora. En efecto, tenía en el pelo fragmentos de espigas secas. Eran las siete y media de la tarde.

En la comisaría conocían ya su actual oficio de proxeneta. Y no les fue difícil a los funcionarios entender su crimen, que definían «clásico» por su tipicidad: la vieja puta explotada por él quizá le hubiera negado, o quizá escondido (eso sospechaba él, al menos) parte de sus ganancias, que en cambio le correspondían todas, según su propia ley. Y él, definido en el sumario como «amoral, incapaz, de inteligencia inferior a la normal y carente de frenos inhibidores», la había castigado así... Él mismo facilitó, por su parte, el trabajo de los investigadores. A sus preguntas, ya evidentes y obvias, contestaba, como desde el principio, a propósito de los billetes, solo: «Así es», «claro», «así fue» «fue como ustedes dicen»... o incluso con un mudo alzamiento de cejas, que significaba simplemente una confirmación, a la manera meridional. Más aún, demostraba, al dar sus respuestas, una pereza indiferente y torva, como quien, sometido a un trabajo superfluo, juzga

cómodo ser descargado de él, al menos en parte, por la lógica inductiva de los investigadores... Y con cierta desidia, entre cínica e idiota, firmó sin discutir al pie del atestado: «Nelio D'Angeli». Su firma, adornada con ringorranos, era tan desmesurada que ocupaba toda la anchura de la hoja, del tipo de las firmas de Benito Mussolini y Gabriele D'Annunzio.

«Homicidio agravado por móvil abyecto.» Móvil abyecto, en su caso, según las autoridades, significaba «explotación e interés monetario»; pero Nelio D'Angeli se habría avergonzado aún más de su verdadero móvil, si hubiera tenido conciencia de él.

A él le parecía normal, en un joven, explotar a una vieja puta; pero no amarla. Y, en cambio, la inadmisibile realidad era esta: que, a su modo, estaba enamorado de Santina.

En toda su vida anterior nunca había poseído nada propio. Creció en instituciones públicas para niños abandonados y menores. En su infancia, las monjas de la institución, una vez al año, o sea, por Navidad, le daban un oso de trapo, que después de Navidad volvían a quitarle para conservarlo en unos armarios hasta el año siguiente. Una vez, en el curso del año, le entró nostalgia del oso y se apoderó de él tras haber forzado la cerradura del armario. Descubierta a los pocos minutos, en castigo le pegaron con una escoba y lo dejaron, a la Navidad siguiente, sin el oso, que se quedó guardado.

Desde esa época, había cogido la costumbre de robar. Los castigos eran variados y también extraños: además de golpes, lo hacían permanecer de rodillas muchas horas, a la hora de comer le daban todos los platos juntos, en un cuenco, lo perseguían agitando a sus espaldas hojas de periódico encendidas, con la amenaza de prenderle fuego al culo, y hasta, en una ocasión, le hicieron lamer su propia mierda. Como su manía de robar era notoria, también lo castigaban por robos ajenos. No era un niño simpático, ni

despierto, nadie tomaba su defensa; y a nadie, nunca, le dieron ganas de mimarlo. De crío, a veces ocurrió que un compañero de la institución, un niño abandonado como él, se metió a su lado en la cama, acariciándolo y dándole besitos, o trató de retirarse con él. Pero él había sabido que eso no era normal; y como se empeñaba en ser un varón normal, rechazó furibundo aquellas caricias a puñetazos. Sus puños eran ya duros como de hierro, y los otros le temían. Posteriormente, siempre desconfiaba de sus presuntos amigos, sospechando que eran anormales.

Cuando salió de las instituciones, a eso de los veinte años, se fue por propia iniciativa a ver a su madre. Esta, que era hija de pastores (procedía del interior de Sicilia, albanesa por parte de los abuelos), se había dedicado de joven al mismo oficio que Santina; pero ahora convivía con un tipo, y con tres hijos aún pequeños tenidos con él:

—Puedes quedarte aquí a comer y a dormir — le dijo—, con tal de que trabajes para ayudar a la familia.

Se dedicó a cavar zanjas, pero su madre ni siquiera le dejaba dinero para tabaco, y además le echaba en cara todo el día ganar muy poco para lo que comía. Un día él, pese a ser su madre, le dio unos puñetazos, y no volvió a aparecer. Al cabo de unos meses fue a parar a Roma.

Por esos años entró en posesión de un perrito, que acaso fuera de un color blanco remendado, pero, a fuerza de desolladuras y suciedad, resultaba negruzco y verdoso. Lo había descubierto en un hoyo, molido a pedradas y palos y, no se sabe cómo, con sus cuidados personales, le devolvió la vida; conque lo poseía doblemente. Le puso de nombre Fido, y lo llevaba siempre a la zaga. Pero no pagaba el impuesto municipal por él. Y, por consiguiente, un día llegó un empleado del Ayuntamiento que, con una especie de arpón, subió directamente a Fido a una camioneta donde ya estaban cargados otros muchos perros, todos los cuales, incluido Fido, marcharon al matadero.

Después de eso, cada vez que se topaba con un perro o un gato vagabundos, Nello D'Angeli se daba el gusto de torturarlo, hasta que lo veía reventar.

No le apetecía trabajar. Vivía al día de hurtos casuales, sin juntarse nunca con otros ladrones. Vegetaba así, al margen también de esa sociedad; y, al no ser astuto por naturaleza, a menudo lo encerraban en la cárcel de Regina Coeli, donde se pasaba entrando y saliendo varios meses al año. Luego, desde que conoció a Santina, en los intervalos vivía en parte de esta.

No era feo del todo, aunque tampoco guapo. Era un paletto, de baja estatura, sombrío, huraño, y en general no les gustaba a las chicas. De haber querido, sin embargo, hubiera podido encontrar una más adecuada para su edad que Santina, y menos fea; pero él mismo, instintivamente, se apartaba de la juventud y de la belleza, como un hidrófobo temeroso de morder. Su única mujer era Santina.

Su lazo estaba en el dinero. Como en realidad la amaba, el interés del dinero, sin él saberlo, le servía más bien de pretexto para estar a su lado. No la tenía sino a ella en este mundo, igual que Santina, salvo él, no tenía nada más. Solo que ella, pese a su poca inteligencia, era capaz de reconocer ese amor; mientras que él no lo reconocía.

Todas las veces, al presentarse, lo primero que le decía, torvo y amenazante, era:

—¿Dónde están los cuartos?

Y ella le entregaba sin más todos los que tenía, con la única pena de no tener más para dárselos. Si se los hubiera negado, o lo hubiese insultado, a él la cosa le habría parecido más normal. Pero ¿cómo podía ella, en su simplicidad, negarle nada? Si seguía con el oficio de ramera, era por él; y también por él, en las épocas de vacas flacas, corría de acá para allá, arreglándoselas como lavandera, enfermera y asistenta. Si por ella fuera, se

habría dejado morir, como ciertos animales sin dueño, cuando se encuentran en la vejez.

Y él, con la excusa del dinero, estaba apegado en verdad a la persona de ella: a su cuerpo viejo y desangelado, que se le entregaba a su manera tosca, mansa y — extrañamente— inexperta, como si en tantos años de oficio aún no hubiera aprendido la práctica; a su sonrisa melancólica; a su olor a miseria. Cuando ella estuvo en el hospital, fue a llevarle naranjas; cuando la detuvieron y la encerraron en las Mantellate, él se encerró en su chabola de alquiler, a oscuras, sintiendo náuseas incluso de los colores del día. Cuando la volvió a ver en libertad, su primer sentimiento fue de rabia; y la acogió con malas palabras.

Ciertas veces, dejándola bruscamente tras haberle quitado el dinero, seguía vagabundeando por los parajes del tugurio, como un pobre perro sin amo que no sabe adónde ir. Su casa era aquel tugurio. Seguía conservando un cuarto alquilado, en una chabola del Trionfale; pero últimamente, cuando Santina ganaba un poco más, iba con creciente frecuencia a dormir con ella. Si ella admitía clientes, se quedaba fuera, tirado por aquellos basureros, a la espera de que acabasen. No sentía ningunos celos, pues sabía muy bien que los demás hombres a ella no le importaban. Le pertenecía a él, su único dueño. Los únicos gastos que ella hacía eran para él. Para sí no gastaba nada, al margen de las necesidades de su oficio: un baño de vez en cuando en los baños públicos, o bien ondularse el pelo. Y en esa época de suerte, el único lujo que se permitía era hacerle regalos a él, por ejemplo, la cartera de cocodrilo, o unas camisas de lino, u otras finuras por el estilo. También el trébol de esmalte con su cadenita se lo había regalado ella.

Y le lavaba y planchaba la ropa interior, los pantalones, le preparaba pasta y carne en su hornillo, le hacía encontrar por sorpresa cigarrillos americanos.

... La sombra de un desconocido sale por la puerta del tugurio. Dentro se

oyen chapoteos... Él se despereza, se levanta y se encamina a la puerta.

—¿Dónde están los cuartos?

Y, tras coger los cuartos, si quisiera, podría irse; ella no le pide nada a cambio. Pero, por el contrario, como los bebés después de que la madre les ha dado la leche, él empieza a bostezar, y se tira sobre la cama, como si esperase una nana.

Ella entretanto se ajetea con sus preparativos, saca del vasar macarrones, cebollas, patatas... Él, tumbado, se apoya en un codo y la contempla con miradas de través.

—¡Cristo bendito, qué fea eres! ¡Tienes unas piernas y unos brazos que parecen palillos, y un culo que parece dos cuartos de buey manido!

Ella no replica, ni una palabra, se aparta un poco, con su sonrisa pasiva e insegura de culpable...

—¿Qué andas haciendo? ¿Qué mejunjes? ¡Me entran ya bascas, Cristo bendito, con ese olor a cebolla! Acuéstate aquí, sobre la manta, así al menos no te veo...

Y así empieza casi todas las noches. No se percata de la punzante nostalgia que lo atrae hacia ella. Y entretanto, allá donde se encuentre, siente la necesidad de su cuerpo. Algunas noches, por odio, no se deja ver; pero ella, al día siguiente, no le reprocha nada. En los ocasin del verano, a veces lo espera sentada en el escalón del umbral; y cuando lo ve llegar, una gratitud espontánea, casi estática, se posa en sus lentos ojos ingenuos. Lanza su tímida sonrisilla y dice:

—¡Nello!

No le dirige otro saludo. Se levanta, y sus gruesos pies lo preceden en el cuartito oscuro y fresco.

—¿Dónde están los cuartos?

Si ella, un día u otro, lo echase, la odiaría menos. La presencia de Santina

en su vida es como una mancha rojiza de enfermedad, que se ensancha.

La humanidad, por propia naturaleza, tiende a darse una explicación del mundo en el que ha nacido. Y eso la distingue de las otras especies. Todo individuo, hasta el menos inteligente y el ínfimo de los parias, desde niño se da una explicación del mundo, cualquiera. Y con ella se adapta a vivir. Sin ella, caería en la locura. Antes de conocer a Santina, Nello D'Angeli se había dado su propia explicación: el mundo es un lugar donde todos son enemigos de Nello D'Angeli. Su único desquite contra ellos, su normalidad para adaptarse, es el odio. Ahora la existencia de Santina es un fragmento de material extraño, que le trastorna el mundo y hace girar en el vacío su mente obtusa.

A veces, en sueños, lo asaltaban pesadillas, en las que siempre le arrebataban a Santina. Soñaba que una escuadra de alemanes, rodeando el tugurio, la arrastraba hacia un camión apuntándola con las *Maschinenpistole*; o bien que unos enfermeros con bata, precedidos por un comisario, llegaban con una caja, levantaban la falda de Santina, decían: «Está apestada» y se la llevaban dentro de la caja. Entonces él gritaba y se agitaba en sueños, y despertaba cargado de odio contra Santina, como si la culpa fuera suya. Una noche, en uno de esos despertares, al encontrársela al lado en la cama, durmiendo, se le echó encima con los ojos inyectados en sangre, gritándole:

—¡Levántate, maldita!

Y al pegarle la parecía encontrarse en medio de una enorme reyerta, en la que a él mismo lo linchaban a puñetazos.

No había vez que durmiera, aunque fuera un rato, sin soñar: y sus sueños, apareciese o no Santina, eran irremisiblemente turbios e inquietos. El día de Ferragosto, cuando se adormeció en el prado después del crimen, soñó que se encaminaba por ese mismo prado hacía una zanja. No era de día ni de noche, había una claridad opaca, nunca vista; y en el fondo de la zanja estaba

Santina, caída, sin moverse y con los ojos muy abiertos. Bajaba hacia ella y la cogía en brazos, sacándola de la zanja, y para que volviera en sí la dejaba en cueros. Y ella estaba allí tumbada en el prado debajo de él, con su cuerpo todo huesos, blanco y derrengado, y sus pequeñas tetas de vieja flacas y caídas. Poco a poco, se le cerraban los ojos, su cara recobraba el color, y mientras tanto alzaba una mano, moviendo el dedo como cuando se bromea. Y le repetía con su sonrisilla de siempre, tratando de esconder el hueco del diente en la encía:

—No es nada... No es nada...

Y él, por primera vez en su vida, se sentía contento y confiado. Al despertar, con el sol que bajaba, vio las manchas de sangre en la camisa rosa, e inmediatamente se acordó de todo. No tenía ya casa ahora adónde ir.

Una de las muchas cosas que había empezado a odiar hacía tiempo era la libertad. Él nunca había sido libre. Primero las instituciones, y después la breve estancia con su madre con aquellos trabajos forzados de todos los días, y por último las idas y venidas a Regina Coeli. Como de pequeño en el hospicio de las monjas, tampoco después los delitos de que lo acusaban eran siempre suyos. Conocido como ladrón habitual, lo detenían a menudo sin haber hecho nada, por sospechoso. Y de este modo, incluso cuando circulaba se sentía igual a una rata de alcantarilla, que en cuanto aparece en la calle se espera que la echó el primero que la ve. La libertad provisional es lo peor de todo. Y él, sin pensárselo más, se fue derecho a denunciarse. Con su delito de homicidio, con los treinta y dos años que contaba ahora, estaba seguro de hacerse viejo en la cárcel. Su única casa era esa.

Adelantándose a las fechas que le había escrito a Nino, Davide bajó a Roma a primeros de septiembre. Llegó como de costumbre sin avisar, y peregrinó inútilmente de uno a otro de los posibles domicilios de Nino, sin encontrarlo.

Por último llegó a la via Bodoni; pero antes aun de asomarse en busca de noticias a la portería, oyó una vocecita llamando:

—¡Carlo! ¡Carloo!

Se había deshabituado ya a ese nombre, pero no tardó en reconocer a Useppe, que se adelantaba a su encuentro desde el primer patio, en compañía de un gran perro blanco. Estaba esperando a su madre, que bajaría dentro de poco. Y aunque con cierta pena al deberlo desilusionar, le anunció con viveza:

—¡Carlo! ¡Nino se marchó ayer! ¡Se fue en alioplano y dijo que vuelve pronto, en otro lioplano!

Aunque ya había cumplido cinco años, todavía ahora, en especial cuando un exceso de vivacidad o emoción lo dominaba, Useppe seguía deformando las palabras y las consonantes, como los niños pequeños.

Davide lanzó un bostezo, o suspiro, al enterarse de la marcha de Nino, aunque no comentó la noticia. En cambio hizo notar entre dientes:

—No me llamo Carlo. Me llamo Davide...

—Vavide... ¡Sí! — repitió Useppe, recobrándose, algo fastidiado por el error de antes. Y recommenzó puntualmente:

—¡Vavide! ¡Nino se marchó ayer! ¡Se fue en alioplano!... — etcétera, etcétera.

Mientras tanto el perro brincaba para festejar al desconocido visitante de paso con simpatía y confianza. Y también lo siguió ladrando, para despedirlo, cuando él, ya sin motivos para quedarse, daba media vuelta hacia el portal.

—¡Adiós, Vavideee! — le gritaba Useppe al mismo tiempo agitando alegremente manos y pies.

Y él al volverse a hacer un gesto de despedida, vio al niño que atraía hacia sí al bicho por el collar, como si retuviese un caballito por las riendas; y al perro que a cada instante entre sus turbulencias se volvía a lamerle las

mejillas y la nariz. Estaba claro que entre los dos había un acuerdo perfecto y maravilloso. Davide dobló la esquina de la via Bodoni.

Había viajado toda la noche en un viejo coche de tercera con asientos de madera; y, además, a causa del gentío, no pudo tumbarse, conque había dormido malamente sentado en su asiento de esquina, con la cara semitapada por una almohadilla alquilada. Oyó dar las doce; pero, aunque en ayunas desde el día anterior, no tenía apetito. Y, tras cruzar el puente Sublicio, se encaminó casi corriendo al otro lado de Porta Portese para ir a ver a Santina. En ausencia de Nino, no conocía a nadie más en Roma.

La puerta del tugurio estaba entornada; y fuera, junto al escalón, había un par de chancletas. Una mujer sudorosa y descalza, de pies defectuosos, trasteaba con unos cubos en el interior; y, casi sin volverse, con aire reticente y poco sociable le dijo que Santina ya no vivía allí. Hacía un tiempo de siroco, bochornoso y cubierto. A Davide le entró una gran sed y un deseo desesperado de guarecerse a la sombra en algún sitio; pero el único local que conocía, por las cercanías, era una tabernucha de la que salía un estrépito de radio. Transmitían un disco de samba con voces y ritmos fragorosos de batería. A una de las dos mesas se sentaban dos clientes, la otra estaba libre; y el joven que servía las mesas debía de ser nuevo en el local, Davide no recordaba haberlo visto nunca, las pocas veces que había caído por allí. Sin embargo, probó a pedirle noticias de doña Santina. El joven se quedó perplejo, tanto más cuanto que a Santina por allí más que por su nombre se la conocía por un apodo ligeramente burlón, debido a la gordura de sus pies.

—Ah, sí, la Patazas — terció un cliente de la otra mesa, la de Ferragosto...

—Lo publicaron en el periódico — observó el otro cliente, mirando al soslayo a Davide.

—¡Ah, esa! — dijo el camarero.

Y perezosamente, con palabras escasas aunque expresivas, comunicó a

Davide el mal fin de Santina. Por último, se pasó una mano abierta contra la garganta para indicar mejor con el ademán cómo había muerto degollada.

Al oír la noticia Davide no sintió ninguna emoción especial. Le pareció, incluso, haber oído en ese momento un anuncio natural y archisabido, como un caso ya ocurrido en una existencia precedente, o bien un libro cuyas últimas páginas se hayan recorrido ya antes de leer los otros capítulos. Había bebido ya más de la mitad de su litro de vino; y mordisqueó maquinalmente el bocadillo que había pedido con él. Se había sumido en una impasibilidad total; pero sus sentidos estaban confusos con el cansancio, conque, aunque no hubiera árboles por allí, oía un chirriar enorme de cigarras o de insectos. El estruendo de la radio lo trastornaba, y se moría por salir de allí. Preguntó a los presentes si sabían de un cuarto de alquiler en la vecindad, cuanto antes. Y ellos se encogían de hombros, cuando el joven, tras habérselo pensado, dijo:

—Alquilan..., allí... La Tullida... donde vivía esa... — precisó tras una pausa, con reparos de mencionar el bajo de Santina.

Pero su modo de aventurar la propuesta era escéptico, sesgado y titubeante. En efecto, aunque en Roma había escasas oportunidades de viviendas, sobre todo baratas, no era fácil encontrar quien se acomodase a una habitación marcada de aquel modo, y apenas ayer.

Davide salió de la tabernucha. En el exterior, volvió a encontrar el mismo cielo cubierto, el mismo viento de siroco, y el mismo bochorno de antes, junto con aquel absurdo chirrido... Y echó a correr hacia el bajo, casi con pánico de que entretanto también aquel último refugio posible hubiera desaparecido. La puerta esta vez estaba cerrada, pero unos chavales que haraganeaban por allí alrededor, y seguían sus movimientos con indiferencia levemente curiosa, acudieron en su ayuda llamando desde abajo a la patrona. Era la misma mujer tullida de los pies que había visto poco antes allí dentro

con el cubo. Y Davide, con prisa rabiosa, le pagó, recogió la llave y se guareció en su alojamiento, arrojándose en vilo sobre la cama. El conocido cuartito, que aún conservaba el pobre olor de Santina, lo acogía ese día, como un nido familiar y casi cariñoso. Estaba fresco, y umbroso. Y Davide no tenía miedo a los fantasmas. Había aprendido, incluso a su costa, que los muertos no contestan, ni siquiera si uno los llama. Cualquier medio es inútil, hasta rogarles que se muestren al menos bajo apariencias falsas y vacías, a lo mejor como mero efecto de una alucinación.

Las pertenencias de Santina, no reclamadas por nadie, las había heredado la dueña de la casa, conque la decoración del local era más o menos como antes. La cama repintada con tono más oscuro, era la misma, salvo la sustitución del colchón y la manta, que ahora era una de esas de hilos retorcidos, duras, con arabescos de estilo turco, que se compran a los vendedores ambulantes. En lugar de la vieja alfombrita había otra, aún más usada y raída. La mesita de noche, el vasar, el sillón y las imágenes sagradas seguían siendo los mismos, y también las cortinas, que, recién lavadas, estaban aún más desteñidas. En las paredes, blancas manchas de cal tapaban las huellas de sangre, mientras que en el sillón estas, limpiadas de mala manera, se confundían con la suciedad.

Al atardecer, cuando el aire refrescó un poco, Davide salió a recoger la maleta, que había depositado en la estación Termini. Y mandó una carta a Nino (dirigiéndola, como de costumbre, a la lista de Correos de Roma) para comunicarle su dirección romana y decirle que estaba allí, a la espera de verlo enseguida a su próximo regreso.

Durante el verano de 1946, entre sus muchos viajes y marchas, y misteriosos asuntos, Ninnuzzu fue insólitamente asiduo de la via Bodoni.

Ahora ya no necesitaba llamar, ni silbar temas musicales para anunciar su llegada a Useppe, ¡bastaba la bocina de su claxon, o el estruendo de su motor, para anunciársela! ¡Useppe habría reconocido el sonido especial de aquel motor y aquella bocina incluso entre una inmensa concentración de motociclistas en marcha!

Pero un día, a mediados de julio, en vez de los sonidos habituales se oyó desde abajo, en el patio, la voz de Nino, llamando:

—¡Useppee! ¡Usepppee! — acompañada por un gran ladrido expansivo.

Invadido por el presentimiento de una sorpresa inigualable, Useppe echó un vistazo por la ventana de la cocina, y, dilatando las pupilas, sin siquiera abrocharse las sandalias, se lanzó escaleras abajo en un febril descenso. Recorridos los primeros peldaños, perdió una sandalia; y en vez de desperdiciar el tiempo en rescatarla se quitó la otra y dejó allí las dos. Para llegar antes, además, hizo parte del descenso deslizándose por la barandilla; pero a la altura del tercer descansillo se tropezó con un gigante blanco, que, como si lo conociese hacía siglos, lo embelesaba con enormes fiestas. En ese momento Nino acudía desde abajo muy risueño, y entretanto Useppe se sintió lamer los pies desnudos.

—¿Cómo? ¿Y los zapatos? ¿Te los has olvidao? — observó Nino por su

parte, al llegar. Y ante las explicaciones inquietas de Useppe, le dijo al perro, sin más:

—Sube y tráelos, ¡amos, amos!

Inmediatamente, el perro voló escaleras arriba, y llevó una sandalia; luego volvió a volar, y llevó la otra, con el aire contento de quien lo entiende todo. Tal fue el primer encuentro de Useppe con Bella.

En efecto, el perro era, en realidad, una hembra; y llevaba ya su nombre de Bella desde antes aun de encontrarse con Nino; quién se lo había puesto al principio, no se sabe. Ninnuzzu la vio por primera vez, aún cachorra, en Nápoles, en 1944, en brazos de un socio con quien tenía una cita en el puerto. El socio, que era contrabandista de cigarrillos americanos, la había comprado poco antes por casualidad a un chaval de paso, a cambio de unas cajetillas sueltas de Camel y Chesterfield (llamadas por él, en su lenguaje, Camellos y Chestofü); y aseguraba haber hecho un buen negocio, pues se trataba de una perrita de raza, ¡que valdría al menos cuatro o cinco mil liras! Pero cuando Nino, envidiándole la compra, le ofreció inmediatamente más, el otro no quiso cederla a ningún precio, declarando que, en los diez minutos que la llevaba en brazos, se había encariñado con ella como con una pariente. Ahora bien, en el momento de la compra, ya se llamaba Bella, con ese nombre se la había presentado el vendedor al comprador, y ya ella respondía prontamente a ese nombre.

Desde ese día, Ninnarieddu no se la había quitado de la cabeza; y cuando se encontraba con aquel tipo (que de nombre se llamaba Antonio) renovaba cada vez la propuesta de recomparársela; pero Antonio, regularmente, por más que Nino aumentase sus ofensas, se la negaba. Y Nino proyectó incluso robársela; aunque renunció por un puntillo de honor, dado que Antonio había sido su socio, y si a mano venía, trabajaban en sociedad aún ahora.

Hasta que, en este julio de 1946, a Antonio lo pillaron en un robo a mano

armada y lo metieron en chirona. E inmediatamente, atormentado par el pensamiento de Bella, se las arregló para informar a Ninnuzzu de que desde ese día Bella era suya, con tal de que se apresurase a recuperarla de donde estuviera para evitarle un probable y horrendo fin en la perrera de los perros perdidos.

Nino acudió corriendo; y al no encontrar a Bella en casa de Antonio, intuyó que el próximo lugar donde buscarla era en torno a los edificios de la cárcel. Y, en efecto, llegado a Poggioreale, y a unos veinte metros de distancia vio, en la oscuridad que caía, una especie de oso blanco que vagaba alrededor de los muros, y de vez en cuando se tumbaba, y esperaba no se sabe qué, y gañía ininterrumpidamente. Ni llamándola, ni insistiendo, ni arrastrándola quería apartarse de allí. Y ni siquiera respondía, prosiguiendo con su gañido desconsolado y siempre igual, en el cual un oído más sensible que el humano corriente podía entender la palabra: «Antonio... Antonio... Antonio...».

Finalmente, Nino fue capaz de persuadirla con un razonamiento de este tipo:

—También yo me llamo Antonio (de ahí Antonino y Antonuzzo y luego Nino, Ninnuzzu y Ninnarieddu), y ahora, el único Antonio de tu vida soy yo, porque ese otro Antonio se supone que, de detrás de esos muros, no saldrá antes de que seas vieja. Y en cuanto a ti, si te quedas deambulando por aquí, vendrán los de la perrera para matarte con sus gasazos. Tú sabes que te quise a primera vista. Después del único perro que tuve, no he querido saber nada de otros perros; pero en el mismo momento que te vi, pensé: o esta, o nada. Conque si no te vienes conmigo dejarás solos sin perro a dos Antonios. Y te comunico que también mi abuelo de Messina se llamaba Antonio. ¡Amos, ven! ¡Es el destino, que nos ha unido!

He aquí explicado quién era el perro desconocido visto por Davide en

compañía de Useppe. De inmediato, en su primer encuentro en el descansillo, Useppe reconoció en ella un extraordinario parentesco con Blitz, aunque en verdad, al mirarlos, parecían totalmente opuestos. Y sin embargo, también ella, como Blitz, bailaba al saludar; y, para besar, lamía con su lengua rasposa; y se reía con la cara y el rabo, del mismo modo que Blitz. Una diferencia, en cambio, se notaba desde el principio en sus miradas. En efecto, Bella tenía a veces, en sus ojos de color avellana, una dulzura y una melancolía especiales, quizá por ser hembra.

Su estirpe, llamada de pastores marismeños o abrucenses, vino de Asia, donde los antepasados de Bella, desde la prehistoria, seguían los rebaños de los primeros pastores terrestres. Así pues Bella era, como pastora, casi una hermana de las ovejas, a las que debía también defender con valentía de los lobos. Y su índole, siempre paciente y sumisa, en ciertas ocasiones desarrollaba una ferocidad salvaje.

Tenía un aspecto campesino lleno de majestad; el pelaje todo blanco, espeso, y a veces un poco enmarañado; y una cara bondadosa y alegre, de nariz endrina.

Actualmente, contando dos años de edad, correspondía, según la especie humana, a una muchachita de unos quince años. Pero a veces parecía una cachorra de pocos meses, y bastaba una pelotita del tamaño de una manzana para enloquecerla con una fantástica diversión; y a veces parecía una vieja de miles de años, con antiguos recuerdos y una sabiduría superior.

En su convivencia con el anterior Antonio, había llevado una vida callejera, aunque tenía un dueño, y se había apareado dos veces con perros desconocidos. La primera vez, evidentemente, se juntó con un perro negro o seminegro, porque, de los siete perritos que parió, algunos eran negros con manchas blancas, algunos blancos con manchas negras, y uno todo negro con una orejita blanca. Un último, por fin, también todo negro, tenía un mechón

blanco en lo alto del rabo y un collar blanco. Los atendió y amamantó con pasión en un tabuco; pero al cabo de unos días Antonio, no sabiendo qué hacer con los siete míseros bastardos, se los quitó y los envió en secreto a la muerte, aunque con remordimientos.

Sin embargo, transcurridos unos meses, de nuevo se había quedado preñada, quién sabe con qué perro. Pero esta vez el parto fue mal, ella estuvo en trance de muerte, y hubo de sufrir una operación por la cual desde entonces ya nunca más podría ser madre.

Quizá a esos recuerdos se debiera la pesadumbre que a veces se veía en su mirada.

Desde que poseía a Bella, Nino, para no dejarla, renunciaba a cines, espectáculos, bailes, *dancings*, y a todos los sitios donde no pueden entrar los perros. Y si en algún caso dudoso se veía rechazado con Bella, con la frase: «Lo sentimos, disculpe, no se admiten perros...», se revolvía, rápido, con ceño torvo y despreciativo, y a veces respondía con palabrotas infernales y discutía.

Un día, al entrar en un bar, Bella no solo lamió ciertos pasteles allí expuestos; de un bocado engulló uno, y al encontrarlo relleno de pistacho o de otro ingrediente que no le gustaba, vomitó disgustada en el suelo cuanto tenía en el estómago. Entonces el camarero protestó por el local ensuciado, etcétera, y la protesta hirió los nervios de Nino.

—¡El vómito de mi perro — declaró furioso— es bastante mejor que tus pasteles y tu café! ¡Uf, qué asco! — agregó ostentosamente, en cuanto mojó los labios en la taza (estaba tomando un expreso).

Y rechazó la bebida con una mueca de náusea, como si también él quisiera vomitar. Luego, arrojando sobre el mostrador, grandiosamente, cincuenta liras para pagar los desperfectos, dijo:

—¡Ven, Bella! — Y salió de allí para siempre, con el aire de quien sacude

de sus suelas el polvo del lugar.

Tampoco Bella, por su parte, daba muestras de deshonra o remordimiento; al contrario, seguía a Nino con un trotecillo alegre y festivo, desplegando como un estandarte el rabo peludo (digno en verdad de un corcel, por su magnificencia).

Pero el máximo sacrificio de Ninnuzzu en honor de Bella fue renunciar al uso de la moto. Más aún, al poco tiempo se decidió a vender la Triumph, proyectando comprar en su lugar, a la primera ocasión, un automóvil para poder viajar con ella. Pero como el precio de la moto se lo pagaron en tres plazos, y cada plazo, en vez de ahorrarlo, se lo gastaba, ese verano el nuevo coche siguió siendo una utopía. Y entretanto, se podía ver a menudo a Nino plantarse fascinado y atento delante de un automóvil, en compañía de Bella y a veces también de Useppe, consultándose todos en previsión de la compra, discutiendo sobre esprints, kilómetros y cilindradas...

¡Tan aficionado era Nino a la compañía de Bella que en ciertos casos hasta la anteponía a las chicas! Y Bella, por su parte, le correspondía al máximo, aunque sin olvidarse, sin embargo, del otro Antonio de Poggioreale. Si oía, aunque fuese por casualidad en una conversación entre extraños, la palabra común y corriente Antonio, alzaba de inmediato sus blancas orejas colgantes, con una mirada consciente y ansiosa. Por sí sola había comprendido que aquel Antonio, aunque viviera en Nápoles, ahora se había vuelto, por desgracia, inalcanzable. Y Nino, que se mostraba muy considerado con ella, evitaba mencionar a Antonio en su presencia para no hurgar en la herida.

En Bella, como en general en las criaturas primordiales, los nombres surtían un efecto rápido y concreto. Por ejemplo, al pronunciarle la palabra «gato», movía un poco el rabo, con las orejas medio tiesas y medio gachas, y los ojos encendidos por una intención provocadora, aunque casi jocosa (en efecto, a semejanza del propio Nino, no parecía tomarse muy en serio al

pueblo de los gatos en general). Cuando uno de estos, al encontrársela, la amenazaba aviesamente, ella al principio aceptaba el reto, quizá para no ofenderlo. Pero tras uno o dos saltos animosos hacia él, se marchaba riendo, con la idea sobreentendida: «¿Qué pretendes, tú? ¿Es que te crees un lobo?».

Y ahora, desde que había trabado amistad con Useppe, en cuanto pronunciaban el nombre de este enseguida se desenfrenaba con saltos festivos y agitados; tanto que Nino, divertido con el juego, cuando llegaban juntos a Roma no resistía al placer de tentarla, proponiendo:

—¿Amos a ver a Useppe? — Y después, para no decepcionarla, a menudo terminaba por llevársela de veras.

De tal modo, Bella se había incluido entre los otros posibles motivos, algunos inconscientes, que explican los regresos de Nino hacia la familia, en aquellos dos meses de julio y agosto.

No obstante, las tentaciones del verano lo atraían más que nunca. Y no hacía sino correr, en cada ocasión, de playa en playa, regresando cada vez más negro, con ojos radiantes, ligeramente enrojecidos por el sol y el agua, con el pelo impregnado de sal. También Bella olía a salobre, y se rascaba a menudo, por la arena que le quedaba entre el pelaje. Pero Nino se cuidaba de conducirla, de vez en cuando, a bañarse a unos baños públicos para perros, de donde salía más bien atontada, pero inmaculada, peinada y como nueva, como una señora de un salón de belleza.

De cuando en cuando, Nino prometía a Useppe llevarlo de excursión también a él un día de aquellos a la playa, y enseñarle a nadar. Pero sus jornadas romanas se sucedían tan febriles que no le dejaban tiempo para la famosa excursión. Y también sus paseos en trío (Nino, Useppe y Bella), aunque bastante frecuentes, se reducían, fatalmente, a breves escapadas. Nunca llegaron más allá de la Pirámide, o del Aventino.

Ese verano, Ninnuzzu llevaba camisetas con dibujo de flores y muchos

colorines, procedentes de América y compradas en Liorna. Y tres camisitas parecidas le llevó de regalo a Useppe. Ni siquiera se olvidó de Ida, llevándole de regalo toallas con la sigla RAF y zapatillas de paja africanas. Además, le regaló un cenicero de anuncio, de un metal que parecía oro, robado en un hotel.

A finales de agosto, Nino, de regreso en Roma para quedarse unos días, tuvo un grave altercado con las innominadas personas que lo hospedaban, a causa de Bella. Y al instante, sin pensárselo más, llegó con la maleta y el perro a la via Bodoni, donde Ida se apresuró a arreglarle como pudo el cuartito del somier pequeño.

Bella no era un perrito de ciudad, al igual que Blitz; y al entrar en el minúsculo piso este pareció empequeñecerse aún más, como con una invasión desmesurada. Pero Ida entonces hubiera acogido con gusto hasta a un auténtico oso polar, de contenta que estaba con tener a Ninnuzzu de nuevo en casa, aunque solo fuera de paso. Bella dormía con él en el cuartito, a los pies de la cama, esperando tranquila y paciente por la mañana a que se despertase. Pero estaba dispuesta a captar la primera señal, incluso mínima, de su despertar, conque en cuanto empezaba a desperezarse un poco, o bostezaba, o simplemente entreabría los párpados, de inmediato saltaba con entusiasta estrépito, a la usanza de ciertas tribus cuando surge el sol. Y así la casa quedaba advertida del despertar de Nino.

Esto sucedía por lo general hacia mediodía. Hasta esa hora, Ida, en sus habituales ajetreos por la cocina, cuidaba de andar despacio para no molestar a su primogénito, cuyos frescos ronquidos oía detrás de la puerta. Ese sueño le inspiraba una sensación de orgullo. Y si Useppe, despertándose primero, alborotaba un poco, le avisaba que no hiciera ruido, como si detrás de la puerta durmiera el jefe de la casa, y un gran trabajador. En realidad, que Nino trabajaba era seguro, porque ganaba dinero (no mucho, en verdad); pero cuál

fuera exactamente su trabajo seguía siendo un punto confuso (sabía, más o menos, que se trataba de contrabando o de mercado negro, pero tal tipo de trabajo significaba solo otro enigma alarmante para Ida).

Dos minutos después del desenfrenarse de Bella, Nino irrumpía desde el cuartito, vestido solo con unos calzoncillos, y se lavaba en la cocina con una esponja, inundando todo el pavimento. Poco después de mediodía, alguien lo llamaba a voces desde el patio (solía ser un mozalbete con mono de mecánico) y él se lanzaba abajo con Bella, reapareciendo solo casualmente a intervalos en el curso del día. El máximo sacrificio, por parte de Ida había sido cederle las llaves de la casa, por las que solía sentir un enorme cariño, ni que fueran las llaves de san Pedro. Por la noche, volvía bastante tarde; y no solo Ida se despertaba a su regreso, sino también Useppe, que enseguida murmuraba, medio en sueños:

—Nino... Nino.

Un par de veces Bella, tras regresar con él después de comer, se había quedado en casa por la tarde, esperándolo; y esas dos veces se la oyó festejar su retorno, y a él que le regañaba:

—Chist... Chist...

Todo esto apenas duró cinco días, aunque bastó para dar cuerda a la fantasía de Ida. En especial por las mañanas, cuando estaba en la cocina limpiando verduras, y a un lado dormía Ninnarieddu y al otro Useppe, le parecía haber reconstruido una verdadera familia; como si la guerra no hubiese existido nunca, y el mundo fuera de nuevo una casa normal. Al tercer día, como Nino, despierto antes de lo habitual, se demoraba en su cuartito, fue a verlo allí. Y por fin se resolvió, aunque vacilante, a proponerle la reanudación de sus estudios, a fin de «labrarse un porvenir». Ella podía esforzarse para mantenerlos a los tres durante el tiempo preciso; buscaría a lo mejor más clases particulares... En realidad, la actual ocupación de Nino le

parecía provisional, sin duda, ¡e incapaz, desde luego, de brindarle una carrera segura y de fiar!

Desde hacía tiempo, en verdad, en su simplicidad, incubaba la propuesta de ahora. Pero Nino, en vez de rebelarse, como hubiera hecho en el pasado, hoy la estaba oyendo con una especie de tolerancia humorística, casi apiadado. Y como, cuando ella entró, se encontraba desnudo, para no escandalizarla se tapó presuroso el bajo vientre con su camisa de flores de colorines. A esas horas, de madrugada para él (aún no eran las diez), allí estaba emperezado, estirándose y bostezando; aunque de vez en cuando respondía a la festiva turbulencia de Bella con una turbulencia igual, conque, a pesar de su considerada buena voluntad, exhibía alegremente las desnudeces que se había tapado, ora por delante, ora por detrás. Y entre todo el alboroto, sin embargo prestaba oídos a su madre, con el aire de quien escucha por milésima vez un chiste gracioso, aunque también tonto, que hoy además lo está contando un paleta.

—¡Ay, ma! ¿Te das cuenta? — profirió finalmente—... Bella, quietecita... ¡Ay, ma! ¡Ay, ma! ¿A qué viene eso? ¡¡¡No empecemos con licenciaturas!!! Yo... — bostezó—, ¡yo soy plurilicenciado, eh, ma!

—No digo una licenciatura, pero al menos un diploma... Un diploma siempre vale, en la vida... Quería decir..., acabar el bachiller... El diploma de Estado..., ese..., como base...

—¡Yo estoy maduro, ma! ¡¡Estoy maduro!!

—Pero te costaría poco o nada... Habías casi acabado..., en el instituto, cuando lo dejaste... Bastaría un pequeño esfuerzo..., inteligencia no te falta..., y después de tantos sacrificios..., ¿eh? ¡ahora que la guerra acabó!

De repente Nino frunció el ceño:

—¡Bella! ¡Largo! ¡Estate quieta! — gritó, rabioso incluso con Bella. Y, sentándose en el colchón, indiferente a mostrar claramente, ahora, sus

desnudeces, exclamó—: ¡La guerra ha sido una comedia, ma! — Y se puso en pie. Así desnudo, moreno, en el cuartito caldeado y mísero, parecía un héroe—: ¡Pero la comedia aún no terminó! — agregó, amenazador.

Parecía que le hubiera vuelto su cara de niño, maligna y casi trágica en sus rabietas. Y mientras tanto se iba poniendo los calzoncillos, para lo cual, como un bailarín, saltaba sobre un pie.

—... Esos se creen que to va a ser igual qu'antes, ¿no te das cuenta? Bueno, pos se equivocan, ¿eh, ma? ¡Nos pusieron en las manos armas de veras, cuando éramos pipiolos! ¡Y nosotros nos divertimos trayendo la paz! ¡Nosotros, ma, NOS LO CARGAMOS TOO!

De pronto se regocijó. Esta idea de cargárselo todo parecía infundirle una alegría extraordinaria:

—¿Y os creéis que vamos a volver a la escuela? — prosiguió, hablando aposta en correcto italiano con la intención de burlarse de su madre—: Latín escrito, latín oral, historia, matemáticas... geografía... Yo la geografía me la estudio en los sitios. La Historia, es una comedia de ellos, ¡que ha de terminar! ¡NOSOTROS terminaremos con ella! ¡Y las matemáticas!... ¿Sabes cuál es el número que más me gusta, eh, ma? Es el CERO.

»Bella, estate tranquila ahí..., ora voy...

»¡Somos la generación de la violencia! Cuando uno ha aprendido el juego de las armas, ¡sigue jugando! Ellos se hacen la ilusión de estafarnos otra vez... Los trucos de siempre, el trabajo, los tratados..., las directrices..., los planes centenarios..., las escuelas..., las cárceles..., el real ejército... ¡Y vuelta a empezar como antes! ¿Sííí...? ¡Pum, pum, pum!

En ese momento Ida volvió a ver en sus ojos la mirada de relámpago fotográfico que le había visto por primera vez la famosa noche de su visita con Cuatro a la tarbea. Y al decir «Pum, pum, pum» todo su cuerpo fingía

apuntar a un blanco que era en sustancia el planeta Tierra, redondo y entero con sus reinos, imperios y repúblicas nacionales.

—¡Somos la primera generación del comienzo! — prosiguió, en el colmo del énfasis—, ¡somos la revolución atómica! ¡Nosotros las armas no las deponemos, eh, ma! ELLOS..., ellos... ellos..., ELLOS no saben, ma, ¡qué hermosa es la vida!

Había alzado un brazo para secarse con la camisa de flores el sudor que le goteaba entre los ricitos negros de los sobacos. De golpe rio feliz y corrió a la cocina. Y al cabo de un instante la cocina, entre el alegre rumor de las salpicaduras, estaba toda inundada.

—¡Beuh! ¡Beuh! ¡Beeehuh! — Se oye a Bella desde el dormitorio, enloquecida, corriendo alrededor del somier doble.

—¡Nino! ¡ahó! ¡Nino! ¡Ninooo!

Despertado por fin por la impaciente Bella, que lo sigue con supremo jolgorio, ha aparecido Useppe, saliendo del dormitorio.

De toda la gran invectiva de Nino, un punto había espantado a Ida: cuando había hablado de armas. En verdad, frente a Ninnuzzu, hacía tiempo que Ida se tenía por una subalterna o una inferior, al modo de una pobre provinciana delante de una superestrella. Y a sus razones se entregaba casi con confianza, resignada a una abdicación total, como delante de una máquina de ciencia ficción. Entre todas las posibles hipótesis, ¡podía ser incluso que la actual profesión de Ninnarieuddu fuese la de bandido! ¡Pero ninguna hipótesis puede variar los movimientos de las constelaciones!, e Iduzza ni siquiera se permitía formular ciertas hipótesis. El que tenía delante de los ojos en la via Bodoni era un hijo lleno de salud que no tenía necesidad de nadie, y mucho menos de ella.

Pero hete aquí que, en el discurso de Ninnuzzu, se le había presentado un

punto de preocupación muy concreto. En efecto, tras la liberación de Roma, se promulgó la orden de entregar las armas a las autoridades; e Ida estaba enterada de esa orden desde los días en que daba clases al sudafricano. La sospecha de una ilegalidad flagrante la invadió y asaltó, tanto que, más adelante, ese mismo día, mientras Nino estaba fuera, ella, temblando con su inaudita acción, cerró la puerta del cuartito y se puso a registrar el equipaje del ausente, por si se encontraban armas escondidas... Aunque por suerte no había sino las conocidas camisas, unas sucias y otras limpias, calzoncillos, unos sucios y otros limpios, un par de sandalias y uno de pantalones de repuesto, y arena aquí y allá. Había también dos o tres tarjetas postales, y una carta en papel violeta, de la cual Ida solo divisó la firma («Lydia») y el principio («¡Oh, mi inolvidable sueño de amor!») dejando a toda prisa la hoja en su sitio para guardarse de la indiscreción de leerla. Además había un libro: *Cómo criar a mi perro*.

La única arma (si así puede llamarse) era, en el fondo de la maleta, una navaja de muelle un poco herrumbrosa (le había servido a Nino para coger erizos de mar). Ida respiró.

Al quinto día, Nino anunció que a la mañana siguiente debía marcharse; y como viajaría en avión, donde no admiten perros, durante su ausencia dejaba a Bella de pensión en la via Bodoni. Para su comida, le entregó a Ida un montón de dinero, dándole al respecto disposiciones totalitarias, con tono importante y precisión científica: era obligatorio que Bella comiese todos los días tanto de leche, tanto de arroz, una manzana rallada ¡y no menos de medio kilo de carne de primera! Ida estaba pasmada con los lujos de su pensionista carnívora que gastaba por sí sola en la carnicería, bastante más que ella y Ueseppe juntos. Recordaba los hediondos bodrios con que se contentaba el infeliz de Blitz, y advertía un resentimiento de injusticia contra aquella gigante de las praderas. Pero, en compensación, imitando su ejemplo,

Useppe se decidía ahora a comer, también él, algún plato de carne sin la habitual repugnancia morbosa; y eso bastaba para que Ida perdonase a Bella sus banquetes de millonada.

Al cabo de casi dos semanas, Nino regresó a recogerla. Anunció que disponía, aunque provisionalmente, de una vivienda en el extrarradio, casi rural, donde Bella podía vivir con él; aunque, como de ordinaria, mantuvo en secreta su dirección. A la noticia de que, al día siguiente de su marcha, Davide había pasado a buscarlo, dijo que lo sabía, Davide le había escrito y ya se habían visto. Después comunicó a Useppe que estaba en tratos para comprar un jeep de ocasión, cuya foto le enseñó, ilustrándole sus méritos y deméritos. De velocidad, por desgracia, el jeep andaba algo escaso; pero, en compensación, tratándose de un vehículo militar, era estupendo para cruzar hondonadas, terrenos impracticables, cursos de agua y arenas marítimas y desérticas. Y, llegado el caso, se podían instalar literas para la noche.

Esta visita de Ninnuzzu fue una de las más breves, aunque en verdad ni siquiera cabría calificarla de visita. Alguien (quizá Remo) lo esperaba en la calle con una camioneta para acompañarlo con Bella a su nuevo alojamiento, y él, con las prisas, ni siquiera quiso sentarse. Sin embargo, tuvo que volverse tras dar los primeros pasos, a la carrera, escaleras abajo. Con la camisita de flores que le había regalado, con las manos aferradas a la barandilla, allá arriba estaba Useppe, con aire impávido, pero temblando con todos los músculos, como un conejo:

—¡Nino! ¡Ninoo! ¡Ninooo!

De inmediato Bella voló al encuentro de Useppe, aunque, sin siquiera detenerse, saltó de nuevo hacia Nino, como si no supiera hacia dónde ir.

Ninnuzzu, también sin detenerse, había alzado la cabeza, aflojando el paso. En la boca de Useppe había ya la tensión de una pregunta, y mientras tanto se

le veía palidecer enormemente, como si en tal pregunta se concentrase toda la energía de su cuerpo:

—¿Po qué... — aunque se corrigió, se rio— por qué os marcháis?

—Nos veremos pronto — garantizó su hermano, deteniéndose un instante en un peldaño, y sujetando por el collar al excitado perro—. Y esa vez — prometió— vendré a buscarte con el jeep.

Después hizo con la mano un gesto de adiós, pero Useppe permaneció con los dedos aferrados a la barandilla, con un evidente rechazo de despedirlo a su vez. Entonces Ninnuzzu retrocedió dos o tres pasos para despedirlo más de cerca:

—¿Me das un besito?

Era el 22, o el 23, de septiembre.

En el mes de octubre, al empezar de nuevo el curso, abrieron la antigua escuela de Ida, a unos pasos de la via Bodoni. A Ida ese año le tocaba el primer curso y, no sabiendo con quién dejar a Useppe, decidió llevárselo consigo todos los días. Para inscribirse oficialmente en la escuela Useppe aún no tenía edad (le faltaba un año); pero Ida, considerándolo, con cierto orgullo, más maduro de lo normal, contaba con el ejemplo y la compañía de los demás niños para animarlo, entretanto, a aprender por lo menos el abecedario.

En cambio, desde los primeros días hubo de desengañarse. Ante los ejercicios de las letras y los números, Useppe, ahora, con cinco años cumplidos, se mostraba incluso más inmaduro de lo que había sido de pequeño. Se veía que el libro y el cuaderno seguían siendo para él objetos ajenos; y forzarlo parecía una acción antinatural, como pretender que un pajarito estudiase las notas en el pentagrama. A lo sumo, si le proporcionaban lápices de colores, podía ponerse a trazar en la hoja figuras curiosas, como llamas, flores y arabescos combinados; pero también de este juego se cansaba prontísimo. Y entonces, soltaba allí la hoja y diseminaba por el suelo los lápices con impaciencia caprichosa, teñida de angustia. O bien se interrumpía, como extenuado por el esfuerzo, cayendo en una desatención aturrida, que lo apartaba de la clase.

Pero semejantes momentos tranquilos eran raros. La mayoría del tiempo, con gran vergüenza de su madre, Useppe se comportaba pésimamente y hasta

su sociabilidad de siempre allí en la escuela había desaparecido. Todas las normas de la escuela: el encierro, el pupitre, la disciplina, semejaban pruebas imposibles para él; y el espectáculo del alumnado sentado en filas debía de parecerle un fenómeno increíble, pues no hacía sino molestar a sus compañeros, charlando con ellos a voces, saltándoles al cuello, o golpeándolos con sus puñitos como para sacudirlos de su letargo. Era capaz de saltar sobre los pupitres, confundiéndolos quizá con los famosos pupitres de la tarbea de Pietralata; y corría por el aula con voces salvajes, como si aún se encontrase entre los Mil jugando al fútbol o a los indios. Pero a cada momento, además, se agarraba a su madre, repitiéndole:

—¿Eh, ma? ¿Nos vamos? ¿Eh? ¿Ya es la hora? ¿Cuándo es la hora?

Finalmente, al oír el timbre de la salida, salía corriendo agitado y, en el breve trayecto hasta casa, no hacía sino apremiar con urgencia a su madre, como si en casa hubiera alguien esperando.

Ida creyó adivinar en él la aprensión inconfesada de que, en su ausencia, Nino hubiera pasado por casa sin encontrar a nadie. Advertía, en efecto, que cada vez, antes aun de cruzar el portal, él recorría con ojos ansiosos los dos lados de la calle, quizá en busca del famoso jeep admirado ya en fotografía; y después se precipitaba ansioso al otro lado del primer patio, quizá esperando encontrar, a la espera bajo las ventanas, la festiva pareja de Nino y Bella. Tras el último adiós de septiembre, no volvieron a tener noticias de ninguno de los dos. Y seguramente Useppe sufría por su ausencia más que nunca, tras los últimos afortunados tiempos de vida en común, aunque no dijera nada.

Viendo que la edad de estudiar, para él, no había llegado, Ida renunció a llevárselo a clase, y decidió confiarlo, en cambio, a una guardería infantil, situada en el mismo edificio de su escuela. Todos los días, al sonar el timbre de salida, corría a recogerlo, recibéndolo, puede decirse, de los mismos brazos de la maestra. Pero esta nueva prueba resultó aún más desastrosa que

la otra; más aún, al oír las referencias cotidianas que la maestra le daba, su madre no reconocía, en este nuevo Useppe, a la misma criatura de antes. Era una mutación progresiva y rápida que, tras los primeros signos, iba acelerando su ritmo, día tras día.

Inesperadamente, ahora Useppe huía de la compañía de los otros niños. Cuando estos cantaban a coro, él callaba e, invitado a cantar como los demás, pronto perdía el hilo de la canción, distrayéndose de continuo con cualquier futilidad, incluso imperceptible. Durante los juegos en común, se mantenía aparte con una expresión de soledad inquieta y perdida, como castigado. Diríase que alguien, en castigo, hubiese interpuesto entre él y los demás un tabique semiopaco, tras el cual pretendía, como en una última defensa, mantenerse escondido. Y si los compañeros entonces lo invitaban a jugar, se retraía con repentina violencia. Pero al cabo de un rato se le podía ver agazapado en el suelo en algún rincón, lloriqueando, como un gatito callejero abandonado.

No había modo de seguir sus humores, contradictorios e imprevisibles. Parecía negarse tercamente a la sociedad y la compañía; pero, a la hora de merendar, si cualquier otro niño miraba su galleta, se la regalaba impulsivamente, lanzándole una sonrisilla amistosa y contenta. A veces, mientras estaba callado, lo sorprendían con el rostro lloroso, sin ningún motivo. Y después de pronto se desenfrenaba con alegrías turbulentas y desesperadas; parecía un pequeño africano arrastrado desde su selva a la cala de un barco negrero.

Con frecuencia dormitaba aburrido; y si la maestra trataba de estimularlo (aunque fuera bajito, con su voz más suave), se recobraba con un sobresalto exagerado y brutal, como caído de golpe de una cama alta. Un día, en uno de esos despertares, se levantó aturdido, se desabrochó los pantalones y meó en

el medio de la clase: él, un crío de más de cinco años, uno de los alumnos mayores.

Si le entregaban juegos de atención, como construcciones o algo por el estilo, al principio se ponía a ellos con cierto interés; pero, mucho antes de llegar al final, de improviso lo tiraba todo por los aires. Un día, en medio de un juego así, prorrumpió en sollozos, aunque mudos y fatigosos, que trataban de desahogarse en un sonido y parecían sofocarlo; hasta que, disolviéndose, se desfogaron en un llanto a gritos, de rebeldía dolorosa e intolerable.

Mientras la maestra conversaba así con Ida, Useppe estaba allí al lado con ojos grandes y asombrados, como si no se reconociese en aquel extraño niño; y sin embargo parecía decir: «No sé por qué me sucede esto, no es culpa mía, y nadie puede ayudarme...». Entretanto se dedicaba a tirarle del vestido a Ida para apremiarla a volver a casa. Y en cuanto terminaba la conversación, salía disparado, como de ordinario, impaciente, hacia la via Bodoni, retenido a duras penas por la mano de su madre; como si en su ausencia, allí en la via Bodoni, pudiera cumplirse la amenaza de un acontecimiento misterioso, e inconcebible.

Al principio, la maestra aseguraba a Ida que el niño se acostumbraría a la escuela, con el paso de los días; pero, en cambio, su estado de ansiedad empeoraba. Por la mañana, en realidad, salía despreocupado con Ida, ¡quizá sin recordar su prueba cotidiana y convencido de ir de paseo! Pero al aparecer la escuela, Ida sentía contraerse su mano, con una resistencia todavía confusa, mientras sus ojos buscaban en ella alguna defensa contra la incierta opresión que lo ahuyentaba de allí. Era una congoja, para ella, dejarlo solo de ese modo. Y él se quedaba cariacontecido, sin rebelarse, diciéndole adiós con la manecita. Pero aún no había transcurrido ni una semana de su ingreso en la guardería cuando comenzó la serie de sus fugas.

A la hora del recreo en el patio, bastaba una mínima distracción de la

maestra para que tratase de escaparse. La maestra era una joven de unos treinta años, que llevaba gafas y una trenza. En sus tareas, era muy seria y abnegada, jamás perdía de vista a sus dieciocho alumnos y, cuando salían al patio, los contaba y recontaba, cuidando de tenerlos a su alrededor como una clueca. Añádase a esto la presencia del portero, que estaba siempre de guardia en el zaguán de entrada, que desde el patio llevaba a la verja de la calle. La maestra se hacía cruces de que con todo eso Useppe lograra escabullirse a la primera ocasión, como si no esperase otra cosa. Uno se volvía un instante, y él se había desvanecido.

La mayoría de las veces, al menos al principio, no llegó lejos; lo encontraban en el interior, cerca de la entrada, escondido debajo de una escalera o tras una columna. Y ante las preguntas no mentía ni alegaba pretextos, decía sin más, con amarga expresión de pánico:

—¡Me quiero marchar!

Pero una mañana no consiguieron descubrirlo; y tras una larga cacería se lo devolvió a la maestra una celadora que lo había encontrado vagando por los pasillos de otro piso, en busca de un paso no vigilado hacia la salida. Para él el edificio de la escuela, con todas aquellas puertas cerradas y aquellas escaleras y aquellos pisos, debía de ser un inmenso laberinto; aunque por fin un día encontró el hilo. E Ida lo vio llegar a su clase, con su delantalito azul marino y su chalina, que corría hacia ella llorando y se le aferraba con grandes temblores. Y allí quiso permanecer, a su lado, el resto de la mañana (ella, agitada, mandó enseguida recado a la maestra), temblando como una golondrina migratoria sorprendida por el invierno.

Pero su peor hazaña fue al día siguiente. Esta vez, pese a la vigilancia del guardián de la entrada, consiguió coger la calle, no se sabe cómo (quizá era la primera vez en su vida que correteaba solo por las calles de la ciudad), y lo devolvió la portera de la via Bodoni. Esta era una viuda de más de setenta

años, abuela de muchos nietos ya crecidos, que actualmente vivía sola en la vivienda del portero (compuesta en todo y por todo por la garita y un cuchitril anexo sin ventanas, con la cama para dormir). Había visto a Useppe pasar por delante de la garita, solo y sin abrigo, con el delantal de la guardería; y, recelando algo, salió al zaguán a llamarlo. Normalmente Useppe se paraba siempre con interés delante del cristal de la garita, porque allí, en el cuchitril, la vieja tenía una radio, un hornillo «como Eppetundo» y un huevo de vidrio con la Virgen de Lourdes dentro, sobre un prado nevado (al sacudir el huevo, la nieve se alzaba en muchos copos blancos). Pero hoy había seguido adelante sin pararse. Estaba jadeante, asustado, y ante la insistencia de la mujer farfulló que «subía a casa» (aunque no tenía llaves), agregando unas frases tramposas y confusas sobre «algo» «que lo agarraba» «y a los otros niños no»... Mientras tanto, se llevaba inquieto las manos a la cabeza, como si aquel «algo» innominado estuviera allí dentro.

—¿Es que te duele la cabeza?

— No, no duele...

—Y si no te duele, ¿qué es? ¿Ideas?

—No, no ideas...

Useppe seguía diciendo que no jadeante, y sin explicarse; pero poco a poco, tras el gran jadeo, iba recobrando su color natural.

—¿Sabes lo que tienes en la cabeza? — había concluido entonces la portera—. ¡Te lo digo yo! ¡Pájaros! ¡Eso es lo que tienes!

Y él, de pronto, olvidándose de su gran jadeo, se echó a reír, con la cómica idea de la viejecita: pájaros dentro de una cabeza. Después se dejó acompañar dócilmente a la guardería.

Su fuga no duró más de un cuarto de hora, pero mientras tanto ya un par de bedeles se habían lanzado en su busca, mientras la maestra vigilaba a los otros alumnos, todavía en el recreo, en el patio. A cada momento, nerviosa,

se asomaba a mirar hacia el interior del edificio, o al otro lado del zaguán de entrada, hacia la verja de la calle. Y por esa parte vio asomar al fugitivo, llevado de la mano por una viejecita, que entretanto se dedicaba a distraerlo dándole noticias sobre los pájaros cantarines.

Aunque exasperada, la maestría no tenía desde luego la voluntad de maltratarlo (ni nadie, en verdad, desde que nació, lo había maltratado nunca). Lo recibió bastante tranquila, y con tono apenas resentido, frunciendo el ceño, le dijo:

—¿Ya empezamos? ¿Qué has hecho? Deberías avergonzarte, de dar a los demás estos malos ejemplos. Pero se acabó. Desde hoy, la escuela está cerrada para ti.

La reacción de Useppe ante estas palabras fue inesperada, y casi trágica. Sin responder perdió el color, mientras se volvía a ella con ojos interrogantes, agitado por un extraño miedo: no de ella, sino más bien (parecía) de sí mismo.

—¡No! ¡Fuera! ¡Fuera! — gritó después con vocecita extraña, como si desalojase unas sombras.

Y repentinamente armó un alboroto no distinto, en apariencia, a una rabieta común y corriente: tirándose al suelo congestionado de rabia, insultando y rodando como un luchador, con patadas y puñetazos al aire. Pero, habitualmente, ciertas rabietas infantiles tienden a dar el espectáculo; mientras que en esta se percibía un aislamiento total. Daba la impresión de que aquel criajo, con su pequeñez, estaba entablado una contienda inmensa contra enemigos presentes solo para él, y para nadie más.

—¡Useppe, Useppe! ¡Por qué haces eso! ¡Eres tan bueno, tan guapo! Y aquí todos te queremos mucho.

Poco a poco Useppe iba aplacándose, con estas lisonjas de la maestra, hasta que le echó una sonrisita desconsolada; y desde ese momento, hasta la

hora de la salida, no se despegó de sus faldas. Pero a la salida la maestra informo aparte a Ida de que el niño era «demasiado nervioso» y, por ahora al menos, no se adaptaba a la escuela; conque ella no podía asumir la responsabilidad de tenerlo. Su consejo era dejarlo en casa en manos de alguna persona de confianza hasta que alcanzase la edad escolar, de aquí a un año.

Y Useppe a la mañana siguiente no fue a la escuela. En contradicción consigo mismo, hasta el último instante seguía a Ida por la casa y la interrogaba con ojos elocuentes, con la esperanza incierta de salir juntos, como las otras mañanas. Pero no hizo preguntas, ni dijo nada.

En opinión de la portera, el caso de Useppe era simplemente el de un niño demasiado vivaracho, siempre con ganas de «meterse en berenjenales» sin que en la escuela lo supieran. Pero Ida no estaba de acuerdo: que Useppe se guardaba para sí ciertos secretos (como, por ejemplo, después de su famosa mañana con los bandidos) lo sabía; pero eran, según ella, secretos de otro orden, quién sabe cuáles. De todos modos, le parecía inútil interrogarlo (y mucho menos acusarlo).

Desprovista de recursos, no halló otro remedio que dejarlo solo en casa, echando el cerrojo a la puerta de entrada. Y al confiar un duplicado de las llaves a la portera, le rogó que subiese a verlo al menos una vez, al final de la mañana. A cambio de este favor, le daría clases particulares a una nieta suya, que visitaba a la abuela casi todos los días.

Y así de nuevo Useppe tuvo que pasarse las mañanas en la cárcel, como de recién nacido en San Lorenzo. Temerosa de que, asomándose, cayese al patio, su madre mandó instalar barrotes en lo alto de las ventanas (adonde él no llegaba, en verdad, ni subiéndose a una mesa). Por suerte se acercaba el invierno, cuando las tentaciones de salir o asomarse pierden su fuerza.

En las nuevas circunstancias, Ida arrojó también varios gastos extraordinarios. Ante todo, solicitó un teléfono que, a causa de «dificultades

técnicas», le prometieron para febrero-marzo de 1947, no antes. Y, además, acordándose de cuanto disfrutaba Useppe con la música en Pietralata, para distraerlo de la soledad le compró en el mercado un fonógrafo de manivela casi nuevo. Al principio había pensado en una radio, pero después prescindió de ella, con la duda de que, si seguía programas para adultos, aprendiese cosas feas.

Acompañó el fonógrafo con un disco, elegido en una colección para niños. Era de los de entonces, de setenta y ocho revoluciones. Y tenía grabadas dos retahílas musicadas, de tipo familiar: «La hermosa lavanderita» y «Qué bonita es mi muñeca». Esta segunda, una especie de madrigal en honor de una muñeca, cerraba las alabanzas con el estribillo:

*Mi muñeca es igualita que la reina
cuando pasa en carroza con el rey.*

La vieja portera, aunque ágil, se fatigaba demasiado subiendo al último piso, de forma que enviaba normalmente a su nieta, que se encontraba a menudo en la via Bodoni para ayudarla. Su nombre era Maddalena, pero Useppe la llamaba Lena-Lena. No era raro, a primeras horas, encontrarla en las escaleras, fregando presurosa los peldaños con un trapo húmedo; o bien verla sentada en el chiscón, sustituyendo momentáneamente a la abuela. Pero estarse allí quieta era un sacrificio para ella, que prefería el movimiento; y por la mañana no le disgustaba nada correr a casa de Useppe. Era una chiquilla de unos catorce años, a quien su familia solía tener bastante encerrada; y habitaba no lejos de allí, en San Saba, llegada del interior de Cerdeña. Tenía una figura redondita, con piernas bastante cortas, también redondas; y una cabellera negra, crespa y desmesurada, que le crecía hacia arriba, compensando su pequeñísima estatura y asemejándola a un erizo de

campo (o sea, a un puerco espín). Hablaba un lenguaje incomprensible, todo úes, que parecía extranjero; sin embargo, con Useppe conseguía entenderse. Él le ponía su disco, y a cambio ella le cantaba con voz agria y agudísima cantilenas de Cerdeña, todas en u, de las que no entendía ni una palabra; pero en cuanto terminaba le decía «¡Más!», como con las canciones calabresas de Ida.

Ciertos días Lena-Lena, mandada a otros encargos, no podía ir, y en su lugar iba la vieja portera que, tras haber renqueado por todas aquellas escaleras, debía regresar pronto abajo para no dejar abandonada la portería. Aparecía de preferencia por la mañana, más bien temprano, cuando Useppe aún dormía, y tras echarle un vistazo se marchaba sin despertarlo. Sucedió entonces que Useppe, al levantarse, esperaba en vano una visita; y en esos casos durante la mañana, desde abajo en el patio, se descubría su silueta detrás de los cristales, espiando si por fin asomaría por el patio Lena-Lena. No se sabe si también seguía esperando la llegada de «algún otro». De ordinario, al dar las doce, volvía a descubrirse en su puesto de vigía, a la espera de Ida.

En general, los días que podía, Lena-Lena subía a verlo entre diez y once, cuando él estaba recién levantado. Desde hacía algún tiempo, se despertaba más tarde, porque Ida, tras una interrupción de muchos meses, había vuelto a darle por la noche el calmante recetado por la doctora. En efecto, tras el paréntesis del buen tiempo, sus noches eran de nuevo inquietas; más aún, actualmente, entre sus turbaciones nocturnas, había una en particular que se resistía al efecto de la medicina. Era una convulsión de breve duración, aunque de cierta violencia, que lo sorprendía por regla general recién dormido; como si el indefinido objeto de su angustia lo esperase inmediatamente al otro lado de la barrera del sueño. Sus rasgos manifestaban el estupor y el rechazo de quien se encuentra en un trance temible; aunque

seguía durmiendo durante él, sin conservar luego ningún recuerdo. E Ida todas las noches, alerta a su lado, velaba esta especie de cita, que lo esperaba sin el saberlo, con una puntualidad fija y mecánica.

La doctora, consultada de nuevo, le recetó una cura de calcio, huevos, leche y paseos al aire libre.

—Este chico — observó — crece poco.

Y, en efecto, en el curso del verano, Useppe había crecido unos centímetros de estatura, pero no había ganado peso. La doctora, para examinarlo, le mandó desnudarse, y la desnudez de su cuerpecito moreno mostraba la osamenta del esternón y unos hombritos frágiles, sobre los que su cabecita se erguía sin embargo con la especial jactancia de varoncito que poseía por naturaleza. Entre otras cosas, la doctora lo invitó a enseñarle los dientes, opinando que sus presentes trastornos nerviosos preludiaban, quizá, la segunda dentición, que en ciertos casos, dijo, provoca una verdadera crisis de la edad. Y él abrió con prontitud la boca, limpia y rosada como la de los gatitos de un mes, con una dentadura menuda donde se reconocía la nitidez azulada propia de los dientes de leche. Ida, mirándolos, recordó lo valiente que había sido al dejarlos brotar todos igualitos, en plena guerra, sin molestar a nadie.

—El primer diente que se te caiga — le dijo muy seria la doctora— acuérdate de meterlo debajo de la almohada, para que cuando pase el Ratón Pérez, que es un pariente de los Reyes, en el sitio del diente te deje un regalo.

Para él, desde que nació, nunca habían existido Reyes, ni Papás Noel, ni magos o hadas o cosas por el estilo, pero tenía algún barrunto de su existencia.

—¿Y cómo hará para entrar? — preguntó, atento.

—Para entrar ¿dónde?

—¿Dónde? ¡En nuestra casa!

—No te preocupes, hace como Papá Noel, ¡entra por la chimenea!

—Ah..., pero nuestra chimenea es estrecha..., pero él pasa, ¿no? ¡Es pequeñito!

—¡Claro! — confirmó la doctora—, ¡un ratoncito pasa por donde quiere!

—¿También por un tubo así? — Useppe, con los dedos abiertos en círculo, mostró más o menos la medida de la chimenea de la via Bodoni.

—¡Prometido! ¡Cuenta con ello!

Y Useppe sonrió, tranquilizado y triunfante con una promesa tan autorizada.

El día que cobró el sueldo de noviembre, Ida fue a comprarle otro disco para el fonógrafo. Acordándose de su afición a los bailables en Pietralata, pidió consejo tímidamente al vendedor, quien le dio un disco de swing, ultramoderno. Y esta novedad de momento tuvo un gran éxito en la casa, donde la Lavanderita y Mi Muñeca quedaron relegados entre los trastos. El fonógrafo desde ese día servía solo para la nueva música; y Useppe, como era de prever, a las primeras notas se puso a bailar.

Pero también este baile debía señalarse como un síntoma en el proceso de aquellos días. Ya no eran los brincos, cabriolas e improvisaciones diversas con que nuestro bailarín se exhibía en Pietralata entre sus amigos. Ahora su cuerpo realizaba un único movimiento de rotación sobre sí mismo, iniciado con los brazos abiertos, hasta un ritmo endemoniado y casi espasmódico que parecía aniquilarlo. En ciertos casos no cesaba su danza sino cuando se quedaba ciego y con vértigos, y entonces caía encima de su madre para descansar, repitiendo exhausto pero feliz:

—Todo da vueltas, todo da vueltas, ma...

O bien, en otros casos, en cierto momento, sin romper la ronda de su baile, aflojaba el ritmo; y entonces su cuerpo, girando, se inclinaba hacia un lado,

con los dos brazos abandonados a ese mismo lado, y en su carita había una cómica expresión, mitad diversión y mitad sueño.

Estos sones y bailes se desarrollaban en la cocina — que era el único «cuarto de estar» de la casa— y de mejor grado a la hora en que Ida guisaba («para hacerle compañía»). Pero el éxito del nuevo pasatiempo fue efímero. Al tercer día (era una mañana de domingo), Useppe, tras dar cuerda enérgicamente al fonógrafo, y a punto de poner en marcha el disco, renunció. Se había quedado allí bloqueado con aire absorto o perplejo, y hacía pequeños movimientos con la mandíbula, como si masticase algo amargo. Como en busca de una escapatoria, se refugió en el rincón del fregadero, y allí se perdió en un balbuceo confuso, en el cual Ida, no sin estupor, distinguió con claridad el nombre CARULINA. Desde los días del adiós, cuando aún la llamaba Ulí, Useppe no había vuelto a acordarse de ella en sus charlas, y quizá desde siempre esta era la primera vez que articulaba su nombre entero y verdadero (aunque rodando con fuerza la R, en su empeño de pronunciarla correctamente). Pero tal reminiscencia semejó desvanecerse apenas relampagueó. Y con voz distinta y gritando se dirigió a Ida:

—¿Ma? ¿Maaa?...

Era una interrogación estupefacta, pero también una súplica de ayuda contra una abstrusa agresión. Lo agitó entonces un brusco arrebató e, inesperadamente, corrió a arrancar del gramófono su precioso disco de swing y lo arrojó al suelo. Su rostro estaba congestionado, y temblaba; y después de que el disco se rompió en el suelo, empezó a pisotearlo. Pero su informe rabia se descargó con rapidez con este acto; y miró a tierra, con el pavor de quien descubre un crimen cometido por otros. Se acurrucó ante los restos de su disco y con un llanto lastimero y tierno, que parecía un vagido, ¡intentaba volver a pegarlos!

Ida se ofreció enseguida a regalarle un disco nuevo al día siguiente (si

hubiera sido millonaria, estaría dispuesta a pagarle una orquesta entera), pero él la rechazó, casi pegándole:

—¡No! ¡No! ¡No quiero! — gritó.

Después, levantándose, con el mismo gesto amargo de rechazo apartó los restos con el pie; y mientras ella los recogía y los tiraba a la basura, se llevó los puños a los ojos para no mirar.

A su madre la oprimía la penosa sensación de que en el fondo de este desorden extravagante, que lo sacudía sin objeto de un lado a otro, dentro de él se enroscaba un nudo crucial, que nadie podía desatar, ni encontrar sus cabos, y él menos que nadie. Intranquilo, ahora se había ido a la ventana, a escrutar desde su atalaya habitual, el patio; y desde detrás, mirándole el hoyuelo de la nuca flaca entre los mechones en desorden, parecía descubrir la expresión preocupada de su rostro. Que en él se incubaba la eterna espera de su hermano era indudable para Ida (ni era nada nuevo, en verdad). Pero como, en su nuevo estado morbosos, él callaba este extremo decepcionante, Ida evitaba recordárselo, como si fuera tabú.

—... ¿Qué? ¿No viene hoy Lena-Lena?

—Ah, no, hoy es domingo. Estoy yo en casa. ¿No estás contento?

—Sí.

Con uno de sus repentinos cambios de humor, corrió a su lado, y le besó el vestido. Pero en sus joviales ojos alzados ya brotaba la próxima pregunta inquieta:

—Tú no te marcharás, ¿eh, ma?

—¿Yo? ¿Marcharme? ¡NUNCA! ¡NUNCA, NUNCA dejaré solo a mi Useppe!

El hombrecito lanzó un suspiro, mezcla de satisfacción y de duda irresuelta. Y sus pupilas se alejaban, mientras tanto, detrás del humo de la olla que ascendía hacia la chimenea.

—¿Y cuándo llega esa?

—Esa ¿quién? — se imaginó que se refería otra vez a Lena-Lena, o quizá a Carulina.

—¡Esa rata que baja por la chimenea, ma! ¡La parienta de los Reyes! ¿No oíste lo que decía la doctora?

—... Ah, sí... Pero ¿no te acuerdas de lo que te dijo? Hay que esperar a que te brote el primer diente nuevo. Cuando veas que uno de estos dos empieza a moverse, es señal de que se caerá dentro de poco, y el ratón vendrá a recogerlo.

Useppe se tocaba los incisivos con el dedo, con curiosidad para ver si por casualidad se movían.

—Todavía es pronto — le dijo su madre—, aún no tienes edad. Quizá dentro de un año.

—...

Se oyó en lo alto un repique que anunciaba el mediodía. La mañana dominical era nublada, pero tibia. Por la ventana cerrada llegaba del patio el vocerío de los chavales de la manzana que alborotaban, a la espera de que sus madres los llamasen a comer. A Ida le habría gustado reconocer, entre las otras voces, la de su Useppe, como ocurría en la época en que estaba detrás de la cortina de la tarbea. Y más de una vez había repetido el intento de mandarlo al patio a jugar con los demás. Pero siempre, al espiarlo poco después desde la ventana, lo había descubierto allá abajo en un rincón, él solito, conque desde arriba le daba la impresión de un pobre inclusero, excluido de la sociedad. «¡Useppe!», lo había llamado entonces, impulsivamente, abriendo de par en par la ventana. Y él, alzando el rostro hacia ella, había salido en un vuelo del patio para correr con ella a casa. Como antes con sus compañeros de escuela, ahora era él mismo quien se segregaba de los otros (y algunos gestos suyos, de adelantar las manos como

para apartarlos, o de retroceder mirándolos con grandes ojos amargos, sugerían incluso la imagen de un ser elemental que, advirtiendo en su sangre un germen virulento, quiera preservar a los otros del contagio).

Después del consejo de la doctora, tenerlo al aire libre en los días de buen tiempo, Ida lo llevaba en esa época de paseo, o hacia el monte Testaccio o hacia el Aventino, o bien, evitando fatigarlo demasiado, a algún jardincillo público en los alrededores de la casa. Y también allí, dondequiera que se encontrase, Useppe se mantenía apartado de los otros chavales y de sus diversiones. Si uno de ellos le decía: «¿Quieres jugar?», escapaba sin más explicaciones, refugiándose junto a su madre como un salvaje en su cabaña.

Sin embargo, por ciertas ojeadas que echaba, no tenía aire de misántropo. Y mientras se alejaba de las compañías, lanzaba de vez en cuando en dirección a los otros una sonrisilla instintiva, que involuntariamente brindaba y pedía amistad. Bajo los pantaloncitos cortos, las rodillas le sobresalían más gruesas de lo debido comparadas con la flacura de las piernas; pero él, con aquellas piernecitas, daba por su cuenta grandes saltos deportivos, que demostraban lo excelente que era. Había en su persona algo de humorístico que arrancaba sonrisas a la gente, haciéndolo bastante popular entre el pequeño público de los jardines. Señoras y mujercitas lo felicitaban por el contraste de sus ojos celestes con la piel morena y el pelo negro, que en Roma se considera una belleza de primera; pero, atribuyéndole una edad máxima de tres o cuatro años, al oír que tenía cinco cumplidos comentaban a coro su pequeñez, hasta que Ida, angustiada y temblorosa, se adelantaba a protegerlo de sus juicios indiscretos.

A estos, en verdad, como a las alabanzas, Useppe permanecía totalmente ajeno, e inconsciente como un cachorro enjaulado en una feria. Quizá ni siquiera los escuchaba; y en efecto, aunque estuviera callado, sus orejas salientes, asomando a un lado y otro de la gorrilla, estaban siempre atentas a

los variados ruidos del mundo que a veces lo arrollaban en un único himno febril. El menor acontecimiento distraía sus miradas; o si no se estaba quieto, con ojos absortos, como si su mente se alejase. Aunque no era raro que una especial algazara hiciese temblar todos sus músculos, encendiéndole en las pupilas una alegría desatinada, mezclada con nostalgias... Era cuando veía a un perro de la clase que fuese, con dueño o sin él, y aunque fuera feísimo, contrahecho o sarnoso.

Aun cuando, en realidad, no se sintiera muy inclinada a la idea de ampliar la familia, Ida no pudo resistir ese espectáculo; y un buen día, de regreso de un paseo, terminó por preguntarle si no quería un perrito para él solo. Pero Useppe se volvió con la cara teñida de amargura, diciendo que no y que no con furiosa saña. Su recusación se manifestaba irreparable pero trabajosa; como si se enredase en aquel misterioso nudo crucial que llevaba semanas atormentándolo sin explicaciones. Al final, con una especie de grito sin resuello, que semejaba un sollozo, le salieron las palabras:

—También Bella... ¡Igual que Biz!

¡Y eso dio a entender a Ida que su niño rechazaba un bien prometido, por terror a perderlo! Sintió un choque exagerado, con la extraña sensación, advertida ese día por primera vez, de una presencia física, como si en su habitación se hubiera instalado un ogro, para amenazar a Useppe con muchas bocas y muchas manos. Pero aún le resultó más extraño oírle, tras años de silencio, el nombre de aquel Blitz que creía borrado de su memoria, como ocurre con diversos héroes de las prehistorias infantiles que permanecen al margen del tiempo. Era como si en ese otoño de 1946 todos los recuerdos de su pequeñísima vida persiguieran al desmemoriado Useppe, oliéndose el punto escondido de su mal.

—Pero ¿cómo? ¡Bella igual que Blitz! — le tomó el pelo Ida.

Y sin vacilar esta vez en romper el tabú, le aseguró que Bella se encontraba

sana y salva, en compañía de Ninnuzzu, y no tardarían mucho en aparecer por casa, ¡según su costumbre! Con semejante noticia, garantizada por Iduzza, Useppe rio animado. Y los dos, riendo juntos como enamorados, desalojaron de momento al ogro del cuarto.

Mas no bastaba. Para compensar a Useppe por el perrito rechazado, a la mañana siguiente (domingo) Ida se lo llevó al nuevo mercado de Porta Portese, donde le compró un «mongómeri»: o sea, un abrigo especial, puesto de moda (para quien no lo sepa) por el general Montgomery, que lo llevaba en las batallas. El «mongómeri» o trenca de Useppe era una imitación italiana, mejor dicho romana, y, aunque de talla mínima, le estaba más bien ancho de hombros y largo de mangas. Pero él se empeñó en ponérselo inmediatamente, y sin más adoptó un paso atrevido, como si dentro del «mongómeri» se sintiera un tronco, por no decir un general.

Mientras tanto, sus noches eran turbadas e inquietas. Después de la última visita a la doctora, tomaba dócilmente todas las medicinas recetadas; más aún, al recibirlas de su madre, alargaba la boca con el gesto de un pajarito, como ávido de curación. Pero su eficacia seguía siendo escasa. Casi todas las noches, a pesar de los sedantes, lo esperaba la consabida acechanza puntual, que amenazaba su primer sueño con quién sabe qué formas gigantescas. En la segunda semana de noviembre se sentó de un salto en la cama dos noches seguidas, en pleno sueño, con la respiración acelerada y los ojos muy abiertos, aunque dormido, sin reaccionar siquiera al encenderse la lámpara central. Al tumbarlo y taparlo, se notaban sus miembros rígidos (casi tensos aún en un choque desigual) y cubiertos de sudor; y al cogerle la mano se advertía el latido precipitado de su pulso, que poco a poco menguaba hasta el ritmo natural, al mismo tiempo que los párpados se le cerraban. El episodio duró menos de un minuto, y se sustrajo como siempre a su conciencia. Pero en cambio la noche del 15 de noviembre estuvo marcada por un episodio lúcido. Semidespierta en el corazón de la noche, Ida había encendido la lámpara de la cabecera, al advertir el paso por la habitación, de unas pisadas mínimas, no más de unas patitas de animal errante. Y en efecto, Useppe estaba allí, de pie, despierto, y en ese momento se apoyaba en la pared. Sobre el pijamita de franela se había puesto la trenca, porque en la habitación hacía frío; pero se había quedado descalzo, quizá por consideración a no hacer

ruido mientras su madre dormía. La misma inquietud que últimamente perturbaba siempre su sueño, debía esa noche de haberlo sacado de la cama, acechándolo en su pequeña excursión insomne por el cuarto cegado por la oscuridad. Miró orgullosamente a Ida y le dijo:

—¡Duerme, ma!

Era una orden, pero este tono perentorio le servía en realidad como un arma apuntada contra la duda inconcreta que poblaba de angustias su cuerpo sin formularsele nunca en un pensamiento. De repente soltó un débil llanto desgarrador:

—Eh, ma, ¿dónde se ha ido Nino?

Y después, como cediendo de golpe a una sirena horrible, que lo tentaba desde quién sabe cuándo con sus espantos, continuó:

—... No se habrá ido a América sin mí...

A Ida no le fue difícil relacionar esta pregunta con la promesa que efectivamente, e incluso en su presencia, Ninnuzzu le había repetido a Useppe más de una vez: llevarlo consigo a América. (Más aún, la última vez había agregado: «Y nos llevaremos también a Davide. Así, a lo mejor se encuentra allá una guapa judía americana...».) Ni le fue difícil encontrar, al respecto, argumentos indiscutibles para tranquilizar a Useppe, que, consolado, poco después cogió el sueño junto a ella.

Tras su rápido saludo de septiembre, Ninnuzzu, según su costumbre, no había vuelto a dar noticias a casa. Llegaron, en cambio, dos postales dirigidas a él, de donde se deducía que daba a sus conocidos como dirección la de la via Bodoni. Una de cartulina brillante, con un ramillete de pensamientos y rosas rojas, era de Antonio, el ex propietario de Bella y llevaba el sello de la censura de Poggioreale. Estaba escrito: «Un cariñoso Recuerdo con mis mejores saludos y sinceros deseos de felicidad». Y la otra, expedida en Roma, con el monumento al rey Víctor Manuel en blanco y negro, decía, con

una letra grande, de escuela primaria, pero sin errores: «¿Se puede saber al menos dónde te metes? No digo más». P. Una y otra aguardaban en casa desde octubre.

Hacia finales de ese mismo mes de octubre, una mañana, en la calle, Ida se había topado con Annita Marrocco, que actualmente, para ayudar a la familia, iba a asistir en casa de unos señores de la via Ostiense. En efecto, el trabajo de modista de Filomena rendía cada vez menos (sus clientes, en su mayoría señoras mayores, en parte estaban en el asilo y en parte habían muerto) y el cuartito de Giovannino seguía aún por alquilar, siempre con la esperanza de ver el regreso de su propietario. De este, ni la menor noticia aún, ni para bien ni para mal; se había interesado incluso un capellán, y un oficial médico, y por esos días la familia esperaba la respuesta de otro retornado de la Alta Italia, un alpino de la Julia, a quien habían preguntado por carta si por azar él, o alguno de sus conocidos, lo había encontrado en los campos de La Unión Soviética, o había oído hablar de un Marrocco.

Entre otras noticias, Annita refirió que su suegra se había encontrado uno de aquellos días con Davide Segre, que, interpelado por la vieja, le contestó que se había visto con nuestro Nino aquí en Roma, hacía poco y más de una vez, aunque siempre de paso. De salud Nino estaba estupendamente, y Annita no sabía decir más. Sobre la casa suburbana alquilada (o que le habían prestado) en las cercanías de Roma, que le había mencionado a Ida, ni Annita ni su suegra supieron qué decirle. Quizá, pensó Ida, la casa había sido una trola de Nino, o quizá a estas horas ya se hubiera mudado a ella. Por lo demás, dijo Annita, Davide había contestado a las preguntas de Filomena con brusquedad, como de costumbre, en pocas palabras, y no viendo la hora de deshacerse de ella. Si actualmente vivía en Roma, y dónde, no lo había dicho, por supuesto. La vieja Filomena, a quien Ida se encontró a su vez en el mercado de la Piazza Testaccio, confirmó las noticias de su nuera, sin más.

Cada vez que se encontraban con ella, los Marrocco invitaban a Ida a dejarse ver con el crío por la via di Mastro Giorgio. Pero Ida, tras un par de visitas, no volvió a dar señales de vida, por desidia o timidez.

En realidad, aparte sus alumnos y Useppe, Ida no se trataba con nadie. A veces pensaba ir a ver a Remo para pedirle otras posibles nuevas de Ninnuzzu; pero la idea de regresar al barrio de San Lorenzo le inspiraba una repugnancia tan fuerte que desistía.

Por lo demás, aún no habían pasado ni dos meses desde la última aparición de Nino. A ausencias mucho más largas y silencios totales nos tenía acostumbrados él, durante todos estos años. Que Useppe, esta vez sufriera más de lo normal esperando a su hermano, era otra señal manifiesta, a los ojos de Ida, de su anormal estado de salud; exactamente igual que sus «rabietas», soledades y cóleras impulsivas, en las que nuestro verdadero Useppe era casi irreconocible.

Y por otra parte, a Ida ni se le pasaba por la cabeza buscar a Ninnarieddu con el fin de invitarlo a menudear sus visitas en favor de su hermanito. Esperarse de Ninnuzzu Mancuso semejante detalle habría sido como pretender que el viento soplase un poco más acá, o un poco más allá, por complacer a una banderita. E Ida, aunque incauta, con su escasa experiencia llegaba a entender eso.

En la mañana del 16 de noviembre, Useppe tuvo el primero y grave ataque de la enfermedad que lo minaba. Tras su pequeño diálogo tranquilizador con su madre (era cerca de la una y media), el niño cogió el sueño y durmió tranquilo el resto de la noche. Dormía aún cuando, por la mañana temprano, Ida se levantó y pasó a la cocina a preparar el café. Fue allí, mientras encendía el hornillo, donde inesperadamente lo vio aparecer, con su pijamita de franela, descalzo y con expresión atónita; le echó apenas una ojeada interrogativa (o eso le pareció) pero de inmediato retrocedió corriendo. Y ella

estaba a punto de llamarlo cuando le llegó del dormitorio un grito de horror y desolación inauditos, que no se asemejaba a ninguna voz humana; la dejó paralizada unos instantes, preguntándose de dónde saldría aquella voz.

En los manuales de medicina, estos ataques típicos, conocidos con la denominación de Gran Mal, se describen aproximadamente así:

Violentas crisis convulsivas con pérdida total de conocimiento. Al inicio de la primera fase (tónico-clónica) el paro respiratorio provoca un grito, mientras el cuerpo cae hacia atrás sin hacer gesto alguno para protegerse, y la piel asume un tono cianótico. Se produce un fuerte aumento de la tensión arterial y una aceleración del ritmo cardíaco hasta límites paroxísticos. La lengua puede resultar herida a consecuencia de las contracciones maxilares.

A la fase convulsiva, caracterizada por sacudidas espasmódicas, sucede el coma, que puede durar de uno a tres minutos, con extinción de la actividad cortical y total inercia motril. Durante esta fase sobreviene en general emisión de orina, causada por el relajamiento de los esfínteres. En el curso del ataque, la reanudación de la actividad respiratoria, laboriosa y estertorosa, va acompañada de intensa salivación.

Síndrome conocido desde la más remota antigüedad. Sus causas y su fisiopatología siguen siendo desconocidas.

Cuando Ida entró corriendo en la habitación, Useppe yacía supino en el suelo, con los ojos cerrados y los brazos abiertos, como una golondrina fulminada en el aire. Pero la fase inicial de su crisis, de unos cuantos segundos de duración, ya había terminado, y cuando Ida se arrodilló a su lado, el feo color de la muerte se iba borrando ya de su cara, al reanudarse la respiración. Agradecida de que aquel extranjero aullador, oído poco antes, no se lo hubiera robado de casa haciéndolo desaparecer, lo llamó bajito. Y Useppe, como calmado por el susurro de su nombre, dio un gran suspiro y relajó todo el cuerpo. También los rasgos de la carita ilesa descansaron, esbozando, con los ojos aún cerrados, una sonrisita encantada de curación; y entonces,

despacito, como un milagro, los dos ojos se abrieron más bonitos que ayer, como lavados en un baño celeste.

—¡Useppe!

—... ¡Ay, ma!

Tras haberlo tendido en la cama, Ida le secaba en las comisuras de los labios una espumilla sanguinolenta; y él, dejándose, se tocó aturdido el pelo mojado:

—¿Qué he tenido, eh, ma?

Esta pregunta, sin embargo, le salió confundida con un bostezo, y los párpados se le bajaron casi de golpe. Su primero y gran deseo era el sueño.

Durmió casi todo el día, aunque hacia el mediodía despertó durante un breve intervalo. No recordaba ni sabía nada de su crisis (estas crisis — explicarán a Ida los médicos— «nunca son vividas por el sujeto»), aunque debía de advertir de algún modo que había sufrido un insulto del que se avergonzaba. Se había ovillado de través en el somier. Y lo primero de todo, escondiendo la cara en la almohada, recomendó:

—Cuando Nino vuelva, ma, no le digas nada...

Ida lo tranquilizó, meneando la cabeza, con la promesa de guardar el secreto, aun totalmente ignorante de que la recomendación de Useppe ya resultaba inútil. Ahora ya no quedaba tiempo para hablar con el hermano. Al cabo de unas pocas horas, en efecto (apenas un día más y una noche escasa) debía sobrevenir una cosa increíble, tal que todavía aún, desde esta distancia que empareja a vivos y muertos, sigo dudando de ella como de una impostura. Pero en cambio ocurrió. Como tantos otros compañeros suyos de la «generación de la violencia», también Ninnuzzu Mancuso-Asdecoraciones fue desalojado de la vida. En mayo del año siguiente iba a cumplir veintiún años.

Aunque desde su nacimiento fuera proclive a los presagios, Ida en esta ocasión no había tenido ninguno. Tanto es así que cuando, por la mañana, a una hora temprano, se presentó en su casa un agente a decirle:

—¿Es usted pariente de Antonino Mancuso? —la primera pregunta que le vino fue:

— ¿Por qué? ¿Ha hecho algo malo? —Advirtió enseguida la turbación del agente—. Soy su madre... — declaró en un balbuceo.

Pero ya las consideradas informaciones de él le llegaban entre un fragor anormal y vacuo. Se trataba de un accidente de carretera (más aún, dijo un siniestro) en la Appia. Un camión había derrapado.

—Su hijo ha resultado herido... gravemente. Lo habían llevado al San Juan, a urgencias.

Desde la via Bodoni al hospital de San Juan había que cruzar media ciudad. Iduzza tuvo que llegar a la parada, subir al tranvía, comprar el billete, bajar en la otra parada, informarse; y alguien debió de guiarla hasta allí delante. Pero de todo este recorrido su conciencia no registró nada, señalándole solo el punto de llegada, como un fotograma roto. Es un local encalado; eso Ida lo sabe, porque incluso ha advertido curiosamente, nada más entrar, el sabor polvoriento de la cal, como si la tuviese en la boca. Si es una habitación aislada, o un lugar de paso, si con ventanas o sin ellas, eso le resulta incierto; como también le resulta confusa la presencia de acompañantes del hospital. Delante de ella hay dos camillas con las formas de dos cuerpos, tapados totalmente con sábanas. Una mano ha levantado la primera sábana. No es él; una cabeza ensangrentada de un joven de pelo rubiasco reducido a media cara, la otra mitad está desfigurada. Han levantado la segunda sábana, y este es Nino, visible hasta el cuello. No se descubre ninguna herida, solo un hilo de sangre bajo la nariz. Y acaso por efecto de la luz tampoco parece muy pálido. Las mejillas intactas y los rizos están

manchados de barro aquí y allá. El labio superior sobresale; entreabiertos, los párpados de largas pestañas rizadas no semejan bajados naturalmente, sino casi aplastados sobre los ojos por una especie de amargo atropello. La última expresión grabada en su cara es una ingenuidad animal incierta, que semeja preguntarse llena de estupor: «¿Qué me ocurre? Siento algo que nunca había experimentado antes. Algo raro, que no entiendo».

En el momento de reconocerlo, la sensación inmediata de Ida fue un feroz desgarramiento de la vagina, como si de nuevo se lo arrancaran de allí. A diferencia del de Useppe, el parto de Nino había sido terrible para ella, después de unos dolores largos y difíciles, y casi la había desangrado. El niño pesaba al nacer unos cuatro kilos, era demasiado grande para una madre bajita y primípara y habían tenido que arrancárselo a la fuerza del cuerpo. Pero entonces la pequeña parturienta había emitido alaridos tan salvajes que parecía una fiera grande y poderosa, según le decía luego, tomándole el pelo, su marido Alfio; mientras que hoy, en cambio, de la garganta de Ida no pudo salir ningún sonido, como si estuviera llena de cemento.

Esta es, después de la escena del depósito de cadáveres, la segunda sensación semiconsciente que le restará de esa mañana: no podía gritar, se había quedado muda, y transitaba por ciertas calles irreconocibles, donde la luz era un cénit cegador, que daba a todos los objetos un relieve obscuro. Las fotos expuestas en los quioscos reían obscenamente, la muchedumbre se retorció, y las numerosas estatuas de lo alto de la basílica se abalanzaban hacia abajo con actitudes monstruosas. Esas estatuas eran las mismas que había visto en los días en que nació Useppe, desde la ventana de la comadrona Ezequiel; pero hoy la basílica se había torcido, y lo mismo todas las demás casas y construcciones de alrededor, como en espejos convexos. Las calles se deformaban y ensanchaban por todas partes, hasta una dimensión desmesurada y antinatural. Y de ese modo también su casa se

alejaba; pero debía correr allí con urgencia, porque había dejado solo a Useppe, que aún no se había despertado.

¿Dónde se encontraba, ella, ahora? Porta Metronia, debía de ser el nombre de este lugar. Ida, Ida, ¿adónde vas?, te has equivocado de dirección. El caso es que estos pueblos están hechos de cal, todas cosas de cal que se puede partir y desmigrar de un momento a otro. Ella misma es un pedazo de cal, y corre el riesgo de caer en pedazos y ser barrida antes de llegar a casa. Nadie para acompañarla y sostenerla, nadie a quien pedir ayuda. De todos modos, quién sabe cómo, lo consiguió. Ha llegado a la via Bodoni, ha subido hasta la puerta, está dentro de casa. Allí, finalmente, al menos un rato, puede derrumbarse, dejarse caer en polvo.

Useppe se había levantado solo, y también vestido.

Ida quizá oyó su voz, preguntándole:

—¿Qué haces, ma? ¿Duermes? — Y su propia voz contestando:

—Sí, tengo un poco de sueño. Dentro de poco me levanto —en el mismo momento en que el cuerpo se le rompía en polvo y cascotes, como un muro.

De su infancia, acaso oídas de boca de su madre, retornaban las palabras «Muro de las Lamentaciones». No sabía en realidad qué era exactamente ese famoso «Muro de las Lamentaciones», pero las paredes le devolvían ese nombre, aun cuando no pudiera lamentarse ni gritar. No solo su cuerpo, sino las paredes mismas crujían y silbaban reduciéndose a polvo. No había, sin embargo, perdido los sentidos, ya que, entre la enorme caída de polvo, oía un continuo «tic, tic, tic». Eran las botitas de Useppe, que en todo ese tiempo no hizo sino caminar sin tregua, de arriba a abajo por las habitaciones de la casa. «Tic, tic, tic.» Caminaba de un lado a otro kilómetros con sus botitas.

Más tarde, cuando salieron los periódicos, empezaron los timbrazos a la puerta. Además de la portera y su nieta, vinieron Filomena y Annita Marrocco, la maestra del jardín de infancia, la vieja colega maestra de

Giovannino, Consolata, la hermana de Clemente. A todas se les presentó Ida en la puerta, con una cara rígida y blanca como una reproducción en yeso, para bisbisear:

—No hay que hablar delante del niño. Él no debe saber nada.

De forma que las visitantes, enmudecidas, se quedaban de pie en la cocina, alrededor de Ida, encogida en una silla junto a los fuegos. De vez en cuando asomaba Useppe, con su trenca puesta porque la casa estaba fría, como un enanito doméstico. Echaba un vistazo y después se retiraba. Las Marrocco propusieron llevárselo para distraerlo un poco, pero Ida no quiso. En realidad, después de la crisis de dos días antes temía secretamente que pudiera darle otra en presencia de extraños, y que la gente, por consiguiente, empezara a tratarlo como enfermo e inválido.

Al atardecer llegó un telegrama de pésame de la directora de la escuela. No había parientes a quienes avisar. Desde la muerte de sus abuelos en Calabria Ida no tenía relaciones con los tíos y primos que allí quedaban. En la práctica, no tenía a nadie en el mundo ni parientes ni amigos.

Annita y Consolata la ayudaron en las formalidades necesarias, asistidas por Remo, el tabernero, quien prestó el dinero para el entierro y envió también una corona de claveles rojos con la leyenda «Tus camaradas». A Ida le faltaron las fuerzas para cualquier gestión. La convocaron a la comisaría para unas averiguaciones, pero el comisario, al verla, se apiadó, y la dejó marchar sin insistir. Por lo demás, estaba claro que ella, de su propio hijo, sabía mucho menos que el comisario.

No quería conocer demasiados detalles del accidente. A quien se lo mencionaba, balbucía:

—No, todavía no. No me digan nada, por ahora.

Resultó que en el camión viajaban tres. Uno, el conductor, había muerto ya cuando llegaron en su auxilio. Nino expiró en el umbral del hospital. El

tercero, herido en el abdomen, con las piernas partidas, yacía en una sala de San Juan, vigilado por la policía.

Había en efecto, en el episodio, algún elemento turbio, por cuanto Ida pudo comprender durante la conversación atónita en la comisaría. Al parecer el camión era sospechoso, a causa de una matrícula robada, y de que, bajo una carga de leña, transportaba en realidad mercancías fraudulentas, y encima armas no autorizadas, del tipo de las usadas por el ejército germánico. Todavía se daban casos residuales, en efecto (debió explicarle el comisario a Ida) de ex partisanos que tramaban no se sabe qué acciones subversivas o pseudocorrevolucionarias, que por ahora se reducían a infracciones penales en materia de contrabando o a bravatas de bandolerismo de tres al cuarto... Todo eso se estaba investigando por entonces. Al único superviviente de los tres, antes de perder el conocimiento, le había dado tiempo a garabatear en un pedazo de papel el nombre y la dirección de los otros dos. Ya medio delirante, pidió con insistencia noticias de un perro que, aparentemente, los acompañaba en el camión; pero se ignoraba la suerte de ese famoso perro.

El accidente se había producido poco antes del alba. Al parecer la policía de carreteras les había dado el alto, pero el conductor, en vez de detenerse, pisó el acelerador, desviándose por una carretera lateral, no se sabe con qué intención concreta. Entonces iniciaron la persecución, a la que los ocupantes del camión (así lo atestiguaban los agentes) reaccionaron disparando algunos tiros desde dentro de la cabina. Los agentes, por su parte, respondieron a los disparos, aunque solo con fines intimidatorios y apuntando a los neumáticos (en el lugar se encontraron luego unos casquillos, cuya exacta procedencia aún estaba por ver). Y en el curso del brevísimo tiroteo, quizá a causa de una maniobra errónea del conductor, o quizá porque la carretera estaba resbaladiza (había llovido durante la noche), el camión derrapó en la primera curva, precipitándose por un terraplén lateral. Aún estaba oscuro.

Al cabo de tres días también el último superviviente de los tres, mecánico de profesión, murió tras un largo delirio ininterrumpido. En su estado no habían podido sacarle ninguna información sobre su actividad y la de sus compañeros y sobre los posibles cómplices, y tampoco las pesquisas posteriores (que confirmaron la versión de los hechos dada por los agentes) llegaron a nada sobre este punto. Interrogaron entre otros también a Remo Propietti, titular de una taberna del Tiburtino y afiliado al Partido Comunista desde la época de la clandestinidad: y a Davide Segre, estudiante, israelita, pertenecientes ambos a la misma formación partisana de la que era integrante Mancuso. Mas uno y otro resultaron totalmente ajenos a los hechos. Al final, el caso se archivó.

La madre no asistió al entierro, e incluso después nunca encontró fuerzas para llegarse hasta el Verano, donde sepultaron a Ninnarieddu, a poca distancia del viejo domicilio de San Lorenzo, donde había crecido. Le flaqueaban las piernas con la mera idea de buscarlo detrás de aquella fea tapia que tantas veces él desde pequeño había bordeado retozando, como una frontera estrambótica que no le concernía. Ahora, la corona de claveles rojos de los «camaradas» se había secado sobre aquella pequeña fosa no visitada por la madre. Y unos ramilletes de baratas flores frescas, que de vez en cuando volvían a adornarla, no era ella quien se los llevaba.

Ni siquiera lloró. Delante de Useppe, en efecto, debía forzarse por ocultar el llanto, y entre extraños la retenía una sospecha. Esto es, tenía la impresión de que, con solo emitir un lamento, detrás de él, como cuando se rompe un dique, prorrumpiría en gritos incontenibles, y que gritando enloquecería. Entonces la internarían, y el pobre bastardo de Useppe se quedaría sin nadie.

Gritaba solamente en sueños. Cuando conseguía amodorrarse, escuchaba alaridos terribles, que eran los suyos. Pero estos gritos resonaban solo dentro de su cerebro. En la casa, todo era silencio.

Sus sueños eran más bien sopores, frágiles, y a menudo interrumpidos. Y de noche, al despertarse, se encontraba a Useppe con los ojos abiertos, con aire de interrogarla. Sin embargo, nunca le hizo ninguna pregunta, ni volvió a pedir noticias de Nino.

Durante los últimos años Ida se había engañado con la mágica fe de que su hijo Ninnuzzu era invulnerable. Y ahora le era difícil convencerse de repente de que la tierra vivía sin Ninnuzzu. La muerte de él, que para él mismo fue tan rápida, fue en cambio larga para Ida, quien empezó a sentirla crecer desde la hora de la sepultura, a la cual no había asistido. Desde ese punto, fue como si se le hubiera dividido en muchos sosias de sí mismo, cada uno de los cuales la atormentaba de distinto modo.

El primero seguía siendo el Ninnarieddu alegre y descarado que había visto en la via Bodoni por última vez mientras escapaba con Bella del patio. Este, para Ida, correteaba aún por la tierra. Más aún, ella se decía que, anda que andarás a lo largo de toda la curva terrestre y a través de todas las fronteras, quizá acabaría por encontrarlo. Por eso, a ciertas horas, como un peregrino que se lanza a la perdición, salía en su busca. Cada vez que salía, encontraba siempre la terrible luz meridiana extraña y fija, las dimensiones irreales y las formas trastornadas e indecentes que constituían para ella la ciudad, desde la mañana de la «identificación» en San Juan. Ya hacía varios meses que, con motivo de su vista debilitada, había tenido que hacerse gafas, y ahora, al salir, se ponía encima de los lentes un segundo par de gafas negras para protegerse, al menos en parte, del cegador espectáculo. Y así, en otra luz falsa de eclipse, perseguía sin esperanza a su fugitivo. A veces le parecía reconocerlo en un muchachito petulante que saludaba riendo desde una puerta, o en otro a caballo de una motocicleta con un pie en tierra, o en uno que doblaba rápido una esquina, de pelo rizado, con una cazadora... Y se entregaba afanosamente a la persecución, sabiendo ya de antemano que perseguía un espejismo.

Procedía de este modo hasta extasiarse de cansancio, y perder el sentido de los hechos, los nombres, y hasta su propia identidad. Ya no recordaba que era Ida, y ni siquiera su dirección; y durante un rato se desplazaba titubeante de

un muro a otro, en medio del tránsito del gentío y de los vehículos, sin ninguna información, como si hubiese caído en un mundo de máscaras. La primera señal de reminiscencia se la daban dos ojillos azules, que se le encendían en el fondo de su morbosa bruma como un par de lamparillas, reclamándola prontamente a casa, donde había dejado solo a Useppe.

Aun cuando la estación otoñal fuese benigna, esos días Useppe vivía como un recluso, porque Ida aún no tenía valor para acompañarlo a los jardines, o hacia el campo. Más aún que la ciudad, le inspiraba asco la naturaleza, porque en los árboles y las plantas veía un crecimiento anormal de monstruos tropicales que se nutrían con el cuerpo de Nino. No era ya, allí, el mismo Ninnuzzu que todavía escapaba mundo adelante, haciéndose seguir por ella sin el menor rastro; sino el Nino recién enterrado, que estaba encarcelado bajo tierra, agobiado y a oscuras. Este otro Nino se le presentaba como si hubiera vuelto a ser un crío pequeño, que lloraba y se pegaba a ella pidiéndole alimento y proximidad; y entre los varios sosias de Ninnuzzu era el único que le pertenecía como carne propia, aunque al mismo tiempo intocable, perdido en una imposibilidad vertiginosa. Su mísero cubil de San Lorenzo se había reducido a un punto más remoto que los Polos y las Indias, inalcanzable por vías comunes. A veces, Ida disparataba con alcanzarlo a través de caminos y cauces subterráneos; a veces se arrojaba a cuatro patas al suelo, escuchando al infinito por si sentía latir su corazón.

Pero había otro Nino peor que todos los demás, ya que de este Ida tenía miedo. Se le representaba igual que el día que lo había visto en la camilla, para la identificación, en San Juan: con los rizos y la cara manchados de barro, y un hilo de sangre saliendo de la nariz, como si regresase de haberse liado a puñetazos después de una noche normal pasada fuera. Sus párpados parecían bajados como si ni siquiera reparase en ella; pero en cambio, entre

las largas pestañas, las pupilas la miraban con odio. Y con la boca semicerrada en una mueca de odio, le decía:

—Apártate de mí. La culpa es tuya. ¿Por qué tuviste que traerme al mundo?

Ida sabía que este Nino, como los demás, existía solo en su mente alterada. Y sin embargo temía su persecución hasta tal punto que, en especial de noche, temblaba por si tomaba cuerpo y lo encontraba apostado detrás de una puerta, o en cualquier rincón de la casa, echándole en cara: «¿Por qué me pariste? La culpable eres tú». Entonces le infundía espanto, como a una asesina, cruzar el pasillo oscuro; o hasta yacer en cama con la luz apagada. Había cubierto la lámpara de la cabecera con un trapo para no perturbar el sueño de Useppe, y la tenía girada para proyectarse la luz en pleno rostro, atravesando así toda la noche. Era una especie de interrogatorio de tercer grado, en verdad, que se imponía inconscientemente para hacerse perdonar por Nino, y en el que, además, como una delatora de sí misma, no hacía sino denunciarse, en vez de intentar una disculpa. Era ella quien había matado a Ninnuzzu; y ahora exhumaba una a una las innumerables pruebas de su crimen: desde el primer aliento y la leche que le había dado, hasta la última infamia: no haberle impedido, como fuera (a lo mejor con intervención de la fuerza pública), ir a la muerte... De repente, Ida se convertía de acusada en acusadora, y se desquitaba con Ninnarieddu, llamándole criminal y sinvergüenza, como en la época en que vivían juntos. Eso la consolaba unos instantes, como si de veras él estuviera allí oyéndola; aunque enseguida retornaba, con un escalofrío, la conciencia de que él ya no vivía en ningún lugar.

Durante el día, cansada por las vigiliass nocturnas, de vez en cuando se trasponía. Y aún traspuesta advertía los incesantes y pequeños pasos de Useppe con sus botitas de invierno:

tic tic tic tic tic

«La culpa es tuya, ma. La culpa es tuya. La culpa es tuya.»

Pero los conflictos cotidianos de Ida con los diversos socios de Ninnuzzu cesaron tras las primeras semanas; hasta que, poco a poco, los distintos socios se le fundieron en una única y pobre criatura sola. Este Ninnuzzu postrero ya no estaba vivo, pero aún no estaba muerto; y corría agitado por la tierra, sin un punto donde reposar. Quería chupar el aire, el oxígeno de las plantas, pero no tenía pulmones para respirar. Quería correr tras las chicas, llamar a los amigos, a los perros, a los gatos, pero no lograba hacerse ver ni oír por nadie. Quería ponerse aquella bonita camisa americana de moda expuesta en el escaparate, apoderarse de aquel coche y echar una carrera, morder aquel bocadillo, pero no tenía cuerpo, ni manos ni pies. No estaba ya vivo, pero perduraba reducido a la miseria carcelaria más atroz: las ganas de vivir. En esta forma imposible Ida lo sentía girar por el aire de continuo, y tratar desesperado de abrazarse a cualquier objeto, aunque fuese el bidón de la basura, con tal de apegarse a la tierra de los vivos. Entonces Ida ansiaba volver a verlo, aunque fuese un instante, solo el tiempo de decirle: «¡Ninnuzzu!» y oírlo contestar: «Eh, ma», aunque solo fuera efecto de una alucinación. Comenzaba a removerse de arriba abajo por la cocina, llamando (en voz baja para que Useppe no la oyera desde el dormitorio): «¿Dónde estás, Ninnarieddu?», y chocando contra las paredes. Sentía con irremediable certeza física que él estaba, no solo aquí sino vagando por doquier, retorciéndose siempre, clavado a su deseo de vivir peor que a una cruz, y envidiando hasta al menor insecto, o la existencia de un hilo que consigue enhebrarse en una aguja. Ya sin ganas de acusarla: «¡Es culpa tuya!», este Nino se reducía a una única frase: «Ayúdame, ma».

Iduzza nunca había creído en la existencia de un dios, más aún, nunca

pensaba en Dios, ni mucho menos rezaba. Y esta fue la primera y creo que única plegaria salida de sus labios en toda su vida, a última hora de una de esas tardes, en la cocina de la via Bodoni:

—¡Dios! Si no otra cosa, dale ahora el descanso. Haz, al menos, que muera del todo.

El tiempo seguía indeciso, y siempre variable, más parecía marzo que noviembre. E Ida, todas las mañanas, temía la reaparición del sol, que exhibía en el aire el horrendo descaro de los objetos y los seres, sin cuidarse de la ausencia imposible de Ninnarieddu. Se sentía un poco aliviada, como por una medicina, si al levantarse de las noches veía sobre la ciudad un cielo de plomo, cubierto hasta el horizonte, sin una franja de claridad.

Fue una de esas mañanas lluviosas de verdadero otoño (habían pasado cuatro o cinco días desde el entierro, e Ida aún no había reanudado su trabajo en la escuela) cuando a eso de las once se oyó a alguien arañar la puerta. Useppe dio un salto, atento a la pequeña señal aún incierta, como si inconscientemente se la esperase, y corrió hacia el vestíbulo sin decir palabra, con la boca trepidante y pálida. A sus pasitos respondió, desde detrás de la puerta, un gañido. La hoja apenas había empezado a girar sobre sus goznes cuando un empujón, desde el exterior, la abrió. E inmediatamente Useppe se encontró embestido de lleno por un abrazo de patas caninas, que ejecutaban a su alrededor un baile enloquecido mientras una lengua rasposa le lavaba toda la cara.

Aunque Bella se hubiese transformado, en hipótesis, en un oso baribal, o en un animal prehistórico o quimérico, él la habría reconocido igual. Pero, salvo él, ningún otro hubiera podido hoy reconocer en aquel asqueroso perrazo sin amo a la lujosa pastora de antes. Su aspecto de dama bien alimentada y bien lavada se había reducido en unos cuantos días a la ínfima

capa social de los pordioseros. Delgada, con los huesos salientes, su hermoso pelaje convertido en una pura costra de barro y suciedad (con lo cual su pomposo rabo parecía un cordelito negruzco), daba casi miedo, peor que una bruja. Y solo en sus ojos, aunque velados por el duelo, la fatiga y el hambre, se reconocía inmediatamente su alma limpia y blanquísima. Se veía que, extenuada, recobraba en ese momento todas sus energías de jovencita para saludar el reencuentro con Useppe; y nunca nos será dado saber cuáles y cuántos reveses pasó antes de tornar con su única y postrera familia. ¿Asistió, acaso, al desastre del camión? ¿Huyendo, gracias a su intuición, de las manos infieles de guardias y camilleros, siguió a la ambulancia galopando invisible hasta San Juan, y después vagó en torno a aquellos muros, intocable como un paria, para acompañar el féretro de su Ninnuzzu? Quizá desde entonces, ¿permaneció sentada velando su tumba, casi en forma de estatua? ¿O quizá a la par de Ida, anduvo en su busca por las calles de Roma o las de Nápoles o quién sabe dónde, siguiendo los olores dejados por él a su paso, y aún vivos y frescos sobre la tierra? Nadie podrá decirlo nunca. La historia de aquel vagabundeo fue siempre un secreto suyo, sobre el cual Useppe nunca le hizo preguntas, ni siquiera después. De momento, allí en el vestíbulo, con una vocecita que rezumaba pánico, él no hacía sino repetirle: «Bella... Bella...», y nada más, mientras ella le iba soltando unas palabras de amor que para unos oídos zafios soñarían apenas: «Ggrui, grruii, hump, hump, hump», pero cuya traducción (superflua para Useppe) sería: «Ahora en el mundo solo me quedas tú. Y nadie nos separará nunca».

Así, desde entonces fueron tres en la casa de la via Bodoni, y desde ese mismo día Useppe tuvo dos madres. Bella, en efecto — a diferencia de Blitz —, desde el primer día le había cogido a Useppe un amor distinto al de Nino. Con el gran Nino se comportaba como una compañera esclava; y con el pequeño Useppe, en cambio, como una protectora y una vigilante. La llegada

de su nueva madre Bella fue una suerte para Useppe, pues actualmente su madre Iduzza no solo era vieja (tanto que ciertos extraños, al verla con él, la suponían su abuela), sino también de comportamiento raro y medio senil.

Tras un breve período de ausencia había reanudado sus clases cotidianas. Y sus alumnos, informados de que la pobre señora, mientras tanto, perdiera un hijo, le demostraron al principio, a su manera, cierta considerada compasión. Algunos iban a dejarle en la mesa, como obsequio, ramilletes de flores (que ella evitaba incluso tocar, y miraba con ojazos espantados, cual si viera sanguijuelas). Y, si no todos, al menos la mayoría se esforzaron por adoptar en clase un comportamiento amable y pacífico. Pero no se puede pedir lo imposible a unos cuarenta míseros reclutas de primer curso, que, entre otras cosas, conocían a su profesora hacía menos de dos meses. El invierno del 46 marcó una decadencia irrefrenable de la calidad profesional de Ida.

Hasta entonces, pese a las variadas peripecias de los tiempos, siempre había sido una buena maestra. ¡Es obvio que su docencia nunca fue modelo de vanguardia! Al contrario, no sabía hacer nada mejor que transmitir a sus alumnos de primaria las nociones comunes que a ella, alumna de primaria, le habían transmitido sus maestras, que a su vez las habían recibido de sus maestras, etcétera. Llegado el caso, según las órdenes de las autoridades, introducía en temas y dictados los reyes, duces, patrias, glorias y batallas que la Historia imponía; pero lo hacía con toda pureza mental y sin la menor sospecha, porque la Historia, no menos que Dios, nunca había sido tema de sus pensamientos. Se dice que era una buena maestra solo por decir que la infancia era su única vocación predestinada (ella misma, en efecto, como ya se ha referido y repetido, nunca logró crecer del todo). También su respeto a la autoridad correspondía al que se encuentra en los niños, y no al concebido, en corporación, por las autoridades superiores. De eso brotaba

misteriosamente en el mínimo territorio de su clase, y solo allí, cierta autoridad natural incluso; acaso porque los niños percibían también que la estaban protegiendo de los enormes temores externos que ellos mismos compartían con ella. Y la respetaban como los niños respetan a quienes confían en su protección, aunque sea un asnillo. Semejante relación espontánea, no intencionada ni racional, se había mantenido casi intacta durante algo menos de un cuarto de siglo en la existencia de Iduzza: sobreviviendo a la pérdida de su marido, Alfio, y de su padre y su madre, y a racismos, desastres de guerra, hambres y matanzas. Era una especie de pequeño cáliz milagroso que se abría todas las mañanas en lo alto de su tallo corporal, aun cuando este vacilase, maltratado por vientos australes o árticos. Mas en aquel invierno de 1946, su floración, que parecía perpetua, se agostó.

El deterioro comenzó, en realidad, al principio del otoño, con el destierro de Useppe de la escuela. Aunque el propio Useppe hubiera sido quien se desterró (con ese instinto que mete a los animales heridos en sus escondrijos), Ida se había sentido ofendida carnalmente por aquel golpe, quizá sin darse cuenta, de todo el mundo de los otros; como si estos hubieran arrojado a Useppe a la última zona de los parias. Y en esa zona eligió permanecer definitivamente ella con él, su verdadero sitio estaba allí. Quizá de esta elección ni siquiera se dio cuenta; pero ahora la última infancia de la tierra significaba para ella Useppe. Y entonces los únicos en quienes había encontrado confianza (los niños), empezaron a darle también miedo, como todo el mundo adulto. La Iduzza Mancuso que fue restituida a sus alumnos analfabetos después del período de luto ya no parecía una maestra. Semejaba un pobre forzado novato que arriba a la fábrica de forzados ya ancianos, cegado por su larga marcha a través de Siberia.

Tras las primeras noches en vela, ahora, por la tarde, le entraba una somnolencia que casi la hacía dormirse de pie. Y era tal su frenesí por

encontrar a Ninnuzzu, que esperaba al menos hallarlo en sueños. Pero en sus sueños, en cambio, Ninnuzzu nunca se dejaba ver; más aún, la mayoría de las veces excluían toda forma viviente. Se abre ante ella, por ejemplo, una inmensa llanura de arena, quizá un antiguo reino enterrado de Egipto o de las Indias, con lajas de piedras perpendiculares plantadas hasta el infinito, sin señales de horizonte, con indescifrables inscripciones exóticas. Parece como si esas inscripciones explicaran algo importante (o fundamental, para quien sepa leer). Pero la única persona presente es ella, que no sabe leer.

Después se le presenta otro infinito, un océano sucio, apenas movido, donde flotan en innumerable cantidad cosas informes, que podrían haber sido prendas, sacos, bibelots y otros objetos de uso, ahora blandos, incoloros e irreconocibles. No se ve ni rastro de formas orgánicas, ni siquiera muertas; pero, extrañamente, estas materias inanimadas desde siempre expresan la muerte más que si hubiera en su lugar unos despojos corporales. Tampoco aquí se muestra ninguna señal de horizonte. Y sobre el agua, en lugar del cielo, se extiende una especie de espejo cóncavo sin luz, que devuelve la visión del mismo océano, caótica e indistinta, como una memoria a punto de borrarse.

En otro, la durmiente solitaria va errando por el interior de un recinto, entre unos escombros de chatarra herrumbrosa que se agigantan como dinosaurios en torno a ella, tan pequeña. Ella se estira ansiosamente con la esperanza de cualquier voz humana, aunque sea un lamento de agonizante. Mas el único sonido en el espacio es el silbido de una sirena, que por lo demás es también un eco, llegado desde quién sabe qué infinito milenio...

Al salir de estos sueños con el timbre del despertador, Iduzza se encontraba tan perdida y turbada que no era capaz siquiera de vestirse. Una mañana en clase, tras quitarse el abrigo, oyó muchas risitas correr a sus espaldas por los pupitres mientras escribía algo en la pizarra. Por detrás, un borde de la falda

estaba enganchado en la cintura, dejando ver una pequeña tira desnuda de muslo, sobre la liga toda retorcida y gastada. Al darse cuenta, se empurpuró de vergüenza, peor que un alma que expusiera sus pecados en el Juicio Universal.

Frecuentemente, esa temporada llegaba a producir efectos cómicos en sus alumnos. Una mañana, poco después de haberse instalado en su mesa, se quedó traspuesta (quizá a causa de los somníferos que tomaba por la noche) y, despabilándose con el alboroto, se figuró, quién sabe por qué, que se hallaba en el tranvía, por lo cual dijo, dirigiéndose a un pupitre:

«¡Deprisa, deprisa!, que bajamos en la próxima parada.»

De vez en cuando tropezaba en la tarima; o bien, creyendo ir a la pizarra, se dirigía al lado de la puerta; o confundía las palabras (por ejemplo, en vez de decir a un alumno: «Coge tu cuaderno», le dijo: «Coge tu café»). Su voz, al impartir las nociones de siempre a su pequeño auditorio, sonaba como un organillo bastante desafinado; y a veces se interrumpía de golpe, mientras su cara adoptaba una expresión aturullada y obtusa, sin acordarse del tema que trataba un instante antes. Todavía se esforzaba, según su costumbre, por guiar sobre el papel los dedos de los niños más retrasados; pero las manos le temblaban tanto que las letras salían torcidas hasta extremos ridículos. Ciertos días sus clases, para los niños, resultaban como un espectáculo de polichinelas.

La relativa disciplina, mantenida en el pasado familiarmente y sin esfuerzos, se relajaba día tras día y se desbarataba. Hasta un recién llegado podría reconocer rápidamente entre todas las demás la puerta de su aula, por el incesante vocerío, el desorden y los correteos que se oían. Ciertas veces, allí dentro, se desataba un bullicio tan ensordecedor que el bedel se asomaba al umbral, preocupado. Y un par de veces incluso se presentó la directora, que sin embargo se retiró discretamente, sin decir nada. Por desgracia, en sus

caras Iduzza creía leer despiadadas amenazas: informes de «escaso rendimiento» al ministerio, y a lo mejor pérdida del empleo... Mas en realidad tenían con ella una especial indulgencia, aunque fuera temporal, por consideración a sus pasados méritos y a sus pruebas recientes: damnificada de guerra, desaparición del hijo, heroico partisano, y ahora su soledad con el otro hijo sin un apellido... (En la escuela, quién sabe por qué, corría la voz de que, después de quedarse viuda, había fornicado casualmente con un pariente próximo, y así se explicaba la índole neuropática del niño.)

Los padres de los alumnos, advertidos por algún conducto del mal comportamiento de estos, se compadecían de Ida y hasta le sugerían pegarles. Pero ella no le había pegado en su vida a nadie, ni siquiera en la época de diablillo del primogénito, y ni siquiera en la época de Blitz, que, habiéndose criado salvaje y sin ninguna educación en la calle, ¡iba meándose por toda la casa, sobre todo al principio! La mera idea de castigar, o de asustar, la asustaba en primer lugar a ella. Y por lo tanto en el alboroto pueril de su clase se debatía estupefacta y sin defensa, como en un linchamiento. Cuanto sabía hacer era recomendar: «Chist..., chist... Silencio, silencio...» con las manos unidas como en oración, trotando y tambaleándose entre los pupitres revueltos. Los pobres cuarenta criajos ya no le parecían niños, sino una especie de malignos enanos, y no distinguía sus caras, confundiéndolas en una única masa hostil de rasgos adultos y persecutorios. «Chist..., chist...» Su único consuelo, durante aquellas horas de purgatorio, era que tarde o temprano vendría a liberarla el sonido del timbre de salida. Y entonces, tan frenética como los peores burros de la escuela, se precipitaba a la via Bodoni con Useppe.

No obstante, se veía obligada como de ordinario, antes de volver a casa, a desviarse aquí y allá para la compra del día y otras ocupaciones. Y a menudo, por aquellos días, se equivocaba de camino, de forma que debía volver más

de una vez sobre sus pasos, lanzada al conocido periplo del barrio como una forastera en tierra hostil. Fue en una de esas ocasiones cuando una mañana, al otro lado de una calle atestada de raíles en reparación, vio avanzar hacia ella una criatura anciana, informe y risueña, que se acercaba a grandes pasos desacompañados, agitando los brazos y saludándola con gritos guturales, de júbilo y de angustia a un tiempo. Ida retrocedió como ante la visión de un fantasma, pues de inmediato reconoció (aunque cambiada) a Vilma, la «profetisa» de la Judería, a quien nunca había vuelto a ver y a quien creía hacía tiempo deportada y muerta en un *Lager*, con los otros judíos del barrio. Vilma, en cambio, había escapado a la captura (refugiándose en el convento de su famosa Monja) y sobre ella se cuenta un episodio del cual he oído diversas variantes y que se remonta a la fecha de la gran *razzia* alemana, el sábado 16 de octubre de 1943. Dicen que la víspera de ese día, el viernes 15 de octubre, al atardecer, Vilma corrió llorosa y jadeante al pequeño barrio judío, llamando a voces desde abajo a las familias que a esas horas estaban congregadas en casa para las oraciones del sábado. Cual andrajoso heraldo, corriendo llorosa por las callejas, exhortaba a todos a huir, llevándose consigo incluso a viejos y criaturas y salvando sus bienes más preciados, porque la hora de la matanza (ya preanunciada por ella tantas veces) había sonado, y al amanecer llegarían los alemanes con los camiones: y su Señora había visto incluso las listas de nombres... No pocos se asomaron a las ventanitas, al oír sus gritos, y algunos bajaron a los portales, pero nadie la creyó. No muchos días antes los alemanes (juzgados acaso feroces por ellos, pero «gente de palabra») habían firmado el pacto de la salvación con el pueblo judío de Roma, consiguiendo el rescate deseado: ¡cincuenta kilos de oro!, reunidos milagrosamente con ayuda de toda la ciudad. A Vilma la tacharon, como de costumbre, de pobre visionaria de mente perturbada, y los habitantes de la Judería subieron a casa a terminar sus plegarias, dejándola

sola. Esa noche llovía a cantaros y a Vilma, cuando volvió al convento sudorosa y empapada, le entró una fiebre exagerada, como esas que suelen darles a los animales más que a los hombres; de ella se había levantado, al sanar, en su presente estado de caos desmemoriado y feliz. Su lenguaje ya no era inteligible; pero no hacía daño a nadie, y trabajaba aún como una mula, de forma que seguía mereciéndose la doble protección: de la Señora y de la Monja. Y esta última incluso la había hecho bautizar un domingo en la iglesia de Santa Cecilia; aunque a continuación se llegó a averiguar que ya en su infancia, por intervención de una madrina, había sido bautizada. Conque Vilma, en su existencia, recibió el bautismo dos veces.

Por entonces, tenía el aspecto de una criatura sin sexo, y también sin edad, aunque por muchos indicios se le conociera la vejez. El pelo blanco se le había caído a manchones, dejándole aquí y allá en la cabeza zonas desnudas, de color rosado. Lo llevaba atado con una cintita azulena, anudada encima de la frente. Y aunque estaban ya en invierno, vestía solo un trajecito de verano (limpio y decente) de algodón, y no llevaba medias; no obstante parecía acalorada. Reía clamorosamente, con entusiasmo, como si esperase este encuentro con Ida desde mucho tiempo atrás; y le hacía grandes gestos febriles y descoordinados, que sucesivamente asumían un aire de danzas hieráticas o báquicas. Parecía impaciente por comunicarle una noticia o un anuncio gozoso, pero de su boca no salían sino ciertos sonidos groseros e inarticulados, por los cuales se justificaba riendo y tocándose la garganta, como para acusar a un mal que tenía en ella. Su boca estaba desdentada, pero el brillo de sus ojos, ya siempre anormal, se había vuelto casi insostenible.

Siempre bajo la primera impresión de encontrarse ante un fantasma, Ida trataba de alejarse de ella; aunque al poco rato, tal como había llegado, con las mismas urgentes prisas, volvió a atravesar entre los raíles, como si corriese a un encuentro inaplazable en la otra punta del camino.

Ida no la volvió a ver; pero tengo motivos para suponer que sobrevivió largamente. Me parece, en efecto, haberla reconocido, no hace mucho, entre el pequeño tropel de viejas que van todos los días a dar de comer a los gatos vagabundos del teatro de Marcelo y de las otras minas romanas. Seguía llevando la cintita en la cabeza, aunque el pelo se había reducido a unos cuantos mechones lanosos; y vestía también esta vez un trajecito ligero, pobre pero decente, sobre las piernas desnudas, que ahora aparecían salpicadas — quizá a causa de una enfermedad de la sangre— de manchitas pardas. Estaba sentada en el suelo entre los gatos, y hablaba con ellos con su lenguaje roto e inarticulado, que hoy semejaba, sin embargo, por el timbre, una voz de niña. Por cómo se le acercaban y le respondían, estaba claro, de todos modos, que los gatos entendían perfectísimamente su lenguaje; y entre ellos se estaba olvidadiza y bienaventurada, como sumida en una plática celeste.

Entretanto, en el curso de aquel año posbélico, los «grandes de la tierra», con las diversas «entrevistas en la cumbre», los procesos a los criminales más llamativos, las intervenciones y las no intervenciones, se las industriaban para restablecer el oportuno orden. Pero la gran metamorfosis social, esperada con impaciencia por ciertos amigos nuestros (como Eppetundo y Cuatropuntas), por doquier, en el este y el oeste, se desmenuzaba en el momento de tocarla, o bien se alejaba al fondo de la pista, como un espejismo. En Italia, instaurada la república, también los partidos obreros participaban en el Gobierno. Y esta, después de tantos años sórdidos, era una novedad de lujo que revestía, sin embargo, un viejo esqueleto incombustible. El Duce y sus *partenaires* habían sido enterrados, y la familia real había hecho las maletas; pero quien movía los hilos seguía detrás del escenario, aunque los bastidores cambiasen. A los terratenientes les seguía correspondiendo la propiedad de la

tierra, a los industriales la de máquinas y fábricas, los grados a los oficiales, a los obispos las diócesis. Y los ricos engordaban a expensas de los pobres, que además tendían, a su vez, a ocupar el puesto de los ricos, según la regla general. Pero ni entre tales ricos, ni entre tales pobres, había un lugar para Iduzza Ramundo, que pertenecía, en verdad, a una tercera especie. Es una especie que existe (¿en vías de extinción, quizá?) y pasa, y no da noticias de sí, salvo a veces, ocasionalmente, en las crónicas de sucesos. Y en este otoño-invierno, además, nuestra Iduzza vivía rodeada por un halo que le vedaba hasta su habitual — y corta— visión del planeta terrestre.

De los hechos de ese año — luchas políticas, cambios de gobiernos— poco o nada sabía. Y su único problema social (añadido a la insuficiencia de su sueldo con la carestía de la vida) era ahora el terror de que la echaran de su trabajo por «escaso rendimiento». Ya se sabe que normalmente no leía los periódicos. Y desde que la guerra mundial había concluido, y los alemanes se habían marchado, el mundo de los adultos se retiró de nuevo de ella, arrojándola a las arenas de su destino como un detritus infinitesimal después de una tempestad oceánica.

En el mes de junio, por primera vez en su vida, la habían llamado a dar su voto en las elecciones. Y como corrían rumores de que la abstención sería registrada a título de culpa por las autoridades, se presentó en las urnas entre los más solícitos electores mañaneros, votando «república» y «comunismo», porque así se lo aconsejó Remo, el tabernero. Por propia elección personal, en verdad, habría querido votar «anarquismo» en recuerdo de su padre; pero Remo, contrariado, la desaprobó gravemente, informándola al mismo tiempo — por lo demás— de que semejante partido no figuraba en las listas.

Antes de acabar el año, el tabernero Remo se dejó ver por la via Bodoni un par de veces más, considerando un deber no dejar siempre sola a la madre de su camarada Asdecorazones. Durante esas visitas, ella se quedaba allí

sentada, avergonzada, sin saber cómo corresponder a su huésped ni qué decirle; y afanándose de continuo por recomendar a Useppe y Bella que se estuvieran quietos y no armaran follón. Remo, por su parte, comprendía que quizá fuese mejor no mencionar a Ninnuzzu delante de la pobre señora; y entonces la distraía con temas políticos, que seguían siendo su pasión principal. Al respecto, a diferencia de Ninnuzzu, se mostraba optimista y confiado en el futuro, citando esta o aquella vicisitud en curso sobre la tierra (rebeliones en las colonias, guerra civil en China y Grecia, lucha de Ho Chi-Minh en Indochina, y en Italia huelgas y enfrentamientos entre la policía y campesinos y obreros, etcétera) como signos propicios de que el mundo estaba en marcha. Y esta vez la marcha de los pueblos no podría pararla nadie. Ya no estábamos en 1918. ¡Esta vez el comunismo había ganado la guerra! ¿No fue el Ejército Rojo el que destruyó los ejércitos hitlerianos? Y aquí, en Italia, ¿no habían sido las brigadas Garibaldi (hoz y martillo) las que organizaron la Resistencia? Y, una vez en marcha, ¿quién las va a detener? Los aparentes repliegues, traiciones y demoras (que ya habían hartado a Ninnarieddu) no eran, al decir de Remo, sino una táctica con la que hay que contar siempre en política; y el secreto de esta táctica como cualquier otro secreto de victoria y redención final, estaba en un único punto de certeza absoluta: o sea, en la mente del camarada Togliatti. No había males, o problemas de la sociedad — parecía deducirse de las conversaciones de Remo— para los cuales el camarada Togliatti, aleccionado por su genio interior, no conociese ya el remedio y la solución, próxima o futura. En su mente todo estaba predispuesto: y el propio camarada Stalin — en opinión de Remo— no tomaba ninguna decisión importante sin consultar primero con el camarada Togliatti. Uno y otro, además, entre ellos dos, sabían mejor que nadie cuál era la línea: siempre la indicada por el camarada Lenin, y fijada por la ciencia de Carlos Marx. Se trataba de verdades científicas, ya probadas

y maduras; tan es así que los pueblos ahora se habían puesto en marcha, siguiendo las directrices de los grandes camaradas del presente y el pasado. Según todas las señales, hoy estábamos en vísperas del Mundo Nuevo:

—Nosotros dos, señora, sentados aquí charlando, ¡mañana veremos el Mundo Nuevo!

Eso garantizaba el camarada Remo, ardientes de confianza sus ojos serios y hundidos y su cara flaca y oscura de leñador o picapedrero. E Ida, sentada frente a él en la fría cocinita de la via Bodoni, se preguntaba si en el grandioso Mundo Nuevo habría sitio, al menos, para los pequeñines como Useppe.

La noche del 31 de diciembre de 1946, en Roma, el final de año fue saludado en las calles con un estruendo general de petardos y bombas de palenque.

... 1947

Enero-julio

En Sicilia, los terratenientes responden a los campesinos y braceros (en lucha por su derecho a la supervivencia) organizando una serie de asesinatos de dirigentes sindicales.

En Roma, la Asamblea Constituyente refrenda (con el voto a favor de los comunistas) el Concordato entre el Estado y la Iglesia ya estipulado por el régimen fascista con el Vaticano.

Al persistir la guerra civil en Grecia, Inglaterra pide la intervención de Estados Unidos en apoyo de la reacción monárquica contra la resistencia guerrillera. Para la ocasión, el presidente Truman, en un discurso en el Congreso, da lectura a un mensaje en el que insta a Estados Unidos a intervenir no solo en Grecia, sino también en cualquier país amenazado por el comunismo, e invita a todas las naciones a defenderse del peligro rojo (Doctrina Truman). Esta nueva orientación de Estados Unidos provoca el derrumbamiento de las alianzas de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la guerra fría entre los dos bloques de un lado y otro del Telón de Acero.

A causa de las exigencias inmediatas y futuras de la guerra fría, que requieren en primer lugar el control de las naciones menores, las dos máximas Potencias (Estados Unidos y la Unión Soviética) recurren sin vacilar a los medios de poder más propios de cada una: financieros por parte de Estados Unidos y directamente coercitivos por parte de la Unión Soviética estalinista. Mediante el Plan Marshall Estados Unidos interviene con ayuda económica masiva en las crisis internas de los países de su bloque arruinados

por la guerra (incluidos Italia y Alemania Occidental); se inicia mientras tanto por parte de la Unión Soviética la soviétización impuesta desde arriba a los países satélites, y la utilización de sus recursos materiales — ya agotados —, que son transferidos a la Unión Soviética.

Urgente reanudación de la «carrera de armamentos» y, en particular, rebatiña por el secreto atómico, hasta ahora monopolio de Estados Unidos.

En los países del bloque occidental se endurecen, en el interior, las tensiones entre los partidos de derecha y centro y los de izquierda.

En Grecia, perdura la guerra civil.

En China, contraofensiva victoriosa del Ejército Rojo. En Vietnam, Ho Chi-Minh rechaza las condiciones de armisticio ofrecidas por los franceses.

En Sicilia, una pacífica manifestación campesina termina en una matanza realizada alevosamente por un bandido local a sueldo de los terratenientes.

Formación, en Italia, de un nuevo Gobierno, presidido por De Gasperi (partido de centro), con exclusión de los comunistas.

Julio-septiembre

Después de treinta años de lucha contra el Imperio británico, dirigida por el Mahatma Gandhi con medios no violentos de resistencia pasiva, la India consigue la independencia. El territorio es dividido en dos Estados: India (con predominio religioso de los hindúes) y Pakistán (con predominio de los mahometanos). Millares de fugitivos de las minorías religiosas contrarias buscan refugio fuera de los confines de una y otra parte. Surge entre hindúes y mahometanos un sangriento conflicto, que costará un millón de muertos.

El proceso de autoliberación de los pueblos colonizados (ya en curso desde las primeras décadas del siglo y acelerado por las revoluciones políticas del mundo actual) se halla en su fase decisiva. Las Potencias interesadas perciben la disgregación de los imperios coloniales y algunas (no todas) acceden a

rendirse. El colonialismo será sustituido entonces por el «neocolonialismo», o sea, el sometimiento económico de las antiguas colonias, mantenido por las Potencias con la adquisición de sus fuentes de materias primas, la propiedad de sus industrias y la transformación de sus territorios (necesariamente subdesarrollados) en inmensos mercados para sus productos industriales (incluidas las armas).

Octubre-diciembre

Por parte del bloque oriental, fundación del Kominjorm (Centro de información de los partidos comunistas europeos).

Ruptura de las negociaciones de paz entre las Potencias de los bloques sobre el irresuelto problema de Alemania.

Febril carrera a la arrebatina del secreto atómico estadounidense, con actividades de espionaje entre los dos bloques, caza de espías condenas capitales, etcétera.

En Italia, huelgas, enfrentamientos y muertes en las distintas provincias.

En Estados Unidos, fabricación de los primeros misiles ya inaugurados por Alemania en la Segunda Guerra Mundial...

... imponderable en un mundo de pesos...

[...]

... desmedimiento en un mundo de medidas...

MARINA ZVIETAIEVA

—¡Oiga! ¿Quién está al aparato? Aquí Useppe al aparato. ¿Quién está al aparato?

—¡Sí, soy yo! Aquí mamá al aparato, sí... ¡Diga! ¿Quién llama? ¡Diga!

—¡Oiga! ¿Sí? ¿Quién está al aparato? Aquí Useppe al aparato. ¡Oiga!

—Perdona, perdona, señora — ha terciado la voz de Lena-Lena—, me ha hecho marcar el número ¡¡y ahora es incapaz de decir nada!!

Se oye la carcajada reprimida de Lena-Lena, acompañada por un festivo ladrido de Bella. Luego, tras un brevísimo murmullo de discusiones al otro extremo del hilo, alguien cuelga el auricular.

A finales del invierno, en casa de Ida habían instalado el teléfono, y esta era la primera llamada que recibía (había confiado el número de teléfono de su escuela a la portera, y a Lena-Lena, aunque recomendando llamar solo para comunicaciones urgentes...). Useppe, en especial al principio, no resistía a la tentación de aquel objeto parlante colgado de la pared, aunque después, al manejarlo, fuera torpe como un salvaje. Al oír su timbre diariamente (Ida telefoneaba todos los días a las diez y media, durante el recreo) se precipitaba, seguido a la carrera por Bella; pero, en realidad, a los saludos de Ida no sabía responder, normalmente, sino:

—¡Diga! ¿Quién está al aparato? Aquí Useppe al aparato. ¿Quién está al aparato?... — etcétera.

La única que llamaba a aquel número era Ida, y Useppe, por su parte, no

tenía nadie a quien llamar en Roma. Una vez marcó al azar un número de solo dos cifras, y le contestó la Información Horaria. Era la voz de una señora, y él seguía insistiendo: «¡Oiga! ¡Quién está al aparato!», mientras la otra, terca, se empeñaba en repetirle: «¡Quince horas y cuarenta y un minutos!». Otra vez hubo una llamada extemporánea, por la mañana temprano, pero era un tipo que se había equivocado y, desde el otro extremo del hilo, encima de haberse equivocado él, ¡se la tomó, quién sabe por qué, con Useppe! Hasta que, con el transcurso de los días, Useppe dejó de interesarse por aquel objeto desangelado e inútil. En la habitual llamada cotidiana, Ida oía responder a una vocecita, tímida, impaciente y casi desganada que decía:

—Sííí...

—¿Has comido?

—Tí... Sííí.

—¿Estás bien?

—Sííí... — para después concluir rápidamente—: ¡Adiós! ¡adiós!

En el curso del invierno, a Useppe lo respetó el Gran Mal. Al día siguiente de su primera caída de noviembre, su madre, esta vez sola, corrió a confiarse a la doctora; y en esa ocasión le reveló también el secreto de sus desmayos infantiles, nunca hasta entonces desvelado a nadie, ni a su marido: viendo y oyendo de nuevo, al hablar, todos los detalles, la excursión de niña sobre el burrito en compañía del padre a Montalto, y la visita al compadre médico, que la había hecho reír con las cosquillas... Pero la doctora, con su habitual brusquedad, cortó en seco sus intrincadas confesiones, declarando autorizadamente:

—¡No, señora! ¡No, señora! ¡Está probado que ciertas enfermedades no son hereditarias! A lo sumo, se hereda una predisposición, QUIZÁ; pero eso no está probado. Y me parece clarísimo, por lo que deduzco, que su caso

personal era distinto. Se trataba de histeria común; mientras que ahora estamos ante fenómenos de muy distinta índole... Yo vi enseguida — murmuró, medio para sí, en ese momento— un elemento extraño, en los ojos del niño.

En conclusión, la señorita escribió para Ida, en una hojita arrancada del talonario de recetas, la dirección de un doctor especialista, que, eventualmente, podría someter al enfermito a un «electroencefalograma». Y de inmediato la abstrusa palabra espantó a Iduzza. Ya es sabido que cuanto pertenecía a los invisibles terrenos de la electricidad le inspiraba una desconfianza bárbara. De pequeña, cuando estallaban relámpagos y truenos se escondía asustada (si era posible, corría bajo el capote de su padre); y todavía ahora, de vieja, temblaba al tocar los cables y hasta al enroscar una bombilla en el casquillo. Ante la larga palabra amenazadora, nunca oída antes, sus ojos se agrandaron, alzándose tímidos hacia la licenciada, como si esta hubiese nombrado la silla eléctrica. Pero, intimidada por los modales perentorios de la señorita, no se atrevió a declarar su ignorancia.

Inmediatamente después, los hechos ocurridos a Ninnuzzu la enajenaron de todo otro cuidado; y a continuación, la proyectada visita al especialista se retiró del campo de su mente. En realidad temía el diagnóstico del desconocido doctor como una inapelable sentencia condenatoria.

El reflujo ilusorio de la enfermedad de Useppe alentó esa inercia defensiva. En efecto, el atropello innominado que usurpaba las fuerzas de la criaturita desde el otoño pareció hacerse a un lado, como agotado, tras haberlo abatido una vez; acompañándolo apenas a hurtadillas, y a veces haciéndose olvidar, cual si hubiese decidido que ya bastaba. Cuando de noche, llegada la hora de acostarse, Ida le tendía el calmante para que se lo bebiera, él adelantaba goloso los labios como un lactante hacia la teta; y pronto caía en un sueño pesado y sin estorbos, al cual se abandonaba boca arriba, con los puños

apretados y los brazos abiertos sobre la almohada, inmóvil durante diez horas o más. Curado de la pequeña mordedura en la lengua, no conservaba ningún rastro visible del «insulto» del 16 de noviembre. Solo quien lo hubiera conocido antes podía acaso notar en sus ojos (ya «demasiado bonitos», según la doctora) una nueva diversidad fabulosa, acaso como la que perduraba en los ojos de los primeros marineros, tras la travesía de mares inconmensurables aún sin nombre en los mapas. Useppe, a diferencia de ellos, no sabía nada, ni antes ni después, de su viaje. Mas acaso, sin saberlo, le quedaba en la retina una imagen invertida, como cuentan de ciertas avecillas migratorias que de día, con la luz solar, ven todavía en su ignorancia también las estrellas ocultas.

Para Ida, semejante testimonio de los ojos de Useppe se manifestaba solo en el color. Su mezcla de azul oscuro y azul claro se había vuelto, en lo posible, aún más inocente, casi inexplorable en su doble profundidad. Un día, entrando en la cocina de improviso, se lo encontró quietecito en el escalón del hornillo, y sus dos miradas se encontraron. Entonces vio en ese encuentro, en los ojos de Useppe, una especie de conciencia imposible, pueril e indeciblemente desgarradora, que le decía: «¡Tú lo sabes!» y nada más, al margen del intercambio de preguntas y respuestas lógicas.

En el mes de febrero, a Lena-Lena la pusieron a trabajar con una que cogía puntos a las medias, por lo cual debió renunciar a sus visitas y escapadas a la via Bodoni. Mas para guardar a Useppe ahora estaba Bella, y bastaba.

Se había acabado para Bella el tiempo de los filetes cotidianos, de los baños en el instituto de belleza, y de todas las diferentes comodidades de la época de Ninnarieddu, que solía incluso cepillarla y peinarla, y hasta darle masaje con sus propias manos, lavarle los ojos y las orejas delicadamente con algodón húmedo, etcétera. Ahora, para comer debía contentarse, en general,

con pasta y legumbres, con el único añadido de algún bocadito extra que Useppe se quitaba del plato (sin que lo viera Ida). Y en cuanto a su aseo, consistía exclusivamente en una especie de baños secos que se daba durante los paseos conforme a un método propio, es decir: revolcándose en el polvo y dándose luego unas sacudidas espantosas, imitación de una nube ciclónica. Pero prefería, en verdad, este método personal a los otros baños de lujo, con jabón de fregar y agua caliente, que siempre le habían resultado antipáticos.

La desasosegaba, en cambio, y no poco, deberse acomodar al mínimo espacio de uno o dos cuartitos, acostumbrada a los viajes, a las excursiones y a la vida callejera, y antes aún (en su experiencia atávica) ¡a los inmensos pastos de Asia! En el curso de aquel invierno carcelario en la via Bodoni, ciertos días hasta debía arreglárselas para hacer sus necesidades sobre papeles y pedazos de periódico. No obstante, se resignaba a cualquier sacrificio con tal de estar al lado de Useppe día y noche.

Pese a su nuevo régimen de sopas, con buena voluntad recuperó prontísimo sus formas robustas y su musculatura sana. Su immaculada capa, ahora, parecía más bien negruzca, enredada y llena de nudos. Y aunque llevaba todavía el collar plateado con la inscripción «Bella», algunos chavales de la vecindad la llamaban «Pelosucio». Se la veía a menudo atareada rascándose las pulgas, y apestaba bastante a perro. Más aún, esta peste se le había pegado a Useppe, y a veces algunos perros daban vueltas alrededor de este olisqueándolo, quizá inciertos de si él era también una especie de cachorro canino.

Estos (los perros) eran, puede decirse, los únicos tratos de Useppe. Amigos o compañeros de su especie no tenía ya ninguno. En cuanto volvió el buen tiempo, Bella y Useppe andaban fuera gran parte del día; al principio, en sus horas libres, Ida se esforzó por acompañarlos. Mas pronto advirtió la imposibilidad, con sus piernecitas enjutas y débiles, de seguir a aquellos dos.

Al primer minuto de camino, ya los había perdido de vista, encontrándose con una desventaja de al menos medio kilómetro. En cuanto asomaban del portal al aire libre, los veía enseguida salir corriendo, disparados, saltando y pirueteando hacia lo desconocido; y a sus llamadas vociferantes Bella le ladraba apresuradamente en respuesta, desde lejos:

«Todo en orden. No te preocupes y vuélvete a casa. ¡De Useppe me ocupo yo! ¡Valgo para guardar rebaños de cien, doscientos o trescientos cuadrúpedos! ¿Y no me crees capaz de cuidar de un hombrecito?»

A la fuerza, Ida terminó por confiar totalmente Useppe a Bella. Sentía con certeza que su confianza no estaba errada; y, además, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer? Las salidas con Bella eran la única distracción del chiquillo. El gramófono, después del famoso destrozo del disco de swing, había sido arrinconado para siempre, para consumirse entre el polvo. Ahora, en la clausura de las habitacioncitas, también Useppe, a semejanza de Bella, se mostraba inquieto como un alma en pena, y ni siquiera por la mañana se atrevía ya Ida a encarcelarlo en casa como solía hacer antes, en invierno. Normalmente, después del telefonazo diario de la madre, los dos salían; Bella pronto aprendió a reconocer el timbre del aparato como un anuncio de la salida; y al oírlo se dedicaba a dar saltos inmensos, acompañados por vítores fragorosos y por pequeños estornudos de satisfacción.

Puntualmente, empero (cual si tuviese un reloj de precisión dentro de su cabezota de osa), a las horas de las comidas devolvía a Useppe a casa.

En los primeros tiempos, los dos no se alejaban demasiado de la via Bodoni. Sus Columnas de Hércules eran por una parte el Lungotevere, después las laderas del Aventino, y más allá la Puerta de San Pablo (y no ha de omitirse aquí que, en cualquier caso, Bella apartaba los pasos de Useppe del siniestro edificio del matadero, sito en nuestros parajes...). Quizá todavía hoy algún habitante del barrio del Testaccio recuerde haber visto pasar a la

pareja: un perro grande y un chiquillo pequeño, siempre solos e inseparables. En ciertos puntos de especial importancia, por ejemplo en la piazza dell'Emporio cuando habían instalado un tiovivo, o en el monte Testaccio donde a veces acampaba una familia de gitanos, ambos se detenían, con doble zozobra irresistible, por lo que se veía al chaval balanceándose sobre sus piernecitas y al perro agitar febrilmente el rabo. Pero bastaba que del otro lado alguien demostrase fijarse en ellos para que el niño se retirase a toda prisa, seguido dócilmente por el perro. La primavera ya derramaba en el aire libre un tropel de rumores, voces, movimientos. En las calles y por las ventanas se voceaban nombres: «¡Ettoree! ¡Marisa! ¡Umb!...» y a veces también: «¡Nino!...». Al oír este nombre, Useppe acudía transfigurado y con ojos trémulos, apartándose unos pasos de Bella hacia una dirección imprecisa. Y Bella, a su vez, alzaba un poco las orejas, como compartiendo al menos por un instante esa alerta fabulosa, aun cuando supiera, verdaderamente, lo absurda que era. Y de hecho renunciaba a seguir al niño, acompañándolo, parada a la espera desde su sitio, con una mirada de perdón y de experiencia superior. Después, cuando Useppe, casi de inmediato, regresaba avergonzado, lo acogía con la misma mirada. No eran pocos los Ninos y Ninettos que vivían en el barrio; y tampoco Useppe, en realidad, lo ignoraba.

El buen clima primaveral, bastante precoz ese año, lo estropeó durante tres días el siroco, que llevó masas de nubes y chaparrones polvorientos entre un aire sucio y caliente que olía a desierto. Uno de esos días, Useppe tuvo una segunda recaída. La familia acababa apenas de comer, y él, que había comido poco y de mala gana, se quedó en la cocina en compañía de Bella, mientras Ida iba a tenderse en la cama. Al poco rato Bella empezó a manifestar un humor agitado e incoherente, como les ocurre a ciertos animales cuando

anuncian un seísmo u otra perturbación terrestre. Corría incesantemente de la cocina al dormitorio, hasta el punto de que Ida, nerviosa, la echó chillando. Eran las tres de la tarde. Del patio ascendían pocos ruidos (una radio y alguna voz desde el lado del depósito de bicicletas), después se oyó un trueno sin lluvia en el cielo henchido y sucio, y en la calle el silbido de una sirena que pasaba. Pero, apenas apagados estos sonidos, de la cocina le llegó a Ida un pequeño diálogo quedo, en el cual Useppe parecía canturrear frases entrecortadas, con vocecita asustada y balbuciente, y Bella emitía tiernos gañidos, entre la solicitud y el pánico. Estas charlas de los dos se producían a menudo, pero ese día, al oírlas, a Ida la sacudió una alarma indefinida que la hizo correr a la cocina. Useppe, todavía en pie, caminaba con pasos inseguros, cual si vagase en una penumbra semiciega, y Bella estaba a su alrededor, con el aire de una pobre nodriza ignorante en busca de un remedio. Al entrar Ida, salió a su encuentro, como invocándola. Y esta vez Ida asistió con sus propios ojos a toda la peripecia del insulto, desde el momento en que el Gran Mal lanzó su grito, descendiendo como un depredador homicida sobre el pequeño Useppe.

La sucesión de las diversas fases, sin embargo, se produjo tan rápidamente que a Ida casi no le dio tiempo de advertir sus propios movimientos, encontrándose, como la primera vez, arrodillada al lado de Useppe, quien ya parecía recobrase con sus llamadas. Y aunque en ese preciso momento, desde un punto último de su interior, una noticia definitiva le declaró que su hijito estaba marcado, no la percibió. Su única certeza sensible, que entonces le bastaba, era que el malvado invasor de su casa, de retorno por segunda vez a robarle al niño, no tardada en soltarlo, conforme a sus oscuras leyes.

Esta vez, en el momento en que, dando un gran suspiro, Useppe abrió los ojos con su sonrisilla fascinada, se encontraban, para recogerla, dos: a este lado su madre, y al otro la Bella Pelosucio. Esta le dio un lametón en la mano

y otro en la nariz, aunque delicadísimos, para no molestarlo. Y mientras duró el profundo sueño posterior, se quedó tumbada a los pies de su cama.

Al despertar, ya bien entrada la tarde, Useppe se encontró junto a él a las dos: Bella y su madre, una a cada lado.

—¡Useppe! — lo saludó Ida, y Bella lo saludó con un ladrido tan discreto y trémulo como para confundirlo con un balido. Él alzó un poco la cabeza y dijo:

—¡La luna!

En efecto, el siroco se había alejado, dejando su lugar a una tramontana primaveral que había ya limpiado casi todo el cielo, donde en lo alto se veía pasar la luna, fresca y desnuda, como después de un baño. Era la misma luna que se veía pasar desde la casa de San Lorenzo en los tiempos en que Useppe llamaba aún «ttelas» o «dondinas» (según los casos) a las lámparas encendidas, los globos de colores, e incluso a los botes de hojalata o los escupitajos del suelo, si la luz les sacaba leves brillos. (En aquel tiempo él caminaba aún a cuatro patas y confundía la tierra con el cielo.)

Ida no podía permitirse nuevas faltas a la escuela; pero a la mañana siguiente, al salir, procedió a echar el cerrojo a la puerta de casa, como solía hacer en invierno. Le pesaba la mano al realizar tal gesto, que le parecía una señal de minusvalía hacia Useppe. Lo había dejado durmiendo, ovillado en torno a la almohada, y con Bella dormitando a los pies del somier. Al oírla salir, la perra levantó un poco la cabeza, con un pequeño flamear tranquilizante del rabo. («Vete, vete de una vez. De Useppe me ocupo yo.») Antes de las once, como de costumbre, le telefoneó.

Tres o cuatro timbrazos, después la conocida voccecita de todos los días.

—¡Diga! ¿Quién está al aparato? Aquí Useppe al aparato. ¿Quién está al aparato?

—Soy yo: ¡mamá! ¿Estás bien?

—Sí. — Al fondo, el consabido ladrido de Bella.

—¿Has tomado el café con leche?

—Sí...

El diálogo era el de siempre, pero hoy Ida creyó oír en su voz un temblor. Debió disculparse enseguida, tranquilizante:

—He cerrado la puerta — se apresuró a explicarle— porque ayer tuviste un poco de fiebre. Pero, en cuanto te cures, ¡podrás de nuevo salir con Bella! Entonces ¿estás bien? Por favor... ¡Yo antes de la una estoy en casa!

—Sí... Adiós. Adiós.

Todo parecía normal, como si esa cosa no hubiera ocurrido, ni ayer, ni nunca. Solo que a Ida le quedaba el recelo de haberle oído aquel temblor en la voz... Por el camino de regreso a casa compró un postre para la comida: dos pasteles de crema, uno para él y uno para Bella. Y lo vio iluminarse con expresión contenta porque también se había acordado de Bella.

De «su fiebre» de ayer no le restaba ninguna señal aparente, sino un aspecto todavía paliducho y debilitado; con un resto de desgana y de reposo, que bastaba para distraerlo, por fortuna, de la traición de Ida por haberle cerrado la puerta. En el curso de la mañana, sin duda, se había distraído dibujando: sobre la mesa de la cocina estaban diseminados todos sus lápices de colores, y una hoja cubierta por completo de dibujos hasta los bordes... Pero había ocurrido una desgracia en ausencia de Ida, y se la anunció valerosamente, con una cómica sonrisilla tímida:

—... ¡ay, ma!, Bella se cagó en el paño de secar los platos.

Por la mañana, en verdad, Ida había dejado caer al suelo el trapo y Bella, razonablemente, lo había utilizado, quizá suponiéndolo puesto allí para su comodidad... Una peste notable ascendía aún de dentro del fregadero, donde Useppe había procedido a sumergir el trapo, tras echar con cuidado el exceso por el retrete. Y Bella, en esta escena, se mantenía un poco aparte, con el aire

entristecido de una pecadora, aunque sin entender cuál era su pecado... Pero Ida ni siquiera se atrevió a hacerle a Useppe la observación de siempre, o sea, que se dice: «¡hacer sus necesidades! ¡Cagar es una palabrota!» (él la había heredado, con otras, de su hermano Nino). Más bien creyó reconocer, en sus palabras una acusación, por haberlo encerrado prisionero con Bella.

—No importa — se apresuró a decirle—, el paño ya estaba sucio.

Y Useppe, que temía reproches para Bella, se consoló enseguida.

El dibujo de la mesa era todo un arabesco de anillos, surtidores y espirales rojos, verdes, azulones y amarillos; y él mismo le explicó orgullosamente a Ida:

—¡Son las golondrinas! — indicando con la mano, al otro lado de la ventana, sus modelos que retozaban por el aire.

Ida alabó el dibujo, que en efecto le parecía precioso, aunque para ella incomprendible. Pero él, tras haberle declarado el tema, arrugó la hoja en el puño y la tiró a la basura. Este era el fin al cual siempre destinaba sus dibujos. Y si Ida protestaba, él se encogía de hombros y se enfurruñaba con aire despectivo y triste (en lo posible a veces ella recuperaba las hojas de la basura y las ponía a salvo dentro de un cajón suyo).

Todo transcurría con normalidad. Pero a cierta hora poco después de comer, mientras Bella dormía la siesta, Ida sorprendió a Useppe acurrucado en el suelo poco más allá, pegado a la pared del pasillo. Al principio, al mirarlo de reojo, le pareció solo enfurruñado; pero cuando se le acercó, advirtió que lloraba, con la carita cerrada como un puño, contraída y fruncida en muchas arrugas. Al mirar hacia arriba, a ella, súbitamente prorrumpió en sollozos secos. Y con el estupor de un animalillo, dijo con voz desesperada:

—¡Ay, ma!... ¿Po qué?

En realidad, esta pregunta suya no parecía dirigirse exactamente a la Ida allí presente, más bien a una voluntad ausente, feroz e inexplicable. Ida en

cambio se imaginó de nuevo que la acusaba de haberlo encerrado en casa a traición; aunque pronto, en los siguientes días, debió convencerse de que tal explicación no bastaba. Aquella pregunta, «¿po qué?» se había convertido en Useppe en una especie de estribillo, que volvía a sus labios a destiempo y fuera de lugar, quizá por un movimiento involuntario (si no, se habría preocupado de pronunciarla bien con la erre). Se le oía a veces repetirla para sí en una sarta monótona: «¿Po qué? ¿Po qué po qué po qué po qué po qué?». Pero aun cuando oliese a automatismo, esta pequeña pregunta poseía un sonido terco y lacerante, más animal que humano. Recordaba en efecto los gemidos de los gatitos tirados, de los burros vendados de la noria, de los cabritillos cargados en el carro para la fiesta de Pascua. Nunca se ha sabido si todos esos «¿Po qué?» innominados y sin respuesta llegan a algún destino, quizá a una oreja invulnerable lejos de esos lugares.

Después del segundo ataque de Useppe, Ida regresó acongojada a la doctora, que, a los dos días, le consiguió una consulta especial del profesor neurólogo ya sugerido a Ida. En esta ocasión, y no sin impaciencia, aseguró a Ida que el temido EEG (electroencefalograma) no era sino el registro, inocuo y sin dolor, de las tensiones eléctricas cerebrales trazado por una máquina sobre un papel. A Useppe, Ida, por su parte, le dio a entender que la ley había decretado unos análisis obligatorios para todos los niños contra el peligro de las fiebres. Él no hizo el menor comentario, contentándose con un resoplido, aunque tan ligero que semejaba un suspiro.

Para la ocasión, Ida le dio un baño completo en la tina de la colada, y le puso su traje más elegante, o sea, pantalones largos a la americana, y un jersey nuevo a rayas blancas y rosas. Cogieron el tranvía hasta la estación Termini, pero desde allí hasta su destino Ida se permitió el lujo de un taxi. No solo por no fatigar a Useppe sino porque el profesor había dado una dirección del barrio Nomentano, no muy distante del Tiburtino. A Ida no le bastaba ya la voluntad para adentrarse por aquellos parajes con sus propias fuerzas.

En el pasado, Ida había cogido un taxi un par de veces, por lo menos (en tiempos de Alfio), pero Useppe montaba ese día por primera vez en su vida, y la grata sorpresa lo excitó. Sin vacilación se acomodó con presteza al lado del conductor y desde el asiento de detrás Ida le oyó preguntar al hombre, con tono competente:

—¿Qué cilindrada tiene este coche?

—¡Es un Fiat mil cien! — contestó el taxista con satisfacción.

E Ida lo vio aún, tras meter la marcha, satisfacer alguna otra pregunta imprecisa de su cliente, señalando con el dedo al cuentakilómetros: evidentemente, Useppe le había pedido informaciones sobre la velocidad... Con eso terminó el brevísimo diálogo. Useppe enmudeció, e Ida advirtió que bamboleaba la cabeza al modo en que solía acompañar su cantilena curiosa: «¿Po qué po qué po qué po qué?». Al poco rato ella, queriendo huir de la visión de las calles, cerró los ojos hasta la llegada.

Los introdujeron en el ala lateral de un edificio hospitalario, donde había también un ambulatorio; aunque, gracias a la recomendación de la doctora, el especialista los había citado con cierta antelación sobre el horario normal. Los recibió al final de un largo pasillo, en una salita que en la puerta llevaba su nombre: profesor doctor G. A. Marchionni. Era un señor de mediana edad, alto y grueso, con gafas sobre las mejillas rellenas y un bigote gris caído. De cuando en cuando se quitaba los lentes para limpiarlos, y su rostro de miope, sin gafas, declinaba desde la gravedad y la decencia profesionales a una pesadez hinchada y obtusa. Hablaba con un tono siempre igual, débil y académico; aunque se expresaba con propiedad y consideración, y siempre con buenos modales, al contrario de la doctora. No era, en suma, sino un distinguido caballero común y corriente; pero Iduzza, al verlo, sintió enseguida miedo.

Echaba ojeadas a unas notas de un papel, y dijo que estaba enterado en parte de la anamnesis (la doctora debía de haberlo informado, claro), pero, antes de hacer nada, deseaba alguna información más de la madre:

—Mientras tanto, Giuseppe puede echar un vistazo al jardín... Te llamas Giuseppe, ¿eh?...

—No, Useppe.

—Muy bien. Entonces, Giuseppe, vete a echar un vistazo al jardín, tú solito. Hay un animalito que tal vez te interese.

Y empujó a Useppe hacia una puerta ventana que daba al exterior.

El jardín era más bien un parterre, encerrado entre los muros del hospital, con unas plantitas entecas. Pero en un rincón, dentro de una jaula, se encontraba, efectivamente, un animalillo bastante gracioso, que atrajo la atención de Useppe hasta el punto de hacerle contener la respiración. Se asemejaba, en pequeño, a una ardilla, pero sin cola. Tenía la piel marrón, manchada de amarillo y naranja, patitas muy cortas, y minúsculas orejas rosa por dentro. Y no hacía sino correr vertiginosamente alrededor de una rueda colgada dentro de su jaula, sin fijarse en nada más. La jaula era poco más amplia que una caja de zapatos; y la rueda tendría unos quince centímetros de diámetro; pero él, a fuerza de repetir sus giros con tanto afán, sin pararse nunca, quizá ahora, con sus patitas enanas, ¡hubiera ya cubierto en kilómetros una distancia equivalente al círculo del Ecuador! Tan atareado estaba con su suprema urgencia, que ni siquiera reparó en las llamaditas de Useppe. Y sus lindos ojillos de color aceituna relucían como los de los locos, inmóviles.

Al principio Useppe se quedó de pie delante de la jaula, rumiando sus propias ideas. Pero no mucho después, el profesor, asomándose a llamarlo por la puerta ventana, lo sorprendió enredando con una mano dentro de la jaula, en pleno delito de fractura. Había decidido llevarse al animalito, escondiéndolo bajo el jersey; y después, de acuerdo con Bella, conducirlo a corretear a un lugar maravilloso que ellos conocían, desde donde con sus veloces patas podría escapar a donde le petara, a lo mejor hasta los Castelli Romani, y a América, y a todos los sitios.

El profesor apareció justo a tiempo de evitar el robo:

—No..., no... ¡Vamos! — amonestó, con su voz lenta.

Pero como el chaval no desistía, y hasta lo miraba con ojos desafiantes, se

obligó a sacarle el brazo de la jaula, que inmediatamente se cerró de golpe. Después, sujetándolo por la muñeca, lo arrastró consigo, remiso, hacia la entrada de la salita, donde Ida los esperaba.

En ese momento el animalucho, que parecía mudo, dejó oír una voz, una especie de gruñido imperceptible. Y entonces Useppe, volviéndose a mirar atrás se soltó de un tirón del profesor y clavó los pies en el peldaño. Pero el profesor, con un esfuerzo mínimo, pronto lo empujó hacia al interior, cerrando la puerta ventana a sus espaldas.

La cara de Useppe había empezado a temblar hasta dentro de los ojos:

—¡No quiero! ¡No quiero! — exclamó de pronto con gran estrépito, como quien se arranca a una contingencia inaceptable.

Y con una llamarada de ira, que lo cubrió de un rubor sombrío, le dio sin más un puñetazo al profesor a la altura de la barriga. Ida se adelantaba circunspecta.

—No es nada, no es nada. Gajes del oficio — le dijo el profesor, riendo a su manera triste—, ahora nos ocuparemos..., ahora nos ocuparemos. — Y tranquilamente convocó por teléfono a una señorita, que apareció a los pocos instantes, alargando a Useppe, en una cuchara, una «cosa rica y dulce». Al alargarla tenía modales insinuantes y suaves, diríase que irresistibles; pero dos manitas febriles que lo apartaban todo le tiraron encima — manchándole la bata blanca— la «cosa rica y dulce».

Useppe ahora se revolcaba por el suelo, dando patadas contra el profesor, la señorita, y su madre, en una revolución total. Al quietarse un poco, echaba ojeadas huidizas a la puerta ventana, como si allí detrás, en el jardincillo, se ocultase un punto de tinieblas; e Iduzza lo vio, al mismo tiempo, hacer el gesto de rasgarse el jerseicito nuevo, al igual que ciertos febricitantes se arrancan las vendas de las heridas. Recordó haberle sorprendido el mismo gesto una noche de verano, dos años antes, cuando su

mal había dado los primeros signos. Y toda la evolución de este mal hasta hoy reapareció ante nuestra mujercita en una especie de cabalgada sanguinaria, que galopaba a través de los días y los meses para destrozar a su bastardito.

De momento, temió que una nueva y «gran» crisis lo amenazase en ese instante. Y, contra todo criterio lógico, ¡experimentó una repugnancia suprema ante la idea de que justamente un médico, en particular, fuera a presenciársela! El corazón se le dio la vuelta como un bolsillo vacío, con la rápida sensación de que la ciencia médica no solo era inservible para el mal de Useppe, sino que lo agravaba.

Respiró al ver que por fortuna Useppe se iba calmando; más aún, había adoptado un aire tímido, como un acusado en rebeldía, y sufrió con resignación todos los exámenes a que lo sometieron. Aunque, hasta el final de la consulta, opuso un testarudo silencio a las preguntas del especialista; y, en verdad, es de creer que ni siquiera las oía. Supongo que sus pensamientos tendían aún exclusivamente hacia el animalillo sin cola (aunque de su brevísimo encuentro con este nunca habló con nadie, que yo sepa).

Salidos finalmente de la salita, pasaron entre un grupito de personas a la espera, casi todas de pie: había un muchacho rubito, con brazos larguísimos y labios caídos, que se estremecía de continuo; y un viejecito de mejillas rojizas, bastante limpio, que no paraba de rascarse febrilmente la espalda con expresión trastornada, como si lo asaltaran insectos repugnantes que nunca se saciaban. Un enfermero asomó desde una habitación, y por la puerta entornada se descubrió un interior con rejas en las ventanas, y un montón de camas sin mantas en las que una gente totalmente vestida estaba echada en desorden. En el espacio entre las camas, un hombre en mangas de camisa, con barba larga, paseaba a todo correr con risas de borracho, y de pronto

había empezado a tambalearse. Tras una breve espera, a Ida y Useppe los llamaron desde una puerta acristalada que daba a una escalera.

El laboratorio de los EEG se encontraba en unos locales subterráneos, provistos de aparatos abstrusos bajo luces artificiales; pero Useppe, al entrar, no demostró curiosidad ni estupor, y cuando le aplicaron los electrodos en la cabecita, lo aguantó con una especie de indiferencia desencantada. Al mirarlo, parecía como si él, quién sabe cuándo y dónde, hubiera recorrido ya aquellos subterráneos y sufrido estas mismas pruebas; y supiera ya que a él, total, no le servían de nada.

No obstante, al volver a casa, anunció a la portera, con cierta importancia aunque con tono de secreto:

—He hecho el fafograma.

Pero ella, que entre otras cosas se estaba quedando cada vez más sorda, no se preocupó por comprender la frase.

Al cabo de unos días, Ida volvió sola a ver al profesor, para un dictamen.

Los análisis y los exámenes clínicos no habían revelado nada alarmante. Aunque grácil, y de crecimiento enclenque, el niño no presentaba lesiones, ni secuelas de infecciones, ni enfermedades orgánicas de ninguna especie. En cuanto al resultado del EEG, equivalía, a los ojos de Iduzza, a un inescrutable oráculo de geomancia. Era un trazado múltiple de líneas oscilantes, sobre grandes tiras de papel oblongo. Y el profesor le aclaró como pudo que las oscilaciones certificaban la actividad rítmica de las células vivas: al cesar la actividad, las líneas inscritas aparecen planas.

El dossier iba acompañado por un informe de unas cuantas líneas, que concluían así: «El trazado no resulta significativo». Y en efecto, explicó el especialista, no registra ninguna alteración específica del cerebro. Según esta prueba, como también según los exámenes clínicos anteriores, la salud del sujeto resultaba normal. Pero, agregó, dada la anamnesis, el valor práctico de

tal resultado sigue siendo inseguro, o sea, relativo y transitorio. Casos semejantes no permiten formular ni un diagnóstico concreto ni un pronóstico fiable. Se trata de un síndrome morbosos, por lo general de causas inexplicables y curso imprevisible... La medicina, hasta hoy, puede brindar a lo sumo remedios sintomáticos (el profesor recetó Gardenal). Claro está que la terapia ha de seguirse sistemática y regularmente. Al enfermo ha de tenersele siempre vigilado...

El especialista se había quitado las gafas para secarlas, y en ese momento Iduzza creyó oír, en alguna sección no lejos de los edificios hospitalarios, un grito de niño. A toda prisa, con voz átona, preguntó si entre las causas podría estar una predisposición hereditaria, o el nacimiento prematuro...

—No ha de excluirse, no ha de excluirse — contestó el profesor con acento neutro, jugueteando con sus gafas sobre la mesa. Después, alzando los ojos directamente hacia Ida, la apostrofó—: Pero el niño, ¿se alimenta lo suficiente?

—¡Sí! ¡Sí! Yo..., ¡lo mejor! — contestó Ida agitadísima, cual si debiera defenderse de una acusación—. Claro que — se justificó—, en la época de la guerra, fue difícil para todos...

Temió, con este «todos», haber ofendido al profesor incluyéndolo en el montón de desgraciados. Y hasta le pareció ver en su mirada una ironía... No era, en verdad, sino la especial oblicuidad de ciertos ojos miopes. Pero Iduzza tuvo miedo. Ahora era un grito de mujer lo que oía desde alguna otra sección del hospital (quizá imaginario). Y el rostro del profesor, sin gafas, le aparecía desnudo hasta la indecencia, sórdido y amenazador. Le entró la sospecha de que en aquel intrincado lugar de subterráneos, pasillos, escaleras y máquinas, bajo el mando de él, ¡se urdía un complot contra Useppe!

En realidad, el personaje que tenía delante era un profesor sin demasiadas cualidades, que le brindaba sus propias nociones científicas con puntillosa

imparcialidad (y casi gratuitamente, además, por la recomendación de la doctora). Pero Ida en ese momento lo vio en forma de autoridad terrible, como si todo el temor que le infundían desde siempre las personas adultas se le condensase ese día en esta máscara. La doctora, pese a sus malos modales (trataba a Ida, en verdad, como a alguien medio bobo), nunca le había parecido adulta; ni mucho menos el compadre médico que le había hecho cosquillas. Pero desde ese día, le entró miedo a todos los doctores. La palabra enfermo usada por el profesor para definir a Useppe la había sacudido como una calumnia, que rechazaba y que la expulsaba de golpe y porrazo de los muros del hospital. Ella no quería que Useppe fuese un enfermo: Useppe debía ser un niño como los demás.

No dejó, de todos modos, de ir a la farmacia ese mismo día a que le despachasen la receta del profesor Marchionni. Y en cambio se le pasó por la cabeza, más tarde, que se le había olvidado preguntarle si al niño se le permitiría salir libremente, en las horas de luz, vigilado por una pastora... Pero el caso es que este asunto Ida ya lo tenía decidido. Solo esa única mañana después del ataque su mano se había atrevido a echar el cerrojo a la puerta de entrada; inmediatamente después, a partir del día siguiente, Useppe volvió a encontrarse en libertad con Bella.

Estaban en abril. Y después mayo, junio, julio, agosto todo un gran verano solar se abría ante los bebés, los niños, los chavales, los perros y los gatos. Useppe debía corretear y loquear a plena luz, «como los demás»; no podía encarcelarlo entre cuatro paredes. (¿Quizá aquella voz no percibida pero que latía en ella desde algún punto, más allá del umbral del sueño, le advertía ya que a su locuelo no le quedaban otros muchos veranos?)

Queda, pues, por contar por último la primavera-verano del 47, con los vagabundeos de Useppe y su compañera Bella, libres por el barrio del Testaccio y sus alrededores. Sin la guardia de Bella, claro, tal libertad se le habría negado a Useppe. A menudo volvían a entrarle unas ganas irreflexivas de fuga, o sea, de caminar hacia delante sin saber adónde; y no cabe duda de que se habría perdido de no estar Bella para frenarlo y devolverlo a casa a la hora de siempre. Además, de vez en cuando, inopinadamente, lo asaltaban temores: bastaba el movimiento de una sombra, o de una hoja, para alertarlo o darle escalofríos. Pero por fortuna, en cuanto volvía las pupilas inquietas, lo primero que veía era la cara de Bella, con sus ojos marrones contentos con el hermoso día y sus respiraciones con la boca abierta, que aplaudían al aire.

En el curso de esa temporada, a los dos, aunque solitarios, no les faltaron encuentros y aventuras. La primera aventura fue el descubrimiento de un lugar maravilloso. Era este, justamente, el sitio «conocido» adonde Useppe había proyectado llevar al animalito sin cola. Y el descubrimiento, en efecto, se había producido poco antes de la visita al profesor Marchionni. Fue un domingo por la mañana; tras el breve intervalo de su clausura, Useppe y Bella tenían de nuevo vía libre para salir. Y tan ansiosos estaban que a las nueve, tras despedirse de Ida, ya estaban fuera de casa.

La tramontana, con su paso veloz después de las lluvias, había dejado el infinito tan límpido que hasta los muros viejos se rejuvenecían al respirarla.

El sol era seco y ardiente, y la sombra era fresca. Entre el ligero soplo del aire, se caminaba sin peso, como llevados por un barco de vela. Y hoy, por vez primera, Useppe y Bella traspasaron sus habituales confines. Sin siquiera darse cuenta, anda que te andarás, dejaron atrás la via Marmorata, siguiendo en toda su longitud el viale Ostiense; y, llegados a la basílica de San Pablo, tomaron a la derecha, donde Bella, llamada por un olor embriagador, echó a correr, seguida por Useppe.

Bella corría al grito: «¡Uhhh! ¡Uhhh!», que significa: «¡El mar! ¡El mar!», siendo así que, está claro, aquello de allá abajo no era sino el río Tíber. Aunque no ya, en verdad, el mismo Tíber de Roma: allí corría entre prados, sin murallas ni parapetos, y reflejaba los colores naturales de la campiña.

(Bella poseía una especie de memoria loca, errante y milenaria, que de pronto le hacía olfatear en un río el océano Índico, y la marisma en un charco de lluvia. Era capaz de oler un carro tártaro en una bicicleta y una nave fenicia en un tranvía. Y eso explica que se lanzara sin venir a cuento a dar ciertos brincos monumentales; o que a cada paso se detuviera a hurgar con gran interés entre los desperdicios o a saludar con mil ceremonias ciertos olores de mínima importancia.)

Allí la ciudad había acabado. Allá, en la otra orilla, se divisaban aún entre el verdor unas cuantas chabolas y casuchas, que poco a poco raleaban; pero en este lado no había sino prados y cañaverales, sin ninguna construcción humana. Y, a pesar del domingo, el lugar estaba desierto. Con la primavera apenas en sus comienzos nadie aún, en especial por la mañana, frecuentaba estas riberas. Estaban solo Useppe y Bella, que corrían hacia delante de pronto, luego se lanzaban a hacer cabriolas en la hierba, después saltaban en pie y corrían otro rato.

Al final de los prados, el terreno se hundía, y comenzaba una pequeña zona

boscosa. Fue allí donde Useppe y Bella en cierto momento aflojaron el paso y dejaron de charlar.

Habían entrado en un claro circular, cerrado por un corro de árboles que en lo alto mezclaban las ramas, transformándolo así en una especie de estancia con el techo de hojas. El suelo era un círculo de hierba recién nacida con las lluvias, quizá no hollada aún por nadie, y florecida con una única especie de margaritas minúsculas que tenían pinta de haberse abierto todas juntas en ese momento. Pasados los troncos, del lado del río, una empalizada natural de cañas dejaba entrever el agua; y el paso de la corriente, con el aire que movía las hojas y las cintas de las cañas, variaba las sombras coloreadas del interior, con continuos temblores. Al entrar, Bella olfateó hacia lo alto, creyendo acaso encontrarse en una tienda persa; después irguió apenas las orejas, ante el sonido de un balido en la campiña, aunque enseguida las bajó. También ella, como Useppe, estaba atenta al gran silencio que siguió a aquel balido aislado. Se acostó junto a Useppe, y en sus ojos marrones apareció una melancolía. Quizá se acordaba de sus cachorros, y de su primer Antonio en Poggioreale, y de su segundo Antonio bajo tierra. Parecía justamente encontrarse en una tienda exótica, lejísimos de Roma y de cualquier ciudad, quién sabe dónde, llegados tras un largo viaje; y que allá fuera, a su alrededor, se extendía un enorme espacio, sin otros rumores que el movimiento tranquilo del agua y el aire.

Un aleteo corrió por lo alto del follaje, y después, de una rama semiescondida, se oyó gorjear una cancioncilla que Useppe reconoció sin demora, al haberla aprendido de memoria cierta mañana, en los tiempos en que era pequeño. Volvió a ver el escenario donde la escuchara: detrás de la choza de los guerrilleros, en el monte de los Castelli, mientras Eppetundo cocía patatas y esperaban a Ninnuzzu-Asdecoraciones... El recuerdo se le presentó un poco indistinto, entre un temblor luminoso, semejante a la

sombra de esta tienda de árboles; y no le trajo tristeza, antes al contrario, como un pequeño saludo burlón. También Bella parecía disfrutar con la cancioncilla, porque alzó la cabeza hacia arriba, quedándose a la escucha acostada, en vez de dar un salto como hubiera hecho en otra ocasión.

—¿La sabes? — le bisbiseó Useppe, bajísimo.

Y en respuesta ella agitó la lengua y alzó media oreja, como diciendo: «¡Pues claro! ¿Cómo no?». Esta vez, los cantantes no eran dos, sino uno solo; y por lo que se distinguía desde abajo, no era un canario ni un verderón, sino quizá un estornino, o más bien un gorrión común. Era un pajarito insignificante, de color castaño gris. Escrutando hacia lo alto, cuidando de no moverse ni hacer ruido, se podía descubrir mejor su cabecita vivaz y hasta su minúscula gorguera rosada que palpitaba con los gorjeos. Al parecer, la cancioncilla se había difundido entre los pájaros, convirtiéndose en un aire de moda, pues hasta los gorriones la sabían. Y quizá este no conociera ninguna otra, pues seguía repitiendo esa sola, siempre con las mismas notas y la misma letra, salvo variaciones imperceptibles:

*Es una broma,
una broma,
¡todo una broma!*

O bien:

*Una broma, una broma,
¡todo es una broma!*

O bien:

*Es una broma,
es una broma,
es todo una broma, una broma,
una broma ¡ohoooo!*

Tras repetirla una veintena de veces, aleteó de nuevo y voló lejos. Entonces Bella, satisfecha, se estiró más sobre la hierba, con la cabeza posada sobre las dos patas delanteras, y empezó a dormitar. El silencio, terminado el intervalo de la cancioncilla, se había agrandado en medida fantástica, tanto que no solo los oídos, sino el cuerpo entero lo escuchaba. Y Useppe, al escucharlo, tuvo una sorpresa que acaso hubiera espantado a un hombre adulto, sujeto a un código mental de la naturaleza. Mas su pequeño organismo, en cambio, la recibió como un fenómeno natural, aunque nunca descubierto hasta hoy.

¡El silencio, en realidad, era parlante! Más aún, estaba hecho de voces que al principio llegaron más bien confusas, mezclándose con el temblor de colores y sombras, hasta que después la doble sensación se convirtió en una sola; y entonces comprendió que aquellas luces trémulas eran también, en realidad, voces del silencio. Era cabalmente el silencio, no otra cosa, lo que hacía temblar el espacio, serpenteando hasta la raíz más honda del centro encendido de la tierra, y ascendiendo en una tempestad enorme más allá de la claridad. La claridad seguía siendo clara, y hasta más deslumbradora, y la tempestad era una multitud que cantaba una sola nota (o quizá un solo acorde de tres notas) ¡igual a un grito! Pero dentro se distinguían, quién sabe cómo, una por una, todas las voces y las frases y los discursos, a millares, y a miles de millares: y las cancioncillas, y los balidos, y el mar, y las sirenas de alarma, y los disparos, y las toses, y los motores, y los convoyes para Auschwitz, y los grillos, y las bombas rompedoras, y el gruñido mínimo del animalito sin cola..., y «¿Qué? ¿Me das un besito, eh, Us?...».

Esta múltiple sensación de Useppe, no fácil ni breve de describir, fue en sí misma, en cambio, sencilla y rápida, cual una figura de tarantela. Y el efecto que surtió sobre él fue el de hacerle reír. Se trataba, en verdad, también hoy, al decir de los médicos, de una de las diversas señales de su morbo: ciertas sensaciones alucinatorias son «siempre posibles en sujetos epilépticos». Pero quien hubiese pasado en ese momento por la tienda de árboles, no habría visto sino a un despreocupado morenito de ojos azules que se reía por nada, con la mirada en el aire, como si una pluma invisible le cosquillease la nuca.

—¡Carloo!...? ¡Vavide... Davide!

El joven que los precedía a unos pasos de distancia por la via Marmorata se volvió apenas, de través. Tras su rápido paso por la via Bodoni el verano anterior, Useppe no había vuelto a ver a Davide Segre (antes Carlo Vivaldi y Piotr); pero Bella, en cambio, tuvo nuevas ocasiones de encontrarlo, a finales del verano y en el otoño sucesivo, las veces que Ninnuzzu cayó por Roma sin encontrar tiempo para dejarse ver por casa. Reconociéndolo inmediatamente, se lanzó hacia él con tan impetuoso gozo que Useppe dejó escapar la correa de las manos. (Había corrido la voz, hacía algún tiempo, de que los laceros del Ayuntamiento daban caza a los perros sueltos, e Ida, espantada, compró una correa y hasta un bozal, recomendando su uso a Bella y a Useppe. Y a partir de entonces, convencidos los dos, hasta que salían de los barrios habitados se mantenían siempre así atados el uno al otro, con el efecto natural de que Bella llevaba de la correa a Useppe, más pequeño.)

La vocecita, que había hecho volverse al joven gritando sus nombres, lo había dejado sin embargo desatento no menos que si hubieran llamado a otro; y tardó en reconocer a la Bella de Ninnuzzu en aquel perro apestoso y festivo que se abalanzaba sobre él en mitad de la calle:

—¡Largo! — fue su primera respuesta al perro desconocido. Pero entretanto alguien llegaba a la carrera:

—¡Soy Useppe! — le anunció este otro, petulante; y él descubrió,

inclinándose, dos ojos azules que le sonreían en un saludo trémulo.

Al reconocerlos, Davide estuvo a punto de asustarse. Su único deseo en ese momento era estar solo.

—Adiós, adiós, me voy a casa — cortó en seco.

Y dándoles la espalda prosiguió con su paso escorado en dirección al puente Sublicio. Pero, al cruzar el puente, le asaltaron los remordimientos y se volvió hacia atrás. Vio a los dos que, tras haberle ido a la zaga unos pasos, se habían detenido, cohibidos, en la entrada del puente, la perra agitando el rabo, y el niño bamboleándose con expresión incierta, apretando la correa con ambas manos. Entonces, para arreglarlo lo mejor posible, Davide les hizo con la mano un ademán presuroso de despedida y esbozó una sonrisa forzada, vagamente alusiva. Eso bastó para que los dos volasen a su encuentro como dos pollitos.

—¿Adónde vas? — lo afrontó Useppe ruborizándose.

—A casa, a casa, adiós — contestó Davide. Y por librarse de la pareja agregó, casi escapando hacia Porta Portese.

—Nos vemos, ¿eh? ¡Más tarde!

En ese momento, Useppe, resignado, le hizo su familiar gesto de adiós con el puño cerrado. Pero Bella, en cambio, se grabó en la cabeza esas palabras «nos vemos más tarde» cual si equivalieran a una auténtica cita. De momento (era casi la una de la tarde), tiró de Useppe por la correa hacia la via Bodoni para la comida, mientras que Davide, escabulléndose, se internaba hacia Porta Portese.

En realidad él, por su parte, corría a otra cita, que lo esperaba en casa, excitándolo tanto como una llamada femenina. No era en cambio sino una medicina, a la cual recurría desde hacía algún tiempo en ciertas horas difíciles, como antes al alcohol. Pero mientras el alcohol lo caldeaba

agitándolo incluso hasta la cólera, este otro remedio tenía para él la gracia opuesta, prometiéndole un estado de quietud.

Después de la muerte de Ninnuzzu él, al principio, cayó en una inquietud febril, que a cada momento lo expulsaba de su pequeño domicilio romano hacia los puntos de su breve pasado que todavía podían representar una especie de familia. Primero se presentó en el pueblo de su nodriza, desde donde enseguida partió a toda prisa hacia Roma. Después, un día regresó a Mantua, pero desde allí pronto cogió el tren para el sur. Alguno de sus viejos compañeros anarquistas lo había visto reaparecer por un café de Pisa o de Liorna, donde se reunían en la época de la adolescencia. A sus preguntas contestó de mala gana, con monosílabos y sonrisas forzadas; y después se quedó allí enfurruñado, taciturno, sin estarse nunca quieto con las piernas, como si la silla le diese una sensación de prurito, o de anquilosis. Al cabo de unos treinta minutos, en el medio y medio de sus conversaciones, había saltado en pie, con la impaciencia de alguien a quien se le escapa una necesidad; pero en cambio se había despedido de todos ellos, anunciando en un refunfuño que debía darse prisa para no perder el enlace con Roma en la estación. Y así, sin previo aviso, desapareció de nuevo igual que había aparecido.

Un día en Roma había montado en el trenecito de los Castelli; aunque se bajó en la primera parada para regresar a toda prisa. Y más de una vez había caído por Nápoles... Pero en todos los sitios adonde iba, encontraba siempre y solamente una persuasión definitiva de que él, lo mismo que en Roma, tampoco en ninguna otra ciudad o pueblo tenía ningún amigo. Y entonces no le quedó al final sino arrinconarse en su tugurio de alquiler en el Portuense, donde al menos encontraba una cama familiar para arrojar su cuerpo.

Aunque en resumidas cuentas estos viajes y correrías absurdos no fueron del todo vanos. Un provecho, al menos, había sacado, que podía servirle de

ahora en adelante en su soledad. Y él, al calcularlo, lo valoraba sin siquiera ironía como una amistad, aunque fuese una amistad no humana, artificial y, a su juicio, asquerosa.

Empezó por casualidad pocos meses antes, durante una de sus correrías por Nápoles. Al anochecer, un medicucho recién licenciado (lo conoció de estudiante en los días que pasó en el frente con Ninnuzzu) lo había visto llegar a su casa de improviso.

—¡Piotr! — había gritado al reconocerlo (se le había presentado, en otros tiempos, con este nombre) y, antes aun de escucharlo, comprendió que el muchacho acudía en busca de socorro.

Más adelante, tuvo ocasión de recordar que su impresión instantánea, con solo mirarlo a la cara, había sido la de recibir la visita de un suicida. En sus ojos almendrados, hundidos, había una oscuridad sin nombre, desgarrada pero también tímida; y los músculos le temblaban, no solo en la cara sino en todo el cuerpo, bajo una carga de energía salvaje que no lograba consumirse sino en forma de dolor. En cuanto entró, sin siquiera saludar al anfitrión (a quien no había visto acaso hacía dos años), con la brutal vehemencia de un ladrón de pisos que amenaza a mano armada, dijo que necesitaba una medicina cualquiera, pero fuerte, un remedio de acción rápida, inmediata, porque si no enloquecería. No aguantaba más, llevaba días sin dormir, veía llamas por todas partes, buscaba una medicina «fría, fría», que le impidiese pensar. Porque él no hacía sino pensar. ¡Quería que los pensamientos se apartasen de él..., que la vida se apartase de él! Exclamando esto se había tirado sobre un pequeño sofá, no sentado, sino ovillado, medio de rodillas contra el respaldo, y daba unos puñetazos terribles en la pared, como para romperse los nudillos. Y sollozaba, o mejor dicho, en su pecho se formaban sollozos, destrozándole el cuerpo por dentro, aunque no logran desahogarse por su boca, brotando apenas como estertores informes y fatigosos. El piso

donde estaban, el del médico, no era una consulta, sino todavía su vivienda de estudiante, más que nada una *garçonnière*. Había, clavadas a la pared con chinchetas, unas viñetas humorísticas recortadas de semanarios... Y él se puso a arrancar esas viñetas, aullando insultos y blasfemias. El anfitrión, que siempre lo había respetado y admirado por sus gestas guerrilleras, se afanaba por calmarlo, por serle útil. Allí en la casa no tenía un botiquín muy provisto; pero en la cartera, traída del hospital donde hacía prácticas, llevaba una ampolla de Pantopon. Se la inyectó, y al cabo del rato lo vio aquietarse, y hasta tranquilizarse, como un niño en ayunas que chupa la leche de la madre. Relajándose, comentó dulcemente, en su dialecto septentrional:

—Es buena... Es buena... Es refrescante... — Y mientras tanto lanzaba al médico pequeñas sonrisas de gratitud, mientras los ojos, empapados de una niebla radiante, ya se le cerraban.

—Perdona las molestias, eh, perdona las molestias — no paraba de repetir, mientras el anfitrión, viéndolo dormitar, lo ayudaba a tenderse en la cama en la habitacioncita contigua.

Allí durmió pesadamente toda la noche, unas diez horas; y por la mañana despertó calmado, serio; se lavó, se peinó y hasta se afeitó. Quiso informarse de la cura recibida y el anfitrión le explicó lealmente que había sido una inyección de Pantopon, fármaco a base de morfina.

—Morfina... ¡Es una droga! — acotó Piotr, preocupado. Y comentó, ceñudo— : Entonces, ¡es una mierda!

—En efecto — le contestó el médico, con severidad y escrúpulo profesional—, de ordinario no es aconsejable. Pero en ciertos casos excepcionales puede ser aconsejable.

Sin embargo, Piotr había adoptado un aire entristecido, como un chavalito que ha cometido una vileza, y seguía golpeándose despacito uno contra el otro los puños con los nudillos magullados.

—No le digas a nadie que me he metido eso en el cuerpo — fue la última frase que murmuró, avergonzado, a su anfitrión antes de marchar.

Desde su juventud, Davide había sentido asco y desprecio por los narcóticos y las drogas en general. Había entre los recuerdos de la familia Segre el de una tía abuela, evocada entre los descendientes de la parentela con el simple nombre de tía Tildina, que murió en el hospital, decían, por abuso vicioso de cloral. Murió núbil a eso de los cincuenta años de edad, y en los álbumes de fotos en casa existía un retrato suyo de la época. Se veía una figurilla consumida y algo encogida, casi calva — aunque con los ralos cabellos dispuestos en un peinado de cintas negras y perlitas—, embutida en una chaqueta de rayas y con una estola de piel sobre los hombros. Para él, niño, aquella criatura senil, de labios estirados, nariz seca y ojos saltones, tristes y un poco exaltados de solterona, había representado el modelo de la fealdad y la sordidez burguesas. Y la droga, identificada generalmente siempre por él con la tía Tildina, le parecía un vicio propio de la burguesía degradada y reprimida, que busca una evasión de la culpa y del aburrimiento. El vino es un desahogo natural, viril y plebeyo; mientras que la droga es un sucedáneo irreal y perverso, de solteronas. La vergüenza, que ya lo había envilecido en su experiencia inicial y casi involuntaria de Nápoles, volvía a humillarlo, más desastrosa, a continuación, a cada nueva recaída voluntaria. Y esta vergüenza le daba fuerzas para resistir hasta cierto punto a sus deseos, impidiéndole caer en una total dependencia de la medicina encantada. Había días, sin embargo, en los que el extraño exceso de energía que lo laceraba, desviada toda hacia un dolor sin solución, lo llevaba a un punto de angustia y horror insoportables. Era el punto de ruptura de su resistencia. Y en ese punto extremo, la promesa de su medicina se le abría como, al fondo de una galería en ruinas, una gran abertura de aire desde donde emprender el vuelo.

Durante esos meses (aunque acusándose, a su juicio, de riquezas abusivas)

Davide vivía de rentas. Con ocasión de su último paso por Mantua, le dio a aquel tío superviviente, para él nada simpático, plenos poderes para la liquidación de su herencia personal, que se reducía, en conjunto, al piso de cinco habitaciones donde desde pequeño había vivido con su familia. Y, como anticipo por la venta del piso, el tío le mandaba un giro postal a finales de mes.

Era una suma casi miserable, aunque a él le bastaba para sobrevivir, con la existencia de gitano que llevaba. No había en su vida presente ninguna amante, salvo alguna pobre aventura mercenaria, que recogía en ciertas cazas nocturnas de bandolero y consumaba allí mismo (junto a unas ruinas, o en la escalerilla de un puente) sin siquiera mirar a la mujer a la cara. Le parecía, en efecto, reconocer en cada una de aquellas chicas a su G. de Mantua, ¡a quien otros (los amos de entonces) usaran del mismo modo que él entonces usaba a esta! Y semejante uso equivalía a un lenocinio, él se sentía tan asqueroso como ellos, indigno de alzar los ojos. Entonces desahogaba su necesidad con la prisa rabiosa de quien comete un ultraje, y pagaba de más a su aventura, como si fuese un americano podrido de millones, encontrándose luego, a lo mejor, sin una lira ni para cigarrillos.

A veces se daba también a la bebida, aunque más raramente que antes. En lo que respecta a la alimentación, si se acordaba, comía de pie, sin plato ni cubiertos, en una pizzería. Y estos, además del alquiler del bajo, eran sus máximos gastos habituales, a los que se añadía ahora el único lujo de las nuevas medicinas. Pero el uso de ciertas drogas en esa época no estaba muy difundido en Italia, y no era difícil conseguirlas, incluso baratas.

Tras las primeras semanas, el temor a una fatal dependencia física (que para él representaba el deshonor definitivo) le aconsejó sustituir, en algunos casos, los opiáceos por sustancias de distinta composición y efectos distintos. Se trataba, en su mayoría, de hipnóticos, de venta libre en las farmacias, que

Davide ingería no solo contra los insomnios nocturnos, sino por la mañana y por la tarde y a cualquier momento, cuando su propia presencia le resultaba insoportable. Con su ayuda se hundía rápidamente en un letargo en el que podía sumirse días enteros. Pero cuando emergía era lo mismo para él que si hubiera pasado un solo instante desde que se había dormido. El intervalo era cero. Y el peso del tiempo indestructible lo esperaba en el umbral del tugurio, como una roca que debía arrastrar. Entonces, valientemente, se la cargaba a cuestas, tratando de reaccionar. Salía, entraba, volvía a cruzar los puentes, se asomaba a los cines y a las tabernas, hojeaba libros... ¿Qué hacer, con su cuerpo?

Su único consuelo en semejantes días era saber que, como último recurso, le restaba siempre su primera medicina, la de Nápoles, de la cual siempre disponía de una reserva. Ninguna otra de las diversas medicinas probadas sabía darle, en especial al principio, tanta consolación, como una mano que lo acariciase: «No es nada, no es, nada», despojando a las cosas de su peso y hasta aligerándole la memoria. La propia soledad se le revelaba en esos momentos un episodio leve, fortuito y provisional; existían, en verdad, en la tierra seres extraordinarios, futuros amigos suyos, que ya partían a su encuentro. «No hay prisa, no hay ninguna prisa. Al salir, quizá mañana, los encontraré.»

Y de vez en cuando, de unos y otros remedios que usaba como coartada o alternativa, volvía a aquel único, fascinado como un libertino que vuelve a su primer amor. Llamaba a estos sus «días de gala». Eran su alimento aunque efímero, por desgracia. Los consuelos químicos se comportan como ciertas bombillas eléctricas usadas en los hoteluchos, las cuales están reguladas para permanecer encendidas solo mientras se sube la escalera desde la planta baja al piso de arriba. Mas a veces se apagan en la mitad de la escalera, y uno se encuentra allí como un bobo, braceando en la oscuridad.

El día de su encuentro con él, Bella y Useppe, después de comer a toda velocidad, escaparon enseguida de casa, según su costumbre cuando hacía bueno. Y, en efecto, era un día veraniego de mayo, de esos que en Roma todos los barrios parecen hechos de aire, y la ciudad entera, azoteas, ventanas y balcones, diríase empavesada por doquier. La dirección natural de la pareja, con tal clima, y en vista de la larga duración de la luz, habría sido hacia el vial Ostiense, y desde allí anda que te andarás hasta el famoso lugar recién descubierto (la tienda de árboles a orillas del agua). Pero hoy, en cambio, Bella tomó la dirección contraria, hacia el puente Sublicio; y Useppe no tardó en adivinar que, habiéndole cogido la palabra a Davide, corría tras sus huellas para llegar a la cita con él. A decir verdad, Useppe no se había hecho ilusiones con la frase de Davide, claramente lanzada al azar, solo por decir «adiós», más alto, con la visible finalidad de escabullirse cuanto antes. Y ahora, esta duda ansiosa le infundía cierto desasosiego. Pero como Bella tiraba de la correa, contenta y decidida, la siguió a la hipotética cita sin discutir, e incluso con ardiente aliento.

Él nunca había sabido la dirección de Davide; pero Bella, por su parte, la conocía, pues ya había estado allí en compañía de Ninnuzzu. Y galopaba con entusiasmo ante la perspectiva de esta visita inminente. Es preciso recordar aquí que Davide, a despecho de sus modales ariscos que lo hacían antipático, más o menos, para todos los demás, a menudo tenía éxito entre los animales y los niños pequeños. ¿Emanaría de él acaso un olor misterioso, especialmente simpático para los mocosuelos, los gatos, los perros y tipos por el estilo? El caso es que ciertas chicas, tras haber dormido con él, decían que su pecho, bastante peludo, de noche sabía a hierba.

Llegados a la piazza di Porta Portese, Bella alzó la cabeza y ladró hacia las ventanas del reformatorio Gabelli, que de inmediato le evocaron Poggioreale,

donde su primer Antonio estaba encerrado. Después, pasada la puerta, bajó el rabo y las orejas, torciendo de sopetón hacia la derecha: era porque allí a la izquierda se alzaban los muros de la Perrera Municipal, desde la cual se podía oír algún grito aislado; aunque prefirió no hacérselo saber a Useppe.

Aquí está la taberna, de donde salen los habituales fragores de la radio; y las chabolas, y el informe solar sembrado de basuras y detritos. A esas horas no había mucha gente por allí alrededor. Se veían, sí, varios perros que hurgaban entre los desperdicios o sesteaban tumbados en el polvo; y Bella, a pesar de su ardor por llegar a la cita, se demoró con ellos, intercambiando las ceremonias de costumbre. Uno de los perros era cojito y minúsculo, como un mono enano; otro, grande y más bien hinchado, parecía un ternero. Pero Bella, que por su parte parecía un oso, los reconocía igual como parientes; y festejaba su identidad canina, saludándolos pacífica y satisfecha. Solo con uno, robusto pero esbelto, de color remendado y con las orejas tiesas, el encuentro no fue cordial; tanto él como Bella gruñeron y se mostraron los dientes, dispuestos a saltar.

—¡Bella! ¡Bella! — invocó Useppe, preocupado.

Y al oír su grito, por fortuna, un joven de una chabola llamó con voz de dueño:

—¡Lupo! ¡Lupo! — logrando, con su autoridad, evitar el choque.

El tal perro entró obediente en la chabola y Bella, olvidada en un instante de él y de todos los demás perros, se dirigió tan contenta hacia la puertecita del bajo, reconocida de inmediato por ella, y arañó en la madera, como alguien de la familia.

—¡Adelante! — exclamó desde el interior la voz de Davide. Sin duda era su voz, pero acogedora, teñida de levedad y contenta, como nunca se había oído.

—¡La puerta está cerrada! — lo informó Useppe de rebote, con fuertes

recelos.

Y entonces Davide, sin preocuparse siquiera de averiguar quién era, acudió a la puerta, levantándose por un momento de la cama, donde estaba tendido; aunque antes de abrir empujó de una patada debajo de la cama, desde la alfombrilla donde se habían quedado, una ampolla rota y un algodón, manchado con unas gotitas de sangre.

—¿Quién es? ¡Ah, eres tú! — dijo, con aquella voz inaudita, clara y relajada, como si la visita de Useppe fuera un fenómeno totalmente natural—. Es curioso, ¡estaba pensando en ti! — añadió, iluminándose con una ternura adivina, apenas tintada de asombro—. No sabía que pensaba en ti, pero ahora me doy cuenta: era en ti en quien pensaba.

Y se tendió de nuevo en la cama, sin hacer quién sabe desde cuándo. En el colchón de rayas no había sino, a la cabecera, una almohada gris de suciedad, y, a los pies, una sábana retorcida, también grisácea. La colcha estaba arrugada en el suelo, junto al sillón, con los pantalones y unos periódicos encima. La camiseta estaba en el suelo, más lejos, en otro lado de la habitación.

—¡También está Bella! — anunció Useppe, como si no bastase la evidencia, pues Bella lo había precedido en el interior, todavía sujeta a él por la correa.

Celebraba el encuentro flameando el rabo, pero se contuvo de ciertas demostraciones exageradas y locas, seguramente por respeto a la hospitalidad. De momento, echando un vistazo al montón de la manta, y suponiéndola una cama aprestada adrede para ella, se acomodó allí como una bayadera, siempre flameando la cola.

El cuerpo de Davide, extendido sobre la cama casi supino, sin otra prenda que unos calzoncillos, mostraba su terrible delgadez, tanta que le sobresalían todos los huesos de los costados, pero su cara tenía una animación infantil,

llena de sorpresa aunque también de confianza, como en un encuentro entre coetáneos.

—Reconocí tus pasos — declaró con la misma sencillez que poco antes, que trataba lo inverosímil como un asunto normal—, pasitos pequeños... pequeñitos... Y pensaba: «Ya llega, pero ¿quién es?». No reconocía el nombre, y eso que lo sé perfectamente: ¡Useppe! ¡Quién no lo sabe! Y no era la primera vez, hoy, que pensaba en ti; otras muchas veces me he acordado...

Useppe se iluminó, con un balbuceo confiado. De vez en cuando, al mirarlo, Davide soltaba una risita.

—Tú y tu hermano — observó, cambiando de postura, en un soplo— sois tan diferentes que ni siquiera parecéis hermanos. Pero os asemejáis en una cosa: la felicidad. Son dos felicidades diferentes: la suya, es la felicidad de existir. Y la tuya es la felicidad... de... de todo. Eres la criatura más feliz del mundo. Siempre, cada vez que te he visto, lo he pensado, desde los primeros días en que te conocí, allá, en el camaranchón... Siempre evitaba mirarte, ¡me dabas mucha lástima! Y desde entonces, ¿lo creéis?, siempre me he acordado de ti.

—¡¡También yo!!

—... Ah, entonces eras un pituso, y también ahora eres igual de pituso. No hagas caso de lo que digo: ¡hoy es mi día de gran gala, doy un baile! Pero tú, cuando me encuentres, deberías salir escapado, ¡especialmente cuando bailo! Eres demasiado majo para este mundo, no eres de aquí. Como suele decirse: la felicidad no es de este mundo.

Alisó la sucia sábana de entre los pies, y se la subió hasta el pecho, asaltado por un cómico sentimiento de pudor, pero también por el frío (entre otras cosas, estaba en ayunas). A diferencia de en la cabeza, donde el pelo le crecía duro y casi tieso, en el pecho y las axilas tenía rizos lanudos, como astracán. Y su negrura exuberante contrastaba con la actual y extremada

palidez de su cuerpo moreno, que con su delgadez parecía vuelto a una primera adolescencia. Se había tumbado de nuevo en una meditación ingenua, seria y encantada. En su cara, aunque demacrada y con sombras de barba, se reconocía ese día al estudiantillo de la foto de carnet que las mujeres de los Mil habían curioseado en corro la noche de su llegada.

—¡Yo siempre amé la felicidad! — confesó—. Ciertos días, de niño, me embargaba hasta tal punto, que echaba a correr con los brazos abiertos, con ganas de gritar: «¡Es demasiada, es demasiada! No puedo guardármela toda para mí. Debo dársela a algún otro».

Pero Useppe, mientras tanto, allí estaba pirrándose por aclararle un punto fundamental de su diálogo de antes:

—También yo — prosiguió desde aquel punto, en una especie de susurro —, no te vayas a creer que me he olvidado de ti, de cuando estabas allá lejos con nosotros, ¡cuando dormías aquí! Tenías gafas de sol, y una bolsa...

Al mirarlo, los ojos de Davide rieron.

—De ahora en adelante — le propuso—, ¿seremos amigos? ¿Seremos amigos SIEMPRE?

—Tí... Tí... ¡Tíííí!

—¡Sigues teniendo el mechoncito de siempre, tan tieso en medio de la cabeza! — observó Davide, al mirarlo, con una risita.

En el bajo, cerrada la puerta, la luz meridiana apenas se filtraba por la cortina del ventanuco; y se remansaba una penumbra casi fría. Nadie barría o arreglaba aquello, estaba claro: por el suelo se veían colillas diseminadas, alguna cajetilla vacía y arrugada de Nazionali, y aquí y allá huesos de cereza. Sobre una silla que servía de mesilla de noche había quedado una jeringa vacía, al lado de un bocadillo de mortadela, mordisqueado apenas por la punta. En cuanto a la decoración, todo había permanecido, más o menos, como en la época de Santina. Solo en la mesilla de noche había algún libro,

mientras que la muñeca había sido eliminada o colocada en otro sitio; y los dos cuadros sagrados de la pared estaban tapados con hojas de periódico.

El lugar le recordaba a Useppe, en cierto modo, la tarbea de los Mil, y le gustaba, sin duda. Volvía alrededor sus ojillos contentos, y también dio algún pasito exploratorio.

—¿Y adónde vas tan solito por Roma? — preguntó Davide, alzándose sobre un brazo.

—¡Vamos al mar! — terció Bella. Pero Useppe, consciente de que acaso Davide no entendiera las palabras de la pastora, las tradujo, corrigiendo:

—¡Vamos al río! No a este río de aquí — hizo saber prontamente—, sino más lejos, ¡pasado San Pablo!, ¡aún más allá!, ¡todavía más lejos! — Estuvo a punto de informar a Davide sobre su encuentro con el tal cantante alado que sabía la canción: «Es una broma, etcétera», aunque se lo pensó mejor y, tras una pausa, le preguntó, en cambio—: ¿No has visto nunca a un animalito pequeño — con las manos indicó la medida—, sin cola, marrón con manchas amarillas... de patas cortas?

—¿Cómo cuál otro, por ejemplo?...

—Como un ratón..., pero sin rabo... ¡Pero tiene las orejas más pequeñas! — se afanó por describir Useppe.

—Podría ser... una urraca enana..., un conejillo de Indias..., un hámster...

Useppe habría querido dar y pedir más informaciones, pero Davide, siguiendo una idea propia, observó, con una sonrisa fútil:

—Yo, cuando era un cativo como tú, quería ser explorador, ser de todo, quería... Pero ahora — agregó con un gesto de debilidad e inapetencia casi asqueada—, no tengo ganas ni de mover un dedo, de ir a ningún sitio... ¡Aunque un día de estos tendré que ponerme a trabajar! Quiero hacer un trabajo manual, cansado, ¡y así de noche cuando vuelva a casa estaré tan flojo que no podré pensar!... ¿Tú piensas a menudo?

—Yo... sí que pienso.

—¿En qué piensas?

En estas Bella emitió un sonido para animar a Useppe. Este se agitó sobre sus piernecitas, la miró, después volvió a mirar a Davide.

—¡Hago poesías! — le comunicó, ruborizándose de secreto y confianza.

—¡Ah! ¡Ya había oído decir que eres poeta!

—¿A quién? — Useppe miró al soslayo a Bella, única en saberlo... (Aunque en realidad había sido Nino, quien, presumiendo con su amigo de su famoso hermanito espurio, le había dicho, entre otras cosas: «Ese, según yo, será poeta, ¡o campeón! ¡Tendrías que ver los saltos que pega! ¡Y cómo habla!».)

—¿Y qué? ¿Ya escribes poesías? — prosiguió Davide, ignorando la pregunta de Useppe.

—Nnnoo... Yo no quiero escribir... Yo... no... — como de costumbre, en los momentos de emoción o confusión, Useppe volvía a incurrir en la pronunciación disparatada y trunca de los críos—. Las poesías yo las pienso... y las digo...

—¿Y a quién se las dices?

—¡A ella! — Useppe señaló a Bella, que ondeó el rabo.

—Dímelas también a mí, si las recuerdas.

—No, nun las recuerdo... Yo las pienso, y enseguida se me olvidan... ¡Son tantas!... pero cortas. ¡Pero TANTAS! Yo las pienso cuando estoy solo, y también, cuando no estoy solo, ¡a veces las pienso!

—¡Piensa una ahora!

—Tí.

Sin más Useppe frunció el ceño, empezando a pensar.

—Pero una sola es demasiado corta — observó meneando la cabeza—, así que pensaré muchas distintas, ¡y te las digo!

Para concentrarse mejor, cerró los ojos, tan fuerte que los párpados se le arrugaron. Después, cuando al cabo de un instante los abrió, su mirada, como la de los pájaros cantores, parecía seguir un punto móvil y luminoso fuera de la vista. Al mismo tiempo, acompañada de un balanceo de las piernas, su voz azarosa y tímida empezó a canturrear:

Las estrellas como los árboles y crujen como los árboles.

El sol por el suelo como un puñado de cadenitas y anillos.

El sol todo como muchas plumas, cien plumas, mil plumas.

El sol arriba en el aire como muchas escaleras de palacios.

La luna como una escalera y en lo alto se asoma Bella que se esconde.

Dormid, canarios, cerraditos como dos rosas.

Las telas como muchas golondrinas que se saludan. Y en los árboles.

El río como hermosos cabellos. Y hermosos cabellos.

Los peces como canarios. Y salen volando.

Y las hojas como alas. Y salen volando.

Y el caballo como una bandera.

Y sale volando.

Como cada una de estas líneas representaba una poesía entera, entre una y otra había marcado las pausas con una respiración; hasta que, dicha la última, dejó oír una respiración más fuerte y cesó de balancearse, corriendo hacia su público. Bella lo acogió con un saltito festivo, y Davide, que lo había escuchado con mucha seriedad y respeto, sentenció, convencido:

—¡Tus poesías hablan todas de Dios!

Después, reclinando la cabeza sobre la almohada, se puso a explicar con diligencia su juicio:

—Todas tus poesías — dijo pensativo, razonando— están centradas en un COMO... Y estos COMO, unidos en un coro, significan: ¡DIOS! El único Dios real se reconoce a través de las semejanzas de todas las cosas. Miremos a donde miremos, descubrimos una única impronta común. Y así, de semejanza en semejanza, a lo largo de la escalinata nos remontamos a uno solo. Para una mente religiosa, el universo representa un proceso en el cual, de testimonio en testimonio, todos concordes, se llega al punto de la verdad... Y los testigos más seguros, claro, no son los clérigos, sino los ateos. No se testimonia ni con las instituciones, ni con la metafísica. Dios, o sea, la naturaleza... Para una mente religiosa — concluyó, con gravedad—, no hay objeto, aunque sea un gusano o una paja, ¡qué no de idéntico testimonio de DIOS!

Useppe se había sentado confianzudamente en el sillón, del que colgaban sus flacas piernecitas y los pies desnudos en las sandalias, mientras Bella, acostada cómodamente entre la cama y el sillón, remiraba feliz ora a Useppe ora a Davide. Y Davide, entretanto, proseguía sus meditaciones en voz alta, como si razonase en sueños con algún gran doctor, sin darse cuenta de que hablaba con dos pobres analfabetos. Casi no recordaba, incluso, quién de los tres allí dentro era el estudiante culto y quién el mocosuelo y quién el perro... Sin embargo, de repente sus pupilas se clavaron con atención en un punto de su brazo desnudo, donde una vena, ligeramente tumefacta, mostraba en la superficie un grumo sangriento, parecido a la picadura de un insecto. Cada vez que recurría a su medicina, Davide volvía siempre a inyectarse en el mismo punto concreto de esa vena, siempre la misma, a causa de una fijación misteriosa que acaso ocultaba su intención de proporcionarse adrede una señal visible de su reincidente vileza. Pero la intoxicación, que entonces lo acunaba como una madre, lo distrajo enseguida de su marca infamante. Lo embargaba el placer musical de su propia voz, mientras que sus ojos se

habían vuelto límpidos, en su negrura, como un agua pura y fresca que refleja la oscuridad.

—También yo, antes — dijo, sonriendo con la frente medio escondida por el brazo—, hace años, escribía poesías, todas poesías políticas, o bien de amor. No tenía aún ninguna novia, ni siquiera me salía la barba, pero todos los días encontraba una media de, por lo menos, cinco o seis chicas nuevas, normalmente desconocidas, con las que me habría gustado prometerme, juzgando a cada una más guapa que la otras. Los poemas, sin embargo, se los dirigía a una sola, llamada Amada, que no existía, era un invento mío, y sin comparación era la más guapa de todas. Yo no lograba ni siquiera imaginármela, sabía solo que debía ser virgen y, preferentemente, rubia...

»Y los poemas políticos, en cambio, los dirigía a toda clase de destinatarios, presentes, pasados y futuros. Le escribía a los Brutos, el Primero y el Segundo, al zar, a Carlos Marx, siempre en poesía. Algunos de esos poemas, en especial los primeros, de vez en cuando vuelven a mi memoria, vienen a golpearme en la cabeza, más que nada en los «días de gala»... Son cosas académicas, versos de principiante..., me acuerdo de uno titulado:

A los compañeros

*La revolución, compañeros, no se lee en los textos
de los filósofos, servidos para banquete del esclavo,
ni de los profesores que en su mesa se ocupan
de sudorosas luchas de los otros.*

*La gran revolución nos la enseña ese aire
a todos los alientos entregado, y receptor de todos.
¡Y la cantan el mar, nuestra sangre infinita,*

que en cada gota refleja todo el sol!
Toda humana pupila refleja así la entera luz.
¡Compañeros, hombres de toda la tierra!
Leamos la palabra de la revolución
en mis-tus-nuestros ojos, ¡nacidos a la luz
del pensamiento y las estrellas!
Está escrito:
«¡Hombre: consciente y libre!»...

—... ¡Más! — dijo Useppe, cuando terminó el recitado de este poema.

Davide sonrió, complaciente:

—Ahora — anunció— te diré otro de amor. ¡Creo haberlo escrito hace unos diez años! El título es:

Primavera

Eres cual vellorita cerrada que se abre
al primer sol de marzo...
¡Ábrete, amada mía!
¡Es hora! ¡Yo soy marzo!
¡¡Yo soy abril!! ¡¡Soy mayo!!!
Oh, conchilla del prado, vellorita del mar,
esto es la primavera,
¡y tú eres mía!

—... ¡Más! — pretendió Useppe también esta vez.

—Más ¿qué? — replicó riendo Davide—, ahí acaba el poema. Habré escrito quizá quinientos, quizá mil poemas, pero mi memoria está vacía. —

Diciendo esto, se lo pensó mejor—: Quizá — dijo, frunciendo el ceño— haya uno que puedo recordar, ¡el último que hice! Ni siquiera lo escribí, hace mucho tiempo que no escribo. Lo pensé solo, es muy reciente. Se me presentó a la mente él solo no hace mucho, también un «día de gala», y me parece que era domingo, como hoy. Digo que lo pensé aunque tampoco eso sea del todo exacto. Me parecía leerlo escrito no sé dónde, como con ideogramas, figuras coloreadas... Y ni siquiera entiendo qué significa, más aún, diría que no significa nada. Se titula «Sombras luminosas».

Los piecitos de Useppe se agitaron, con la impaciencia de escuchar el poema, Bella alzó ligeramente una oreja. Y Davide se entregó a su recitación con una voz pasiva y casi distraída, como si aquellos versos irregulares, breves y largos, asomaran a su memoria desde una escena reflejada en movimiento, la misma donde los había ya inventado la primera vez:

Sombras luminosas

«¿Cómo reconocerlos?», pregunté.

*Me respondieron: «Su señal
es la SOMBRA LUMINOSA.*

*Cabe encontrar aún a quien porta ese signo
que irradia de su cuerpo y a un tiempo lo recluye
y por eso se llama LUMINOSA
aunque asimismo SOMBRA.*

El sentido común no abarca esa señal.

*Un sentido ¿se explica? Jamás existe un código.
Cabría compararlo con el deseo, acaso,
que a los enamorados convoca hacia una chica
huraña, fea y desaliñada, aunque revestida*

*con visiones eróticas ignaras.
Cabría acaso dar con un ejemplo
el del favor tribal, el que cansagra
a los nacidos distintos de los otros, visitados por sueños.
Mas no sirven ejemplos.
Quizá se ve, quizá se oye, quizá se adivina
ese signo.
Hay quien lo espera, quien lo precede, quien lo rechaza,
alguien cree descubrirlo en trance de muerte.
Y gracias a ese signo, ciertamente, en el río Jordán
entre un gentío anónimo y confuso
dijo el Bautista a uno: «Mas Tú eres
quien debe bautizarme, ¡y me pides bautismo!».
Sombras, sombras, sombras luminosas,
luminosas, lu-mi-no-sas...*

—... ¡Más! — dijo Useppe.

—¡Dale con más! — protestó Davide, que ya comenzaba a entorpecerse—. Pero tú — preguntó luego, vagamente intrigado, a Useppe—, estas poesías, ¿las entiendes?

—No — contestó Useppe, sinceramente.

—Y entonces ¿te gusta de todas formas escucharlas?

—Sí — exclamó Useppe con sencillez, desde lo hondo del corazón.

Davide soltó una pequeña risa fantástica.

—Una más, y ya basta — decidió—, pero de algún otro autor. Pensemos: una, quizá, igual a las tuyas, con el COMO... ¡Como!... ¡Como!... COMO — empezó a declamar, con aire de inspirarse, y con voz burlona, aunque ya

casi sin aliento, y perezosa—. ...Como... ¡Ya está, la sé! ¡¡Esta se llama «Comedia», y habla del Paraíso!!

Useppe se puso a escuchar, boquiabierto. ¡Casi no creía que estuviera permitido tratar semejante tema!

*... COMO al rayo de sol he visto un día
romper la nube y dar sobre las flores
de un prado, manteniéndome en la umbría;
así vi muchas turbas de esplendores
y hasta ellos descender rayos ardientes
sin el principio ver de sus fulgores.[6]*

—... ¡Máas! — aventuró Useppe.

*...Y vi una luz en forma de ribera
fluir con gran fulgor de dos orillas
pintadas de admirable primavera.
¡De tal río brotaban chispas vivas!*

—... Más...

Davide dio un gran bostezo de cansancio.

—No — protestó, tajante—. Ahora, ¡basta! Y tú —preguntó, volviendo la cabeza hacia Useppe—, ¿tú crees en el Paraíso?

—¿En... quién?

—¡En el Paraíso!

—... Yo... no lo sé...

—A mí — declaró de pronto Davide— paraíso o infierno me da igual. Yo deseo que Dios NO exista. Deseo que allá no exista nada, sin más. Cualquiera

cosa que hubiera, me daría dolor. Todas las cosas que hay aquí o allá me dan dolor; todo lo que yo soy, todo lo que los demás son... Deseo no ser más.

—Pero ¿cómo? ¡Eh!, ¿estás enfermo? — lo interrogó en ese momento, preocupado, Useppe.

En efecto, la palidez de Davide se había vuelto terrosa, y su mirada turbia, como alguien que está a punto de desmayarse, o acaba de recobrar los sentidos.

—No, no, solo me ha entrado sueño... ¡es normal! Useppe había bajado del sillón, y Davide vislumbró sus ojillos azules que lo escrutaban solícitos, y a un lado y otro los mechones desordenados de la cabecita, tan lisos y negros que parecían húmedos.

—¿No quieres que nos quedemos aquí, a hacerte compañía?

—No, no..., necesito estar solo — contestó Davide con voz agitada—. Pronto nos veremos... ¡otra vez!

Imitando a Useppe, también Bella se había alzado sobre las cuatro patas, ya dispuesta a seguirlo, o mejor dicho a llevárselo detrás. Tras un silencio incierto, Davide oyó el rechinar de la cerradura, que Useppe intentaba abrir con sus manecitas, después la puerta cerrada con poquísimo ruido en consideración a su sueño; y unos pequeños murmullos de comentario, con un rozar de sandalias que se alejaban. Davide ya se amodorraba.

Entretanto, en el piso de arriba habían puesto una radio, a la que hacían eco, desde otras partes, otras radios, con idénticas notas. Se oían también nombres gritados, ladridos de perros, el estrépito amortiguado de un tranvía, a distancia... Más que sueño, lo de Davide era extenuación, mezclada, en híbrido amasijo, con la vigilia. Soñaba que se encontraba donde efectivamente estaba, en su camita del tugurio, y al mismo tiempo que se encontraba en la calle. Pera la calle de su duermevela se le mostraba como un área vasta e irreconocible, herida por un sol cegador de mediodía que parecía,

con el exceso de su fulgor, más ciego y luctuoso que una medianoche. Quizá el lugar era una estación, lo invadía un fragor de llegadas y salidas, pero no se veía a nadie. Davide había acudido allá como hacían los otros que esperaban el regreso de alguien, o al menos tenían alguien a quien despedir... Pero él ya sabía que esto, en su caso, era un desvariar en el vacío. De repente le parece que una mano ondea un pañuelo desde una ventanilla... y eso basta para inspirarle una emoción infinita. Se agita para responder, pero advierte que el pañuelo es un feo trapo ensangrentado, e intuye que detrás, semioculta, hay una sonrisa horrible, de acusación e ironía. «Es un sueño», se recuerda para consolarse; pero no le importa apresurar el despertar, pues sabe que, total, este no será sino una continuación larga, muy larga, de ese sueño.

Al día siguiente, a la misma hora de la tarde, como si la «cita» con Davide estuviera fijada para todos los días de la semana, la conocida pareja Useppe-Bella repitió impaciente la misma ruta hacia el bajo; pero hoy Davide no se encontraba en casa. Al no obtener respuesta a los arañazos de Bella y a sus propios golpes, Useppe, con la duda de si Davide estaría allí, enfermo, trepó por ciertos salientes del muro hasta el bajo ventanuco enrejado. Y tras haber llamado en vano, desde allí: «¡Davide... Davide!», como los cristales del ventanuco estaban abiertos, apartó la cortina desde fuera y echó una ojeada al cuartito. Todo estaba como el día anterior; el colchón al aire, la sábana enrollada, las colillas diseminadas por tierra, etcétera; pero el dueño de la casa estaba ausente. En ese mismo momento, del portal que daba al patio salió la propietaria del bajo, la renga, que quizá de momento tomó a Useppe por un ladrón, aunque sin duda, al comprobar su pequeñez, debió de retractarse.

—¿Qué haces ahí, chavalito? — le preguntó.

—Vv... ¡Davide! —dijo Useppe con la cara colorada al bajar.

—¿Davide? Lo he visto salir hace un par de horas. No habrá regresado aún.

—¿Y cuándo vuelve?

—¿Y yo qué sé? Ese entra, sale, y a mí no me viene a decir cuándo vuelve.

Bella y Useppe rodearon la casa, y se rezagaron allí un poco, por si Davide, tarde o temprano, aparecía. De distintas partes asomaron los perros de variopinta calidad, todos ansiosos de saludar a Bella; aunque, por fortuna, Lupo no estaba entre ellos. Al final, los dos, resignados, dieron media vuelta.

Al día siguiente, a la misma hora, Bella, con présaga sabiduría, tiró de la correa en dirección al viale Ostiense; pero Useppe tiró en sentido contrario, sugiriendo: «¡Davide!», y ella, dócil, de nuevo se dirigió con él hacia el bajo. Esta vez, Davide se encontraba en casa, aunque evidentemente no estaba solo, ya que a través de la puerta se le oía parlotear. Useppe, sin embargo, se armó de audacia y llamó.

—¿Quién es? — se oyó desde dentro la voz de Davide, casi asustada, tras un silencio.

—Soy yo... ¡Useppe!

Otro silencio.

—Somos nosotros... ¡Useppe!... ¡Y Bella!

—Hola — dijo entonces la voz de Davide—, hoy no puedo abriros. Tengo que hacer. Volved otra vez.

—¿Cuándo? ¿Mañana?

—No..., mañana no... Otro día...

—Entonces, ¿cuándo?

—Yo te diré cuándo... Iré a llamarte yo, cuando... Iré a llamarte a tu casa..., ¿entendido? No volváis por aquí, hasta que haya ido yo a llamaros a vuestra casa.

—¿Irás tú a llamarnos?

La voz de Davide sonaba ronca, fragmentaria y trabajosa, aunque amistosa y tierna.

—¿La arrecuerdas, la didección? —le preguntó Useppe para asegurarse mejor.

—La recuerdo, sí... La recuerdo.

Cada vez que se oía la voz de Davide, Bella saltaba y después gañía, con las dos patas delanteras apoyadas contra la madera de la puerta, impugnando aquella entrada vedada. Y Useppe, también, por su parte, balanceándose allí en pie, no se decidía a concluir el diálogo. Algo faltaba, aún... En cierto momento, una idea nueva y atrayente lo animó, y después de un último golpecito se le oyó decir:

—... ¡Vavide! ¿Por qué no vienes a comer con nosotros, cuando nos vengas a buscar a nuestra casa? Tenemos tomates... y un hornillo... y pasta... y tomates... y... y... ¡vino!

—Sí, gracias. Iré. Está bien. Gracias.

—¿Cuándo vienes?... ¿Mañana?

—Sí, mañana..., o después..., otro día... ¡Gracias!

—¿Te arrecuerdas..., eh?

—Sí... Pero ahora marchaos... Marchaos.

—Sí. Vámonos, Bella.

Y ya Useppe corría en dirección a la via Bodoni, ¡con la urgencia de anunciar a su madre que mañana iría a comer aquel invitado! Y que debía a toda prisa comprar vino (adquisición extraordinaria en su casa, donde el único bebedor había sido Ninnuzzu). Pero ni al día siguiente, ni en los sucesivos, aun cuando toda una botella de vino estuviera preparada en el centro de la mesa para el invitado de excepción, y el propio Useppe se ajetrease poniendo en el sitio de él platos, cubiertos, etcétera, el invitado se dejó ver. Después de acabar de comer, Bella y Useppe retrasaban incluso su

salida cotidiana, por si acaso él llegaba retrasado. Y se demoraban largamente junto al portal de casa, antes de echar a andar, espiando a los lados de la via Bodoni y también por las adyacentes... Pero Davide Segre no se decidía a pasar por allí.

Más de una vez, en verdad, en tales circunstancias, Useppe se sintió tentado de arriesgarse a ir al bajo vedado... Pero Bella, con una mirada y un tirón de la correa, le regañaba: «¡No nos ha citado!», hasta que ambos se resolvían a renunciar. Y cogían en cambio el largo camino ya aprendido antes, que llevaba a la bellísima tienda de árboles. Este se había convertido, para ellos, en un itinerario habitual. Y justamente por esos días tuvieron, allá abajo, el segundo encuentro extraordinario de la temporada, después del de Davide Segre.

Sus recientes correrías por la zona del Portuense los habían mantenido alejados de allí tres días. Y en cuanto regresaron, tras esta ausencia, encontraron una novedad misteriosa. Por esa época (finales de mayo) todavía el lugar lo frecuentaban solo ellos dos. En los prados más próximos a la ciudad, a lo largo de las riberas, se empezaba ya a ver, en especial en días festivos, algún bañista romano. Pero aquella zona boscosa detrás de montañitas y cañaverales seguía distante e inexplorada como una selva virgen. Una vez, llegada del mar, voló por allí encima una gaviota, que Useppe tomó por una grandísima golondrina blanca. Y también, con frecuencia, después del famoso gorrión o estornino del primer día, aparecieron por la tienda otros estorninos y gorriones semejantes, que, en verdad, no dejaban oír nada más que el acostumbrado «tit tit» común y corriente, y normalmente eran expulsados por las fiestas de Bella. Su desconocimiento de la canción «Todo una broma» era indudable; aunque ya previsto, al parecer, por Useppe. Existía, en cualquier caso, una prueba cierta de que en su círculo la bellísima canción ya era conocida; conque, según él, cabía presumir sin duda que alguno de ellos, tarde o temprano, volvería a cantarla.

En cuanto, por lo demás, a la efímera y gozosa alucinación tenida allá el primer día, Useppe, lo hemos visto, la tomó como cosa natural, hasta tal punto que, pasada, la olvidó casi del todo. Le restaba solamente, en suspenso

en el minúsculo territorio, una reminiscencia encantada, semejante a un arcoíris cuyos colores y voces fueran una sola cosa y que se adivinaba grandísimo al otro lado de las ramas, entre las cuales dejaba caer un polvillo o murmullo luminoso. También en la ciudad sucedía a veces que, durante un instante, en torno a Useppe todos los ruidos y las figuras se componían, ascendiendo como un rayo, en un vuelo inaudito, hacia el último grito del silencio. Cuando se le veía taparse la cara con las manos, con la sonrisa de un cieguito atento a un sonido bellísimo, significaba que su pequeño organismo escuchaba por entero el coro ascendente, el cual, en el lenguaje de la música (totalmente desconocido para él), se titularía *Una fuga*. Era de nuevo la misma reminiscencia que tornaba a él, bajo distinta forma. Quizá, en cierta forma imperceptible, lo acompañaba por doquier, devolviéndolo siempre a la tienda de árboles como a una casa feliz.

No obstante aquella casa, para él, seguía estando demasiado solitaria. Su instinto natural e inextinguible era compartir con los demás su placer y hasta ahora solo Bella compartía con él la tienda de árboles. Había tratado de arrastrar, al menos para una sola excursión, a su madre, desviviéndose por describirle el paraje con entusiasmo, amén de con exactitud geográfica; pero a Ida le costaba demasiado desplazarse con sus piernecitas medio quebradas, donde por entonces le parecía tener, en vez de huesos, cuerdas flojas... En compensación, Useppe había concebido, últimamente, una ambición suprema: ¡recibir allí, bajo la tienda, a Davide Segre!, pero hasta ahora, por desgracia, no había encontrado el valor, ni la ocasión, de invitarlo... Y en cuanto a los demás — a toda la otra gente de la tierra—, se sentía proscrito desde hacía tiempo. Más aún, solo el abandono desértico de aquel vallecito junto al río le había permitido habitarlo con Bella.

Tras el círculo de árboles, hundido un poco más en la ladera, había un segundo vallejo donde el bosque se reducía a unos cuantos arbustos, de forma

que el terreno estaba más seco y soleado y hasta brotaban amapolas. Useppe y Bella lo conocían de memoria (no menos que todos los otros vallecitos y quebradas circundantes) y allí Bella solía secarse al sol después de su baño cotidiano.

Bella ahora, en efecto, se daba un baño todos los días en el río, contemplada con nostalgia por Useppe, que no sabía nadar. Una vez, en verdad, muerto de ganas, sin pensárselo más se quitó a toda prisa sandalias y pantalones, e intentó tirarse al agua para jugar con ella. Pero Bella, advertida por su sentido adivino de pastora, inmediatamente había retrocedido, llegando a tierra a tiempo de retener a Useppe, aferrándole la camiseta con los dientes. Y después se había vuelto contra el río, como si fuese el lobo, ladrando furiosa.

—Si haces eso — le había dicho enseguida a Useppe, con un lamento desgarrador—, me condenarás a renunciar para siempre a este baño que para mí, entre otras cosas, es higiénico, como prueba mi mote de Pelosucio.

Y Useppe, después de eso, venció su tentación de nadar, esperando al sol, en la orilla, el regreso de Bella de su baño, que por lo demás duraba apenas el tiempo de un suspiro.

Ahora, esa tarde de la que hablábamos, al asomarse a su llegada al vallecito soleado, los dos se encontraron con una cabaña de ramas, perfectamente construida, que antes no había. En ese momento, como todos los lugares de alrededor, estaba desierta; pero sin duda debía de estar habitada, según comprobaron enseguida, en una rápida y curiosa exploración. Hallaron, en efecto, un colchoncillo (o mejor dicho una funda de colchón: descosida por un lado y rellena, al parecer, de trapos) con una manta militar encima; al lado, pegada a una piedra con su propia cera, una vela, ya gastada en par y, por el suelo, varios tebeos de aventuras, con viñetas. Además, en un agujero excavado, se encontraban también dos latas de sardinas y una de

carne Simmenthal junto con una medalla tan dorada que parecía de oro, tamaño de una rebanada de pan, adornada con letreros, uno alrededor y otro en el centro, y envuelto cuidadosamente en celofán, escondido todo debajo del montón de hojas aún frescas. En tierra, fuera del agujero, había un cartucho abierto, con restos de altramuces. Y en el exterior del local, tendidos a secar en una pila y sujetos con un par de cantos, había unos calzoncillos de talla pequeñísima. Tras haber examinado todos estos elementos, Useppe lo dejó todo en su sitio como antes estaba.

Pero entonces, en verdad, en el momento en que, rematada la exploración, Useppe precedía a Bella fuera de la cabaña, a sus espaldas ocurrió algo que no cabe pasar en silencio. Bella, pensándose mejor, retrocedió dos pasos y en un periquete se comió todos los altramuces del cartuchito. Luego, con su zafia ignorancia, sin sospechar siquiera su culpa, trotó alegre y satisfecha detrás de Useppe, que no se había dado cuenta de nada.

Durante ese día el desconocido habitante de la cabaña no se dejó ver; ni tampoco al día siguiente, a su llegada, había nadie. Pero en el intervalo alguien debía de haber estado allí, porque a los enseres ya enumerados se habían añadido: un despertador de lata, con la cuerda dada, un frasco mediado de agua, y una botella vacía de Coca-Cola.

Mientras Bella, tras darse su baño, se secaba al sol, Useppe se retiró a su tienda, donde al poco rato ella le dio alcance, tumbándose a sestear debajo de un árbol. Y Useppe, que no tenía sueño, trepó a ese mismo árbol, hasta una cavidad donde solía quedarse encaramado, cuando se cansaba de juegos, canturreando poesías que inventaba en el momento y enseguida olvidaba. En ciertas ramas más altas, allá arriba, pegaba el sol; y, aparte las visitas presurosas de algún pajarillo, había una población de seres infinitesimales de extraño aspecto y, observándolos bien, maravillosamente coloreados, que vivían en los troncos y frecuentaban las hojas. También estas, al sol,

mostraban a Useppe todos los colores del iris, y otros desconocidos: con dibujos de una geometría fabulosa, por donde los ojos de Useppe erraban como viajeros por un barrio árabe. Además, desde aquel puesto de vigía, se dilataba la vista a lo largo de un trecho del río, y sobre la orilla soleada.

Useppe llevaba allí acaso media hora cuando divisó, en el agua removida del río, allá abajo, una cabecita pigmea que avanzaba; luego emergieron dos bracitos, y un chiquillo salió del agua, sacudiéndose. Creyendo no ser visto por nadie, en cuanto llegó a tierra se quitó los calzones de baño. Y completamente desnudo corrió hacia la pendiente de la ladera, donde desapareció.

¡Era, sin duda, el habitante de la cabaña misteriosa! Ante este descubrimiento, Useppe dio desde arriba una voz a Bella; pero esta, soñolienta, contestó apenas con un gesto de la oreja izquierda, sin abrir los ojos. Y Useppe decidió esperar, mudándose solo hacia ramas más altas para echar un vistazo por si desde allí divisaba alguna otra señal de vida del desconocido. Mas también desde allá arriba la cabaña resultaba invisible; todo alrededor estaba desierto y solo se oía el susurro de la corriente, entre los zumbidos de la luz posmeridiana.

De repente Bella atiesó las orejas y saltó en pie, advertida, quizá por el olfato, de alguna novedad a la vista. Y meneando frenéticamente el rabo, y manteniéndose siempre a la espera, lanzó un ladrido, grandioso aunque cordial.

El efecto de este ladrido no fue inmediato, pero casi. Al cabo de medio minuto se acercaron unos pasos. Y con la misma circunspección de un explorador que avanzase por una jungla feroz, el chavalito de poco antes, aunque ahora ya no desnudo, se presentó bajo la tienda de árboles. Al verlo, Useppe, como ante una aparición sensacional, asaltado por una grandísima agitación de espíritu se dejó caer a lo largo de su tronco deprisa y corriendo.

En él, en efecto, visto de cerca, se reconocía de inmediato una indiscutible semejanza con el no olvidado animalito sin cola.

Tenía, en efecto, piernas y brazos flacuchos y de proporciones bastante cortas (aunque su estatura fuera escasa). Su cara, sobre todo mirada de perfil, sobresalía a la manera de un hocico. Los ojos eran redondos y estaban bastante separados, de un vivo color aceituna; la nariz, pequeña e inquieta, y casi aplastada. Y la boca, de un corte tan estrecho que parecía sin labios, se le alargaba empero de oreja a oreja cuando se dignaba sonreír.

En la cabeza, rapada hacía poco, le estaba creciendo una pelusilla espesa, como un pelaje marrón; y mínimos mechoncitos de pelo le brotaban también por las orejas, que eran bastante minúsculas y bastante salidas. Por último, sobre la camiseta blanca y unos pantaloncitos gris oscuro, el tipo llevaba puesta, en ese momento, una cómica prenda informe, ni siquiera cosida y con dos agujeros para los brazos, sacada, al parecer, de un pedazo de lona caqui, ¡tenida aquí y allá a la buena de dios con manchas de pintura marrón verdosa!

Por su altura, se le echarían ocho años, o como mucho nueve; mientras que en realidad tenía doce (y no olvidaba, llegado el caso, presumir de esta ancianidad, testimonio de un largo pasado de vida vivida).

Llegado a la presencia de los dos, los miró siempre circunspecto y cauto, aunque con cierta superioridad evidente. E invenciblemente su mirada, de expresión orgullosa, traicionaba su complacencia al posarse en Bella. Y hasta alargó la mano (o la patita) para tocarla.

—¿Hay alguien más con vosotros? — se informó luego, tenebrosamente.

—¡Nooo!... ¡No hay naide!

—¿Estáis solos?

—Tí.

—¿Y quiénes sois?

—Yo soy Useppe. Y esta es Bella.

—¿Y que habéis venido a hacer aquí?

—... A jugar...

—¿Es la primera vez que venís?

—Nooo... ¡Hemos estado mil veces! ¡MÁS de mil! — declaró Useppe.

Parecía un interrogatorio propiamente dicho. El misterioso ser miró a Useppe a la cara, con aire de inteligencia cómplice, pero también de autoridad.

—¡Te advierto que no le digas a nadie del mundo que me habéis visto! ¿Entendido? ¡A NADIE del mundo!

Useppe en respuesta sacudió la cabeza diciendo no, y no, y no, con tal ardor que ni siquiera un juramento de sangre podía garantizar mejor el secreto debido a aquel.

El desconocido entonces se sentó en una piedra; y al encender, con gesto mundano, un cigarrillo que había rebuscado en los pantalones, explicó:

—Me están buscando.

Se podía inferir por su tono que todas las policías de Italia, y quizá de Europa, andaban en su busca. Siguió un silencio. A Useppe le latía el corazón. Fatalmente, en su fantasía, los perseguidores del desconocido, todos, como un tropel de sosias, se presentaban con el aspecto de profesores Marchionni, gordos, con gafas, viejos y con bigotes caídos.

Pero el corazón del otro, entretanto, volaba irresistible hacia Bella, con tal sentimiento que su carita, u hocico irradiaba una sonrisa con los labios cerrados, pero ancha, de oreja a oreja, y multiplicada en muchas arruguitas, mientras sus ojos se iluminaban, vivarachos y atentos como los de un enamorado.

—¿Quieres fumar tú también? — le preguntó (mientras ella, correspondiendo a sus sentimientos, lo festejaba de cerca, casi pegada a su nariz).

Y, en broma, le sopló un poquito de humo en la nariz. A lo cual ella, siempre en broma, reaccionó con una especie de alegre estornudo.

—¿Se llama Bella de nombre, de veras?

—Sí, de nombre. Bella.

—¿Es vieja?

—Noooo... — contestó Useppe. Y declaró luego, con cierto énfasis personal:— ¡Es más joven que yo!

—Tú, ¿cuántos años tienes?

Calculando, Useppe enseñó primero una mano con todos los dedos abiertos, y después la otra mano con un solo dedo alzado, que, al pensarlo mejor, dobló un poco por las falanges.

—¡Cinco, camino de seis! — comprendió al vuelo el otro. Y por su parte declaró, a mucha honra:

—¡Yo, camino de TRECE! — Luego, adoptando una actitud digna y pausada, siguió diciendo—: Allá en casa, en el pueblo, también nosotros tenemos un perro, aunque no tan grande, mediano, con la cara negra y orejas de punta. Oreja tiene solo una y media, porque la otra mitad se la comió su padre... Es propiedad de mi tío, hermano de mi madre, que sale de caza.

Hizo una pausa y luego remató:

—Se llama Toto.

Después de esto, se quedaron mudos. El desconocido, consumido el pitillo, dio al resto unas últimas chupadas con presurosa y evidente voluptuosidad. Después enterró la ínfima colilla, con un acto muy decoroso, como si le rindiese honras fúnebres, y se tumbó en la hierba, apoyando la cabeza en la piedra. Bella se le había sentado al lado, y Useppe, a su vez, se había acuclillado en el suelo, delante de él. Permanecían en silencio, mirándose a hurtadillas el uno al otro, sin hallar nada que decirse. De repente Bella alzó de golpe la cabeza, pero no ladró, ni se movió de donde estaba.

Un pajarito se había posado en una rama alta, encima de ellos. Calló un instante, después dio dos o tres saltos en la misma rama, después hizo unos movimientos con la cabeza (como para afinar su canto) y después cantó. Una alegría maravillosa inundó las venas de Useppe. También Bella había reconocido inmediatamente la canción, pues miraba hacia arriba, contenta, con la boca abierta, con la lengua que le temblaba un poco. Por su parte el tercer oyente permanecía callado, mirando hacia arriba con un solo ojo, no se sabía si distraído, o preocupado.

Al primer trino del pajarito, Useppe se echó a reír, acudiendo hacia el otro.

—¡Ahó! — lo interpeló impetuoso, con voccecita exultante. Y sin vacilar le preguntó—: ¿Te sabes esa canción?

—¿Cuál canción?

—¡La que cantaba él! ¡Ahora!

—Él, ¿quién? ¿El pajarín? — preguntó el prófugo, dubitativo, señalando con una de sus patitas hacia arriba.

—¡Sí! — Y, palpitante con su secreto, aunque impaciente de participarle la novedad, Useppe le reveló, sin resuello—: Dice esto: «¡Es una broma, una broma, todo una broma!».

—¿Quién te lo ha dicho, que dice eso?

A esto, Useppe no sabía qué responder; sin embargo, arrobado con la cancioncilla, invenciblemente volvió a repetirla, y esta vez sin omitir las notas.

El desconocido lanzó una risita fútil y luminosa, aunque alzando un hombro al mismo tiempo:

—Los pajarines — sentenció— tienen una lengua suya. ¿Quién puede saber? — Hizo una mueca escéptica; pero al poco, con tono de importancia, dijo—: En mi pueblo, hay un tabernero que es también barbero, y tiene un pájaro parlante, ¡que habla de veras, tal cual un cristiano! Pero ese pájaro no

se encuentra en los árboles. No es nacional. Es turco. Y saluda y dice Felices Pascuas y Santa Navidad, y malas palabras, y se ríe. Es un papagayo. De colores. Y aprendió una canción conocida en mi pueblo, ¡y la cantaba!

—¿Cómo dice, la canción? — preguntó Useppe.

—Dice así:

*Yo soy rey y cardenal
puedo reír y puedo hablar.
Y por mor de la compañía
¡puedo estarme calladito!*

Al sonido de tantas canciones, Bella se puso a saltar, como en un festival. Useppe, en cambio, se enderezó en la hierba, en contemplación del ser misterioso.

—¿Cuál es tu pueblo? — le preguntó.

—Tiriolo.

Al pronunciar este nombre, el interrogado había adoptado un aire de suficiencia, como quien cita en un grupo de iletrados un paraje de renombre excepcional:

—El año pasado, en la Vuelta a Italia, pasó por allí Bartali, ¡campeón de la Vuelta! — declaró—. ¡Conservo la medalla que birlé en una gasolinera Shell! Una medalla hecha en honor de Gino Bartali en unas grandes fábricas industriales del Reino de la Montaña, junto a Milán...

Useppe se ruborizó, acordándose de la medalla del celofán ya vista, efectivamente, por él y por Bella en la cabaña de ramas. Seguro que le daría un disgusto saber que habían descubierto su casa... Pero el otro no se fijó en el rubor de Useppe, pues en ese momento había bajado los ojos, escondidos por espesas hileras de pestañas. De repente, un acceso de tos, brutal

comparado con su pequeñez, lo sacudió como una serie de tortazos. En cuando recobró el resuello, hizo notar, con orgullo:

—¡Es la tos del fumador!

Y, rebuscando en el bolsillo de los pantalones, sacó una cajetilla casi intacta de Lucky Strike.

—¡Americanos! — se jactó, mostrándoselos a Useppe—, ¡me los han regalado!

—¿Quién te los ha regalado?

—Un marica.

Useppe ignoraba el significado de este título pero, para no mostrarse demasiado ignorante, se abstuvo de preguntarlo.

Con la cajetilla, había pescado en el bolsillo un fragmento de periódico, que examinó con oficiosa ostentación como un documento reservado. Había un suelto de unas cuantas líneas, titulado: «Tres menores evadidos del Gabelli. Dos capturados, uno escapó», y debajo, entre otras cosas, citaban a un tal Pietro Scimó, de Tiriolo (Catanzaro). Tras haber examinado largamente el documento, como si hacía tiempo no se lo supiera de memoria, el prófugo se decidió y, sometiéndoselo a Useppe, con su uñita negra le indicó en particular las palabras «Pietro Scimó». Mas para Useppe, que no sabía leer, las dos palabras, no menos que el entero documento, eran un enigma indescifrable. Entonces el otro le reveló gloriosamente:

—Es mi nombre, sí. ¡Scimó soy yo!

(Su nombre completo, en verdad, como resultaba del documento, era Pietro Scimó. Scimó era solo el apellido. Pero él se había acostumbrado a que lo llamaran solo por el apellido.)

—Ahora ya sabes mi nombre. Pero, te lo advierto, nadie más deberá saberlo. No le digas mi nombre a nadie, ¡ni que me has visto aquí!

Useppe garantizó el secreto con nuevas y repetidas sacudidas de la cabeza,

a cual más apasionadas, en lo posible, que las de antes.

Entonces, en total compadreo y confianza, en voz baja, el llamado Scimó lo informó de haberse evadido del reformatorio, donde sus parientes, y en particular su hermano, querían tenerlo encerrado. Pero él encerrado no quería estar allí. Durante un paseo por el Janículo del grupo entero, se escabulló con los otros dos. Había planeado con ellos la hazaña en sus menores detalles. Ante todo, aprovecharon que por esos días el profesor de turno, el señor Patazzi, sufría unos trastornos intestinales que lo obligaban de vez en cuando a retirarse confiando momentáneamente la vigilancia al jefe de grupo. Con adecuadas artimañas consiguieron distraer la atención de este desapareciendo. Y mientras que sus otros dos compañeros de fuga habían permanecido unidos (y esta fue, claro, su primera metedura de pata, porque así, en pareja, había sido más fácil descubrirlos), él, conforme a la auténtica ciencia del prófugo, se despidió desde el principio para marcharse solo. Inmediatamente después se había quitado a toda prisa la chaqueta y el gorrito de uniforme; y durante varias horas se quedó dentro de un bidón lleno de hojas, hierba seca, cagadas de caballo, etcétera, saliendo solo a favor de las tinieblas. Sagazmente se había provisto antes de unos cromos del chocolate encontrados en los paquetes-regalo (los cuales actualmente valían bastante en el mercado de cromos), llevándolos consigo escondidos en los zapatos, con su valiosa medalla de la Vuelta. Y esa misma noche, a cambio de los cromos, un tipo del Trastevere le cedía pantalones de paisano que llevaba puestos. Él, además, se había confeccionado este traje de camuflaje (se trataba de la prenda ya descrita a manchas sobre un fondo caqui) para esconderse mejor viviendo en el monte. Y ahora, aunque los otros dos se hubieran dejado atrapar, él no se dejaría capturar nunca, prometido, ni vivo ni muerto.

Useppe (y también Bella), siguieron la narración de Scimó con temblorosa emoción, en especial en los puntos cruciales. No solo sus ojos, sino todo su

cuerpo se veía arrastrado. Y él, cuanto al propio Scimó, había acompañado sus palabras con tal gesticular de piernas, cabeza, brazos y dedos, que al final debió descansar y quedarse callado. Pero al cabo de un rato, como para sellar entre los presentes un triple pacto exclusivo al desvelar, después de su pasado, también su futuro, dijo, con jactanciosa energía:

—Seré ciclista.

Se produjo un gran silencio. Con el sol ya hacia poniente, el invisible arcoíris que siempre estaba abierto, inclinado sobre la tienda de árboles, desparramaba todas sus luces como plumitas sin peso, mudables y zumbadoras, donde entre los cien mil colores predominaban el naranja dorado, el violeta y el verde agua. Y su zumbido semejaba una resonancia mezclada, como de voces y músicas innumerables que llegasen de lejos; aunque predominaban, también en ellas, ciertas voces especiales: y estas eran pequeñas, como de grillos, agua y mujercitas.

Useppe, encantado, se echó a reír. Tenía ganas de corresponder a las grandes confianzas de Scimó revelándole también él algún secreto suyo, único y extraordinario; pero no sabía qué decirle, aun encontrándose ya inclinado, impaciente, hacia él; conque, a capricho y sin habérselo pensado, le sopló al oído, señalando alrededor con la mano a la tienda de árboles.

—Aquí está Dios.

Scimó hizo una mueca de enterado y escéptico, la cual sin embargo no preludiaba (como acaso pudiera parecer) una profesión de ateísmo. Sentenció, en cambio, con cierta importancia:

—Dios está dentro de la Iglesia.

En ese momento, considerando que se había hecho tarde, dijo que dentro de poco debería marcharse.

—¡A estas horas, la sesión de las cuatro ya debe andar muy adelantada! — opinó, con el tono de un negociante que tiene grandes e inexcusables tareas.

Y explicó que había quedado en la estación Ostiense con un amigo suyo de la Garbatella (que tenía entradas gratis) para ir con él al cine.

—La película — agregó— no me importa mucho, porque ya la he visto dos veces. Pero quiero llegar a tiempo al menos para el final del primer pase, porque es al que van los maricas, que después me llevan a comer pizza.

¡Otra vez los maricas! Personajes, evidentemente, famosos y muníficos, ¡de quienes Useppe no tenía la menor idea! Sin embargo, tampoco esta vez quiso confesar a Scimó su ignorancia. Lanzó solamente un breve suspiro (en el cual nadie reparó), porque además, entre otras cosas, él al cine no había ido nunca en su vida.

Al levantarse del suelo Scimó exhibía, con cierta negligente ostentación, la camiseta blanca que llevaba bajo la chaqueta de camuflaje. Era una camiseta elegantísima (a diferencia de los pantalones, que parecían salidos del carrito de un traperero), y adornada en un lado con el dibujo de un ancla de color azul. Se trataba, dijo Scimó, de una camiseta australiana: ¡y resultó que también se la había regalado un MARICA! Más aún, uno de esos maricas — no se sabía si el mismo u otro distinto— le había prometido también un par de zapatos de verano tipo tenis, y a lo mejor también, cualquier día, ¡un reloj de pulsera y un cojín! Useppe se convencía definitivamente de que los misteriosos personajes mencionados por Scimó debían de ser sin duda criaturas espectaculares ¡de excelsa magnificencia! Y en su pensamiento se los figuró como algo intermedio entre los Reyes Magos, los Siete Enanitos y el rey de la baraja.

Scimó dijo que ahora, antes de ir a la ciudad, debía pasar «por su casa» para quitarse «el uniforme de camuflaje» (lo llamaba así), que, en ciudad resultaría «contraproducente». Y aquí, tras pronunciar entera esta palabra difícilísima, debía interrumpirse un momento para tomar resuello; pero justo después, mirando a su alrededor con extremado secreto se puso a decir que

hoy ya no tenían tiempo; pero mañana, si aparecían por aquí, les enseñaría «su casa»: una cabaña construida por él mismo, completa, adonde se retiraba y donde vivía en la clandestinidad, y que se encontraba en un lugar escondido de aquellos parajes.

Al oír estas charlas, como ya antes con lo de la medalla, el rostro de Useppe llameó con rubor inmediato, que esta vez no se le escapó a Scimó. Este lo escudriñó, perplejo y receloso; hasta que, al encontrar sus pupilas elocuentes, entre el silencio general tuvo una especie de iluminación; y sin más vacilaciones prorrumpió, con terrible acento de denuncia:

—¿Quién se comió mis altramuces?

Useppe se quedó más desconcertado que nunca, ya que de los altramuces no sabía nada. Ni la propia Bella, por su parte, entendía la pregunta. Entre otras cosas en el diccionario humano que conocía, faltaba la palabra altramuz; les llamaban lupinos. Y su acción indebida en la cabaña no había dejado ni un mínimo recuerdo en su cabezota de pastora. En fin, lo único que entendía fue que Scimó, en ese momento, por algún oscuro motivo se estaba acalorando contra Useppe; y entonces, con la urgencia de ablandarlo, llena de inocencia se le echó al cuello, dándole un lametón cariñoso en toda la cara con la propina de algún mordisquillo indoloro en una y otra oreja.

¡Y ocurrió que este gesto de paz fue interpretado por Scimó como una autodenuncia de Bella! Conque por sí solo, aunque a través de un equívoco, comprendió cómo habían sucedido realmente las cosas. Ante la confesión de la pastora no le quedaba sino perdonarla sin más. Y hasta lanzó de inmediato una sonrisa, descubriendo esta vez también los dientes, que tenía pequeñísimos, separados, y ya estropeados y oscuros. Y Useppe, de rebote, sonrió consolado (mostrando a su vez sus dientecitos aún de leche). Entonces Scimó decidió hacerse el generoso.

—¡Bah! ¿Qué importa? ¡Por cuatro altramuces! — dijo con una mueca

señorial—. Ya me lo había figurado, yo solo, que se los había comido un animal que pasó por aquí... Lo esencial — agregó bajando la voz— ¡es que no hayan pasado los piratas!

Y se puso a explicar que, en la orilla opuesta del río, existía notoriamente una banda de piratas, capitaneados por un tal Agosto, que tenía más de dieciséis años, ¡y en tiempos había sido rival del famosísimo Chepa del Quarticcíolo! Los tales piratas disponían de una barca, y correteaban de un lado a otro del río, ¡robando cosas! ¡incendiando cabañas!, ¡matando animales!, ¡y asaltando a la gente! Este año todavía no se les había visto por aquí; pero el año pasado, en julio y agosto, se sabía que habían estado. ¡Y habían tirado al río un coche con la gente dentro! ¡Destruído las cabañas! ¡Pegado a un sordomudo! ¡Y hecho el amor con una ternera!

Después de esto, Scimó se despidió. Pero al marcharse les dijo a Useppe y Bella que si volvían a aparecer al día siguiente después de comer podían buscarlo directamente en su cabaña, en vista de que ya conocían el sitio; ¡pero nadie más debía saberlo! Les recomendó además llegar pronto, porque mañana él debía irse aún más temprano, pues en el cine cambiaban la película, y esta otra película le interesaba verla desde el principio.

—Mañana — anunció—, cuando vengáis, os enseñaré un sitio, cerca de mi casa, donde hacen su nido las cigarras.

Al día siguiente, los tres llegaron puntualísimos a la cita. Y además Bella y Useppe, por el camino, tuvieron otro encuentro inesperado. Evidentemente, esta era para ellos la época de los encuentros. Recorrían el último tramo del viale Ostiense, con la basílica ya a la vista, cuando una fresca voz femenina llamó a sus espaldas:

—¡Useppe! ¡Useppe!

Allí en la parada del autobús, esperando, había una chica, con una

criaturita en brazos, y un bolso de paja en bandolera.

—¡Useppe! ¿No me reconoces? — prosiguió, sonriendo dulcemente.

Bella la estaba ya olfateando con cierta familiaridad, pero Useppe, en cambio, de momento, no la identificó; más bien la cara de la criaturita, aunque desconocida, le recordaba a alguien... Era un bebé todavía de pecho, claramente una niña, pues llevaba pendientes. Sus mejillas eran redondas y bermejas, con ojos muy negros, ya risueños y vivarachos. Y el pelo oscuro, húmedo y fino, de unos centímetros de largo, estaba perfectamente alisado, salvo un único bucle, enrollado cuidadosamente, que le cruzaba a lo largo lo alto de la cabeza.

—¿No me reconoces? ¡Soy Patrizia! ¿Te acuerdas de mí?

—...

—Ya no te acuerdas, ¿eh?... ¡De cuando íbamos juntos, en la motocicleta!... ¿No te acuerdas?

—...Tí

—Y esta..., ¿no es Bella?... ¿O me equivoco? Eres Bella, ¿no? ¡Me has reconocido, ¿eh, Bella?!

Patrizia aparecía bastante más gorda, y al mismo tiempo con algo marchito y fatigado en la cara. Ahora llevaba los negros cabellos atados con una cintita en lo alto de la cabeza, y caían atrás en una larga cola ondulante. En lugar de los diversos collares que antes le tintineaban encima, actualmente llevaba una sola pulsera de cobre y otros metales, que sin embargo tintineaba también con frecuencia por estar compuesta de hilos que chocaban entre sí con sus gestos. Y cada vez, al oír el tintineo, la criaja, divertida, agitaba pies y manos. Vestía una camisolita blanca con un pequeño borde de puntilla, y el resto de su persona estaba envuelta en una tela de colores, un estampado de dibujos animados, de la cual salían sus brazos y parte de sus piernecitas, en constante movimiento. En los pies llevaba unos patucos de punto, blancos y cerrados

con una cima de un rosa vivo. Los pendientes, pequeñísimos, en forma de botoncitos, eran de oro.

Patrizia meneaba la cabeza, mirando a Useppe, que dirigía hacia arriba una sonrisita.

—¡Te reconocí enseguida, eh, Useppe! — le dijo—. Y esta — agregó— ¡es tu sobrina!

Useppe se mostró perplejo.

—¡Sí, tu sobrina! ¡Tú eres su tío! — confirmó Patrizia, riendo con cara trémula. Y cogiendo la muñeca de su hija, y moviéndola como para saludarlo, empezó a decir—: Ninuccia, ¡saluda a Useppe! Dile adiós, a Useppe...

De repente la risa se le rompió en un llanto convulso. Trataba de enjugarse las lágrimas como podía, con el puñito de la niña, suspendido en el saludo, llevándoselo a los ojos.

—¡Ay! ¡Aún no me lo puedo creer! Han pasado tantos meses..., ¡y todavía me parece mentira! Me esperaba de todo, pero esto, ¡no me lo esperaba! ¡Que me dejara plantada sola, con tripa, y que se fuera!, ¡ya me lo esperaba! ¡Pero no esto! ¡Esto, no!

Después le sonrió de nuevo a Useppe, con su cara hinchada de llanto, y balanceando la cabeza le dijo, con una voz en parte maternal y en parte infantil.

—¡Ay, Useppe, cuánto te quería a ti! Yo hasta estaba celosa, porque te quería mucho, ¡más que a mí! ¡Una vez hasta me pegó porque le hablé mal de ti!... Ya llega el autobús — observó de prisa, enjugándose las lágrimas con un pañuelo sacado con trabajo del bolso—. Nos vamos... ¡Hasta la vista, Useppe!

Se vieron, por detrás, sus caderas grandes ondular sobre los tacones altos, después se mostraron sus piernas desnudas mientras subía al autobús, ayudada por el cobrador que se había asomado a ofrecerle la mano en

consideración a la carga de la cría. A esas horas, el público del autobús era escaso. Encontró enseguida un asiento junto a la ventanilla abierta, y desde allí hizo con la mano un vago ademán de despedida, que parecía amargo, y ya lejano. Useppe continuaba despidiéndola abriendo y cerrando lentamente el puño, mientras el autobús reanudaba su carrera, y Bella, sentada en la acera, seguía su movimiento con un jadeo de las narices y la lengua. La última visión que tuvieron de aquellas parientas fue la inmensa cola negra y brillante de Patrizia; y, bajo el rostro inclinado de esta, el bucle coquetuelo de Ninuccia, en el centro de su lisa cabecita morena.

Llegados al lugar de la cita, encontraron a Scimó ante el umbral de su cabaña, como si los esperase. Antes aun de haberlo saludado, Useppe, casi jadeante, le anunció que había encontrado, hacía poco, ¡a una que era sobrina suya, y él era su tío! Pero Scimó recibió esta noticia pasmosa sin asombrarse demasiado. Él mismo, dijo, era tío de diversos sobrinos (hijos de sus hermanos mayores), ¡entre ellos de una de catorce años de edad!

—Y mi madre — hizo saber también— ¡tiene allá en el pueblo una sobrina que es al mismo tiempo su tía!

Y aquí, frunciendo la frente con el ejercicio mental, y no sin ayudarse en la cuenta con los diez dedos, se puso a explicar que su abuelo Serafino, padre de su madre, tenía una decena de hermanos menores, unos muertos y otros vivos, y el más joven de ellos era un americano (o sea, emigrado a América). Pasó el tiempo y este enviudó.

Ahora bien, su mismo abuelo Serafino, tenía nueve hijos: seis hembras y tres varones, que eran las cinco hermanas y los tres hermanos de su madre. Y todos estaban casados y con familia (menos tres: una hermana monja, y una hermanita muerta de pequeña, y otro hermano muerto «a trabucazos»). Y todos tenían cuatro, siete, tres, seis, entre hijos e hijas, unos grandes y otros

pequeños, que venían a ser todos sobrinos de su madre, y entre estos había una, ya mayor, una señorita llamada Crucifera.

Pasó el tiempo, y el americano viudo (llamado Ignazio), medio anciano y medio viejo, se volvió al pueblo a abrir una tienda. Un buen día dijo: «¿Qué hago yo aquí sin mujer?», y se cogió a la joven Crucifera, que así, siendo ya sobrina de la madre de Scimó, de pronto, al casarse con su tío, ¡se convirtió en su tía! Y esa misma entre otras cosas, antes prima de Scimó, ¡también resultó ser medio abuela suya, porque se convirtió en cuñada de su abuelo Serafino, que además sería el abuelo de ella y de todos los demás!

—Y él ¿dónde está, ahora?

—Mi abuelo está en Tiriolo.

—¿Y qué hace?

—Pisa uvas.

Useppe no pidió otras informaciones, tanto más cuanto Scimó ahora se moría por mostrar a sus huéspedes lo principal: o sea, la famosa medalla de la Vuelta. Ya no la tenía dentro del agujero, donde la amenazaba la humedad, sino en el fondo de la funda de colchón que le servía, como se vio, también de almacén de vestuario y de otras cosas; y la había envuelto, además de en celofán, en una segunda protección de papel de plata.

Se trataba, por lo que sé, de una placa-anuncio de una marca de neumáticos, de metal ligerísimo de un color amarillo oro y de forma circular, que llevaba en el centro la declaración BARTALI, EL REY DE LA MONTAÑA, usa neumáticos talycual, etcétera, y, alrededor, la inscripción decorada «Giro de Italia 1946» — con otras indicaciones de rigor (letreros todos, obviamente, jeroglíficos para Useppe)—. En cuanto, abierto el doble envoltorio, apareció la medalla, Bella cantó, festejándola: «¡Esta ya la conozco!», mientras Useppe inevitablemente se ruborizaba; pero Scimó, por fortuna, no entendía las charlas de Bella, ni en ese momento observaba a Useppe, ocupado como

estaba examinando la medalla por el derecho y el revés, para comprobar si la humedad la había dañado. Más aún, ni siquiera apartó de ella los ojos en el momento de presentarla a Useppe (justo el tiempo de una rápida visión); y de inmediato se apresuró a envolverla, dejándola donde antes estaba. Siguió revisando, sin embargo, entre los periódicos viejos y los trapos que rellenaban el colchón, pues seguramente tenía que enseñar aún alguna otra cosa interesante. Y, en efecto, sacó primero un peinecito abigarrado de varios collares, de esos que se encuentran en los tenderetes de mercancías americanas; y después una hebilla de zapato con brillantitos de vidrio, recogida en la calle; y después medio limpiacristales de automóvil. Mostró después el despertador, que funcionaba de veras, aunque la verdad es que adelantaba demasiado (aunque para las horas él se las arreglaba con el sol); y, además, última novedad: una linterna eléctrica de pilas, parecida a las que Useppe les había visto a los partisanos. ¡Dijo que tenía una duración de doscientas horas!, y aunque entonces carecía de pila, el que se la había regalado le prometió proporcionársela cuanto antes.

—¿Y quién te la regaló? — preguntó Useppe.

—Un MARICA.

El nido de cigarras resultó un caso atractivo, aunque arcano. A unos sesenta metros de la cabaña, detrás de la colinita, crecía un árbol, de tronco más bien corto comparado con la altura grandiosa de la copa. Una de sus ramas estaba marcada por un largo corte, y Scimó dijo que aquel era un depósito de huevos de cigarra. Después, mostrando en la raíz del árbol un agujerito en la tierra removida, explicó que allí abajo había un nido donde incubaban los huevos. Afirmó también haber sorprendido, el día antes, a una cigarrita joven recién salida del nido, mientras, pegada a la corteza del árbol, se las apañaba trabajosamente para salir de su cascarón. Como debía ir a la ciudad, la había dejado allí, cuando aún atontada y medio boba esperaba el

momento de saber volar. Pero ahora, junto con la cigarra, también había desaparecido la cáscara; quizá algún animal la hubiera robado como botín, o quizá el viento se la hubiera llevado. Y la cigarra, a estas horas, tras aprender a volar, quizá viviera allí arriba en ese mismo árbol o en algún otro árbol vecino; y pronto la oirían cantar, si era una cigarra macho. Porque solo los machos cantan; las hembras no cantan.

Useppe había oído en el pasado el canto de las cigarras, pero nunca había visto ninguna. No obstante tanto él como Scimó estuvieron de acuerdo en no remover la tierra del nido para no interrumpir la incubación de otras cigarritas jóvenes. En efecto, según Scimó, la que vio era una cigarra correo, llegada con adelanto, y ciertamente tras ella vendría una numerosa parentela de hembras mudas y machos cantarines.

Y se fueron a la orilla del río, donde Scimó quería darse un baño, antes de ir al cine. Allí Useppe debió confesar, con pena, que aún no sabía nadar. Y se quedó dolorido en la orilla, mientras Bella y Scimó correteaban dentro del agua.

Al salir del agua, Scimó, totalmente desnudo, hizo notar a Useppe sus genitales, jactándose de ser ya un hombre, viril del todo, tanto que, si pensaba en ciertas cosas, por ejemplo en los besos de las películas o en su medio prima-medio abuela Crucifera, era capaz de hincharse. Y Useppe, curioso, quiso enseñarle, a su vez, su pito para saber en qué punto estaba. Scimó le dijo que también, él, sin duda, era un hombre completo, pero que debía aún crecer. Y Useppe entonces pensó que, en cuanto creciera, quizá sería capaz, entre otras cosas, de cantar a plena voz, como ocurre con las cigarras-machos.

El cuerpo de Scimó, flacucho y enclenque, estaba marcado por diversas cicatrices, cuya explicación proporcionó de inmediato a Useppe. Una, más reciente, en la pierna, se la había hecho un profesor del reformatorio con un palo. Otra, más antigua en el brazo, casi a la altura del hombro, se la había

hecho uno de sus hermanos mayores, de veintiún años, pegándole con un arreo del mulo. Este hermano malo, según Scimó, era, de toda la familia, el más empecinado en tenerlo encerrado en el correccional.

La tercera cicatriz, que le marcaba lo alto de la frente, junto a la raíz del pelo, se la había buscado él mismo golpeándose la cabeza contra la puerta y las paredes cuando en el reformatorio lo encerraron en la celda de castigo. Al recordar esa celda, Scimó lanzó una especie de gemido; su carita semejó empequeñecerse aún más, con los ojos fijos y desencajados. Y se le vio de repente, invadido por súbita desesperación, tirarse al suelo de bruces y golpear con la cabeza en la tierra, tres veces seguidas.

Useppe acudió corriendo con cara desfallecida, no menos que si esos topetazos en la frente se los hubiera dado él. Pero Scimó, como consolado por el desahogo, se enderezó rápido, con una sonrisita que parecía decir: «¡No me he hecho daño!». Y al cabo de un instante pareció olvidado de todo, salvo de la película nueva que iba a ver y de la pizza que se comería luego.

Había llegado la hora, para él, de marcharse. Y Useppe, con nostalgia en el alma, ya lo veía llegar al fastuoso Palacio del Cine, y encontrarse allí con aquellos seres de esplendor misteriosísimo, oferentes de dones, de quienes él ignoraba la apariencia, el título y, en suma, todo. Por fin, aun sin admitir esta ignorancia suya, se puso delante de Scimó y, balanceándose, aventuró con voz tímida:

—¿Por qué no me llevas a mí al cine a ver a «los maricas»?

Y le mostró que, en un bolsillo de sus pantaloncitos de tirantes, cerrado con un botón, disponía de algún dinerillo (que Ida le había dado antes de salir para comprarse un helado).

Pero Scimó meneó la cabeza, protector; y, mirándolo con ojos paternas, le dijo:

—No, aún eres demasiado pequeño. — Luego, quizá para hacer más

verosímil su negativa, agregó— : Y, además, a los perros en el cine no los dejan entrar.

Después de lo cual, viendo la expresión decepcionada de Useppe, se entretuvo unos momentos más a su lado. Pero por fin le dijo:

—¡Tengo que salir pitando! — Y, para consolarlo, le prometió solemnemente— : Hoy ya no queda tiempo, pero la próxima vez que vengáis, te enseñaré a nadar.

—¡Volveremos mañana! — se apresuró a contestar Useppe.

—Mañana es domingo: la primera sesión comienza a las tres. Pero, si llegáis a tiempo, empiezo a enseñarte los ejercicios de la rana y a flotar.

Mientras corría hacia la cabaña, dejando en la orilla a los otros dos, se oyó a distancia su frecuente «tos de fumador» que le hacía tambalearse sobre sus cortas patitas. Su partida sumió a Useppe en sombría tristeza, que crecía con el paso de los minutos. La misma compañía de Bella, que le guiñaba afablemente sus simpáticos ojos, no bastaba para consolarlo. Pensaba en Davide, a quien no había olvidado en absoluto, pese a la nueva amistad de Scimó; y, sin ganas ese día de permanecer en el río hasta la noche, tiró un poco del collar de Bella, tentándola con la propuesta: «Vvavide...». Pero Bella meneó la cabeza para hacerle notar que Davide no les había dado ninguna cita, y que si iban a verlo sin cita los echaría, como la otra vez.

Después de la partida de Scimó, también la fallida promesa de Davide reaparecía para contristar la soledad de Useppe. Una nube de paso tapó el sol, y le pareció una enorme nube de tormenta. De repente se vio zarpar de la orilla opuesta una barca donde se descubrían varios perfiles de chavales. Sobresaltado, Useppe se dijo: «¡LOS PIRATAS!», y se puso en pie, en posición de batalla. Estaba decidido, a toda costa, a defender la tienda de árboles y la cabaña de Scimó. Pero la barca se alejó en cambio en dirección al

sur, costeando la orilla de donde había salido; y al poco rato desapareció de la vista.

Useppe se sentó en la hierba, con palpitaciones. Sus tristezas de poco antes iban confundiéndose en una especie de presentimiento informe que no era nuevo para él, aunque regresase irreconocible todas las veces. Cada retorno de su Gran Mal era un punto de violencia que sufría sin ser testigo de él. Solo advertía anticipadamente una señal ambigua, como la llegada a sus espaldas de una máscara sin rasgos, tras la cual, para él, había un agujero vacío. Y entonces lo sorprendía un nebuloso horror, donde él, ya medio ciego, intentaba partir sin dirección, para verse derribado tras dos o tres pasos. Pero esta ejecución oscura lo hallaba ya inconsciente. Y tampoco de la primera señal le restaba a continuación sino una huella indefinida, como un tema fragmentado oído no se sabe cuándo, ni dónde. Sus notas emergen de «alguna cosa» que semeja un desgarramiento..., pero no dicen qué es «la cosa».

Sentado en la hierba del río, con el corazón aún palpitante, Useppe tuvo la sensación de haber vivido ya en el pasado otro momento idéntico a este. No se sabe cuándo, acaso en otra existencia, se había encontrado ya en una playita radiante, a lo largo de prados sembrados de alegres tiendas, a la espera de un horror inminente que quería engullirlo. Su cara se contrajo en una repulsa desmedida:

—¡No quiero! ¡No quiero! — exclamó.

Y se puso en pie del mismo modo que poco antes, cuando se había dispuesto al choque con los piratas. Contra esta otra «cosa», en verdad, no se le brindaba ningún remedio, sino una absurda fuga. Y la única y suprema vía de escape que se le ofreció de momento fue el agua del río, que corría a sus pies. Con la vista ya nublada, Useppe se lanzó de cabeza. En aquel punto la corriente era más bien tranquila, pero el agua era mucho más alta que él.

Un ladrido desesperado resonó en la orilla; y en un instante Bella estuvo al

lado de él, que se debatía con incoherente desorden, traqueteado por el agua como un pobre animalillo, aéreo o terrestre, herido en la espalda.

—¡Agárrate, agárrate a caballito! — le suplicó Bella, deslizándose prestamente bajo su barriga y sosteniéndolo así a flote, mientras nadaba hacia tierra.

En el tiempo de dos suspiros, el salvamento se había realizado; de nuevo, con sus ropitas chorreantes, Useppe estaba al seguro en el borde del prado.

Puede que la sacudida fría y brusca del agua bloquease la primera aparición de la crisis. Esta vez no hubo un grito, ni pérdida de conciencia, ni la horrenda cianosis que lo desfiguraba. Única manifestación de esta crisis (parcial e irresuelta) fue un temblor de todos los músculos que lo agitó convulsivamente, apenas estuvo en tierra, mezclado con un llanto desgarrador.

—¡No! ¡No! ¡No quiero! ¡No quiero! — seguía repitiendo, mientras Bella lo lamía a toda prisa, como si tuviese allí una carnada de perritos.

Useppe mudó por fin el llanto en una risita asustada y se abrazó muy fuerte a Bella, como si estuviese en la cama de su casa, junto a Ida. Se durmieron juntos, mientras el sol los secaba.

No siempre este sueño agotado de después de la crisis traía sueños; o se trataba más bien de sueños que Useppe olvidaba del todo al despertar. Esta vez, en cambio, tuvo un sueño cuya memoria conservó duraderamente, a continuación, no un recuerdo exactamente, sino una sombra palpitante y coloreada. Soñaba que se encontraba justo en el lugar donde en realidad estaba; solo que el río había tornado la forma de un gran lago circular, y las colinillas de alrededor eran bastante más altas que las de verdad, envueltas todas en una nevada. En su momento, omití decir que en el invierno de 1945 en Roma había caído la nieve, que representó un espectáculo insólito en Roma y extraordinario para Useppe.

Entonces Useppe contaba poco más de tres años, y desde entonces el espectáculo de la nieve se había retirado al fondo de su memoria, hasta el punto de ocultarse en una bruma; y hete aquí que volvía a adelantarse en este sueño. Salvo que la nieve romana había sido una visión plácida, de increíble tranquilidad y candor; y en cambio esta del sueño era una tormenta como Useppe, en verdad, nunca había visto en su vida. El cielo estaba negruzco, un viento silbante retorció los árboles del vallejo y de todas las orillas en torno a él, y la nieve remolineaba, como una metralla de hielos puntiagudos y mortíferos. En las alturas de alrededor, los árboles se extendían desnudos y negros como cuerpos descarnados, quizá ya muertos. Y en toda la cadena de colinas el único sonido era el silbido de las ráfagas; no había voces, no se veía a nadie.

En el sueño, Useppe no se encontraba en la orilla, sino en el agua del río-lago. Y esta agua, aunque encerrada en círculo por las colinas, aparecía como de un tamaño infinito. Era toda de un color irisado, quieta y luminosa, y de dulce y maravillosa tibieza, cual si la atravesaran de continuo manantiales no vistos, que el sol caldeaba. Useppe nadaba en esta agua con naturalidad, como un pececito, y en torno a él, en todo el tibio lago, emergían innúmeras cabecitas de otros nadadores, sus compañeros. Todos estos le resultaban desconocidos, pero él los reconocía. Y, en verdad, no parecía difícil comprender que allí presentes estaban los numerosísimos sobrinos de Scimó, identificables enseguida por sus morritos salientes, a imitación del famoso animalillo sin cola; y además había un gran tropel de cabecitas redondas, de mejillas coloreadas, con vivos y negros ojitos: todas gemelas, o próximas parientes, de su sobrina Ninuccia.

Pero lo más extraordinario de este lago jubilosísimo era que el círculo de colinas, martirizado por la lóbrega borrasca, se reflejaba allí dentro, en cambio, intacto y feliz, con la plena serenidad de un comienzo de verano. Los

árboles torturados se duplicaban incólumes, con la salud viva de sus hojas; y así sus reflejos ramificados por todo el lago dibujaban en él una especie de pérgola verde bajo el agua azul, hasta parecer un jardín colgado del cielo. Y el movimiento del agua los acompañaba como un soplo de viento estival, con un sonido de cancioncilla y de murmullos.

No cabía la menor duda de que el lago era verdadero y auténtico; mientras que el panorama de encima era un truco, algo así como las sombras chinas sobre un telón. Esto en el sueño era obvio, e incluso, en conjunto, cómico. Y el durmiente sentía un placer delicioso, tanto que exhalaba, en sueños, pequeñas exclamaciones festivas. A su lado Bella, en cambio, emitía entretanto gruñidos, quizá reviviendo en sueños las emociones de su heroica tarde.

Es probable que Useppe, abandonado a sí mismo, hubiera dormido al menos doce horas seguidas. Pero transcurridas unas tres horas, cuando el sol declinaba, Bella se despabiló dándose una gran sacudida al pelaje, y lo despertó con este aviso:

—Es hora de volver a casa. Mamá nos espera para la cena.

El viaje de Useppe hacia casa fue extraño, porque, aunque moviera los pies tras la correa de Bella, no había salido del todo de su sueño. Pasaron bajo la tienda de árboles y las voces de ciertos pájaros al recogerse hacia el ocaso le parecían aún los vaivenes de aquel lago, donde sonidos y reflejos jugaban juntos. Alzó los ojos, y en el techo de ramas creyó ver la maravillosa pérgola verde reflejada en el agua en la que sus compañeros nadadores jugueteaban asomando las cabecitas. También el estruendo urbano del sábado le llegaba amortiguado, como un inmenso bisbiseo en el fondo del agua, y este rumor subacuático se confundía con el latido de las primeras estrellas.

Estaba tan soñoliento que, en la cena, la cabeza se le bamboleaba. Y al día siguiente siguió durmiendo hasta la hora de comer, resistiéndose a las

llamadas de Ida. Cuando por fin se levantó, necesitó un rato para recobrar el sentido del tiempo. Y de pronto recordó que Bella y él debían encontrarse con Scimó en la cabaña.

Llegaron a eso de las cuatro; demasiado tarde para la cita con Scimó. Y, en efecto, Scimó no estaba. Al ser domingo, y ya verano, algún bañista debía de haberse instalado por la mañana en la playita. Encontraron chapas de cerveza Peroni y mondas de plátano; aunque, por fortuna, ni rastro de piratas, ni allí ni en los alrededores. La cabaña estaba como la habían dejado el día anterior. Tirado sobre el colchón, estaba el bañador de Scimó, todavía húmedo; y la linterna de pilas estaba en el suelo, junto a la piedra de la vela, como ayer. Useppe no se fijó en que la vela no había disminuido de altura desde el día anterior. Única novedad: el despertador estaba parado. Useppe supuso que Scimó, con las prisas, se había olvidado de darle cuerda. Y como había aprendido a reconocer la hora en los relojes, vio que marcaba las dos.

Aquel dos significaba para él, sin duda, las dos de la tarde; mientras que el despertador, en realidad, en el momento en que se quedó sin cuerda, marcaba las dos de la madrugada. Useppe no sabía, ni supo nunca, que Scimó, desde que se despidió de ellos el día anterior no había vuelto a dormir a la cabaña, y había pasado la noche en el reformatorio. Algún conocido suyo de la ciudad, obedeciendo acaso a escrúpulos legales, lo denunció, haciéndole caer en una trampa. Ayer mismo, en Roma, habían agarrado a Scimó; y hoy quizá pasaba el domingo encerrado en la celda, en castigo por la fuga.

Useppe no tuvo la menor sospecha de semejante acontecimiento. Se dijo, amargado, que ciertamente Scimó, tras haberlos esperado en vano a él y a Bella, se había marchado sin aguardarles para llegar a tiempo a la primera sesión dominical. Y seguramente a esas horas se encontraba ya en el cine, y

no regresaría a la cabaña antes de la noche. De modo que, por hoy, no se verían.

Esta idea bastaba para darle dolor. Por un obligado respeto al domicilio de Scimó, salió de la cabaña y se sentó en el suelo, a un paso de la entrada. Bella, viéndolo triste, se sentó a su lado sin molestarlo, muy quieta, divirtiéndose solo de cuando en cuando con una cabezada al aire para meterle miedo a un mosquito de paso. A despecho de su edad, y hasta en las situaciones más serias, siempre se dejaba tentar por su pasado de cachorra.

En cuanto al baño cotidiano, tras el acontecimiento del día anterior se había decidido a renunciar a él, no fiándose de dejar a Useppe en la orilla ni siquiera breves instantes. Más aún, hasta se esforzaba por mantener cierta distancia entre él y la playita, como si el agua representara de veras el lobo.

Ese día el sol quemaba, como en pleno verano, pero ellos estaban sentados al fresco, en el cuadrado de sombra de la cabaña. Al otro lado del vallecito asomaban unos árboles, y desde uno de ellos se oyó el sonido solitario y precoz de una cigarra macho. Sin duda debía de ser una cigarra aún pequeña, dedicada a ejercicios de principiante, pues, pese a su terco empeño, producía un ruido de violín infinitesimal, apenas rascado con un hilo. Y así, por el sonido, Useppe la reconoció inmediatamente como la misma cigarra recién salida del nido que Scimó viera nacer hacía un par de días.

Cierto cansancio del día anterior perduraba en el cuerpo de Useppe, quien no tenía ganas de revolcarse, correr y trepar como los otros días. Pero al mismo tiempo lo asaltó una inquietud que lo tentaba a desplazarse y cambiar de sitio, aun sin indicarle adónde ir. Hasta en la tienda de árboles perduraba esta impaciencia. El techo de ramas le devolvió una reminiscencia vaga del sueño de ayer, aunque hoy, en gran parte, se había borrado ya de su memoria. No recordaba los detalles del paisaje, ni la tormenta, ni las cabecitas, ni los reflejos. Lo que veía era una extensión acuática con un suave movimiento de

colores, y con un bisbiseo canoro que acompañaba su balanceo. Y volvía a él un deseo de camita y de reposo, en contraste con un miedo de echarse a dormir, mientras todos estaban despiertos.

Viéndolo necesitado de consuelo y distracción, Bella, sentada a su lado, resolvió contarle una historia. Y parpadeando un poco, de un modo fabuloso y lleno de melancolía, comenzó a decir:

—Yo, una vez, tenía unos perritos.

Aún no le había hablado nunca de eso.

—No sé cuántos eran de número — siguió—; yo no sé contar. Es cierto que a la hora de la leche me encontraba todas las mamas ocupadas, ¡¡¡al completo!!! En fin, eran muchos, y a cada cual más guapo. Había uno blanco y negro, uno todo negro con una oreja blanca y una negra, y uno también todo negro con barbita blanca... Cuando miraba a uno, el más guapo era él; pero si miraba a otro, el más guapo era este; después lamía a otro, y entretanto otro más aparecía en medio con su morro, e indudablemente cada uno era el más guapo. Su hermosura era infinita, esa es la cosa. Las hermosuras infinitas no se pueden comparar.

—¿Y cómo se llamaban?

—No tuvieron nombre.

—No tuvieron nombre.

—No.

—¿Y adónde se han ido?

—¿Adónde?... Sobre eso no sé qué pensar. En cierto momento, los busqué, y ya no estaban. Normalmente, cuando se van, vuelven más adelante, al menos eso le pasaba a mis amigas... — Bella, como sus amigas, estaba convencida de que cada carnada sucesiva era un regreso de los mismos perritos—, pero los míos no volvieron nunca. Los busqué, los esperé quién sabe cuánto, pero no regresaron.

Useppe calló.

—¡Uno más guapo que el otro! — repitió Bella, convencida, con pupilas sonadoras. Después, pensándolo mejor, agregó— : Es lógico, lo mismo sucede con los demás..., con todos los nuestros, ¿eh? Miremos por ejemplo a mi Antonio, el de Nápoles... Sin duda, ¡él es el más guapo de todos! Pero mi Ninnuzzu, también él, basta con verlo: ¡¡alguien más guapo que él no existe!!

Era la primera vez que el nombre de Ninnuzzu se pronunciaba entre ellos dos. Al oírlo, un temblor recorrió la cara de Useppe, aunque se resolvió en una sonrisita atenta. La charla de Bella, en verdad, ladrada con acentos caninos, lo mecía como una melodiosa aria de soprano.

—Y tú — prosiguió, contemplándolo convencida— eres el más guapo de todos en el mundo, siempre. Seguro.

—¿Y mi mamá? — se informó Useppe.

—¿Ella? ¿Se ha visto alguna vez chica más guapa? ¡Ah, en Roma todos los saben! ¡Es de una hermosura infinita! ¡Infinita!

Useppe rió. En eso estaba de acuerdo, desde luego. Luego preguntó ansioso:

— ¿Y Scimó?

—¡Qué pregunta! Cualquiera lo ve, ¡él es el más guapo!

—¿El más guapo de todos?

— De todos.

—¿Y Davide?

—¡Aaaah! La hermosura de Davide es la mayor. Absolutamente. La máxima.

—¿Infinita?

—Infinita.

Useppe rio satisfecho, porque en este tema de las hermosuras el acuerdo entre la pastora y él era completo. Gigantes o enanos, andrajosos o

lechuguinos, decrepitud o juventud, para él no había diferencias. Y contrahechos, jorobados, barrigones, escuerzos no eran para él menos bonitos que un san Luis, con solo que fueran todos amigos por igual y sonrieran (él, si hubiera debido inventar un cielo, habría fabricado un local del tipo de la «tarbea de los Mil»). Aunque desde hacía un tiempo a él lo rechazaban, y con motivo: era porque tenía aquel feo mal.

—Vámonos de aquí — le dijo a Bella.

Las calles estaban animadas por el gentío de las tardes dominicales. Más allá de unas casas en construcción, en un solar abierto, se había instalado un parque de atracciones. No solo había tivovivos, puestos, tiro al blanco, coches de choque, etcétera, sino hasta montañas rusas, y un carrusel volante donde la gente daba vueltas colgada en círculo en columpios múltiples a una velocidad vertiginosa. Useppe, atraído irresistiblemente con Bella hasta el borde de las atracciones, lanzó una involuntaria risita de contento, ante la presencia de aquellas maquinarias fantásticas. Pero se retrajo enseguida, con un sentimiento de nostalgia mezclada con delirio, como ante una ebriedad negada. El caso es que, desde el inicio de su mal, de noche tenía ciertos sueños de miedo (aun cuando luego los olvidase), en los cuales se precipitaba desde lo alto en ciegos torbellinos, o bien remolineaba en órbitas inconmensurables en un vacío rutilante y sin principio ni fin.

La posesión, en el bolsillo abotonado, del dinerillo para gastar, lo animaba a adelantarse hacia los puestos donde vendían mostachones, guirlache, y en especial azúcar hilado, de color rosa y amarillo. Pero también allí la muchedumbre festiva lo rechazó hacia atrás, solitario. Después, por la via Marmorata, hacia el Testaccio, se toparon con el carrito aislado de un heladero. Y entonces Useppe se decidió a alargar la manita con los cuartos para comprar dos cucuruchos: uno para él y uno para Bella. Más aún,

alentado por la cara del heladero, que era un hombrecillo miope, de sonrisa simpática, le preguntó, al verle el reloj:

—¿Qué hora tienes, tú?

—Las cinco y media — contestó el heladero.

Todavía era pronto para volver a casa. Y de repente Useppe tomó la resolución impulsiva de visitar a Davide Segre.

—¡Vvavide! — anunció a Bella pegado a su morro con un tono tan irrevocable, aunque de súplica, que esta vez Bella, sin objetar nada, trotó hacia el puente Sublicio. Allí a Useppe, sin embargo, pensándose mejor, se le ocurrió la idea de llevar de ofrenda a su amigo la garrafa de vino que días antes había comprado Ida aposta para él. Tenía la esperanza de que Davide, al verlos presentarse con aquel regalo, no los echaría hoy de su casa.

Para volver sobre sus pasos hacia la via Bodoni, esta vez, en vez de por la via Marmorata, cogieron las calles interiores del barrio. Desde ventanas, cafés y tabernas los acompañaban las voces uniformes de las radios, que transmitían los resultados de los partidos de fútbol; pero al cruzar la via Mastro Giorgio oyeron, dentro de una taberna, gritar a alguien: «Guerra... Historia» y otras palabras tapadas por la radio. Era la voz de Davide. Useppe conocía la taberna por haber acompañado a veces a Annita Marrocco, que iba allí a buscar el vino. Agitado por la sorpresa, instantáneamente se acercó al umbral del local; y, descubriendo a Davide, le dijo muy alto: «¡Ahó!», haciéndole con la mano su familiar gesto de saludo.

Había una sola mesa con parroquianos, todos pobre gente del barrio, y todos hombres más bien mayores, de los cuales un grupito de cuatro jugaba a las cartas, y los otros, más numerosos, sentados alrededor de los primeros, o un poco más atrás, asistían al juego sin participar en él. Davide era del número de estos, aunque no demostrase el menor interés por la partida. Su sitio, en verdad, hasta un momento antes había sido una mesita cercana, donde se sentaba a beber él solo, y en la cual quedaba aún, dejados por él, un par de cuartillos de vino, uno vacío, y el otro mediado. Él mismo, de pronto, había vuelto la silla, acomodándose en la mesa vecina, sin que nadie lo invitase. Allí había pedido aún una frasca de dos litros, que ofrecía a los demás, sirviéndose de vez en cuando en su vaso. No parecía, sin embargo, borracho, sino fanáticamente expansivo. Al ver a Useppe y Bella, una luminosidad subitánea, dulce e infantil, acarició su cara por un momento:

—¡Useppe! — exclamó con el tono de quien se encuentra con un amigo.

Y Useppe, con Bella, se colocó a su lado de un salto.

—Siéntate aquí — lo invitó Davide, acercando una silla vacía.

Pero en cuanto Useppe, radiante de gozo, se sentó, no volvió a ocuparse de él. Tras su fugaz movimiento de bienvenida, su cara recobró la misma expresión tensa y ardiente de poco antes.

De Useppe y Bella, en verdad, nadie se ocupaba allí. Pero estaban tan satisfechos los dos con su presente situación, que no pedían más. Al

contrario, para no comprometer su suerte, evitaban la menor acción perturbadora. Bella se había tumbado sobre el pavimento, entre la silla de Useppe y la de Davide; y (de no ser por un irresistible y ligero ondear del rabo) se obligaba a una inmovilidad perfecta, hasta semejar el monumento de un perro. De cuando en cuando, dirigía hacia arriba una ojeadita fútil y feliz, como diciendo: «Bueno, ¿qué os parece? Aquí nos tenéis a los tres». Y Useppe, desde la silla donde estaba acomodado, miraba calladito a su alrededor, con ojos grandes y confiados, cuidando incluso de no balancear sus piernecitas colgantes. La proximidad de Davide, aun infundiéndole respeto, lo libraba de toda incomodidad. Y además, entre los presentes (amén de un par de otros personajes del barrio conocidos de vista) había descubierto enseguida a una vieja amistad: Clemente, el hermano de Consolata.

Le hizo un tímido gesto de inteligencia, pero él no lo reconoció. No jugaba, y estaba sentado entre los jugadores, casi a sus espaldas, en el lado opuesto al de Davide. Empequeñecido por su extremada flacura, de una palidez verduzca, con ojos hundidos y turbios de muerto, estaba todo encogido dentro de un abrigo otoñal, pese al calor, y también tenía la gorra puesta. En la mano mutilada, en vez del guante de punto negro de Filomena, llevaba actualmente otro, bastante gastado, de piel de un tono marrón-rojizo. Pero seguían conociéndolo por el apodo de Manonegra. Su condición era de inválido y parado sin remedio; y su dependencia definitiva de su hermana lo había reducido a odiarla, y a hacerse odiar por ella. Especialmente los días de fiesta, cuando ella no se ausentaba para su trabajo, ese odio lo expulsaba de casa desde la mañana; y se pasaba domingos enteros sentado en aquel lugar. De vez en cuando, se le veía alargar el brazo para coger su vaso de vino, siempre intacto; pero, tras haber mirado dentro con una mirada fija y asqueada, como si viese gusanos, lo dejaba en la mesa sin beber nunca.

Aunque se sentase entre los demás, permanecía confinado en su sombrío

torpor, casi sin reaccionar a los estímulos externos. No se interesaba por las cartas, ni por las noticias transmitidas por la radio. Aguzaba el oído, sin embargo, aunque de forma oblicua e intermitente, a las parrafadas de Davide; y solo entonces sus rasgos deteriorados tenían cierta vibración, que expresaba animosidad, rencor y casi desprecio.

Solo él, en aquella mesa, pertenecía a una generación todavía joven (aunque por su aspecto no tuviese ninguna edad). Era, en efecto, poco más de diez años mayor que Davide. Los otros (todos, en apariencia, de más de sesenta años, o poco por debajo) trataban a Davide con despego y paciencia, como a un mozo raro, demostrando su aguante aunque su intromisión, estaba claro, les fastidiara la tranquila partida. No pocos, entre los presentes en el local, tenían pinta de conocerlo ya, al menos de vista; pero no había ya nadie que lo saludase como un héroe, como la vez en que se había presentado en casa de los Marrocco. Más bien, con motivo de su diferente clase social, parecían considerarlo descendiente de una especie de nobleza tronada, si no de un planeta oscuro.

La partida se jugaba por parejas. El jugador más próximo a Davide era un viejo de unos setenta años, pero de figura atlética y rebosante de salud. Una camiseta grisácea dejaba al aire sus brazos musculosos y, bronceados y la carne, más blanca, de los sobacos. Tenía una gran cabellera entrecana y, sobre la camiseta, de una cadenita plateada, colgaba una medallita bautismal. Su compañero de partida, sentado en el lado opuesto de la mesa, era un calvo de cara aplastada, con uniforme de cartero. Y de los dos de la segunda pareja, uno, evidentemente de fuera de Roma (como se notaba por su habla), era un palurdo, fornido y de cara coloradota, quizá un chalán del campo; y el otro era un tipo a quien Useppe conocía ya de vista, porque andaba por el barrio vendiendo, de una cajita colgada al cuello, tortillas de castañas, mostachones y cocos (había dejado en el alféizar de una ventana la cajita con sus

mercancías, hacia la cual Bella de vez en cuando lanzaba ojeadas nostálgicas). Este tenía un rostro redondo cubierto de arrugas, nariz y orejas bastante pequeñas, y los compañeros de juego le pinchaban, por lento.

Cerca del gran viejo de la medallita, aunque un poco detrás, como espectador, estaba sentado un hombrecillo de unos sesenta años, de aspecto sufriente, con un cuello fino y tendinoso que le salía de una chaqueta dominical usada, de extremada pobreza. Sus ojos enfermizos, de iris azulinos, estaban veteados de sangre, pero su mirada era resignada, sencilla, y seguía con vivo placer los lances del juego. Esta del domingo por la tarde era, en efecto, la única ocasión social de toda su semana solitaria de jubilado que se las apañaba, todavía, con otros pequeños oficios. De vez en cuando el hombrecito aplaudía, casi alborozado, las intervenciones del jugador de la medallita.

De los otros que presenciaban el juego, unos seguían sus peripecias con interés, otros parecían simplemente descansar dormitando, como si continuaran su siesta veraniega en la taberna. Había alguno que, de vez en cuando, se levantaba para recoger noticias de la radio, y después volvía a contárselas a los amigos. O bien alguien que estaba de paso se demoraba un poco observando, u otros se retiraban dejando sus sillas a los recién llegados... Pero entre estas discretas idas y venidas Davide no se movía nunca de su sitio, retenido allí por una pesadez en las piernas que contrastaba con su agitación interior.

Como si también él celebrase el domingo, hoy se había lavado y afeitado a la perfección. El pelo, que por dejadez le crecía en desorden, se lo había arreglado, alisándolo con agua y separándolo con una raya a un lado. Y así, con aquel insólito aspecto decente y con la mirada pensativa y (a veces) casi arrobada, se parecía más que nunca al estudiantillo imberbe de la vieja foto de carnet, pese a sus mejillas enflaquecidas y su palidez. Se había puesto un

par de pantalones no exactamente planchados, aunque bastante nuevos, y una camiseta blanca, fresca y limpia, de manga corta. En cierto momento Useppe, que la mayoría del tiempo volvía los ojos hacia él, se fijó en una pequeña llaga hinchada y supurada en el brazo desnudo, en el hueco del codo; y, compasivo, habría querido preguntarle la causa, pero no se atrevía a interrumpir el urgente discurso que pronunciaba.

Por qué, o de qué, hablaba tanto, ni siquiera Davide lo sabía. En efecto, lo que esgrimía no eran argumentos, sino más bien pretextos para implicar a los otros, aunque a sí mismo en primer lugar, en un problema general — ¿o quizá personal?— No había respuestas para semejantes preguntas, pues él mismo, con su locuacidad insólita y morbosa, ¡tenía pinta de andar buscando — más aún que una solución— precisamente el problema! Y si trato de recapitular sus discursos de esa tarde en la taberna, los veo como la imagen de muchos caballos que se persiguen en torno a una pista circular, pasando y repasando por los mismos puntos. En esos momentos se oía su voz (de característico timbre de bajo juvenil) remachar una cuestión que los circunstantes no se decidían a recoger, por mucho que se empeñase en reiterarla: esto es, acusaba a todos — no solo a los presentes, sino a todos los seres vivos en general— de reticencia voluntaria a propósito de la última guerra y de sus millones de muertos. Como si se tratase de un asunto liquidado, nadie quería hablar de eso, y ese era el punto sobre el que machacaba. Y seguía repitiendo, con tonos de empecinada protesta, pero a la vez de llamada casi patética:

—Nadie... Nadie...

Hasta que el viejo de la medallita le dijo de rebote, aunque sin gran convicción, y cuidando de no distraerse de las cartas:

—Pues habla tú, entonces. Nosotros te escuchamos... — Después, arrojando decidido una carta en la mesa, exclamó—: ¡Arrastro! — Mientras

Clemente, carcajeándose, miraba a su vez a Davide con aire de confirmarle: «Claro. ¿A qué esperas para comunicarnos tu filosofía?».

El local, más bien amplio, tenía dos entradas. En el rincón junto a la segunda entrada, pasada la nevera y el mostrador, y la mesa de los jugadores, un pequeño gentío se agolpaba de pie en torno a la radio encendida, escuchando los resultados de los partidos de fútbol. A diferencia de los clientes sentados, estos otros eran, en su mayoría, jóvenes, y no bebían ni ocupaban ninguna mesa, demorándose allí de paso, solo para el noticiario. Otros se alternaban con ellos desde la calle; y en la puerta, entre quienes entraban y quienes salían, había un continuo movimiento y un vocerío de discusiones deportivas, a las cuales también el tabernero, desde el mostrador, se sumaba de buen grado. En el lado de acá, entretanto, otros clientes ancianos habían dispuesto una segunda mesa, con sus cartas. Y a un lado y otro se oía exclamar: «¡Mío!», «¡Tira ya!», y otras frases usuales del juego, que se cruzaban con las otras voces y con los ruidos de la calle, en una confusión absurda y retumbante. Pero a Davide no le molestaban los ruidos; más aún, un silencio repentino le habría dado pánico, acaso. Disfrutaba de una claridad de conciencia tan aguda que se sentía excitado, como por un estímulo físico situado dentro de su cerebro; y sin embargo le parecía marchar a tientas, igual a un mocosuelo perdido que no se atreve a pedir ayuda a los transeúntes. Pero sobre todo en él predominaba una especie de entusiasmo: tal que poco a poco todos los sonidos de fuera se mezclaban con su propio clamor y fervor internos, ¡como una única aventura suprema!

Se encontraba — es fácil de entender— en uno de sus «días de gala»; pero hoy, a diferencia de lo normal, esta gala dominical le había hecho intolerable la soledad de su tugurio, empujándolo afuera, por las calles, con el ardor, un poco aprensivo, de un debut. Tenía ganas de encontrarse con los pasos de los

otros, con las voces de los otros; sus pulmones querían respirar el aire de los otros.

Y no se dejaba guiar por una elección, solo por el azar. Pero, pasando por allí, se había metido en este local, frecuentado por él intermitentemente, y que le prometía en cierto modo un aire de familia.

No tenía ganas de vino; el alcohol, químicamente, no combinaba demasiado bien con ciertos estados «de gala». Si se decidió a beber un poco, lo hizo solo por disimular, o sea, por justificar así su presencia de parroquiano y no de intruso. Ahora, con el vino, se le había pegado la misma inquietud de cuando, tras entrar en un baile, uno se desvive por bailar; salvo que el baile no concordaba con el pesado cansancio de las piernas, que le había sobrevenido al mismo tiempo. Y además este no era un baile. Era un sitio... cualquiera... del mundo... ¡Cabalmente! ¡Cabalmente! ¡Un sitio cualquiera del mundo!

Ni siquiera él sabía que lo había inducido, de pronto, a volver su silla hacia la mesa vecina (la única ocupada, en ese momento, en la taberna), poniendo en tal iniciativa simple y normal un impulso tan exagerado que semejaba una agresión. Quizá, donde quiera que se encontrase o con quienquiera (en un tribunal, o en un hospital, o a lo mejor en la corte de Inglaterra), su movimiento habría sido idéntico. Había obedecido a una de esas voluntades inconscientes por la cual de repente alguien, mientras da vueltas por una plaza, se queda en pelotas.

Sin duda le había parecido, al volver la silla hacia acá, adoptar quién sabe cuál resolución importante, aunque imprevisible para él mismo, y muy confusa. Y solo en el momento de despegar los labios se dio cuenta de que su verdadero deseo, hoy, era hablar. Él mismo — eso le pareció— era una maraña terrible, y todos los demás se enredaban y tropezaban en esa maraña. Solo dialogando con los otros la maraña podría acaso disolverse. Era una

batalla, que había que afrontar hoy, sin demora; y entonces, después de la victoria, descansaría. Si iba a tener una conversación, o, más bien a dar una conferencia, no le importaba saberlo antes. De una sola cosa estaba seguro: ¡se trataba de comunicaciones urgentes!

Demasiados serían los temas, en verdad; tantos que se sentía trastornado. Y aunque totalmente en sus cabales, reconocía también que su mente no estaba enardecida por la salud, sino por una especie de fiebre lúcida, que quería esforzarse por frenar, aun cuando, en cierto modo, pretendiese aprovecharla. Hablar, sí, pero ¿empezando por dónde?, ¿por cuándo? Partió de las frases sobre la guerra, como si este punto fuese una estrella polar, o un cometa errante, que debía indicarle la dirección; pero entretanto (incluso tras la invitación del viejo de la medallita) no hacía sino charlotear con sus protestas ociosas, con una pretensión chulesca que provocaba las carcajadas burlonas de Manonegra.

—La guerra acabó — terció, echándole una rápida ojeada, el jugador de aspecto de chalán—, ahora hay que pensar en la paz... — Después, olvidando de inmediato el tema, clavó los ojos en su compañero de partida, el lento vendedor ambulante de mercancías variadas, y lo exhortó—: ¡Dale con losoros!

—Ah, claro, ¡la guerra acabó! — repitió Davide con tono polémico—, es tiempo de paz, ya... — Y dicho esto rio descompuestamente. La carcajada surtió un efecto de sorpresa sobre Bella, que alzó ambas orejas; pero entretanto Davide, cediendo, a su pesar, a un arrebató de mal humor, se agitaba en la silla con facha torva— : Paces de estas — se desató contra el chalán, que ya no le hacía caso— ¡se hacen cien mil! ¡Y se harán cien mil más, y la guerra nunca acaba! Usar la palabra PAZ para ciertos tejemanejes es... ¡es pornografía! ¡Y escupir sobre los muertos! Aunque, claro, los muertos, se saca una cuenta aproximada, y luego se archivan: ¡expedientes

prescritos! ¡En los aniversarios, señores de chaqué llevan una corona al soldado desconocido!

—El muerto al hoyo y el vivo al bollo — proverbialmente el pequeño jubilado, guiñando sus ojillos sanguinolentos, de un modo que no quería ser irónico, sino incluso complaciente con Davide.

—¡Expedientes archivados! — reforzó Davide retorciéndose, rebelde.

Pero aquí lo retuvo el pensamiento de que si comenzaba de este modo, enfureciéndose, descarrilaría desde el principio. Y, con un gran esfuerzo de voluntad, dio una especie de salto mental, que lo llevó a un estado de desdoblamiento razonador. Había un Davide superyó que abría la marcha, y otro Davide que obedecía, aunque perplejo, al azar, sobre los medios y los objetivos. El tal Davide Superyó asomaría luego, en la secuencia de su conversación de hoy, bajo formas variables: ora como espada flamígera, ora como parodia... Esta vez, al abrirle paso, adoptó una forma de profesor de historia. Y Davide se forzó, con las cejas juntas, a concentrar en su mente sus conocimientos más señalados al respecto, desde los primarios ya aprendidos en sus estudios de bachillerato; comprometiéndose a la calma, a la claridad, y ante todo a un orden metódico, si quería predisponer el terreno para la batalla próxima. Decidió, pues, proceder mediante tesis sucesivas, estableciendo, en primer lugar, puntos básicos de certeza evidente, más aún, ya archisabida, como en los teoremas. Y lanzándose a tal tarea con la misma seriedad de cuando, estudiante, lo llevaban a la pizarra, principió, con un habla tan diligente y puntual que parecía leer de un breviario: 1) La palabra «fascismo» es de reciente acuñación, pero corresponde a un sistema social de decrepitud prehistórica, absolutamente rudimentario, y hasta menos evolucionado del usado entre los antropoides (como puede confirmar quienquiera que tenga nociones de zoología); 2) semejante sistema se basa en efecto en abusar de los indefensos (pueblos o clases o individuos) por parte de quien tiene los

medios para ejercer la violencia; 3) en realidad, desde los orígenes primitivos, universalmente, y a lo largo de todo el curso de la Historia humana, no subsiste otro sistema que este. Recientemente, se ha dado el nombre de «fascismo» o «nazismo» a ciertas erupciones extremas de ignominia, demencia e imbecilidad, propias de la degeneración burguesa; pero el sistema en cuanto tal está implantado siempre y por doquier (con aspectos y nombres distintos, y a lo mejor contradictorios...), siempre y por doquier desde el inicio de la Historia humana...

En esta fase preparatoria de su problemática empresa, Davide movía la cabeza, alternativamente a un lado y otro, como si pusiera por testigos de sus postulados a todos los presentes en el lugar. Y aunque, en realidad, de su discurso (pronunciado, entre otras cosas, con voz bastante moderada) emergiesen solo retazos, pronto anegados en la confusión general, sin embargo, con una especie de sorda confianza, prosiguió aún, durante un rato bastante largo, hablando según el orden prefijado:

—... pues, en resumidas cuentas toda la Historia es una historia de fascismos más o menos larvados..., en la Grecia de Pericles... y en la Roma de los Césares y los Papas y en la estepa de los hunos... y en el Imperio azteca y en la América de los pioneros... y en la Italia del Risorgimento... y en la Rusia de los zares y los sóviets..., siempre y por doquier libres y esclavos..., ricos y pobres, compradores y vendidos..., superiores e inferiores..., jefes y subordinados... El sistema no cambia nunca... se llamaba «religión», «derecho divino», «gloria», «honor», «espíritu», «porvenir»..., todos seudónimos..., todas máscaras... Pero con la época industrial, ciertas máscaras no se sostienen..., el sistema enseña los dientes, y nos graba cada día, en la carne de las masas, su verdadero nombre y título..., y no en vano, en su lengua, a la humanidad se la denomina «masa», que significa «materia inerte». Y así, estamos aviados..., esta pobre materia de

servicio y trabajo se convierte en una pasta de exterminio y desintegración... «Campos de exterminio...», el nuevo nombre de la tierra ya lo han encontrado... «Industria del exterminio», ¡ese es el verdadero nombre actual del sistema! Y habría que ponerlo como enseña en las verjas de las fábricas..., y en los portones de las escuelas, y de las iglesias, y de los ministerios, y de las oficinas, y en los rascacielos con neones... y en las cabeceras de los periódicos... y en las portadas de los libros... también de los textos LLAMADOS revolucionarios... ¡¡*Quieren carne de hombres!*!![7]

No sabía ya dónde había leído esta última frase, pero en el mismo momento de citarla se lo reprochó, como un error, porque seguramente, allí alrededor, ¡nadie sabía español! Habría podido hablar, en verdad, también en griego antiguo, o en sánscrito, dado que sus frases allí eran recibidas a lo sumo como un fenómeno acústico. De tal circunstancia, en ese momento, solo era consciente en parte; pero ya la calma deseada por su superyó se había perdido; y comenzó a mover con impaciencia pies y manos, prorrumpiendo en una carcajada descomedida:

—Hay quien se ha creído — exclamó, alzando la voz con prepotencia— que esta última era una guerra... ¡de revolución mundial!

El noticiario deportivo de la radio concluía; algunos de los oyentes se rezagaban discutiendo, mientras otros se marchaban en grupitos.

—¡Hazla tú, la revolución, ya que eres tan listo! — terció un joven descamisado, que con las palabras de Davide se había acercado a la mesa.

Davide se revolvió contra este con ceño pendenciero.

—¡Yo no soy de los que lo creyeron! — le explicó animosamente—. Yo en esas revoluciones no creo... , y revolución de veras no la ha habido nunca. ¡Yo ya no tengo esperanza en la verdadera revolución!...

Pero el joven descamisado, con un encogimiento de hombros, ya regresaba al grupo de los apasionados deportistas.

—¿Y cuál sería esa revolución buena? —preguntó desde el mostrador el tabernero, lanzándole a Davide una perezosa ojeada.

Pero sin esperar la respuesta, saltó en la discusión ya iniciada con los deportistas, y dirigiéndose a estos exclamó con cierto ardor:

—Para mí que el follón lo armó el árbitro.

El aparato transmitía ahora músicas diversas, y tabernero bajó el volumen para seguir mejor las argumentaciones sobre los partidos. De los distintos tanteos del día la conversación se había remontado a las victorias más recientes de la selección nacional contra equipos extranjeros. Había quien ensalzaba sobre todo a un jugador, y quien a otro. El joven desanimado de poco antes, vociferando, sostenía la supremacía de Mazzola. Y en ese momento, irresistiblemente, el hombrecillo de los ojos enfermos se levantó de la silla para rebatirle:

—De momento, la victoria de Turín — le chilló, orgulloso de su competencia— ¡fue mérito de Gabetto, más que de Mazzola! ¡Dos goles les metió Gabetto! ¡DOS! — remachó, agitando triunfalmente dos dedos bajo la nariz del jovencito.

Como la radio estaba transmitiendo una nueva canción de éxito (que no puedo recordar), uno de los jóvenes, por propia iniciativa, subió el volumen del aparato; y para acompañar el ritmo de la canción empezó a hacer ciertos estudiados movimientos con caderas y pies. Otro, presumiendo de estar más al día en baile, se interpuso para enseñarle las figuras exactas; y este nuevo tema distrajo del deporte a parte del grupito. Una animada y juvenil algazara se añadió así a la música y a las diversas voces. Pero, como de costumbre, la confusión general no afectaba a Davide, o al menos lo rozaba solo en la superficie. El centro de sus energías se mantenía fijo en la presunta obligación que hoy, inopinadamente, con trágica urgencia, se le había impuesto: y ante tal aguijón impreciso, todo lo demás, a su alrededor, se

desvanecía en fragmentos. Persuadido de que la pregunta del tabernero exigía cumplida respuesta, con ceñuda paciencia retrocedió hasta la lección esquemática de antes. Y, centrándose en el punto donde la había interrumpido, recuperado el precedente tono de buena voluntad, casi catequístico, se las ingenió para testificar: que el famoso sistema instituido, eterno y universal, del abuso, etcétera, por definición se mantiene siempre pegado al patrimonio, sea de propiedad estatal o privada... Y por definición es racista... Y por definición debe producirse y consumirse y reproducirse a través de opresiones y agresiones e invasiones y guerras varias... no puede salir de ese círculo... Y sus supuestas «revoluciones» solo se pueden entender en el sentido astronómico de la palabra, que significa: movimiento de los cuerpos en torno a un centro de gravedad que, siempre el mismo, es este: el Poder. Siempre uno: el PODER...

Pero en este punto el orador tuvo que darse cuenta de que sus certeras palabras no eran recogidas por nadie, salió por equivocación, como si fueran pedazos de papel viejo remolinantes en el viento... Y de hecho enmudeció por un instante, con la cara turbada y perpleja de un niño en el centro de un sueño vociferante... Pero enseguida se enfureció, apretando las mandíbulas; y de improviso, poniéndose en pie, gritó con aire de desafío:

—¡Yo soy judío!

Trastornados por su salida, los de las mesas de alrededor apartaron un momento los ojos de los naipes, mientras Clemente lo miraba al soslayo torciendo la boca.

—¿Y qué mal hay en ser judío? — dijo con dulzura el hombre de los ojos sanguinolentos, que mientras tanto se había sentado en su sitio.

—Los judíos — declaró con gravedad casi oficial el hombre con uniforme de cartero— son personas como las demás. Los judíos son ciudadanos italianos como los demás.

—No era eso lo que quería decir — protestó Davide ruborizándose. Se sentía, en efecto, culpable, como acusado de sacar allí asuntos personales; pero en el fondo estaba contento, simplemente, de que al menos alguien le hubiera contestado—. ¿Por quién me habéis tomado? — protestó de nuevo, con cierta vergüenza, buscando el hilo que se le escapaba—. Razas, clases, ciudadanías: son patrañas, espectáculos de ilusionismo montados por el Poder. Es el poder el que necesita la columna infame: «Ese es judío, es negro, es obrero, es esclavo..., es distinto..., ¡ese es el enemigo!», todo trucos para encubrir al verdadero enemigo, ¿qué es él, el poder? Es él, la pestilencia que arrolla al mundo en el delirio... Se nace judío por azar, y negro, y blanco por azar —aquí creyó de pronto encontrar el hilo—, «¡mas no se nace criatura humana por azar!», anunció con una sonrisilla inspirada, casi de gratitud.

Esta última frase, en efecto, era el comienzo de un poema, compuesto por él hacía años, con el título de «La conciencia total», y que ahora le venía al pelo. Pero como el superyó le desaconsejaba ponerse allí a declamar versos propios, le pareció mejor para la ocasión, volver esos versos en prosa; aunque le salió de todas formas una voz cantada, enfática y a un tiempo tímido, de poeta que recitase una poesía suya:

—Del alga a la ameba, a través de todas las formas sucesivas de la vida, a lo largo de épocas incalculables, el movimiento múltiple y continuo de la naturaleza tendió a esta manifestación de la única voluntad universal: ¡la criatura humana! La criatura humana significa: la conciencia. Esta es la Génesis. La conciencia es el milagro de Dios. ¡Es Dios! Ese día Dios dice: «¡He aquí al hombre!». Y luego dice: «¡Yo soy el hijo del hombre!». Y así por fin descansa, y lo celebra...

»Pero la conciencia, en su celebración, es una, total: no existen individuos separados en la conciencia. Y ninguna diferencia existe, en la realidad, entre una y otra criatura humana. Blancos, negros, rojos o amarillos, hembras y

varones, nacer criatura humana ¡significa haber crecido hasta el más alto grado de la evolución terrestre! Es este el signo de Dios, el único blasón real del hombre: todos los otros blasones, honores y galones son bromas pesadas, un delirio de pestilencia: cháchara y bagatelas...

—Pero ¿tú crees en Dios? — lo interrumpió Clemente, con una boca medio retorcida, que denotaba, ya en la interrogación, un juicio despectivo sobre el interrogado.

—¡Ay, feliz quien cree! — suspiró al respecto el hombrecillo de los ojos sanguinolentos.

—¿Qué pregunta es esta? ¡¡Y yo que creía haberme explicado!! — barbotó Davide—. ¿Que si CREO EN DIOS?... Es una pregunta falaz en sí misma, uno de los habituales trucos de palabras. Un truco, como tantos otros.

—Ah. Un truco.

—Un truco, un truco. Cosas de curas y fascistas. Hablan de fe en Dios, en la patria, en la libertad, en el pueblo, en la revolución, y todas estas fes suyas no son sino patrañas, trucadas para su comodidad, como las medallas y las monedas. De todos modos, yo soy ATEO, si eso es lo que queráis saber.

—¿A qué viene entonces tanto hablar de Dios si no crees en él? —saltó por su cuenta el chalán, inflando un poco la mejilla con pinta de fastidio. Entretanto, como su socio en la partida, el vendedor ambulante, lo consultaba a distancia sobre un lance del juego, rascándose la oreja según su jerga, lo autorizó con el término:— ¡Arrastra! — Y el ambulante rapidísimo echó su carta sobre la mesa.

—Crear en Dios... ¿Qué Dios sería un Dios en quien se puede creer y no creer? También yo de niño lo entendía así, más o menos. ¡Pero Dios no es eso!... ¡Esperad! Me viene a la cabeza una vez, hace poco tiempo, cuando un amigo mío me preguntó: «¿Tú crees que Dios existe?». «Yo creo», le contesté, pensándolo, «que solo Dios existe.» «Pues en cambio», dijo él sin

pensárselo, «¡yo creo que todas las cosas existen, menos Dios.» «Entonces», concluimos, «está claro que no estamos de acuerdo.»... Y en cambio descubrí después que él y yo decíamos lo mismo.

Tal explicación debió de sonarles a los oyentes (si es que alguno se paró a escucharla) como un acertijo indescifrable. Quizá presumieran que se trataba de una teología judía... De todos modos, el único comentario que la siguió fueron unos golpes de tos de Manonegra, como notas de sarcasmo, emitidas por él, por sus pulmones destrozados; amén de un «¡Ahó, Davide!» discreto, si bien bastante petulante, de Useppe. Era ya la tercera o cuarta vez, en verdad, en el curso de la reunión, que Useppe señalaba su presencia con aquella llamada a su amigo; pero era solo por presumir con él: «¡También nosotros estamos aquí!», sin la menor pretensión de respuesta. Y, en efecto, Davide, como de costumbre, igual que las otras veces, ni siquiera dio muestras de haber oído.

Había vuelto a sentarse, casi sin advertirlo, y perseguía, obstinado, el curso de sus argumentos con la expresión de quien, despierto, trata de reconstruir una aventura soñada:

—Se dice, en efecto: «Dios es inmortal», precisamente porque la existencia es una, la misma, en todas las cosas vivas. Y el día que la conciencia lo sabe, ¿qué le resta entonces a la muerte? En el todosuno la muerte no es nada: ¿o acaso la luz sufre si tú, o yo, cerramos los párpados? Unidad de la conciencia: esta es la victoria de la revolución sobre la muerte, el fin de la Historia, ¡y el nacimiento de Dios! Que Dios haya creado al hombre es una más de tantas fábulas, porque en cambio, al contrario, es del hombre de quien Dios debe nacer. Y aún estamos esperando su nacimiento; aunque quizá Dios no nacerá nunca. Ya no hay esperanza en la verdadera revolución.

—Pero ¿tú eres un revolucionario? — habló de nuevo Clemente, siempre

con su mirada falsa y desganada, que depreciaba la respuesta del otro antes de haberla oído.

—Esa — dijo Davide con una risita amarga— es otra pregunta-truco. Gente como Bonaparte, o Hitler, o Stalin contestarían «Sí»... De todos modos, yo soy ANARQUISTA, ¡si es eso lo que quiere saber!

Ahora hablaba pendenciero, pero no contra Manonegra; más bien contra algún interlocutor invisible. A ratos, ¡confundía la voz ronca y agria de Manonegra con la de su superyó!

—¡Y la única revolución auténtica es la ANARQUÍA! ¡ANARQUÍA, que significa NINGÚN poder, de NINGÚN TIPO, a NADIE, sobre NADIE! Quienquiera que hable de revolución y, a un tiempo, de poder, ¡es un fullero! ¡Y un falsano! Y quienquiera que desee el poder para sí o para cualquier otro es un reaccionario; y, aunque haya nacido proletario, ¡es un burgués! ¡Sí, un burgués, porque, en adelante, poder y burguesía son inseparables! ¡La simbiosis se ha establecido! Dondequiera que se encuentren los poderes, allí crece la burguesía, como los parásitos en las cloacas...

—Ah, esos tienen los cuartos — dijo el tabernero con un bostezo, restregándose el pulgar contra el índice de la mano derecha.

—Con dinero — intervino una voz despreocupada, de la zona de los radioescuchas— se compra hasta a la Virgen...

—... e incluso al Padre Eterno — remachó una segunda voz, más socarrona, de esa misma parte.

—El dinero... — rio Davide.

Y con una confusa intención de espectáculo, con la facha de un terrorista que lanza una bomba, se sacó del bolsillo dos billetitos de banco que tenía, tirándolos a un lado con desprecio. Pero, a pesar de su ímpetu, los pedacitos de papel sin peso cayeron a un paso de él, poco más allá del rabo de Bella; y

Useppe se agachó valientemente a rescatarlos, entregándoselos presuroso a su amigo, no sin aprovechar la ocasión para decirle:

—¡Ahó, Davide!

Después volvió disciplinado a su silla aún caliente, acogido por Bella con un empujón dramático de bienvenida, como si regresase de una gran expedición.

Davide se había dejado restituir dócilmente sus haberes metiéndoselos en el bolsillo sin hacerles más caso; ya olvidado quizá de su gesto impulsivo, con el que, sin embargo, no se había descargado de su intromisión.

—¡El dinero — gritó— ha sido la primera trapionda de la Historia!

Pero entretanto el primer interlocutor de la voz despreocupada ya no le escuchaba. Era un joven vivaracho, de dientes luminosos, que, pegando una oreja a la radio, se protegía la otra con la palma para captar sin demasiadas interferencias las novedades de los programas musicales.

—¡Fue uno de los primeros trucos de esos tipos — proseguía, sin embargo, Davide—, y ellos, con este truco del dinero, ¡han comprado nuestra vida! ¡Todas las monedas son falsas! ¿Acaso es comestible, la moneda? Ellos venden a alto precio unas mistificaciones de basurero. Vendido al peso, un millón vale menos que un kilo de mierda...

—Pues a mí un millonaje ya me vendría bien — sonó acá, inesperada, en un suspiro, la voz del vendedor ambulante. Y por sus ojos, desvaídos y pequeños como dos céntimos, vagó una visión de leyenda: quizá un espléndido supermercado, de su propiedad, desbordante de quintales de mostachones y avellanas... Su visión hizo olvidar momentáneamente la partida en curso; y pronto lo reprendió su compañero, apostrofándolo: «¡Espabila!», con una ojeada de través a Davide.

Este, en cambio, con la intervención del ambulante cambió de humor; y sonrió conciliador, como un chiquillo. Después, con este rostro nuevo,

aclarado y prometedor (como si le tocase en la frente, de pronto, un heraldo fabuloso) anunció:

—En la comuna anarquista la moneda no existe.

Y entonces, sin más, arrancó describiendo la comuna anarquista: donde la tierra es de todos, y todos la labran juntos, reponiéndose sus productos por igual conforme a la ley de la naturaleza. En efecto, las ganancias, la propiedad, las jerarquías, son todas depravaciones contra natura, y de allí están excluidas. Y el trabajo es una fiesta de la amistad, como el descanso. Y el amor es una entrega sin culpa, libre de todo egoísmo posesivo. Los hijos — nacidos todos del amor— son allí hijos de todos. No existen familias, que en realidad son el primer nudo de la maraña, o sea, de la sociedad instituida que es siempre una asociación para delinquir... Allí se ignora el uso de los apellidos, a cada uno se le llama por su nombre; y en cuanto a los títulos y los grados, harían un efecto tan ridículo como ponerse una nariz postiza o un rabo de papel. Allí los sentimientos son espontáneos, pues el movimiento natural y recíproco es la simpatía. Y los sentidos, sanados del «delirio de pestilencia» del poder, retornan a la comunión con la naturaleza, ¡con una salud embriagadora! Allí el paladar, la vista, el oído, el intelecto, son todos grados hacia la verdadera felicidad unitaria...

Por como hablaba, contento y convencido, con una sonrisa límpida en sus ojos de beduino, era como si la comuna anarquista fuese efectivamente una estación identificable en los mapas (latitud tal, longitud cual) y bastase con coger el tren para ir allá. Esta hipótesis ilusoria provocó solo algunas risitas (más de frivolidad que de escepticismo) en el grupo de los viejos inactivos sentados a hacer de muebles; mientras que, al otro lado de la mesa, la radio transmitía, al final de una música de orquestina, un fragor grabado de aplausos que a Davide le pareció burlón. Mas la peor burla le sobrevino, en realidad, de su propio interior, por obra del consabido superyó: «Aquí me

parece que marchamos al revés — le insinuó este, dándole un pellizco en el estómago—, te lanzas a profeta del porvenir, y mientras tanto de lo que te jactas es del pasado remoto: esto es, del Jardín del Edén del que habíamos emigrado, ¿no te acuerdas?, para crecer y multiplicarnos, ¡hacia la ciudad de la conciencia!».

—Claro — volvió a hablar Davide, tragando saliva y riendo, incómodo—, cuentan que el hombre, en el principio, renunció a la inocencia del Edén por la conciencia. Y esta elección requería la prueba de la Historia, o sea, de la lucha entre la revolución y el espantajo del poder... hasta que, al final, ¡ganó el espantajo!; ¡relegando al hombre aun por debajo de los animales inferiores! ¡Y a eso asistimos a partir de ahora! Todas las demás especies vivas, en efecto, no han retrocedido, al menos: se quedaron donde estaban el primer día: ¡en el Edén, en el estado natural! Mientras que solo la humanidad ha retrocedido; y ha vuelto atrás no solo de su grado histórico de conciencia, sino también del grado de la naturaleza animal. Basta con repasar la biología, y la Historia... Nunca, antes, ninguna especie viva había producido un monstruo por debajo de la naturaleza como el parido en la época moderna por la sociedad humana...

—... ¿Y cuál es? —preguntó, arrastrado por una curiosidad espontánea, el hombrecillo de los ojos sanguinolentos.

Davide debió forzar los labios y las mandíbulas para dar su respuesta, tan obvia le parecía:

—¡Es la burguesía! — pronunció, con la desgana de quien masca una bola de comida. Y el hombrecillo se retrajo de toda refutación al respecto con una sonrisa apacible y despistada, teñida de cierta desilusión; se esperaba, con seguridad, una respuesta más sensacional.

A Davide le parecía mientras tanto, con su compulsiva locuacidad, correr una gincana gratuita, forzosa e ineluctable a través de obstáculos prefijados.

La polémica contra el enemigo de clase, en efecto, había crecido con él desde su primera pubertad («como la flor de la virilidad y de la razón», escribió en un poema) y ahora experimentaba una sensación de malestar al deber afrontar aún aquel rancio y sórdido enemigo. No obstante, solo al mencionarlo, ascendía en su interior un fermento de rebelión: ¡y el superyó le ordenaba no retroceder!

—Por lo menos, los poderes preburgueses — empezó, lanzándose, con una mueca—, con togas y pelucas, en el trono, sobre los altares y a caballo, aunque inficionados, quizá aún mantenían una nostalgia póstuma, digamos, de la conciencia total. Y para rescatarse (al menos en parte) de su vergüenza, dejaban alguna obra vital que nos valiera (al menos en parte) como una restitución, o una esperanza de salud... En suma, alguna huella luminosa, antes de pudrirse, la dejaban... Pero el poder burgués, a su paso, no deja sino una tira de baba repulsiva, un pus de infección... Donde ataca, reduce toda sustancia vital; más aún, hasta toda sustancia inanimada a necrosis y podredumbre, como hace la lepra... ¡Y no se avergüenza! La vergüenza es, en realidad, todavía un signo de conciencia, y los burgueses, la conciencia, que es el honor del hombre, la han amputado. Se creen seres completos, mientras que son muñones. Y su máxima desventura es esta ignorancia obtusa, impenetrable...

¡Había subido a un tono de exhibición airada, de fiscal! Y no era, ciertamente, la primera vez que desempeñaba el papel de la acusación en semejante juicio; más aún, sus proposiciones actuales eran ecos y estribillos de un himno cantado y vuelto a cantar por él no se sabe cuántas veces, o solo, o con sus compañeros de lucha, cuando, ocasionalmente, se sentía en vena... Solo que su conocida impugnación de clase se le duplicaba hoy con una pasión visceral y desordenada, que amenazaba con empantanarlo; y cuando trató de desfogar su exageración con una de sus habituales carcajadas

salvajes, esa misma carcajada pareció caerle encima como una descarga de puñetazos, vigorizando sus músculos para la venganza.

Los términos de la requisitoria que iba pronunciando no le parecían suficientes para crucificar definitivamente al acusado: manidos, archisabidos... Y hurgaba en su inventiva buscando otros nuevos, definitivos para este postrer encuentro, cuando el extraño arrebató de su pasión lo superó; y, no hallando algo mejor, la lengua se le desencadenó en una serie de obscenidades atroces (de esas llamadas comúnmente cuartelarias), más bien insólitas en su lenguaje. Él mismo, al proferirlas, experimentaba estupor, junto con el placer voraz de violentarse. Y tenía la extravagante sensación de celebrar una especie de misa negra.

—¡Está bien, te hemos entendido! — sobrevino la voz despreocupada de la zona de los radioescuchas—, estás de los burgueses hasta los cojones.

Y Davide, en respuesta, acentuó con mayor énfasis la serie ininterrumpida de «sus palabrotas», las cuales, por lo demás, estallaban inocuas como petardos entre su presente auditorio. El mismo Useppe, en efecto, desde pequeño, había tratado a auténticos maestros de tal jerga (y, entre estos, no últimas, las señoras Marrocco).

Pero a Davide le parecía, en su paroxismo, estar en el centro exacto de un escándalo universal, ni más ni menos que si lo estuvieran lapidando. Se tambaleaba sobre sus piernas y de la frente le corría un sudor febril. Entonces apretó los puños, persiguiendo el hilo de su arenga:

—La naturaleza es de todos los seres vivos — se afanó de nuevo por explicar, con voz enronquecida—, nació libre, abierta, y ELLOS la comprimieron y anquilosaron para que cupiera en sus bolsillos. Han transformado el trabajo de los otros en títulos de bolsa, y los campos de la tierra en rentas, y todos los valores reales de la vida humana, el arte, el amor, la amistad, en mercancías que comprar y embolsarse. Sus Estados son bancos

de usura, que invierten el precio del trabajo y de la conciencia ajenos en sus sucios negocios: fábricas de armas y de inmundicia, ¡trapicheos, rapiñas, guerras homicidas! Sus fábricas de «bienes» son *Lager* malditos de esclavos, al servicio de sus beneficios... Todos sus valores son falsos, viven de sucedáneos... Y los otros... Pero ¿se puede aún creer en otros que contraponer a ELLOS? Quizá sus falsificaciones sean el único material de la Historia futura. Quizá sea este el punto crucial de inversión sin remedio, donde los calculadores científicos de la Historia, aun los mejores, por desgracia, ¡han errado en sus cuentas (el pronóstico infausto del poder, claro está, es eliminado por quien, dentro del puño cerrado de la revolución, esconde la misma llaga infecta del poder, negando su malignidad)! Se diagnosticaba el mal burgués como sintomático de una clase (y por ende, suprimida la clase, ¡curado el mal!), siendo así que el mal burgués es la degeneración crucial, eruptiva, de la eterna plaga maligna que infecta la Historia..., es una epidemia de pestilencia... Y la burguesía sigue la táctica de la tierra quemada. Antes de ceder el poder, habrá inficionado toda la tierra, contraído la conciencia total hasta la medula. Y así ya no hay esperanza de felicidad. ¡Toda revolución está ya perdida!

Desde el primer inicio de su invectiva, se había puesto de pie (más aún, había derribado hacia atrás la silla de una patada). Y se obstinaba, intrépido, en su posición erguida, aun cuando el plúmbeo cansancio de este «día de gala», rechazado por su cerebro en ebullición, se acumulase cada vez más en los músculos, desafilándolo con su peso. Inútilmente, además, su voz ronca trataba de hacerse un hueco en el follón. Y además, escuchando su propia voz, a cada paso reconocía en sus presuntas comunicaciones urgentes, como en un radiograma grabado, nada más que plagios de sí mismo.

Más aún, eran varios simismos: Davide Segre escolar con pantaloncitos cortos, y bachiller con chaqueta deportiva y corbata roja, y desocupado

errante con camiseta de ciclista, y aprendiz de obrero con mono, y Carlo Vivaldi con la bolsa en bandolera, y Piotr bandido en armas, barbudo (en el invierno del maquis, en el 43-44, se había dejado una barbaza negra)... Todos ellos tendían al presente orador sus famosos productos ideales, acudiendo hacia él de todas partes, y al mismo tiempo escapando lejos, como fantasmas... Con pinta de desencadenar desde aquí, y a partir de este mismo instante, la última revolución aún posible, Davide reanudó sus invectivas, forzando al máximo su voz sin aliento:

—¡Hay que desenmascarar al enemigo! ¡Avergonzarlo! ¡Reconocer sus malditas patrañas, y devaluarlas, sin demora! ¡La salvación depende de los OTROS! El día que en la plaza los falsos valores se rebajaran a mierda, eh, me explico...

En el local, mientras tanto, había aumentado el follón. En la radio actuaba una orquestina bastante popular en esos tiempos, y el grupito de aficionados, concordes, habían ajustado el aparato a un volumen altísimo. Interpretaban una musiquilla sincopada, de la que no recuerdo sino que los músicos la acompañaban, a intervalos, con palabras de canto tartajeadas con el mismo ritmo («Mí-mí-mírame», «Bé-bé-bésame», etcétera) redoblando así el efecto cómico-brillante, que estimulaba a los más jóvenes a un alboroto imitativo. De pronto Davide se ensombreció y, desistiendo de su arenga, enmudecido, acomodó la silla a sus espaldas. Sin embargo, antes de dejarse caer en ella, con resolución subitánea adelantó el torso hacia el grupo sentado alrededor. Y con tono de autoacusación (aunque con una brutalidad provocadora que equivalía a un gran puñetazo en la mesa), exclamó:

—¡Yo nací burgués!

—Y yo — le replicó el viejo de la medallita, sin mirarlo, pero con una carcajada franca y benévola— nací descargador de los Mercados Centrales.

—No todos los burgueses dan asco — observó a su vez con tono

conciliador y bastante juicioso el hombrecillo de los ojos enfermos—, hay burgueses malos, y burgueses buenos, y burgueses así o así... Depende.

Entretanto no perdía de vista las cartas, visiblemente ansioso de seguir la jugada:

—¡Éntrales! — le sopló presurosamente, como experto, a su vecino (el viejo de la medallita), mientras ya este, casi simultáneamente, había alargado su gruesa mano a las cartas en medio de la mesa, anunciando, con victoriosa indiferencia:

—Mías.

El hombrecillo de los ojos sanguinolentos, jubiloso, se ajustó la chaquetilla. Se verificaba la cuenta de los puntos, pero la victoria del viejo de la medallita, su compadre, estaba asegurada. El ganador ahora recogía la baraja para volver a dar.

Caído a plomo en su silla, Davide esbozaba ahora la sonrisa insegura de quien desea hacerse perdonar. En el momento de su «puñetazo en la mesa» toda la última virulencia había cedido. Más aún, a la mirada proterva de poco antes la sucedía en sus ojos mudables otra mirada suya especial, del todo opuesta; como para pensar que en su interior convivían juntos un lobo, un cervatillo, y quién sabe cuáles otras dispares criaturas de desierto, de casa y del bosque. A ratos, tenía el aire de un mocoso encantado de que lo dejaran en compañía de los mayores en vez de mandarlo a la cama como en los días de labor.

Se había doblado sobre la mesa, con los huesos sumamente cansados, aunque no obstante siempre ganoso de conversar, como si hoy, tras romper el largo encantamiento del silencio, debiese aprovechar la ocasión a toda costa. Tornó a él una frase leída de niño en un cuento, a propósito de una princesa liberada por un príncipe: «Llevaban siete horas conversando, y aún no se habían dicho ni la séptima parte de las cosas que tenían que decirse».

Las manos de las partidas de cartas, en esta y en la otra mesa, continuaban. Volaban y volvían a volar a través de las mesas las acostumbradas frases del juego: «todas mías», «me anoto tres», «paso», «arrastro», «pintan bastos», etcétera. El tabernero, por su parte, estaba fascinado, y medio aturullado, escuchando el nutrido programa de radio, que ofrecía ahora otra canción de moda, ya no sé cuál. Y los pocos mozalbetes que quedaban canturreaban esa misma canción, repetida por otras radios fuera, por las ventanas abiertas al fresco. Pero Davide parecía agradecido porque, a lo mejor sin escucharlo demasiado, le dejaban sin embargo seguir hablando. Volvía en torno una mirada afectuosa, que pedía simpatía, y en la que se traslucía desde el interior (el superyó se le había apartado de las costillas, agazapado quién sabe dónde) algo terriblemente vulnerable, una especie de rebeldía arriesgada, en su terquedad.

—Yo — rumió en voz baja— nací de familia burguesa... Mi padre era ingeniero, trabajaba para una empresa constructora..., gran sueldo... En tiempos «normales», aparte la casa donde vivíamos, teníamos, de propiedad de la familia, un chalet en el campo, con una finca llevada por una colonia, un par de pisos alquilados (que daban lo suyo), automóvil, claro (un Lancia), pero no sé cuántas acciones en el banco...

Terminado, con esto, el informe financiero, se detuvo, como después de un trabajo físico. Y luego, prosiguiendo, hizo saber que allí mismo, en su familia, desde pequeñito había empezado a entender los síntomas de la enfermedad burguesa que lo sublevaba cada vez más, hasta el punto de que a veces, de joven, ante el espectáculo de sus parientes, le daban ataques de odio:

—¡Y no estaba errado! — precisó, adoptando un instante su facha de duro.

Luego, doblado hacia delante y con voz reducida a poco más de un murmullo, hasta parecer una charla fútil y dispersa dirigida a la madera de la

mesa, se entregó a diversas exhumaciones familiares. Que su padre, por ejemplo, tenía toda una escala de modales distintos, y hasta de voces distintas, según hablase con sus jefes, o con sus colegas, o con los obreros... Que su padre y su madre, sin la menor sospecha de ofender, llamaban «inferiores» a los subordinados; y hasta su usual cordialidad con ellos parecía siempre concedida como una dádiva de lo alto... A sus ocasionales beneficencias o limosnas, en sustancia siempre insultantes, las llamaban «caridades»... Y hablaban de «deberes» a propósito de todo tipo de bagatelas mundanas: como devolver una comida, o una visita tediosa, o ponerse en tal ocasión tal chaqueta, o «dejarse ver »en tal exposición o ceremonia insulsa... Los temas de sus conversaciones y discusiones eran, más o menos, siempre los mismos: chismorreos de la ciudad o la parentela, esperanzas de éxitos en la carrera de los hijos, compras oportunas o indispensables, gastos, rentas, bajadas o subidas de valores... Pero si por casualidad tocaban temas ELEVADOS como la *Novena* de Beethoven, o *Tristán e Isolda* o la capilla Sixtina, ¡adoptaban una pose de especial sublimidad, cual si también semejantes ELEVACIONES fueran un privilegio de clase... El automóvil, los trajes, los muebles de la casa, no los miraban como objetos de uso, sino como banderas de un orden social.

Uno de sus primeros choques — ¿o el primero, acaso?— nunca pudo olvidarlo...

—Tendría unos diez u once años... Mi padre me acompaña en coche, probablemente al colegio (es por la mañana temprano), cuando se ve obligado a un brusco frenazo, en la calle. Un fulano nos ha parado, no con violencia, con pinta de disculparse. Por lo que entendí, se trata de un obrero, despedido el día antes de una obra a causa de la directa intervención — parece— de mi padre. Los motivos nunca los supe... Es un hombre no viejo aún (de unos cuarenta años), pero con unas hebras grises en las cejas; de

estatura media, no gordo, pero fuerte, conque parece más alto... Tiene una cara ancha, y rasgos sólidos, aunque un poco infantiles como cierta gente de nuestra tierra... Lleva una chaqueta impermeable y una boina, con manchas de cal; se ve que es albañil. A cada palabra le sale por la boca el vapor del aliento (de forma que la cosa debió de ocurrir en invierno)... Y allí está braceando para exponer sus razones, tratando de sonreír, incluso, para congraciarse a mi padre. Pero en cambio mi padre ni siquiera le deja hablar, chillándole, rojo de cólera: «¿Cómo te permites? ¡Ni una palabra más! ¡Apártate! ¡Largo! ¡Largo!».

De pronto me parece descubrir un estremecimiento en la cara de aquel hombre; mientras que ya, por dentro, toda la sangre ha empezado a martillearme en un deseo, e incluso en una voluntad desenfrenada: ¡que el hombre reaccione a puñetazos, y a lo mejor a navajazos, contra mi padre! Pero en vez de ello se aparta hacia al borde de la calle, e incluso se lleva la mano a la boina para despedirse, mientras mi padre, furioso, a riesgo de atropellarlo, ha pisado ya el acelerador... «¡Deberían esconderse! ¡Qué gentuza! ¡Qué hez!».

reniega aún mi padre; y yo noto que, con la rabia, la carne, entre la barbilla y el cuello, forma unos pliegues rojizos, vulgares... En aquel hombre, en cambio, que quedó allí en la calle, no vi el menor signo de vulgaridad. Entonces me entró más asco de encontrarme en el Lancia de mi padre que si estuviera en el carro de la basura; y tuve la percepción de que en realidad nosotros, y todos nuestros iguales, los burgueses, éramos la hez de la tierra, y que aquel hombre de la calle y sus iguales eran la aristocracia. ¿Quién, en efecto, sino un ser noble, de real dignidad, e inmune a toda bajeza y fraude, podría hallarse aún a la edad de aquel hombre debiendo suplicar humildemente a un coetáneo suyo para ofrecerle su trabajo a cambio de... Me acuerdo de que en el último tramo de camino ansiaba haberme convertido ya en un campeón de pesos pesados, para vengar a aquel albañil divino contra mi padre... Y en todo el

día no le dirigí la palabra, ni a mi madre, ni a mi hermana, de tanto como los odiaba... Allí, me parece, comenzó todo... Ya no los veía con los mismos ojos: era como si los mirase siempre con una lente... fija..., exacta...

—¿Y dónde se encuentra ahora tu familia? — se interesó en ese momento el hombrecillo de los ojos sanguinolentos.

Pero Davide no contestó a su pregunta, ni aparentó reaccionar a la interrupción sino con una mirada vacua, volviendo enseguida, y casi de carrerilla, a desgranar su sarta de imputaciones. Que no había nada, en la existencia de su familia, nada que no fuese falso y contaminado; ni sus gestos, ni su vocabulario, ni sus pensamientos. Y todas sus opciones cotidianas, hasta las más menudas, estaban ya preestablecidas, sobre la base de ciertos credos cursis que honraban como máximas de una ética superior: se invita a fulano porque es conde; no se entra en tal café porque es de poca categoría... Pero con respecto a las leyes reales de la ética, su confusión era tal que de verdad hacía pensar que eran blancos inconscientes de una burla. A juicio de su padre, un empleado de la obra que se apropiase de un rollo de hilo de cobre era un ladrón, sin duda; pero si alguien le hubiese dicho a su padre, a él, que sus famosas acciones eran robadas sobre la paga de los trabajadores, lo habría considerado un absurdo. Si un atracador hubiera entrado a mano armada y con violencia en su casa, devastando y matando, su padre y su madre lo habrían juzgado naturalmente un criminal infame, digno del presidio; pero cuando los atracadores fascistas obraron de esa misma manera contra el territorio etíope, ellos ofrecieron su oro para ayudarles. Un sistema donde ellos mismos vivían tan cómodos, no les daba motivo de sospechas. Por desidia huían de la política, y el Gobierno los exoneraba de ocuparse de ella, y de toda responsabilidad. Eran ciegos, guiados por ciegos y guiando a otros ciegos, y no se percataban... Se tenían por justos — ¡con perfecta buena fe!— y nadie los desengañaba de este error... A su padre

todos lo consideraban un caballero, a su madre una señora sin tacha, a su hermana una señorita bien educada... Claro, y de hecho la criaron conforme al código de los dos «viejos» (los padres) y lo copia con tanta naturalidad que a veces diríase una escritura congénita, transmitida a ella, por los viejos, en el gen hereditario... ¡Se ven reproducidos en ella — aunque sea en embrión— sus mismos ordenamientos de justicia! Le resulta natural por ejemplo dejarse servir (¡y hasta abrocharse los zapatos!), ella, señorita, por una doncella que lleva en la casa medio siglo y que por edad podría ser su bisabuela... Y no le parece ilógico insistir con los dos viejos para que le compren una capa escocesa vista en un escaparate (ella, que ya tiene en el armario un par de abrigos nuevos) ¡alegando que el escocés es la auténtica novedad, y otras compañeras lo tienen! Si por casualidad, entre estas, hay algunas, a lo mejor, que carecen incluso de un abrigo, y también de zapatos de invierno, a esas no las cuenta, como si fueran de otro planeta...

—¿Es guapa, tu hermana? — lo interpeló aquí, directamente, el viejo de la medallita.

—... Sí... — contestó Davide, cortado, al cabo de un instante—, es mona... — Y en esta respuesta, a través de su voz enojada emergió involuntaria una complacencia fraternal en la cual todas sus durezas anteriores se disolvían; mientras que un vapor coloreado afluía a sus iris, para enseguida refluir de nuevo, sin remedio. Se encontraba colgado, de pronto, en un estado de adolescencia delirante, que lo divertía con su consuelo imposible, como si persiguiese una nube—; pero es idiota... — agregó, con el tono de ciertos hermanos quinceañeros que, por pudor, fingen bromear. Y argumentó, cómico y descontento—: Puedes colarle cualquier trola, que se la cree. Uno, a primera hora de la mañana, le grita: «¿Qué te ocurre? ¡Oh, cielos! ¡Esta noche se te ha alargado medio metro la nariz!», y ella, muy asustada, se precipita al espejo. Para hacerla reír, cualquier estupidez es

buena: basta farfullarle al oído, fingiendo un gran secreto, una palabra improvisada al azar, que no significa nada, como «perepé» o «bomborombó», ¡y estalla sin más en una carcajada fenomenal!... Y también, del mismo modo, por otra nadería, es capaz de echarse a llorar. «Cuando Davide era pequeño», recuerda alguien en casa, «pasó por aquí el Circo Francés, y él todas las noches quería volver, a todas las funciones!» «¿Y yo?», pregunta ella enseguida. «¿Yo no?» «Tú no estabas», le explican, «aún no habías nacido.» Y ella estalla en un enorme llanto, ¡ante semejante noticia!... Cree que si siembras una perla, nace un collar, o a lo mejor que el carro ha parido al burro; y si sus amigas le discuten estas opiniones, dice que son unas ignorantes... Acaricia a las muñecas como si fueran gatos que ronronean, y adorna con borlas al perrito, convencida de darle así gusto... Pero de los perros grandes tiene miedo... Se asusta hasta de los truenos...

Useppe acogió tales noticias sobre la innominada hermana con una sarta de carcajadas, en las que se podía advertir, amén de diversión, un tufillo a jactancia. En realidad, entre las materias hoy tratadas por Davide, todas, más o menos, abstrusas e inaccesibles para él, era un título de satisfacción personal encontrar una que entrara, por fin, en sus competencias.

Por desgracia, una sirena de bomberos, o de otro servicio, de paso en ese momento por la calle, tapó en parte al oído aguzado del mocoso las últimas frases de su amigo:

—... cuando ha recibido un regalo que le gusta, por la noche se lo lleva a la cama... Si en el colegio ha sacado buenas notas, duerme con la cartilla al lado... A la hora de dormir, nunca se decide a apagar la luz de su cuarto... Una pejiguera... Con el pretexto de dar las buenas noches a este y a aquel... Un latazo...

—¿Y dónde se encuentra, ahora, tu hermana? — volvió a interesarse el hombrecillo de los ojos sanguinolentos.

Esta vez Davide no dejó sin respuesta la pregunta. Primero se encogió, trastornado, como ante un insulto o una intimidación. Luego lanzó una mísera sonrisa y contestó bruscamente:

—Se encuentra en el montón.

El hombrecillo, sin entender, permaneció inexpresivo.

—Y también mi padre y mi madre — prosiguió Davide, con un extraño acento neutro y mecánico, como si recitase una letanía— y... y los demás. Todos en el montón. ¡En el montón! ¡En el montón!

De nuevo, por las pupilas dilatadas, asomaba el alma del cervatillo; pero esta vez era un animalillo asustado en extremo, expulsado y bloqueado por todas partes, en quién sabe qué páramo, que no sabe adónde correr y trata de explicarse: «Aquí debe de haber algún error... Toda esta persecución, estos fusiles apuntados... Será por alguna fiera peligrosa que están buscando por las cercanías..., pero yo no soy esa..., yo soy otro animal..., no carnívoro...». De repente, esta agitación visible fue sustituida por el vacío, sus ojos se helaron. Y, volviéndose a los vecinos, se informó con una pequeña carcajada fría:

—¿No habéis oído hablar del Zyklon B?

Ninguno de los vecinos había oído mencionar tal objeto, pero dedujeron que debía de tratarse de algo grotesco, por el modo en que él se desternillaba.

—¡Ahó, Vvavide! — se dejó oír en ese momento la voz de Useppe. Pero esta vez tenía un sonido desgarrado, inservible y distante, como el agitarse de una manecita invisible tras una tupida empalizada. Por lo demás, Davide parecía menos que nunca en vena de contestarle; quizá ni siquiera la percibió.

La cara se le había amurallado dentro de una fijeza sin dirección en una especie de éxtasis vacío y blanco semejante al de un individuo sospechoso e inconfeso cuando le presentan los aparatos de tortura. Parecía envejecido de un momento a otro, y hasta su ardor sexual siempre latente (del cual provenía

la gracia trágica de un estigma que arde de continuo) semejaba haberse secado y marchitado bajo el molde de vejez que lo aplastaba.

—Estos últimos años — razonó con voz opaca, carcajeándose— han sido la peor obscenidad de toda la Historia. La Historia, por supuesto, es una pura obscenidad de cabo a rabo, pero años tan obscenos como estos nunca los había habido. «El escándalo», así dice la proclama, «es necesario, ¡pero ay de quien lo cause!» Ya, claro: solo ante la evidencia de la culpa se acusa al culpable... Conque la proclama significa: que frente a esta obscenidad decisiva de la Historia, a los testigos se les brindaban dos opciones: o la enfermedad definitiva, o sea, hacerse cómplices definitivos del escándalo, o bien la salud definitiva, pues justamente del espectáculo de la suprema obscenidad se podía aún aprender el amor puro... Y la opción ha sido: ¡la complicidad!

Al sacar esta conclusión, adoptó el aire casi triunfal de quien denuncia una fechoría recién descubierta, e irreparable.

—Y entonces — arreció, riendo con desprecio— ¿cómo pretendes tú prender fuego al lazareto, cuando tú, tú mismo, eres portador del contagio y diseminas la peste alrededor?

Este «tú» sin nombre, que él timbraba de infamia, no parecía dirigirse a ninguno de los presentes, sino más bien a un espía invisible, agazapado a sus espaldas.

Por un efecto bastante frecuente en ciertos «estados de gala», ese día, en su acústica interna, cada una de sus palabras, al emitirse, dilatada su duración, de forma que en el último trecho de dos minutos le pareció desarrollar un largo teorema, que consideraba deslumbrante, en cierto modo. Además, mientras su voz se volvía cada vez más baja (hasta reducirse, entre el griterío, a un rumor indistinto) a él le parecía ahora, extrañamente, hablar en voz altísima, así como el pequeño tropel de la taberna le hacía el efecto de una

multitud. Era una multitud, no obstante, un tanto distraída (de eso se daba cuenta) o hasta apartada de él: unos jugaban a las cartas, otros escuchaban las canciones; y aunque algún viejo, de las segundas filas, al oír ciertas frases suyas meneaba la cabeza, él sabía ver (con curiosa lucidez) que eran movimientos casi mecánicos, más bien de vacuo aturdimiento que de participación.

—Pero ¿qué diablos estaré diciendo? — se preguntó con brusquedad.

En lo mejor, ante este fracaso total, venían a turbarlo sospechas enojosas sobre su oratoria; y, lo peor de todo, al respecto, se le pasó por la cabeza cierto sueño tenido en el pasado, precisamente en la época en que se llamaba Piotr y era partisano en los Castelli. Había sido en el último período, cuando escaseaban más los víveres, una noche que hacía su turno de guardia en la base delante de la casucha. Entre el cansancio de la vigilia y la debilidad por la escasa alimentación, a cierta hora de esa noche le entró una somnolencia terrible. Y él, para vencerla, no paraba de caminar de un lado a otro, evitando detenerse y, mucho más, sentarse; no obstante, en cierto momento se quedó invenciblemente amodorrado junto a la pared, de pie, como los caballos. Aunque de brevísima duración, ciertamente, su dormida había bastado para traerle un sueño. Y este era el sueño: él se encuentra en una celda blanca, apenas de la anchura de un hombre, aunque de techo vertiginoso, tan alto que se pierde de vista. Y sus ojos se extienden hacia lo alto, a la espera, pues se sabe con seguridad que dentro de poco por aquel techo invisible un ser ultraterreno descenderá a él para una revelación. Se tratará (esto está ya previsto) de una sola y breve frase, que contendrá en sí, no obstante, la suma de las verdades universales, única solución definitiva que liberará al intelecto humano de toda búsqueda... La espera del soñante no es larga. El ser no tarda en descender, casi hasta su altura. Es una figura superhumana, con túnica y barba blanca, con el majestuoso aspecto de los profetas de Jerusalén o de los

sabios de Atenas. Se para suspendido en el aire frente al soñante, y dice con voz de trueno: «¡Para una sopa caliente, conviene también hervir pedazos de suelas viejas!» Después se desvanece.

Ahora el recuerdo, cabalmente, de tal sueño fue acompañado por una súbita sospecha: «Quizá creo pronunciar quién sabe cuáles discursos importantes, y en cambio, desde que abrí la boca, no hago sino vocear ridículas insulseces, sin lógica ni conexión»... Esta no fue, sin embargo, para él, sino una obnubilación pasajera, y después recobró, lúcida, su obsesión actual de tener que desenrollar cierto ovillo, como en las leyendas, para llegar — en verdad no sabía adónde: quizá a salvar a alguien, o por lo menos algo... Pero ¿a quién salvar? ¿A los parroquianos de la taberna? ¿O qué cosa? ¿Un atestado? ¿Un anillo? ¿Una carta? A menos que se tratase, en cambio, de... truncar..., de ajusticiar... No tenía ni idea. Sabía solo que hoy era el día. Como si debiese atravesar un puente, cuyo paso después quedaría vedado.

Se lanzó, entonces, a continuar con nuevo aliento, tras el último salto de obstáculos:

—Quería decir, en suma — profirió en voz aún más alta que antes (al menos eso le pareció)— que solo un hombre puro puede expulsar a los mercaderes y decirles: «¡La tierra era el templo de la conciencia total, y la habéis convertido en una cueva de ladrones!».

Había enunciado esta idea con firme seguridad, e incluso deletreando, cual si leyese una inscripción en la pared. Pero una intervención irónica del superyó lo indujo a traducirla a términos más llanos para garantizar la claridad.

—Claro. Es solo un payaso — precisó, desvariando— quien llama a otro «verdugo», cuando también él, llegado su turno, está dispuesto a manejar la misma máquina... del linchamiento.

Eso es. ¡Esta es una definición clara!

El cansancio de sus músculos era tal, que se le veía hasta en el movimiento físico de los labios.

Aun cuando clara, su «definición» no halló, sin embargo, un eco perceptible entre su público. «El caso es — se reprochó— que soy un pésimo tribuno. A la muchedumbre hay que hablarle de partidos..., de banderas... Yo los aburro. Sería preciso tener el arte de entretenerlos..., de divertirlos...» Aquí le relampagueó al respecto un brillante hallazgo, y se echó a reír de antemano, con dulzura inerme y confiada:

—No recuerdo en qué libro — contó— leí la anécdota de un escritor que visita un manicomio. Un enfermo se le acerca y le susurra, indicándole a otro enfermo: «Es preciso guardarse de ese, está loco, se cree un botón. Pero hágame caso, si de veras lo fuese, el primero en saberlo sería yo, ¡que soy un ojal!».

Tampoco este gag de Davide surtió el efecto esperado, tanto más porque llegó, creo, bastante confuso a oídos del auditorio. El único en reírse, de hecho, fue Useppe, que, por lo demás, allí dentro era el único oyente atento de Davide; y no importa si de su charla, en verdad, no entendía casi nada, pues justamente por eso le sonaba más venerable, como oráculos. Advertía, sin embargo, desde el principio en la conducta de su amigo algo inquietante; peor que una tristeza o una enfermedad, y a menudo se sentía tentado de decirle: «¿Nos vamos de aquí, Davide?», pero no se atrevía. Había entrado, entretanto, en la taberna otro de sus viejos conocidos, el vendedor, de periódicos amigo de los Marrocco, a quien reconoció enseguida, aunque lo viera cambiado. Pero si bien en el pasado se había mostrado cordial, ahora respondió a su jovial saludo con un gesto vago y bastante huraño. Unos meses antes le había dado una trombosis, que lo tuvo mucho tiempo en el hospital, dejándolo medio paralizado. Se apoyaba en un bastón, muy

escorado, con una cara acobardada e hinchada donde se leía un continuo miedo a morir. Y ya no podía vocear los periódicos ni beber vino. Del hospital se había trasladado a casa de una nuera, un piso primero, ruidoso y estrecho, atestado de nietos pequeños. Y por entonces veía a todos los niños como una calamidad. Es bastante probable además, que ni siquiera reconociera a aquel mocosuelo que gesticulaba hacia él desde el otro lado de la mesa. Y en cuanto a Davide, no parecía haberlo visto más desde su primer encuentro en casa de los Marrocco. Los dos no se saludaron, de todos modos, ni demostraron conocerse; ni Davide hubiera podido, por su parte, prestarse a saludos o cortesías por el estilo, arrollado por su flujo verbal como ciertos enfermos olvidados en una sala de hospital.

De vez en cuando, es cierto, sus ojos vagaban en torno a la mesa, interrogantes y desamparados, deteniéndose un poco ora en este ora en aquel rostro, con aire de mendigar una respuesta; pero el único interlocutor (si así podía llamársele) que le quedaba aún disponible era Clemente Manonegra. Últimamente este no cesaba de mirarlo, un poco de través y solo con la parte inferior de los ojos, siempre con una misma expresión rencorosa, de tedio y sarcasmo. Parecía haber condenado ya, por adelantado, como charlatanería mentirosa y rancia cuanto él pudiera decir.

En el momento de contar su chiste, Davide hizo un nuevo intento de ponerse en pie, pero pronto se desplomó, roto por el agotamiento que casi lo reducía al desmayo, al mismo tiempo que lo impulsaba a charlar, como en ciertos insomnios morbosos. La voz se le volvía cada vez más baja y ronca; y retornaba a él, frecuente aunque discontinua, la sensación de gritar, como en un mitin. Semejantes alturas exageradas e involuntarias de su voz actualmente lo embarazaban debido también a que el hilo trabajoso, que le costaba desenredar, al ponerlo al descubierto ahora le sangraba entre las manos, como si fuese un nervio desnudo.

—Yo — barbotó, sudando— ¡soy un asesino! En la guerra hay quien mata despreocupado, como al ir de caza. Pero yo, en cambio, ¡asesinaba cada vez! Un día asesiné a un alemán, ¡un individuo odioso, repulsivo! Y mientras agonizaba, me di el gustazo de rematarlo a patadas, pisoteándole la cara hasta la muerte con mis botas. Entonces, en ese mismo instante, me invadió el pensamiento: «Me he vuelto igualito que él: un SS que mata a otro SS»... Y mientras tanto seguía pisoteándolo...

Del lado opuesto de la mesa, los pulmones de Manonegra dejaron oír sus habituales notas cavernosas, que Davide percibió como risotadas de mofa. E inmediatamente se sintió, allí en medio, señalado con el dedo y objeto de aplastante indecencia. Igual que alguien que, en el confesionario, advirtiese de repente haber alzado la voz, tanto que sus secretos retumbaban por las bóvedas ya través de las naves atestadas de gente. Le parecía, en efecto, con su habitual fenómeno ilusorio, haber gritado las últimas frases con voz de una altura excesiva:

—¡Todos — prorrumpió entonces, desesperado, en su defensa o rescate— llevamos escondido dentro un SS! ¡Y un burgués! ¡Y un capitalista! ¡Y quizá también un monseñor! y... y... un Generalísimo decorado con flecos y medallas como un Martes de Carnaval! ¡Todos nosotros! ¡Burgueses y proletarios y... anarquistas y comunistas! Todos... Por eso nuestra lucha es siempre una acción truncada..., un equívoco..., una coartada..., falsas revoluciones, ¡para eludir la revolución verdadera, y conservar al reaccionario que llevamos dentro! No nos dejes caer en la tentación significa: ¡ayúdanos a eliminar el fascista que llevamos dentro!

Se había vuelto hacia Manonegra, como si esperase de él la indulgencia plenaria, o al menos una absolución parcial. Pero Clemente Manonegra estaba de nuevo retraído, tosiendo dentro de sus solapas, con su trajecillo mísero, con la actitud intencional de quien da la espalda a las palabras. Eso,

por lo menos, le pareció a Davide, que, no obstante, clavándole la mirada, estuvo seguro de leer en su interior, como en una radiografía, la siguiente respuesta soterrada: «Tus máximas morales, guárdatelas para ti. Si llevas dentro un Generalísimo, allá penas. ¿A quién le importa? Yo, por mi parte, como se ve a simple vista, no llevo dentro nada más que un simple soldado raso del ex ARMIR, con licencia absoluta, parado, con los pulmones podridos y mutilado». Eso bastó para ruborizar a Davide como un chiquillo castigado. Inopinadamente, en ese punto, el viejo de la medallita alzó a su vez un ojo de las cartas hacia él.

—En conclusión — le preguntó—, ¿tú eres cristiano?

—... ¿Yo?... ¿De qué Cristo hablas? ¿Del de Galilea, crucificado...?

—... muerto y sepultado y al tercer día... — recitó el viejo de la medallita, con tono de bonachona mofa.

Los vecinos rieron, también bonachonamente.

—Ese, no se discute, fue un Cristo de veras, si es que usted habla de ese — aseveró Davide, todavía confuso y ruborizado. Usaba el usted por respeto, dirigiéndose al viejo de la medallita. Y mientras tanto le acercaba la cara (pues el interlocutor seguía vigilando sus cartas), con la premura afanosa de un mocoso que reivindica sus razones ante un adulto—. ¡Porque aquí es preciso entenderse! — apremió, lleno de angustia—. A ese no hay que confundido con el fantasma homónimo que la Historia pone en los altares, y en cátedra y en un trono... y lo pega en los anuncios publicitarios de sus burdeles... y... y mataderos... y bancos de ladrones..., siempre para esconder debajo su único y verdadero ídolo: ¡el fanteche del poder! El Cristo no es un fantasma; es la única sustancia real en movimiento... Y ese Cristo fue históricamente un verdadero Cristo: o sea, un hombre (¡ANARQUISTA!) que no renegó nunca de la conciencia total, ¡a ningún precio! Se comprende,

pues, y nadie lo discute: ¡quien lo miraba a él, veía el cielo! ¡Y quien lo escuchaba, oía a Dios! ¡Dios no es una palabra! ¡Es LA palabra!!

A la taberna llegaba más gente. Era la hora, hacia la puesta del sol, en que muchos habitantes del barrio, al regresar del cine y de las afueras, pasaban un momento por allí antes de volver a casa, adonde sus mujeres los precedían mientras tanto para preparar la cena. Recuerdo con especial precisión la canción transmitida entretanto por la radio (era una, en efecto, que yo tenía ya en los oídos, quizá por haber salido en la inmediata posguerra o, en cualquier caso, aún a tiempo de ser cantada por Ninnuzzu; de él, creo, la aprendí). Me acuerdo aún de memoria de alguna estrofa...

*bugui bugui saben bailar
hasta el punto de pasmar
siete whiskies aquí, veinte sherrys allá
y los okey vienen y van...*

Se vieron las manos y las rodillas de Davide oscilar un rato con un ritmo distraído, ocioso e insignificante, acompañando el motivo de la cancioncilla. Pero sin duda él recogía las notas inconscientemente, solo a través de un oído subliminal, tenso como estaba avanzando, con trabajoso resuello, a lo largo de la pista rodante de su gincana.

—El término «Cristo» — hizo saber a los presentes, forzando la voz— no es un nombre o apellido personal: es un título común que designa al hombre que transmite a los otros la palabra de Dios, o de la conciencia total que significa exactamente lo mismo. Ese Cristo se llamaba, según los documentos, Jesús de Nazaret, pero otras veces, a través de los tiempos, el Cristo se ha presentado bajo diversos nombres, de varón o de hembra (él no repara en géneros), y de piel clara u oscura (él se pone el primer color que se

le ocurre), y en Oriente y en Occidente y en todos los climas (y ha hablado en todas las lenguas de Babel), ¡volviendo siempre a repetir la misma palabra! En efecto, solo por esa se reconoce al Cristo: ¡por la palabra! ¡Que es solo una, siempre la misma: esa! Y él la ha dicho y repetido y vuelto a repetir, oralmente y por escrito, y desde la cima de la montaña y desde el fondo de un calabozo y... y desde los manicomios... ¡y en todas partes!... El Cristo no repara en lugares, ni en horas históricas, ni en técnicas de matanza... Claro. Como el escándalo era necesario, se dejó matar obscenamente, con todos los medios disponibles: cuando se trata de matar Cristos, no se escatiman medios... Pero la ofensa suprema que le han hecho, ¡ha sido la parodia del llanto! Generaciones de «cristianos» y de «revolucionarios», ¡todos ellos cómplices!, han seguido gimoteando sobre su cuerpo, ¡y mientras tanto, de su palabra hacían mierda!

El fastidio crucial de Davide, en esta fase tardía de su gincana, era el desgaste de sus fuerzas físicas, tal que casi se quedaba sin resuello. Pero él se tensaba aún a lo largo de su recorrido, como si entre su pista trabajosa, y sus miembros rotos y drogados — tirados allí sobre la silla— no hubiese ya sino una relación fantasmal.

—Y así, de ahora en adelante — continuó, trabándose, y tosiendo cada frase, y haciendo muecas—, él, si vuelve, no dirá más palabras, porque, total, las que tenía que decir ya las gritó a los cuatro vientos. Cuando apareció en Judea, el pueblo no lo creyó el verdadero Dios parlante, porque se presentaba como un pobretón, no con el uniforme de las autoridades. Pero, si vuelve, se presentará aún más mísero, en la persona de un leproso, de una mendiga deforme, de un sordomudo, de un niño idiota. Se esconde en una vieja puta: «¡Encontradme!», y tú, después de haberte servido de la vieja puta para un polvo, la dejas allí y, saliendo al aire libre, buscas en el cielo: «¡Eh, Cristo, hace dos mil años que esperamos tu regreso!». «Yo», responde él desde sus

guaridas, «NUNCA partí de entre vosotros. Sois vosotros quienes cada día me lincháis, o, peor aún, seguís adelante sin verme, como si yo fuese la sombra de un cadáver putrefacto bajo tierra. Yo todos los días paso a vuestro lado mil veces, me multiplico por cuantos sois, mis señales llenan cada milímetro del universo, y vosotros no las reconocéis, pretendéis esperar quién sabe qué otras señales vulgares...». Cuentan de un Cristo (no importa cuál, era un Cristo) que una vez, caminando por un sendero del campo, tuvo hambre y fue a coger un fruto de una higuera. Pero como no era la estación, el árbol no tenía frutos, nada más que hojas incomibles... Y entonces Cristo la maldijo, condenándola a la esterilidad perpetua... El sentido está claro: para quien reconoce a Cristo cuando pasa, siempre es la estación. Y quien, no reconociéndolo, le niega su fruto con el pretexto del tiempo y la estación, está maldito. Indiscutible. No hay pretexto para rehusar, porque Cristo no debe descender de las estrellas, o de un pasado y futuro quién sabe dónde, sino que está aquí, ahora, dentro de nosotros. Tampoco esta es una novedad, es cosa archisabida, gritada a los cuatro vientos: que dentro de cada uno de nosotros hay un Cristo. ¿Qué haría falta, pues, para la revolución total? Nada, un movimiento elemental de dos segundos, ¡como reír o desperezarse recién despiertos! Bastaría con reconocer al Cristo en todos: en mí, en ti, en los otros... Ya, se trata de noticias tan elementales que hasta da asco deberlas repetir. Bastaría... Y entonces el fruto de la revolución nacería hermoso y espontáneo en todos los árboles, todos nos lo intercambiamos alegremente, no existe hambre, ni riqueza, ni poder, ni diferencia... Toda la Historia pasada se revela como lo que era: un gran guiñol grotesco, demencial, un depósito de basuras donde durante siglos nos hemos pringado hurgando con las unas sucias... Y se vería la locura de ciertas preguntas: «¿Eres revolucionario?», «¿Crees en Dios?». ¡Es como preguntarle a uno si ha

nacido! ¿Eres revolucionario?... ¿Crees en Dios?... Eres revolucionario... Crees...

Con tono de retahíla, riendo, Davide siguió repitiendo estas dos preguntas varias veces, hasta convertirlas en una especie de trabalenguas sin sentido. Pero ahora su discurso había acabado necesariamente en monólogo, pues su voz era tan baja que ni siquiera los vecinos más próximos, aunque quisieran, podían distinguir sus palabras. Había adoptado un aire enfadado, como si amenazase o acusase a quién sabe quién, y miraba dentro de su vaso, igualito que Clemente, sin beber ya ni una gota, como abrumado por el disgusto.

—Os debo aún — iba farfullando— una rectificación a propósito del alemán, allá arriba en el cruce, en los Castelli: yo, que lo asesinaba, sí me había convertido en un SS. Pero él, que reventaba, ¡ya no era un SS ni un militar de ningún cuerpo! Ponía unos ojos: «¿Dónde me encuentro?», «¿Qué me hacen?», «¿Por qué?», claros, claros y estúpidos, como si se abrieran recién nacidos, en vez de morir. Yo, un SS; pero él había vuelto a ser un niño...

«Digamos: un arrapiezo», volvió a dar señales de vida, apuntándole al oído como un latigazo burlón el superyó. Davide rió.

—¡Ya! Mejor: un arrapiezo — corrigió, obediente.

Y este fue, por lo que recuerdo, el último punto marcado en su partido de dobles por el superyó, que sin más, en ese mismo instante, con un aleteo victorioso, se alejó de él hacia una rebeldía definitiva, dejándolo con su desastrosa debilidad.

—¡Era un niño! — le gritó Davide.

Su cara, ahora, tenía la expresión de chiquillo caprichoso que se le ponía a veces, cuando estaba exhausto del todo. Mas proseguía aún, con obstinación increíble la última persecución... aunque el premio se le revelaba ahora, sin

remedio, como lo que podía ser: solo, a lo sumo, un banderín de papel, muy usado, y además roto...

—Quien mata a otro, ¡mata siempre a un niño! — insistió jadeante, retorciéndose las manos—. Y ahora — confió, lleno de perplejidad, a su vaso — lo estoy viendo a ese, tirado allá en el montón. ¡En el montón! — repitió espantado—, en el mismo montón de los viejos, y la señorita... Juntos: ni alemanes ni italianos, ni paganos ni judíos, ni burgueses ni proletarios: todos iguales, todos Cristos desnudos, sin diferencias... ni culpas, como cuando se nace. Yo — profirió con una de esas respiraciones tensas y entrecortadas propias de los chiquillos en medio de una rabieta— ya no puedo dividir el mundo en blancos y negros, fascistas y comunistas, ricos y pobres, alemanes y americanos... Esta farsa porno..., porno..., soez, dura demasiado... ¡Basta!... Yo... estoy... harto.

Ni siquiera Clemente Manonegra se tomaba ya el trabajo de hacer caso de Davide Segre, que a esas horas parecía fatalmente perdido, en un desvarío de borracho. Se extendió todavía no sé cuánto en su charla obsesiva, con una voz empastelada y balbuciente, aludiendo a objetos y asuntos varios, sin conexión entre sí. Decía que antes de Galileo la gente creía que el sol giraba; después se creía que giraba la tierra, y a continuación se había averiguado que los movimientos son relativos entre sí, por lo cual cabe decir que tierra y sol giran ambos, o que ambos están quietos, indiferentemente. Después repetía que él era el árbol maldito, y que había insultado a Cristo tras haberlo asesinado. Y si su familia había muerto, suya era la culpa, pues no había conocido la caridad con ellos, en el fondo unos niños sencillos, inexpertos e ilusos. Y si su chica había acabado de aquel modo, suya era la culpa, pues por correr en pos de sus fantasías políticas había descuidado su único amor. Y si su amigo más querido había muerto, también era por su culpa, ya que el muchacho era un niño en busca de un padre — era un huerfanito, sin saberlo

—, y sin saberlo le pedía que fuera su padre. Y si la vieja puta había muerto, la culpa seguía siendo suya, pues era una niña de corazón puro, nacida para el amor puro... Y la culpa de todos los muertos era suya... Y en realidad el burgués era él..., y la puta era él..., y el canalla era él..., y el origen de toda la obscenidad era él... Hay que reconocer que Davide no era el único, desde luego, en hablar a tontas y locas, entonces, en el local de la taberna... A esas horas, las frascas de vino vacías en las mesas ya no se contaban. El intervalo festivo tocaba a su fin. Y alrededor se oían voces de viejos alborotar sin sentido, jactarse de asquerosidades, toser y expectorar. La radio había transmitido entretanto no sé qué mensajes papales del Vaticano..., ahora reanudaba, resumiéndolo, el noticiario deportivo de la tarde. De nuevo algunos mozalbetes se agolpaban en torno al aparato, mientras el tabernero, que ya sabía los resultados de los partidos del día, bostezaba, o bien daba órdenes a su mujer, presente ahora sirviendo entre las mesas. En medio de todo esto, Davide parecía un caso normal de trompa. Su lucidez latía dentro de su cerebro como astillas centelleantes. De repente dijo sonriendo, con voz más sonora:

—Leí no sé dónde sobre uno que, visitando un *Lager*, descubrió algo vivo que se movía en una pila de muertos. Y vio salir a una niña. «¿Por qué estás ahí, en medio de los muertos?» Y ella le contestó: «¡Porque con los vivos ya no puedo estar!»... ¡Es un hecho real! — garantizó como conclusión, con extraño aplomo didáctico, bastante forzado; y diciendo esto se derrumbó con los brazos sobre la mesa, sollozando. No se sabía, en verdad, si eran sollozos, o carcajadas.

—¡Qué tonto! ¡Vaya, te has cogido una buena trompa! — le dijo el viejo de la medallita, palmeándole paternalmente en el hombro.

Entonces Useppe, tímido, asustado, se le acercó y le dijo, Tirándole del jersey:

—Vámonos, Vavide... Venga, venga, vámonos de aquí...

Hacía un rato, esto es desde el momento en que Davide se volvió a sentar, hablando cada vez más agitado y en voz más baja, Useppe se había deslizado de su silla, acurrucándose abrazado a Bella en el suelo. No se atrevía a interrumpir a su amigo mayor, temiendo enfurecerlo; pero crecía en él un miedo a no sabía qué peligro que se preparaba contra él. Hasta la palabra «Dios», que reaparecía de continuo en sus labios, se estaba convirtiendo para Useppe en algo temeroso, como si este famoso Dios pudiera adelantarse de improviso, afrontando a Davide en un cuerpo a cuerpo. Entre todos, Useppe era el único que no creía borracho a Davide; lo sospechaba, en cambio, enfermo, quizá por comer poco. Y se preguntaba si después podría convencerlo de cenar todos juntos en casa, en la via Bodoni... Mientras tanto, en un intento de rechazar el miedo se distraía con Bella. Sin alborotar, jugaban a las palmadas, o bien ella le hacía cosquillas lamiéndole las orejas y la garganta, hasta provocarle risitas, pronto amortiguadas por respeto al lugar.

—¡Ven! ¡¡Ven!! ¡Vavide! ¡Vámonos de aquí!

Useppe estaba pálido, y temblaba, atemorizado; pero tenía también, una cómica facha indómita, como si pretendiese, él, proteger a Davide de cierta nutrida agresión.

—Tiene razón el crío — dijo aún, exhortando a Davide, el viejo de la medallita—, vete a casa, que te sentirás mejor.

Davide se levantó; no lloraba ni reía, tenía, en cambio, en los rasgos una opaca fijeza y los ojos vítreos. No echó a andar hacia la salida, se encaminó, tambaleándose, al retrete. Useppe lo seguía con los ojos, temeroso de verlo caer; y no advirtió que entretanto, en la puerta, había asomado por un momento Annita Marrocco. Tampoco ella vio a Useppe, oculto en su pequeñez entre las estaturas de los adultos. Saludó apenas de lejos a la dueña con su sonrisa melancólica, con la negra cabecita doblada lánguidamente

sobre un hombro como si le pesaran los cabellos; y, a la vista del local demasiado abarrotado, se retiró.

—Esa — comentó Clemente riendo burlón— aún está esperando el regreso del marido de la Unión Soviética.

Y siguió riendo como si hubiera contando un cuento de espíritus, de esos que por la noche no dejan dormir a los huéspedes del castillo. Aunque en verdad el único en oírlo había sido el ex vendedor de periódicos, que barbotó en respuesta algo incomprensible.

Cuando regresó del retrete, Davide no parecía el mismo; o, mejor dicho, había pasado a una nueva fase de su exaltación. Useppe fue el único en notar una manchita de sangre en el jersey; y, en su ignorancia, supuso simplemente que la herida del brazo había vuelto a sangrarle. Yo, por mi parte, no sé qué otro «medicamento» se metió en el cuerpo durante su breve ausencia; sé que en los últimos tiempos no solo recurría a los preferidos en los meses pasados, sino que probaba todo tipo de sustancias, a menudo de acción contraria, mezclando o alternando excitantes y narcóticos en una persecución sin resuello. En la última semana, especialmente, este había sido, puede decirse, su principal alimento; quizá también porque los primeros calores de la estación removían en la sangre sus instintos innatos de vida y salud, o sea, aquellas energías que en él se convertían luego, inexorablemente, en formas dolorosas. Nada asustaba ahora tanto como el retorno de ciertos estados suyos de absoluta presencia o de miseria total, que iban acompañados ora de sueño, ora de una vigilia demasiado lúcida. Y para no verse sorprendido de improviso, no dejaba de llevar consigo, al salir de casa, cierta provisión de sus remedios... En aquel tiempo, tales casos pasaban inadvertidos, en especial en los barrios pobres.

Cruzó el ruidoso local caminando escorado, pero jovial, como ciertos animales trabados forzados con el látigo en los circos. Su palidez innatural lo

traicionaba. Pero peor que la palidez era la extrañeza de sus ojos, en los que había reafiorado de repente aquella especie de depravación que ya lo desfiguraba, después de la ruptura y la huida de los alemanes, a su llegada a Pietralata, y que parecía borrada hacía tiempo. Y hasta en el breve recorrido desde la radio a la mesa se las arregló para desplegar todo un muestrario de telonero; aunque, en esta sorprendente libertad, no lo abandonase la especial torpeza de chico tímido y asocial ligada incurablemente a su índole. Por lo demás, cualquiera podía advertir que bajo la excitación artificiosa su físico estaba exhausto por quién sabe cuántos excesos y por la desnutrición. Pero Usepe no estaba descontento de ver a su amigo resucitado y gozoso.

Comenzó, en el espacio en torno a la radio, a interpretar una parodia de danza, aun cuando el aparato no transmitía entonces programas musicales, sino una conversación bastante seria, de sabor oficioso o quizá eclesiástico. Después se lanzó a cantar el himno anarquista:

*Revolución pronto se hará
bandera negra ondeará...*

interrumpiéndolo con una pedorreta; gesto, este, tan innatural en sus labios que el pequeño Usepe (que se reía, único entre todos, por simpatía pueril hacia el espectáculo de su amigo) experimentó un instinto de pena. Llegado a la mesa, se dedicó a palmear las espaldas de los diversos comensales, llamándoles a todos camaradas; con lo cual el hombre con uniforme de cartero, que era un anticomunista declarado, se le revolvió ásperamente. Los jugadores, dejando las cartas, ya se preparaban para abandonar el local; el viejo de la medallita ya se había marchado, y el vendedor ambulante se colgaba al cuello su cajita. Pero Davide se había empeñado en retenerlos a la fuerza; y con ademanes de millonario compró todas las mercancías del

ambulante, lanzando a todos rosquillas, mostachones y paquetitos de avellanas, e invitando insistentemente a todos a beber. Él mismo se llenó el vaso y luego, presentándose ante Clemente, le hizo un saludo militar, con la invitación, entre otras blasfemias:

—Brindemos por el cerdo de Dios.

Y bebió, por su parte, un trago, aunque enseguida lo escupió, asqueado. Se desplazaba con empujones y pasos derrengados, como un marinero sobre una cubierta en pleno balanceo, y se divertía propalando (si es que alguien lo escuchaba) ciertos asuntos privados suyos, ora en voz alta ora confidencialmente, aunque siempre con tono de chismorreo adocenado. Hacía saber, por ejemplo, que era cliente asiduo de los burdeles (y en efecto, en estas primeras semanas de junio — en vez de volver a cazar a lo largo de los tristes puentes— había caído por allá un par de veces; llevándose a casa un furor de indecencia y remordimiento, pues consideraba los burdeles una abyección social, poco menos que los campos de concentración)... O bien exhumaba mofándose su famosa experiencia voluntaria de obrero, rematada al final de cada día con ataques de vómito... E insistía en revelar a todos, como un secreto muy importante, que el asesino principal era él, el explotador era él, el fascista era él... Hablaba de cadáveres y de concursos de belleza, de Nuremberg y del Papa, y de Betty Grable y de Portella della Ginestra,^[8] y de guerra fría y caliente, y de banquetes y bombas, etcétera; mezclando, en su charla, alusiones trágicas y cómicas e indecentes, pero siempre con risas soeces, como si cuanto decía fuera cómico. En estos «números» lo acompañaban de vez en cuando las risitas frescas e inquietas de Useppe, que no entendía nada de cuanto él decía; pero se sentía alentado a la jugera por sus payasadas. Y no hablemos de Bella, que finalmente se desahogaba saltando, meneándose y ondeando el rabo, como en carnaval. En

el ápice de la fiesta, Davide había entonado una cancioncilla vulgar de la época de su abuela:

Seneghin senegaia
mi S' é rotta la pattaia...

invitando a los presentes a una especie de coro. Mas los presentes, en verdad, no le hacían caso, divirtiéndose con él y sus bravatas poco y distraídamente, y hasta medio hartos, como con un espectáculo normal de borrachos. Por lo demás, el local se estaba vaciando. Incluso Clemente se había marchado, muy solo, arrastrando su cuerpo mutilado, que se estremecía con el vientecillo tibio dentro de su abrigo de invierno. Davide salió sin despedirse de nadie. Useppe y Bella se apresuraron a correrle a la zaga.

Eran los días más largos del año. El sol todavía no se ponía, aunque ya era la hora del *Diario hablado*. Por el camino, desde las ventanas, llegaban a retazos las últimas noticias:

... una circular policial, en nombre del ministro del Interior, ordena a todos los comisarios que prohíban mítines y concentraciones en las fábricas...

... el Ejército Rojo avanza hacia el Sin Kiang...

... el Gobierno griego decide una vasta operación de rastreo...

... en Estados Unidos la Cámara de Representantes...

... el ministro Pella anuncia que el Gobierno... Los tributos extraordinarios... Los impuestos indirectos...

—¿Echamos una carrera a ver quién cruza antes el puente? — propuso Davide, llegados a la entrada del puente Sublicio.

Aceptaron el desafío. Ganó Bella. Davide, aunque sin resuello, con sus largas piernas llegó el segundo; y Useppe, aunque era bueno corriendo, a causa de su pequeñez se quedó detrás. En la meta, sin embargo, Bella los

festejó por igual a uno y otro. Useppe, embriagado por el juego, llegó riendo como un loco, aunque perdía; y Davide, al apoyarse jadeante en el pretil, reía también, con una despreocupación total. El caso es que, tras haberse lanzado de broma a cruzar el puente, de repente, sin querer, se había entregado a fondo a la carrera (compitiendo en especial con Bella), como un chicuelo que, en una competición, olvida los deberes de la escuela y cualquier otro asunto terrenal. Y un soplo de aquella ráfaga ilógica le dilató los pulmones durante, quizá, diez segundos más. Siguió riendo un buen rato, aunque ya una incredulidad lacerante se mezclaba, con ciertas sacudidas nerviosas, en su risa desmemoriada.

—¿Jugamos a la morra china? — propuso a Useppe.

—¡Tíííí!

Useppe, en realidad, no conocía el juego, y Davide se entretuvo en explicárselo. Pero Useppe, al pasar a la práctica, no hacía sino liarse con sus manecitas alegres, confundiendo la figura del papel, con la de la piedra, o sacando tres dedos en vez de dos para hacer las tijeras... Estas burradas suyas le hacían reír a carcajadas, enseñando sus veinte dientecitos como granos de arroz... También Davide reía y su rostro, al mirar a Useppe, volvía a abrirse con el alivio luminoso y lleno de amistad con que ya antes había saludado su entrada en la taberna. De repente le agarró una mano y remirándola puso en ella un besito, con la sencillez y el candor pueril de quien besa una imagen santa. Y Useppe sin más lo besó también él; pero su besito, a un movimiento de Davide, le cayó debajo de la nariz. El fútil incidente bastó para desencadenar la hilaridad de todos, incluida Bella. El primero en ponerse serio fue Davide.

—Tú — dijo a Useppe con seriedad casi amarga— eres tan majo que el mero hecho de que existas me hace feliz en ciertos momentos. Tú me harías creer en... ¡en todo! ¡En TODO! Eres demasiado majo para este mundo.

Pero Useppe, por su parte, en vez de apreciar el cumplido de Davide, había notado su cambio de humor, mudado de improviso de risueño en sombrío.

—Y ahora, ¿a qué jugamos? — solicitó.

—Ahora, basta.

—... No... ¡Más! — protestó Useppe, con tono entre suplicante y regañón. Davide entretanto se apartaba del pretil.

—Aquí — declaró— nos separamos. Yo me voy por un lado y vosotros por otro.

Useppe se balanceaba.

—¿Po qué — propuso con audacia— no vienes a cenar a nuestra casa, con nosotros? Mamá ha hecho albóndigas de cena... y... ¡y también hay vino!

—No, no, otra vez. No tengo hambre esta noche.

—Y entonces ¿adónde vas? ¿A dormir?

—A dormir, sí.

Davide echó a andar, con su paso desgachado y ya cansino. Sobre sus ojos se había extendido una opacidad inexpresiva.

—Te acompañamos hasta la puerta de tu casa — decidió Useppe.

La pastora, aunque perpleja, no se opuso. Y Davide, más que nada por desidia, los dejó. Para los dos vagabundos, en verdad, sonaba ya la hora de cenar e incluso entre ellos, a espaldas de Davide, se desarrollaba entonces una especie de discusión, que a él le llegó solo en forma de gáñido canino. En realidad Bella, por respeto a los horarios, insistía aún en invitarlo a cenar; y, entre otros argumentos, quería hacerle saber que en su casa, amén del plato de carne ya prometido, de la guarnición, etcétera, había también sopa. Se refería, de hecho, a su sopa vespertina (compuesta de sobras de espaguetis, cortezas de queso, agua, pedazos de tomate y otros ingredientes). Pero al final Useppe, con señas elocuentes aunque mudas, la desanimó de insistir. ¿Qué

clase de ventaja podía representar para un gran invitado como Davide el atractivo de una sopa de perro?

Sobre Davide se había desplomado tal agotamiento que su albergue, distante acaso unos quinientos metros, le aparecía como una meta remota, y casi ansiada. Mas a un tiempo lo roía por dentro una especie de nostalgia, como a un chiquillo (¿el mismo que poco antes se entregaba a la carrera en el puente?) obligado a volver a casa cuando el día solar, fuera, aún no terminaba. Pero ¿quién lo forzaba a ello? A tales preguntas no hallaba ninguna otra respuesta que una negación amenazadora, irremediable.

De la conocida taberna de este lado de las chabolas salía, como de costumbre, la voz de la radio. Ahora transmitían nombres de ciudades, y números, supongo que era el sorteo de la lotería. Los habitantes de las chabolas no habían regresado aún en su mayoría, había solo un grupito de mujeres con tres o cuatro niños pequeños; y desde algún lugar acudieron a saludar a Bella, emparejados, dos perros. Uno, ya encontrado anteriormente, era el de aspecto de monito; y el otro, uno nuevo, parecía un compuesto de animales distintos, resultando en conjunto bastante simpático. (No sin alivio de Useppe, el famoso Lupo, también esta vez, estaba ausente: seguramente había ido de paseo con su amo.) Bella devolvió el saludo de los dos, aunque de prisa y corriendo, desviándose por allí alrededor para estudiar los olores vespertinos; aunque pronto, con aire solícito, regresó junto a Useppe, con la correa arrastrando por el polvo.

La inquietud interior de Davide, pugnando con su cuerpo agotado, lo mantenía en ese estado enervante que sobreviene en ciertas intoxicaciones o a veces en los ayunos: una especie de baja tierra de nadie, entre las periferias de la razón y las del sueño, donde uno se atrafaga entre una angustia miserable. Al ver las primeras chabolas tuvo que cerrar los ojos, con ganas de no ver sino negro; después, al abrirlos, no reconocía de momento el paisaje

usual, y se preguntaba: «¿Dónde me he metido?». Le asaltaban ciertos motivos insulsos de canciones, alternados con una poesía sentimental escrita por él mismo en la época del instituto, y que comenzaba con el verso: «¡Te amé, felicidad!». Y con estos asaltos se entremezclaban títulos de películas y otras frases adventicias, entonces vacuas para él como globos pinchados: «la línea Maginot», *Gilda*, «el hundimiento de los precios», «simún, el viento de los desiertos», «escuadrista de vanguardia»... En el último trecho hacia el tugurio apretó mecánicamente el paso, aunque la idea de encerrarse en su cuartito le repugnase ahora. Useppe, con los ojos alzados hacia él, se apresuraba a su zaga.

—¿Po qué te vas a dormir tan temprano?

—Porque estoy enfermo — explicó Davide, riendo. Y, fatigado, mientras buscaba la llave en los bolsillos se sentó en el suelo, con la espalda contra la puerta cerrada.

—Estás enfermo... — dijo Useppe, pensativo pero sin pedirle ninguna explicación. Estuvo a punto más bien de decirle (como para presumir de colega) que también él estaba «enfermo», pero se contuvo a tiempo. Le relampagueó, en efecto, el miedo de que también Davide, si se enteraba de su feo mal, también él, como la otra gente, a lo mejor lo eludiría.

Se decidió, en cambio, a preguntarle:

—¿Qué te has hecho, en el brazo?

— Me picó un mosquito.

Con dificultad, Davide había pescado la llave en el bolsillo de los pantalones; pero una exagerada pesadez de los músculos lo mantenía allí, sin embargo, tirado en el suelo y vacilando ante su propia puerta, como un mendigo. Y sin decidirse aún a ponerse en pie, empezó a golpear con el puño contra la puerta cerrada. Después, fingiendo un timbre de bajo cavernoso, como si alguien hablase desde dentro, dijo:

—¿Quién es? — para enseguida, recobrando su voz normal, anunciarse, en respuesta—: ¡Soy yo!

—Yo, ¿quién?

—Davide Segre. Y tú, ¿quién eres?

—¿Yo? ¡Segre, Davide!

—¿Y qué haces ahí dentro?

—Duermo...

Al ver este nuevo juego, Useppe se rió, aunque acompañando con ciertas palpitaciones la apertura de la puerta. En el desierto cuartito, hasta los vidrios del ventanuco estaban cerrados, conque se estancaba un tufillo a sueño, como si de verdad alguien yaciese allí dormido hacía horas. Por lo demás, la porquería y el desorden aparecían aún más terribles que la otra vez: como después de una invasión. Davide cayó sentado en la camita deshecha:

—Es hora — anunció a Useppe— de darnos las buenas noches.

—Aún es de día... — observó Useppe, vacilante en el umbral del cuartito.

Había recogido del suelo la correa de Bella, mientras esta se había sentado fuera, junto a la puerta abierta, esperando pacientemente. Solo de vez en cuando daba un tironcito a la correa, para meter prisa: «Es tarde. Debemos irnos», y Useppe, descontento, en respuesta tiraba de la correa por su lado. No podía decidirse a dejar allí a Davide solo, enfermo y sin cena; pero no sabía qué decirle, y se balanceaba.

Davide entretanto se había tendido en la cama cuan largo era, completamente vestido y sin siquiera quitarse los zapatos. Sentía en los oídos zumbidos y zurridos, que sin embargo no le molestaban, al contrario, parecían acunarlo como un relato fabuloso. Pero sin embargo perduraba dentro de su cerebro un punto de vigilia fija, casi heladora, que le hacía presagiar una noche difícil. Desde hacía algún tiempo, en efecto, en su cuerpo se desarrollaba una química imprevisible, por la cual no siempre los fármacos

obraban en él conforme a su naturaleza; sino más bien a capricho, en una especie de apuesta con sus nervios; tanto que hasta los somníferos, a veces, lo excitaban más, en vez de aplacarlo. Y esa ambigua apuesta lo atemorizaba esta noche, como una arbitrariedad. De momento, había olvidado la presencia del niño y del perro; pero un aroma de frescura salvaje y acariciadora, casi burlona, desde aquel lugar del cuartito, le recordaba que los dos aún estaban allí.

—¿Qué hacéis ahí? ¡Es tarde! — exclamó hacia ellos, alzando un poco la cabeza, sin volver los ojos.

—Ya nos vamos, ya — rezongó Useppe—, todavía no es de noche.

—En los países de las noches blancas — empezó a decir Davide, con voz musical y desorientada—, en ciertas estaciones es siempre de día. Y en otras partes es siempre de noche. A elegir. Demasiadas formas, demasiados colores. ¡Y tantos meridianos y paralelos! En un paralelo hay casas hechas de nieve, y torres y edificios de hielo muy muy grandes que caminan sobre las corrientes, y se disuelven. En otro, cemento y vidrio, mármoles catedrales, mezquitas, pagodas... ¡Y cuántas selvas! Pluviales, «nebulosas» no, nebulares... y semisumergidas, con raíces aéreas... La geografía me gustaba, en el colegio, pensando en itinerarios para el futuro. Y ahora que el futuro ha llegado, de vez en cuando me digo: ¿por qué no? Pero luego, si me imagino a MÍ que voy caminando, cualquier camino o país de la tierra me parece una letrina, ni mejor ni peor que este cuarto. Nada más, por todas partes, que un cuartucho asqueroso, donde siempre es de día y siempre de noche, en cuanto me veo pasar por él...

Del lado de Useppe llegó un murmullo indistinto. Su respuesta de veras (de haber sabido formularla) habría sido que a él le ocurría todo lo contrario: esto es, cualquier sitio, hasta el ínfimo cuchitril, le resultaba magnífico si en él se encontraba Davide o, en fin, un amigo.

—Este cuarto no es feo — barbotó, casi ofendido.

—¡Claro, está encantado! — rio Davide—, en ciertos casos, tienen lugar visiones... No, ¡visiones no, exactamente! ¡Sería demasiado honor! Solo transformaciones exageraciones... Por ejemplo, tú. — Se torció un poco para mirar a Useppe—. Ahora te veo como en un telescopio: grande, grande, grande, que no podrás pasar por la puerta. Y ahora, en cambio, veo que te has vuelto pequeño, pequeño, pequeño, como en unos anteojos al revés. Y con muchos ojitos azules, que asoman por todos los lados del cuarto.

—Y ahora, ¿cómo me ves? — preguntó Useppe, adelantándose inseguro.

Davide rió.

— Te veo pequeño. Pequeño, pequeño...

A Useppe se le pasaron por la cabeza los dictámenes de los médicos.

—Yo — confesó— crezco poco.

—Bueno, y ahora nos despedimos. Buenas noches — decidió riendo Davide. Pero agregó— : ¿Quieres que te cuente un cuento?

Le había vuelto, de pronto, un recuerdo infantil de su hermana, que a menudo, como les pasa a los niños, por las noches no quería dormirse. Por debajo de la rendija de la puerta veía la luz aún encendida en la contigua habitación de su hermano (que leía en la cama hasta tarde) y entonces giraba despacito el picaporte, y se le presentaba en camisón en la puerta, pidiéndole que le contase una historia, o un cuento, antes de coger el sueño. En la familia se sabía, en efecto, que Davide era imaginativo, estaba casi decidido a convertirse, de mayor, en escritor; y la hermana, todavía pequeña y que no sabía leer, se aprovechaba de sus fantasías. Normalmente, el hermano se enfadaba por aquellas intrusiones vespertinas; pero, ante la insistencia de su hermana, por quitársela de encima terminaba lanzando al azar un comienzo cualquiera, en son de broma: «Había una vez una col...», «Había una vez un puchero roto...», y a partir de ahí inmediata e irresistiblemente improvisaba

la continuación. Conque en conclusión, casi sin querer y por una especie de fatalidad, terminaba por contentar a su hermana con un cuento nacido por azar, pero completo, y que a ella le bastaba. Una noche, por ejemplo, decidido a la negativa, para liquidar el asunto había gritado a la peticionaria, con tono de impropiedad: «¡¡Había una vez una cagada de gallina!!». E inmediatamente se le ocurrió añadir que esa gallina ponía huevos de oro. Y continuó naturalmente que sus huevos eran irrompibles, al ser de oro; hasta que un gallo lleno de valor los partió de un picotazo. Salieron entonces pollitos de oro, que resultaron otros tantos principitos disfrazados, todos hijos del gallo y la gallina y propietarios de la fórmula mágica para destruir el maleficio. Porque la gallina y el gallo eran en realidad los soberanos de las Indias, víctimas de un encantamiento de su enemigo, el rey de no sé dónde... Nada excepcionales, como se ve, los cuentos del pequeño Davide; pero cuentos eran, con un principio, un enredo y un final, según la regla ordinaria.

Del mismo modo, esa noche, al prometer a Useppe un cuento, Davide no tenía en la cabeza ninguna idea, solamente una vacía confusión. Para empezar, emitió al azar las primeras palabras que se le vinieron a los labios: «Erase una vez un Ese Ese»... y de este principio, casi automáticamente, le brotó un cuentecillo. No una gran creación, desde luego, tampoco en este caso; pero sin duda un cuentecillo propiamente dicho, mejor dicho una especie de fabulilla o parábola, con una lógica interna y un significado final.

—... Érase un Ese Ese que, por sus horrendos crímenes, un día, al amanecer, era llevado al patíbulo. Le restaban aún unos cincuenta pasos hasta el lugar de la ejecución, que sería en el mismo patio de la cárcel. Y en esta travesía, sus ojos se posaron por casualidad en el muro agrietado del patio, donde había brotado una de esas flores sembradas por el viento, que nacen donde caen y se alimentan, parece, de aire y de cal. Era una florecita mísera, compuesta por cuatro pétalos violáceos y un par de pálidas hojitas; pero, con

aquella primera luz naciente, el Ese Ese vio en ella, con gran estupor, toda la belleza y la felicidad del universo. Y pensó: «Si pudiera volver atrás y detener el tiempo, estaría dispuesto a pasarme toda la vida adorando a esta florecilla». Entonces, como desdoblándose, oyó dentro de sí su propia voz, pero gozosa, límpida y sin embargo remota, llegada de quién sabe dónde, que le gritaba: «En verdad te digo: por este último pensamiento que has tenido a punto de morir, ¡te librarás del infierno!» Todo esto, al contártelo, me ha llevado cierto intervalo de tiempo; pero allí tuvo la duración de medio segundo. Entre el Ese Ese que pasaba en medio de los guardias, y la flor que asomaba en el muro, había aún, más o menos, la misma distancia inicial: apenas un paso. «¡No!», gritó para sí el Ese Ese, retrocediendo con furia. «¡No volveré a caer, no, en ciertas trampas!» Y como tenía las manos atadas, cortó la florecita con los dientes. Después la tiró al suelo, la pisoteó. Y escupió encima. Ya está, fin de cuento.

—Pero el infierno, ¡de eso nada! — comentó al final del cuento, resueltamente, Useppe.

«De eso nada», en su lenguaje teñido de romano, equivale a «No existe». Davide movió las pupilas, casi divertido, hacia la minúscula persona, de la que emanaba en ese momento un cómico aire de jactancia.

—¿No existe el infierno? — le devolvió de rebote.

Useppe remachó la opinión declarada, no de palabra, esta vez, sino diciendo «No» a la siciliana, o sea, alzando la barbilla y sacando los labios, gesto heredado de su hermano Ninnuzzu, que a su vez lo había heredado de su padre, Alfio el mesinés.

—¿Y por qué no iba a existir?

—Poque... — dijo Useppe sin saber qué contestar. Bella le mandó un pequeño ladrido alentador. Y finalmente su respuesta fue—: Porque la gente se va volando...

Semejante explicación, en verdad, le salió un tanto dubitativa y apenas susurrada. Pero el «porque», en compensación, esta vez le resultó estupendamente: con una erre magistral.

—Y también los caballos — se apresuró a añadir— se van volando... y los perros... y las gatas... y las cigarras...; en fin, ¡la gente!

—Pero ¿tú sabes qué significa «Ese Ese»?

Eso Useppe lo sabía hacía tiempo, por lo menos desde la época de los Mil. Más aún, en su pronta respuesta, usó los términos aprendidos quizá de la misma Carulina, o quizá de algún otro miembro de la numerosa tribu:

—¡Poli alemán!

—¡Muy bien! — le dijo riendo Davide—. Y, ahora, buenas noches. Anda, vete, quiero dormir.

En efecto, los ojos se le cerraban solos, y su voz sonaba empastelada y baja.

—Buenas noches — contestó Useppe, dócilmente.

Pero no obstante, lo retenía una vacilación.

— ¿Cuándo nos vemos? — profirió.

—Pronto...

—Pero ¿cuándo?

—Pronto, pronto...

—¿Mañana?

— Sí, sí, mañana.

—¿Mañana venimos aquí a verte, como aquella otra vez? ¡Después de comer, como aquella otra vez!

—Sí...

—Esto es una cita, ¿eh? ¿Tenemos una cita?

—Ssí.

—¡Te traeré vino! — anunció Useppe, volviéndose para marchar.

Pero en ese momento, soltando por un instante la correa de Bella, retrocedió a la carrera. Y, como con un ritual fraterno ya permitido, y hasta consagrado, le dio a Davide un besito de despedida, que le cayó, esta vez, junto a una oreja. En su incierto duermevela, Davide se quedó con la duda de si el besito era real, o más bien el fragmento de un sueño. Y ni siquiera advirtió el golpecito de la puerta, que se cerraba con mucho cuidado a espaldas de los dos visitantes.

Ya descendía el crepúsculo, y la pareja retrasada marchaba a toda prisa hacia casa, aunque ya concertando por el camino todo un plan para el día siguiente. La cita con Davide, en efecto, no podía hacerle olvidar a Useppe su otro amigo: Scimó. Por lo cual se decidió, de común acuerdo entre él y Bella, dirigirse al río a ver a Scimó por la mañana (levantándose al día siguiente más pronto de lo normal) y dedicar en cambio la tarde a Davide. En la cabecita de Useppe, en ese momento, se movía un aire tan jovial que excluía toda sospecha de desengaño; mientras que en ese mismo minuto bordeaba con Bella la piazza di Porta Portese, dominada al fondo por el edificio del reformatorio. Ninguno de los dos sabía que Scimó se encontraba ahora encerrado precisamente allí, detrás de aquellos muros; pero Bella, vete a saber por qué, a la vista de la plaza agachó las orejas y siguió adelante, casi a hurtadillas, hacia el puente.

Durante toda esa noche el sueño, que parecía prometido a Davide desde el crepúsculo, lo traicionó. Dormía ya, en verdad, cuando Useppe salió de la habitación; y tal como Useppe lo había dejado, completamente vestido y con los zapatos en los pies, siguió durmiendo en su cama hasta por la mañana. Pero el suyo fue una especie de falso sueño, morboso e interrumpido, más agotador que el insomnio. Parecía que aquel punto de vigilia que se le había fijado en el cerebro desde el día anterior, ya refractario a los hipnóticos e independiente de la inercia letárgica de su cuerpo, se mantuviese dispuesto a sacudirlo, como un látigo destinado a su guardia, para impedirle toda evasión. Apenas comenzaba a hundirse en el fondo de la inconsciencia, de repente lo despertaban relámpagos o campanilleos imaginarios en la noche cerrada. Y de continuo, en la vigilia y en el sopor, se encontraba metido en un ridículo teatrillo, casi un sucedáneo irrisorio de las visiones que aún recientemente se había prometido de las drogas, y que últimamente ya no se esperaba. En efecto, ya se había despedido para siempre de la esperanza de ver a los suyos sanados de la lepra de los *Lager*, o a Ninnuzzu incólume, al menos en forma de obvias alucinaciones; o bien de asistir a un despliegue de apariciones celestiales que le dieran la ilusión provisional de quién sabe cuál revelación o gracia especial. Lo que le tocaba en suerte, en cambio, eran productos inferiores, que le fastidiaban con su falsedad evidente y su estupidez. Esta noche, sin embargo, esas falsificaciones no se limitaron a las normales

distorsiones accesorias de muebles o sombras, que para desecharlas le bastaba con apagar la lámpara; ni a los normales colores de pastilla de jabón que relampagueaban, bastante inocuos, en la oscura estancia, disipándose con el primer sueño. Con luz o a oscuras, el coche, que se había instalado desde la tarde en su cerebro, no paraba de trabajar, ora en punto muerto ora guiada, diríase, por una intención precisa, aunque oscura. Durante un buen trecho de la noche se empecinó en fabricarle bromas en serie, tan adocenadas que él mismo no se explicaba por qué tenían que atormentarlo tanto. Apenas, por ejemplo, apagaba la lámpara, lo esperaba en el vacío una invasión unidimensional de abstracciones geométricas vulgares: rombos, triángulos y cuadrados, que se multiplicaban a miríadas, en un tumulto de colores absurdos. Y si encendía la lámpara encontraba el conocido cuartito trastornado, al contrario, por anormales concreciones: el suelo era una sustancia blanducha y agitada, y las paredes se hinchaban, cubriéndose de costras y tumores, o bien se abrían grietas. Ahora (y ahí estaba lo raro) caía presa de tales bromas, al mismo tiempo que reconocía su fatuidad. Veía que eran en sí pequeños efectos gratuitos e insignificantes, pero de momento los miraba como horrores sin nombre: hasta el punto de que ni los peores monstruos del apocalipsis podrían resultarle más repulsivos. No sabiendo a quién volverse, en su pánico murmuraba:

—Dios mío, Dios mío — como un niño, tapándose los ojos con las manos...

Y Dios se le mostraba según las oleografías del Sagrado Corazón y del Santo Obispo, que él, para no ofender a Santina, había dejado colgadas sobre la cama contentándose con taparlas con periódicos. A su llamada, las dos oleografías saltaban de sus sitios. Y aquel era Dios: un mozo insulso, rosado, con una barbita rubia, y un pedazo de asadura entre las manos; y un viejo atontado, con todos los arreos del poder instituido y de la autoridad.

—Si fueras de veras un santo — se dirige Davide a este—, no te vestirías de gran sacerdote, no llevarías galones y báculo...

Y aquí, por vigésima vez esa noche, se duerme. Y sueña; pero, como de costumbre, también en sueños perdura la conciencia de yacer en la cama, en su cuartucho. Se ha encaminado, entretanto, para satisfacer un deseo de estudiante, hacia una ciudad maravillosa, aprendida en los libros de historia, geografía y arte. En el sueño, esa ciudad tiene un nombre impreciso, y parece representar un emblema: una especie de síntesis social e igualitaria del trabajo, la hermandad, la poesía... Él ya conoce su imagen, contemplada en los textos. Pero, anda que te andarás, en lugar de esas famosas arquitecturas no encuentra sino enormes y sórdidas casas apiñadas hasta el horizonte, aún sin terminar de construir y ya marcadas por grietas en zigzag, como descargas eléctricas... Entre este revoltijo, las calles son una retícula atestada de chatarra y piedras, y recorrida por interminables filas de vagones sin aberturas, semejantes a esqueletos de reptiles. Se adentra con trabajo por las vías principales, en busca del rey. Orientarse le es difícil, también a causa del denso humo negruzco que sale de los vagones y las casas, acompañado por continuos silbidos de sirenas. Está claro que los edificios de la ciudad están destinados todos a oficinas y a burdeles. En efecto, se ven desde la calle los interiores iluminados por proyectores, pero el espectáculo es monótono, siempre igual. A un lado, hay largas filas de hombres con uniformes blanquecinos, encadenados unos a otros, y dedicados a soldar en cadenas, con las manos ensangrentadas, grandes eslabones de hierro; y al otro, mujeres semidesnudas, que hacen gestos obscenos, y tienen todas las piernas manchadas de sangre; «Solo la vista de la sangre excita a los clientes», le explica alguien, riendo. Y él reconoce sin más al rey, que, como ahora le parece haber sabido ya, no es sino el árbol maldito. Davide se lo encuentra ante sí: un tipejo con uniforme de oficial, que se contonea sobre una

plataforma de cemento (una especie de pista de baile) y ríe continuamente. Davide tendría varias informaciones que pedirle: «¿Qué habéis hecho de la revolución? ¿Por qué habéis degradado el trabajo? ¿Por qué habéis elegido la fealdad?», etcétera, pero, lleno de bochorno, se da cuenta de haberse tornado un escolar de pantalones cortos, conque las preguntas se le quedan a medias y solo logra decir «¿Por qué?...» en voz excesivamente alta. «Porque — le contesta sin embargo el otro, riendo— la belleza era un truco para hacernos creer en el paraíso, cuando es bien sabido que todos estamos condenados desde el nacimiento. Ya no caemos, en ciertas trampas. El conocimiento es el honor del hombre.» Y sigue riéndose en las barbas de Davide, sin parar de contonearse históricamente. «Esta — le explica— es la Upa-upa, la danza plana.» Y, diciendo esto, se aplana, de hecho, hasta desaparecer. Davide se encuentra mayor, como es en realidad, con pantalones largos y un jersey de verano; y a su alrededor hay una columnata de soberbia traza. En lugar de la pista, bajo él hay un prado fresquísimo, y en el mismo centro, delante de él, se alza un árbol húmedo de rocío, lleno de frutos y hojas. Se oye no muy lejos un rumor de agua y cantos de aves. «Eso es — dice Davide para sí— todo lo demás, lo había soñado. Esto, en cambio, es verdad.» Y decide, en prueba, dejar bajo el árbol uno de sus zapatos; así, al despertar y encontrarse con un pie descalzo, tendrá la certeza de que aquí no soñaba... En ese momento oyó voces alegres y familiares de chiquillos y chiquillas a coro, más allá de la maravillosa columnata, llamar: «¡Davide! ¡Davide!», y despertó sobresaltado. Las voces eran imaginarias; nadie, en realidad, lo llamaba. La lámpara se había quedado encendida, y él estaba tumbado en la cama deshecha, como antes. En los pies tenía los dos zapatos. Seguía siendo noche cerrada, pero él no podía saber qué hora era exactamente, pues por la noche había olvidado dar cuerda al reloj. En realidad, aunque su aventura

onírica resultaba en el recuerdo más bien larga y vasta, este intervalo de sueño no había durado más de tres minutos.

A partir de aquí, se inicia otra fase de aquella noche interminable. No veía ya ni abstracciones ni concreciones, sus sentidos yacían inactivos, pero su cerebro trabajaba interrumpida y febrilmente sobre ciertas elucubraciones y discusiones complicadas. No sabía si su estado era de vigilia o sueño, o si, más bien, ambos estados se alternaban. Le parecía razonar en torno a problemas universales de alta filosofía, y de repente advertía, en cambio, que se trataba de cuentas de la compra, listas de lavandería, cálculos sobre fechas o distancias, etcétera. Se reconcomía por no haber contestado al rey de la ciudad, y se le presentaba su respuesta, con retraso, clara: «Es falso eso que dices, es justo lo contrario. Dios es la real intimidad de todas las cosas existentes, que nos confían su secreto a través de la belleza. La belleza es el pudor de Dios...». Cuando hete aquí que, para demostrar ese principio, su cerebro se adentraba en una laboriosa disquisición sobre los octanos de la gasolina y sobre la gradación de las bebidas alcohólicas... La cuestión que se le planteaba ahora era la superioridad humana, consistente en el intelecto; y él debía demostrar a su compañero Ninnuzzu las diversas especies de violencia, y que la peor violencia contra el hombre era la degradación del intelecto. De ahí se pasaba a la distinción entre intelecto y sustancia, o bien Dios y naturaleza, que el cerebro de Davide, esta noche, atribuía a Hegel y a Marx, declarándola distinción maniquea, o sea impía, como por lo demás la ciencia ahora confirma. Y en este punto, quién sabe desde dónde, intervenía Bakunin, según el cual (eso aseguraba el cerebro de Davide) el arma atómica desintegraría también el intelecto... De donde la discusión proseguía con Ninnuzzu, salvo que actualmente concernía a los diversos tipos de metralletas y revólveres, y cuestiones de calibres y cálculos de tiro. De pronto Davide reprochaba a Ninnuzzu haber apresurado su propia muerte: «Total — parecía

rebatirle Ninnuzzu—, si uno no revienta *fast*, revienta *slow*. Para mí, lo de *slow* es una gilipollez». Y seguía una discusión confusa sobre bailes, con gran cantidad de términos americanos, españoles, portugueses, afrocubanos..., entremezclados con cotilleos sobre el sexo de las criollas... Semejantes temas y otros de toda clase se agolpaban y chocaban sin tregua en el cerebro de Davide, con una actividad complicada e inconexa: ora girando como ruedas, ora estallando como pompas. Y este ajetreo insulso, al cual no lograba sustraerse, le parecía una escandalosa humillación. Recordaba haber leído en alguna parte que en el futuro los científicos conseguirán que un cerebro humano separado del resto del cuerpo sobreviva indeterminadamente... Y se imaginaba que la lenta labor de esa masa nerviosa, aislada y sin relaciones posibles, debía de asemejarse a esto: un febril molido de residuos y desechos, atravesado de cuando en cuando por una reminiscencia iluminadora, la cual resplandecía tanto más dolorosa cuanto más pronto era molida con el resto. La peor angustia de tal condena se le dejaba sentir como humillación. Y aquí recordaba haber oído contar que en una institución de Turín se conservaba con vida una «criatura» hembra, cuyos órganos y miembros estaban en embrión, salvo la parte inferior del tronco y el aparato sexual. La palabra «humillación» le recordaba de pronto un sonido más horrible de cuantos había oído: el llanto del joven alemán mientras le pisoteaba la cara con la bota. Aquel sonido volvía con frecuencia a perseguirlo día y noche: una voz miserable, femenil, como la angustia implorante de la materia que se disuelve. «La mayor violencia contra el hombre es la degradación del intelecto»... Ahora en su cerebro, en un haz de luz, se ha presentado la G., sin pelo, con su bata de obrerita subida hasta los muslos, que se debate en tierra con las piernas abiertas. Después, nuevo cuadro, se ve pasar una carreta bamboleante, cargada de brazos y piernas de yeso parecidas a exvotos, de una blancura lívida y repulsiva; y le sucede el

viejo de la medallita, con dos cuernos en la cabeza como Moisés, quien dice echando una carta: «Aquí no hay nada que hacer, jovencito. No hay acción que al cometerla no te subleve la conciencia». Y ahora reaparece el camarada Ninnuzzu que ríe y dispara hacia todos los lados... Mas al poco rato, inesperada, comparece la foto de la tía Tildina, que luego se retuerce, asumiendo la fisonomía de Clemente... «Quiero dormir, quiero dormir», dice Davide. La imposibilidad de un sueño de veras, vicio, recreante, lo asalta como una nueva ley de hoy, promulgada contra él por especial decreto. Relampaguean muestras y vallas publicitarias: «Coca-Cola – La pausa que refresca», o bien: «Duerme en pluma – dormirás como un ángel». Advierte que está invocando a todas las divinidades conocidas: Cristo, Brahma, Buda, y hasta a Yahvé, que sin embargo le es antipático. Y en su desasosiego se entromete de continuo el consabido bazar de frases y palabras en revoltillo: «No quiero pensar, quiero dormir, el árbol maldito, buenas noches, la jeringuilla, el orinal, el toque de queda, intravenosa o por vía oral», y con creciente frecuencia la palabra «ordalía». Parece imposible, pero en tales vaniloquios de su cerebro Davide ha atravesado al menos un cuarto día de la rotación terrestre. Y al final ha vuelto a caer en otro de esos sueños sin evasión, que lo enviscan como en una liga, apenas superado el primer umbral de la inconsciencia. En este sueño, el árbol maldito (que esta vez es claramente él, Davide) no solo es un traidor a la revolución verdadera, un violento nato y un asesino, sino también un violador. En su cama hay una chiquilla virgen, flaquísima, como una tísica, con las tetas de la pubertad que apenas le brotan, cabellos largos ya canosos, con piernecitas blancas e infantiles y grandes pies plebeyos, y un grueso trasero, y él la viola. Después, en el momento de pagarle, advierte que tiene solo dinero inservible, probablemente monedas marroquíes. Ella no le riñe, solo las observa, con una sonrisilla apacible: «O no se puede gastar...», y entonces él la engaña,

diciéndole que son piezas de coleccionista, de gran valor en el mercado. Y se las tira encima, y las moneditas hacen un ruido como de ametralladora.

Con su estruendo irreal se ha despertado (ya asoma la luz del día) y se ha masturbado repetidamente, hasta la sangre. Espera que esto al menos lo ayude a dormir; pero, en cambio, aunque sumamente agotado, permanece aún semidespierto, en un estado de estupor y de vergüenza candente. En su cerebro, única, quién sabe por qué, vuelve a latir como en un reloj la palabra «ordalía». Se esfuerza por recordar su significado: y se trata, al parecer, de una especie de juicio divino, revelado a través de una prueba. En ese punto, cree entender que su ordalía sería renunciar a las drogas de todo tipo, incluido el alcohol, aceptando el privilegio terrible de la razón. Trabajar en algún oficio: obrero, bracero, escritor, explorador..., asumiendo en propia carne la experiencia de que materia e intelecto son una sola cosa, la cual es Dios... Entonces se ve a sí mismo caminar de nuevo sobre la tierra, ya sin el camarada Ninnuzzu, sin G., sin parientes ni amigos. Y toda la tierra, desde el Caribe a Siberia, desde la India a América, se le presenta igual que el paisaje de su primer sueño de esta noche: cadenas ensangrentadas, y él que va informándose sobre la revolución, y la gente que se le ríe en sus barbas («Aquí no hay ya acción, entre cuantas puedas cometer, que no deba sublevarte la conciencia»). Decide de todos modos que a partir de hoy comienza su ORDALÍA definitiva (¡No lo dejes para mañana!); sin embargo, se levanta tambaleante y va a la maletita donde conserva cierta provisión de drogas. Hay cápsulas de somnífero rojas y negras que llevan tiempo traicionándolo (dándole a lo sumo una caída en un sueño anormal, parecido a un desmayo, y dejándole en la boca un mal sabor indecente). Hay polvos, o pastillas excitantes para inyectarse en vena tras haberlas reducido a polvo (presumiblemente se sometió a esa operación para devolverse el esprint en el retrete de la taberna). Hay un resto de kif comprado a un marroquí, que le

proporcionó también una pipa especial. Hay, del mismo origen, una muestra de opio sin refinar, de un color ámbar oscuro, del tamaño de una nuez, etcétera. En los últimos tiempos, en verdad, le había entrado el capricho de transformarse en una especie de cobaya humano; y ahora ríe, inclinado sobre la maletita, pensando que, por justificarse de algún modo, había presumido, incluso, que estos experimentos en cuerpo vieran su ORDALÍA.

En la maletita hay también un cuaderno con algunos poemas suyos relativamente recientes, recuperados en su casa de Mantua. Trata de releerlos, pero las letras bailan ante sus ojos, las frases se retuercen, se alargan y contraen, triturándose en su cerebro, ya sin significado. «He aquí — se dice — la degradación del intelecto. Quizá ya haya enloquecido, me reduzco yo solo a la condición demente... ¡COMPRENDER, en cambio! ¡Es preciso COMPRENDER! El fin vital del hombre: comprender. La vía directa de la revolución: comprender.» Davide se dispone a una bravata suprema. Preparará en la silla de siempre, al lado de la cama, toda la parafernalia familiar de su medicina predilecta (su verdadera amiga, la de su iniciación en Nápoles: la quietud, la noche fantástica) e iniciará una competición de resistencia: está ahí, lista, y él no la tocará. Solo con verla, en verdad, siente un hambre impaciente, como un cachorro ante la mamá, de la perra. Pero esta es cabalmente la ORDALÍA.

En la silla, con manos trémulas, lo ha dispuesto todo: medicina, algodón, cerillas, jeringa, goma para el brazo. Y no los tocará. La competición ha comenzado. «Escribiremos poemas, escribiremos aún poemas, imprimiremos, publicaremos. Ahora hay libertad de prensa (aunque sea “libertad” burguesa...) y los judíos son ciudadanos como los demás»... De golpe ha decidido que, más tarde, saldrá e irá a comer; pero ante la mera idea advierte de inmediato una sensación de náusea, que desde el estómago le sube a la garganta. Se ha vuelto a tumbar, y le parece como si el colchón hormiguease

de insectos. En realidad, en el cuartito no hay insectos, pese al desorden y la porquería: se defiende de ellos, en efecto, con una profusión cotidiana y hasta salvaje de DDT, el potentísimo insecticida introducido con el final de la guerra por las tropas aliadas... Pero diríase que sus sentidos y su cerebro inventan todo tipo de bromas para impedirle reposar. El sol está ya altísimo, el día es muy caluroso, y él está, en efecto, todo cubierto de sudor, pero el sudor de su piel se hiela provocándole escalofríos que, mezclados con el imaginario hormigueo de insectos, lo llenan de repulsión. La enloquecida labor de su cerebro ha disminuido, pero al primer vislumbre de los umbrales abiertos de la conciencia él se retrae, lleno de recelo y angustia; y no hace sino dar vueltas y bostezar, con la zozobra del nuevo día que invade el mundo. En su cuartito, la lámpara eléctrica sigue aún encendida; y no es mucha, en verdad, la luz diurna que penetra por los cristales sucios del ventanuco, protegidos por la cortina. Pero hasta esa poca luz de fuera, señal de pleno día, le resulta excesiva y lo exaspera. Ahora la noche que, por lo menos, suspende los tratos y vacía las calles, cualquier noche. Y las voces familiares de todas las mañanas, desde el exterior, golpean sus sienes como una amenaza anónima.

—Mamá, mamá... — comienza a decir.

Pero hasta esas dos sílabas primordiales «ma-má» el destino, a él, se las ha devastado, con un desgarrón tan aberrante que ningún oráculo jamás podía presagiar otro parecido, en ningún nacimiento de hombre. De repente por el cuartito corre una noticia tumultuosa y delirante, como si ya toda la infancia del mundo estuviera devastada por toda la eternidad, y las criaturas violadas en sus nidos, por lo que le han hecho a la madre de Davide. Él, como un huerfanito, quisiera al menos un fantasma que lo arrullase para hacerlo dormir; mientras que su manía, puerilmente, se ha fijado sobre un recuerdo concreto, de más de un decenio antes.

A los trece años, Davide ya era muy alto, más que sus coetáneos, tanto que mereció vestirse «de hombre» antes de tiempo. Y en tal ocasión su madre, muy orgullosa, regresó de unas compras llevándole de regalo una adquisición personal: ¡una corbata! La había elegido ella misma en la tienda más elegante de Mantua, donde se surtían los jóvenes de la mejor sociedad... Y por su parte Davide, en aquella época, aún no había repudiado la costumbre burguesa de la corbata (tuvo después varias, compradas por él, llevándolas como un símbolo jactancioso...). Salvo que, esta en particular, no era de su agrado; por eso la miró de través y, desdeñándola, sin andarse con cumplidos dijo a su madre:

—¡Regálasela a algún otro! ¡A quien te parezca!

Ella pestañeó levemente, lanzó una sonrisita forzada y la recogió.

¡Esto es todo! Pero hoy, de quién sabe qué cavidad de la memoria, la insípida corbatita resucita ante él. La reconoce: de fondo celeste, con unos caprichosos dibujos de cachemira... Y la ve ondear por todo el globo, ¡entre fascios y cruces gamadas! De todas las partes de la tierra unas agudas líneas convergen hacia un punto: el asesinato de su madre. Y una de esas líneas innumerables proviene de la malhadada corbatita. ¿Quién sabe dónde habrá ido a parar? ¿Y cómo borrarla del espacio y el tiempo? Si él pudiese dormir, un largo sueño de veras de al menos diez horas, le parece que también esta perversa banderita se borraría, con las demás pesadillas; y él se sentiría capaz de afrontar un nuevo día.

Pero el sueño ya no viene, en ninguna forma. Culpa a la luz diurna y a las voces ajenas, y se desahoga emitiendo blasfemias y vulgaridades que caen sordamente en el cuartito, o asestando en el borde de la cama puñetazos debilitados. Toda la población del mundo es fascista, todos han asesinado a su madre, y uno de ellos es él. Finalmente, en sí mismo Davide odia a todos, y este es un mal nuevo, nunca experimentado antes. Su sentimiento más

profundo hacia los otros ha sido siempre la piedad (era ella la que lo volvía, por pudor, tan huraño), pero hoy, de repente, le crece una aversión vengativa contra todos. Las voces de fuera son de fascistas y enemigos, y a él lo han encerrado en un «búnker»; de un momento a otro podrían abrir la puerta de una patada, e irrumpir en su guarida, para cargarlo en sus camiones. Sabe perfectamente que el suyo es un delirio, que las voces y el griterío de fuera son solamente los chavales de siempre con sus partidos de fútbol, los pasos arrastrados de la dueña de su casa, el golpeteo de las persianas y de los bidones de basura... Pero es como si no lo supiese, no quisiera ni ventana ni puerta, quiere interrumpir toda comunicación... Un método aún posible quizá lo hubiera, listo en el asiento de la silla, solo por esta vez, al menos... Davide alargaba una mirada en esa dirección, y al punto la retiraba, negándose a la rendición cobarde. Pero, claramente, era demasiado difícil la ordalía que el muchacho había pretendido imponerse.

Así, desde el estallido del nuevo día solar, ha pasado aún otro cuarto de la rotación terrestre. Eran las dos de la tarde del lunes y el estado de Davide empeoraba. En cuanto a la cita con Useppe, no conservaba el menor rastro en su memoria, si alguna vez había sabido algo (estaba, de hecho, casi ausente en el momento que dijo: «Sí, mañana»). Puede también que en el curso de la noche dos ojitos azules hubieran relampagueado a veces aquí o allá, por su habitación; pero eran demasiado pequeños para importar algo.

Ese lunes, desde por la mañana, fue un día de grandísimo quehacer para Useppe y Bella. Conforme al plan establecido el día anterior, se levantaron más temprano de lo normal, y enseguida emprendieron la conocida caminata hacia el río, ansiosos de encontrarse con Scimó. Entre otras cosas, Useppe quería proponerle su idea de invitar a un amigo suyo (Davide) a la playita,

haciéndole partícipe exclusivo de su común secreto, ¡con la garantía de que Davide, seguro, no los traicionaría!

Al entrar en la cabaña, la encontraron en idéntico estado que el día anterior. El despertador seguía parado en las dos. Y el bañador todavía tirado en el mismo sitio sobre la yacija daba a entender que Scimó no estaba en ese momento (es un suponer) dándose un baño en los parajes. Más aún, ahora era casi evidente que no se había retirado a dormir en la cabaña, ni esta noche ni la noche antes. Pero Useppe, por instinto de defensa, huía incluso de la sospecha de su posible captura; y prefería creer que el prófugo se había demorado por las tardes en un cine maravilloso o una fantasmagórica pizzería, refugiándose por la noche en otros barrios ocultos..., y que sin duda hoy mismo, o mañana, regresaría a la cabaña.

Bella se declaró de la misma opinión; tras haber olisqueado un poco por allí alrededor, se sentó en la tierra con aire grave y resignado, que decía con claridad: «Inútil toda búsqueda. No está por esta zona». También ese día renunció a bañarse para no dejar solo a Useppe. El día era bochornoso, y los prados ya empezaban a amarillear; pero bajo la tienda de árboles la hierba seguía aún fresca, como en primavera. Pasaron muchos pajaritos, pero Bella, adormilada con el calor, no les hizo caso. Al final de la mañana, arriba en los árboles, comenzó un chirrido: a la primera cigarra de ayer la acompañaban ya otras nuevas, formando un concierto. Se podía prever la próxima llegada de una gran orquesta.

Tras haber esperado casi dos horas, renunciaron por ese día, a ver a Scimó, decidiendo regresar a buscarlo al día siguiente. Y con las campanadas del mediodía se encaminaron a casa. A lo largo de las orillas en calma, lisas y sin viento, se oían poquísimas voces diseminadas: en lunes (y con las escuelas aún sin cerrar), los bañistas eran escasos, y casi todos críos pequeños.

A las dos de la tarde, mientras Ida, según su costumbre, se tendía a reposar

en la cama, Useppe salió de nuevo con Bella, hacia la «cita» con Davide. Había cogido la famosa garrafa de vino (que de vez en cuando, a lo largo del recorrido, dejaba en el suelo un instante para descansar de la carga). Y por añadidura, por el camino, al disponer de las monedas que Ida le daba todos los días, se le ocurrió llevarle a su amigo algo de comer, junto con el vino. Y compró unas galletas gruesas y oscuras, que aún hoy se venden, si no me equivoco, con el nombre de *brutti-buoni* (feas-buenas). Por desgracia, las galletas, a granel y envueltas de mala manera para él por el tendero, a medio camino se le cayeron al suelo, quedando, además de feas, también rotas; «Pero siguen siendo buenas», ladró rápidamente Bella para consolar a Useppe, que las iba recogiendo, más bien preocupado.

Estábamos en vísperas del solsticio, pero el verano, bastante suave hasta ayer, de repente hoy parecía haber estallado con plena madurez, y esa hora era la más tórrida del día. Los vapores letárgicos de la siesta habían vaciado las calles, todas las ventanas mostraban los postigos cerrados y las persianas bajadas, hasta las radios callaban. Y la angosta agrupación de chabolas, junto a la casa de Davide, parecía una aldea africana despoblada. Las escasas hierbas que brotaban en primavera entre las piedras y las basuras, estaban ahora requemadas y comidas por el polvo; y de la basura ascendía el dulzón olor de la descomposición. La única voz que se oía, ya a cierta distancia, eran los ladridos felinos y solitarios del famoso Lupo que hoy, quizá en ausencia de sus dueños, estaba atado en el recinto de su chabola sin otro consuelo que la enteca sombra de la empalizada.

Useppe estaba bañado en sudor y jadeante; pero tan animado que esta vez, a pesar de su carga, precedió a Bella hacia el bajo. Enseguida, a los primeros golpes dados a la puerta, se oyó a Davide exclamar desde dentro:

—¿Quién es? — con voz ronca, amenazadora y casi temerosa.

—¡Somos nosotros! — contestó con presteza Useppe. Pero a esto no hubo

ninguna respuesta, salvo una especie de rezongo febril, aunque tan sordo e incierto que Useppe se quedó con las dudas de haberlo oído de veras.

—¡Soy yo! ¡Useppe! ¡Useppe y Bella! — Ninguna respuesta. Useppe se atrevió a dar otros golpecitos—: ¿Vvavide...? ¿Duermes o qué? Hemos venido... a la cita.

—¿Quién es? ¿Quién es? ¿¿¿Quién es???

—Somos nosotros, Vavide... Te hemos traído vino...

Esta vez se oyó en el cuartito una especie de exclamación confusa, interrumpida por una tos espasmódica. Davide quizá estaba muy enfermo... Dejando la jarra de vino en el suelo, delante de la puerta, Useppe dobló por la parte del ventanuco, seguido por Bella que acezaba, acalorada, a su lado.

—¡Vvavide!... ¡Vvavide!... ¡¡Ahóó!! ¡Vvavide!...

En el interior se oyó un movimiento y un estrépito de objetos tirados al pasar. El ventanuco se abrió. Detrás de la reja había aparecido Davide, como una visión irreconocible. Estaba torvo, trastornado, con el pelo en los ojos, de una lívida palidez manchada en los pómulos. Lanzó a Useppe una ojeada sin luz, cegada por la furia, y le gritó con una voz brutal, extraña, absolutamente transfigurada.

—¡Lárgate, niño idiota, con tu perrucho!

Useppe no oyó más. El ventanuco se había cerrado. La tierra no tembló en ese momento, seguro; pero Useppe tuvo la misma exacta sensación de un terremoto que brotaba del centro del universo. Las *brutti-buoni* se le cayeron del puño y empezaron a revolotear alrededor dentro de un remolino de polvareda negra, con las basuras, y las empalizadas derruidas, y las paredes, entre un trueno de ladridos que se perseguían sin fin. Al cabo de un instante echó a correr, buscando amparo en el camino de casa.

—¡Cuidado! — le suplicaba Bella, que galopaba muy cerca, arrastrando la

correa—, ¡espera antes de cruzar! ¿No ves el tranvía? ¡Pasa un camión! ¡Ojo! ¡Ahí hay unas vigas! ¡Ahí chocarás contra la pared!...

Llegados a lo alto de la escalera de casa, el niño chorreaba de pies a cabeza, como si emergiese de la crecida de un torrente; y no logrando alcanzar el timbre empezó a quejarse:

—¡Ay, ma..., ay, ma!... — con voz tan pobre que semejaba un gañido.

Bella acudió en su ayuda, alzando fuertes llamadas; y cuando Ida, alarmada, corrió a la puerta, Useppe se refugió en su pecho sin dejar de quejarse:

—¡Ay, ma..., ay, ma!... — pero sin darle explicaciones, e incapaz de hallar respuesta a sus preguntas ansiosas.

Evitaba volverse hacia atrás, y sus ojos inquietos y atónitos no miraban a nada. Con las caricias, sin embargo, se serenó un poco, e Ida prefirió no insistir demasiado en sus preguntas. Buena parte de la tarde el niño anduvo colgado de sus faldas, estremeciéndose ante cualquier ruido más fuerte de la calle o de los patios. Por fin Ida, con suma dulzura, lo interrogó una vez más sobre la causa de su espanto, y él primero farfulló unas frases convulsas, meros pretextos, sobre un camión «grande, grande» que ha aplastado a un niño, y «se prende fuego» y sobre ciertas aguas «grandes, oscuras»; pero luego de pronto prorrumpió, rabioso:

—Tú te lo sabes, ¡ay, ma! ¡Tú te lo sabes!... —Y le dio un puñetazo, rompiendo en un llanto desgarrador.

Hacia las cinco, el ponentino trajo un poco de respiro. Useppe se había acurrucado en el suelo de la cocina pegado a Bella, e Ida lo oyó reír porque esta le hacía cosquillas, lamiéndole las orejas y el cuello. El sonido de las risitas alivió un tanto la angustia de Ida; pero después la velada no se pareció a las otras del buen tiempo, cuando Useppe regresaba de sus grandes excursiones con Bella lleno de hambre y de charlas, presumiendo de su

famosa «selva» allá junto al río, y de ciertos «amigos» suyos... Esta noche no decía nada, como enajenado o entontecido, y de vez en cuando volvía los ojos de su madre a Bella como si buscara ayuda o debiese hacerse perdonar no se sabe cuál vergüenza... Con trabajo, y metiéndoselas en la boca como a un crío pequeño, Ida consiguió hacerle tragar unas galletas mojadas en leche. Pero de repente, con gesto furioso, él derribó el tazón sobre la mesa.

Con la oscuridad había vuelto el bochorno. Durante la noche, Useppe tuvo un ataque. Despertada por un ligero pataleo en el dormitorio, Ida encontró a su lado la cama vacía, y a la luz de la lámpara vio al niño que caminaba, embebido y pasmado, en dirección a la pared. Un instante antes de su grito, Bella (a la que a veces Ida, a causa de sus viejos prejuicios domésticos, echaba de la alcoba por la noche) irrumpió allí, desfondando casi la puerta con el peso del cuerpo. Y, como enloquecida, se puso a lamer las piernecitas desnudas de Useppe, extendidas e inmóviles después de la convulsión. Esta vez la duración del ataque fue bastante más larga de lo normal. Pasaron unos minutos (y ya se sabe que cada fracción de tiempo, en ciertos casos, se dilata a enormidades no mensurables) antes de que la pequeña y celestial sonrisa del retorno se dibujase en el rostro de Useppe. Y asimismo el sueño, que siempre seguía a sus crisis, se prolongó esta vez más de lo corriente. Salvo breves intervalos, Useppe se pasó durmiendo todo el resto de la noche de ese lunes feroz, y también el día y la noche siguientes, hasta la mañana del miércoles. Entretanto, allá en el Portuense, se había cumplido el destino de Davide Segre.

En realidad, cuando Useppe lo vio aparecer por el ventanuco el lunes por la tarde, puede decirse que Davide ya había entrado en la agonía. Ahora su presunta ordalía estaba a punto de resolverse con la última y vergonzosa rendición. Al atardecer, alguien reparó en unos lamentos en el cuartucho, aunque sin hacer gran caso, porque no era una novedad oír allí dentro a aquel

cerril muchacho dar voces, o prorrumpir en improperios, o a lo mejor en carcajadas, incluso estando solo. Las primeras sospechas comenzaron a la mañana siguiente, cuando se observó que la bombilla, dentro, seguía encendida, y que él no respondía a las llamadas, mientras que una botella de vino, sin duda de su propiedad, se encontraba allí en el suelo detrás de la puerta cerrada, donde la habían visto desde ayer (más aún, algún mocoso de la pandilla local propuso apoderarse de ella, aunque los contuvo el canguelo, pues los vecinos tenían a Davide por un tipo duro). Hacia cierta hora, el hijo de la dueña de la casa se decidió a forzar con un hierro, desde el exterior, el cierre de la ventana, empresa muy fácil. Y entonces, apartando la cortina, descubrieron a Davide dormido en la cama, abrazado a un cojín, y medio boca arriba en una actitud indefensa, que extrañamente lo hacía parecer más frágil, y hasta de menor estatura. La cara no se le veía. Y como, llamado y vuelto a llamar, no daba respuesta, se resolvieron a derribar la puerta.

Cuando lo encontraron aún respiraba, aunque imperceptiblemente. Pero en cuanto fueron a levantarlo, emitió un pequeño suspiro pueril, casi tierno, y su respiración cesó.

Lo había matado, evidentemente una sobredosis, pero quizá su voluntad, al inyectársela, no había sido, propiamente, morir. El muchacho había cogido demasiado miedo y demasiado frío; y tenía ganas solamente de una dormida que lo curase. Una dormida profunda, profunda, bajo el ínfimo umbral del frío, y del miedo, y de todo remordimiento o vergüenza, como el letargo de un erizo o la nana prenatal de una criatura en el útero de la madre... Y al margen de tales ganas de dormir pudo haber también unas ganas de despertarse, a lo mejor, más tarde. Pero el despertar, en estos casos, lo deja uno al azar y a la ventura: un hipotético punto estelar, que mientras tanto se va alejando de la tierra a una distancia de siglos luz...

Mi opinión es que Davide Segre, por naturaleza, amaba demasiado la vida

para deshacerse conscientemente de ella de un día para otro. De todos modos, él «no dejó ninguna explicación de su gesto».

De esta hazaña final de Davide ni Useppe, ni Ida ni Bella tuvieron nunca noticia. Después de despertar del ataque de la noche del lunes, Useppe, como solía hacer en ciertos casos, no volvió a pronunciar el nombre de Davide (salvo quizá una vez, con Bella) e Ida respetó ese silencio, aun sin conocer en absoluto sus motivos. Ni siquiera advirtió que la famosa botella de vino, reservada para el gran Davide, había desaparecido de su sitio.

Tras la canícula de los días anteriores, el cielo se había cubierto, y desde el miércoles hasta el domingo el tiempo se mantuvo encapotado y lluvioso; pero Useppe, por otra parte, no mostró el menor deseo de salir. Después de este último ataque ya no parecía el mismo de antes. Sus ojos se habían velado tras una especie de niebla que semejaba envolverlo todo alrededor, confundiéndole el tiempo y el espacio: llamaba al mañana «ayer», y viceversa, y deambulaba por las habitacioncitas de la casa cual si anduviese por una gran llanura sin paredes, o caminase sobre el agua. Estas, quizá, al menos en parte, eran las consecuencias del Gardenal que Ida, en los últimos días, había vuelto a suministrarle a escondidas. Desde hacía unos meses, en efecto, Useppe, que en otros tiempos se había mostrado tan dócil a los remedios empezó a rechazarlos furioso, de modo que Ida se veía obligada a hacérselos tragar alevosamente, camuflados y mezclados con dulces y bebidas ricas. Pero cada vez le parecía insultar con este engaño a su hijo, y reducirlo, ni más o menos que cuando lo encarcelaba en casa. Y como

Useppe, después de sus correrías con Bella por las noches disfrutaba casi siempre de un buen sueño natural y despertaba activo y vivaracho, ella, ilusa de nuevo, le había espaciado y casi interrumpido el tratamiento; conque por entonces se acusaba de la recaída, por no haber seguido las prescripciones del profesor.

Regresar al policlínico de este la espantaba en exceso; más aún, con solo pensarlo, la invadía una repugnancia supersticiosa. Pero ese mismo jueves, en cuanto Useppe le pareció en condiciones de moverse, se presentaron juntos a la doctora. Esta, como era de esperar, regañó a Ida por no haber seguido puntualmente las instrucciones del profesor Marchionni. Mas al notar que Useppe, tan vivo otras veces, hoy se estaba inmóvil y respondía con disparates a sus preguntas, como bajo el efecto de un fuerte estupefaciente, frunció aún más el ceño. Y aconsejó a Ida suministrarle, regularmente, el Gardenal, sí, aunque disminuyendo las dosis para evitarle el riesgo de astenia y depresión; y, además, convendría someterlo de nuevo al EEG... Esta sigla, pronunciada por la doctora, estremeció simultáneamente a madre e hijo; y la señorita, mirando a la una y el otro, meneó la cabeza con expresión casi feroz:

—Por lo demás — observó con tono escéptico—, el EEG, en el «período intermedio», realmente explica poco o nada...

En realidad pensaba que quizá ninguna ciencia podía valer en la enfermedad de Useppe, y casi tenía la sensación de estafar a la madre y el niño con sus sugerencias terapéuticas. Lo que más la inquietaba en el niño era la expresión de sus ojos.

En ese momento, viéndolo, pese a su palidez, un poco bronceado, preguntó a la madre si lo había mandado a la playa; e Ida, ruborizándose, le confió en secreto que le preparaba una sorpresa para este año: hacía bastante tiempo que estaba ahorrando para llevarlo a la playa o al campo, en los próximos

meses de julio y agosto. La doctora le aconsejó el campo, mejor las colinas, porque el mar podría poner al niño más nervioso, dado su estado. Después de pronto también ella, como la madre, vete a saber por qué, se puso muy colorada, y empezó a decir que quizá los trastornos actuales de Useppe se debieran al probable inicio de la segunda dentición... Pasado este período, el niño volvería a estar normal..., etcétera.

En conclusión, pese a los habituales malos modos de la doctora, Ida salió de la consulta con el corazón abierto a la esperanza. Ya mientras bajaban en el ascensor, animándose, no pudo contenerse y reveló por fin a Useppe la sorpresa que le preparaba para entrado el verano; pero Useppe, que siempre había soñado con el «veraneo» como un mito fantástico reservado a otros, la miró con sus ojos desmesurados sin decir nada, como si ni siquiera hubiera entendido la frase. Ida creyó, no obstante, sentir palpar su manecita en la propia; y eso bastó para inspirarle confianza.

Mientras tanto la doctora, asomada a la ventana de su consulta, vio a la parejita asomar por el portal. Y la visión de aquella mujercita temblorosa y casi saltarina, que aparentaba veinte años más de su edad, y de aquel crío que, por el contrario, con cerca de seis años aparentaba menos de cuatro, le hizo pensar de improviso, con una especie de cruda certeza: «Ahí tienes dos criaturas a quienes les queda poca vida...». Aunque sobre una de las dos, en realidad, se equivocaba.

El sábado, nuestra doctora recibió un telefonazo de Ida. Con su vocecita ya de vieja, tímida, y que siempre parecía temerosa de molestar, la madre la informaba de que, desde ayer, la dosis de la medicina de siempre, aunque reducida, en vez de calmar al niño, semejaba inquietarlo extrañamente. Poco después de tomarla, el niño empezaba a ponerse nervioso, y también su sueño había sido más bien agitado por la noche, interrumpido a menudo, y sensible

al menor ruido. A Ida le pareció que la voz de la señorita, al contestarle, sonaba turbada y más bien insegura. Le aconsejaba fraccionar aún más la dosis diaria, reduciéndola al mínimo; y darle noticias, de todos modos, el mismo lunes. Más aún, la doctora propuso bruscamente a Ida consultar juntas al profesor, si la situación lo aconsejaba; ella misma los acompañaría al policlínico, a madre e hijo, en cuanto el profesor pudiera recibirlos..., aunque, lo más pronto, a primeros de semana... Ida acogió tal propuesta con increíble gratitud. Quién sabe por qué, le parecía que la presencia de aquella solterona bastase para despojar al profesor del hielo oficial e insidioso que lo revestía a sus ojos como un uniforme, y tanto miedo le daba... Pero al mismo tiempo, mientras la señorita le proponía esta visita urgente, tuvo de pronto la sensación física de verla, al otro lado del teléfono: con su bata blanca no abotonada del todo, su pelo liso recogido en un moño del que escapaban mechones, sus grandes ojos con ojeras, francos e impetuosos, que actualmente semejaban incubir no se sabe qué oscuro diagnóstico... No se atrevió a pedirle ninguna explicación sobre este punto, aunque le pareció que la señorita, por su parte, callaba por piedad. Y, aun más curiosamente, le pareció reconocer en ella, quién sabe por qué, un doble parentesco: con Nora, su madre, y, a un tiempo, con la gata Rossella. Habría querido abrazarse muy fuerte a aquella solterona como a una madre o una abuela propias y decirle: «¡Socorro! ¡Estoy sola!». Y en cambio balbució:

—Gracias... Gracias...

—¡De nada! ¡De nada! ¡De acuerdo, entonces! — la despidió rabiosamente la doctora. Y la rápida comunicación concluyó.

La doctora, en realidad, no habría sabido explicarse qué leyó aquel jueves en la mirada de Useppe. Fue como la lectura de una palabra exótica, y que sin embargo significaba algo inexplicable y ya remoto. El caso es que aquellos ojitos (conscientes sin saberlo) decían a todos, simplemente, «adiós».

Y entonces a alguien le parecerá inútil contar ahora el resto de la vida de Useppe, que duró poco más de dos días, sabiendo ya el final. Pero a mí no me parece inútil. Todas las vidas, en verdad, tienen el mismo final: y dos días, en la pequeña pasión de un mocosuelo como Useppe, no valen menos que unos años. Déjenme, pues, quedarme un poco más en compañía de mi mocosuelo, antes de regresar sola al siglo de los otros.

El año escolar tocaba a su fin, pero a los maestros les restaban diversas tareas incluso después de terminadas las clases. E Ida, siempre asaltada por la sospecha de perder su empleo por incapacidad, también esos días se dirigía puntualmente a la escuela todas las mañanas, tras haber hecho la compra en cuanto abrían las tiendas. Normalmente la reducción estacional del trabajo la dejaba libre antes que de ordinario (de modo que a su regreso Useppe llevaba poco tiempo despierto); o, si no, corría al teléfono de secretaría para oír al menos su voz que decía:

—¡Diga! ¿Quién está al aparato?

Esas mañanas, casi agradecía el mal tiempo que, unido a la desgana de Useppe, le evitaba el gesto odioso de echar el cerrojo a la puerta. Estaba claro que Useppe, en su presente estado, no tenía permitidas las salidas; pero ella no se atrevía a formularle con palabras tal prohibición, que debía de sonarle como una condena. De forma que entre ellos, esos días, existía una mutua inteligencia; y por lo demás Useppe, por su cuenta, parecía hasta atemorizado de asomarse fuera de la puerta; tanto que en el nada largo trayecto hasta el consultorio de la doctora, ella había debido llevarlo muy pegado y lo había sentido temblar.

Unas tres veces al día, Bella salía sola a hacer sus necesidades en la calle. Y Useppe, ansioso, se ponía de guardia en la ventana de la cocina para esperarla. Ahora bien, la espera no duraba mucho, porque la pastora se las

apañaba muy bien, resistiendo a las diversas tentaciones callejeras; y en el mismo momento en que la veía asomar por el patio, él corría a la puerta del vestíbulo, pálido de emoción, cual si regresase de quién sabe qué inmensa expedición.

Ya el viernes, después de que Ida le redujo las dosis del sedante, su cuerpecillo había recobrado un poco de color y movimiento, deshaciéndose de las brumas que lo oprimían hasta ayer. Más aún, en sus rasgos y su piel palpitaba ahora una sensibilidad continua, tal que casi se la veía, en torno a él, como una minúscula zona de aire removido. Sus rasgos y colores quedaban tiernamente difuminados, y su voz sonaba más frágil, aunque más argentina. De vez en cuando lanzaba sonrisillas alegres y llenas de asombro, como un convaleciente tras una enfermedad muy larga. Y estaba más deseoso de caricias que nunca, no despegándose de Ida, con los ademanes de un gatito o de un seductor enamorado. Le cogía la mano y se la pasaba por la carita, o bien le besaba el traje, repitiéndole:

—Me quieres, ¿eh, ma?

Ida recomenzó a hablarle de su próxima marcha al campo. Había pedido informaciones a una colega, y esta le recomendó una estancia en Vico, un pueblo no muy lejos de Roma, fresco y lleno de bellísimos bosques. Se encontraban habitaciones de alquiler a buen precio, y a poca distancia había un lago, y cría de caballos.

—¡Pero Bella vendrá también! — dijo Useppe, preocupado.

—Claro — se apresuró a tranquilizarlo Ida—, iremos los tres, ¡en el autobús de los cazadores!

Él se iluminó. Después, con la confusión de tiempos que le sobrevinía por aquellos días, al cabo de un rato empezó a hablar de Vico en pasado, como de una estancia remota.

—Cuando estábamos en Vico — dijo con cierta animación sentenciosa—,

¡Bella jugaba con las ovejas y corría detrás de los caballos hasta el mar! — No podía convencerse de que en Vico no hubiera, entre otras cosas, también mar: semejante «veraneo» sin mar no le parecía un caso posible—: ¡Y allí había lobos! — precisó. Y rió, contento; pero su contento tenía ya un aroma de leyenda. Pareció de pronto como si en sus confusos presagios Vico se hubiera convertido en una meta inalcanzable, más allá de los siete océanos y de las siete montañas.

Es difícil decir cuál era en esas horas el alcance de su memoria. Quizá los últimos acontecimientos antes del ataque; y de Davide, y Scimó, y de su suerte, asomaba a duras penas un sentimiento impreciso, protegido por la penumbra. El domingo por la mañana (era el último domingo de junio) cogió sus papeles y sus lápices y se puso a dibujar. Declaró que quería dibujar la nieve, y se extrañó porque no le bastaban los colores de los lápices.

—¿Te acuerdas de cuando nevó? — le dijo Ida— Todo estaba blanco...

Pero a él le indignó la ignorancia de Ida.

—La nieve — dijo— ¡tiene muchos colores! Muchos, muchos, muchos, muchos — siguió repitiendo una y otra vez, con tono de cantinela.

Después, dejando el tema de la nieve, se empeñó en dibujar una escena que a sus ojos, evidentemente, se presentaba muy movida y variada, pues su cara acompañaba el trabajo con las expresiones más diversas: ora sonriendo, ora enfurruñándose y amenazando, ora mordiéndose la lengua. Aquel dibujo se quedó luego en la cocina, pero, para una mirada profana, resultaría una maraña de perfiles irreconocibles.

En ese momento, el toque del mediodía, seguido por el acostumbrado y gran repique, perturbó a Useppe en exceso, e incomprensiblemente. Sin preocuparse más por el dibujo corrió hacia su madre y, aferrándose a ella, dijo, con tono inseguro:

—... ¿Hoy es domingo?

—Sí, es domingo — le contestó Ida, contenta de oír que de nuevo reconocía los días—. Ya ves, no he ido a la escuela, y para la comida te he comprado también buñuelos...

—¡Pero yo no salo, no salo!, ¿eh, ma? — casi gritó, alarmado.

—No — lo tranquilizó Ida—, te quedas aquí conmigo, no tengas miedo...

Fue inmediatamente después de comer cuando el tiempo, ya cubierto hacía varios días, se arregló con gozosa turbulencia. Ida, como de costumbre, había ido a tenderse un rato en la cama, y desde allí, en el primer sopor, oyó unos ruidos en la entrada.

—¿Quién es? — preguntó casi en sueños.

—Es Bella — contestó Useppe—, que quiere salir.

En efecto, Bella, como solía hacer más o menos a esas horas, había dado la señal de su segunda salida reglamentaria, arañando la puerta del vestíbulo con expresivos gañidos. La escena se había convertido en habitual en los últimos días y Useppe parecía jactarse de acompañar a Bella al marchar y de esperarla al regreso. Ida, sin recelar nada, se sumió en su pesado sueño posmeridiano; mientras Useppe, allí en el vestíbulo, permanecía incierto junto a la puerta entornada, sin decidirse a cerrarla detrás de Bella. Tenía la sensación, en efecto, de haber olvidado algo, o de esperar algo, no sabía qué. Salió entonces al rellano, aturdido, y cerró la puerta a sus espaldas. Llevaba consigo, en las manos, la correa de Bella, que con gesto inconsciente, al pasar por el vestíbulo, había cogido del perchero, donde normalmente estaba colgada.

Por la ventanita de la escalera que daba al rellano irrumpía el fresco viento del cielo, que iba persiguiendo las nubes como si fuera un caballito retozón. A Useppe le entraron repentinas palpitaciones: no por la infracción (de la cual no se dio cuenta en absoluto), ¡sino por el placer de vivir! De pronto su memoria adormecida resurgió para saludarlo en el aire, aunque vuelta al

revés, como una banderola contra el viento. Sin duda era domingo: aunque no precisamente este domingo, otro antecedente, quizá, el de ocho días antes... Por la tarde, con sol, era justamente la hora de ir con Bella a la tienda de árboles... Bella lo había precedido a la carrera, y él, murmurando palabritas confusas, empezó a su vez a bajar la escalera. Así partió Useppe para su penúltima hazaña (de la última, ocurrida al día siguiente, no me atrevo a imaginar cuál fue la partida).

La vieja portera dormía la siesta en su cuchitril, sentada con la cabeza entre los brazos. Bella y Useppe se encontraron enseguida al salir del portal, donde Useppe le enganchó el collar al cuello, según sus reglas. Ya se sabe que Bella a menudo volvía a portarse como una cachorra; y, por otra parte, aunque tenía un reloj en la cabeza, no tenía, en cambio, ningún calendario. Acogió a Useppe con un bailoteo festivo y natural, concordando inmediatamente con él que esta era la hora de ir a la tienda de árboles; y que allí, en aquellos parajes, estaban citados, quizá desde ayer o anteayer, con su amigo Scimó. ¡Diríase que también Bella, con su fervoroso contento, contaba con la presencia de Scimó en el sitio de siempre! Aunque también es sabido, por lo demás, que en ella la ignorancia paleta alternaba a menudo con una gran sabiduría: ¿y quién sabe si esa sabiduría no le sugería hoy secundar a Useppe en los juegos defensivos de su memoria?... Fue, en cualquier caso, como si para el uno y la otra la tétrica semana recién concluida se hubiera borrado provisionalmente de los días.

Las nubes rotas y perseguidas corrían a la deriva en la avanzada de un viento refrescante que semejaba abrir de par en par calles y avenidas. Era como si a su paso se abrieran puertas inmensas, batiendo por todo el espacio y hasta más allá del cielo. No siempre las nubes oscurecen el cielo: a veces lo iluminan, depende de su movimiento y de su peso. La zona del sol estaba totalmente despejada, y su reverberación excavaba en las nubes más cercanas

precipicios y grutas de luz, que después se rompían sacudidos por nuevas oleadas, cuyo fragor resplandeciente oía Useppe. Entonces los rayos se redoblaban, o se fragmentaban en muchas astillas; y en sus choques, las rocas erráticas dejaban aparecer, al encenderse, galerías sombrías o empavesadas de luminarias, camaretas interiores llameantes de velitas, o ventanas azules, que se abrían y cerraban. Como siempre a esa hora, las calles estaban semivacías, y el paso de los escasos vehículos y las pisadas de la gente semejaban soplos. No es raro que en ciertas criaturas debilitadas y enervadas los sedantes surtan, en especial en dosis reducidas, un efecto excitante, como el de los alcohólicos. Y el pequeño Useppe estaba en un estado de embriaguez vívido y refrescante, como una ramita arrancada que busca un baño de agua. Su conciencia y sus recuerdos se iban reanimando a lo largo del camino, aunque solo en parte. La naturaleza semejaba disponerle la orientación en el tiempo y el espacio no al azar, sino conforme a una intención. Y así, la última semana permanecía aún protegida por una pantalla de sombra; y el recuerdo de Davide, que fugazmente volvía a visitarlo, se remontaba a un Davide de antes del último lunes. Tal recuerdo, no obstante, le producía una oscura sensación de desgarramiento; pero inmediatamente la naturaleza procedía a cerrar esa herida. Charlando con Bella, por el camino, aludió inseguro al menos un par de veces a cierta cita ya fijada con Vavide... Pero rápidamente Bella, de acuerdo con la naturaleza, le dijo:

—¡No! ¡No! ¡No tenemos una cita con ese tipo!

Parece que una vez él, enojándose y escrutándola receloso, insistió, terco:

—¡Sí y sí! ¿No lo sabes? ¡Tenemos una cita!

Pero entonces Bella se puso a bailar, cantándole en todos los tonos: «¡Ahora vamos donde Scimó! ¡Vamos donde Scimó!», como las nodrizas, cuando dicen a los niños para distraerlos: «¡Mira! ¡Mira un gato que vuela!», y mientras tanto aprovechan para hacerles tragar otra cucharada.

Cuando llegaron a la orilla del río, las nubes se congregaban al fondo del horizonte, como una larga cadena de montañas en torno al cielo límpido y radiante. El terreno aún no había tenido tiempo de secarse, tras las lluvias de los días pasados, y hasta el agua del río seguía enturbiada, y toda la orilla estaba desierta. Al ver el agua, Ueseppe se retrajo instintivamente hacia la colina; después, caminando, volvió a oír la promesa de Scimó, de enseñarle a nadar, y, al mismo tiempo, la advertencia de que el domingo la primera sesión de cine comenzaba a las tres. Quizá ya se había hecho tarde para ver a Scimó; también Bella le confirmó esta previsión, sin duda eran ya las tres pasadas... Mientras se acercaban a la cabaña, Ueseppe ya había perdido la esperanza de encontrar hoy a su amigo.

Al primer vistazo al interior de la cabaña vieron que alguien, en ausencia de Scimó, debía de haberla visitado, saqueándola y dejándola en desorden.

—¡Los piratas! — exclamó Ueseppe, con enorme agitación.

El contenido del colchón, incluido el «uniforme de camuflaje», estaba desparramado por el suelo, junto a la funda deshinchada; y tanto el despertador como la linterna de pilas habían desaparecido. El cabo de vela, en cambio, seguía en su sitio sobre la piedra; y además comprobaron que, por fortuna, también los principales tesoros, guardados en el colchón, estaban a salvo. Ante todo, la famosa medalla de la Vuelta, en buen estado, aunque sin su doble envoltorio, que por lo demás Ueseppe encontró enseguida allí entre los trapos. ¡Y también la hebilla de brillantes, y hasta el peinecito de colores! Ueseppe conservaba en la memoria una lista precisa de estos bienes. Lo único que faltaba, vete a saber por qué, era el (medio) limpiacristales. Faltaban también las latas de Simmenthal, etcétera, aunque estas, verosímilmente, podía habérselas comido en el intervalo el propio Scimó.

Olisqueando por allí, con su finísimo olfato de detective, Bella excluyó decididamente la hipótesis de los piratas. Por el olor, se trataba de un único

individuo, entrado quizá a resguardarse de la lluvia pues, entre otras cosas, apestaba a humedad. Otros olores reconocibles: a oveja, y a vejez. Debía de tratarse, pues, de un viejo pastor; y de alguien, claramente, con la cabeza pelada, dado que no se había preocupado de coger el peinecito.

Aunque enfurruñado, Useppe lanzó una fútil sonrisa de alivio: un viejecito así no resultaba demasiado peligroso. Y, por lo demás, ¡la famosa banda de piratas no se contentaría con unos robos de nada, en sus tremendas correrías! ¡Useppe no había olvidado nunca la lista de sus fechorías, como se las había enumerado Scimó! Se entregó con esmero a ordenar las propiedades de este, tiradas en revoltillo por la tierra: envolvió en su doble paquete la medalla de la Vuelta, tras haberla abrigado como pudo con un borde del jersey, y la metió con el mono de camuflaje y las demás cosas en la funda del colchón. Entre otras cosas, cayó en sus manos también el bañador, mal secado y acartonado por la humedad. Y entonces de repente una sospecha (rechazada hasta ahora de sus pensamientos) lo atravesó como un sabor amargo: esta era una cabaña deshabitada, Scimó ya no dormía aquí... Pero en ese instante, Bella, muy atareada olfateando el colchón, sentenció con el tono importante de un inspector jefe:

— ¡Olor recientísimo a Scimó! ¡Se remonta a no más de tres horas! ¡Nuestro amigo ha dormido aquí hasta mediodía!

La realidad, por desgracia, era distinta; conque, o el olfato de Bella la engañaba esta vez (como puede ocurrirle a cualquier detective, por eximio que sea) o bien era un bluf, o bien mentía descaradamente, habiendo adivinado las sospechas de Useppe. Tampoco esta vez es imposible ese caso: los animales, como todos los parias, están a veces inspirados por un genio casi divino... De todos modos, su sentencia bastó para tranquilizar a Useppe, quien enseguida rio consolado.

Se decidió que hoy Bella estaría alerta, como una guardiana antirrobo,

contra cualquier posible atentado a la propiedad de Scimó. Mientras tanto, ordenada la cabaña, los dos fueron juntos a la tienda de árboles. La bóveda del aire se había puesto, ahora, toda radiante y límpida, hasta el último horizonte; y Useppe, tras encaramarse sin esfuerzo a su rama de siempre, tuvo la sorpresa de oír muchas vocecitas de pájaros que cantaban la conocida cancioncilla: «Es una broma, una broma, todo una broma», etcétera... Lo raro es que el cuerpo de canto no se veía; y también sus voces, aunque a coro, sonaban casi imperceptibles, era como si le silbaran la canción al oído, pretendiendo hacerse oír solo por él. Confuso, Useppe exploraba con los ojos el prado, abajo, y a lo largo de los troncos; y después miraba hacia lo alto. Pero abajo estaba solo Bella olfateando el aire, y en lo alto se veían solo bandadas de golondrinas, que escapaban en silencio. Al final, como sucede a veces cuando se mira largamente una imagen, su mirada vio el cielo reflejar la tierra: algo parecido a su sueño del sábado anterior, aunque a la inversa. Y como entonces se había olvidado de aquel sueño, el espectáculo le provocaba un doble estupor: la presencia actual, y la reminiscencia inconsciente. Creo que por dentro obraban también ciertos términos científicos misteriosos para él, que le había oído a Davide el domingo anterior: «Selvas pluviales, y... nebulosas, no, nebulares, y semisumergidas...», porque, reflejada en el cielo, la tierra ahora le parecía toda una maravillosa vegetación acuática, poblada por animales salvajes que retozaban por doquier, nadando o saltando entre las ramas. En lontananza, esos animales se mostraban casi pequeños, semejantes a esos pececitos y pájaros casi microscópicos que venden en las ferias dentro de jaulitas o vasitos de cristal; pero a medida que sus pupilas se habituaban, Useppe reconocía en sus personas muchas especies de Ninucce y sobrinos de Scimó, más o menos como en su olvidado sueño. Y todos ellos, en verdad, no emitían sonidos, o al menos la distancia no permitía oírlos; pero, como ciertos mimos orientales, hablaban con el movimiento de los cuerpos, y su

lenguaje no era difícil. No es seguro que dijeran exactamente: «Es una broma, una broma, todo una broma». Pero sin duda el concepto era ese.

El espectáculo regocijaba a Useppe como un cosquilleo divino; y en el mismo momento en que se desvanecía, Useppe inventó la siguiente poesía:

*El sol es como un árbol grande
que dentro tiene nidos.
Y suena como una cigarra macho y como el mar
y juega con la sombra como una gata pequeña.*

Al oír la palabra «gata» Bella irguió las orejas y lanzó un ladrido humorístico, interrumpiendo la poesía. Esta, que yo sepa, fue la última poesía de Useppe.

Después de una visión o un espejismo, las dimensiones reales de los fenómenos pueden tardar en ajustarse. Sucede, durante un intervalo, que los sentidos, y en especial la vista y el oído, dilatan los efectos externos en medida anormal. De pronto, un terrible fragor de voces retumbó desde la orilla del río en las orejas de Useppe; y sus ojos vieron un grupo de gigantes bajando de una barcaza enorme en la orilla.

—¡Los piratas! — exclamó, descendiendo velozmente de su rama, mientras Bella, ya en guardia, lo precedía al vuelo fuera de la tienda de árboles en dirección a la cabaña.

Llegados allí, los dos se detuvieron, apostándose detrás del talud del vallecito, como bajo el borde de una trinchera. Bella, excitada por el asalto, emitía ya gruñidos bajos y amenazadores; pero Useppe la acalló con un silbido, acordándose de que aquellos piratas, entre otras cosas, «mataban a los animales», según había atestiguado Scimó.

Es bastante improbable que se tratase de veras de la famosa banda del río.

De la barca (una especie de vieja balsa de dos remos), atracada entre los cañaverales, habían bajado siete u ocho chavales, todos por debajo de los catorce años, al menos de aspecto; y un par de ellos (e incluso los más exaltados), criajos de primaria. Ninguno de ellos parecía responder al tipo del terrible Augusto, el jefe de la banda; ni se oía ese nombre entre los muchos con que se llamaban a voces unos a otros. Si entre ellos había un jefe, acaso se lo reconociera en un adolescente menudo, de cara enfurruñada, llamado Raf, quien, sin embargo, más parecía jactarse de tenerlos a raya que de azuzarlos, tratándolos por encima del hombro como si los creyese una chiquillería. No parecía, en fin, una verdadera banda, sino más bien una barcada dominical de chulillos apenas principiantes, capaces, la mayoría, ¡de echarse aún a llorar si su madre les zurraba!

Pero para Useppe y Bella su identificación seguía siendo segura: ¡eran los famosos piratas, asesinos y ladrones, enemigos de Scimó! En guardia con las orejas semierguidas y el rabo enhiesto sobre la línea del lomo, Bella se sentía tornada a sus orígenes paternos, ¡cuando hacia el crepúsculo esperaban, llegadas del fondo de la estepa, las hordas de lobos!

El sol ahora quemaba; y la primera acción de aquellos tipos, recién desembarcados, fue desnudarse y tomar un baño. Hasta la trinchera, desde abajo, llegaba el fragor de sus topetazos, zambullidas y vociferaciones, que a oídos de Useppe crecían desmesuradamente.

—¡Quieta! — imponía a Bella de continuo, temblando con todo el cuerpo pero manteniéndose todavía en pie, dispuesto a la señal del asalto, como en una barricada. Debían de ser cerca de las cuatro y media, cuando sonó la señal, y para él fue como si un gran humo negro invadiese los vallecitos y la espesura.

Las voces de los piratas se iban acercando:

—¡Eh, Piero! ¡Eh, Mariuccio! — se llamaban colina abajo—. ¡Ven! ¡Ven,

me cago en tus muertos! ¡Raf! ¡Raaf!

No nos es dado conocer cuáles eran entonces sus intenciones: a lo mejor era la primera vez que se bañaban en aquel sitio y querían simplemente explorar el interior, correteando de acá para allá... De repente, Useppe vio sus perfiles GIGANTESCOS avanzar hacia la trinchera.

—¡Quieta! — repitió a Bella, temblando. Y, al mismo tiempo, corrió hacia un montón de piedras que Scimó tenía cerca de la cabaña como «cerrojo»—. ¡No quiero! ¡No quiero! — rezongaba armándose, congestionado el rostro por un terrible flujo de ira. Y, subiendo a lo alto del vallecito, gritó a los que avanzaban, con furia—: ¡Marchaos! ¡Marchaos! — Luego, a imitación del lenguaje de ellos (adquirido por él hacía tiempo, por lo demás, en sus diversos barrios), reforzó su amenaza añadiendo, con el mismo énfasis feroz —: ¡Capullos! ¡Hijosputa! ¡A tomar por culo!

En realidad, debía de ser más bien cómico el efecto de aquel mínimo pigmeo, con la cara roja y furibunda, que con dos piedrecitas en la mano pretendía echar de allí a una mesnada. Y, en efecto, los otros no se lo tomaron en serio; solo el menor de todos (un coetáneo suyo) le dijo, riendo con aire de superioridad:

—Pero ¿qué te pasa, chaval? —mientras que el otro pequeño, que hacía pareja con él, lo apoyaba riendo burlón.

Pero en ese momento intervino Raf, deteniéndolos a medio prado:

—¡Ahó! ¡Ojo con el perro!

Dando un rodeo por el fondo del valle, había aparecido instantáneamente Bella en refuerzo de Useppe; aunque habría sido difícil reconocerla, en verdad, en el terrorífico monstruo que afrontaba a la pandilla, haciéndola retroceder. Con las mandíbulas abiertas y unos dientes desnudos de fiera, los ojazos semejantes a los vidrios volcánicos, las orejas tiasas en triangulo que le ensanchaban la frente, emitía un gruñido sordo, más tremendo que un

aullido. Y, saltando al lado de Useppe allá en la trinchera, parecía una mole colosal, tanta era la violencia que le engrosaba los músculos desde el pecho a la grupa y a los jarretes prestos, con la calentura del asalto.

—¡Ese muerde, ahó, está rabioso! — se oyeron voces que exclamaban en el hatajo de chulillos.

Y uno de ellos, en ese momento, cogió una piedra del suelo, o eso al menos le pareció a Useppe, avanzando amenazador hacia Bella. El rostro de Useppe se demudó:

—¡No quiero! ¡No quiero! — prorrumpió. Y furiosamente lanzó sus piedras hacia el montón de enemigos, sin lograr, creo, darle a nadie.

Es difícil describir la refriega que se sucedió inmediatamente después, tan breve fue su duración: unos cuantos segundos. Hay que suponer que Bella se lanzó hacia delante, y que Useppe la siguió para defenderla; y que los piratas, agarrando al temerario mocos, para escarmentarlo lo zarandearan un poco, dándole a lo mejor algún golpe. Pero la expresión extraña que entretanto había aparecido en su rostro hizo decir a uno de ellos:

—¡Dejadlo en paz! ¿No veis que es un bobo?

Y aquí, de pronto, en medio del barullo, se produjo un accidente tal que desconcertó a la pequeña pandilla, que no podía comprender su naturaleza. En el momento en que el mocos, sacudido entre el grupo, se quedaba con los ojos en blanco y aflojaba las mandíbulas como un idiota, la perra se apaciguaba milagrosamente. Parecía suplicarles a todos ellos; y corría hacia el mocos como una oveja al corderito, mudando el gruñido de antes en un gañido dulcísimo. Entre los presentes, solo ella, por lo que nos es dado entender, supo reconocer el grito que salió de la garganta contraída del niño, mientras el cuerpo de este, cayendo hacia atrás, se derrumbaba por la pendiente de la trinchera. Pero los otros, que no tenían experiencia práctica de ciertos ataques, el oscuro suceso adoptó la apariencia de una catástrofe. Se

quedaron un rato mirándose estupefactos, sin valor para asomarse al vallecito, desde donde se oía una especie de estertor afanoso. Cuando al cabo de unos instantes Raf y otro de los suyos se encaramaron para mirar, el niño, terminada la fase de las convulsiones, yacía inmóvil, con cara de muerto. La perra daba vueltas a su alrededor, tratando de llamarlo con su pequeño lamento de animal. Un hilo de sangre espumosa le salía entre los dientes.

Debieron de creer que lo habían matado, sin duda.

—¡Vámonos! — dijo Raf, volviéndose a los otros, palidísimo—. Hay que largarse a toda pastilla de aquí. Rápido, no hagáis el gilipollas. ¡Largo!

Se oyeron los pasos de su fuga hacia la barca, y el zumbido de sus confabulaciones («¿Yo? ¿Y yo qué he hecho? El golpe se lo diste tú..., imb... Hagamos como si nada..., que no se entere ni dios») mientras se embarcaban, con el primer chapoteo de los remos. Esta vez estaba presente solo Bella en el momento en que Useppe abrió los ojos sin memoria, con su habitual sonrisilla encantada. Pasito a pasito, por pequeños cambios de su rostro, se podía asistir a sus tránsitos sucesivos por los diversos «umbrales de vigilancia», como dicen los médicos. De pronto giró un poco el cuello, mirando a ambos lados con recelo.

—¡Ya no hay nadie! — le anunció Bella sin demora—, se han marchado...

—Marchado... — repitió Useppe, sosegándose. Pero en un suspiro una expresión muy distinta asomó en su rostro. Lanzó una sonrisa forzada, que resultó más bien una mísera mueca, y dijo, desviando los ojos sin mirar a Bella—. Yo... me he... caído..., ¡eh!

En respuesta, Bella trató de distraerlo, con unos lametones apresurados. Pero él la rechazó, retrayéndose en sí mismo, y escondió la cara tras el brazo:

—Y así, ahora — lamentó con un hipo— me han visto... también ellos..., y ahora, así..., lo saben...

Se movió, molesto. Entre otras cosas, se daba cuenta de haberse meado

encima (un efecto corriente en tales ataques convulsivos). Y le preocupaba la idea bochornosa de que los piratas lo hubieran advertido.

Pero ya sus ojillos se estaban guiñando, vencidos por la somnolencia que siempre sucedía a sus crisis. Por el vallecito soplabla una brisa ponentina, tierna como el aleteo de un abanico, y la tarde era tan límpida que hasta la sombra alargada de la cabaña reflejaba el color del cielo. En el río, el chapoteo de los remos piratas se había alejado hacia la nada; y fue entonces cuando Bella se abandonó a un desahogo exhibicionista, celebrando con un gran ladrido la hazaña de la trinchera, según su versión personal. A Useppe, que mientras tanto se adormecía, el solitario himno canino le llegaba confusamente, al igual que el azulón violáceo del aire se le confundía entre los hilos de las pestañas. Y quizá le parecía que un trompeteo legendario corría sobre el campo entre un despliegue de banderas.

La ignorancia de los perros, en verdad, es a menudo engreída hasta la manía; y la pastora, conforme a su psicología visionaria, daba, de los hechos de hoy, la siguiente interpretación:

LOS LOBOS DERROTADOS SE RETIRARON EN TROPEL RENUNCIANDO AL ASEDIO DE LA CABAÑA Y EL CHOQUE TERMINÓ CON LA APLASTANTE VICTORIA DE USEPPE Y BELLA.

Tras haber ladrado esta noticia a los cuatro vientos Bella, satisfecha y agotada por las emociones, se adormeció a su vez al lado de Useppe. Cuando, advertida por su reloj natural, despertó, el sol estaba bastante bajo hacia el oeste. Useppe dormía profundamente, como en plena noche, con la boca semiabierta en una respiración regular, y la pálida carita coloreada de rosa en los pómulos.

—¡Despierta! ¡Es hora de irse! —lo llamó Bella; pero Useppe alzó apenas los párpados, mostrando unos ojos velados de somnolencia y repulsa, y enseguida los cerró.

Bella volvió a incitarlo, aunque con cierto remordimiento. E insistió, probando también a sacudirlo con la pata, a tirarle del jersey con los dientes. Mas él, tras haberse revolcado dos o tres veces con expresión de repugnancia, al final la rechazó pateando casi frenético:

—¡No quiero! ¡No quiero! — exclamó. Y después volvió a hundirse en el sueño.

Bella permaneció un rato allí sentada, después se levantó, agitada por un dilema. Por una parte, una voluntad perentoria le ordenaba permanecer allí junto a Useppe; mientras, por otra, una voluntad no menos irremisible la obligaba a regresar a casa de Ida a tiempo, como todas las otras tardes. Fue en ese mismo intervalo cuando allá, en la via Bodoni, Ida despertó finalmente de su prolongado sueño.

Era un caso anómalo e inusitado el que hoy le ocurría: echar una siesta tan larga. Quizá había sido el sueño acumulado en el curso de las últimas noches, que la traicionó. Fue una dormida profundísima y sorprendente, plácida, ininterrumpida como la de una niña. Solo en la última fase tuvo un breve sueño.

Se encuentra en compañía de un mocoso, delante de la verja de un gran muelle. Va a partir una gran nave solitaria, más allá de la cual se extiende un océano abierto, totalmente en calma y fresco, del color azul intenso de la mañana. De guardia en la verja hay un hombre de uniforme, muy autoritario, y con rasgos de carcelero. El mocoso podría ser Useppe, y también no serlo, pero con seguridad es alguien que se parece a Useppe. La tiene de la mano, incierta frente a la verja. Son dos pobres, con ropas andrajosas, y el guardián los rechaza porque no tienen billete. Pero entonces el mocoso, con su manecita sucia y torpe, se registra los bolsillos, y saca un minúsculo objeto de oro, del cual ella no sabría decir qué es: quizá una llavecita, o un guijarro, o

una concha. Debe de ser, de todos modos, un salvoconducto auténtico, pues el guardián, apenas le echa una ojeada en la mano del mocoso, abre la hoja de la verja sin más, aunque a regañadientes. Y entonces el mocoso y ella, contentos, suben juntos al barco.

Este fue el final del sueño y aquí Ida se despertó. Notó enseguida el silencio anormal de la casa; y al encontrar las habitaciones desiertas, presa de un pánico incoherente, se precipitó abajo, al portal, tal y como se encontraba. Según su costumbre, para el reposo más meridiano se había echado en la cama vestida. Llevaba su trajecito de faena liso y grasiento, manchado de sudor en los sobacos, y ni siquiera se había arreglado el pelo. En los pies se calzó las chancletas de casa, que hacían vacilar sus pasos más que de ordinario, y en el bolsillo llevaba el monedero con las llaves.

La portera le dijo que no había visto pasar a nadie; es cierto que, siendo domingo, no siempre había estado de guardia en su nicho... Pero Ida no se paró a escucharla, lanzándose a la ventura a la calle, y llamando a Useppe a voces, por las calles circunstantes, como una salvaje. A quien la interrogaba respondía, con tono y mirada febriles, que buscaba a un niño que había salido con un perro; pero rechazaba todo consejo o intervención, reanudando ella sola la busca. Tenía la sensación cierta de que, en alguna parte de Roma, Useppe yacía, caído en una nueva crisis: quizá herido, quizá entre extraños... En realidad, hacía ya tiempo, todos los temores de Ida se coagulaban en uno, instalado en el centro de sus nervios y su razón: que Useppe cayese. Cada día, al dejarle abierta la jaula, emprendía una lucha agotadora contra el Gran Mal: que se apartase de él, al menos en sus felices fugas estivales, y no lo humillase en medio de sus grandes honores de varoncito en libertad... Y hoy, ya ves, el temor supremo de Iduzza se realizaba: el mal había aprovechado que ella dormía para atacar a Useppe a traición.

Aparte de los parajes familiares, el primer itinerario que se presentó a su

intuición fue el de la famosa «selva» del río, que Useppe le había alabado tanto. Según la explicación envanecida del niño, deducía que, por la calle Marmorata, él seguía por el viale Ostiense, hasta la piazza della Basilica... Y echó a andar por la via Marmorata con la inercia febril de quien corre en persecución de algo; tan absorta en su dirección impulsiva que el movimiento urbano silbaba a su alrededor, invisible. Había recorrido cerca de los dos tercios de este camino cuando desde el fondo la saludó un ladrido impetuoso y enfervorizado.

Torturada por su dilema, Bella se había decidido repentinamente a echar una carrera hasta casa para llamar a Ida, pero, al trotar hacia la via Bodoni, se sentía como cortada en dos, ya que mientras tanto había debido dejar solo en el vallecito al pequeño Useppe dormido. Ahora, el encuentro con Ida por el camino le pareció un acontecimiento mágico.

Entre ellos no hubo necesidad de explicaciones. Ida recogió del suelo la correa que Bella arrastraba y se dejó llevar por ella, con la certeza de ir en busca de Useppe. Naturalmente, con su paso torpe y saltarín, estorbado además por las chancletas, era un desastre para Bella, y de vez en cuando la perra, con su fogosidad natural, le daba impacientes tirones, como si arrastrase un carrito. Finalmente, llegadas al terreno irregular a lo largo del río, Ida dejó caer la correa, y ella empezó a trotar delante, parándose para esperarla de trecho en trecho. Aunque afanosa por llegar, no tenía un aire triste, sino brioso y alentador, y eso calmaba un poco las aprensiones de Ida sobre el estado de Useppe. Demasiado aturdida para distinguir los lugares de alrededor, Ida advertía de todos modos al recorrerlos como una estela luminosa, y por doquier, las huellas de su hijito, al que tanto gustaban. Las horas que él había transcurrido allí se los animaban febrilmente por todas partes, como una carrera de espejismos coloreados. Y sus risitas y charlas

volvían a saludarla, agradeciéndole a coro los hermosos días de libertad y confianza disfrutados allí abajo...

La pregunta: «¿Qué encontraré, dentro de poco?» la apremiaba entretanto en sus centros nerviosos, debilitándola hasta tal punto que cuando la perra la incitó a darse prisa con un ladrido que decía claramente: «¡Está aquí!», se sentía casi a punto de derrumbarse. La perra, desaparecida por un instante de su vista, había subido a llamarla desde el fondo de un vallecito, y su llamada, en verdad, sonaba triunfante. Al asomarse a su vez al vallecito, a Ida se le esponjó el corazón, porque Useppe estaba allí de pie en la abertura de una cabaña, y saludó su aparición con una sonrisita.

En ausencia de Bella, en efecto, se había despertado, y al encontrarse allí solo quizá se había creído abandonado por todos, porque en su sonrisa se adivinaba aún cierto ansioso aforamiento. Además, para defenderse de posibles invasores o enemigos, se había armado de una caña, que apretaba fuertemente en el puño, y que no quiso soltar a ningún precio. Parecía aún más bien aturdido y desmemoriado, pero al poco rato (siguiendo los caprichos actuales de su memoria) volvió a presentársele el asalto de los piratas. Hizo entonces una pequeña y titubeante investigación por la cabaña, y rio contento viendo que todo estaba a salvo, no había habido incendios, ni devastaciones. Al regresar a casa esa noche después del cine y la pizzería, Scimó encontraría su camita preparada, esperándolo como de costumbre (los robos del ladronzuelo, el viejo pastor sin pelo, podrían remediarlos enseguida, con su munificencia, los arcanos maricas).

Con un parloteo confuso y jovial Useppe manifestaba a su madre su satisfacción.

—¡No le digas nada a nadie, eh, ma! — fue cuanto consiguió entender.

Con las luces del ocaso, el niño tenía las mejillas coloreadas de rosa y los

ojos felices y transparentes. Pero en el momento de volver a casa demostró una repulsión repentina.

—¡Durmamos aquí, esta noche! — propuso a su madre, tentándola con su nueva y especial sonrisa de seductor.

Y solo ante las turbadas súplicas de Ida cedió, resignado. Pero se vio que, de agotamiento y de sueño, no se tenía en pie. No lograba caminar sin ayuda, e Ida no tenía músculos para cargárselo en brazos. En el monedero de las llaves que llevaba consigo había, afortunadamente, unas cuantas monedas, suficientes para los billetes de tranvía desde San Pablo a casa; pero de momento era preciso llegar a San Pablo. Y aquí Bella acudió en su ayuda, ofreciendo a la familia el sostén de su grupa.

Caminaban los tres, pegados unos a otros: Useppe acomodado sobre Bella como en un caballito, y apoyando la cabeza en el costado de Ida, que lo ceñía con el brazo para sostenerlo. Apenas dieron unos pasos, en el momento que bordeaban por fuera la tienda de árboles, ya Useppe bamboleaba la cabecita, medio dormido; y solo allí por fin aflojó el puño, dejando caer la caña. Era el ocaso, y un grupo de pájaros se habían citado allá arriba en la tienda, en lo alto de las ramas. Supongo que pertenecían a la clase de los estorninos, que suelen, en efecto, juntarse al atardecer, entre padres de familia, para dar sus conciertos juntos. Useppe nunca se había encontrado en el lugar a horas tan tardías, y semejante gran concierto era una novedad. No sé lo que oyó en su duermevela; pero la sorpresa debió de agradarle, pues emitió una fugaz risita de diversión. Y el concierto de esa noche era, en efecto, de carácter cómico: uno de los coristas silboteaba, otro gorjeaba, otro trinaba, otro besuqueaba el aire, y luego se imitaban entre sí, remedándose, o bien burlándose de otras diversas clases de aves, hasta las voces de los gallos y los pollitos. Tal es, cabalmente, el virtuosismo especial de los estorninos. Y el grupo Bella-Ida-Useppe avanzaba tan despacio que el concierto vespertino los siguió un buen

trcho de camino, acompañado por las sordinas (herbáceas, fluviales) de la caída de la noche.

En San Pablo, Ida y Useppe, con alguna ayuda ajena, fueron cargados en el tranvía, mientras Bella, con gran empeño, corría a pie tras el vehículo. Sentada entre el gentío del crepúsculo, Ida tuvo la impresión de que el cuerpo de Useppe, dormido en sus rodillas, se había hecho aún más pequeño y menudo. Y de repente se le pasó por la cabeza el primer viaje que había hecho con él en tranvía, llevándose a casa recién nacido desde el barrio de San Juan, morada de la comadrona Ezequiel.

Posteriormente, también el barrio de San Juan, como el barrio de San Lorenzo y los Barrios Altos de alrededor de via Veneto se le habían convertido en un lugar de temores. El universo se había ido estrechando cada vez más, en torno a Iduzza Ramundo, desde los días en que su padre le cantaba «Celeste Aida».

De San Pablo al Testaccio, el trayecto no era largo. A cada parada del tranvía, Bella desde fuera certificaba a Ida su presencia dando saltos hacia la ventanilla, hasta casi alcanzarla con el morro. Al ver aquel morro, los pasajeros de alrededor se reían. En su carrera con el tranvía, Bella ganó. Ida la encontró ya a la espera, haciéndole fiestas, en su parada.

El viaje más fatigoso fue el de las escaleras, subir tantos pisos hasta la puerta de casa. La portera debía de estar cenando, en su bajo interior. Con su habitual timidez cerril, Ida no buscó ayuda de nadie. Procedieron a la ascensión los tres, pegados unos a otros, como antes por la orilla del Tíber. Useppe dormido, con los mechoncitos que le caían sobre los ojos, se dejaba llevar inconsciente, dejando oír solo, de cuando en cuando, un pequeño refunfuño. La hora del diario hablado ya había pasado. Por las ventanas abiertas al patio, de las radios llegaba un programa de música ligera.

Tras su larguísimo sueño posmeridiano, Ida permaneció despierta gran

parte de la noche. La mañana siguiente, y también al otro día, estaba obligada a ir a la escuela; luego, por fin, llegaría el día de la clausura. Pero mientras tanto, ya mañana temprano, era necesario consultar de nuevo a la doctora, según lo acordado, y afrontar quizá una visita al profesor Marchionni. Ida sabía que esa visita le repugnaba al pequeño Useppe tanto como a ella, y ya preveía un doble temor. Se veía a sí misma y a Useppe cruzando los pasillos del hospital, que ahora se le hacían una tira lívida y tortuosa, entre un vocear lunático; después como cuando se invierten unos anteojos, contemplaba a distancia, del pequeño tamaño de una pupila, la visión verdeante de sus vacaciones en Vico; y después de nuevo Useppe y ella de la mano, desconcertados entre los autómatas subterráneos del EEG... Pero al poco rato el mañana incierto se apartó de ella, como un lastre. Se encontró suspendida en el presente, como si esta noche tranquila y llena de dulzura no fuese a acabar nunca.

Useppe dormía, aparentemente sereno y plácido, y lo mismo la perra, tumbada a un paso de él en el pavimento. Pero Ida, sin sueño, tardaba en acostarse. Se había quedado como hechizada en la actitud ya adoptada al anochecer, arrodillada junto al somier, donde apoyaba la cabeza entre los brazos. Y allí permanecía, con los ojos abiertos, mirando a Useppe que respiraba en sueños. No había luna; pero en la habitación del último piso, la claridad de las estrellas bastaba para hacer visible al durmiente, que reposaba boca arriba, con los puños relajados sobre la almohada y la boca entreabierta. Su cuerpo, en la penumbra dorado azulada, se mostraba aún más empequeñecido, hasta la medida de un muñequito que casi no dibujaba ningún relieve bajo las sábanas, como en la época del hambre en la via Mastro Giorgio. Pero esta noche, mientras el muñequito fuera suyo, aquí al abrigo en su cuarto, Ida creía oír en su respiración el latido de un tiempo inagotable.

Mudas todas las radios, y cesado también el tráfico tardío de la medianoche, se oía solo, a intervalos, el chirriar de los últimos tranvías rumbo a la cochera, o el soliloquio de algún borracho de paso por las aceras. A Ida le parecía, en una especie de vértigo a la inversa, que estas pobres voces se enredaban en la red silenciosa y tupida de las estrellas. En cierto momento, la noche había dejado volar nuestra habitacioncita en un vuelo ciego, sin instrumentos de navegación. Y esta podía ser una noche del verano anterior, cuando Useppe aún no «caía» y en el cuartito de al lado dormía Ninnarieddu.

La oscuridad era aún profunda cuando un gallo urbano, desde alguna azotea de los alrededores, alzó su canto precoz. Al poco tiempo Bella emitió un murmullo en sueños; ¿soñaba, acaso, con el ataque de los piratas-lobos? Con el primerísimo claror del alba se puso en pie de repente. Y abandonando a toda prisa su sitio en el dormitorio, fue a extenderse en el vestíbulo delante de la puerta, como si pretendiese hacer guardia a la casa contra cualquier invasión ladrona, o extranjera. Ida, entretanto, se había amodorrado un rato en la cama. Se oyeron las primeras campanadas de la iglesia de Santa Maria Liberatrice.

El día era límpido y sin viento, y fue bastante caluroso desde la mañana. Cuando Ida se preparó para salir de casa, hacia las ocho, Useppe estaba aún sumido en el sueño. Sus mejillas acaloradas, a la luz quieta de las persianas, parecían haber recobrado el rosado color de la salud; y su respiración era tranquila, aunque sus ojos aparecieran cercados de un pequeño halo oscuro. Ida le apartó con cuidadito los mechones empapados en sudor de la frente, y bisbiseó en voz bajísima:

—Useppe...

El niño movió apenas los párpados, con un temblor, mostrando una mínima franja de sus ojos celestes, y contestó:

—Ay, ma...

—Yo salgo, pero vuelvo enseguida... Tú espérame en casa, ¡eh! No te muevas... Yo voy y vuelvo.

—Tí...

Useppe cerró los párpados y volvió a dormir. Ida se alejó de puntillas. Bella, que entretanto iba y venía del dormitorio al vestíbulo y a la cocina, la acompañó silenciosa hasta la puerta. Ida dudó un instante en si correr desde fuera el cerrojo, pero se contuvo, avergonzada de ofender a Useppe delante de la pastora. En cambio, fiada de esta, le dijo quedo:

—Esperadme en casa, ¡eh! No os mováis. Vuelvo enseguida.

Al pasar por el bajo, encomendó a la portera que subiese, a eso de las once, a echar un vistazo al niño, en caso de que ella, a esa hora, no hubiera regresado aún.

Pero había pasado poco más de una hora (debían de ser cerca de las nueve y media) cuando le sobrevino una especie de malestar insoportable. Se encontraba en el despacho de la directora, reunida con otros profesores, y al principio, no cogiéndola de sorpresa ciertos fenómenos nerviosos, se esforzó por seguir la discusión en curso (se trataba de colonias de verano, de certificados de las familias, de cuestiones de mérito y derecho de los alumnos...) hasta que se convenció, con una certeza casi cegadora, de que todo eso ya no la atañía. Percibía el sonido de las voces a su alrededor, y oía también las palabras, pero en una dimensión invertida, como si esas voces fuesen un recuerdo, que de momento se le mezclaba en revoltillo con otros recuerdos. Le parecía que afuera, bajo el sol ardiente, la ciudad estaba invadida por el pánico, y la gente corría hacia los portales, ante un aviso insistente: «¡Es la hora del toque de queda!», y ya no sabía si era de día o de noche. De pronto tuvo la cruda sensación de que, desde dentro, unos dedos arañantes se agarraban a su laringe para sofocarla y, en un enorme

aislamiento, escuchó un grito lejano. Lo raro fue que no reconociera aquel grito. Después la gran niebla se disolvió, y la escena presente reapareció con normalidad, con la directora en su mesa y los profesores sentados alrededor, discutiendo. Ellos, mientras tanto, no se habían percatado de nada; Ida, en efecto, solo había palidecido.

Pocos minutos después, la misma sensación ya experimentada retornó: de nuevo los arañazos que la sofocaban, la ausencia, y el grito. Le parecía que ese grito, en realidad, no pertenecía sino a ella misma: como un lamento sordo de sus bronquios. Una vez pasado, le dejaba una sensación de ultraje físico, semejante a una mutilación. Y en su conciencia nublada ondeaban, juntos, residuos destrozados de memoria: el joven soldado alemán en la via dei Volsci extendido sobre ella, en el orgasmo... Ella de niña, en el campo con los abuelos, detrás del patio donde degollaban un cabrito para la fiesta... Luego todo se perdía en desorden, al desvanecerse la niebla. En el curso de quizá un cuarto de hora, y a intervalos más o menos iguales, la cosa se repitió dos veces más. De pronto Ida se levantó de su silla y, balbuciendo una excusa incoherente, corrió al despachito de la secretaria, que hoy estaba desierto, para telefonar a casa.

No era la primera vez que, a su llamada, por uno u otro motivo la conocida vocecita de la via Bodoni tardaba en contestar, o no contestaba. Pero hoy los timbrazos en el vacío al otro lado del hilo le llegaron como una señal de agitación y de invasión, que le ordenaba correr a casa con urgencia. Dejó caer el auricular, olvidando colgar. Y, sin asomar siquiera por dirección, bajó las escaleras hacia la salida. De nuevo, en la mitad de las escaleras, la sorprendió aquel extraño espasmo repetido, aunque el grito interior que lo acompañaba esta vez era más semejante a un eco y le traía una oscura indicación de su fuente en la que rebotaba rezagado y desnudo. También la niebla, que la

había detenido en la mitad de las escaleras, esta vez se disolvió inmediatamente, despejándole el paso.

En el zaguán, el portero de la escuela le gritó algo a sus espaldas; en efecto, como de costumbre, Ida le había dejado en depósito la bolsa de la compra, hecha ya antes del horario laboral. Lo vio desplazarse y mover los labios, pero no oyó su voz. En respuesta, le hizo con la mano un gesto incierto, que parecía una especie de saludo. El mismo gesto hizo a la vieja portera de la via Bodoni, que a su paso reía meneando la cabeza, satisfecha de verla de regreso tan pronto.

En el breve trecho de la escuela a casa, Ida había sido excluida, en realidad, de los sonidos exteriores, porque iba escuchando otro sonido, que no había vuelto a oír desde su último paseo por la Judería. Era, de nuevo, una especie de cantilena ritmada que llamaba desde abajo, y exhumaba, con su tentadora dulzura, algo sangriento y terrible, como si se difundiese hacia puntos dispersos de miseria y fatiga para recoger en cercado a los rebaños por la noche. Después, en cuanto asomó por el segundo patio, las voces reales de la mañana la agredieron de nuevo, con los sonidos de las radios por las ventanas. Evitó mirar hacia arriba a su ventana de la cocina donde Useppe, los días de su prisión doméstica, solía esperarla tras el cristal. En efecto, y casi absurdamente, esperaba descubrir también hoy, mirando hacia arriba, el pequeño perfil familiar. Y trataba aún de huir de la certeza de que, en cambio, la ventana estaba hoy vacía.

Mientras se adentraba escaleras arriba, le llegaron desde el último piso los timbrazos del teléfono de su casa, que seguía sonando, desde que ella había marcado el número, sin colgar, minutos antes en secretaría. Solo cuando llegó al último rellano enmudeció la estúpida señal.

Entonces, al otro lado de la puerta de entrada, le llegó una vocecita penosa, que le pareció el llanto de una niña. Era el gañido de Bella, que, con su

lamento solitario, ni siquiera reaccionó al oír sus conocidos pasos que avanzaban por el último tramo de escaleras. Allí se estremeció, viendo una figura torva que la amenazaba de frente, pero no era otra cosa, en realidad, sino una mancha en la pared de la escalera, desconchada y húmeda por la proximidad de los lavaderos. Desde que vivían en el edificio aquella mancha había estado siempre; pero Ida ni siquiera había notado, hasta hoy, esa terrible presencia.

En la entradita oscura, el cuerpo de Useppe yacía tendido, con los brazos abiertos, como siempre en sus caídas. Estaba completamente vestido, salvo por las sandalitas que, sin abrochar, se le habían salido de los pies. ¿Quizá, viendo la hermosa mañana de sol, había pretendido irse también hoy, con Bella, a su «selva»? Estaba aún tibio, y comenzaba apenas a ponerse rígido; pero Ida se negó en redondo a entender la verdad. Contra los presagios recibidos antes por sus sentidos, ahora, frente a lo imposible, su voluntad se echó hacia atrás, haciéndoselo creer solamente «caído» (durante esta última hora de su propia lucha inaudita con el Gran Mal, en realidad Useppe, allí en el vestíbulo, había caído y recaído de un ataque a otro y otro más, casi sin tregua...). Y después de haberlo transportado en brazos a la cama, se quedó allí inclinada sobre él, como las otras veces, a la espera de que alzase los párpados con su sonrisa, tan especial... Solo con retraso, al encontrarse con los ojos de Bella, comprendió. La perra, en efecto, estaba allí mirándola con una melancolía luctuosa, llena de compasión animal y también de conmiseración sobrehumana; decía a la mujer: «Pero ¿qué esperas, desdichada? ¿No te das cuenta de que ya no tenemos nada que esperar?».

Ida sintió la tentación de gritar; pero enmudeció con un razonamiento inmediato: «Si grito, me oirán, y vendrán a quitármelo...». Se adelantó amenazadora hacia la perra:

—¡Chist! — le bisbiseó—. Calladita, que ellos no nos oigan...

Y, tras haber corrido el cerrojo del vestíbulo, en silencio empezó a correr por sus habitacioncitas, chocando con los muebles y las paredes con tal violencia que se hizo moratones en el cuerpo. Dicen que en ciertos estados cruciales pasan ante los hombres con velocidad increíble todas las escenas de su vida. Ahora, en la mente estólida y mal crecida de aquella mujercita, mientras corría a todo correr por su pequeño alojamiento, rodaron también las escenas de la historia humana (la Historia) que percibió como las múltiples espirales de un asesinato interminable. Y hoy la última víctima era su bastardito Useppe. Toda la Historia y las naciones de la tierra se habían concertado para este fin: la ruina del niño Useppe Ramundo. Arribó al dormitorio y se sentó en la silla junto al somier, en compañía de Bella, a mirar al mocosuelo. Ahora, bajo los párpados aplastados, los ojos parecían hundírsele en la cabeza, cada vez más, a cada momento que pasaba; pero también, entre los mechoncitos en desorden, se reconocía aún su único mechón central, que nunca quería acomodarse con los otros y estaba allí en medio, de punta... Ida empezó a quejarse con una voz bajísima, bestial: no quería pertenecer más a la especie humana. Y mientras tanto la sorprendió una nueva alucinación auditiva: «tic, tic, tic», se oía por todo el pavimento de la casa. «Tic, tic, tic», los pasos de Useppe, como el pasado otoño, cuando caminaba continuamente de acá para allá por la casa, con sus botitas, después de la muerte de Ninnuzzu... Ida empezó a menear en silencio su cabecita canosa; y entonces sobrevino el milagro. La sonrisa, que hoy había esperado inútilmente en la cara de Useppe, brotó en la cara de ella. No era muy distinta, al verla, de la sonrisa de calma, y de maravillosa ingenuidad, que aparecía en los días de la infancia, después de sus ataques histéricos. Mas hoy no se trataba de histeria: la razón, a la que de siempre le había costado tanto resistirse en su cerebro incapaz y medroso, por fin había soltado su presa.

Al día siguiente, en los periódicos apareció un suceso: «Lastimoso drama

en el barrio del Testaccio. Madre enloquecida velando el cuerpo de su hijito». Y como conclusión se leía: «Fue preciso matar al animal». Este último detalle — es fácil de entender— se refería a nuestra pastora. En efecto, como era de suponer, Bella desarrolló una ferocidad decidida a todo y sanguinaria contra los desconocidos que, forzando la puerta, se habían metido en la vivienda de la via Bodoni para cumplir los trámites legales. No les permitía en absoluto llevarse de la casa a Useppe e Ida. Es hora de anotar, sobre este punto, que los animales esterilizados pierden en general, según se dice, su agresividad; pero evidentemente Bella, al menos ahora, contradecía esta ley fisiológica. Su defensa del día anterior contra los piratas del río no fue nada en comparación con su guerra de hoy contra los nuevos intrusos. Ella sola consiguió meter miedo a una escuadra de enemigos, entre los que al menos un par estaban provistos de las armas de ordenanza. Ninguno tuvo el valor de afrontarla directamente. Y, así, mantuvo la palabra dada a Useppe el día de su regreso a casa: «No podrán separarnos más en este mundo».

Al oír el disparo que abatía a la perra, Iduzza tuvo un breve sobresalto de la cabeza; y este fue, al parecer, el último estímulo al cual la mujer reaccionó mientras siguió con vida. Su existencia debía prolongarse aún más de nueve años. En los registros del hospital, donde la internaron ese mismo día para no salir hasta el último, su defunción está recogida con fecha 11 de diciembre de 1956. Parece que murió de complicaciones pulmonares, secuelas de un normal acceso de fiebre. Tenía cincuenta y tres años.

Por las noticias que he podido recoger, ella, desde el primero al último día, en el curso de esos nueve años y pico, se mantuvo siempre fija en idéntica actitud: la misma en que la encontraron cuando, derribando la puerta, habían ido a sorprenderla ese día de finales de junio, en la via Bodoni. Estaba sentada, con las manos recogidas en el regazo, y de vez en cuando las movía trezándolas para jugar, con el estupor luminoso y perdido en el rostro de

quien acaba de despertar y apenas reconoce aún las cosas que ve. Si le hablaban, sonreía ingenua y mansa, llena de serenidad y casi de gratitud, pero era vano esperar de ella cualquier respuesta, e incluso parecía percibir a duras penas las voces, sin entender ningún lenguaje ni, quizá, distinguir ninguna palabra. A veces, con un pasmado murmullo, repetía para sí sílabas inciertas, que parecían recogidas de un idioma onírico u olvidado. Con los ciegos, con los sordomudos es posible comunicar, pero con ella, que no era ciega ni sorda ni muda, no había ya comunicación posible.

Yo creo, en verdad, que esa figurita senil, cuya sonrisa quieta todavía recuerda alguien en los dormitorios delirantes del hospital, no duró nueve años y pico salvo para los otros, o sea, según el tiempo de los otros. Igual al tránsito de un reflejo que, desde su punto irrisorio, se multiplica en más y más espejos a distancia, la que para nosotros fue una duración de nueve años, para ella fue apenas el tiempo de una pulsación. También ella, como el famoso panda menor de la leyenda, estaba colgada en la cima de un árbol donde los papeles temporales ya no tenían curso. Ella, en realidad, había muerto con su niño Useppe (como la otra madre de este, la pastora marismeña). Con ese lunes de junio de 1947, la pobre historia de Iduzza Ramundo había terminado.

*19**...*

Muerto niño, muerto mío.
Nadie nos siente en la tierra
donde haces caliente el frío.

MIGUEL HERNÁNDEZ

... 1948-1949-1950-1951

Continúa en Italia la serie de crímenes organizados por los terratenientes del sur contra los trabajadores y campesinos asalariados y sus asociaciones (en dos años, treinta y seis sindicalistas muertos). – En Roma, atentado contra Togliatti. – Ley marcial y violenta represión en Grecia (ciento cincuenta y dos guerrilleros ajusticiados). – El Mahatma Gandhi asesinado en Nueva Delhi por un extremista de derechas. – En Palestina, los judíos fundan la República de Israel y derrotan a la Liga Árabe. Huida de las poblaciones árabes del territorio israelí. – En Sudáfrica, sube al Gobierno el Frente Nacional, que instaura una política de segregación racial contra los negros. – Entre las Potencias de los bloques, endurecimiento de la Guerra Fría. Sigue vigente la disputa sobre la suerte de Alemania. Cierre de las vías de acceso a Berlín Oeste por la Unión Soviética para impedir el abastecimiento del sector aliado de la capital. Establecimiento por los Aliados de un puente aéreo para abastecerla. En la Unión Soviética se inicia una intensiva movilización. – Prosigue con ritmo incesante la carrera de armamentos, y la actividad subterránea en torno al secreto nuclear. Se perfecciona la técnica de los misiles balísticos.

Unos veinte años después del comienzo de la guerra civil, victoria definitiva en China del Ejército Rojo. Mao Tsé-Tung y otros dirigentes nacionalistas entran en Pekín. Los jefes nacionalistas se refugian en Formosa. – Las Potencias occidentales firman con las naciones de su bloque (entre ellas, Italia) una alianza militar llamada Pacto Atlántico (OTAN). – Primera

prueba atómica soviética. – Con la ruptura del secreto atómico estadounidense se inicia una nueva fase de la carrera de armamentos. Las máximas Potencias, con el empleo total y progresivo de su ciencia y su industria, se dedicarán principalmente a incrementar su capital de bombas (proliferación de armas nucleares). Esta competición tomará el nombre de «equilibrio de disuasión» o «del terror»; en ella, los dos principales detentadores del poder en el mundo (Estados Unidos y la Unión Soviética) gastarán gran parte de sus enormes recursos de riquezas y trabajo. – Se calcula que en los países pobres del planeta el número de muertos por hambre es de cuarenta millones al año.

Comienzo de la guerra de Corea entre las fuerzas populares del norte y las gubernamentales del sur, sostenidas por Estados Unidos. El Presidente Truman proclama el estado de emergencia nacional. – En Vietnam, prosigue el conflicto entre los franceses y los guerrilleros vietnamitas, dirigidos por el general Giap.

Movilización general en Vietnam. – Desarrollo de la artillería atómica táctica en Estados Unidos...

... 1952-1953-1954-1955

En el frente de Corea, incursión de Estados Unidos en Pyongyang con la muerte de seis mil civiles. – Compromiso mutuo de Francia y Estados Unidos contra el comunismo en Indochina. – En la isla de Cuba (Centroamérica) se instaura con el apoyo de Estados Unidos la dictadura de Batista. – Violenta campaña antisemita en la Unión Soviética con eliminación de numerosos judíos, en su mayoría intelectuales. Toda la población soviética mantenida por Stalin bajo un régimen paroxístico de persecución y terror. – Explosión experimental de la primera bomba atómica inglesa y de la primera bomba de hidrógeno americana (bomba H).

En Estados Unidos se discute un posible empleo de la bomba atómica en Corea. – En la Unión Soviética, muerte del Generalísimo Stalin. – Choques en Egipto entre británicos y egipcios, que exigen el abandono del canal de Suez. – Con un armisticio, que sanciona la división del territorio, concluye la guerra de Corea, que ha costado en conjunto a las dos partes unos tres millones de pérdidas humanas. – En la Unión Soviética, condenas a muerte de altos dirigentes del período estalinista. Pruebas de la primera bomba H soviética.

Capitulación de los franceses en Vietnam. – En Guatemala, con el apoyo de Estados Unidos, se instaura una dictadura, con el asesinato de cinco mil dirigentes populares y la devolución de las tierras a los propietarios rurales. – En Estados Unidos, se produce la bomba H de último tipo, que libera energía equivalente a quince megatonnes (quince millones de toneladas de trilita), setecientas cincuenta veces más potente, que la lanzada sobre Hiroshima. – Se desencadena la represión de los colonialistas franceses contra las revueltas de Túnez y Argelia.

Estado de emergencia en Argelia. – La Unión Soviética declara el final del estado de guerra con Alemania, dividida actualmente en dos repúblicas: Federal Alemana (bloque occidental) y Democrática Alemana (bloque oriental). Irresuelta aún, sin embargo, la cuestión de Berlín, situada físicamente dentro del territorio oriental y partida políticamente en dos entre los bloques opuestos. Continuas fugas de berlineses, del sector oriental al occidental. – Nace oficialmente el ejército de la Alemania Federal. – En oposición al pacto militar del bloque occidental (OTAN), los países del bloque oriental firman a su vez una alianza militar (Pacto de Varsovia). – Estados Unidos prueba la primera bomba atómica submarina. – La Unión Soviética realiza el primer lanzamiento experimental de una bomba H desde un avión,

... 1956-1957-1958-1959-1960-1961

Comienza la batalla de Argelia contra los franceses. – En la Unión Soviética, en el XX Congreso del Partido, Jruschov denuncia el régimen de terror del difunto Stalin. Se inicia la «desestalinización». – Rebelión en Hungría, sofocada por la intervención militar soviética. – Crisis de Suez. Boicot egipcio del canal, que bloquea la afluencia hacia Israel de emigrantes y refugiados judíos de todo el mundo. Victorioso ataque de Israel a Egipto. Acción militar de los francobritánicos que intentan ocupar el canal y bombardean el territorio egipcio. Amenaza, de intervención soviética y retirada de las tropas francobritánicas. – En Cuba, guerrilla contra la dictadura de Batista, dirigida por Fidel Castro.

En Indochina, finalmente evacuada por los franceses, se inicia una lucha de liberación de los guerrilleros comunistas partidarios de Ho Chi-Minh (presidente de Vietnam del norte) contra un Gobierno dictatorial instaurado en Vietnam del sur bajo la protección estadounidense. – Explosión experimental de la primera bomba H inglesa. – Estados Unidos y la Unión Soviética fabrican misiles balísticos intercontinentales con cabezas nucleares capaces de alcanzar cualquier punto del planeta.

No hay acuerdo entre las Potencias sobre la ciudad de Berlín. – En Cuba, victoria triunfal de los revolucionarios de Fidel Castro y huida del dictador Batista. – Comienzan a manifestarse divergencias político-ideológicas entre las dos máximas Potencias comunistas (la Unión Soviética y la China Popular). – Choques en la frontera chino-india. – Movimientos insurreccionales en el Congo Belga, guiados por Patrice Lumumba. Los belgas abandonan la colonia. Enfrentamientos y desórdenes en todo el país.

Manifestaciones en Italia contra la reciente instauración de un Gobierno de tendencias neofascistas. Cargas de la policía contra los manifestantes, con

muertos y heridos en todo el país. División del Gobierno. – Experimentada la primera bomba atómica francesa. – Se agudizan las divergencias entre la China comunista y la Unión Soviética. – En Alemania se celebra un proceso (secreto de Estado) por la fabricación de armas atómicas incluso por parte de países carentes de medios. – Caos en el Congo. Lumumba asesinado. – En Argelia continúa la lucha por la independencia con feroces represiones por parte de los colonialistas franceses. – Ataque anticastrista a Cuba con el desembarco de un cuerpo expedicionario en bahía de Cochinos y bombardeo de la capital. El ataque es repelido. – En Moscú, los delegados chinos abandonarán en señal de protesta el congreso del PCUS. – En Berlín Este (sector soviético), construcción de un muro fortificado a lo largo de la línea fronteriza con Berlín Oeste. Cierre del sector oriental a los berlineses occidentales. Prohibición de trabajar a los residentes en Berlín Este que ya tienen una ocupación en Berlín Oeste. Prohibición de salida del Este al Oeste. Orden de disparar contra cualquier intento de infracción. – En Vietnam continúa la oposición a la dictadura. Se demuestran inútiles los métodos de represión adoptados por el Gobierno (la población campesina, cómplice habitual de los guerrilleros, es segregada en aldeas fortificadas, etcétera). – En las naciones «avanzadas», se extiende el desarrollo progresivo y mastodóntico de las industrias, que absorben las mejores energías y concentran en sí todos los poderes. En lugar de servir al hombre, las máquinas lo esclavizan. Trabajar para las industrias y comprar sus productos se convierten en las funciones esenciales de la comunidad humana. La proliferación de armas va acompañada por una proliferación de «bienes de consumo» irrisorios y pronto obsoletos por las necesidades del mercado (consumismo). Los productos artificiales (plásticos) ajenos al ciclo biológico transforman la tierra y el mar en un depósito de desechos indestructibles. Se amplía cada vez más, en los territorios del mundo, el «cáncer industrial» que

envenena el aire, el agua y los organismos y asedia y devasta los centros habitados, al igual que desnaturaliza y destruye a los hombres condenados a las cadenas en el interior de sus fábricas. Para la constitución sistemática de masas de maniobra al servicio de los poderes industriales, los medios de comunicación populares (diarios, revistas, radio y televisión) son utilizados para difundir y propagar una «cultura» envilecida, servil y degradante, que corrompe el juicio y la creatividad humanos, obstruye toda motivación real de la existencia y desencadena morbosos fenómenos colectivos (violencia, enfermedades mentales, droga). – Con la fiebre exclusiva del consumo y la ganancia, varias naciones, entre ellas Italia, atraviesan un período temporal de boom «económico». – Competición económico-industrial con Estados Unidos por parte de su rival, la Unión Soviética, donde sin embargo se sigue otorgando el predominio a la industria pesada. – A consecuencia de divergencias políticas, la Unión Soviética retira de China a sus técnicos, interrumpiendo ciento setenta y ocho proyectos industriales en este país. – Nuevas pruebas soviéticas con armas nucleares: explosión de una superbomba de energía equivalente a unos cien millones de toneladas de trilita (cinco mil veces más potente que la lanzada sobre Hiroshima). – Según los últimos cálculos, los gastos en armamento en todo el mundo ascienden a unos trescientos treinta millones de dólares diarios...

... 1962-1963-1964-1965-1966-1967

Victoria de las fuerzas de liberación en Argelia. – Choques entre católicos y protestantes en Irlanda. – Instalación de bases de misiles soviéticos en Cuba y consiguiente bloqueo de la flotilla soviética por Estados Unidos (crisis de Cuba). Desmantelamiento de las bases por la Unión Soviética. – Encíclica «Pacem in terris» del papa Juan XXIII. – Muerte de Juan XXIII. – En Vietnam prosiguen la ofensiva de los guerrilleros y la represión del Gobierno.

En protesta contra la dictadura, algunos budistas se queman vivos en piras voluntarias. – Choques fronterizos entre argelinos y marroquíes. – Asesinado en Dallas John Kennedy, presidente de Estados Unidos. – Abierta ruptura entre la China comunista y el Partido Comunista Soviético. – Golpe de Estado militar en Vietnam, con el apoyo de Estados Unidos, que interviene con bombardeos masivos en Vietnam del norte. – China experimenta su primera bomba atómica. – Estados Unidos procede a su *escalation* contra Vietnam, en la cual seguirán la táctica de guerra total de los «tres todos» (matar a todos, quemarlo todo, destruirlo todo). Nuevas técnicas científicas para la *escalation*: bombas de bolitas (capaces de liberar en un solo lanzamiento millones de bolitas de acero de efecto mortal), herbicidas y defoliantes químicos para la destrucción total de la vegetación y la naturaleza, etcétera. – Golpe de Estado militar en Argelia. – Golpe de Estado militar en Indonesia. – El comunismo puesto fuera de la ley. Medio millón de comunistas muertos. – Pruebas atómicas subterráneas en Estados Unidos y la Unión Soviética. – Continúa y crece la industrialización intensiva, promovida por las Potencias occidentales y orientales. – Poblaciones enteras muertas a causa del hambre en los países del Tercer Mundo. – Sigue avanzando la *escalation* estadounidense. Tres mil seiscientos veintiún bombardeos aéreos sobre Vietnam en seis meses, declara Estados Unidos. – En Grecia, los militares toman el poder y suspenden la constitución. Deportaciones y detenciones masivas...

... y la historia continúa...

Todas las semillas han fallado exceptuando una, que no sé qué será, aunque probablemente sea una flor y no una mala hierba.

PRESO n.º 7047 DEL PENAL DE TURI[9]

«La historia de una familia humilde que resume los momentos más duros de la Segunda Guerra Mundial»

Elsa Morante

La historia



Un día de enero de 1941 un soldado alemán callejea por el barrio de san Lorenzo de Roma, y en ese caminar sin rumbo, con unas copas de más en el cuerpo, el joven se topa con Ida, una maestra viuda y madre de un hijo, que vuelve a casa después del trabajo. Vemos a una mujer de mirada sumisa y caderas anchas que no invitan a la seducción, pero el tiempo apremia. Al día siguiente el soldado se irá para siempre y cualquier abrazo le vale. El hombre sigue a Ida hasta el piso humilde que ella comparte con su hijo. La viola, luego sonrío como disculpándose, fuma un pitillo, se marcha y nunca más sabremos de él. De este acto brutal nacerá un niño, y la historia de la familia de Ida va a llenar las páginas de una novela que aún proyecta una luz intensa en la realidad de hoy. Ida y sus hijos no son partícipes en primera persona de la guerra que asola Europa, y ni siquiera tienen el valor de declararse víctimas: son comparsas, animales tristes que muestran su miseria sin reprochar nada a nadie. Sin embargo, las palabras de Elsa Morante, su modo de escribir tan visceral y próximo, los rescata para siempre y nos los entrega más vivos que nunca. Ella es la cronista de una historia sin Historia, y su mirada no es piadosa porque no necesita serlo. Ida, Useppe, Nino: basta con acompañarlos para no olvidar.

«Como novelista y como lectora, lo que he sentido leyendo *La historia* es una profunda gratitud hacia Elsa Morante»

NATALIA GINZBURG

Elsa Morante nace en Roma, el 18 de agosto de 1912. Durante su época universitaria empieza a publicar los primeros cuentos en revistas y periódicos. En 1936 conoce a Alberto Moravia y en 1941 la pareja se casa, año en el que Morante irrumpe en el firmamento literario. En 1948 ve la luz su primera gran novela: *Mentira y sortilegio*, que Einaudi publica y que recibe el Premio Viareggio. En 1957 le llega el turno a *La isla de Arturo*, galardonada con el Premio Strega. Su matrimonio con Moravia se rompe en 1961. En 1963 aparece la colección de cuentos *El chal andaluz* y en 1968, los poemas y canciones que componen *El mundo salvado por los niños*. En 1974 Morante publica *La historia*; a la que sigue *Araceli* en 1982, cuando el estado físico de la autora ya está enormemente mermado. Al año siguiente Elsa intenta el suicidio y 1985 muere acompañada solo de sus recuerdos y delirios en una clínica romana.

Título original: *La Storia*

Edición en formato digital: enero de 2018

© Herederos de Elsa Morante. Reservados todos los derechos

Publicado por acuerdo con The Italian Literary Agency S.r.L., Milán, Italia

Publicado en Italia por Giulio Einaudi Editore, Turín

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 1991, Esther Benítez, por la traducción

© Herederos de Esther Benítez, por la traducción

© 2017, Juan Tallón, por el prólogo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Antonio Donghi / Álbum

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0490-9

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] «L'Epifania, che tutte le feste si porta vía», dice el refrán italiano. (*N. de la T.*)

[2] Es el grito deportivo con el que el fascismo, en su campaña por eliminar «extranjerismos», sustituía al *hurrah* de origen inglés. D'Annunzio ya lo había propuesto en 1917 como grito de los aviadores. (*N. de la T.*)

[3] En la versión italiana de *Lo que el viento se llevó*, Escarlata O'Hara se llamaba Rosella O'Hara. (*N. de la T.*)

[4] Fecha de la Marcha sobre Roma de Mussolini, el 28 de octubre de 1922. (*N. de la T.*)

[5] Las *ciocie* (en singular, *ciocia*) es el calzado típico de los campesinos de la Ciociaria, formado por una suela y un paño que cubre la pierna casi hasta la rodilla, sujeto con dos cordones entrelazados. (*N. de la T.*)

[6] *Divina Comedia, Paraíso, XXIII, 79-84*. La traducción de Ángel Crespo. No he podido, en cambio, localizar la siguiente cita, por lo que el lector tendrá que conformarse con mi traducción. (*N. de la T.*)

[7] Esta última frase, en español en el original. (*N. de la T.*)

[8] Allí hubo, el 1 de mayo de 1947, una matanza de campesinos comunistas, cuya mano visible fue Salvatore Giuliano. La frase del resumen histórico del comienzo de este capítulo: «En Sicilia, una pacífica manifestación campesina termina en una matanza realizada alevosamente por un bandido local a sueldo de los terratenientes» se refiere a los hechos de Portella della Ginestra. (*N. de la T.*)

[9] Antonio Gramsci. (*N. de la T.*)

Índice

La historia

Prólogo. Un escándalo que nunca acaba, por Juan Tallón

19**

1941

1942

1943

1944

1945

1946

1947

19**

Sobre este libro

Sobre Elsa Morante

Créditos

Notas